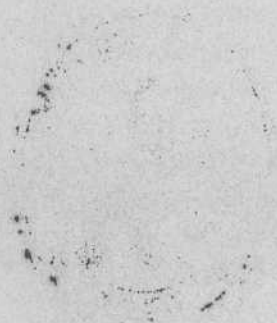




1157

ADDRESSES





NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SERIES,
ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES
QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,
A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,
Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptacion del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO VI.



MADRID:

IMPRENTA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

1856.

NOYISMA

BIBLIOTECA DE FARMACIA DORES

FARMACIA DE DORES

DOCUMENTOS, MONOGRAFÍAS, REVISTAS, FARMACIAS, etc.

Publicaciones de interés

AGRICULTURA Y GANADERÍA, MINERÍA Y METALURGIA

QUE INTERESAN ESPECIALMENTE A LA FARMACIA

A LAS VERTICES DE LA CIENCIA Y DEL ARTE

Y A LOS AVANCES DE LA FARMACIA SOCIAL

CON UN PROGRAMA DE FARMACIA

de gran interés

Este programa de Farmacia Social, que forma parte de la obra de la Biblioteca de Farmacia de la Universidad de Madrid, tiene por objeto proporcionar a los farmacéuticos y a los médicos un medio de información y de estudio de los problemas de la Farmacia Social, que son de gran actualidad y de gran interés para la práctica médica y farmacéutica.

CON LAS LINGÜAS RECIBIDAS



TOMO VI

MADRID

Imprenta de H. Espinosa, calle de Voltaire, n. 24

1956

DISCURSO PARRA EL SEÑOR DE LA ESCUELA DE LA UNIV. DE B. A. TERCERA SÉRIE.

Misterios y festividades del Señor y de la Santísima Virgen.

TOMO I.

DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

CÓMO SE ARMONIZAN LA RAZON Y LA FÉ PARA DEMOSTRAR LA POSIBILIDAD DE ESTE MISTERIO, Y CUÁN ABSURDAS SON LAS OBJECIONES QUE CONTRA ÉL OPONE EL MODERNO RACIONALISMO.

Loquimur Dei sapientiam in mysterio, quæ abscondita est, quam prædestinavit Deus ante sæcula in gloriam nostram.

Hablamos de la sabiduría de Dios, oculta en un misterio, que preparó Dios antes de los siglos para gloria nuestra.

I. CORINTH. II. 7.

UN misterio que envuelve lo mas alto y lo mas profundo de la infinita sabiduría de Dios; un misterio que desde antes que comenzasen los siglos formaba ya el objeto especialísimo de las ideas del Eterno, en bien de un mundo que todavia no existia mas que en su mente; un misterio preparado para glorificar y ensalzar á la humanidad futura; tal es, dice San Pablo, el de la Encarnacion del Verbo, que hoy predicamos: *Loquimur Dei sapientiam in mysterio, quæ abscondita est, quam prædestinavit Deus ante sæcula in gloriam nostram.* Misterio incomprensible, que desconcertó la ciencia de los antiguos génius, confundió la orgullosa arrogancia de los filósofos, desmintió las bellas abstracciones del paganismo, y vino á demostrar que toda la sabiduría del hombre no es mas que torpe ignorancia, error grosero, ficcion y mentira cuando prescindiendo de las fuentes de la revelacion divina, intenta investigar con su men-

guada inteligencia lo que á la ciencia increada plugo reservarse para sí sola conforme á sus adorables designios.

Y en efecto, de largo tiempo venia experimentando la humanidad una necesidad invencible de unirse á aquel ser infinito, inmenso y bueno por excelencia, de quien una rebelion hereditaria la habia desunido. Varios é ingeniosos medios habia ensayado para reconciliarse con Dios, de quien la separaba un abismo inconmensurable desde que el pecado del primer hombre rompiera las íntimas relaciones que le estrechaban con su criador. Para reanudarlas, los unos pretenden hacer bajar la divinidad á la tierra, fraccionándola en multitud de séres mezquinos á quienes atribuyen lo que solo conviene al sér esencial, increado é indivisible: los otros imaginan un repugnante panteismo divinizando el universo en masa, y haciendo de él un Dios universal á quien ofrecen sus inciensos y adoraciones. Y sin embargo, la humanidad continúa experimentando un vacío que nada basta á llenar, y sus aspiraciones á unirse al Dios verdadero, son cada vez tanto mas irresistibles, cuanto es mayor y mas apremiante la necesidad que siente, y mas palpable la impotencia que encuentra en sí misma para realizar este deseo.

No permitirá empero el Señor en su bondad infinita que la humanidad se arrastre en su degradacion profunda, y continúe privada de una union que constituye su dicha y á la que están ligados su porvenir y sus destinos. Dios mismo la facilitará lo que por sí sola y abandonada á sus propios recursos jamás podrá conseguir. Él establecerá entre la divinidad y la humanidad un comercio incomprendible, una relacion tan íntima como maravillosa, un vínculo tan apretado é indisoluble que nada será bastante á romper. ¿Y cómo se verificará este fenómeno? ¿Quién salvará el abismo que media entre lo divino y lo humano? ¿Cómo se acercará lo finito á lo infinito? Hed ahí justamente en lo que consiste el grande, el altísimo misterio de la sabiduría de Dios, de que poco há nos hablaba San Pablo: tal es el arcano indescifrable que plugo al cielo ocultar á la ciencia profana del hombre, si bien le tenia dispuesto desde la eternidad, para su engrandecimiento y para su gloria. *Quam prædestinavit Deus ante sæcula in gloriam nostram.* Todo se verificará mediante un rasgo de

bondad y de amor, infinitos en su origen, inmensos en sus consecuencias. El Eterno dispondrá que su Verbo encarne, esto es, se haga hombre en el seno de una Virgen, que habite con el hombre, que se manifieste al hombre de una manera sensible, que converse con él, y con él viva y muera en la tierra. Así se realizará en la plenitud de los tiempos, y el Hijo de Dios será el Hijo del hombre de una manera maravillosa; y el increado nacerá de una mujer para redimir á los que se hallan subordinados á la ley comun del pecado; y la divinidad quedará inseparablemente unida á la humanidad en Jesucristo, que será la cabeza de todos los predestinados á quienes reengendrará con su sangre; y por consiguiente, los hombres serán miembros de esa cabeza mística, y su carne será la misma del Verbo Encarnado, de suerte que vendrán á fundirse en cierto modo en él, y á formar con él una misma cosa, en virtud de esa union tan estrecha como portentosa.

Sin duda, M. A. O., que la altiva razon humana se resistirá á aceptar este misterio digno de nuestra admiracion, de nuestra fé, y de nuestro amor. Incapaz de resolver un problema cuya solucion se reservó á sí sola la sabiduria increada, acaso se atreverá, ¡qué digo! de hecho, se atreve á añadir á su propia ignorancia la blasfemia, negando lo que no comprende, y creyendo imposible lo que está fuera del alcance de su prevision. ¿Y es esto acaso suficiente motivo? ¿Dejará de ser creible el misterio de la Encarnacion del Verbo, por esceder á la comprension humana? ¿Existe tal vez contradiccion entre la posibilidad y el hecho? No: antes por el contrario, existen bellas armonias entre la razon y la fé en este punto. Ambas establecen este dogma de que voy á ocuparme hoy, considerándole esclusivamente en su economia, á reserva de considerarle en otra ocasion en sus beneficiosas consecuencias. Y ved ya trazado todo el asunto de un discurso, reducido á esponer las pruebas que esplican la union de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo, y lo absurdo de los argumentos en que se funda el racionalismo para negar este misterio.» Imploremos ante todo los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Cuanto mas medito el bello pasaje de San Pablo con que encabezé mi discurso, mas me persuado de que el misterio de la Encarnacion del Verbo, es aquel sublime fenómeno que la eterna sabiduría de Dios tenia oculto desde antes de los siglos, para manifestarle en tiempo oportuno en bien del mundo: pero al mismo tiempo parece que previendo las dificultades y errores que con este motivo debia suscitar un dia la ciencia carnal del siglo, quiso darnos de antemano una prueba ostensible de su ilimitado poder, á fin de que el orgullo humano jamás tuviese motivo de negar el hecho, encastillado en la supuesta imposibilidad de la ejecucion. Así es, que desde los primeros dias de la creacion nos ofrece ya una imágen de ese gran misterio, en aquel mismo sér en cuyo favor debia operarse llegada que fuese la época designada en los inefables consejos de la divina providencia. Cria Dios el mundo con todos esos innumerables cuerpos que le embellecen; hace surgir de la nada el cielo, la tierra, las aguas, los animales, las plantas y hasta los mismos ángeles destinados á hacer la corte al monarca invisible é inmortal de todos los siglos, y todo ello es el resultado de una mera palabra de sus omnipotentes lábios, pronunciada con cierto aire de desdeñosa indiferencia: *Ipse dixit, et facta sunt* (1). La creacion empero no estaba completa. Faltaba aquel para quien tantas maravillas habian sido hechas, el hombre, único obgeto de tanta prodigalidad y magnificencia. El criador pues, para completar su obra, evoca á consejo su sabiduría y poder infinitos, diciendo: «Hagamos al hombre á nuestra propia imágen y semejanza (2).» Amasa con sus manos un poco de barro, con el cual forma la admirable estructura del cuerpo, infúndele despues un soplo vivificador, y el hombre queda hecho segun el

(1) Psalm. XXXII. 5.

(2) Genes. II. 7.

gran modelo que el Señor se propusiera (1); compuesto de dos sustancias, material la una, espiritual la otra; tangible aquella, impalpable ésta; terrena la primera, celestial la segunda; sin que ambas empero formen mas que un supuesto único, una sola personalidad.

¡Qué belleza! ¡Qué prodigio! ¡Qué fenómeno tan extraordinario! Hed ahí, M. A. O., una encarnacion viviente, perpétua, subsistente, verificada en el sexto dia de los tiempos bajo el tipo de la que en la sesta edad del mundo debía realizarse en Jesucristo, de quien Adan no era sino una figura anticipada, y por hablar el lenguaje de San Pablo, el tosco bosquejo que el Criador trazó de aquel precioso original que se proponia acabar y perfeccionar en la plenitud de los siglos (2). Por eso ha dicho y con mucha razon Tertuliano, que Dios al formar el primer hombre, tuvo puesta su mira en Jesucristo, á la manera del estatuario que para producir una belleza sobre el mármol se propone antes en su mente la idea que quiere realizar, si bien esta idea permanece oculta hasta la conclusion de la obra, y nada hay que la revele en los primeros trazos que bosqueja con el cincel sobre la dura piedra: *Quidquid limo exprimebatur, Christus cogitabatur, homo futurus* (3).

De este símil se servia aquel eminente génio para refutar los primeros errores que surgieron en el cristianismo contra la posibilidad de la Encarnación del Verbo. Y á la verdad que en ningun otro hecho pudieran encontrarse analogías mas exactas, armonías mas admirables, y un encadenamiento mas perfecto entre los misterios de nuestra religion. ¡Cuánto no distaban entre sí en el principio de la creacion el espíritu y la materia! ¡Qué abismo no mediaba entre estas dos sustancias! ¡Cuán imposible no parecia unir dos cosas tan diversas por su origen, por sus propiedades, y por sus respectivos destinos! Y sin embargo, la misma voluntad, el mismo poder que las habia criado separadamente, las estrecha, las une, las amalgama en el hombre de un modo tan maravilloso cual hemos visto en la creacion de ese ser inteligente, en quien el espíritu y el cuerpo no

(1) Genes. II. 7.

(2) Ad. Rom. XV. 44.

(3) Tertul. contr. Prax.

constituyen mas que un solo compuesto, una sola persona, á pesar de la dualidad de las sustancias que entran á perfeccionar su organizacion. Pues no de otra manera, antes de la venida del Redentor al mundo, hallábanse separadas la divinidad y la humanidad: una distancia inconmensurable interponiase entre ambas; cada cual tenia una existencia aislada, porque la naturaleza de la una y de la otra eran de todo punto distintas; tanto mas cuanto que, como dice un sábio, el hombre no era mas que pecado, y el pecado dista de Dios mucho mas que la misma nada. No obstante, el que habia podido operar la union entre el espíritu y la materia en la creacion del hombre, tenia poder suficiente para verificar la union mas prodigiosa aun entre la divinidad y la humanidad, y así como allí reuniendo en una misma persona el alma y el cuerpo, constituyó el sér humano, del mismo modo en la Encarnacion, uniendo en la persona del Verbo la naturaleza divina y la naturaleza humana, formó á Jesucristo en quien la dualidad de sustancias ó de naturalezas no constituyen mas que un solo supuesto, una sola hipóstasis, por usar los términos de la teología católica.

Union portentosa, por cierto, y que escede á toda comprension, si bien por otra parte la razon ilustrada y dirigida por la luz de la revelacion divina, encuentra la posibilidad de este misterio en la ilimitada omnipotencia del eterno Criador del mundo, y vislumbra su realizacion en las armoniosas analogías que no puede menos de admirar entre los dos hechos que hemos indicado. ¿Y qué otra cosa es la Encarnacion verificada en el hombre mediante la union del espíritu y de la materia, sino el boceto, digámoslo así, de la Encarnacion realizada en Jesucristo en virtud de la union de la divinidad con la humanidad en la divina persona del Verbo? Nada hay que repugne en esta, bien así como nada hay que se oponga á aquella; y la existencia de la primera nos descubre y responde de la realidad de la segunda. Todo se armoniza entre ambas, todo es análogo y conforme. En el hombre vemos una inteligencia unida á un cuerpo y como encarnada en él, sin que de la dualidad de estas dos sustancias tan diversas resulte mas que un solo supuesto, una sola persona. En Jesucristo vemos un Dios unido al hombre, encarnado

en el hombre, hecho hombre verdadero, sin que la íntima y sustancial union de la naturaleza divina y de la naturaleza humana con ser tan distintas una de otra, constituya mas que un solo sér, una persona única, un todo divino, como proclama la Iglesia católica en su admirable símbolo: *Sicut anima rationalis et caro unus est homo, ita Deus et homo unus est Christus* (1). Allí ni el espíritu del hombre está desleído ó mezclado en su cuerpo, ni éste se halla absorbido por aquel, no obstante su estrecha union, sino que ambos y cada cual de por sí existen como dos sustancias esencialmente distintas. Aquí del mismo modo la divinidad no está mezclada con la humanidad, ni ésta absorbida ó anonadada por aquella, puesto que una y otra existen real y verdaderamente, sin conmistion, sin confusion, sin desórden de ninguna especie, habiéndose verificado este misterio no por la *conversion* de la divinidad en la humanidad, sino por la *assumpcion* de ésta por la divinidad: *Non conversione divinitatis in carnem, sed assumptione humanitatis in Deum* (2). En el primer caso, admiramos en el sér humano por una parte un espíritu criado por Dios de su misma sustancia, puesto que es un soplo de su divina inteligencia, un destello de su propia grandeza; y por otra, un cuerpo formado de la misma materia que los demas cuerpos orgánicos por las manos del supremo Criador, siendo ambos verdaderos, reales y positivos, sin embargo de hallarse unidos con vínculos tan estrechos. En el segundo hallamos en Jesucristo un Dios verdadero, por cuanto fué engendrado sustancialmente por el Padre antes de los siglos, y un verdadero hombre porque fué concebido de la misma sustancia de la madre que le dió á luz en tiempo: *Deus est ex substantia Patris ante sæcula genitus, et homo est ex substantia matris in sæculo natus* (3). Por último, en el hombre observamos que si bien su cuerpo es perfecto, como quiera empero que carece de un sér propio y que solo existe, vive y siente por su union con el alma, resulta ser incompleto, mas sin que este defecto le haga desmerecer

(1) Symb. S. Athan.

(2) Ib.

(3) Ib.

en lo mas mínimo, pues antes bien le engrandece, le eleva, le perfecciona, por cuanto esa falta está suplida por el alma que le dá un sér espiritual, inteligente, activo é incomparablemente mas noble que todos los demas séres orgánicos. Otro tanto sucede en Jesucristo, en quien siquiera la humanidad sea una humanidad perfecta semejante en todo á la nuestra, es no obstante en cierto modo incompleta, por cuanto no tiene la personalidad humana, puesto que si la tuviese, habria en Jesucristo dos personas distintas, á saber, la persona del Verbo y la persona del hombre, lo cual seria un absurdo rechazado y condenado por la fé que solo reconoce y confiesa en Jesucristo dos distintas naturalezas y dos voluntades diversas, la divina y la humana, en una sola persona divina: *Unus omnino non confusione substantiæ sed unitate personæ* (1). Mas aunque su humanidad carezca, como hemos dicho, de la personalidad humana, como quiera que esta falta la suple la personalidad del Verbo, que confiere á aquella la divinidad, resulta de aquí un sér perfectísimo en quien el Hombre es justamente Dios, tan verdadero el uno como el otro: *Perfectus Deus, perfectus Homo, ex anima rationali, et humana carne subsistens* (2).

¡Oh alteza, oh sublimidad de las riquezas de la infinita sabiduría de Dios! ¡Oh misterio de los misterios en donde resplandece la obra maestra del poder y de la ciencia increada del Altísimo! ¡Oh rasgo admirable de la divina bondad á quien plugo darnos en la formacion del Adan primitivo una imágen aunque oscura del segundo Adan Jesucristo, para que en aquella union de las dos sustancias que constituyen el hombre terreno, pudiésemos estudiar la union de las dos naturalezas que constituyen á Jesucristo, el Hombre celestial, como le denomina San Pablo! Así se dignó el Señor preparar nuestras inteligencias para reconocer y admirar el mayor de los prodigios verificado en un Dios Redentor. Así quiso realzar nuestra dignidad concediéndonos el inefable honor de representar en nuestra creacion la Encarnacion del Verbo. ¡Cuánto no debe pues escitar nuestro amor

(1) Symb. S. Athan.

(2) Ib.

y nuestro reconocimiento el considerar que somos como unos templos vivos en los cuales se hallan trazados y conservados los mas augustos y altos misterios de la sabiduría y del poder divino! Pues, como dice elocuentemente un sábio orador contemporáneo, «el hombre es á la vez el profeta que los predice en sí mismo, el evangelista que los anuncia, el apóstol que los persuade, el confesor que los proclama, el mártir que los atestigua, el apologista que los defiende y vindica contra la insolente locuacidad de la orgullosa razon humana.»

¿Y qué es lo que ésta puede oponer á ese gran misterio que hoy celebramos? ¿En qué se funda el racionalismo moderno para negar la existencia de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona divina de Jesucristo? ¿Qué pruebas aduce para echar por tierra la fé de mas de diez y ocho siglos, la creencia universal de todos los pueblos cristianos, el dogma que viene reconociendo y confesando á través de las edades cuanto en el mundo hay de mas ilustrado y sábio? ¡Ah! La inteligencia humana solo ha sabido crear absurdos groseros cuando prescindiendo de la revelacion divina ha intentado explicar lo que de suyo es inesplicable, y someter á sus menguados cálculos lo que á Dios plugo ocultar en los inefables arcanos de su inmensa sabiduría. «Que Dios es la razon, que ésta se halla encarnada en el cuerpo humano, y por consiguiente no hay mas encarnacion que ésta, de donde se infiere ser Jesucristo un personage ideal, una ficcion, un mito, en quien se ha querido personificar la humanidad entera, y de ningun modo un personage real é histórico.» Hed ahí, M. A. O., lo que la escuela racionalista enseña, la doctrina que quiere sustituir á la enseñanza católica, la creencia que enfáticamente predica, en la que no se sabe qué admirar mas, si la impiedad ó el ridiculo de semejante sistema. ¡Suponer que doce hombres del pueblo, doce pescadores del lago de Galilea tuvieron la feliz ocurrencia de personificar la humanidad en un ente ideal y ficticio, y cimentar sobre él las bases de ese misterioso edificio del cristianismo, de donde proceden todas las grandes verdades en el órden intelectual y moral! ¡Dar por sentado que esos hombres ignorantes y sin educacion científica pudieron concebir y realizar fe-

lizmente un plan que jamás ocurrió á los genios mas eminentes de Roma y Atenas, ni hubieran podido llevar á cabo aun dado que le hubiesen concebido! ¿Puede darse estravio mas completo de la razon humana? ¿Cabe un absurdo mas chocante en hombres que por otra parte se creen llamados á regenerar intelectualmente las sociedades? ¿Quién no vé que para admitir semejante utopia se hace preciso antes convenir en que el mundo entero, con cortas escepciones, ha vivido en un error crasísimo durante mas de mil ochocientos años, creyendo, adorando, acatando y rindiendo sus homenajes á un personaje imaginario? ¿Quién no advierte que semejante doctrina rebaja y envilece en sumo grado á la humanidad suponiéndola privada por tanto tiempo hasta de buen sentido, puesto que envuelve la idea de que tantos millones de cristianos que han sufrido la muerte por la fé de Jesucristo, tantos hombres célebres que le han consagrado las bellezas de su elocuencia, tantos monarcas que le han tributado sus adoraciones y ofrendas, no han sido sino los mártires, los adoradores entusiastas de una idea sin realidad, de una ficcion ingeniosa, de una bella mentira? ¡Hasta ese estremo de degradacion, hasta ese abismo de infamia conduciria á la humanidad el absurdo sistema del racionalismo moderno! Tales son las consecuencias que de él se desprenden.

Pero los que se dicen sus autores no le han creado: no han sido mas que unos meros plaguarios de los antiguos discípulos de Arrio, que eran los racionalistas de la época de San Agustin. «¿Cómo es creible, decian, que el Verbo de Dios por quien fueron hechas todas las cosas, pudiera estrecharse hasta el punto de ser concebido en el seno de una Virgen, y habitar á la vez en el seno de su Padre en la inmensidad de los cielos?» Idéntica en un todo es la dificultad que nuestros modernos racionalistas reproducen para combatir la posibilidad de la Encarnacion del Verbo. ¡Miserables! ¿No ven que ese mismo Verbo que era Dios desde el principio, como escribe el águila de los Evangelistas, es decir, antes que nada existiese, era por consiguiente todo poderoso, y como tal nada se resistia á su poder infinito, pudiendo hallarse á la vez en todas partes, lo mismo en el cielo que en la tierra, igualmente en el seno de la inmensidad que

en el breve seno de una mujer? *¿Quid mireris? Deum tibi loquor. Verbum Dei omnipotens est. Verbum Dei totum ubique est* (1). Así confundía el sábio Obispo de Hipona á los herejes que en sus días negaban este misterio. Y si no os satisface esta respuesta, añadia, dentro de vosotros mismos hallareis otra mas elocuente y eficaz. Considerad bien la sábia economía del verbo ó de la palabra del hombre, y ella os revelará el misterio del Verbo de Dios. ¿No es por ventura una cosa bien distinta el pensamiento que reside en mi inteligencia, del sonido que la espresa con la voz? Y sin embargo, tan luego como quiere salir de mi espíritu, busca un vehículo, toma prestado el sonido de la voz, y de este modo hiende el aire, atraviesa el espacio, y llega á vosotros. Pues bien, de la misma manera que el verbo del hombre cuando quiere manifestarse exteriormente pasa del espíritu á la voz, se encarna en ella, y se hace una voz, así el Verbo eterno de Dios queriendo manifestarse á los hombres pasó del seno del Padre á la humanidad, se encarnó en ella y se hizo hombre. Hay todavia mas, prosigue el Santo Doctor. Mi pensamiento aun cuando pase á vosotros mediante el sonido de la voz que os lo comunica, no por eso deja de ser mio, me pertenece, existe en mí, no se separa de mí. Yo solo le poseia antes de espresarle: despues de espresado le poseeis tambien vosotros, pero sin que yo deje de poseerle á la vez todo entero y sin fraccionamiento de ninguna especie. Pues no de otra manera el Verbo eterno pasando todo entero á la humanidad en el gran misterio de la Encarnacion, no por eso dejó de existir en el seno de su Padre de quien es inseparable en virtud de la union hipostática que le hace una misma cosa con él (2). Ved ahora M. A. O.: si tan grandes prodigios puede el hombre obrar en sí mismo con su palabra siendo una criatura menguada y miserable, ¿qué no habrá podido hacer el Omnipotente por medio de su palabra increada? ¡Oh! Lejos de ser para nosotros un motivo de blasfemia lo que es incomprendible á nuestra inteligencia, porque solo plugo al Señor descorrernos una parte del velo que cubre ese

(1) S. Aug. in Joan.

(2) S. Aug. loc. cit.

misterio de su infinita sabiduría, sirvanos al contrario para elevar nuestros espíritus á contemplar y admirar las magnificencias que encierra. Detestemos ese orgulloso cinismo de los que mas bien que someter su razon estraviada y enferma á la razon divina, prefieren precipitarse en el abismo de la duda, negando dogmáticamente lo que no pueden explicar con sus locas teorías. ¿Y no advierten, les dice San Agustin, la enorme contradiccion en que incurren cuando rechazan la doctrina de la revelacion divina en este misterio del Verbo encarnado, á la par que no vacilan en aceptar la revelacion humana en los misterios del hombre que no son menos inesplicables? Preciso es comenzar explicando estos; y si no podeis, ni unos ni otros debeis admitir; rechazadlos todos, negad vuestra propia existencia, negad la encarnacion de vuestra palabra, y entonces podreis negar la Encarnacion de la palabra increada. *Cur Verbum Dei contemnis, qui verbum hominis non comprehendis* (1)?

Concluyamos ya empero A. M., tributando al Señor en este misterio el homenaje de nuestra fé mas viva y sincera. Nada importa que la razon se resista á plegarse ante ese profundo secreto de la infinita sabiduría. Por mas que nos cueste concebir cómo Dios puede hallarse en el hombre y el hombre en Dios en unidad de persona, sin destruirse mutuamente, sin anonadarse, sin confundirse, sin degradarse; cómo lo infinito puede estar unido á lo finito, la majestad y la miseria, la grandeza y la pequeñez, el sér y la nada en Jesucristo; cómo en fin éste mismo es el hombre que nace del seno de una Virgen, y el Dios que vive eternamente en el seno del Padre, el Dios que padece y muere en cuanto hombre, y el Hombre omnipotente que triunfa del sepulcro y sube al cielo en cuanto Dios; no obstante, repito, la imposibilidad de combinar estas ideas y de explicarnos estos hechos, sacrifiquemos gustosos nuestra inteligencia ante las aras de la fé, y digamos como aquel hombre del Evangelio: «Creo, Señor, pero ayudad mi incredulidad.» A pesar de ésta, yo reconozco la necesidad que tengo de un misterio que ennobleciéndome me rehabilita, me consuela, me fortalece, me llena de valor, y

(1) S. Aug. loc. cit.

derrama en mi alma el suave bálsamo de la esperanza. Mi corazón temería llegarse á Dios, si en él no viese también el Hombre; aquel me aterraria con su majestad: éste me anima con su dulzura. ¡Oh misterio de suavidad y de amor, de bondad y de misericordia! Mi razón no menos que mi fé te pertenecen: ambas á la par concurrerán á manifestarme cuán necesario fué que un Dios encarnase, para que el hombre pudiese elevarse hasta la divinidad. ¡Plegue pues al cielo que este convencimiento nos estimule á apreciar justamente los beneficios que en la Encarnacion del Verbo nos están vinculados, á fin de que obrando en un todo conforme á los designios que en él se propuso la sabiduría increada, merezcamos recoger sus preciosos frutos, experimentar sus grandiosos efectos, y ser eternamente dichosos con Jesucristo en el reino de la inmortalidad.

DISCURSO II

PARA EL DIA DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

EN LA ENCARNACION DEL VERBO FUÉ ENNOBLECIDA LA HUMANIDAD, Y
REHABILITADA EN SU DIGNIDAD PRIMITIVA.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. Et vidimus gloriam ejus.

El Verbo se hizo carne y habitó en nosotros; y hemos visto su gloria.

JOAN. I. 14.

REGOCIÉSE el linage de Adan, llénese de júbilo toda la descendencia del padre prevaricador. El día de la libertad ha amanecido ya para el esclavo que arrastraba ignominiosa cadena. La hora del consuelo ha llegado para el que derramaba amargo llanto. El desgraciado no gemirá mas bajo el peso de una maldicion que le abrumaba. El Verbo se ha hecho carne y habita entre nosotros: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Jamás el mundo oyó una nueva tan satisfactoria, jamás la humanidad escuchó una palabra mas deliciosa á sus oidos. ¡El Verbo se ha hecho carne! ¡El Dios se ha hecho hombre! ¡El eterno ha sido concebido en tiempo de una madre vírgen! Ved ahí mortales verificado el inefable misterio objeto de las esperanzas de todo el universo. Ved ahí realizada la gran promesa que en la cuna de la creacion vertió el bálsamo consolador en el corazon herido de una mujer criminal. Otra mujer inocente y pura, émula del candor de los ángeles, y mas que ellos enriquecida con los tesoros de una gracia especial, ha consentido en ser el vehículo por donde se comunique á la tierra la paz del cielo. Una vírgen

escogida entre millares para ser el tabernáculo de la divinidad encarnada, se ha constituido medianera entre el hombre y Dios, y por su ministerio vá á ser sellada la alianza eterna entre la justicia y la misericordia. ¡Oh! No serás tú, infernal serpiente, la que en adelante te gloríes de un triunfo que en momentos de ilusion y ceguedad conseguiste sobre la raza de la primera Eva. En vano te saboreabas con la idea de haber realizado tus crueles esperanzas. Mira tu altiva cerviz pisoteada por la augusta planta de aquella heroína ilustre que te fué anunciada en el paraíso para ser tu eterna antagonista. Creíste que la honda llaga que de tu mano recibió la humanidad sería incurable; y sin embargo te engañaste. No, no será para siempre desgraciada; no vivirá condenada á llorar sin recurso entre su degradacion y su impotencia. Del cielo ha descendido el médico que ha de curarla, el libertador que ha de despedazar su coyunda, el Dios-Hombre que ha de salvarla. Si una mujer fué el instrumento de su ruina, otra mujer debe ser el instrumento de su reparacion; si por la primera se abrió brecha en el mundo el pecado, por la segunda tendrá entrada en él la reconciliacion; si aquella fundó el imperio de la muerte, ésta levantará sobre sus escombros el imperio de la vida.

En efecto, M. A. O., por la Encarnacion del Hijo de Dios en el seno de una virgen, se verificó la grande obra de la reparacion de la humanidad caída; y cuanto mas espantosas fueron y mas lamentables las consecuencias de aquella culpa primitiva, tanto mas brillantes y beneficiosos han sido los efectos del remedio que el cielo opuso á aquel mal gravísimo. ¡Oh! No sin gran razon el sagrado evangelista despues de decir que el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros, esclama: «Nosotros hemos visto su gloria:» *Et vidimus gloriam ejus*. Si: la gloria del Verbo se nos ha manifestado visiblemente no solo en la infinita sabiduría que envuelve este innenarrable misterio de nuestra eterna ventura, no solo en la admirable economía de la union maravillosa verificada entre la divinidad y la humanidad en una misma persona, como ya en otra ocasion dejamos demostrado, sino tambien en los inmensos beneficios, en las altísimas ventajas que esto nos proporciona. Así es que la gloria del Verbo

se nos ha comunicado prodigiosamente en su Encarnacion, la vemos, la sentimos, la experimentamos dentro de nosotros mismos, participamos de ella de un modo inefable; por cuanto su naturaleza divina ensalza, ennoblece, glorifica y enriquece nuestra humana naturaleza, corrigiendo lo que en ella habia de defectuoso, curando lo que habia de enfermo, rectificando lo que tenia de erróneo, fortaleciendo su debilidad, levantándola de su abatimiento, relevándola de su miseria, y restituyéndola á su primitiva dignidad.

¡Oh amor! ¡Oh misericordia infinita de Dios! ¡Qué espectáculo tan delicioso es contemplar al hombre restituído á su antigua grandeza, y colocado en la misma altura de donde se precipitara ciego por efecto de su loca vanidad, de su necio orgullo, de su torpe ingratitud, y todo esto por un mero sentimiento de bondadosa compasion de parte de aquel contra quien insensato se atrevió á rebelarse! ¡Cómo brilla en este misterio la ternura y la clemencia de ese ser benéfico por excelencia! El hombre se hundió en el abismo de la degradacion por haberse querido asemejar á Dios, y Dios asemejándose en todo al hombre le dá la mano para levantarle y le rehabilita en los derechos que habia perdido. El hombre vió oscurecida su inteligencia por haber disputado á Dios su sabiduría, y Dios sensibilizándole su eterna verdad ahuyenta las tinieblas de su ignorancia. El hombre en fin por satisfacer su sensualidad negó á Dios la obediencia y traspasó sus paternales preceptos: y Dios sujetándose á las privaciones y al dolor, triunfa de su perversidad, y le proporciona una gracia mas poderosa que su propia corrupcion. Tales son M. A. O. los inestimables bienes que nos ha traído el misterio de un Dios hecho hombre: hed ahí la positiva gloria que nos ha comunicado el Verbo en su Encarnacion: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis, et vidimus gloriam ejus*. Vamos á simplificar esta grandiosa idea en una sencilla reflexion:

«La humanidad ennoblecida mediante la Encarnacion del Verbo, y rehabilitada en su dignidad primitiva.» Ved ahí trazado todo el asunto de mi discurso. Invoquemos las divinas luces por la intercession de la Virgen madre del Redentor, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Nada hay mas grande que el hombre considerado en el estado en que saliera de las manos del Supremo Hacedor : pero nada mas pequeño, nada mas miserable é impotente que él despues de su lastimosa caida. Toda la augusta Trinidad habia concurrido á la formacion de ese ser en donde reflejaban los rasgos mas brillantes de la magestad divina. Los ángeles solo tenian sobre él la ventaja de ser unos meros espiritus. Por lo demas en él se reasumieron todas las prerogativas, todos los dones, todas las gracias consiguientes á los altos destinos á que estaba llamado. En la tierra era un monarca á quien tributaba vasallage la creacion entera. Los animales le obedecian, los elementos estaban subordinados á su voz, el mar era su esclavo ; quanto la omnipotente diestra del Criador hiciera brotar de la nada estaba destinado á satisfacer sus necesidades, á llenar sus deseos, á hacerle deliciosa una existencia que nunca debia ser acibarada con el menor contratiempo, ni afligida con el mas leve dolor. Y despues de una vida colmada de delicias y rodeada de encantos veia mas allá del tiempo una eternidad mucho mas dichosa. El cielo era su verdadera patria, hácia ella debia caminar sin zozobra, sin temor, sin angustia, seguro como estaba de que concluida que fuese su mision en el mundo, no haria sino cambiar unos placeres pasajeros por unos goces sin término. ¡ Dichosa situacion ! ; Envidiable felicidad ! ; Incomparable ventura la del hombre mientras unido con los vínculos de una suave dependencia al Dios que le formára, supo sostener su alta dignidad !

Pero desgraciadamente desconoció su positiva dicha, no comprendió el honor que estaba vinculado á su obediencia á las órdenes del Criador, deslumbrado con su propia grandeza buscó en una asimilacion quimérica con la divinidad una perfeccion mayor ; es decir que no satisfecho con ser un hombre quiso ser un Dios, poseer el poder, la sabiduria y los atributos todos de Dios. Soñó que para llegar á conseguir su objeto bastábale comer de un fruto que le es-

taba vedado, alargó á él su mano... y ¡desgraciado! desde aquel instante su desobediencia le precipitó desde la altura de la mayor grandeza al mas profundo abismo de miseria y degradacion, quedó ciego, pobre, impotente, herido en su inteligencia y en su corazon, sujeto al dolor y á la muerte, tributario de todas las criaturas que antes acataban sus órdenes, víctima de unas pasiones á quienes domeñaba sin trabajo, desheredado por el Padre celestial, lanzado de una patria que era el encanto de sus sueños y el término de sus esperanzas, privado de todos sus derechos á la inmortalidad, rey destronado en fin á quien solo quedaba de su primitiva dignidad un amargo y punzador recuerdo que constituia á la vez su tormento y su expiacion.

Y en este estado degradante y envilecedor, ¿á quién podia el hombre volver sus ojos? ¿De dónde podia esperar su rehabilitacion? ¡Ah! Nada en el mundo era capaz de obrar tamaña modificacion en los destinos de la humanidad. Toda ella habia sido herida con la culpa de su comun padre, toda ella participaba de su desgracia, toda ella estaba envuelta en su propio envilecimiento, á toda ella habia alcanzado el anatema del Eterno. Ninguna mano tenia fuerza suficiente para derribar el muro de separacion que el pecado levantára entre la tierra y el cielo. Ningun brazo bastaba á abrir las puertas de la mansion eterna que un Dios ofendido habia cerrado con cerrojos de bronce templado en el hogar de su infinita venganza. La espada de su ira inestinguible vibraba de continuo sobre un mundo maldecido y réprobo, y el hombre temblando siempre como un esclavo bajo el látigo de su Señor, buscaba en vano donde ocultar su ignominia y llorar su desventura.

Pero no, no quedará sin cumplirse el gran vaticinio que coincidió con la misma caída del linage humano. Pasarán los años, correrán los siglos, las generaciones se sucederán unas en pos de otras llevando al sepulcro la imágen del libertador prometido sin haber visto su venida. Los patriarcas y los profetas descenderán al seno de Abraham suspirando por el deseado de los collados eternos sin haber tenido el consuelo de ver amanecer la aurora del gran día de la reparacion. Mas cuando los designios del cielo hayan tocado á su tér-

mino, el divino sol de justicia aparecerá en el horizonte, y la humanidad entera verá la salud de Dios.

Y de hecho, llegó la plenitud de los tiempos, cumpliéronse las profecías relativas al Mesías anunciado en el paraíso. El Señor conculcado de la miseria del hombre, y altamente compadecido de su profunda degradacion, propónese restablecerle en su primitivo estado, devolverle sus perdidos derechos, y restituirle á su antigua dignidad. Al efecto, envia á su Unigénito al mundo, hace que su Verbo descienda á la tierra revestido de la humana naturaleza; y ved que el Verbo se hace carne en el seno de una Virgen y habita en medio de nosotros, y de esta suerte asociando nuestra degradada naturaleza humana á su noble naturaleza divina, nos comunica su propia grandeza, nos hace participantes de su misma elevacion, comparte con nosotros su gloria, nos ennoblece, y casi nos diviniza mediante ese vínculo indisoluble que estrecha la humanidad con la divinidad, lo corruptible con lo incorruptible, lo terreno con lo celestial, lo temporal con lo eterno.

¡Qué dicha la del hombre desde que un Dios se dignó descender á él! ¡Qué espacio tan inmenso hubo de salvar el hijo del Eterno para rehabilitar al hijo del polvo! ¡Cuánta humillacion fué necesaria por parte del Verbo para enaltecer al que por su culpa hiciérase inferior á los mismos irracionales! ¿Quién jamás podrá concebir, mucho menos espresar, el abismo de misericordia y de amor que envuelve este misterio? Solo el que comprendiese exactamente el fondo de degradacion y de envilecimiento de que fué levantada la humanidad en vista de esa union inenarrable de ambas naturalezas en la divina persona de Jesucristo; Ah! El demonio nos habia uncido á su ignominioso yugo, y el Verbo en su Encarnacion nos reconquistó de sus manos y despedazó su funesto cetro. El pecado nos habia reducido á la servidumbre mas humillante, y el Verbo haciéndose hombre rompió nuestras cadenas y nos sentó en un trono. La desobediencia de un padre criminal habia borrado todos los rasgos de la divinidad que en un sér trazara el dedo del Criador, y el Verbo encarnándose en virtud de su obediencia restauró en nosotros su imágen y semejanza. Un fatal orgullo habíanos desterrado para

siempre del Cielo; y el Verbo humillándose hasta estrecharse en el seno de una muger, nos alcanzó el decreto de amnistia y nos mostró el camino de la pátria.

Si en vista de una transformacion tan prodigiosa é inaudita operada en la humanidad por el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, no se despierta y avigora en nosotros el sentimiento de nuestra dignidad, verdaderamente somos unos ciegos á quienes la luz de la revelacion lejos de esclarecernos nos deslumbra con su inmensa claridad, ó lo que es peor, unos ingratos en quienes no halla eco la voz de la bondad y del amor divino. Nos entusiasma frecuentemente una pueril vanidad nacida en nosotros de una quimérica presuncion de saber prestado, de ilusorio poderío, de imaginaria opulencia, ¿y no nos estasia el considerar lo que real y verdaderamente vinimos á ser por la Encarnacion del Verbo? Ella ha conciliado todas las contradicciones que existen en el ser humano; ella ha allanado todas las dificultades que se oponian á la realizacion de sus altos destinos; ella ha reanimado todas sus perdidas esperanzas; ella ha facilitado lo que en el orden de las causas y de los efectos era de todo punto imposible: ella ha estrechado distancias infinitas, ella ha reunido objetos que estaban en perpétua repulsion, ella ha verificado alianzas inconcebibles; ella ha amalgamado elementos llamados á luchar sin término: ella en una palabra, uniendo lo humano con lo divino, ha hecho en cierta manera de Dios un hombre y del hombre un Dios: supuesto que adoptando éste todo lo que era propio de aquél, con la única exclusion de su culpa, le ha comunicado su mismo ser, sus mismos privilegios, sus mismos derechos, su misma é idéntica dignidad. De modo que haciéndose pequeño hizo al hombre grande; haciéndose plebeyo, hizole noble; haciéndose pobre, enriquecióle con dones de la mayor valía; haciéndose accesible al dolor, libértóle de las consecuencias de la herida mortal que recibió en el paraíso. ¡Oh! Jamás concluiría si me propusiera continuar esa interminable induccion. ¡Son tantos los prodigios verificados en un solo hecho! ¡Son tan admirables los efectos de esa union portentosa entre la divinidad y la humanidad en la persona del Verbo! ¡Tan inestimables son las riquezas que hemos adquirido, los privilegios que nos han

sido dados, los derechos que hemos recobrado en virtud de ese comercio divino verificado entre Dios y el hombre, que no hay imaginacion por fecunda, ni lengua por grande que sea su elocuencia, capaz de dar la menor idea de tan extraordinario fenómeno. Ello es M. A. O., que siendo como éramos por consecuencia del pecado hereditario lo mas abyecto, lo mas miserable, lo mas vil y despreciable á los ojos de Dios que nos miraba como objetos de su indignacion y vasos de ira destinados á un fin ignominioso, desde el momento que el Hijo del Altísimo encarnó en el seno virginal de Maria, tan grande, tan noble, tan respetable es nuestra naturaleza, que Dios mismo no fué capaz de engrandecerla mas con su poder, ni pudo hallar medio de ennoblecerla mas su sabiduria, ni encontró dones mas preciados con que ensalzarla su inagotable liberalidad. Trocando su condicion con la nuestra por adquirir nuestro amor, reservóse para sí los sacrificios y nos hizo cesion de sus prerogativas; diónos su gloria, y se quedó con nuestras ignominias; nos legó sus consuelos, y se apropió nuestras miserias, nos trasladó su honor y aceptó en cambio nuestras humillaciones, nos donó su inmortalidad, y se resignó á la muerte. ¡Ved ahí, dice San Agustin, lo que ganó el hombre en ese tráfico divino que vino á hacer en el mundo el negociador celestial! Los mismos ángeles si bien por su naturaleza son superiores al hombre, nada tienen que éste pueda envidiarles en el orden de la gracia, desde que el gefe y cabeza de todos los ángeles se dignó humanarse. Allá en lo mas elevado de la gerarquía celestial, yo apercibo dos seres, y esos dos seres son dos miembros de la humanidad, á saber, Maria madre de Jesucristo, y Jesucristo hijo de Maria. Ciertamente que antes que se verificase el prodigio de la Encarnacion del Verbo nada habia tan degradado como la naturaleza humana, envilecida y pisoteada por el pecado: pero desde el instante que el Verbo se anonadó hasta el fondo del abismo, la rehabilitó, la ensalzó, la engrandeció, se unió á ella, hízola una cosa consigo y la colocó en su propio solio sobre los mismos Angeles, Principados, Virtudes y Dominaciones, al lado del Todopoderoso.

Indudablemente, M. A. O., no hay en la religion católica un dogma mas consolador y que mas viva luz refleje sobre todas las de-

mas enseñanzas, que éste de la Encarnacion del Verbo. Nada realza tanto en nosotros el sentimiento de nuestra dignidad, ni engendra en nuestras almas ideas mas sublimes, afectos mas nobles y generosos, que esa revelacion de nuestra primitiva grandeza reconquistada por el hijo de Dios hecho hombre. Dulce y sobre manera tierno es considerar á un Dios que se digna humillarse y rebajarse hasta el estremo por reconciliar la humanidad pecadora con el cielo, por alcanzarla la indulgencia y el perdon de sus funestos estravíos, por relevarla del castigo á que la condenára la eterna justicia. Pero ver á esa misma humanidad romper sus cadenas, sacudir su ignominioso yugo, recobrar su antigua nobleza, entrar en el goce de sus perdidos derechos, reanudar sus relaciones con la divinidad de una manera aun mas estrecha é íntima, identificarse con ella hasta formar una misma cosa con Jesucristo... ¡ah! esto es inefable, inaudito, prodigioso, y llegaria á ser increíble si el infalible testimonio de la fé no nos lo demostrase en ese gran misterio.

Error fué y no pequeño el de algunos sábios del paganismo que llegaron á creerse en su presuntuoso orgullo hijos de los dioses por cuanto habian colocado á sus antepasados en el catálogo de las falsas divinidades del Olimpo. Esta persuasion, aunque insensata, inspirábales sentimientos nobles, ideas generosas, y un ardor y un heroismo extraordinarios para acometer las mas árduas empresas. Sin embargo, no en vano, observa San Agustin, permitió el Señor este error á través del cual se traslucia cierto rayo de verdad que despues debia tener su complemento en el seno del cristianismo. Convenia que el hombre estuviese persuadido de que era una emanacion divina, para que despues supiese apreciar mejor esta misma nobleza de su origen, cuando efectivamente viese verificada, en virtud de la union de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo, esta verdad que entonces no era mas que una ilusion grosera. Desde entonces comenzó á ser un dogma incontestable lo que en el paganismo solo fuera un mero sentimiento de fastuosa arrogancia. Desde entonces se convirtió en una creencia en que se apoya toda la economía de la religion cristiana, lo que antes no pasaba de ser un absurdo grosero inspirado por una loca vanidad. Considerad, nos

dice el Apóstol amado de Jesus, considerad cuán alto rayó la caridad del Padre celestial, pues quiso que nos llamásemos y fuésemos realmente hijos de Dios: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus* (1). No es una simple denominacion esa filiacion inefable, es un hecho positivo que se desprende del misterio que hoy celebramos. ¿Podia acaso revestirse el Verbo divino de la carne del hombre sin contraer con él la mas estrecha afinidad? De ninguna manera; y por consiguiente desde el momento en que en virtud de esa alianza, formamos un mismo cuerpo con Jesucristo, ya no usurpamos un titulo extraño, sino que invocamos un derecho incontestable, cuando decimos á Dios que somos sus hijos, puesto que tenemos por hermano á Jesus, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos, miembro de nuestros miembros. No me admira que San Clemente de Alejandría, al contemplar las inmensas ventajas que nos proporcionó este misterio, y la angusta dignidad que nos confiere la union de la divina naturaleza con nuestra naturaleza humana, haya dicho en un raptó de entusiasmo que Dios haciéndose hombre hizo á los hombres dioses. Pues aun cuando sea una verdad innegable que no somos hijos de Dios en el mismo grado de perfeccion que Jesucristo, siéndolo él por naturaleza y nosotros únicamente por adopcion, ¿cuánto no nos ennoblece esta adopcion divina! ¿Podia elevarnos mas el Señor con todo su poder? ¿Podiamos esperar nosotros de él una distincion mas gloriosa? ¿Cabia en nuestra ambicion aspirar á mas alto honor? ¡Ah! sí podemos mostrarnos santamente orgullosos de nuestro origen porque en la creacion participamos de la semejanza del que nos amasó con sus manos, infundiéndonos el soplo de su divinidad, mucho mayor motivo tenemos para hacerlo al ver que esa misma semejanza, esa misma imagen, esa misma dignidad borrada un dia, manchada y desfigurada por la culpa, ha sido restablecida en la Encarnacion con un aumento de gloria que escede incomparablemente á la ignominia en que incurrimos. Y esta gloria ligada á nuestro espiritual renacimiento, no la debemos sino á la bondad de aquel Sér infinito en misericordia,

(1) I. Joan III.

inmenso en poder, y sin semejante en sabiduría, que en un mismo Hombre supo reunir y estrechar tan íntimamente su divinidad y nuestra humanidad. «Ved ahí, esclama el Crisóstomo, el gran prodigio de la Encarnacion, en la que el hijo único de Dios se hace hijo del hombre, para hacer que los hombres sean hijos de Dios.» «Y si os parece un prodigio incomprensible que los hombres hayan podido nacer de Dios, cesad de dudar, dice San Agustin, desde que un Dios ha podido y querido nacer de los hombres.»

Ahora bien, M. A. O., ya que hemos visto cómo la humanidad ha sido ennoblecida y rehabilitada en su grandeza primitiva mediante la Encarnacion del Verbo, réstanos únicamente deducir las consecuencias que se desprenden de este misterio con respecto á nuestra conducta ulterior, ó lo que es igual los deberes que hemos contraído para con Jesucristo, y lo que de nuestra gratitud exige tanta bondad y tanto amor. El sentimiento mismo de nuestra dignidad recobrada por la union inesfable de ambas naturalezas en la persona divina del Verbo, dícenos elocuentemente cuánto no debe esperar de nosotros un Dios que por efecto de una condescendencia inapreciable creyó poder hacerse hombre sin menoscabar su gloria, únicamente porque el hombre reconquistase la que pecando perdiera. ¿Qué sacrificio podrá sernos costoso, cuando vemos á un Dios inmolar en las aras de su caridad cuanto tenia de mas precioso y estimable por conferirnos su propia grandeza y hacernos participantes de su filiacion divina? ¿Qué actos de virtud podrán resistirnos, una vez convencidos de que por la Encarnacion del Verbo hemos venido á ser en cierta manera sus iguales, en cuanto tenemos por Padre comun al que le engendró de su propia sustancia en el seno de la eternidad? ¿Qué objetos podrá ofrecernos el mundo capaces de estimular nuestra ambicion ó nuestro orgullo, cuando en virtud de nuestra alianza con el Hijo del Altísimo poseemos la grandeza mas positiva, los mas altos titulos de honra, los blasones de una estirpe régia, el diploma de una nobleza casi divina? ¿Cómo no será humilde en medio de su elevacion, quien se reconoce hermano de aquel que siendo el esplendor de la gloria del Eterno se anonadó hasta lo que hay de mas vil en la humanidad por glorificar al que le enviára

al mundo? ¿Cómo no sería humano y benéfico en el seno de la opulencia, quien tiene por modelo al que poseyendo todos los tesoros del cielo se encarnó en el seno de una mujer pobre, para enriquecer con sus dones á los que el pecado tenia reducidos á la mas completa indigencia? ¿Cómo no sería condescendiente y compasivo con sus semejantes, quien tiene la honra de haber sido asociado á Jesucristo en la participacion de los derechos y de las esperanzas que este hizo comunes á todos los descendientes de Adán? ¿Y pudiera en fin rebajarse hasta el envilecimiento que acarrea el vicio, quien lleva impreso en su frente el sello de la divinidad con que le marcó Dios en la creacion, y en su alma y en su cuerpo la imágen divina del Verbo restaurada por éste en su Encarnacion? No, jamás el hombre que conserve la conciencia de su rehabilitacion y el sentimiento de la noble dignidad que le fué conferida en este altísimo misterio, podrá consentir sin envilecerse y degradarse en ser esclavo de unas pasiones que el Verbo vino á sojuzgar, en aceptar unas cadenas que el Verbo vino á romper, en deshonorarse con unos escesos de que el Verbo vino á triunfar en la humanidad y por la humanidad.

No otro es nuestro deber, M. A. O.; deber imperioso á que nos obliga nuestra union con Jesucristo en la Encarnacion. Pues que mediante esa misteriosa alianza del Verbo con nuestra carne tenemos un mismo origen, un destino idéntico, relaciones igualmente intimas con él, iguales deben ser nuestras aspiraciones, semejantes nuestros sentimientos, análogos nuestros afectos, y en todo una misma nuestra conducta, si no queremos renunciar desde luego á nuestra adopcion y á los derechos adquiridos en virtud de ella. Poco sería poder decir soy hijo de Dios, hermano de Jesucristo, miembro de su cabeza, si no pudiésemos decir al propio tiempo: Siento en mi alma el mismo espíritu que anima á Jesucristo; experimento los efectos maravillosos de lo que el amor ha operado en la humanidad sacratísima del Verbo: de modo que Jesus vive en mí y yo vivo en Jesus por una perfecta asimilacion de sentimientos, de aspiraciones y de ideas que me hacen querer lo que él quiere, amar lo que él ama, aborrecer lo que él aborrece, apreciar únicamente lo que él aprecia, y mirar con indignacion lo que él no puede menos de mirar con horror: Vivo

ego, jam non ego: vivit vero in me Christus (1). De lo contrario, con razon pudiera apostrofarnos el Señor como en otro tiempo á su pueblo: «Si es cierto que yo soy vuestro padre y de ello os envaneceis, ¿dónde están las pruebas de que apreciáis tan alto honor?» ¿*Ubi est honor meus* (2)? Y si yo soy vuestro hermano en virtud de haber adoptado vuestra naturaleza, y ennoblecidola de una manera tan maravillosa en mi Encarnacion, ¿qué testimonios me dais de que no os es indiferente este título glorioso? ¿Cuidais de conservar intachables los blasones de vuestra dignidad? ¿No la amancillais con ninguna accion impropia de tan esclarecido linage? ¿Os preservais cuidadosamente de cuanto puede envileceros? ¿No os rebajais jamás á aceptar las condiciones deshonorosas de una carne recalcitrante que intenta imponeros su pesado yugo? ¿Corresponden siempre vuestras acciones al sentimiento que teneis de esa grandeza que os confirió la alianza del Verbo con vuestra naturaleza? ¿*Ubi est honor meus*?

De nuestro propio corazon debemos esperar la respuesta. Él es quien debe decirnos si hemos llenado ó no el deber que nos impone nuestra relacion íntima con Jesucristo con quien nos hemos casi identificado en este misterio. Entre tanto, ni un solo instante olvidemos lo que nos dice á este propósito el Papa San Leon: «Reconoce, oh cristiano, tu elevada dignidad, y pues en la Encarnacion del Verbo te has asociado á su divina naturaleza, no desmientas jamás tu noble origen, y precávetes de amancillarle volviendo á tu antigua degradacion en virtud de sentimientos ó acciones que puedan deshonorarte. *Agnosce, cristiane, dignitatem tuam*. Aparta tu vista de todos los objetos terrenos, mira con desprecio cuanto conspira á deslumbrarte en este mundo visible, y fija únicamente tus ojos en lo imperecedero é infinito, considerando que tus esperanzas son eternas y tus destinos inmortales: *Agnosce dignitatem tuam*. Ten presente que el Verbo se hizo carne para alumbrar tu ceguedad disipando las tinieblas de tu inteligencia, para curar tu corrupcion triunfando de las pasiones que pervertian tu voluntad, y esto lo verificó dán-

(1) Ad. Rom. III, 20.

(2) Malach. I, 2.

dote á conocer las únicas verdades objetos dignos de tu fé, y enseñándote dónde estaba el único bien que debías amar. No cierres pues los ojos á esa divina claridad, ni tornes desacordado á esos miserables ídolos de un corazon corrompido que te hicieron olvidar tu eterno porvenir: *Agnosce dignitatem tuam.*

Y vos ¡Verbo encarnado! volved á nosotros si por nuestra desgracia os hemos rechazado en momentos de ciega ilusion. Sobreabunde vuestra gracia mas que nuestra malicia, triunfe vuestra misericordia de nuestra iniquidad. Somos débiles: fortalecednos. Imponderable es nuestra fragilidad: tened compasion de nosotros. Nuestra miseria es escesiva: sed indulgente y bondadoso. Y pues en el misterio de la Encarnacion os dignásteis haceros una misma cosa con nosotros mediante la union de vuestra divina naturaleza con nuestra pobre naturaleza humana, no permitais que jamás rompamos esos dulces lazos; y ya que á tan alta dignidad nos elevásteis, haced que sepamos apreciarla y conservarla cual cumple á hombres llamados á participar con vos de idénticos destinos: para que así como unas mismas son ahora nuestras esperanzas, una misma sea despues nuestra gloria en la mansion de la inmortalidad.

DISCURSO I

PARA EL DÍA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS, TAL CUAL SE VERIFICÓ EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS, ES EL ÚNICO QUE CONVENIA Á SU POSITIVA GRANDEZA, POR CUANTO HACE RESALTAR LOS MAS BRILLANTES RASGOS DE SU DIVINIDAD OCULTA BAJO LAS APARIENCIAS HUMANAS.

Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.

Un párvulo nos ha nacido, y un Hijo se nos ha dado.

ISAÏE. IX. 6.

HAY en el language bíblico tanta belleza unida á tan grande sencillez, tanta sublimidad al par de tan extraordinaria modestia, que no puede menos de sorprender y de admirar á quien lo observa sin prevencion y con sinceridad lo medita. Oid como anuncia el mas ilustrado de los profetas el altísimo é inefable misterio del nacimiento temporal del Verbo hecho carne: «Un párvulo nos ha nacido, y un Hijo nos ha sido dado.» *Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.* ¡Qué espresiones tan humildes! ¡Qué palabras tan sencillas! ¿Y quién es ese párvulo de quien habla Isaías? ¿Quién ese Hijo, á quien alude? ¿Es acaso aquel á quien él mismo denomina en otro lugar Admirable, Dios, Fuerte, Príncipe de la paz y Padre de los siglos venideros (1)? ¿Es por ventura aquel justo que

(1) Isaïe IX. 6.

con tan vivas ansias pedia á las nubes como el matutinal rocío, aquel Salvador que con tanta insistencia conjuraba á la tierra hiciese brotar á manera de benéfica planta, el tallo de la raiz de Jessé, el deseado de todas las naciones, el dominador de los mares, el árbitro de los imperios, el ángel del gran consejo, el libertador de la raza de Israel?

No hay duda, M. A. O., ese párvulo de quien habla el profeta no es ni puede ser otro que aquel que, llenándolo todo con su inmensidad en el cielo y en la tierra, se abrevió en fuerza de su amor hasta el punto de encerrarse temporalmente en el seno de una Virgen hija de Judá. Ese hijo á quien con cierto linage de desden menciona, es el mismo que en otra ocasion denomina Hijo del Altísimo, el cual despues de haber sido engendrado antes del nacimiento de la auro-ra en la plenitud de los santos por un Padre sin principio, hízose en virtud de un prodigio inefable el Hijo del hombre naciendo de una madre mortal en la pequeña aldea de Belen. *Parvulus natus est nobis, et Filius datus est nobis.* ¡ Oh abismo, oh profundidad incomprendible de los divinos consejos, ante la cual se confunde y anonada la débil razon humana! ¿ Es posible que á tal estado de debilidad haya podido reducirse el que con solo un acto de su voluntad sacó del caos todo cuanto existe? ¿ Es dable concebir que el que en la eternidad se sienta sobre un trono de gloria sostenido por querubines, no tenga en la tierra por cuna mas que un desmantelado pesebre y por vivienda un musgoso establo? ¿ Puede creerse que el que es la sabiduria increada, el poder sin limites, la magestad por esencia y el rey de los siglos se encuentre envuelto en unos miserables pañales, rodeado de animales estúpidos y de rústicos pastores, pagando á la humana naturaleza el comun tributo de las lágrimas con que se dan á conocer en el mundo todos los hijos de Adan?

Y todavía me maravilla mas este fenómeno, cuando recuerdo el aparato con que viene anunciándose á través de las edades por espacio de cuatro mil años de promesas y predicciones. Iniciados aunque confusamente en él nuestros primeros padres en el paraíso, forma desde entonces el consuelo de toda su desventurada posteridad. Los antiguos justos le miran como el grandioso objeto de su fé y de

sus ardientes votos; los patriarcas le esperan como el astro precursor de una nueva era de ventura; la Sinagoga le figura en sus ritos y sacrificios; y todo en la primitiva ley vá marcado con el sello del futuro Mesias: de modo que hasta en sus instituciones políticas se vé entrañado ese gran pensamiento, cuya realizacion era el término de todas las esperanzas del pueblo escogido. Revelado despues con mas claridad á los profetas, escita en ellos el mas puro entusiasmo, y es el tema continuo de sus sublimes inspiraciones. Encarnado en las páginas de la poesía y de la historia, en los cánticos populares y en las tradiciones de la nacion santa, traspasa los límites de la Judea, difúndese por toda la tierra, y do quiera se hace general la espectacion de un libertador, Dios y Hombre á la vez, que debe traer la salvacion y la paz á todo el linage humano. Cumplióse en efecto el término presijado para la realizacion de este gran misterio: déjase ver en el mundo el Mesias objeto de tan prolongada espectacion y de tan ardientes suspiros. ¿Y en dónde, y cómo nace ese verde renuevo del tronco de Jessé? ¡Ah! Trasladémonos á Belen, y veamos el prodigio que allí se verifica: *Transeamus usque ad Bethleem, et videamus verbum quod factum est.* Mas ¡ay! ¡Ilusiones engañosas! ¡Esperanzas defraudadas! Yo creia encontrar un Dios en toda la pompa de su régia magnificencia, y solo hallo un niño débil por cuyas mejillas corren las lágrimas de la infancia, una madre pobre que le recuesta entre paja por no tener otra cuna en que posar sus delicados miembros, unos groseros aldeanos que le llevan la ofrenda de un corazon sencillo, unos brutos que con su aliento le prestan calor... ¡Hed ahí todo el aparato que rodea el nacimiento del nuevo príncipe llamado á empuñar el cetro de Judá! ¡Ved toda la córte del monarca prometido al pueblo de Israel!

En vista de esto, M. A. O., ¿qué deberemos pensar de ese acontecimiento? No hay mas que dos caminos: recurrir á la fé, y reconocer en ese ser humanado, tan débil y al parecer despreciable, al Dios de toda grandeza que víctima de su amor hácia la humanidad ha querido darnos el mas sublime ejemplo de abatimiento y humillacion, ó lanzarse en los brazos de la incredulidad negando que tan profunda abyeccion sea digna de una magestad tan soberana;

adorarle con la sencillez de los pastores, ó rechazar su dominacion con la arrogancia de los infieles judios que se creyeron burlados en sus esperanzas: confesar con los magos que en esa humanidad tan humillada se ocultan los resplandores de la divinidad, ó concluir con los impíos despreciadores de nuestros dogmas sacrosantos, que es imposible que un Dios haya podido rebajarse hasta ese extremo de anonadamiento y de miseria. ¡Elegid!

Yo por mi parte me complazco en admirar en ese acontecimiento extraordinario, en ese hecho que parece desmentir y desconcertar todos los humanos cálculos, un fenómeno de misericordia, un misterio de bondad, un designio de paz y de amor digno de nuestro mas profundo respeto, de nuestra mas sincera gratitud, y de nuestra mas ardiente fé. Y para ello me fundo en que supuesto el plan divino de la redencion del linage humano, y una vez reconocida la sábia economía de la Encarnacion del Verbo, Jesucristo no podia, no debia nacer de una manera distinta de la que lo verificó, por cuanto ella era la que mas convenia y se armonizaba con los tres principales atributos, bajo los cuales se propusiera manifestarse y darse á conocer en el mundo. Siendo infinitamente grande, ningun otro nacimiento hacia resaltar mas su positiva grandeza; siendo infinitamente sábio, ningun otro rasgo revelaba mejor los arcanos de su divina sabiduria; y por último, siendo infinitamente bueno, ninguna prueba mas convincente podia darnos de subondad. Una vez demostrados estos tres puntos quedarán completamente rebatidos los argumentos del orgulloso racionalismo y de la nécia impiedad. Limitémonos por hoy al primero, reservando los dos restantes para otro discurso.

A vos Virgen bendita, madre escelsa de ese divino infante que yace en un pesebre, recurro en este momento, esperando me alcancéis las luces necesarias para vindicar la grandeza y magestad de vuestro adorable hijo ocultas bajo los misteriosos velos de la humanidad. Haced que refleje sobre mi inteligencia un rayo de la luz increada, para que pueda hablar con la dignidad que exige tan grandioso asunto. Muévaos á otorgar mi súplica el afecto y reverencia con que todos os saludamos con las palabras del ángel:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

¡Cuán menguado es el saber del hombre! ¡Qué limitada su capacidad! Y sus aspiraciones y sus miras, ¡cuán bajas y vulgares! Acostumbrado á no ver mas allá del estrecho círculo de los objetos que hieren sus sentidos, jamás se eleva á la alta region de lo espiritual y celeste. A manera de un reptil que se arrastra entre el polvo, no sabe salir de ese elemento, cuéstate trabajo comprender lo que pasa en otra esfera distinta, empéñase en subordinarlo todo á las mezquinas ideas que ha concebido de los seres que le rodean; y si alguna vez la luz de la revelacion divina se digna desplegar ante sus ojos una súbita claridad, sus esplendorosos rayos en vez de iluminarle, le hieren, le deslumbran, le ciegan, é incapaz de sufrir tamaño resplandor, frecuentemente convierte en objeto de presuntuoso desden ó de arrogante blasfemia lo que debia obligarle á adorar humilde la magestad de Dios que no comprende.

Hed ahí M. A. O. explicado ya el origen del orgulloso cinismo de esas inteligencias extraviadas para quienes los misterios de nuestra religion no son mas que unas bellas quimeras, unos ideales ingeniosamente calculados, pero de ninguna manera unas verdades incontrovertibles, unos hechos inefables. ¿Cómo pues seria posible convencer á los que así discurren, de que nada convenia tanto á la grandeza infinita del rey de las eternidades al manifestarse en la tierra, como elegir una débil mujer por madre, un establo por palacio, un pesebre por trono, unas duras pajas por lecho, unos miserables pañales por manto real, y por toda córte unos irracionales mudos, y unos cuantos pastores de las cercanías de Belen? Y sin embargo, nada mas cierto, nada mas en armonía con los sublimes principios de la fé, nada mas análogo á las grandiosas ideas que ésta nos suministra acerca de los designios que se propuso Dios al enviar su unigénito al mundo.

Prescindid si os place de las circunstancias maravillosas que pre-

cedieron y acompañaron á este misterio; no hagais mérito de aquella luz sobrenatural que rompió súbitamente las tinieblas de la noche y la convirtió en un claro día; olvidad aquellos conciertos armoniosos que resonaron en los aires, aquellos coros angélicos que entonaron himnos de gloria y de paz al recién nacido infante, aquel mensaje celeste que notició á los pastores de las montañas de la Judea el acontecimiento que acababa de verificarse en Belen, la estrella prodigiosa que condujo al pesebre á los sábios de Oriente. Nada de esto necesito para convenceros de que el nacimiento de Jesucristo es el nacimiento de un Dios. Yo encuentro en las mismas apariencias de abatimiento y debilidad que le rodean indicios mas claros, señales mas ciertas, pruebas mas inequívocas de una grandeza toda divina. Y si no, suponed por un momento que el Evangelio no fuese mas que una mera invencion del hombre, y que éste segun sus ideas se hubiese propuesto describir el nacimiento del Verbo humanado. ¡Cuánto no distaria su relato del que nos hacen los sagrados historiadores! ¡Qué rasgos tan distintos caracterizarian el genio del escritor! ¡Cómo se revelaria en todo la mano del hombre entregado á sus propias inspiraciones, á los recursos de su imaginacion! Indudablemente hubiera adoptado los mas brillantes coloridos para embellecer el cuadro; hubiera desplegado toda la pompa y todas las galas de la elocuencia para hacer resaltar las mas minuciosas circunstancias; no se hubiera olvidado de amontonar en derredor de la cuna del recién nacido príncipe las riquezas y la magnificencia deslumbradora de una corte suntuosa, el oro, la plata, los mármoles de esquisito valor, las telas preciosas y cuanto puede concurrir á realzar el natalicio de un régio personage; hubiéranse visto numerosos criados cruzarse en distintas direcciones á ejecutar las órdenes concernientes á tan fausto acontecimiento, cortesanos officiosos correr á felicitar á la madre venturosa del augusto infante, y á ofrecerla sus humildes servicios; nada, en una palabra, hubiera omitido para dar á este hecho una importancia suma, un aspecto encantador. Y á la vista de tanto aparato, de tan fastuosa magnificencia, vuestras imaginaciones exaltadas hubiéranse creído trasladadas á un nuevo Eden, y en un raptó de indefinible entusiasmo tal vez hu-

biérais esclamado : ¡Oh! ¡Verdaderamente es grande y divino todo cuanto aqui pasa!

Pues bien, yo quiero manifestaros el lamentable error en que estais, demostrándoos que todo ese fausto, todo ese aparato es únicamente propio de la humana miseria, y altamente indigno de la grandeza y majestad positiva de un Dios. ¿Por dónde habeis podido imaginaros que tuviese necesidad de ninguna de esas cosas, el que fabricó los cielos y sembró en el firmamento como el polvo esos innumerables cuerpos luminosos que le embellecen, el que hizo la tierra y la alfombró de flores y de frutos, derramando en su seno los tesoros y riquezas de una vejetacion abundante y variada? ¿Pudiera prendarse de ninguna de esas vanidades que tanto nos deslumbran quien nada ve en la mansion inmortal de su gloria digno de sus miradas y de su amor, fuera de aquel Padre en cuyo seno fué engendrado desde la eternidad? ¿Aspiraria á una grandeza prestada y transitoria el que encuentra en sí mismo el fondo de una grandeza propia, esencial é incomunicable, y en cuya presencia los artesonados palacios que habitan los reyes, las doradas techumbres de los soberanos, y cuanto de mas envidiable hay en el mundo no es mas que un poco de lodo repugnante, un poco de humo que desaparece al leve soplo de su omnipotente lábio? ¿En qué consistiria su infinita independenciam, si pudiese necesitar de ninguno de esos frágiles apoyos de nuestra debilidad, de esos adornos frívolos con que el hombre pretende ocultar su miseria, de esos falsos bienes que solo puede ambicionar la humana codicia, de esas pomposas vagatelas con que se ilusiona nuestra loca vanidad? ¿Qué seria de su omnipotencia si para hacerse respetar y amar de nosotros hubiese menester herir nuestros sentidos con esas vanas esterioridades que nosotros necesitamos respecto de nuestros semejantes? ¿No se basta él á sí mismo como dueño absoluto y árbitro supremo de los humanos corazones? ¡Oh! verdaderamente eres mi Dios, esclamaba el profeta rey, puesto que nada necesitas de cuanto yo poseo: *Deus meus es tu quoniam bonorum meorum non eges* (1).

(1) Psalm. XV. 2.

Y de hecho, M. A. O., concíbese fácilmente que un Dios por efecto de su amorosa condescendencia se rebaje hasta el punto de aceptar las miserias del hombre cuando se propone librarle de ellas, que fué uno de los grandiosos fines que precedieron á la idea de la reparacion del linage humano. Cabe y muy bien que el inmortal se haga mortal, que el impasible se sujete al dolor, que el rico por esencia se reduzca á una voluntaria mendicidad, que la majestad infinita se abata hasta el mas profundo envilecimiento, puesto que todo ello se hace necesario para realizar el plan divino concebido en la eternidad en favor de un mundo desheredado y miserable. Pero que ese mismo Dios se envilezca hasta tomar prestada nuestra falsa grandeza y nuestra aparente majestad, hasta adornarse con los pueriles objetos que halagan nuestro orgullo... hed ahí lo que sobre ser inconcebible, por ser sumamente indigno de su positiva y esencial grandeza, seria tambien en estremo ridiculo. Aquello lo esplican el amor y la misericordia; esto solo se esplicaria por un raptó de demencia cuya sola idea irrogaria á Dios la mas enorme injuria. En buenhora que un príncipe en circunstancias críticas por salvar á su pueblo se disfrazase con el traje del mas vil esclavo. Esto, lejos de degradarle, le engrandeceria en el concepto de sus súbditos. ¿Pero no os burlaríais de él, si en su baja ambicion le viéseis adoptar entre los harapos del pordiosero alguna señal de distincion y de honor que revelase su régia dignidad? Pues del mismo modo, ¿qué pensaríais de un Dios-Hombre que habiéndose resignado á aceptar las debilidades y flaquezas de la humanidad para redimirla, buscarse en alguna vana muestra de nuestra quimérica grandeza una especie de indemnizacion á un abatimiento infinito? No, M. A. O.; nada de eso podia convenir al hijo del Altísimo: preciso era que su nacimiento fuese en un todo conforme á los altísimos designios de su bondad y de su amor. Cuanto mas se me hiciese ver en el Salvador recién nacido lo que es propio de la majestad humana, tanto menos reconoceria en él la majestad divina, puesto que veria en semejantes frivolidades el sello indeleble de la mano del hombre, su genio, su idea, su invencion, su orgullo y su miseria.

Por el contrario, en el relato que el Evangelio nos hace del naci-

miento del Dios-Hombre es donde se vé la pluma inspirada por el espíritu divino, la sublimidad de una ciencia sobrenatural y superior á todo lo terreno. A ningun hombre entregado á sus propias inspiraciones hubiérasele ocurrido jamás la idea de hacer nacer al Mesías esperado por tantos siglos y prometido por tantos vaticinios en un establo, entre duras pajas y en medio de unos viles animales, en la pobreza mas estremada, en la mayor debilidad, en la mas cruda estacion del año, y en un estado casi completo de desnudez. No es una pluma humana la que al describir este acontecimiento á que estaban ligados los destinos y el porvenir del mundo, se limita á poner estas palabras en la boca del celestial mensajero que anunció á los pastores tan fausta nueva: «El Cristo ha nacido; y ved las señales por donde le reconocereis: Hallareis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre:» *Invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio* (1). Esta sencillez no es propia del lenguaje del hombre. Su imaginacion es incapaz de inventar una escena tan humilde y tan augusta á la vez, que diga tanto al alma y que tan poco lisonjee los sentidos. Nada encuentro en ella que no sea superior á las miras del menguado mortal; todo me revela esos pensamientos de Dios tan distintos de los del hombre, esa sabiduría increada que el Apóstol llama un abismo sin fondo, esa verdadera grandeza de Dios que aunque invisible se manifiesta aquí lo mismo que en todo el universo, tanto mas brillante cuanto mas oculta bajo los misteriosos celajes de la humana debilidad.

— Observad sino M. A. O. los admirables efectos producidos por este acontecimiento antes y despues de su realizacion. ¿Veis ese niño que en un rústico y desmantelado establo nace de una madre pobre á quien todos rehusan dar un asilo hospitalario? ¿Veis ese balbuciente infante que aterido de frio comienza su carrera en el mundo en medio de las mas crueles privaciones? Nada puede imaginarse mas débil é impotente; y sin embargo, de él vienen hablando desde el origen del mundo todos los mitos, todas las predicciones, todas las teogonias. Donde quiera no hay una tradicion que

(1) Luc. II. 12.

no le anuncie, ni una promesa que no le mencione, ni una esperanza que no termine en él. Todo suspira en pos de su venida, y por espacio de cuarenta siglos el cielo y la tierra tienen los ojos fijos en su nacimiento, como que de él esperan el desenlace de un misterio cuyas consecuencias afectan á todo el orbe, porque está llamado á operar un cambio radical en los destinos ulteriores de la humanidad. Por él se han santificado todos los justos desde Abel; los profetas han sido inspirados para trazar anticipadamente los magníficos rasgos de su historia. La vocacion de Abraam, la mision de Moysés, la eleccion del pueblo de Dios, las leyes y la religion dadas á ese mismo pueblo, el sacerdocio de Aaron y de Melquisedeck, todo se refiere en último término al misterio de Belen. Si los imperios se arruinan ó se levantan no es sino para preparar el camino á este acontecimiento, único que absorbe las ideas de todo el mundo.

Llega por último el plazo designado: el misterio se verifica, y los Magos corren desde el Oriente á depositar sus tesoros á los pies del recién nacido. Su solo nombre siembra la alarma en Jerusalem; reúnese la Sinagoga para deliberar acerca de los oráculos relativos á él; el impío Herodes tiembla sobre su trono, y toda la perfidia, todo el poder de ese cruel tirano le parecen insuficientes para ahogar en la cuna á un débil niño que ni siquiera tiene un protector en la tierra. Dejad que los acontecimientos se desarrollen. Como el astro del dia derrama una luz siempre creciente, desde el momento en que se lanza del Oriente hasta que llegado á la mitad de su carrera, abrasa el aire con sus fuegos y deslumbra todos los ojos con el resplandor de sus rayos, del mismo modo el esplendor de la divinidad oculta al principio en la oscuridad de un establo, rasga insensiblemente los velos que la cubren, y brilla de dia en dia con un resplandor cada vez mas vivo y puro, en proporcion que el divino Niño crece en edad y avanza en su gloriosa carrera. A los doce años admira con su sabiduría á los ancianos de Israel, y á los intérpretes de la ley á quienes solo hace algunas preguntas en el templo. Mas tarde, confunde con sus respuestas á los fariseos y saduceos, á los escribas y doctores, á los sacerdotes y los pontífices; habla como ningun hombre habia hablado antes que él, arrastra en pos de sí las turbas,

manda como soberano á la naturaleza, revela los secretos de los corazones, cura todas las dolencias, resucita los muertos despues de cuatro dias, llena la Judea de sus milagros, y se estiende por do quiera la fama de su nombre. Muere; y el sol niega su luz, la tierra se conmueve hasta en sus cimientos, y el mundo parece próximo á volver á hundirse en el caos. Sale vencedor del sepulcro, y segun estaba predicho, todo en el mundo cambia de aspecto; los idolos se ven abandonados, renuévanse las costumbres, el Evangelio y su divina filosofia son substituidos á los ensueños de los falsos sábios y á los errores mas monstruosos, el Dios nacido en un establo y muerto en un suplicio recibe el incienso de toda la tierra; y al cabo de mil ochocientos años, todavia es el único á quien adoran los pueblos civilizados, y estiende cada dia su imperio hasta las regiones mas remotas y bárbaras. Todas estas maravillas comenzaron en Belen: ellas son los frutos de ese pesebre, de esos pañales, de ese nacimiento tan abyecto y humillante cuyo misterio hoy celebramos. ¿Quién habrá, pues, que no reconozca la grandeza de Dios en unos medios tan pequeños que han producido efectos tan admirables? ¿Quién no verá en todo esto la mano de aquel que siembra unos granos imperceptibles para producir bosques inmensos, que amasa un poco de barro para formar el linage humano, y fecunda la nada para sacar de ella el universo?

¡Oh apóstol predilecto! Ahora acabo de comprender por qué despues de haber dicho que el Verbo se hizo carne, lejos de añadir que en este estado habia quedado eclipsada toda su gloria, y desaparecido su magestad y grandeza en el esceso de su abatimiento, añades por el contrario, «que hemos visto su gloria, esa gloria que solo pertenece al Unigénito del Padre (1).» Es que haciéndose carne, se hizo niño, y en apariencia el mas pobre y débil de todos ellos, y en este concepto pareció anonadarse: pero de en medio de esas debilidades de su infancia y del fondo mismo de su anonadamiento, brota una gloria que no podia pertenecer sino á él solo, y que es

(1) Et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti a Patre. (Joan. I. 44.)

digna en todos conceptos del unigénito de Dios. Comprended bien esto, H. M. Si Jesucristo hubiese aparecido bajo la forma de un soberbio gigante, de un rey poderoso, de un sábio, hubiéramos visto su gloria, pero ésta hubiera sido á nuestros ojos la gloria del hombre, hubiéramos atribuido sus mas brillantes sucesos bien á sus fuerzas gigantescas, ó al valor de sus ejércitos, ó á la superioridad de su ciencia y de su génio. Si se hubiese dejado ver escoltado de numerosas legiones celestiales, dispuestas á seguirle donde quiera y á ejecutar sus órdenes, tambien hubiéramos visto su gloria, pero una gloria que habria dividido con los ángeles, como debida en parte á su asistencia. Si hubiese descendido con todo el aparato de la divinidad, rodeado de relámpagos y rayos como en el Sinai, ó envuelto en su propia luz y eclipsando los rayos del sol como en el Thabor, hubiéramos visto en efecto su propia gloria; pero al verle desplegar de este modo toda su magestad, hubiéramos tal vez creído que tenia necesidad de todo su brillo y de todas sus fuerzas para deslumbrar y sojuzgar á los mortales. Mas cuando viniendo á conquistar el universo, pierde por decirlo así todas sus armas, se despoja de todo su esplendor, y aun en cierta manera de sí mismo, se abate hasta la debilidad de la infancia muda é impotente, descende hasta la ignominia de un establo, se encierra en un pesebre, se envuelve entre pañales, y que aun así triunfa de los poderes del mundo y del inferno, echa por tierra el imperio de la idolatría, y se hace reconocer do quiera por el único Dios verdadero del universo; ¿no manifiesta de un modo inefable y divino la gloria incommunicable de aquel cuya debilidad misma es, al decir de San Pablo, mas fuerte que todas las criaturas, y cuyos abatimientos esceden á toda grandeza?

Ved pues, M. A. O., como á despecho de cuanto el orgullo y la falsa creencia del mundo se empeñe en oponer á este misterio, todo en él demuestra que el nacimiento de Jesucristo tan humilde y abyecto á los ojos de la carne, se presenta no obstante á los ojos de la fé y aun á la misma razon ilustrada, el mas conveniente á la grandeza positiva del Dios-Hombre, y el mas conforme á los altísimos designios que se propusiera con respecto á la humanidad. Adorad ese tierno infante objeto de las delicias del cielo y centro de todas las

esperanzas de la tierra. Reconoced en ese establo, en ese pesebre, en esos pañales al Verbo del Padre, al Unigénito de Dios, al Hijo del Eterno consustancial á él, y en todo igual segun la divinidad al que le engendró antes de la aurora en medio de los resplandores de los santos. Confesad que ese niño á pesar de las apariencias que le hacen á nuestros ojos tan pequeño y débil, es el Dios grande y poderoso que rige los destinos del mundo y á quien están subordinadas todas las cosas. Presentadle con los pastores la ofrenda de un corazon sencillo, y con los reyes el homenaje de una fé viva y de un profundo acatamiento. Procurad recompensar con vuestro amor y con vuestra constante fidelidad á los divinos preceptos, las humillaciones y sacrificios á que se sometió por nuestra salvacion, si quereis recoger los preciosos frutos de su venida al mundo y experimentar los efectos de su misericordia. Renazcamos todos espiritualmente á la vida de la gracia, á fin de poder gozar con él un dia su misma gloria por los siglos de los siglos.

DISCURSO II

PARA EL DÍA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR

JESUCRISTO.

JESUCRISTO EN EL MISTERIO DEL PESEBRE NOS DÁ LAS MAS SUBLIMES ENSEÑANZAS DE SABIDURIA Y DE BONDAD, CON LAS QUE DESCONCIERTA LA FALSA CIENCIA DEL MUNDO, Y CONFUNDE LA PRUDENCIA CARNAL DEL HOMBRE.

In hoc natus sum, et ad hoc veni, ut testimonium perhibeam veritati.

Para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio á la verdad.

JOAN. XVIII. 37.

NACER en la ignorancia, sujeto al error, y víctima de ilusiones lastimosas, es el triste destino del hombre desde el pecado de Adán. Entrar en el mundo como un sol en la mitad de su carrera, iluminando á los ciegos, enseñando á los ignorantes, ahuyentando las tinieblas en que estaba envuelta la humanidad y haciendo brillar en la tierra los esplendorosos rayos de la verdad eterna, propio era exclusivamente, dice San Agustín, de un Dios Salvador á quien los siglos venian señalando con el bello dictado de Sol de justicia (1). Levántate, oh Jerusalem (habia dicho ochocientos años antes el profeta Isaias), levántate y recibe la luz que te viene de lo alto, porque sobre tí vá á nacer la gloria del Señor que te servirá de antorcha. Las naciones correrán en pos de él y los monarcas caminarán á la

(1) Matth. IV. 2.

claridad de sus resplandores (1).» Y el águila de los evangelistas el mas profundo historiador de las grandezas del Mesias, despues de referir su generacion divina y eterna, añade inmediateamente que su principal mision en la tierra, su carácter distintivo, su cualidad peculiar era la de servir á los hombres de luz (2); luz brillantísima que venia á descubrir los altísimos misterios de la sabiduría increada; luz indeficiente llamada á perpetuar en el mundo la verdad que se alimenta en el foco perenne de la divina esencia; luz inestinguible que surgió del seno mismo de las tinieblas y alumbraba en medio de ellas sin ser por ellas comprendida (3); luz prometida desde la cuna de la creacion, deseada por espacio de cuarenta siglos, esperada por todos los pueblos, objeto de los votos incesantes de toda la humanidad, y que sin embargo luego que se dejó ver en el mundo, éste la desconoció ingrato, la rechazó ciego, la despreció y se hizo indigno de ella.

Hed ahí, pues, M. A. O., el carácter esencial del Verbo humanado, bajo el cual se manifiesta en su nacimiento temporal como hijo del hombre. Todas las circunstancias que rodean su cuna parecen dispuestas para confirmar y corroborar esta idea. Aquella claridad sobrenatural que rasgando el velo de una oscura noche conduce al pié del pesebre á los rústicos pastores de las cercanías de Belen; aquella estrella maravillosa que dejándose ver en el cielo en el momento que sale á luz el Redentor, penetra con sus resplandores hasta las estremidades del globo, y vá á buscar entre los sábios de Oriente discípulos y adoradores del nuevo rey nacido en un establo; aquella súbita cesacion de los falsos oráculos que enmudecen desde el instante en que el hijo de María se anuncia como el único oráculo de la verdad eterna; todos esos prodigios reunidos, ¿qué otra cosa demuestran, dice el citado doctor, sino que el Verbo divino haciéndose hombre se ha hecho tambien nuestro maestro, que viene á instruirnos con su ejemplo antes que con sus palabras, y que los pri-

(1) Isaiaë. LX. 4.

(2) Joan. I. 4.

(3) Ib.

meros suspiros, las primeras lágrimas de su infancia son otras tantas lecciones que nos dá de la mas alta sabiduría, y otros tantos testimonios de su inmenso amor hácia la humanidad (1)?

Tales son en efecto las dos principales circunstancias que yo admiro en el nacimiento de Jesucristo. Lecciones de sabiduría, lecciones de bondad: ved lo que nos muestra el pesebre del recién nacido Salvador. Con las primeras confunde la orgullosa ciencia del hombre carnal: con las segundas reprueba la falsa prudencia del mundo; con ambas dá un relevante testimonio á la verdad y destruye los sofismas del error, cumpliendo así la gran mision que recibió del cielo: *In hoc natus sum, et ad hoc veni, ut testimonium perhibeam veritati.* Tengo insinuado el plan de mi discurso. Invoquemos para el acierto los auxilios divinos por la intercesion de la dichosa criatura á quien fué revelado este gran misterio, cuando un mensajero celestial la saludó diciendo:

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Jamás se oyó en el mundo una filosofía mas elevada que la que envuelve la doctrina de San Pablo al hablar del misterio del nacimiento del Verbo en carne mortal. «Proponiéndose Dios, dice, desconcertar la ciencia carnal de un mundo preñado de errores y fecundo en ilusiones lastimosas, elige al efecto los medios que segun los cálculos humanos parecen una fatuidad: y para confundir á los que pagados de su quimérico poderio se ostentan vanos y arrogantes, echa mano de lo que el hombre considera como lo mas frágil y despreciable, á fin de que ningun mortal se ensobrezca ante su acatamiento; pues lo que en Dios parece una debilidad es mas fuerte que toda la fortaleza de los hombres, y lo que en los misterios divinos aparenta

(1) Christus non solum loquendo, sed nascendo ungester fuit. (San Agustín.)

ser una locura, encierra las mas altas lecciones de una sabiduría superior á cuanto jamás supo crear la humana inteligencia (1).

Esta asombrosa teoría realizase no menos que en el misterio de la Cruz en el misterio del pesebre. Y en efecto, un Dios niño, un Dios que llora, un Dios recostado bajo el mismo techo donde se albergan unos viles animales, y sobre la misma paja que ellos pisan, un Dios envuelto en unos pobres pañales, sufriendo el frio y el hambre, y estendiendo sus débiles manos hácia una madre mortal que le calienta en su seno y le alimenta con su leche, ¿no es á la verdad una especie de locura divina? Pero esta locura aparente oculta una sabiduría profunda que escede infinitamente á la de todas las criaturas, ó mejor dicho, ante la cual toda la sabiduría humana no es mas que una verdadera locura. Desenvolvamos esta idea.

El Mesias habia sido enviado á corregir los vicios de los hombres, y á desengañarles de sus errores. Todos los errores y todos los vicios se derivaban de tres grandes principios, á saber : del orgullo, de la sensualidad y de la sed insaciable de riquezas. ¿Qué habian hecho para cegar esas tres fuentes envenenadas, para curar esas tres llagas mortales del corazon humano, todos aquellos famosos filósofos que en diversas épocas se habian presentado en el mundo como los maestros de la sabiduría y preceptores de la virtud? Nada absolutamente. Sus falsas máximas y sus principios corruptores no hicieron sino agriar mas el mal que no pudieran remediar con sus fastuosas declamaciones. Aparece en fin en la plenitud de los tiempos el verdadero doctor de las naciones, el reparador de los males del universo. ¿Cómo realizará él lo que intentaron en vano tantos hombres célebres por su génio y vasto saber? Tal vez esperará á la madurez ordinaria de la edad y de la razon para emprender una obra tan gigantesca. Quizás se preparará por medio de largos estudios, de meditaciones profundas, y buscará un gran teatro para desarrollar pomposamente los tesoros de su doctrina y la fuerza victoriosa de su elocuencia. Tales son, A. M., los medios de que se sirve la sabiduría humana. Pero, ¡cuánto dista de ésto la sabiduría de Dios! Él

(1) I. Corint. I. 25, 27.

comienza á enseñar en cuanto nace; su escuela es un establo, su cátedra un pesebré, sus lecciones, ¡ quién lo creyera! son sus lágrimas, sus padecimientos, sus humillaciones, su desnudez y su mismo silencio. Lecciones asombrosas; pero ¡ cuán poderosas y eficaces!

¡ Ved desde luego cómo corrijen el humano orgullo. El hombre estaba embriagado del sentimiento de su propia excelencia; caído por su prevaricación del alto rango en que le colocara la bondad del Criador, no conservaba de su dignidad primitiva mas que una injusta estimación de sí mismo, y un afecto desordenado hacia la elevación y la grandeza. Ensoberbeciase de su razón y del imperio que le daba sobre los demás seres que le rodeaban, en vez de ruborizarse de unos vicios que le habían degradado y héchole así inferior á las bestias. Privado de la verdadera gloria que perdiera junto con la inocencia, no se manifestaba menos ávido de esa falsa gloria que hincha y corrompe el corazón. No queriendo sufrir dueño ni rival, llevó su audacia y su delirio hasta igualarse á la divinidad, colocando en los altares la imagen corruptible del hombre en lugar del Dios inmortal. ¿Cómo, pues, curar una pasión tan ciega y desenfrenada? ¿Cómo enseñarle á conocerse á sí mismo, obligarle á despreciarse, y hacerle descender mediante una humildad voluntaria desde la altura de un orgullo tan desmedido hasta el fondo de su bajeza y de su nada? Concebid, si es posible, un medio mas eficaz que el espectáculo que nos ofrece la gruta de Belén. Fijad vuestra vista en el prodigioso anonadamiento del Salvador en la cuna y escuchad lo que os dice su silencio: «¡ Oh hombre! Tú te crees grande: y sin embargo, ¡ mira hasta dónde me es preciso bajarme para acercarme á tí! Te ostentas arrogante y orgulloso con tu razón; cuando tus instintos te asemejan de tal modo á los irracionales, que para hacerme semejante á tí tengo que nacer en el albergue de esos animales estúpidos. Por hacerte comprender el lodo en que has estinguido el rayo divino que en tí brillaba, me veo obligado á descender hasta el estiercol de un establo. Te glorías de tu ciencia y sabiduría: y porque no hay en tí mas que ignorancia y locura, la sabiduría eterna tiene que revestirse de tu naturaleza, se vé precisada á aparecer

bajo las formas de la infancia muda y balbuciente. Ensalzas tu poder y tu fortuna : y para hacerte conocer tu debilidad, la omnipotencia misma há menester reducirse á la mas extrema flaqueza. Desgraciado esclavo de las pasiones, tú que te crees libre, mirame envuelto en pañales para representar los malignos lazos en que tu alma se halla cautiva. Tú que te muestras ávido de gloria : aprende en mis ignominias cuán locamente corres tras ese vano fantasma que te deslumbra por un momento para dejarte despues en el mas profundo abatimiento, y busca únicamente esa gloria positiva cuyo camino te he mostrado. Ya que fuiste bastante osado y ambicioso para aspirar á igualarte á Dios por el orgullo, concibe el justo deseo de acercarte á él por medio de la humildad. Bajándose hasta el exceso, descendió él hasta tu misma miseria : pues haz tú por elevarte hasta su grandeza reconociendo tu nada y abrazando sus oprobios.» Así es como el pesebre enseña al hombre soberbio no solamente á humillarse sino también á apreciar y amar la misma humillacion. Pasemos ahora á considerar las lecciones que ese mismo establo dá al voluptuoso.

La sensualidad es la reina y la divinidad del mundo. Todo en él se agita por ella. El hombre quiere el placer á toda costa, le pide á todas las criaturas, le busca por todas las vías, sacrifica á su consecucion el reposo, el honor, la vida y lo que es mas hasta la conciencia, considerándole en su ciego delirio como su único y supremo bien... Mas si un rayo de fé sobrenatural llega á alumbrar su inteligencia enferma, y se detiene á contemplar el establo do yace el divino infante Jesus, no podrá ménos de esclamar: «Hed ahí mi Salvador, mi modelo, mi Señor y mi Dios. Él nace en el dolor; ¡y yo pretenderé vivir entre placeres! Él está reclinado sobre la paja de un establo; ¡y yo no podré descansar sino en el seno de la molice! Él está cubierto con pobres pañales; ¡y yo no querré vestir mas que trajes suntuosos y delicados! Su carne inocente yace espuesta al frio insoportable del mas riguroso invierno; ¡y mi carne criminal rehusará todo padecimiento! ¡Ah! Si las delicias de la vida fuesen tan compatibles con la virtud como yo trato de persuadirme: ¿por qué un Dios hecho hombre hubiera elegido únicamente

los dolores y las privaciones? Es pues cierto que la sensualidad es un veneno funesto, puesto que le ha rechazado desde su nacimiento: y que la mortificación de los sentidos es el remedio saludable de nuestras almas, cuando para darnos ejemplo comienza á practicarla desde el instante en que comienza á vivir. Te engañas, oh mundo, te engañas cuando dices que hay un tiempo destinado á gozar, y que al menos los primeros años de la vida deben dedicarse á las delicias y á los placeres: puesto que el Salvador jamás conoció ni admitió semejante distincion, consagrando las primicias de su existencia mortal no menos que los últimos años de ella á la penitencia y á las lágrimas. Hed ahí los sentimientos que inspira la simple vista de la cuna de Jesus: sentimientos que nunca serán capaces de inspirar los mas sutiles raciocinios ni las mas elocuentes declamaciones de la humana filosofía.

¿Y acaso este espectáculo tan poderoso contra el orgullo y la sensualidad, lo será menos contra la avaricia, tercer origen de las desgracias y de los crímenes de la humanidad? ¡Oh! ¡Cómo sería posible no ver en todos esos signos de pobreza é indigencia que rodean al Salvador en su nacimiento la condenacion mas auténtica de las riquezas! Cuando un Dios á quien todo pertenece, al bajar á la tierra para vivir con nosotros, prefiere la desnudez mas absoluta y la miseria mas estremada á todo el brillo de la opulencia y de la fortuna: ¿quién no concluirá que esos bienes que él rechaza y desdeña no pueden ser positivos ni verdaderos, y que todos esos tesoros de barro que tanto apreciamos no merecen mas que profundo desprecio? ¿Qué palabras pudieran persuadir estas verdades tan eficazmente como el ejemplo de Jesus recién nacido? Y cuando andando el tiempo pronunciará esta admirable máxima: «Bienaventurados los pobres,» cuando añada aquella terrible amenaza: «¡Ay de vosotros, ricos!»; ¿enseñará alguna cosa que no haya enseñado ya en su nacimiento, que no hayan proclamado altamente el establo, el pesebre y los pañales (1)? Si pues nos preguntais, oh sábios del mun-

(1) Hoc prædicat stabulum, hoc clamat præsepe, hoc panni evangelizant. (S. Bernard. Serm. 5. de Nativ.)

do, qué significa ese triste y repugnante aparato de humillacion, sufrimiento y pobreza que rodea á ese niño á quien el universo adora, no vacilaremos en deciros que es la leccion mas importante y sublime que jamás se dió al linage humano, que él solo envuelve la refutacion mas completa de todos nuestros errores, y el remedio de todos nuestros desórdenes. Si nos interrogais además qué frutos ha producido, os mostraremos en el cristianismo, sobre todo cuando aún se veian en Belen las huellas recientes y se recibian por decirlo así las impresiones todavía vivas de este misterio, una multitud innumerable de hombres desengañados de todas las ilusiones mundanales, vencer sus desordenadas inclinaciones, abrazar una filosofía enteramente celestial, y vivir en la tierra como ángeles. Os mostraremos muchos grandes del siglo, no solamente exentos de ambicion y de orgullo en el seno mismo de la grandeza, sino lo que es mas, avergonzados de su propia grandeza muy poco conforme con el abatimiento del Salvador, despojarse de la púrpura y arrojar sus diademas para irse lejos del ruido y de las pompas humanas á imitar las humillaciones de un Dios anonadado. Os mostraremos voluptuosos que renuncian á todos los placeres sensuales y cifran su felicidad en crucificar aquella misma carne que un día idolatrarón; solitarios y vírgenes que asombran los desiertos con la austeridad de sus virtudes, almas que parecian haber olvidado que estaban unidas á un cuerpo mortal. Os mostraremos, en fin, indigentes dichosos en su misma pobreza, porque la estiman mas que todo el oro del universo, ricos que solo emplean sus riquezas en consolar el infortunio, ó que las desprecian y renuncian con heróica generosidad como una carga pesada, para comprar á costa de este sacrificio el inestimable tesoro de la pobreza de Jesucristo.

Despreciad si os place, oh falsos sábios, la pretendida locura del pesebre, como en otro tiempo los gentiles reprobados despreciaron la locura de la Cruz. En cuanto á nosotros, adoraremos esa sublime locura que enseñó al hombre tantas verdades ignoradas hasta entonces, le desengañó de unos errores tan antiguos como el mundo mismo, y le corrigió de unos vicios que le eran tan caros. Reconoceremos un misterio de sabiduría divina en esa locura aparente que

hizo en un momento lo que no pudiera hacer la sabiduría humana en el transcurso de tantos siglos, que ilustró las inteligencias, cambió los corazones, venció la naturaleza, pobló la tierra de verdaderos sábios superiores á todas sus pasiones, y llegó á ser el fundamento de una moral tan pura y elevada, que no puede provenir sino del cielo.

Concluyamos demostrando en breves palabras las lecciones sublimes de bondad y de amor que Jesucristo nos dá en el pesebre, y con las cuales confunde la carnal prudencia de un mundo incapaz de elevarse mas allá de sus miserables preocupaciones.

SEGUNDA REFLEXION.

Como quiera que solo un amor infinito y una condescendencia sin límites fueron los únicos móviles que obligaron al Hijo de Dios á hacerse el hijo del hombre, hacíaese preciso que su nacimiento temporal estuviese en armonía con los fines que presidieron á un misterio tan profundo de humillacion y de abatimiento. La bondad pues del Verbo debía brillar en él sobre todos sus demas atributos, y así lo exigian soberanas razones de conveniencia. ¿Y qué cosa mas conforme con los bondadosos sentimientos de su corazon que nacer de una madre mortal y en el estado de la infancia? Ciertó que si solo se consultasen en este acontecimiento las reglas de la humana prudencia, creeríase mas digno del Verbo encarnado haber tomado un cuerpo formado inmediatamente por las manos de Dios, como el del primer Adán, y presentarse en el mundo como él en el estado del hombre perfecto. Mas si hubiese nacido así, no hubiera contraído una union íntima é indisoluble con nuestra naturaleza; hubiera sido semejante á nosotros, pero no hubiera participado de nuestra sangre y de nuestra raza; y por consiguiente, solo en un sentido impropio hubiéramos podido llamarnos sus hermanos y coherederos; en vez de que recibiendo la vida de una hija de Adán, ha querido hacerse, ¡oh prodigio de amor! hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne.

ne (1); incorporarse á nosotros, pertenecer verdaderamente á la gran familia del género humano, y entrar en nuestra filiacion terrestre á fin de comunicarnos mejor los derechos de su filiacion divina. ¿Podia llevar á mas alto grado su bondad? Por eso se complacia en llamarse no simplemente hombre, sino hijo del hombre, como para manifestarnos con esta tierna expresion que reconocia como suyos nuestros padres, y que su origen segun la carne se confundia con el nuestro. Hé aquí lo que encantaba al Profeta, y le hacia decir lleno de gozo y ternura indefinible: «Un hijo se nos ha dado:» *Filius datus est nobis*; porque la generacion humana de ese precioso tallo, haciale en cierto modo fruto de nuestras propias entrañas. Pero el arrobamiento del Profeta subia de punto al considerar á ese adorable Redentor bajo las humildes formas de la infancia en la cuna, y exclamaba: «Nos ha nacido un parvulito:» *Parvulus natus est nobis*.

¡Oh dulce y sublime espectáculo! ¿Quién no se enterneceria hasta verter llanto, al contemplar la divinidad tan grande y terrible en sí misma, reducida por el amor á cuanto hay de mas débil y pequeño en la humanidad? ¡Oh divino Hijo de María! ¿Deberé yo admirarme de que el corazon de un San Bernardo se derritiese de ternura cuando, para recompensarle de todos sus trabajos y sacrificios, os dignásteis mostraros visiblemente á sus ojos una noche de Navidad, tal cual os vieron los pastores de Belen, revestido de los encantos inocentes y de la graciosa candidez de la edad primera? Y cuando para poner el colmo á vuestros favores, oh el mas hermoso de los hijos de los hombres, fuisteis á colocaros en sus brazos como en otro tiempo en los de vuestra madre, ¿qué extraño que el Santo solitario, embriagado de inefables delicias y fuera de sí mismo, buscase nuevas expresiones para desahogar su gozo y su amor, y se atreviese á cambiar aquellas palabras del Salmista: *Magnus Dominus et laudabilis nimis*: Grande es el Señor y digno de ser alabado sin fin, diciendo en su lugar en un feliz delirio: «El Señor es pequeño, y digno de ser amado sin medida:» *Parvus Dominus, et amabilis nimis?*

(1) Genes. II. 23.

¡Y nosotros seremos tan insensatos que en vez de esa forma tan insinuante quisiéramos que hubiera tomado otra mas imponente y magestuosa para presentarse entre nosotros! ¡Pues qué! ¿Venía acaso á deslumbrarnos y espantarnos, y no á atraernos y salvarnos? ¿No venía á derramar bendiciones sobre todas las edades de la vida, bien así como sobre todos los pueblos de la tierra? ¿Hubiera convenido á su bondad desdeñar la edad mas tierna, mas débil é inocente? No, antes bien era preciso que para santificar la infancia, se uniese á ella y participase de su debilidad. ¡Oh! ¡Cuántos niños han debido su salvacion y su dicha á este exceso de condescendencia, desde aquellos que mártires antes de conocerse, cayeron en Belen bajo la cuchilla de Herodes, hasta los que diariamente purificados en las fuentes bautismales, pasan del seno materno á la tumba, y de la tumba á una gloria inmortal!

Pero la bondad del Hombre-Dios prescribíale en segundo lugar nacer en la pobreza y en el sufrimiento, en cualidad de consolador universal de los afligidos. Los profetas le habian anunciado como llamado á curar todas las heridas del corazon humano, á enjugar todas las lágrimas, y á abrir su seno á todos los infortunados. Ahora bien, ¿será á propósito para dulcificar las penas ajenas el que jamás las esperiméntó? Los pequeños y los desgraciados, ¿van á buscar el alivio de sus males cerca de los grandes y dichosos del siglo? ¡Ah! No: para poder calmar eficazmente los dolores, preciso es haberlos probado primero en sí mismo. Así lo pensaba San Pablo, y por eso decia hablando del Salvador: «Nosotros no tenemos un pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo esperimentado en su persona toda clase de males, á escepcion del pecado (1).» Y ved con cuánto derecho evocaba á sí todos los desgraciados, diciendo: «Venid á mí todos los que estais sobrecargados de penas y aflicciones, y yo os aliviare (2). Derecho incontestable que empezó á adquirir naciendo en medio de los dolores. Venid, pues,

(1) Tentatum per omnia, pro similitudine absque peccato. (Hæbr. IV. 15.)

(2) Venite ad me omnes qui laboratis... et ego reficiam vos. (Matth. XI. 28.)

al pesebre, almas afligidas y desconsoladas, venid infortunados de todas clases, á vosotros os pertenece rodear la cuna de Jesus. Venid todos los que rechaza y desdeña el mundo, á ese Dios que, rechazado de todas las casas de Belen, no encuentra en la tierra mas asilo que un establo. Venid los que acaso no teneis ni siquiera un triste lecho para descansar vuestros fatigados miembros, ni un vestido con que libraros de la inclemencia de las estaciones, á ese Dios recostado sobre la paja y envuelto en unos pañales insuficientes para librarle del frio de un crudo invierno. Venid los que padecéis dolores agudos ó enfermedades penosas á ese Dios cuya sangre va á correr bajo el cuchillo de la Circuncision. Venid los que por largo tiempo habeis estado perseguidos y proscritos, á un Dios que, apenas nacido, se vé obligado á emigrar á una tierra estraña por huir del hierro de un tirano cruel. Venid, en una palabra, todos los que llorais, y corred á echaros á los pies de un Dios que llora. Si la risa y los placeres rodeasen su cuna, sería importuna vuestra presencia, y ningun consuelo tendrais que esperar de él; pero sus suspiros y gemidos os convidan, sus padecimientos os dan una prenda cierta de su ternura, é indudablemente hallareis el lenitivo de todos vuestros pesares al lado de un Dios que participa de ellos. Y notad, A. O. M., que al hablar así de todos los afligidos, hablo sin escepcion de todos los hombres, pues todos unos tras otros experimentamos los punzantes dolores y las crueles amarguras de la vida; ninguna condicion, ninguna clase ni estado se exceptúa de esa pension comun; el linage humano todo entero no es sino un gran desgraciado que espía sus crímenes en la tierra con sus infortunios. No convenia pues que el que nacía para consolar y curar tantos males, naciese en las delicias y en la abundancia, sino en la indigencia y en el dolor.

Finalmente su bondad le imponia la obligacion de nacer en los oprobios y no entre los resplandores de la gloria mundanal, para animar á las almas pusilánimes y especialmente á los pecadores deseosos de su conversion. Voy á concluir en dos palabras. La magestad de Dios, H. M., es imponente y terrible; su santidad nos asombra, su justicia nos espanta, su grandeza nos abate. Por poco que Dios hecho hombre hubiese querido sostener, digámoslo así, sus

derechos y su dignidad natural, adoptando las formas convenientes á este fin, ningun mortal hubiera osado acercarse á él; lejos de refugiarnos en su seno, hubiéramos huido de su presencia, y como los israelitas en la falda del Sinái hubiéramos temblado fijar sobre él nuestras miradas, temerosos de que una muerte subitánea hubiese castigado nuestra temeridad. Sin embargo, él era el verdadero Emmanuel, que queria vivir familiarmente con nosotros, habitar en los templos fabricados por nuestras manos, recibir en ellos á todas horas nuestros homenajes, admitirnos á su mesa, y darse en ella á sí mismo como alimento y vida de nuestras almas. Pero para que no nos asombrasen semejantes favores, era necesario que nos inspirase confianza con el exceso de sus abatimientos, y si así puede decirse, que se bajase tanto que nunca pudiéramos temer que nos desdeñase.

¡Oh pecador convertido y penetrado de un justo sentimiento de tu indignidad! A tí se dirigen principalmente mis palabras. Perseguido por la cruel reminiscencia de tus pasados desórdenes, y del deplorable abuso que hicieras de tu razon, de tu corazon y de tus miembros, ¡cuántas veces te has horripilado con la sola idea de acercarte al altar santo! En vano habias borrado tus pecados con tus lágrimas; en vano habias recibido el perdon de ellos por el ministerio sacerdotal. El pensamiento siempre fijo de tus antiguas manchas te representaba tu corazon como un lugar de infeccion y de horror en donde no podias recibir la carne virginal de Jesucristo sin profanarla. ¡Oh! ¡Cuánto necesitabas entonces el recuerdo de ese establo, de esa sociedad de viles animales, de esa paja grosera, de ese ignominioso pesebre donde no se desdeñó de nacer aquel que deseaba unirse á tí! Y esas imágenes tan repugnantes á los ojos del ciego mundano como consoladoras para el verdadero penitente, eran las que te infundian valor, y cambiaban el terror servil que helaba tu alma, en un temor saludable templado por la confianza y el amor.

¡Oh Salvador adorable, que eres la bondad y la humanidad de Dios encarnadas, y hechas visibles bajo una forma mortal! Vengan hoy todos los hombres á prosternarse al pié de vuestra humilde cuna. Contemplan todos con respeto y ternura este misterio tan en-

ternecedor á la par que profundo y sublime. Vengan los grandes y soberbios á abatir su orgullo ante la grandeza divina que se vislumbra á través de tanta humillación. Vengan los sábios y prudentes del siglo á abjurar su vana ciencia, y á adorar la sábia y admirable locura de la infancia de un Dios. Vengan los corazones afligidos y las almas penitentes á buscar un consuelo sólido en vuestros dolores, mezclando sus lágrimas con las vuestras. Corramos todos á Belén tras las huellas de los dichosos pastores que fueron los primeros que os tributaron sus homenajes, para que como ellos tornemos llenos de un santo gozo, penetrados de amor y gratitud, y consagremos en adelante nuestra vida á glorificaros y servirlos, á fin de poder alabaros despues de la muerte por eternidades en el cielo.

DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION DEL HIJO DE DIOS.

CONVENIENCIA Y NECESIDAD DE QUE JESUCRISTO SE SUBORDINASE Á LA
LEY DE LA CIRCUNCISION, FUNDADAS EN SU CUALIDAD DE SALVADOR
DEL MUNDO.

Postquàm consummati sut dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus.

Llegado el dia octavo en que debia ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre Jesus.

LUC. II. 21.

¡Qué enlace tan admirable se advierte en todos los misterios de un Dios-Hombre! ;Cómo resplandece en todos ellos la infinita sabiduría, la economía divina de aquel grandioso plan que en la eternidad concibiera el Verbo, y que vino á desenvolver en la plenitud de los siglos en bien de la humanidad! ;Con qué exactitud llena todos los deberes que estaban ligados á su cualidad de Redentor y Salvador del mundo! Su sacrificio comienza en su nacimiento: allí vierte las primeras lágrimas preciosas destinadas á borrar la mancha hereditaria de una raza envilecida; allí experimenta las primeras privaciones y los primeros sufrimientos que han de contribuir al rescate del hombre esclavo del infierno; allí inaugura esa larga carrera de humillaciones y abatimientos, de abnegacion y de martirio que debia terminar en un Calvario, á fin de relevar al hijo de pecado de todas sus miserias y curarle de todos sus males; allí en fin ofrece al mundo el espectáculo de la mas completa debilidad, de la indignancia mas

estremada, de la mas profunda abyeccion, del mas cruel abandono: puesto que ni un solo albergue se presta á admitirle bajo su techo, ni una sola mano ofreece apoyo y proteccion á la delicada doncella que le lleva en su seno, ni un solo corazon se muestra simpático hácia las necesidades de la maternidad, y despreciado de todos, y en todas partes rechazado como extranjero, se vé obligado á nacer bajo las vetustas ruinas de un establo y en compañía de unos brutos que le calientan con su aliento.

Pero á pesar de todo esto, todavia reflejan en ese recién nacido infante algunos destellos de su divino origen. Nada hay en ese pe-sebre, en esos pañales, en esa paja, en todas esas señales exteriores de pobreza y humildad que pueda empañar su virtud, eclipsar su santidad ni amancillar su honra. Mi fé me le representa grande en su pequeñez, rico en su indigencia, respetable en su debilidad, y digno de mi mas profunda veneracion en su heróico sacrificio. Mas cuando ocho dias despues de su nacimiento le veo presentarse á cumplir una ley que afecta únicamente á los que con la naturaleza del primer hombre han heredado su culpa; cuando le contemplo sujetándose á la dolorosa ceremonia de la Circuncision, y recibiendo en ella el estigma del pecador, pues tal era entre los judíos esta práctica sancionada por el mismo Dios, confieso, M. A. O., que experimento una honda perturbacion en mis ideas, y no acierto á explicarme fácilmente tanta humillacion, tanto anonadamiento de parte de un Dios. Por arraigadas que estén en mi alma las creencias católicas, por mas inalterable que sea el sentimiento de mi fé, cuántame trabajo conciliar unos extremos que á la simple luz de la razon parecen repelerse mutuamente. El que es santo por esencia aceptar el sello del culpable; el que viene á salvar la humanidad resignarse á pasar por una prueba á que solo están obligados los que tienen necesidad de rehabilitarse para conseguir la salvacion; el que trae al mundo la mision de rescatar al linage humano, consentir en llevar en su misma carne inmaculada el distintivo de la esclavitud; no son cosas que implican contradiccion en los términos, y por consiguiente no pueden existir á la vez, á la manera que seria imposible amalgamar las tinieblas con la luz, la muerte con la vida,

la nada con el sér? Por muy chocante é inconciliable que aparezca en el misterio del pesebre la grandeza infinita del Dios unida á la suma miseria del hombre, no llega ni con mucho á sorprender tanto como el ver maridada en el misterio de la Circuncision la esencial santidad del Verbo humanado con la iniquidad aunque aparente del desgraciado hijo de ira. Allí Jesucristo solo se presenta como un hombre oscuro, desvalido, impotente, pero á quien ni la pobreza degrada, ni la privacion deshonra, ni el sufrimiento envilece, ni las lágrimas ruborizan, porque en todo esto no hace mas que pagar á la infancia el comun tributo de la humanidad indigente y sin apoyo. Aquí, empero, bajo el cuchillo de la Circuncision toda su gloria desaparece, toda su honra se anubla, toda su inocencia se cubre de un oscuro velo, toda su santidad queda confundida bajo las esterioridades de esa ceremonia que le declara públicamente tributario del pecado de origen, sujeto á la rehabilitacion necesaria á todos los descendientes del primer prevaricador, y como el culpable de una rebelion que es imposible borrar sino por la efusion de la sangre. ¿Cómo pues armonizar estas ideas tan distintas? ¿Cómo conciliar estos hechos tan contradictorios? ¿Cómo, en suma, unir estos extremos tan distantes? Hedlo aquí M. A. O.

Jesucristo se presentó en el mundo bajo dos caractéres diferentes, é investido de una doble mision. Era á la vez llamado á consumir la ley antigua, y á fundar la ley nueva. Como consumidor de la antigua alianza obedece la ley, la cumple, se somete á ella voluntariamente, no por necesidad, porque era impecable, sino para evitar de este modo el escándalo que hubiera sido consiguiente á semejante transgresion y las consecuencias á que hubiese dado lugar por parte de aquellos carnales y obstinados hijos de Abraham. Como fundador de la alianza nueva publica una ley que va á sustituir á la antigua, y nos da el ejemplo de su cumplimiento para enseñarnos á obedecerla: de suerte que circuncidándose segun la carne, nos muestra la necesidad de la espiritual circuncision de nuestras pasiones que constituye la primera y especialísima condicion de la religion cristiana. Prescindamos por hoy de esta segunda circunstancia, y limitemonos á demostrar la conveniencia de que Jesucristo cumpliese la

ley de la Circuncision. Yo la encuentro principalmente en su cualidad de Salvador, la cual va envuelta en el mismo nombre que le fué impuesto en aquella ceremonia. Por eso observa un Santo Doctor con cuánta oportunidad dice el Evangelista sagrado que, cumplidos los ocho dias en que el niño debía ser circuncidado, se le puso por nombre Jesus, el mismo que le habia dado el ángel antes de ser concebido en el seno virginal de Maria. Este nombre es un titulo de sujecion que le somete al cumplimiento de las prescripciones legales; porque en su cualidad de Salvador del mundo debía aceptar todo cuanto de algun modo pudiese concurrir á llenar una mision tan augusta. Y ved cómo con su obediencia y con la efusion de su sangre comienza en la Circuncision el cruento sacrificio que debía consumir en la Cruz.

«Conveniencia y necesidad de que Jesucristo fuese circuncidado fundada en su cualidad de Salvador;» hed ahí toda la economía de ese gran misterio, todo el plan de mi discurso, y el mas poderoso motivo de nuestro amor y agradecimiento, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

El P. San Bernardo, que con un éxtasis tan indefinible contemplaba el misterio del pesebre, y tan dulces emociones experimentaba á la vista de aquel Dios niño envuelto en pobres pañales y reclinado sobre un lecho de paja, al considerar á Jesucristo en el misterio de su Circuncision no acertaba á explicarse cómo un Dios que venia al mundo á salvar la humanidad pecadora, habia podido sujetarse al cumplimiento de una ley en que solo estaban comprendidos los que á consecuencia del pecado necesitaban de este remedio para ser iniciados en las vias de la salvacion. Enigma era este que desconcertaba todas las ideas de aquel gran génio y ponía en tortura su fecunda imaginacion, no encontrando el medio de armonizar la gloria del Reparador con la ignominia del culpable, la majestad del sobera-

no con el envilecimiento del siervo, la dignidad del Pontífice con el abatimiento de la víctima, en una palabra, la cualidad honrosa de Salvador con la deshonrosa sujecion á la ceremonia de la Circuncision legal. *Circumcissio quippe magis est salvandi quam salvatoris.*

Sin embargo, por difícil que pareciese á aquel sábio ingenio conciliar dos extremos tan distantes, toda vez que se considera la gran mision que Jesucristo era llamado á cumplir en la tierra, y los fines que se propusiera en los inescrutables designios de su infinita bondad y de su amor sin límites, resulta que la misma circunstancia de Salvador que parece estar en contradiccion con este precepto de la antigua ley, imponiale una especie de necesidad de cumplirle. Así que, razones muy poderosas de conveniencia demuestran que no solo pudo sujetarse á la Circuncision sin menoscabo de su santidad y de su grandeza positivas, sino que debió hacerlo: primero porque así lo exigia su obediencia; en segundo lugar porque así lo demandaba su fidelidad, y últimamente porque en ello estaba interesada su propia gloria. Si estas tres tesis así enunciadas han podido chocaros momentáneamente, espero que su desenvolvimiento os dejará completamente satisfechos. No prevençais pues el fallo, y prestadme vuestra atencion.

He dicho, en primer lugar, que por una razon de obediencia debió Jesucristo aceptar la ley de la Circuncision y sujetarse á su cumplimiento. No es esto decir, M. A. O., que considerado como Dios estuviese subordinado á ese deber, él que bajo este concepto era el legislador supremo y no podia recibir la ley de nadie, él que siendo la santidad esencial no podia ser comprendido en una ley cuyo principal efecto era, en el sentir de muchos Padres de la Iglesia, borrar el pecado de origen que contrajeran todos los descendientes del primer hombre; él que siendo Hijo único y verdadero del Altísimo, no necesitaba de una ceremonia establecida para significar la adopcion y la alianza entre la raza escogida y el Dios de Abraham. De suerte que, tanto su divinidad como su santidad y su generacion inefable, eran otros tantos títulos de escepcion que le relevaban del cumplimiento de aquel precepto de dependencia y servi-

dumbre. Empero considerado como un Dios que proponiéndose reparar el linage humano y santificar al mundo con su sangre, habiase revestido juntamente con la humana naturaleza de todas sus flaquezas y debilidades, y cargado sobre sí la responsabilidad de todos los crímenes del mundo, bajo este aspecto todos sus títulos se desvanecen, todas sus prerogativas quedan en cierto modo anuladas, cesa de gozar de los derechos inherentes á su divinidad, ó mejor dicho, no le es permitido hacer valer estos derechos, oponer estas prerogativas, evocar estos privilegios para dispensarse de obedecer una ley á que voluntariamente se ha sujetado en el hecho de hacerse hombre, y hombre reparador de todos los pecados del hombre. ¡Oh! Admirad, esclama aquí el mismo San Bernardo, hasta qué punto anonada al Verbo encarnado su carácter de Salvador. Tomando la humana naturaleza hizose inferior á los ángeles: aceptando el cargo de salvar á la humanidad se ha colocado en un grado casi inferior á los hombres, puesto que ha reasumido la responsabilidad de todos ellos. No preguntéis ya, pues, cómo un Hombre-Dios ha podido sujetarse á la ley de la Circuncision. Harto os lo demuestra su mismo nombre, su misma cualidad de Salvador. En ella están reasumidas, dice San Ambrosio, todas las razones de conveniencia y de necesidad que le hacen deudor á esa prueba ignominiosa, por cuanto desde el instante que se ofreció á su Padre como Mediador entre el cielo y la tierra, ya éste no mira en su Hijo sino la víctima del pecado, el pecado mismo cuya espacion se ha hecho, y por lo tanto no hay ley, no hay precepto por humillante que sea á que no se haya resignado. Día vendrá en que le veais escarnecido, insultado, pisoteado como gusano vil de la tierra, espirar en un patíbulo rodeado de afrenta, cargado de oprobio, saturado de ultrajes, en medio de tormentos y de angustias indefinibles como el mas insigne malhechor. En vano buscareis entonces la causa de tan cruel suplicio, y el crimen que un fin tan funesto le ha deparado. ¡Ah! Ese crimen es el mismo que ahora le condena á ser inmolado bajo la cuchilla de la Circuncision, el mismo que le hace ofrecer bajo la mano del sacrificador las primicias de una sangre inocente, el mismo que á los ocho dias de su nacimiento le confunde entre la muchedumbre de los demas hijos de Adán para

recibir el estigma deshonroso del pecador. Su crimen es el haberse declarado Salvador del hombre: hé ahí su causa, he ahí su fallo, hé ahí el origen de su pena. ¡Oh amor infinito! ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh abnegacion profundisima de Jesus! ¡A qué sacrificio tan costoso y repugnante te somete tu propio corazon! Quisiste salvarnos, y para ello te fué preciso ser obediente desde el pesebre hasta la Cruz á todos los decretos del cielo y á todas las leyes de la tierra. Te empeñaste en redimirnos, y para conseguirlo tuviste que renunciar como hombre á la independenciam que como Dios nadie podia disputarte. Mas no importa; tú no eres por eso menos el Dios de la gloria, el Dios de la santidad, el Justo por escelencia; estos atributos, aunque eclipsados aparentemente en la Circuncision, no harán sino ennoblecer mas tu obediencia, hacer mas meritoria tu sumision, y dar á tu dependenciam un valor inmenso que refluirá en nuestro rescate.

Quizás os será difícil, M. A. O., comprender unas ideas al parecer tan estrañas á la cualidad de Salvador. Tal vez á pesar de cuanto llevo dicho, no acertareis á concebir cómo un título que eleva á Jesucristo sobre lo mas grande y respetable que existe en el cielo y bajo del cielo, pueda al mismo tiempo rebajarle hasta lo mas abyecto y humillante que puede haber en la tierra. Pero sobre que por la doctrina de San Pablo sabeis que la vida del Salvador debió ser una ofrenda continua de sí mismo, una inmolacion constante de su grandeza, un sacrificio perpétuo de su soberanía, una vida en fin de abnegacion y de obediencia (1), es preciso tener en cuenta otra razon no menos poderosa, y es, que habiendo venido á dar fin á la ley Mosáica y sustituir á ella la ley Evangélica, no aboliendo la primera, sino dándola mayor perfeccion, no destruyéndola, sino consumándola, como él mismo declaró un dia (2), por lo mismo era tanto mas conveniente y aun necesario que se sujetase á la Circuncision, cuanto mas humillante y penosa era aquella ley, y títulos mas valederos podia oponer á su cumplimiento. Reasumamos pues este primer punto. Jesucristo debia cumplir como hombre el precepto de

(1) Factus obediens usque ad mortem. (Ad Philip. II. 8.)

(2) Non veni legem solvere, sed adimplere. (Matth. V. 17.)

la Circuncision, á que como Dios nada podia obligarle, por cuanto bajo el concepto de Salvador quiso vindicar con su obediencia la gloria de su Padre ultrajada por la desobediencia del hombre; darle una satisfaccion cumplida por las ofensas que el orgullo, la rebeldía, y la quimérica independencia del hombre le infieren á cada momento alzándose contra su Hijo adorable, negándole el homenaje debido á su soberanía, y atropellando y quebrantando sus divinos preceptos; y últimamente, indemnizarle de los ultrajes que recibe diariamente de la impiedad que le disputa su grandeza, del libertinaje que niega altivo sus dogmas, del error que blasfema arrogante sus misterios, de la incredulidad que se resiste obstinada á aceptar su Evangelio.

Pero si una razon de obediencia exigia que Jesucristo se sometiese á la ley de la Circuncision, no lo exigia menos una razon de fidelidad á la mision que habia recibido del cielo. El mundo necesitaba un Salvador. Este no podia ser un mero hombre, por cuanto hubiera carecido del mérito infinito que exigia la satisfaccion debida á la divina justicia. Tampoco podia ser un Dios solamente, pues que en este caso hubiese sido incapaz de sufrir la pena que el pecado merecia, y por lo tanto hubiera faltado en él una de las condiciones mas indispensables para que la espiacion fuese completa. Por otra parte, sin un Dios infinitamente santo y esencialmente justo, ¿cómo hubiera sido posible obtener la reconciliacion y el perdon? Y sin un hombre capaz de las humillaciones y los abatimientos que debian constituir nuestro rescate, ¿cómo consumir este sacrificio? ¡Oh plan adorable, oh inefable economía de los misterios de Dios! Hacíase forzoso que el destinado para obrar la salvacion del linage humano reuniese á la vez esas dos condiciones de Dios y de hombre, de pontífice y de víctima, de sacrificador y de hostia espiatoria. Sin la grandeza y santidad del Dios, la justicia divina no hubiera quedado condignamente satisfecha; sin el sacrificio del hombre, la reparacion del pecado hubiese sido imperfecta. Pues ved, M. A. O., cómo concilia el Salvador estos dos extremos. Sin dejar de ser Dios se hace verdadero hombre, sin renunciar á su justicia y santidad infinitas adopta las formas de la injusticia y de la iniquidad. En una misma persona

reune la majestad del hijo del Eterno objeto de sus complacencias, y el envilecimiento del hijo del hombre objeto de la eternal venganza. ¿Y cuándo adopta esta esterioridad del pecado? ¿Cuándo se reviste de las apariencias del culpable? En la Circuncision. Hedle ahí recibiendo el sello y el carácter aparente de hijo de ira, estigmatizado con el distintivo de criminal, y haciéndose el pecado mismo, segun la atrevida espresion de San Pablo, el que jamás conoció la culpa ni pudo contaminarse con la mancha de Adan prevaricador. Hedle marcado con la enseña de la maldicion, aquel por quien debian ser benditas todas las naciones, y aceptando la cédula del pecado aquel que estaba llamado á rasgarla en la Cruz y cancelarla con su sangre (1).

¡Humillacion dichosa que comenzó la obra de la reparacion del universo! ¡Abatimiento feliz que inauguró la rehabilitacion de una raza desheredada en sus primitivos derechos! Sí, católicos, en la Circuncision es donde Jesucristo comienza á ejercer las altas funciones de Salvador y mediador de la humanidad. ¿Qué tiene ésta que temer ya de la cólera celestial? Hartas lágrimas habian corrido ya por las megillas de toda aquella descendencia desventurada; hartas plegarias se habian dirigido al cielo implorando clemencia y piedad; hartos justos habianse interesado en favor de una tierra herida por el rayo divino y designada por centro de su venganza. Y sin embargo el pecado continuaba pesando sobre el hombre, el infierno seguia enseñoreándose en el mundo, la maldicion permanecia impresa en la frente del hijo de Adan, el cielo ensordecia á sus lamentos, la justicia eterna mostrábase insensible á sus dolientes suspiros, y el estremecedor zumbido del trueno seguia sembrando el espanto y el terror en un suelo enemigo de Dios y manchado con la culpa de origen. Llega empero un día en que el Verbo hecho carne se despoja de su gloria esterior, se viste con el ropaje prestado del culpable hijo de Adan, oculta todos los carismas y riquezas de la gracia que le hacian sumamente amable á los ojos de su Padre, y se inclina bajo el yugo de la Circuncision á cumplir la ley de los pecadores.

(1) Ad Colos. II. 14.

Desde entonces el Señor vé en él una víctima digna de su grandeza, que reúne cuanto es necesario para apaciguar su cólera, y el mundo vé renacer sus esperanzas porque tiene en Jesucristo la hostia que ha de pacificar el cielo, la ofrenda que le ha de servir de rescate, el lazo que ha de unirle con la divinidad.

¡Día memorable, día de ventura para la tierra aquel en que un Dios-Niño comenzó á mostrarse su verdadero Salvador! Pueblos y naciones del orbe, venid á reconocer y adorar bajo el cuchillo de la Circuncision á vuestro verdadero libertador. En las primicias de esa sangre que corre de sus delicados miembros teneis la prueba mas inequívoca de su amor, la fianza mas valedera de vuestra futura dicha. «Hedme aquí, nos dice á todos, en el estado que ambicionaba mi corazón. Mi divinidad era un obstáculo al logro de mis elevadas miras respecto de la humanidad á quien deseaba salvar; mi santidad me impedía en cierto modo realizar los benéficos planes que concibiera en vuestro obsequio: pues aquí me teneis ya tal cual vosotros me necesitábais, tal cual yo deseaba hallarme para poderos servir de caucion. Bajo la humillante apariencia del pecador vengo á cumplir la ley que me pone en contacto con vosotros, que me asimila á vosotros, que me hace uno de vosotros. Ya el cielo puede descargar sobre mí sus iras para que de ellas quedeis libres; ya el Eterno puede verter sobre mí el cáliz de su furor para que vosotros consigais su clemencia; ya puedo sufrir todo cuanto es necesario para expiar vuestros delitos á fin de que vosotros quedeis justificados. Abranse mis venas al golpe del afilado pedernal, brote de ellas mi sangre, y sea esta para vosotros el primer testimonio de mi bondad y de mi condescendencia, y la mas segura prenda de que estoy dispuesto á verter hasta la última gota de ella por redimiros de la esclavitud. Así concierta la infinita sabiduria del Hijo de Dios los medios de salvar al hijo del hombre, así allana todas las dificultades que se oponen á sus misericordiosos designios; así se empeña desde los primeros dias de su infancia á perecer víctima de nuestros delitos. ¡Prodigio de misericordia que jamás admiraremos suficientemente! ¡Prodigio de fidelidad que contrasta admirablemente con nuestra deslealtad é ingratitud!

Veamos por último la tercera razón en que se funda la necesidad de la Circuncisión del Salvador por hallarse interesada en ella su propia gloria. La gloria principal de Jesucristo consistía en ser el destinado á redimir el mundo de la esclavitud, á reconciliar la tierra con el cielo, en una palabra, á destruir el muro de separación que el pecado levantára entre el hombre y Dios. Él era el iris bonancible que debía anunciar á la humanidad la eterna alianza pactada para siempre entre la misericordia y la justicia. Pero no era á sus lágrimas, ni á sus suspiros, ni á sus humillaciones, ni á su pobreza voluntaria á lo que estaba vinculada la salvación del universo; sino á la efusión de su sangre preciosísima con la cual se realizaria aquella alianza, quedaria sellado aquel contrato, y recibiria una sanción solemne la pacificación de lo terreno y de lo celestial, como se espresa el Apóstol (1). ¿Y en dónde sino en la Circuncisión comienza Jesús á verter esa sangre de infinito precio, á obrar y padecer como Salvador y á merecer ese glorioso título? Ciertamente que esa gloria no será completa hasta que haya consumado el cruento sacrificio del Calvario; cierto que solo cuando en la Cruz haya dado cumplimiento á todos los vaticinios y derramado la última gota de ese licor vivificante, le será dado aquel nombre superior á todo nombre, que acatará el cielo, adorará la tierra y temerá el abismo, en cuya presencia se inclinará toda rodilla, y cuya grandeza celebrará toda lengua (2). Sin embargo, desde el instante en que bajo el cuchillo de la Circuncisión fueron abiertas sus venas, esa sangre inocente adquiere ya un mérito infinito con respecto á la reparación del linaje humano: tanto más cuanto que este inefable misterio se enlaza con el de la redención por distantes que ambos aparezcan. El día de su nacimiento forma ya un mismo día con el de su muerte; el Calvario comienza en Belén; y existe un acto de continuidad indivisible entre la cruenta escena de la Circuncisión, y la sangrienta efusión de la Cruz. Decidme, sino, qué otra cosa fué aquella legal ceremonia respecto de Jesús, más que una aceptación

(1) Ad Colos. I. 20.

(2) Ad Philip. II. 8.

espontánea y solemne de la muerte que despues sufrió en la cumbre del Gólgota. ¿Ignoraba por ventura todos los deberes que aceptaba en su Circuncision? ¿No sabia que allí inauguraba aquella larga série de padecimientos á los cuales estaba vinculada la salvacion de la humanidad? ¿Podia desconocer que la carrera que entonces emprendia tendria por término las agonías de un patíbulo? Dudar de esto seria un error, una blasfemia. Y sabiéndolo y habiéndose resignado voluntariamente á todos los sacrificios que eran consiguientes, ¿no es desde entonces aquel Cordero inmaculado cuya inmola-cion estaba decretada desde el origen del mundo (1)? ¿No es ya aquel gran pontífice de los bienes venideros que debia entrar en el nuevo tabernáculo para obtener no con sangre de toros ó becerros sino con su propia sangre la eterna redencion del linage humano (2)? ¿No es en fin aquella victima ensangrentada que solo espera el último golpe del sacrificador, y cuya vida no se prolonga mas que para prolongar los dolores que han de consumir el mérito de su sacrificio?

Contemplad, pues, M. A. O., y no ceséis de admirar la concordia inefable que existe entre el misterio de la Circuncision y el misterio de la Cruz, las bellas armonias que enlazan las ignominias de esa sujecion humillante á la ley de los pecadores con la gloria de su augusta eualidad de Salvador del mundo y triunfador del pecado. La Circuncision á que Jesueristo se somete victima de un deber de obediencia, de fidelidad y de propia conveniencia, al par que le abate, le ensalza; al mismo tiempo que le humilla, le engrandece; por un lado le imprime el sello de la culpa, y por otra revela su santidad infinita; á la vez que oscurece el resplandor de su gloria, le hace brillar con nueva claridad; y dándole el carácter de victima, le indemniza con el nombre augusto de Salvador.

¡Oh nombre adorable que solo pudo conquistar un Hombre-Dios á precio de su sangre! ¡Oh nombre envidiable que envuelve cuanto hay de mas grande y precioso en el cielo y en la tierra! ¡Oh nom-

(1) Apoc. XIII. 8.

(2) Hæbr. IX. 12.

(1) Ap. Colos. I. 20.

(2) 1.ª Pet. II. 24.

bre á que están unidos los tesoros mas inestimables de gracia y de misericordia! Sea para nosotros, oh Jesus dulcísimo, una fianza de salud y de ventura, una prenda de triunfo y de inmortalidad. Yo recojeré esas gotas de sangre inocente que el cortante cuchillo hizo saltar de vuestros infantiles miembros y con las cuales inaugurásteis en vuestra Circuncision la cruenta escena del Calvario. En mi pecho las guardaré como una riqueza de inmensa valía, para presentáros-las un dia, cuando bajo el carácter de Juez os presenteis á fallar mi eterna suerte. Ellas me servirán de caucion para que no me desechéis despiadado, sino que me acojais benigno, al recordar que por mí las vertisteis siendo aun tierno y balbuciente parvulito. Entonces en vista de ellas no podreis menos de ser indulgente con el que vinísteis á curar porque era enfermo, á rescatar porque era esclavo, á salvar porque era pecador. Vuestra piedad triunfará de vuestro rigor, vuestra clemencia suspenderá la accion de vuestra justicia, vuestro amor se sobrepondrá á vuestra cólera, y veré abrirse ante mis ojos las puertas de la celestial Sion en donde seré eternamente feliz con vos por los siglos de los siglos.

DISCURSO II

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION DEL HIJO DE DIOS.

LA CUALIDAD DE CRISTIANO ES PARA EL HOMBRE UN TÍTULO QUE LE OBLIGA Á ACEPTAR LA CIRCUNCISION EVANGÉLICA DEL ESPÍRITU Y DEL CORAZON , Á LA MANERA QUE LA CUALIDAD DE SALVADOR OBLIGÓ Á JESUCRISTO Á RESIGNARSE Á LA CIRCUNCISION LEGAL Y ESTERIOR DE LA CARNE.

Postquam consummati sut dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus.

Llegado el dia octavo en que debia ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre Jesus.

LUC. II. 21.

HAY de notable en los misterios de la vida de Jesucristo, que no solamente son remedios que nos sanan y purifican sino tambien enseñanzas prácticas que nos aleccionan é ilustran. Quien no vé en ellos mas que unos veneros inagotables de santificacion, unas fuentes abundantes de gracia , unos manantiales preciosos de misericordia y de amor , solo vé las cosas á medias , porque contrayéndose únicamente á los hechos en sí mismos y de un modo aislado, no se eleva á considerar sus efectos con relacion al hombre , y prescinde de sus consecuencias con respecto al mundo moral. No es así como quiere el grande Apóstol de las naciones que nos aprovechemos de esos inefables documentos de vida y perfeccionamiento espiritual encerrados en las acciones de nuestro divino Salvador y Maestro, cuando nos es cita á tener en cuenta que en todo cuanto de él se ha escrito, en todo cuanto una tradicion constante nos ha trasmitido acerca de su per-

sona, no hay una sola expresion, una letra, un ápice que no se refiera á instruirnos, esclarecernos y mostrarnos la linea de conducta que debemos observar, á fin de enardecer cada dia mas nuestra fé, robustecer nuestra esperanza y avigorar nuestra caridad (1).

Pocas veces tendrá una aplicacion mas justa y conveniente esta doctrina que en el misterio de este dia. La Circuncision del Hombre-Dios no es únicamente una inmolation heróica de su grandeza y de su gloria, es sí una leccion altísima, una sublime enseñanza que nos ofrece al inaugurar su augusta mision en el mundo. ¿Pensais por ventura que ningun fin ulterior se propone en el cumplimiento de esa ceremonia legal que le rebaja aparentemente hasta asimilarle á nuestra condicion, sellándole con la marca del pecado? ¿Os imaginais acaso que en esa sujecion voluntaria á una ley de que tantos y tan poderosos títulos le exceptuaban, no tuvo otra idea ni otro pensamiento mas que el evitar el escándalo que su infraccion hubiera podido promover en un pueblo carnal é incapaz de penetrar los designios del nuevo legislador de la humanidad? No, M. A. O. Si grato es contemplar en el misterio de la Circuncision un Dios reducido al estado de la infancia, que en los brazos de una tierna y pudorosa Virgen se presenta á ofrecer las primicias de su sangre ante las aras de la mas perfecta obediencia á las órdenes de su Padre celestial, si bello y encantador es el espectáculo de un Salvador niño que á los ocho dias de nacer inaugura ya bajo la cuchilla de la ley Mosáica la larga carrera de dolor, de humillacion y de sacrificio que debe terminar en un Calvario, como víctima consagrada á expiar los crímenes del mundo, no es menos importante el ejemplo práctico de un Dios hecho hombre que se humilla para enseñarnos la humildad, que se anonada para inspirarnos la abnegacion, que sufre desde su infancia para manifestarnos que nuestra vida debe ser una vida de padecimiento y de martirio. Hed ahí el gran secreto del misterio que hoy celebramos. Jesucristo circuncidándose materialmente, nos muestra la necesidad de una circuncision espiritual mucho mas perfecta y de mas beneficiosos resultados que aquella cere-

(1) Quaecumque scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt. (Ad Rom. XV. 4.)

monia de la antigua ley. Sometiéndose espontáneamente á un deber que no le comprendía, enséñanos á cumplir unos deberes de que bajo ningun concepto podemos dispensarnos. Con su sumision confunde nuestra orgullosa rebeldia y nos prepara un antidoto para vencerla; con su sufrimiento condena nuestra sensualidad, y nos facilita un arma para frenarla; con su abatimiento deshace nuestras pretensiones de quimérica grandeza, y nos muestra el camino de la positiva gloria fundada en la caridad que enlaza á todos los hombres con unos mismos vínculos. De donde deduzco que «asi como la cualidad de Salvador fué respecto de Jesucristo un título que le obligó á aceptar la Circuncision legal y exterior de la carne, la cualidad de cristianos es para nosotros un título que nos obliga á la nueva Circuncision evangélica é interior del espíritu y del corazon que aquel vino á establecer en sustitucion de la antigua.» A esto está reducido todo el plan de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

¿Qué razon de preferencia existe entre el pueblo judío y el pueblo gentil? ¿Qué ventaja proporciona al primero sobre el segundo la ley de la Circuncision? ¿Qué utilidades positivas reporta su cumplimiento á los descendientes de Abraham? Tal es, M. A. O., la cuestion que el apóstol San Pablo se proponia á sí mismo en su carta á los fieles de Roma: y á la que desde luego dá una solucion satisfactoria, reasumiendo todas las ventajas de aquella legal ceremonia respecto de los judios, en que en virtud de ella se les habian manifestado los oráculos de Dios, se habia depositado en sus manos los monumentos de la revelacion divina, y confiádosoles en fin el rico tesoro de las altas verdades que forman la economía entera de la reparacion del linage humano (1). Sin embargo, ello es indudable que

(1) Ad Rom. III, 1, 2.

aquel pueblo llamado á tan elevados destinos desconoció su vocacion, faltó á las condiciones del pacto concluido entre Dios y sus padres, rescindió el contrato de alianza ratificado por Abraham en la cumbre de la montaña santa, y en justa expiacion de su infidelidad, vió pasar al dominio del pueblo gentil la rica herencia que él no supo conservar. Este pueblo somos nosotros á quienes con la religion de Jesucristo se nos transmitieron todas las verdades, todos los dogmas, todas las creencias del Evangelio, á la par que las preeminencias, derechos y prerogativas de esa nacion desheredada, que ciega y lastimosamente estraviada espera todavía la luz que se eclipsó para ella por no haberla querido recibir cuando la tuvo en su seno. Ahora bien, así como la nacion judía hacia derivar todos sus bienes, segun la mente del Apóstol, de la Circuncision exterior que era para ella un sello de predileccion y de alianza, el cristianismo á su vez reconoce el origen de su inmensa ventaja en otra Circuncision interior, espiritual, mucho mas perfecta, que imprime sobre sus fieles observadores la indeleble marca de hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, herederos de sus promesas, de sus esperanzas y de su gloria. Y ved ahí, dice San Juan Crisóstomo, establecida la notable diferencia y la perfeccion visible que existe en el culto cristiano respecto de todos los demas cultos que le precedieron. El pagano era completamente carnal y falso; el judío, aunque verdadero, abundaba en prácticas groseras y en observancias materiales y frívolas. Sola la religion que Jesucristo inauguró en su Circuncision, cumpliéndola para reemplazarla con otra nueva, es una religion de espíritu y de verdad, cuyo fondo estriba en el culto interior del alma, si bien no por eso rechaza, antes bien sanciona las prácticas esternas de una virtud depurada de todo lo que es carnal y terreno.

No otra cosa nos manifiesta el Salvador de la humanidad en el misterio de este día. ¿Por qué se resigna á la ley de la Circuncision, él que tenia la mision augusta de fundar en el mundo ese culto real y positivo de amor y de caridad que únicamente puede ser grato á los ojos de la divinidad? Sujétase á ella en primer lugar para tributar al que le envió un sublime homenaje de dependencia y sumision, de respeto y de obediencia como hombre, porque como tal reconocia

la soberanía del que como Dios en nada se diferenciaba de él. Acepta y cumple en segundo lugar esa ley de que hubiera podido dispensarse, no tanto por sí, cuanto por nosotros, esto es, para mostrarnos el único medio de justificarnos y entrar en el goce de sus promesas mediante la Circuncision misteriosa pero efectiva del espíritu y del corazón. Así esplican unánimemente todos los Padres y Doctores de la Iglesia ese misterio, tan incomprendible á la razón humana cuando prescinde de la luz divina de la revelación, como obvio y natural cuando se busca en ésta la solución de los fenómenos de nuestra fé.

Circuncision de espíritu: primera enseñanza que nos dá Jesucristo, primera ley que impone á todos los que se afilian bajo sus banderas, primera condicion de la vida cristiana, primera é indispensable necesidad de nuestra inteligencia. Y digo esto último, porque siendo la fé la que nos franquea la entrada en el tabernáculo del nuevo pontífice de los bienes venideros, el esencial distintivo del culto católico, la que nos dispone á conseguir la justificación y sin la cual es imposible agradar á Dios y salvarse, preciso es que la Circuncision comience por nuestra inteligencia, foco de todos los errores, origen de todos los extravíos, fuente envenenada de todos los sofismas, semillero corrompido de todas las dudas, y manantial funesto de esa constante repulsion que experimenta el humano orgullo hácia las verdades reveladas, toda vez que chocan ó pugnan con sus ideas ó aspiraciones. Para manifestarnos este deber imperioso, dice el P. San Agustín, se presenta Jesucristo sobre el altar como una víctima de la obediencia y abnegación mas profundas: y pudiendo exceptuarse de la Circuncision á título de hijo de Dios, de impecable y santo por excelencia, antes de dar fin á aquella ceremonia legal sométese á ella, la cumple, la consume en su persona. ¡Y con qué designio tan inefable! ¡Cómo resalta en esta aceptación su infinita bondad y su prevision divina! Recibe la sombra para darnos la luz, verifica la figura para descubrirnos la realidad: *Suscipit umbram, daturus lucem; suscipit figuram, daturus veritatem*. A esto aludia San Pablo cuando explicando á los primeros fieles la economía de la nueva Circuncision evangélica, les decia: «Tened presente que caducaron ya los tiempos de las figuras y de las sombras en que estaban

como envueltos los misterios fundamentales de la religion de Jesucristo. A la alianza carnal y exterior ha sucedido la alianza interior y espiritual. Las ofrendas materiales que las manos del hombre depositaban sobre el altar de los holocaustos, han sido reemplazadas por las ofrendas de su espíritu infinitamente mas aceptables y preciosas á los ojos de Dios. Ya no es una Circuncision visible cuyos efectos aparecen en la carne la que el Señor exige de nosotros, sino esa otra Circuncision secreta é invisible que solo tiene al cielo por testigo y no se manifiesta á lo exterior sino por las obras de justicia. El hombre mismo es á la vez el templo de Dios y el altar en donde se consume el sacrificio de su inteligencia y de su razon: él ejecuta en sí propio las funciones de sacrificador y de victima. Así que los signos de la nueva alianza, el sello del nuevo pacto concluido entre la divinidad y la humanidad, no se imprimen como antiguamente en la carne (1), sino que reciben una sancion mucho mas perfecta en el espíritu, centro de mi reino y de mi adopcion (2).

¿Y en qué consiste principalmente esa Circuncision intelectual de que Jesucristo nos hace un especial deber, ofreciéndonos á la par una enseñanza práctica y un modelo sublime? Vedla realizada en su adorable persona en el sacrificio que hace de su propia grandeza, de su magestad soberana, y de su misma divinidad. Lejos de evocar los títulos que le esceptuan de una ley repugnante é ignominiosa, en vez de hacer valer su cualidad de hijo del Altísimo para rechazar una humillacion que eclipsaba toda su gloria, sin querer hacer uso de los derechos que le dá su impecabilidad para sobreponerse á un precepto que solo afecta á los culpables hijos de Adan, olvida digámoslo así, con una abnegacion heroica todas esas razones legítimas de escepcion, prescinde de lo que es y de lo que le es debido como Dios, y recordando únicamente que es hombre y como tal tributario á su Padre de una ciega y completa sumision, no discute, no raciocina, no duda, sino que desde luego cautiva su inteligencia en obsequio de la divinidad, somete su espíritu al yugo sagrado de la obe-

(1) Genes. XVII. 13.

(2) Luc. XVII. 21.

diencia, y acatando fielmente los inescrutables designios del cielo, ofrécese en holocausto bajo el cuchillo de la Circuncision: *Suscipit umbram, daturus lucem; suscipit figuram, daturus veritatem*. Ved pues lo que nos quiso dar á entender el Salvador circuncidándose materialmente en cumplimiento de una ceremonia legal que no le comprendia; á saber, la necesidad de circuncidar nuestra inteligencia ante el altar de la fé como condicion precisa y esencial del nuevo culto, de la nueva religion evangélica que venia á reemplazar al culto y á la religion judáica. Y aquí cuadra perfectamente lo que San Pablo repetia incesantemente á los primitivos cristianos que todavia se obstinaban en sostener como necesaria la Circuncision ceremonial. «No, les decia, estais en un error lastimoso. Yo os aseguro que si os circuncidais materialmente, de nada os aprovechará el haber creido en Jesucristo (1).» La Circuncision que de vosotros exige la fé en el Salvador, es otra muy distinta; ésta no es exterior sino interna (2); no la ejecuta la mano del hombre, sino que es obra de Dios (3), ni consiste en separar las escrescencias de la carne, sino en destruir y arrancar las exuberancias del espiritu y de la inteligencia: *Circuncisio cordis in spiritu* (4).»

De nada pues servirá al hombre haber recibido la fé de Jesucristo, si no acepta esta segunda Circuncision intelectual, sometiendo su razon á los dogmas del cristianismo por incomprensibles que aparezcan, cautivando el entendimiento en obsequio de las verdades que la religion enseña y manda creer, renunciando á todo discurso ante las infalibles prescripciones de la Iglesia católica, enfrenando la altivez orgullosa de la sabiduría carnal que intenta alzarse contra la ciencia de Dios, reduciendo á una racional servidumbre las aspiraciones del génio cuando sin la luz de la revelacion pretende sondear por sí solo los misterios inefables de la divinidad. Recorred las páginas de la historia, contemplad esa larga série de absurdos er-

(1) Ad Galat. V. 6.

(2) Ad Rom. II. 28.

(3) Ad Colos. II. 11.

(4) Ad Rom. II. 29.

rores, de ingeniosas mentiras, de sofismas más ó menos especiosos que donde quiera han surgido contra el dogma, contra la moral, contra el culto católico. Oservad tantos ingénios que abusando de su presuntuoso saber se precipitaron en los mas lamentables extravíos, apadrinaron las mas repugnantes utopias, aceptaron los principios mas incoherentes, y sustentaron doctrinas que chocaban hasta con el buen sentido. Buscad el origen de tantos cismas como han despedazado la unidad religiosa, de tantas apostasias como han afligido á la Iglesia, de tantos elementos de perdicion que se han multiplicado en el mundo. ¡Ah! Donde quiera encontrareis ser una misma la causa de todos esos males, á saber: el no haber aceptado la Circuncision evangélica, el no haber enfrenado la inteligencia humana sus impetuosos arranques, el haber querido que la razon preponderase sobre la fé, el no haber sacrificado las quiméricas luces de una ciencia menguada ante la brillante claridad de la infinita sabiduría que resplandece en los divinos misterios. Por eso existen todavía y cada vez se acrecientan mas en el seno del cristianismo esos génios orgullosos que disputan al cielo sus secretos, al Omnipotente su soberanía, á la verdad sus derechos, á la Iglesia su infalibilidad; por eso abundan prodigiosamente en todos los pueblos y en todos los países hombres díscolos que haciendo alarde de un catolicismo incomprendible, no dudan sin embargo hacer una guerra sin tregua á todo lo que no se aviene con sus teorías insensatas, y niegan á la religion sus prerogativas mas esenciales, y despojan al culto de lo que hay en él mas bello y consolador, y quieren reemplazar las tradiciones mas autorizadas con ensueños de imaginaciones enfermas, con creaciones puramente humanas. Hombres de cerviz dura y espíritu incircunciso resisten con funesto empeño al espíritu de Dios que habla por el órgano de su Iglesia, porque han pactado con la muerte y hecho alianza con el infierno para derrocar si pudieran el magestuoso edificio del catolicismo. En vano afectarán sostenerle, cuando están minando sordamente sus cimientos; en vano proclaman esteriormente su divinidad, cuando bajo frívolos pretextos no cesan de poner trabas á su accion; en vano le tributan con la lengua ciertos homenajes forzados, cuando de hecho le ultrajan y le insultan. No: sin la Circunci-

sion espiritual de la inteligencia no hay verdadero cristianismo, así como tampoco le hay sin la Circuncision del corazon.

Esta es la segunda enseñanza que nos dá Jesucristo en el misterio de este día, y la segunda necesidad del cristiano, si ha de serlo real y verdaderamente y tener parte en la alianza espiritual hecha con la humanidad por el Verbo. Consiste esta Circuncision en despojarse el hombre de sí mismo, en arrancar de su corazon todos los afectos contrarios á la ley de Dios, en cortar de raíz todos los vicios que le corrompen, todas las pasiones que le degradan, todos los apetitos que le arrastran al mal, todas las inclinaciones que perturban su mente, todas las aspiraciones terrenas, todos los deseos carnales, todo en fin cuanto le separa de su verdadero fin y de sus legítimos destinos. De lo contrario, ¿cómo podríamos aspirar á los derechos que nos dá la adopción de hijos de Dios, si no procurásemos merecer esta misma adopción mediante el sacrificio de nuestros corazones ante las aras de la virtud? ¿Cómo optar al título glorioso de discípulos del Salvador sin tomar parte en esa Circuncision dichosa que renueva el interior del hombre convirtiéndole en una criatura reengendrada por la efusión de su preciosa sangre? ¿Bastaríanos por ventura haber sido lavados en las fuentes regeneradoras del bautismo de la mancha hereditaria del pecado, sin habernos circuncidado espiritualmente segun las prescripciones del Evangelio? ¡Ah! ¿No veis á Jesus como desde sus primeros días ofrece ya su cuerpo inocente al cuchillo del sacrificador? ¿No veis á un Dios reducido á la infancia verter las primicias de su sangre sobre las aras del santuario y sufrir en su carne purísima el agudo dolor que nunca mereciera? ¿No veis al Unigénito del Padre presentarse cual si fuese el hijo de una mujer impura delante del ensangrentado altar, víctima de una abnegación sublime y de una condescendencia heroica, á recibir la marca del pecador siendo esencialmente santo y justo? Pues no en vano acepta ese duro deber, no en vano se resigna á esa repugnante humillación, no en vano se muestra pródigo de su sangre apenas nacido á la luz del mundo. Esa acción envuelve una enseñanza importantísima: pues quiso mostrarnos Jesucristo que así como su primer paso en la vida material fué un acto de anonadamiento, de oblación

y de renuncia formal á todo lo terrestre y perecedero, un acto de mortificacion y de padecimiento, del mismo modo debe entrar el cristiano en la vida espiritual á que ha sido llamado por el bautismo. Ved porque allí protesta renunciar á Satanás, al mundo, á la carne y á las pompas y vanidades del siglo. Ved porque allí se compromete formalmente á hollar todas las esperanzas del tiempo, á sacrificar todos los goces materiales, á abrazar la cruz de la penitencia, y á caminar por la senda del Calvario: y bajo este concepto se le franquea la entrada en el templo de Dios, ceremonia augusta que encierra un misterio de la mas alta importancia: pues indica la necesidad absoluta de reprimir toda pasion desordenada, de enfrenar todo afecto injusto, de mortificar todo movimiento sensual, de renunciar á todo sentimiento contrario á la virtud para poder entrar en el reino del Salvador y gozar de sus inefables promesas. Recordad lo que hizo Josué con los israelitas cuando se halló á punto de entrar en la tierra prometida. Mirad, les dice, esa tierra objeto de tan prolongadas esperanzas. Contemplad ese pais dichoso, centro de vuestros deseos, en donde debeis gozar el reposo y la paz despues de tantos años de amarguras y peligros. Hed ahí el término de vuestra peregrinacion y el complemento de vuestra dicha: pero preciso es que antes de salvar las lindes que de esa tierra nos separan os sometais á la ley de la Circuncision, pues nadie puede penetrar en ella incircunciso é inmundo. Imágen brillante, dice San Gerónimo, de la Circuncision evangélica, la cual es tan indispensable á todos los nuevos israelitas, esto es á todos los cristianos, que en vano pretenderian entrar en la celestial patria sin llevar impreso en su corazon ese misterioso sello. El divino Josué, Jesucristo, verdadero Salvador, jefe y caudillo del pueblo de adquisicion, jamás franqueará las puertas de su gloria sino á los que con él y como él se hubieren resignado antes á la dolorosa Circuncision de su espiritu y de su corazon, y sacrificado generosamente sus pasiones para merecer tan alta recompensa. Y no basta al efecto, continúa el santo doctor, una Circuncision parcial ó á medias, sino que ha de ser entera, completa, universal; de suerte que no quede en el hombre afecion alguna desarreglada capaz de apartarle de Dios, ni el menor apetito carnal

que pueda sobreponerse al deber, ni el mas leve vestigio de pecado que pueda comprometer nuestro porvenir, bien así como nada hubo que Jesus no sacrificase en la Circuncision de cuanto podia contrariar los amorosos designios que concibiera con respecto á nuestra eterna felicidad.

En ella, como observa oportunamente un sábio orador, sacrificó y sometió perfectamente á Dios su Unigénito las cuatro pasiones que mas dominan en el hombre, y las mas difíciles de vencer: la libertad, en la obediencia á una ley que no le obligaba; el interés, en el voluntario despojo de todos los bienes mundanos; el honor, en el carácter ignominioso del pecado cuya vergüenza consintió sufrir; el placer, en la dolorosa y sangrienta operacion á que se sujetó por nuestro amor. Tales son pues los culminantes deberes de la Circuncision evangélica. Ella impone al mundano la obligacion de arrancar de su corazon ese immoderado sentimiento de independenciam que le empuja á seguir los caprichos del libertinaje á espensas de la virtud, sin sujecion á ningun deber de conciencia. Ella exige al avaro que se despoje de ese espíritu de torpe interés que le arrastra á las mas irritantes injusticias á trueque de satisfacer su insaciable sed de oro y de riquezas. Ella demanda del ambicioso que sacrifique esa desmesurada pasion de elevarse y engrandecerse sobre las ruinas de sus semejantes, que mas de una vez le hace traidor á sus propias convicciones y desconocer los mas sagrados derechos de la humanidad. Ella por último obliga al voluptuoso á dominar los apetitos de la sensualidad que le hacen vil esclavo de su carne. Y ¡ay de aquellos que no aceptasen esa Circuncision espiritual con todas sus consecuencias! ¿Quereis salvaros? esclamaba en su tiempo el P. San Bernardo. ¿Deseais participar de la gloria del divino Redentor? ¿Aspirais á merecer un dia sus inefables recompensas? Pues haced lo que hizo Jesus. Él se circuncidó en la carne: circuncidaos vosotros en espíritu; él sacrificó ante las aras de una ley que no le comprendia cuanto de mas caro podia haber para su corazon: pues inmolad vosotros ante el altar de una ley que os obliga rigurosamente, cuanto de mas apreciable puede haber para el vuestro; ó de lo contrario perded para siempre la esperanza de recoger la herencia de vuestros

tra adopcion: *Salvaberis si circumcidaris: alias non* (1). ¿Y qué pretesto, añade, pudiéramos oponer á ese mandato, en vista de esa abnegacion perfectísima, de esa completa renuncia de sí propio, de ese sacrificio admirable, de esa sangre que tan generosamente vierte en la aurora de su vida bajo el cuchillo de la Circuncision legal? ¿Nos manda alguna cosa que iguale ni con mucho á lo que por nosotros hiciera? ¿Puede parecernos amargo el remedio que nos ofrece, despues de haberlo tomado él mismo antes que nosotros y por nosotros?

Si pues nos hallamos dispuestos á entrar en los designios del Salvador, comencemos desde luego esa Circuncision de nuestro espíritu y de nuestro corazon, cortando y desarraigando todas las malas pasiones, todos los hábitos inveterados del vicio, todos los afectos desordenados, todas las inclinaciones torcidas, todo en fin cuanto nos hace propender al mal y desviarnos del bien. Despojémonos del hombre viejo con todas sus concupiscencias, y revistámonos del hombre nuevo criado segun Dios en justicia y santidad. Hagamos lo que se mandó á los israelitas al salvar las lindes que les separaban de la tierra de promision: «Id, les decia el Señor, esterminad sin escepcion todos los habitantes de ese pais profano: despedazad sus ídolos, romped sus estátuas, haced polvo sus trofeos. No quiero que vivais en esa tierra que os he dado en propiedad ni como aliados ni menos como esclavos, sino como dueños y conquistadores. Ni el menor vestigio quede ante vuestros pasos de esa raza maldecida, que si ahora la tolerais no tardará en convertirse en vuestro enemigo mas implacable: *Dispergite, confirignite titulos et statuas... Ego enim dedi vobis in possessionem* (2). Pues bien, cristianos, renovados espiritualmente por la gracia, entrad en posesion de vuestra alma sujeta hasta ahora al pecado, y reinad en ella como señores, como dueños, haciendo una guerra sin tregua á vuestras pasiones. Derrocad sus ídolos, despedazad sus estátuas, pulverizad sus mas leves afectos, ahuyentad hasta sus recuerdos, nada, en una palabra,

(1) S. Bernard. Serm. 4. de Circuncis.

(2) Numer. XXXIV. 54.

quede en pié de cuanto el vicio imprimió en ese corazon que debe ser de hoy mas el santuario de la diuinidad, si no quereis espone-ros á que brotando de nuevo en él esa maldita semilla, arroje espinas y abrojos punzadores que lastimen vuestros ojos y os reduzcan á una ceguedad incurable: *Et erunt quasi clavi in oculis tuis* (1).

¡Oh Salvador dulcísimo! Hednos aquí dispuestos á aceptar por amor vuestro en nuestra inteligencia y en nuestro corazon esa Circuncision dolorosa que en vuestra carne divina aceptásteis por liber-tarnos de la culpa. Prontos estamos á hacer el sacrificio de nuestras pôtencias, de nuestros sentidos, de nuestros afectos, de nuestras aspiraciones, de nuestro presente y de nuestro porvenir, delante de ese altar sobre cuya ara sacrificais vuestra gloria, vuestro honor, vuestra independéncia y vuestra majestad. Ya no queremos vivir para el mundo, sino para vos: queremos morir á nosotros mismos, renunciarnos totalmente, inmolarnos sin reserva, á fin de no tener en la tierra mas vida que la vuestra, y poder aspirar libremente al goce de vuestra misma inmortalidad. Imprima vuestra Circuncision en nuestras almas el sello de una alianza indisoluble, la marca de una adopcion perpétua, el ostigma de vuestra librea, para que en su vista seamos un dia dignos de entrar en vuestra eterna mansion, y disfrutar con vos las perdurables delicias de la gloria.

(1) Numer. XXXIV. 54.

DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA EPIFANIA, Ó ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

LA CONCORDANCIA DE LAS PREDICIONES QUE ANUNCIABAN Á JESUCRISTO COMO DIOS, COMO HOMBRE Y COMO REY UNIVERSAL DE TODA LA TIERRA, CON LOS SUCEOS VERIFICADOS EN SU MANIFESTACION Á LOS REYES MAGOS, PRUEBAN EVIDENTEMENTE LA DIVINIDAD, GRANDEZA Y MAGESTAD DE AQUEL Á QUIEN SE REFERIAN Y EN QUIEN SE CUMPLIERON TAN BRILLANTES VATICINIOS.

¿Ubi est qui natus est rex Judæorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.

¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en Oriente, y venimos á adorarle.

MATTH. II. 2.

EN las altas cumbres del cielo preparáanse los acontecimientos de un modo muy diverso que aquí en la tierra. Todo allí revela las ideas de un Dios soberanamente sábio, infinitamente grande, y poderoso sin límites. Todo allí descubre un pensamiento superior á todos los pensamientos del hombre, una economía divina, un plan inefable en el que resplandecen los rasgos de aquella ciencia increada cuyos arcanos ningún géno, por elevado que fuese, llegó jamás á penetrar, ninguna inteligencia humana pudo comprender, segun el lenguaje de San Pablo (1). Propónese el Altísimo manifestar al mundo su Verbo, y le hace encarnar en el seno de una doncella de Judá pobre, humilde y desvalida. Quiere dar á conocer en la tierra su Úni-

(1) I. Corint. II. 7, 8.

(1) Apoc. III. 1.

génito engendrado en la eternidad en medio de los resplandores de su gloria, y le coloca en un rústico establo para recibir las ovaciones que le son debidas como Dios y como hombre, como soberano de la creacion y árbitro de los humanos destinos. Dispone que la humanidad entera reconozca su régia dignidad, su divino origen, y la alta mision que le ha sido dada con relacion al porvenir del mundo, y llama desde los confines del orbe á los sábios, á los monarcas, á los opulentos, y los conduce ante un pesebre para tributar sus homenajes y presentar sus ofrendas á un niño que reclinado sobre pajas no sabe mas que sufrir y llorar. ¡Oh! Aquí es la ocasion de esclamar con un profeta: «He oido, Señor, los impenetrables secretos de tu sabiduría, y mi alma ha experimentado un presentimiento de terror: he considerado tus obras, y he quedado abismado de espanto (1).» ¿Y á quién no asombraría ver un tierno infante que en medio de la oscuridad mas completa, en el seno de la indigencia mas estremada, rodeado de las sombrías apariencias de una suma debilidad, y no mostrando mas que los signos exteriores de la impotencia mas lastimosa, evoca de los confines de la tierra los aguerridos descendientes del salvage Ismael, llama á sí á los orgullosos discipulos de Zoroastro, obliga á abandonar sus artesonadas viviendas á los muelles habitantes del pais de las palmas, reúne en torno de su cuna á los magnates de la opulenta Babilonia, recibe los dones de los ricos negociantes de la Arabia feliz, y los homenajes de los reyes mas célebres de la gentilidad?

Pues tal es el gran fenómeno que presencié hace mas de diez y ocho siglos el mundo, y cuyo teatro fué la pequeña, la humilde gruta de Belen. Con razon cantára un dia un genio inspirado: «¡Oh Bethleem dichosa; de ningun modo eres tú la mínima é insignificante aldea de la tribu de Judá. Tú estás destinada á llenar la mision mas alta que jamás se dió á pueblo alguno del orbe; tú estás llamada á realizar las esperanzas y las promesas de cuarenta siglos; tú eres la depositaria del gran tesoro que encierra la bienandanza de toda la humanidad; de tu seno ha de brotar el tallo precioso de la raiz de

(1) Abac. III. 4.

Jesé; de en medio de tí surgirá el caudillo que ha de capitanear al nuevo pueblo de Israel (1)!

Así se había predicho el triunfo de la divinidad del Verbo humanado en su manifestacion al mundo, que es lo que significa la voz Epifanía, y lo que bajo este nombre celebra hoy la Iglesia católica. De este modo estaba preparado desde muchos siglos antes ese acontecimiento que tan poderosa influencia debia ejercer en los destinos de la humanidad. Tales eran los precedentes que existian acerca de ese gran fenómeno verificado en el establo de Belen. Allí fué donde tuvieron cumplimiento todos esos grandiosos vaticinios; allí se verificó el llamamiento universal del mundo, á la luz de la verdad, y la correspondencia de ésta en la persona de los reyes de Oriente primicias del nuevo pueblo escogido. Allí se inauguró el nuevo imperio del Mesías libertador, el reinado espiritual de Jesucristo, el dominio sin limites de la mística Jerusalem, llamada á abarcar en el círculo de su prodigiosa unidad á todas las naciones del globo. Allí se fundó el culto de esa religion divina que hace la dicha del hombre en la tierra y fomenta las esperanzas de su inmortalidad. Allí surgió la idea católica que debia dominar en toda la tierra, brotó el primer pensamiento de union que debia estrechar en un solo haz todas las inteligencias y todos los corazones, resplandeció el primer destello de esa fé radiante que debia alumbrar á todos los pueblos que vivian en las tinieblas del error. Allí, en fin, Jesucristo, Rey, Dios, y Hombre verdadero, recibió los primeros homenajes de adoracion y de reconocimiento que todo el universo le tributó en la persona de los reyes que desde Oriente corrieron al Occidente buscando al Salvador, y gritando: «¿Dónde está el rey de los judios que acaba de nacer? Hemos visto su estrella, y venimos á adorarle.» *Ubi est qui natus est rex Judæorum? Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.*

Consideremos hoy este hecho únicamente en su economía, á reserva de apreciar en otra ocasion sus grandiosas consecuencias. Estudiar la concordancia de los vaticinios que le anunciaron con su

(1) Mich. V. 2.

perfecta y literal realizacion, será todo el asunto del presente discurso: de cuyo estudio y confrontacion resultará demostrado «que no podia menos de ser un Dios y un soberano universal de toda la tierra aquel á quien se ordenaban y en quien se cumplieron tan brillantes predicciones.» Imploremos los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Tan brillantes son y tan espesas las predicciones relativas al misterio que hoy celebramos, que no puede quedar el menor vestigio de duda ni á la incredulidad sistemática ni al necio racionalismo. Las mas minuciosas circunstancias del suceso, y su relacion con el personage á quien se encaminan hállanse en ellas marcadas con un sello tan visible, que para oponer la menor objecion seria preciso carecer de todo criterio y hasta de buen sentido. Desde los tiempos patriarcales, la idea de un rey Salvador que debia estender sus dominios á todo el orbe, y recibir los homenajes de todos los pueblos venia encarnando en todas las tradiciones, léiase escrita en todas las teogonías, y aun formaba una parte integrante de todos los mitos del paganismo. Sobre la cumbre del Phegor un adivino profano herido por un rayo de luz celestial habia vaticinado contra los designios de un príncipe de Moab la gloria del futuro Mesias con estas sublimes palabras: «Yo le veré, mas no ahora; le contemplaré, pero no de cerca. De Jacob nacerá una estrella; un vástago surgirá de Israel, y ejercerá su imperio sobre multitud de naciones (1).» El Hijo de amor en un arrebató de sobrehumano entusiasmo esclama: «Levántate Jerusalem, sacude el sueño que te tiene adormecida. ¿No ves esa brillante luz que viene á derramar sobre tí su bella claridad? ¿No apercibes la gloria del Señor que te inunda á manera de ráfaga deslumbradora? Mira cómo se disipan repentinamente las

(1) Numer. XXIV. 17.

sombrias nubes que cubrían el horizonte, y ahuyéntanse las espesas tinieblas de la eterna noche en que estaban envueltos los pueblos. Observa cual caminan á la luz de esa antorcha las gentes, y los reyes siguen su brillante huella. Vé cómo se apiñan en derredor tuyo multitud de hijos que vienen de lejanas tierras, y poderosos que acuden de la otra parte del mar á admirar tus bellezas y acrecentar tu abundancia. Ya los gigantescos camellos de Madian, y los ligeros dromedarios de Epha caminan veloces hácia tí cargados del oloroso incienso, del oro depurado, y de los ricos tesoros de Sabá, para hacer ofrendas al Señor y publicar do quiera su gloria (1).» «Dá, oh Dios, al rey tus leyes para juzgar, dijera David, y al hijo del rey tu justicia. Reciban del cielo los montes y los collados la paz del cielo. Descenderá como la lluvia sobre el vellosino de lana y como rocío copioso sobre la tierra. De un mar á otro mar dominará, y desde el rio al extremo del orbe estenderá su cetro. Postraránse á sus piés los etiopes, y ante él lamerán el suelo sus enemigos. Donde le ofrecerán los reyes de las islas y de Tharsis, y los monarcas árabes y sabéos le traerán ofrendas. Los príncipes todos de la tierra le adorarán, y las naciones le tributarán homenaje. Le será presentado el oro de la Arabia, y donde quiera le colmarán de bendiciones (2).» Hed aquí las principales profecias relativas al misterio de la manifestacion de Jesucristo al mundo y de su reinado en la tierra. ¿Quién no ve en ellas mas bien que el vaticinio de una cosa futura, la historia fiel de un suceso consumado? Confrontémoslas con los hechos, y admiremos la armonía prodigiosa que entre aquellas y estos existe.

«Hácia la época del nacimiento del Salvador, dice un sábio y eloquente historiador contemporáneo, unos magos caldeos hábiles astrólogos descubrieron una estrella de primera magnitud, que por su extraordinario giro y otros no menos seguros datos, reconocieron ser la que Balaam predijera con grande anticipacion, la cual debia levantarse radiante sobre su horizonte al verificarse el alumbramiento

(1) Isaïæ. LX. 1 et seq.
(2) Psalm. LXXI per tot.

de la Virgen. Existia entre las antiguas tradiciones de Iran, una muy célebre que anunciaba que un divino niño llamado á renovar el mundo habia de nacer de una doncella pura é inmaculada en la region mas occidental del Asia; que una estrella desconocida en su cielo señalaria este asombroso suceso, y que á su aparicion concurririan los magos á ofrecer sus presentes al rey recién nacido.» Este relato concuerda con el texto Evangélico que nos dice que «habiendo nacido Jesus en Bethleen de la tribu de Judá, en los dias del rey Herodes, unos magos vinieron á Jerusalem diciendo: ¿Dónde está el rey de los judios que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.» Sorprendente fenomenal, extraordinario en todas sus circunstancias se manifiesta este hecho. Aquellos tres magos, segun la opinion mas autorizada, eran reyes y de los mas opulentos del pais oriental; eran hombres de profundos conocimientos, de vasta ciencia y de un saber poco comun. Convengamos pues en que un estudio detenido sobre los fenómenos del cielo unido á los precedentes tradicionales que existian acerca del hecho en cuestion, y la coincidencia de las fechas pudiese crear en ellos un convencimiento casi evidente de que la estrella que apareció en el horizonte era la estrella de Jacob vaticinada muchos siglos antes como precursora del Mesias venidero del futuro rey de Israel. ¿Bastaba empero este convencimiento por profundo que fuese, para arrancar de sus hogares á unos monarcas opulentos y hacerles renunciar á las comodidades y dulzuras de su córte por la mera curiosidad de ver por sí propios un suceso que podia muy bien no ser cierto? ¿Se concibe racionalmente que sin una inspiracion divina pudieran decidirse á arrostrar las incomodidades de un largo y penoso viaje, á través de solitarios desiertos y de paises desconocidos, á riesgo de ver fallidos sus cálculos y burladas sus esperanzas? ¿Puede creerse que á no hallarse movidos por un principio sobrehumano se confiasen á la direccion de un astro de movimiento irregular, de incierto y variable giro por entre los eternos arenales y las silenciosas ruinas de Egipto como en otro tiempo las fugitivas cohortes de Israel seguian la columna de fuego que les guiaba hácia las desiertas playas del mar Rojo? ¡Oh! no, esto es inverosimil y no puede ad-

mitirse sin chocar con el buen sentido. Ciertos y mucho debian estar del éxito de su empresa para adoptar una resolucion tan heroica. No sin una seguridad libre de toda duda, hubieran desafiado el rigor de los climas, la crudeza de la estacion, los riesgos de una jornada de muchos dias, las privaciones que podian sobrevenir, las imprevistas eventualidades, y mas que todo el ridiculo en que hubieran incurrido caso de no obtener el fin de sus pesquisas. Pero el mismo que les dió el signo del misterio que se obraba en el mundo, dice el padre San Leon (1), ilustró sus inteligencias para que conociesen su significado; la misma mano que colocó en el firmamento aquella constelacion maravillosa, fué la que tocó sus corazones infundiendo en ellos el deseo de buscar al rey que designaba. Siguiendo la huella luminosa de aquel conductor celeste, sus pasos son firmes, su direccion segura. La verdad buscan, porque su antorcha es la que les ha llenado de su divina claridad; en pos de Dios corren porque á él desean conocer y adorar; y por eso no se intimidan, no vacilan, no espimentan la menor cobardia ó debilidad. La estrella que les precede es para ellos en sentir de San Agustin la lengua del cielo que les narra las maravillas del hijo del Altísimo y les muestra en lontananza su invisible gloria (2).

Ved en efecto que de repente al apercebir no muy lejos los Magos las escarpadas cimas de las montañas de la Judea y las altas torres de Jerusalem, la estrella desaparece entre las nubes que se apiñan como un espeso y lúgubre manto sobre aquella ciudad de aspecto melancólico do reina sepulcral silencio. Desorientados á manera de los antiguos navegantes en alta mar cuando una súbita oscuridad les hacia perder la estrella polar, mil ideas diversas se cruzan en sus inteligencias: ¿Habrian llegado al término de su viaje? ¿Seria aquella poblacion la depositaria del tesoro que buscaban? ¿Hallariase en Jerusalem el rey niño que venian á adorar desde las orillas del Tigris? Todo podia ser: pero un fuerte presentimiento haciales creer que no era allí donde debian encontrar al Mesias prometido. Adelántanse no

(1) S. Leo. Serm. I de Epiphania.

(2) S. August. Serm. II de Epifhan. alias 30 de Temp.

obstante hácia la gran ciudad, entran en la córte del rey Herodes, atraviesan por entre dos filas de soldados bárbaros que custodian las puertas de la antigua Sion, y por medio de grupos de espectadores que de trecho en trecho contemplan con ansiosa curiosidad la régia comitiva de los ilustres viajeros ataviados con todo el lujo oriental de la Persia; é inclinándose sobre el cuello de sus dromedarios preguntan solícitos á cuantos encuentran al paso: ¿Dónde ha nacido el rey de los judios? *¿Ubi est qui natus est rex Judæorum?* ¿Qué pregunta tan singular! ¿Qué interrogacion tan sorprendente! Preguntar por el nuevo rey de los judios en la córte del único monarca que estos conocian, á la vista del palacio de Herodes que empuñaba á la sazón el cetro de Israel: ¿no era esto una especie de desacato, un insulto hecho á la magestad de aquel hombre sombrío y suspicaz que no podia sufrir la mas leve idea de estraña dominacion, que se hubiera irritado á la sombra de un rival, y no hubiera hallado inconveniente en segar todas las cabezas de su imperio á trueque de no ser víctima de una sorpresa ó de una conspiracion? Y sin embargo los Magos llevan esa pregunta hasta el mismo trono del caduco rey, y no temen pronunciar en su presencia esa palabra que desconcierta todos sus planes, siembra el terror en su alma, derrama el despecho en su corazon, y anubla su antipático semblante. ¿Dónde ha nacido el nuevo rey de los judios? Esto equivale á decir: Sabemos que no eres tú ni ninguno de tu raza el objeto de nuestras investigaciones; no es por tí por quien desde las estremidades del globo venimos caminando día y noche. Tú podrás ser en buen hora el tirano del pueblo judío, mas no su legitimo y verdadero rey; tú podrás hacer sufrir á unos vasallos envilecidos el ignominioso yugo de un cetro que usurpaste á los descendientes de David; mas no gloriarte de ser de ellos obedecido como soberano; podrás imponerles un despotismo cruel que te hace aborrecible á sus ojos siquiera no les sea dable sacudir tu tiranía, pero nunca poseer sus corazones y conquistar sus simpatias. Llevas el título de rey, pero no lo eres en realidad; ese sólo lo debes á la fuerza, ese cetro lo colocó en tus manos la usurpacion; tienes sicarios asalariados, no defensores voluntarios de tu reino; rodeante turbas mercenarias, no un pueblo leal y sincero; brillan en

tus armas las enseñas de la victoria, pero están teñidas en sangre inocente y heróica. Otro ha venido ya al mundo llamado á recoger la herencia de sus antepasados y revindicar las glorias y blasones de la casa de David. Sabemos que ha nacido el verdadero y legitimo heredero del trono vacilante que escalaste; las profecias nos aseguran que es llegada la época del advenimiento del rey pacificador cuyo semblante desea ver el universo. Poseemos la conviccion profunda de que segun todos los datos relativos á ese nuevo monarca, en este mismo pais ha aparecido ya el soberano de todos los pueblos, el árbitro de las naciones, á cuyo cetro están ligados los destinos y el porvenir de la humanidad. Solo nos falta cerciorarnos del sitio. Díenos pues si acaso lo sabes, donde está ese rey. Hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á dorarle: *¿Ubi est qui natus est rex Judæorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.*

Prescindamos, señores, de los efectos que tan inusitado lenguaje causó en aquel monarca, herido como por un rayo con aquellas palabras que, como los signos del antiguo Baltasar, escribían sobre su arrugada frente la sentencia de su proscripcion y de la ruina de su imperio cimentado sobre sangre humana. Desentendámonos de la turbacion que sembró en Jerusalem aquella nueva que como un activo combustible vino á aumentar los innumerables elementos de insurreccion y de civil discordia que fermentaban en su seno. Dejemos á un lado el sobrecogimiento, la vaga inquietud, las dudas y perplejidades del decrepito tirano, empeñado en no ver en aquel suceso sino una combinacion de miras políticas, preparada en la oscuridad para levantar sobre las ruinas de su poder otro poder extraño y rival. Contraigámonos únicamente á observar y admirar, como nos propusimos, la concordancia y armonía de los hechos con los vaticinios que los anunciaron. Allí mismo en la córte de aquel Herodes odiado de los judíos, en el palacio de aquel príncipe usurpador y sanguinario, se dió un brillante testimonio al nuevo Mesias guerrero llamado á llevar sus enseñas victoriosas desde el Poniente á la auro-ra. No satisfecho con evocar sus recuerdos y coordinar sus memorias, harto fatales por cierto, pues le presentan en un luminoso punto

de vista todas las predicciones de los videntes que dicen relacion al nuevo reinado del vástago de David, llama á consejo á los doctores, á los ancianos, á los sábios de su reino, consúltales solicito, interrógalos con afan, pídeles esplicaciones acerca de la estrella misteriosa y demas circunstancias de aquel acontecimiento; y despues de un minucioso exámen, de una confrontacion escrupulosa con los antecedentes que existen, una misma es la respuesta, unánime el asentimiento, idéntica la solucion del problema propuesto. Todos á la vez convienen en que las setenta semanas predichas por David tocan á su término; que el sacrificio debia faltar, que el cetro de Israel debia pasar á manos estrañas, que el reciennacido era el *Schilo* vaticinado por Jacob en su lecho de muerte, y que su nacimiento habiase verificado en Belen de Judá: *At illi dixerunt. In Bethleem Juda. Sic enim scriptum est* (1).

Y bien, M. A. O., ¿no os asombran esos rasgos de magestad y grandeza que brillan en las obras del Todopoderoso? ¿No os extasia el ver cómo un Dios infinitamente sábio prepara todas las cosas para manifestar la gloria de su Unigénito? ¿No os llena de admiracion el contemplar cómo el humilde hijo de María patentiza su divinidad y ostenta su poder soberano disponiendo de los humanos destinos, y dirigiendo los acontecimientos á la realizacion del vasto plan que se propusiera en su mente? En una palabra, ¿qué otra cosa sino el pensamiento, la idea, la concepcion de un Dios, veis en todos esos sucesos que han lugar en derredor del reciennacido Jesus? ¿Podia ser otro el que colocó en el firmamento aquel astro maravilloso que absorbe la atencion del mundo y atrae al establo de Belen de lejanos paises á los potentados y á los sábios, sino aquel que, segun la metáfora de Job, llama á las estrellas por su nombre, y á quien ellas contestan: Hednos aquí (2). ¿Quién sino aquel de quien estaba escrito: «El rey grande, escelso y terrible en toda la tierra, sojuzgará los pueblos, avasallará á sus piés las naciones (3), despedazará los

(1) Matth. II. 5.

(2) Job. XXXVIII. 5.

(3) Psalm. XLVI.

arcos, hará trizas las armas y quemará los escudos de los guerreros, sembrará el terror en los pueblos, y á su voz hará inclinarse los reinos (1),» podia evocar desde su lecho de paja á los muelles y voluptuosos monarcas de la Arabia, y obligarles á rendirle los mas humildes y sinceros homenajes y á traer á sus piés las mas preciadas ofrendas? ¿Quién fuera de aquel cuya presencia reduce á la nada á sus enemigos, porque tiene en el mundo un dominio eterno (2), y ante quien las montañas se liquidan como la cera y la tierra tiembla llena de estremecimiento (3), tenia poder bastante para hacer palidecer al tirano Herodes y vacilar su mal seguro trono, cuando todavia no se mostraba mas que como un niño desvalido é impotente, débil y pobre en extremo, cuyas cohortes formábanlas unos cuantos sencillos aldeanos, cuyo trono era un pesebre, y cuyas armas consistian en las lágrimas que surcaban sus tiernas mejillas? ¡Oh! Entonces se verificaron los grandiosos vaticinios que habian precedido á la manifestacion del Verbo á los hombres. Allí se vieron realizadas las magnificas promesas hechas á los Patriarcas, y las elocuentes predicciones de los génios inspirados. «Todas las naciones que hiciste, dijieran, vendrán á postrarse á tus piés y á tributarte adoraciones, porque tu nombre es escelso, y tú solo eres el Dios que obras grandes maravillas (4).» Egipto y Babilonia, Etiopía y Tiro vendrán en pos de tí esclamando: «Un Hombre ha nacido en Sion, y el mismo es el Altisimo que echó sus cimientos (5).» «Alegraránse los cielos, saltará de júbilo la tierra, se regocijará el mar, se engalananarán los campos con su bello y perfumado matiz, y hasta los árboles de las selvas celebrarán la llegada del Señor, porque viene á juzgar al orbe con la equidad, y á hacer renacer en los pueblos la justicia. La gloria y el esplendor están en derredor de él, y todo en torno suyo es santidad y magnificencia. Venid naciones á adorarle; llevadle ofrendas, y publicad do quiera que reina ya el Señor (6).»

(1) Psalm. XLV.

(2) Psalm. LXV. 3.

(3) Psalm. XCV. 5.

(4) Psalm. LXXXV.

(5) Psalm. LXXXV. 4, 5.

(6) Psalm. XCV. per tot.

Católicos, si hay alguno que en vista de tan bellas armonías no esperimente en su alma un profundo sentimiento de admiracion y sienta encenderse en su corazon la radiante antorcha de la fé, preciso será compadecerle, porque grande es su ceguedad y su desgracia incurable. Nosotros los que en esa concordancia maravillosa de las predicciones con los hechos vemos evidenciada la divinidad del tierno Hijo de la Virgen de Nazareth, nosotros que felizmente hemos visto tambien la estrella del Salvador, la luz esplendorosa de la verdad que nos ha traído á los piés de ese Dios niño, nos complacémos en rendirle los obsequios simbolizados en los dones que le presentaron los magos. Oro como á rey le ofrecieron, incienso como á Dios, mirra como á hombre mortal. Ofrezcámosle pues á nuestra vez esa caridad tan pura como el oro que exige de justicia su régia dignidad, esa ferviente adoracion que á manera de incienso oloroso sube de nuestros corazones hasta el cielo en reconocimiento de su divinidad, ese espíritu de mortificacion con que nos hacemos participantes de los méritos de su humanidad sacratísima. Hed abí la ofrenda que puede serle aceptable. De resto, M. A. O., una vez que como los reyes hemos tenido la dicha de reconocer y adorar á Jesucristo, como ellos tambien sigamos el rumbo de la estrella celestial que nos guia en nuestra peregrinacion. Ella nos muestra el camino que hemos de seguir, y el camino no es ni puede ser otro sino Cristo, dice San Ambrosio: *Stella via est, et via Christus* (1). Guardémonos de volver por la misma via que trajimos, sino por otra muy diversa, bien así como lo hicieron los Magos siguiendo constantes el giro de su astro conductor. ¿Y por qué así, continúa el Santo doctor? Porque quien ha merecido ver al Salvador y presentarle sus dones, ya no puede ni debe tornar á pisar una tierra enemiga que aborta monstruos rivales de la gloria del Dios del pesebre, Herodes fementidos y sanguinarios que solo desean esterminar su nombre, su raza y su imperio. Y ¡ay del que despues de haber confesado á Jesus monarca invisible, Dios eterno y hombre mortal, osare volver á la sociedad de los impíos y afiliarse en sus banderas! ¿De qué le serviría haber

(1) Lib. II. in Luc.

tomado parte en esa escena magestuosa y encantadora verificada en la gruta de Belen? ¿Qué le aprovecharía haber sido del número de los dichosos adoradores del rey de la gloria?

Pero no, divino Infante: vuestros seremos siempre, y do quiera perteneceremos á ese reino imperecedero que viniste á fundar sobre las ruinas de la Sinagoga y de la idolatría. En todas partes proclamaremos que vos sois el único Monarca á quien la tierra, el cielo y los abismos rinden vasallaje. Como primicias de la gentilidad convertida corrieron los sábios y los opulentos príncipes de Arabia á arrojar á vuestros piés sus cetros, y á hincar su rodilla ante vuestro pesebré. Como herederos nosotros de su fé y de su religioso fervor, propagaremos vuestra gloria y estenderemos vuestro imperio, conservando fieles nuestras creencias y dando á conocer los dogmas de nuestra religion á los ciegos que habitan en las sombrías regiones del error. A imitacion de los magos de Oriente seremos los apóstoles de vuestra divinidad, los confesores de vuestra fé, los mártires de esa verdad que vinisteis á traer al mundo. ¡Y dichosos mil veces si un día en premio de nuestra constancia merecemos ceñir nuestras sienas con la aureola de la inmortalidad!

DISCURSO II

PARA EL DIA DE LA EPIFANÍA, Ó ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

EN EL MISTERIO DE ESTE DIA SE NOS PROPONE EL MODELO QUE DEBEMOS SEGUIR PARA BUSCAR LA VERDAD, QUE ES JESUCRISTO, Y CÓMO DEBEMOS CONSERVARLA DESPUES DE HABERLA HALLADO.

Cum natus esset Jesus in diebus Herodis regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolimam, dicentes: ¿Ubi est qui natus est rex Judeæorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.

Habiendo nació Jesus reinando Herodes, unos magos vinieron del Oriente á Jerusalem, preguntando: ¿Dónde está el rey de los judios que acaba de nacer? Hemos visto su estrella en Oriente, y venimos á adorarle.

MATTH. II. 1, 2.

Todo cambia repentinamente en el pesebre de Jesucristo. A las espesas tinieblas que cubrian aquella pobre y desalbergada gruta sucede una extraordinaria claridad que la llena con sus resplandores; donde antes reinaba una soledad espantosa, poco despues se vé un numeroso concurso que se disputa el honor de ofrecer sus respetos y adoraciones al recién nacido infante; el llanto es reemplazado con el mas cordial regocijo; la pobreza y la humillacion del establo mírase sustituida por la magnificencia y el boato deslumbrador de Oriente; á los armoniosos cantos de los ángeles que entonan himnos de gloria y de paz sobre la cuna del hijo de María, siguen inmediatamente los conciertos rústicos pero cordiales de los aldeanos de las montañas que festejan el alumbramiento de la Virgen deseada;

tras el pueblo sencillo vienen los sábios del mundo á tributar rendido vasallaje á la sabiduría increada oculta bajo las apariencias de la humanidad; y en pos de los pastores que habian tomado la iniciativa en este gran misterio, ocupan su lugar los reyes que corren á recojer las primicias de la buena nueva anunciada al universo.

De este modo manifiesta Jesucristo en las apariencias mismas de la debilidad de la infancia el poder irresistible de su soberanía, y hace brillar á despecho de las sombrías nubes de una naturaleza enferma y miserable los atributos de su eterno y divino origen. ¡Admirable contraste el que ofrece á nuestros ojos en los primeros dias de su vida mortal nuestro adorable Salvador! Todavía está fresca la herida que el cuchillo de la Circuncision abriera en su carne inocente imprimiendo en ella el sello ignominioso del pecado que jamás cometió, y ya hoy le vemos manifestando su gloria y magestad al mundo que le reconoce y adora como á su redentor y dueño. No há mucho que le contemplábamos inaugurando la carrera de sus sacrificios con las lágrimas y con la sangre, y ahora se nos presenta triunfando de los corazones y derramando en ellos el tesoro de sus gracias. Momentos antes su escesivo abatimiento no nos revelaba mas que impotencia y flaqueza: en la actualidad nos admira su omnipotencia que hace venir á sus plantas á los hombres mas opulentos de la tierra para que reconozcan su divinidad y la publiquen en los mas remotos climas.

El reconocimiento de la divinidad de Jesucristo, la propagacion de su reinado, el desenvolvimiento de su fé, la estension de su dominio universal, el triunfo de su nueva religion, la conquista del universo por la idea católica, hed ahí, M. A. O., las felices consecuencias de la manifestacion del Hijo de Dios al mundo en la persona de los reyes de Oriente. En ellos fué llamado el pueblo gentil á recojer la preciosa herencia que el pueblo judío habia rechazado ingrato. Su vocacion al cristianismo envuelve la vocacion de todas las naciones que dormian el sueño de la muerte envueltas en la larga noche del error. La luz esplendorosa que para ellos surgió en el horizonte, fué la misma que segun el vaticinio de Isaias debia alumbrar á todos los que no habian recibido la gran revelacion del mis-

terio de su futura dicha (1). De la humanidad entera diseminada en remotos países, habianse escrito estas brillantes predicciones: «Los pueblos de Oriente y de Occidente acatarán la magestad y adorarán la gloria del que ha de redimir á Sion y hacer con ellos un nuevo pacto (2).» «Las islas, las naciones y las naves del mar esperan con ánsia mi llegada, para traerme nuevos hijos que me ofrecerán su plata y su oro, y consagrarán sus dones á mi nombre augusto. Reinará la paz y la justicia, y do quiera resonarán cánticos de alabanza. Mi pueblo se compondrá de todos los justos, ellos poseerán eternamente la tierra, siendo unos pimpollos plantados por mi para que yo sea glorificado. Y la nacion y el reino que pretendiere sacudir mi yugo, perecerá (3).»

A nosotros cumple, M. A. O., decir cómo hemos correspondido á esa vocacion y si hemos llenado fielmente las condiciones de ese llamamiento universal. ¿Ha sido nuestra fé tan activa y eficaz como la de los fervorosos magos de Oriente? ¿Hemos seguido con igual constancia el rumbo de esa divina estrella que á nosotros no menos que á ellos nos anunció la venida del Salvador al mundo y con él el reinado de la verdad y el imperio de la virtud? ¿Hemos presentado á Jesucristo la pura ofrenda de nuestros corazones, simbolizada en los dones que aquellos depositaron á sus plantas, con igual generosidad, con idéntico amor? Ideas son estas que abren un vasto campo á mi imaginacion. Voy pues á reasumirlas todas en un breve y sencillo pensamiento, ofreciéndoo en la conducta de los santos reyes «el modelo que deben imitar cuantos se proponen buscar la verdad que es Jesucristo, y cómo deben conservarla despues de hallada para no incurrir en la reprobacion del cielo.» Leccion importante para los pueblos y los individuos, que me propongo desenvolver en el presente discurso, despues haber invocado las luces del Espíritu Santo por la mediacion de la purísima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

(1) Isaías IX. 2.

(2) Ib. LIX. 49 et seq.

(3) Ib. L. per tot.

REFLEXION UNICA.

Desear la verdad es á no dudarlo la primera condicion de una inteligencia sana y de un corazon recto , la primera disposicion para poder encontrarla : pues mal podrá buscarse lo que se mira con indiferencia , ni hallarse lo que no se busca con una avidez proporcionada á la necesidad que se siente del objeto deseado. Ved ahí la primera enseñanza que nos proporciona la conducta de los santos reyes, de quienes nos habla hoy el Evangelio. Una estrella maravillosa se presenta repentinamente en el horizonte. Jamás el mundo habia visto un astro tan luminoso pues no era del número de aquellos que la omnipotente diestra sembró en el firmamento en los primeros dias de la creacion. Era el glorioso estandarte del futuro Salvador que Dios prometiera á los pueblos por el ministerio de Balaam quince siglos antes de nacer , y bajo el cual debian afiliarse todas las naciones del universo. Era el embajador del Todopoderoso que venia á anunciar á la tierra con su inusitado resplandor el advenimiento de aquel Mesias deseado , cuya muerte proclamaria un dia la mas espantosa oscuridad que envolveria en su lúgubre manto el sol , la luna y todos los luminares celestes. Era en fin la lengua del cielo que en sentir de San Agustin prometia á la humanidad la aurora del mas bello dia que vió el universo , del dia de la salvacion , de la libertad y del rescate. ¿Y qué es lo que decia con su muda elocuencia ? ; Ah ! Decia que el tiempo de la esclavitud habia concluido , y que libre el alma del deshonoroso yugo del pecado iba á reconquistar sus derechos á la herencia perdida en el primitivo Eden ; que el rey justo y pacífico habia llegado , y bajo sus auspicios iba á inaugurarse el imperio de la verdad (1) ; que el protector del pobre y del desvalido acababa de aparecer en la tierra , é iba á finalizar el despotismo de los poderosos y soberbios señores que avasallaban la humanidad oprimiéndola con su cetro de hierro (2) ; que el indigente , el

(1) *Isaiæ. XLII. 2 et alib.*

(2) *Psalm. LXXI. 12.*

huérfano, el ignorante, todos los hombres de cualquiera tribu ó nacion iban á ser evangelizados (1), y en adelante no habrá ya distinciones de raza ó de familia, pues el gentil lo mismo que el judío, el árabe no menos que el indio podrán participar de la fé y de las promesas de Abraam y sentarse en el reino de Dios con Isaac y Jacob (2); por cuanto todos los pueblos de la tierra iban á reunirse para formar un solo aprisco en torno de Jesucristo, pastor y caudillo universal (3). Hed aquí las maravillas que aquella misteriosa estrella venia á revelar al mundo. ¿Cómo es pues que los magos de Oriente descubren ese gran secreto? ¿Quién les inspira esas verdades tan sublimes al simple aspecto de aquel astro mensajero? ¿Podian las meras conjeturas que sobre su aparicion hicieran, ni el estudio de los precedentes que acerca de ella tenian, ni la confrontacion de los vaticinios con las fechas, crear súbitamente en sus inteligencias una claridad tan viva, que les diese á conocer en un momento tan estraños misterios ocultos por tantos siglos á la humana sabiduría? Pero ellos aunque sepultados en las sombrías regiones de la idolatría poseian una razon ilustrada y un corazon dócil dispuesto á recibir las impresiones de la luz sobrenatural porque tiempo há suspiraban. En medio de las tinieblas del error gentilico sus afectos eran iguales á los de los antiguos patriarcas y profetas. Como los primeros venian gimiendo en pos de aquel Salvador llamado á curar las hondas heridas de la humanidad: como los segundos habian formado fervientes votos por ver al Cordero dominador del orbe que debia renovar la tierra y restaurar las quebrás del pecado. Como unos y otros deseaban conocer la única verdad que podia hacerles felices. Y este deseo vehemente, sincero, eficaz, es el que les dispone á penetrar el profundo abismo de los misterios que encierra la estrella precursora del Mesias. Por eso desde luego ven en ella el cumplimiento del célebre vaticinio de uno de sus antepasados; comprenden que habia llegado ya el vástago de Israel, el que segun las antiguas profecías debia domeñar los aguerridos jefes de Moab y someter á

(1) Matth. XI. 5.

(2) Ib. VIII. 41.

(3) Joan. X. 46.

su nuevo imperio todos los hijos de Seth (1) : reconocen en fin que acababa de nacer un Salvador , y desde luego se deciden á buscarle donde quiera que se halle , para adorarle , ofrecerle sus dones y depositar á sus piés su inteligencia y sus corazones juntamente con sus cetros y coronas.

Admirad, M. A. O., ese rasgo de fé tan viva como generosa que engendra en los santos reyes el deseo de conocer la verdad humana : pero en los arrebatos de nuestra admiracion no nos olvidemos de nosotros mismos á quienes esa enseñanza tan elocuente se dirige. ¿Hemos deseado con idéntico ardor la luz de las verdades católicas? ¿Hemos suspirado con tan vivas ánsias por esa antorcha luminosa que , segun el lenguaje del príncipe de los apóstoles , derramó el Señor en medio de las tinieblas de un mundo escéptico y descreído? ¡Ah! Tiempo há que lució sobre nuestro horizonte esa estrella misteriosa de la fé; tiempo há que el catolicismo mostró á nuestros ojos radiante y pura su doctrina celestial ; tiempo há que nos fué anunciado el reino de Jesus , sus dogmas , sus misterios , sus promesas , sus recompensas , y los grandiosos destinos vinculados á nuestra fidelidad en corresponder al llamamiento divino. Y sin embargo , ¿no es cierto que muchos pueblos yacen todavía sepultados en la lóbrega noche del error ? ¿No es evidente que en no pocos países levanta todavía su negro pendon el génio de la mentira ? ¿No es palpable que aun en las naciones católicas hay aun un número considerable de ciegos racionalistas , de filósofos carnales , de sábios sin fé , de poderosos incrédulos , de príncipes orgullosos que disputan á Dios su ciencia , su poder , su soberanía , y queman profanos inciensos ante las aras de Baal , y hacen sacrílegas ofrendas á la razon divinizada , negando á Jesucristo el homenaje de sus adoraciones , rechazando sus enseñanzas , ridiculizando su culto , y hollando su Evangelio? ¿No es en fin demasiado visible el cinismo insensato , la criminal indiferencia , el olvido inconcebible de muchos cristianos que en el seno de la religion que el Salvador vino á inaugurar en el pesebre viven como si no tuviesen convicciones ni creencias de ninguna especie , ni mas

(1) Num. XXIV. 17.

ni menos que pudieran hacerlo si hubiesen habitado en países idólatras en donde no hubiese penetrado la luz de la fé? Lastimosa antitesis entre el fervor de aquellos reyes paganos que á la primera indicacion de una estrella reciben la inspiracion celestial y se disponen á buscar al Dios desconocido que se la envia, y la apatía incalefiable de tantos hombres que nutridos con el néctar de las enseñanzas católicas, y testigos de los prodigios que diariamente opera en el mundo esa luz divina que alumbró nuestra cuna y presidió la aurora de nuestra vida, todavia se obstinan en cerrar los ojos ante su deslumbradora claridad!

No así los magos: verdaderos apreciadores de los bienes positivos, tan luego como les es revelado el nacimiento del Salvador, no pueden contener los trasportes de una fé activa y generosa que les impelle interiormente á buscarle. En su impaciencia por ver cuanto antes al suspirado de los siglos, paréceles tardo y pesado el tiempo para ir á presentar al Rey recién nacido sus respetos y darle los mas sinceros testimonios de su amor. Cada cual de ellos, animado de los sentimientos de la Esposa de los cánticos, dice lleno de un santo entusiasmo: «Yo me levantaré con presteza, atravesaré las aldeas y las grandes ciudades, salvaré las montañas y los valles, y no cesaré de correr hasta encontrar al que ama mi corazon (1).» «Yo iré, dicen como en otro tiempo el caudillo de los Hebreos, y veré esa gran maravilla que acaba de verificarse debajo del sol, presenciare ese nuevo espectáculo que el cielo acaba de ofrecer á la tierra, el Verbo hecho carne, un Dios convertido en niño: *Vadam, et videbo visionem magnam hanc* (2).

Mas, ¿qué decís, imprudentes neófitos? ¿Qué ardor inmoderado os entusiasma? ¿Qué esceso de celo y de fervor os arrebató? ¿Habeis medido el inmenso espacio que os separa de Belen? ¿Habeis previsto los cuantiosos gastos que habreis de hacer en un viaje cuyo término ignorais? ¿Habeis tenido en cuenta lo que de vosotros pensará una nacion que os verá abandonar vuestros lares paternos,

(1) Cant. III. 2.

(2) Exod. III. 3.

arrancaros á los dulces lazos de la familia, renunciar al culto de vuestros mayores por ir á adorar un Dios nuevo y desconocido? ¿No contaís para nada las lágrimas y el dolor que ha de causar vuestra separación á los caros objetos que dejáis en el abandono? ¿Sabeis lo que os espera en una tierra extraña y á través de países enemigos? ¿Habeis calculado en fin las consecuencias y eventualidades de tan importante y arriesgada determinación? Mas ¡qué digo! Yo haría un grave insulto á la fé de nuestros padres discurrendo de esta suerte. Piensen así en buen hora los hombres cobardes y sin corazón. En cuanto á los Magos, á pesar de ser unos idólatras, hubiéranse avergonzado de detenerse por semejantes consideraciones humanas, para ellos frívolas y de ningún peso. Ellos han visto el astro mensajero de la verdad, la estrella que les muestra á Jesucristo luz del mundo, y ni la distancia de los sitios, ni el brillo del oro y de las riquezas, ni el amor de una patria querida, ni los fuertes vínculos de la sangre, ni las preocupaciones de la infancia, ni la intemperie de las estaciones, ni el temor de los juicios que puedan formarse sobre su conducta, nada de la tierra es bastante á contenerles. La fé que arde en sus pechos, semejante á ese fuego que despues de fermentar por largo tiempo en las entrañas de la tierra, rebienta al fin por cien bocas con ruidoso estrépito y arrolla cuanto encuentra por delante, obra en el interior de aquellos nuevos creyentes con una violencia inusitada que despedaza todos los lazos, y ahuyenta todos los obstáculos que se oponen á su partida. No bien han visto aquel signo celestial, cuando ya se ponen en camino, atraviesan los desiertos, dejan detrás á la antigua Babilonia, y la famosa ciudad de los Seleucidas, penetran en las arenosas llanuras de la Palestina, trepan las descarnadas montañas de la Judea, y llegan hasta la misma córte de Herodes preguntando: «¿Dónde ha nacido el nuevo rey de los judíos?» Y sin ocultar los designios que los llevan á extraños climas, sin desfigurar los motivos de su viaje, manifiestan paladinamente su objeto, descubren sus intenciones, hacen gala de su fé, y altamente confiesan que van en busca del gran Monarca que acaba de nacer, del vaticinado por Jacob, del anunciado por Balaam, del designado en las profecías, del deseado de todos los pueblos. «Hemos visto en Oriente su estrella,

dicen , y venimos á adorarle.» *Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.*

Así es como la fé obra en el alma que desea sinceramente la verdad, de este modo busca á Jesucristo el que aspira á hallarle. Generoso , activo , eficaz , emprendedor , heróico en todos los lances y á pesar de todos los contratiempos , el cristiano que una vez ha tenido la indefinible dicha de conocer su sólido y positivo bienestar vinculado á las creencias católicas , por nada se detiene , por nada vacila , por nada se acobarda , todo lo acomete , y guiado por esa celestial antorcha que ilustra su inteligencia y abrasa su corazón , no teme mostrarse donde quiera fiel vasallo del Rey de las eternidades , servidor obediente del Soberano de cielos y tierra , soldado magnánimo de las cohortes de Jesucristo , hijo sumiso de la Iglesia , creyente fervoroso , é incapaz de hacer traicion por nada del mundo á sus convicciones y creencias. Poco será para él que haya de vencer dificultades , arrostrar peligros , salvar obstáculos de todo género para conseguir el fin que se ha propuesto ; poco será que intenten detenerle en su marcha los gritos de la impiedad , las burlas del libertinaje , los irónicos apóstrofes del vicio , las risas sarcásticas del cinismo ; poco será que trabajen por desconcertar sus planes las humanas consideraciones , los cálculos egoistas , los vínculos de la carne y de la sangre , y todos los demas elementos que frecuentemente se ponen en juego para desvirtuar los buenos deseos y las aspiraciones generosas ; poco en fin que en su camino tropiece con Herodes impíos , con judíos obstinados , es decir , con génios aviesos y enemigos de la verdad que maquinan sordamente para perder al objeto de sus pesquisas , de su fé y de su amor. Una vez decidido como los santos reyes á buscar á quien desea hallar y adorar , todo será inútil , por todo saltará , de todo saldrá victorioso , porque la estrella del Salvador será su conductor , y siguiendo su rumbo no se estraviará en los desiertos del mundo y llegará al término de su carrera.

No otra ha sido en todos tiempos la conducta de los hombres que con vivas ánsias han aspirado á encontrar á Jesus. No otro ha sido el efecto que la verdadera fé ha producido en los corazones bien dispuestos. Contemplad á los antiguos patriarcas que venian suspirando

por el rey Mesías, reparador del mundo; observad á todos los creyentes, á todos los justos del antiguo Testamento. Apenas el Espíritu Santo les revela el nombre del Salvador futuro, se les vé consagrarse con heróico valor á los trabajos mas duros y penosos; se vé á un Abraham abandonar generosamente su patria, su familia, y la casa de sus padres por ir á habitar en suelo extraño; se vé á Isaac y Jacob ejercitarse diariamente en las prácticas de aquellas virtudes que podían hacerles dignos de poseer aquel tesoro inestimable; se vé á los profetas levantar sus manos al cielo y conjurar á la tierra y á las nubes que les envíen sin tardanza el Justo que ha de quebrantar las cadenas que oprimen á la humanidad; se vé en fin á los que estaban sumergidos en las tinieblas de la idolatría levantarse súbitamente y correr en pos del Reparador universal de la raza proscripta.

Observad á esos reyes magnánimos de Oriente, cómo se apresuran á buscar el pesebre del recién nacido infante, tan luego como los sábios de la corte de Herodes convienen unánimes en que el sitio donde ha nacido el nuevo rey es Belen de Judá. El conquistador que va á recoger los ricos despojos de una victoria no marcha con tanto ardor; el cervato herido en el bosque no hiende el espacio con tanta velocidad por llegar al arroyo que ha de apagar su ardiente sed. Montados sobre briosos corceles de Oriente, la velocidad de su carrera escede los límites ordinarios. Jamás los ligeros dromedarios de Madian condujeron tan precipitadamente á sus viajeros; pues en sentir de algunos espositores, en solos trece dias hicieron la larga travesía desde el fondo de la Arabia hasta la aldea de Belen. El profeta Isaias, á quien Dios mostrara el porvenir, los vé ochocientos años antes atravesar los reinos, las ciudades y los desiertos con la velocidad del pensamiento, y lleno de estupor y entusiasmo, esclama: «¿Quién son esos que vuelan á manera de nubes impelidas por el viento?» *¿Qui sunt isti qui ut nubes volant* (1)? Pero si digna de admiracion es la actividad y eficacia de su fé, ¿quién no se maravillará al contemplar el respeto con que penetran en aquella desmantelada gruta do yace el Salvador, la humildad profunda con que

(1) Isaie. LX. 8.

se postran al pié de aquel rústico pesebre, la ternura indefinible con que adoran al recién nacido, en cuyas esterioridades nada ven, nada perciben que les revele su majestad suprema, y la efusion con que le presentan las ricas ofrendas que traen de su país, en las cuales se hallan simbolizados los principales atributos del Mesías vaticinado? ¡Oh! Grande por cierto se mostró la fé de los pastores que en medio de las tinieblas de la noche, dejaron sus apriscos por ir á adorar al Dios del pesebre, al primer aviso del celeste mensajero que les anunció tan fausto acontecimiento. Pero ninguna comparacion tiene con la de unos paganos, que á la simple vista de una estrella corren de remotos países á tributar sus homenajes á un niño de quien nadie les ha hablado ni referídoles sus grandezas. Todo por el contrario en presencia de aquel espectáculo conspira á desconcertar sus ideas, á desmentir sus presentimientos, y á burlar sus esperanzas. Nada mas que pobreza y debilidad encuentran allí donde quizás pensaron quedar deslumbrados con el aparato de un poder y de una magnificencia sin semejantes. Ni el oro, ni la plata, ni las perfumadas esencias, ni el acompañamiento que rodea la cuna de los príncipes, se vé en aquella morada del gran rey. Una madre tímida y bella sonrosada con el carmin del pudor virginal; un niño que vierte amargo llanto en una desnudez casi completa; unos brutos que con su aliento dan calor al aterido infante; unos aldeanos que alborzados le festejan: ved ahí todo el aparato que se presenta á los ojos de aquellos hombres, sábios, opulentos, rodeados de todo el boato oriental, y que todavía conservan frescas y recientes las ideas y preocupaciones de su país. Y sin embargo, ¡oh prodigio! No por eso es menos ardiente su fé, ni pierde en nada sus quilates la caridad que anima sus pechos. Ellos entran en aquel albergue con la misma veneracion con que hubieran penetrado en sus templos erigidos sobre fuegos subterráneos, ofrecen al recién nacido el oro purísimo de Ninive en reconocimiento de su régia dignidad; el oloroso incienso de Saba como tributo debido á su divinidad; la preciosa mirra de Arabia como signo de su humanidad; por manera que su ofrenda fué una confesion implicita de su creencia en aquel á quien adoraban como rey, como Dios, y como hombre verdadero.

¿Y hay todavía sábios que se avergüenzan del misterio del pesebre? ¿Hay príncipes que se crean rebajados en ofrecer sus homenajes al Dios-niño del establo de Belen? ¿Hay cristianos que le disputen sus adoraciones é inciensos? ¿Hay génios aviesos que le nieguen el tributo de su inteligencia y de su corazón? Si la conducta de los Magos de Oriente no basta para enardecer nuestra fé, y estimularnos á buscar eficazmente á Jesucristo, su verdad, su Evangelio, su Iglesia, no sé qué otro ejemplar podemos proponernos mas á propósito para vencer nuestra apatía y triunfar de nuestra negligencia. Y es necesario tener entendido que no basta buscar á Jesus, no basta haber hallado la verdad que apetecemos, si despues de hallada no sabemos conservarla. La fé no es una teoría estéril, es un talento que Dios nos ha dado y que es preciso hacer valer, una semilla que el cielo ha derramado en nuestras almas para fecundarla y hacerla producir frutos sazonados de virtud. Y ¡ay de aquel cuyas obras no se armonizan con sus creencias! ¡Ay del que por su indolencia dejase perder el tesoro de su fé! ¿No veis cómo los Magos, cumplida su mision, se retiran por distinto camino del que han traído, por no encontrarse con el cruel y sanguinario Herodes que urdía asechanzas á los dias del recién nacido Jesus? Dóciles á la voz del Angel que les descubre los pérfidos designios del monarca, «en vez de recorrer las estériles y peligrosas laderas del lago maldecido en cuyas turbias y estancadas aguas se reflejan las sombras de las ciudades réprobas, encaminan sus camellos hácia las costas del mar grande (1),» y huyen de la presencia de los enemigos de aquel á quien acaban de ofrecer las primicias de su fé y de su adoracion. Aprendamos pues en el ejemplo de los santos reyes á no malograr el rico depósito de nuestra fé, á conservar puras nuestras creencias, á huir de cuanto pueda conspirar á hacernos tornar á nuestros antiguos errores, á precavernos de los riesgos que puede correr nuestro porvenir. No recibamos infructuosamente las enseñanzas de esos hombres heróicos. Sea nuestra fé como la suya, activa y eficaz, que nos haga trabajar con constancia y ardor en el negocio de nuestra salvacion. Guardémonos de volver á las tinieblas, ya que la antor-

(1) Orsini, Historia de la Madre de Dios y de su culto, Lib. XI.

cha luminosa del Salvador ha derramado sobre nuestras inteligencias su esplendorosa brillantez.

Y vos, luz increada, lumbrera refulgente que ilustrais á todos los que en este mundo os buscan con sinceridad, venid á nuestras almas, y descubridnos la gloria del Señor, como en otro tiempo á la Jerusalem de los profetas. Encended en nuestros corazones aquella llama que abrasó á los Magos de Oriente, para que como ellos corramos en pos de vuestra huella, y busquemos do quiera solícitos al que es el camino, la verdad y la vida del mundo. ¡Oh Jesus, rey de reyes, Dios eterno, y Hombre mortal! Aceptad en este dia nuestros homenajes, recibid nuestras ofrendas. Hemos visto vuestra estrella, y venimos á adoraros. Pecho por tierra besaremos esa tierra bendita que pisásteis con vuestra divina planta, y nos prosternaremos ante ese pesebre que os recibió al nacer para dicha del universo. Nada mas os pedimos sino que fomentéis estos sentimientos que hoy nos animan, que avigoreis mas y mas nuestra fé, que nos hagais constantes en el bien obrar, para merecer un dia en recompensa de nuestra fidelidad la gloria eterna que nos habeis prometido y esperamos gozar por siglos y siglos.

DISCURSO I

PARA EL DIA DEL DULCE NOMBRE DE JESUS.

MAGNIFICENCIAS DEL NOMBRE DE JESUS. EL CIELO LE HONRA, PORQUE ES UN NOMBRE DE MAGESTAD; LA TIERRA LE VENERA, PORQUE ES UN NOMBRE DE SALVACION Y DE TRIUNFO; EL INFIERNO LE TEME, PORQUE ES UN NOMBRE DE IRRESISTIBLE PODER.

Deus dedit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur caelestium, terrestrium, et infernorum.

Dióle Dios un nombre superior á todo nombre: á fin de que al nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno.

AD PHILIP. II. 9, 10.

LA historia del mundo depositaria de los hechos mas ilustres que vienen sucediéndose en el trancurso de los siglos, ha recogido una multitud de nombres célebres cuya memoria ha trasmitido á la posteridad para perpetuar la gloria de las hazañas que en ellos se hallan personificadas. Nombres de reyes que deslumbraron al orbe con su opulencia y poderío; nombres de guerreros que estendieron en una vasta esfera sus ruidosas conquistas; nombres de sábios que legaron á las edades por venir los prodigios de su génio creador; nombres de políticos que fundaron imperios, cambiaron dinastías, hicieron leyes, declararon la guerra ó ratificaron tratados de paz; hed ahí lo que ese grande archivo de lo pasado conserva en sus inagotables tesoros; hed ahí lo que nos ofrecen sus páginas. Pero si bien se analizan los sucesos á que esos nombres están ligados, veremos con asombro surgir á través de algunas cuantas virtudes que

honraron la existencia de los que los llevaron, multitud de vicios repugnantes, de mezquinas pasiones, y de recuerdos harto tristes y funestos. En unos la sórdida ambicion, en otros el mas desmesurado orgullo; en aquellos el despotismo mas insoportable, en estos la mas incalificable tiranía; allí la supersticion y el error, aquí la injusticia y la iniquidad; en todas partes la vanidad fastuosa, donde quiera la nada decorada con un antifaz brillante; porque todo en el mundo es una sombra de prestada grandeza, un humo liviano de gloria, una quimérica ilusion de felicidad.

Solo un nombre existe que representa la gloria verdadera, la grandeza positiva, el poder esencial, el génio por excelencia, la sabiduria mas elevada, la virtud mas heróica, la santidad immaculada: nombre que han celebrado todas las lenguas, ensalzado todos los idiomas, cantado todos los pueblos, venerado todos los siglos desde la antigüedad mas remota; nombre que ha inspirado las mas fecundas imaginaciones, creado la mas sublime poesía, escitado el mas indefinible entusiasmo; nombre incomparable por su origen, sin semejante por lo que significa, único por los recuerdos que escita, sin segundo por los hechos que á él están vinculados; nombre que figura al frente de las empresas mas gigantescas, que preside á los acontecimientos de mayor importancia, que viene marcando el rumbo de todos los sucesos humanos, y á que está subordinado el porvenir y los destinos del universo; nombre en fin que fué dado á conocer por el cielo muchos siglos antes que apareciese en la tierra el que con él debía ser honrado, que motivó las esperanzas de una larga descendencia, que reasumió los votos y los suspiros de cien generaciones, que fué el objeto esclusivo de las lágrimas del proscrito linage de Adan por espacio de cuatro mil años, porque de él estaba pendiente el hecho de mayor valía, el suceso de mayor celebridad, el acontecimiento mas fausto y de mas felices consecuencias, la libertad, la reparacion, y la salud del mundo.

Tal es el nombre santo y adorable de Jesus ante quien desaparecen todos los nombres que la historia viene perpetuando en sus fastos, porque es infinitamente superior á todos ellos en su esencia, en su significacion, en sus efectos, el único que ha podido inmortaliz-

zar positivamente la memoria del héroe á quien pertenece, puesto que á su simple eco, el cielo se entusiasma, la tierra se prosterna, el abismo se llena de terror, y toda lengua proclama su soberano dominio y su inmarcesible gloria. *Deus dedit illi nomen, quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genuflectatur caelestium, terrestium et infernorum, et omnis lingua confiteatur quia in gloria est Dei Patris.*

En estas admirables palabras del Apóstol, encuentro reasumidos todos los títulos de grandeza que encierra ese nombre augusto. Magnificencias del nombre de Jesus. A él está legado el dominio del universo, de él dependen los destinos de la humanidad. «El cielo le honra porque es un nombre de magestad: la tierra le venera porque es un nombre de salvacion y de triunfo; el infierno le teme porque es un nombre de irresistible poder.» Ved ya esplanada toda la economía de mi discurso. Invoquemos la gracia del que es origen de toda luz y fuente de toda sabiduría, dirigiéndonos al efecto á aquella Virgen pura á quien el celestial Arcángel saludó llena de gracia, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Nada hay en el cielo que escite una veneracion tan profunda, como el nombre augusto de Jesus. Trasladaos en espíritu á aquella region de perpétua bienandanza y de suprema felicidad. Un trono de luz domina sobre los coros de los ángeles, de los arcángeles, de los querubines, de los serafines, de las potestades y de las virtudes. Ante él innumerables espíritus se prosternan reverentes, ancianos venerables hincan su rodilla, animales misteriosos le rodean sin cesar, nubes espesas de oloroso humo se levantan por do quiera, y óyense melodiosos acentos que entonan himnos de gloria, de honor y de victoria al que está sentado en el trono, al que era, al que es y al que ha de ser, porque á él solo se debe el poder, la sabiduría, la for-

taleza, la bendicion por los siglos de los siglos. Tal es la escena que apareció al discipulo amado en la isla de Pathmos, y que con tanta magnificencia pintó en su maravilloso Apocalipsis. ¿Y á quién se dirige tanto honor? ¿Quién es el objeto de semejantes obsequios? ¿Quién arrebató de este modo la atencion de aquella córte del rey de las eternidades? Jesus cuyo nombre ha resonado bajo aquellas augustas bóvedas y vibrado dulcemente en todos los corazones bienaventurados que allí moran; Jesus cuyo nombre ha derramado en la mansion de la inmortalidad el encanto mas indefinible, el gozo mas puro, la dicha mas completa; porque solo él ha podido descifrar el gran problema de la futura reparacion del mundo, abrir los sellos del gran libro de los eternos destinos, y dar solucion al mas impenetrable misterio oculto en los profundos arcanos de la infinita sabiduria.

¡Nombre de magestad! ¡Nombre venerable! Aun no habia salido el universo del informe caos; todavía no se habia realizado la grandiosa idea que encerraba en la mente del Altísimo el tipo de la creacion; solo en el pensamiento del Criador existian esas bellas armonias que desarrolló en tiempo su omnipotente diestra, y ya el nombre de Jesus iba asociado al inmenso plan que habia concebido. Porque en el principio, esto es, antes del tiempo existia el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios: todo fué hecho por él, y sin él nada se hizo (1). Así que en el sistema de la creacion del mundo hallábase envuelta la idea del Mediador inefable que debia reparar sus ruinas, cuyo nombre incomunicable cambiaria por el de Jesus ó Salvador, puesto que en él y por él serian restauradas todas las cosas en el cielo y bajo del cielo (2). Ved pues cómo el nombre de Jesus representa la mas bella imagen de la eternidad y de la inmensidad de Dios! ¡Ved cómo su origen arranca del seno mismo del Ser, y es el principio y el fin de los caminos eternos! Él se encuentra asociado á la magestad, á la grandeza, al poder, á la sabiduria del Altísimo, y es inseparable de todos sus designios con re-

(1) Joan. I. 1 et seq.

(2) Ad Colos. I. 20.

lacion á la humanidad aun antes de criarla. Él es la piedra fundamental del grandioso edificio que se propone levantar, el alma del porvenir, el bello ideal del hombre que ha de llevar impresa en su organizacion la semejanza divina; pertenece á la eternidad y al tiempo; abarca lo pasado, lo presente y el porvenir; preexiste al desenvolvimiento de los pensamientos de Dios; vive en la esperanza del mundo, y forma la primera página de la historia de los pueblos. Apenas el primer hombre saliera de las manos del artífice supremo, cuando víctima de un momentáneo vértigo se encontró ya su enemigo. Pero el día mismo de su caída lo es á la vez de su reparacion; y el instante que vió correr su primera lágrima, la vió enjugada con la promesa de un libertador. Desde entonces el nombre de Jesus prometido á la raza desheredada, aunque envuelto entre misteriosos símbolos, léese donde quiera escrito con caracteres indelebles, atraviesa las edades, es trasmitido de generacion en generacion, y aun al perderse en las tinieblas del paganismo, encarna, por decirlo así, en todos sus mitos, entra á formar una parte esencialísima de sus teogonias, mézclase en sus historias, se hace familiar en sus leyendas populares, penetra en su poesía, y hasta en su legislacion y en su culto.

Entre tanto en el cielo ese nombre magestuoso recibe los honores debidos á aquel en quien están simbolizadas las mas bellas ideas, puesto que Jesus ha de llamarse un día el Cordero dominador que desde el origen del mundo se ha inmolado por su felicidad; Jesus se ha de denominar el Unigénito de Dios destinado á ser el lazo de reconciliacion entre la humanidad y la divinidad; Jesus ha de ser el que mediante un admirable consorcio de estas dos naturalezas, hará desaparecer la inmensa distancia que separa lo finito de lo infinito; Jesus en fin el que con la efusion de su sangre divina ha de rescatar al linage de Adan y rehabilitarle completamente, devolviéndole lo que en el paraíso perdiera, y franqueándole las puertas de la inmortalidad. No hay pues un nombre que en el cielo se pronuncie con mas veneracion, que escite en sus moradores un éstasis mas indefinible, que mas regocije á los ángeles, que mas profundamente adoren los coros seráficos, que mayor delicia proporcione al

eterno Padre, puesto que en Jesus vé la mas completa vindicacion de su honra ultrajada, la satisfaccion de su justicia ofendida, la compensacion de su gloria amancillada, la indemnizacion de su soberanía menospreciada, y el reconocimiento solemne de todos los atributos de su divinidad indignamente olvidados por el hombre culpable. Tal es el nombre de Jesus con relacion al cielo: nombre de magestad digno del mas alto honor.

La tierra venera en él un nombre de salvacion y de triunfo. Todo venia anunciando al Mesias prometido al universo, y éste se apresura á cumplir su destino y á preparar el camino al nuevo conquistador. Los profetas habian vaticinado todos los caractéres de su reinado. Todo el Evangelio se encuentra anticipadamente reasumido en los vaticinios de los videntes. El Angel del testamento, el Consejero de Dios, el Pontífice de los bienes futuros, el Padre de los siglos por venir, el Príncipe de la paz, el Rey manso y dulce se halla pintado en los libros proféticos con los mas vivos coloridos. Los acontecimientos ruidosos de los pueblos no hacen sino anunciar el poder, la gloria, las conquistas del que está llamado á levantar su imperio sobre las ruinas de todos los demas. A medida que la gran figura del Salvador toma mayores proporciones y avanza en su carrera, todo se mancomuna para disponer su entrada triunfal en el mundo. Si los hijos de la nacion escogida son llevados cautivos á un suelo extranjero, é Israel permanece separado de Judá en las orillas del Eufrates, es para que comuniquen á sus duros señores sus mismas esperanzas, y lleven hasta las estremidades de la tierra las promesas de Jesus. Si Dios nombra á Ciro antes de nacer, arma su robusto brazo, le destina á ser el restaurador del culto de sus padres, y bajo sus auspicios humilla la soberbia de los tiranos y hace que Judá torne á habitar su suelo natal, es para acercarle á aquellas dichosas regiones en que van á formarse las grandes monarquías que sometidas á Jesus harán célebre su nombre en todo el globo. Si el invencible Alejandro entra en el gran camino que le trazára Daniel, recorre los reinos, avasalla las provincias, penetra en la Grecia, invade el Egipto y hace enmudecer la tierra ante sus victorias, no es sino para que difundiendo por do quiera el lenguaje y los oráculos

del pueblo judío, anuncie á las naciones conquistadas los días de salvación y de gracia que ha de traer el nombre de Jesús. Por último, ved ese imperio de hierro que surge de entre los escombros de todos los tronos reducidos á cenizas. No sin un sábio designio permite el cielo que los judíos ora aliados, ora enemigos de las águilas romanas sean por último devorados por ese colosal dragón, y dispersos por toda la redondez de la tierra. Ellos atraerán la atención de todos los países hácia sus profecías, y con su misma obstinación darán un testimonio auténtico de la gloria de Jesús, cuyo nombre llevarán do quiera junto con sus recuerdos y esperanzas. ¡Oh inescrutables designios de la divina Providencia! De este modo combinaba los sucesos del antiguo mundo para dar á conocer de antemano los triunfos de aquel nombre augusto y venerable que trasladado á todos los idiomas, debía ser pronunciado un día con general entusiasmo hasta en los climas mas apartados é incultos. Los señores del Egipto y de la Siria, los reyes de Persia y de Media, los héroes de Grecia y de Roma, los Ciro, los Asneros, los Alejandro, los Césares, todos sin saberlo no hacían mas que prestar su brazo á Jesús, no combatían mas que por facilitar el nuevo imperio de Jesús, ni triunfaban sino para llenar la tierra del ruido del nombre de Jesús. Jesús no había nacido, y ya era el Dios de las batallas, decidía de la suerte de las naciones, y tenía en sus manos la elevación ó la ruina de los reinos.

Nace en fin en la plenitud de los tiempos, y su nombre adquiere una celebridad sin semejante en los fastos de la historia. Apenas es dado á luz por una virgen pobre y en un humilde establo, los ángeles rodean su pesebre y entonan himnos de gloria al hijo del Altísimo; los monarcas corren desde los confines de Oriente para adorar al que les ha sido designado por una estrella milagrosa; los sábios le ofrecen dones y le tributan vasallaje. Bajo el cuchillo de la Circuncisión recibe por último aquel nombre que un celeste mensajero hábale dado antes de ser concebido en el seno virginal de María; y aunque débil y desvalido infante, hace temblar á los tiranos que sienten vacilar su trono usurpado á la simple noticia de que ha nacido en Belén de Judá el Mesías llamado Jesús. Contempladle despues

cuando al cabo de treinta años de una vida oscura é ignorada se presenta á la vista de aquel pueblo que le ha desconocido y negado sus homenajes. Al nombre de Jesus queda atónita y pasmada la naturaleza entera. Los enfermos sanan, los sepulcros se abren, y la muerte queda vencida y abandona sus víctimas. El cielo, la tierra, el mar, la noche, el día, los vientos, las lluvias, solo esperan oír el nombre de Jesus para obedecer sus órdenes. Basta pronunciarle para que los ojos del ciego reciban la luz, los miembros del paráltico adquieran soltura y movimiento, los pies del tullido corran veloces como los del ciervo, y los cadáveres hediondos se levanten del féretro. Los apóstoles no necesitan para obrar los mas brillantes prodigios mas que invocar el nombre de Jesus. A su eco los panes se multiplican para saciar las hambrientas turbas, las olas se afirman y consolidan bajo sus plantas, la tempestad se calma y sucede la bonanza. Do quiera el nombre de Jesus desarrolla un poder que solo pertenece á un Hombre-Dios. El mundo lo reconoce á despecho de sus antiguas preocupaciones, y se apresura á adorarle con el mas profundo acatamiento.

Llega un dia en que un gobernador romano hace escribir sobre el madero de la Cruz el nombre de Jesus Nazareno, rey de los judios. Y ¡qué revolucion tan sorprendente y universal se opera en el universo! En vano un furor frenético ha clavado en ella al Salvador prometido. Ese nombre de poder y de triunfo desconcierta los proyectos de aquella nacion ciega que ha condenado al justo. Por demas es que intente ahogar el grito de la verdad que proclama en todas partes las grandezas de Jesus; poco es que prohíba bajo severas penas el hablar y predicar en nombre de Jesus. Sus esfuerzos no hacen sino manifestar mas visiblemente que á ese nombre están ligados los destinos de la humanidad. La Sinagoga tiembla al oírle, los doctores y ancianos no pueden sufrir la vergüenza de su derrota. Jerusalem oye mal que la pese publicar á voz en grito que no hay otro nombre mas que el de Jesus que pueda dar la vida y la salvacion. Roma, Atenas, los génios del Liceo y del Pórtico se asombran al presenciar los portentos que donde quiera obra. Todo lo penetra, todo lo invade, todo lo somete á su imperio. Aquí se ven

desaparecer las antiguas escuelas filosóficas con sus errores y lastimosas ilusiones; allí se ven caer los templos idólatras, finalizar los sacrificios inhumanos, y surgir de entre sus ruinas el culto puro y santo del Evangelio; mas allá se ven multitud de apóstoles y mártires que llevados los unos en alas de su celo propagan por toda la tierra la religion y la doctrina de Jesus, y animados los otros de un fervor heróico sacrifican unas vidas inocentes é inmaculadas en defensa de su nombre y de su divinidad. A través de rios de sangre, por entre siglos de persecucion y de muerte el nombre de Jesus asalta finalmente el mismo Capitolio, se introduce en los palacios de los Césares, marcha con sus águilas á todos los paises conquistados, lleva sus victorias á todos los climas, cambia las costumbres, dulcifica los hábitos, crea nuevos pueblos y renueva la faz del universo. Las conquistas del nombre de Jesus no tienen límites. Salva inmensas distancias, atraviesa mares desconocidos, corre en busca de un hemisferio donde no ha penetrado ningun conquistador, obra prodigios inauditos, y deja por do quiera una huella luminosa y trofeos mil de su irresistible poderío. ¿No veis como al nombre de Jesus el salvaje abandona sus bósques, el antropófago se humaniza, el habitante de las selvas corre á saludar el estandarte de la redencion que aparece en las eternas soledades del trópico llevado por los héroes del Calvario? ¿No veis cómo al nombre de Jesus se fundan poblaciones, nacen monarquías, surgen imperios, y se asocian los hombres allí donde antes no habia sociedad, ni leyes, ni lazos comunes, ni deberes recíprocos, sino aislamiento, ferocidad, instintos brutales y el derecho de la fuerza animal? ¿No veis como el nombre de Jesus resuena de uno á otro mar y en ambos confines del globo, y lleva consigo la civilizacion, las artes, la industria, el bienestar, la paz y la dicha de unos seres degradados sin esperanzas ni porvenir? ¿No veis?... Pero ¿á qué reproducir hechos que consignados en las páginas de la historia son visibles á todos cuantos no se empeñan en cerrar voluntariamente los ojos á la luz? Bástenos saber que hoy dia ya no hay pueblo alguno, ni sociedad, ni reino, ni rincon casi del globo en donde el nombre de Jesus no sea venerado; porque él ha precedido á todas las grandes concepciones del génio,

ha figurado al frente de las colosales empresas del valor, ha marchado delante de todos los proyectos gigantescos de la ciencia, ha inspirado las sublimes ideas del arte, ha asistido á los funerales de las antiguas dinastías y á la creacion de las nuevas, y debe sobrevivir á la destruccion de todo lo existente. Las escuelas mas enemigas del catolicismo no pueden menos de pronunciar reverentes el nombre de Jesus; las sectas mas separadas del centro de la unidad honran y acatan el nombre de Jesus; las inteligencias mas extravaiadas que no cesan de hacer guerra al Evangelio jamás se atreven á manchar el nombre de Jesus; la impiedad mas sistemática y enconosa, nunca ha negado un tributo de entusiasmo al nombre de Jesus. En suma, en todos los dialectos, en todos los idiomas se escribe el nombre de Jesus, y ha llegado ya á hacerse popular hasta en las poblaciones recientemente visitadas por nuestros heroicos misioneros.

¿Cómo pues no ha de temblar el infierno ese nombre de irresistible poder? Pocas palabras bastarán para demostrar este último miembro de mi proposicion. Lo dicho hasta aquí es suficiente para convencerse de que ese nombre augusto dado por Dios á su unigénito fué el que derrocó el imperio de Satanás que desde el pecado del primer hombre venia avasallando á toda la humanidad bajo su funesto cetro. Donde quiera el demonio tenia templos, altares, sacrificadores y víctimas. En todas partes se quemaban inciensos, se hacian ofrendas, y se daba culto al que bajo la forma de una serpiente habia seducido al primer hombre y puesto á toda su raza en enemistad perpétua con la divinidad. Pero apareció en la tierra Jesus de Nazareth, y al oír su nombre estremeciósse el abismo, retemblaron las cavernas infernales, llenáronse de espanto los príncipes de las tinieblas porque conocieron que habia finalizado su reino. Y en efecto, ¡ved cómo desde el instante en que el hijo de María nace en el pesebre, el infierno comienza á ver caer sus aras y á desmoronarse aquel imperio que él creyó indestructible! ¡Ved cómo con solo oír pronunciar el nombre de Jesus abandonan los espíritus infernales los cuerpos de los poseidos, y huyen á ocultar en el abismo la vergüenza de su derrota! ¡Ved cómo donde quiera que los disci-

pulos del Salvador llevan ese nombre adorable los falsos oráculos quedan desmentidos, abolidas las prácticas supersticiosas, y destruidos los ritos profanos inspirados por el génio del mal! ¡Ved en suma cómo en proporción que el nombre de Jesus es conocido en todos los países, y á medida que el estandarte de la Cruz vá haciendo nuevas conquistas, se hace mas visible la decadencia de aquel imperio rival que osára disputarle su soberanía! ¿Quién ha domeñado la pujanza del fuerte armado que insultaba en su desgracia al infortunado mortal víctima de su despótica tiranía? El nombre de Jesus enseña de libertad y de victoria. ¿Quién ha reducido á la impotencia al dragón infernal que amenazaba tragar al universo con sus horrendas fauces? El nombre de Jesus, simbolo de poder y de fuerza. ¿Quién derrama el terror y el espanto en las tenebrosas moradas del llanto perdurable? El nombre de Jesus, signo de vida y de inmortalidad.

Así, pues, queda demostrado con cuánta razon dijo el Apóstol que por haberse resignado Jesus á las órdenes de su eterno Padre, y aceptado obediente la muerte de Cruz, recibió un nombre que escede á todo nombre; nombre de majestad que es honrado en el cielo; nombre de triunfo y de salvacion que es venerado en la tierra; nombre de irresistible poder que hace estremecer al infierno, ante quien toda rodilla se inclina, toda cerviz se humilla, todo imperio cede, y toda lengua proclama su gloria. *Deus dedit illi nomen, quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur cælestium, terrestrium et infernorum, et omnis lingua confiteatur quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.*

¡Oh Jesus adorabilísimo! Sea tambien para nosotros vuestro nombre un nombre de majestad que nos inspire la veneracion mas profunda y respetuosa, á fin de que jamás le profanemos con nuestras palabras ó acciones; un nombre de triunfo que nos haga vencer todos nuestros vicios, dominar nuestras inclinaciones desordenadas, enfrenar nuestros torpes apetitos, y sacrificar nuestros inmoderados afectos; un nombre de poder que nos infunda un temor saludable de ofenderos y nos aparte de todos los peligros de incurrir en vuestra desgracia. Jamás le pronuncien nuestros lábios sino para honrarle; nunca salga de nuestra boca sino para bendecirle, ni una sola vez

le escuchen nuestros oídos sin que le tributemos nuestras mas sinceras adoraciones. Que el nombre de Jesus forme nuestra mayor delicia, el objeto de nuestro mas puro amor, nuestra mas sólida esperanza en la tierra, á fin de que un dia en las mansiones celestiales sea nuestro gozo perdurable, nuestro eterno éxtasis, nuestra única dicha, y nuestra eterna gloria.

DISCURSO II

PARA EL DIA DEL DULCE NOMBRE DE JESUS.

EL NOMBRE DE JESUS ES UN NOMBRE DE MISERICORDIA QUE TODOS INVOCAN CON CONFIANZA; UN NOMBRE DE CONSUELO QUE NADIE PRONUNCIA SIN ESPERIMENTAR EL ALIVIO DE SUS DESGRACIAS; UN NOMBRE DE DULZURA QUE DERRAMA DONDE QUIERA LA MAS BELLA PAZ.

Nec enim aliud nomen est sub cælo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

No se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual podamos salvarnos.

ACT. IV. 12.

¡Qué desgraciado era el mundo antes del advenimiento del Reparador deseado! ¡Qué tristes se deslizaban los días del malhadado hijo de Adán sobre una tierra maldecida que no le producía mas que espinas y abrojos, sinsabores y disgustos, temores y presentimientos funestos! ¡Con qué trabajo arrastraba su mísera existencia la posteridad de aquel padre desobediente, siempre temblando como el vil esclavo bajo el azote de su duro señor! Verdad es que desde el día mismo de su caída llevó consigo la esperanza de su rehabilitación; cierto que en el mismo sitio en que perdió junto con el tesoro de la inocencia los derechos á la inmortalidad, recibió la prenda mas preciosa de su rescate de los lábios de su inefable y misericordioso Criador. Pero ¡ay! ¡qué de siglos debían transcurrir antes que aquellas esperanzas se realizasen y tuviesen cumplido efecto estas promesas! ¡Cuántas generaciones debían desaparecer, cuántos imperios debían nacer y morir, cuántas revoluciones debían experimentar los

pueblos, por cuántas vicisitudes debia pasar la humanidad antes que llegase el dia suspirado de la redencion anunciada en el paraíso!

Hallábase ésta vinculada á un nombre célebre, y el personaje á quien debia darse aunque en la eternidad existia ya en el seno del Padre, no debia manifestarse al mundo sino en la plenitud de los tiempos, despues de cuatro mil años de suspiros, de lágrimas, de deseos y de una espectacion universal. Este nombre era Jesus, único debajo del cielo en quien y por quien podia conseguir su salvacion la estirpe desheredada de Adan: *Non est aliud nomen sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri*. Muchos salvadores suscitára el cielo de entre los justos de su escogido pueblo; no pocos caudillos habian conducido á Israel á la victoria contra las tribus enemigas; pero ninguno de ellos era el llamado á realizar el gran designio que Jehová se propusiera con relacion al humano linage. Moisés pudo muy bien llamarse salvador, porque supo quebrantar el ominoso yugo que los tiranos de Egipto hacian pesar sobre aquel pueblo humillado é inerme; Josué pudo merecer ese mismo titulo porque acaudillando cohortes aguerridas abatió la pujanza de Amalec y de otras naciones incircuncisas. Sanson, Jephthé y otros héroes del antiguo Testamento no fueron menos acreedores á ese honroso dictado por haber defendido con denuedo los derechos de la nacion Santa, y peleado valerosamente por conservar sus gloriosas tradiciones. Mas no eran sino las cadenas de la esclavitud material las que estos genios rompieron con su valor y bizzarria. Los hierros de la servidumbre moral subsistian siempre: ella se trasmitia de padres á hijos, era hereditaria en todas las generaciones, y no habia poder humano bastante á dominar esta desgracia y á borrar ese estigma ignominioso que se leia en todas las frentes marcado por el dedo mismo de Dios.

— ¡Oh Jesus hijo de David! Apiádate de un mundo que en tan triste situacion solo de tí espera su dicha y su salvacion. Ven á hacer pedazos la fatal coyunda que el pecado de un solo hombre arrojó sobre los cuellos de todos sus descendientes. En tí como en la estrella polar tienen fijos sus ojos cuantos en este inmenso océano de miserias y desventuras vagan trabajosamente para evitar el naufragio. Hartos

justos han descendido á la oscuridad del sepulcro consagrándote su postrimer suspiro; hartos reyes han llevado á la tumba sus defraudadas esperanzas, y todavia desde el seno de Abraham te dirijen sus fervientes votos.

En efecto: el Hombre-Dios se deja ver en la tierra: le es impuesto el nombre de Jesus en su dolorosa Circuncision; y este nombre de salvacion y de ventura realiza las dilatadas esperanzas de la humanidad. En Jesus halla el desgraciado mortal la prenda mas segura de su positiva dicha; en Jesus está envuelta la idea de la reconciliacion del hombre con su Dios; en Jesus recibe este la segura garantía de su porvenir; con Jesus, en fin, aparece la aurora de aquel bello dia que ha de ahuyentar las tinieblas del error, y hacer brillar sobre el Oriente el eterno sol de justicia que cambiara la faz del universo. Desde entonces el nombre de Jesus es «un nombre de misericordia que todos invocan con confianza, un nombre de consuelo que nadie pronuncia sin experimentar el alivio de sus desgracias, un nombre de dulzura que donde quiera derrama la mas bella paz.» Tres caracteres que van á proporcionarme el asunto de mi discurso, y de vuestra atencion, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

La justicia de Dios venia reinando en el mundo desde el dia funesto de la transgresion de nuestro primer padre. De la tierra subian sin cesar al cielo gritos de venganza y de cólera. El Eterno, armado del alfanje esterminador hacia sentir sobre los culpables hijos de ira sus redoblados golpes. Inútiles eran los sacrificios, infructuosas las ofrendas, ineficaces las plegarias para desarmar el brazo robusto de Jehová. Con la inocencia habian desaparecido todos los derechos que el hombre pudiera invocar en su favor para obtener la clemencia y la compasion. No le quedaba mas recurso que inclinar su cerviz y resignarse á sufrir las consecuencias de su

desgracia. ¡Padre criminal! ¡Qué legado tan triste dejaste á tu misera descendencia! Eramos hijos de Dios, y nos arrancaste esa adopcion gloriosa que hacia nuestra dicha y constituia la prenda de nuestra ventura. Llevábamos marcada la semblanza perfecta del que nos crió, y nos diste en cambio el sello ignominioso de Lucifer. Estábamos llamados á una dicha sin término, y nos hallamos instantáneamente hechos unos objetos de reprobacion y de anatema. Con tu sangre nos inoculaste el veneno que corroe nuestras entrañas, los dolores que nos afligen, los trabajos que nos abaten, las pasiones que nos ciegan, los errores que nos estravian, los vicios que nos corrompen, los remordimientos que nos punzan, las inclinaciones desordenadas que nos envilecen, el pecado, en fin, que nos coloca en una perpétua rebelion con el cielo. Nuestro presente no nos ofrece mas que contradicciones y peligros, y una sucesion siempre renaciente de males que no podemos dominar. Nuestro porvenir se muestra nublado, sombrío y amenazador, preñado de temores, exento de esperanzas. Sentimos nuestro infortunio, y nos hallamos impotentes para remediarlo; conocemos el fondo de nuestra desdicha, y no podemos hacer mas que llorarla. Tal es la imágen del hombre colocado bajo la accion de la divina justicia á consecuencia de la culpa. ¡Situacion cruel! ¡Desventura sin igual!

Mas ¡qué digo! ¿Me he olvidado por ventura de que tenemos un Mediador infinitamente santo que sin cesar interpone sus ruegos y su sangre ante el trono de Dios en favor de la humanidad desgraciada? ¿No tenemos á Jesus á quien su eterno Padre constituyó heredero universal de todas las cosas, nuestro abogado poderoso, nuestra fianza de inapreciable valor, nuestro tesoro inagotable, para pagar las deudas que contragimos pecando? ¿Qué es pues lo que nos aflige? ¿Qué es lo que nos intimida? ¡Oh! no: respiremos y demos lugar en nuestros corazones á ideas mas consoladoras. Pronunciemos el nombre de Jesus, y esto nos bastará para ahuyentar nuestra desconfianza y sentir renacer en nuestros espíritus una nueva vida. El nombre de Jesus nos recuerda que cuando todo en torno nuestro conspiraba á perdernos en el eterno abismo de la desesperacion, porque nuestros ojos no apercebían do quiera mas que la sombra ater-

radora de la espada del Dios vengador, el Verbo humanado realizó una alianza prodigiosa en virtud de la cual la justicia cedió sus derechos á la misericordia; la paz se unió en maravilloso maridaje con la verdad, y los extremos que parecían irreconciliables tocáronse y se estrecharon con nudos eternos é indisolubles. El nombre de Jesus nos dice que el Unigénito de Dios haciéndose hombre, hizose al propio tiempo víctima de propiciacion que restauró lo visible y lo invisible, reconcilió con su muerte la tierra y el cielo, borró el decreto de anatema que pesaba sobre el mundo, despedazó los hierros de la servidumbre moral en que gemia la humanidad, y de un pueblo maldito, desheredado, y destinado á vivir sin consuelo y á morir sin esperanza, hizo un pueblo bendito, y objeto de las complacencias del Señor. El nombre de Jesus nos pone delante la realidad del nuevo Abel cuya sangre está hablando de continuo al corazon de su Padre para abrirnos el tesoro de sus piedades y franquearnos las riquezas de sus gracias. Todo lo tenemos en Jesus y por Jesus. Con él nos dió Dios todas las cosas, y sin él nada habria que pudiese animarnos en esta tierra de quebranto y de afliccion.

¿Cómo no ha de inspirar la mas firme confianza ese nombre que tantos y tan bellos recuerdos encierra? ¿Qué hombre por criminal que sea no sentirá latir su corazon y derramarse en él el aliento y la esperanza al pronunciar un nombre que reasume todos los títulos de rehabilitacion y de adopcion que han reemplazado á los vergonzosos títulos de maldicion y de servidumbre que heredó de un padre criminal? ¡Hombres profanos, comprended este lenguaje! ¡Ah! ¿Nada hay que interese vuestro corazon mas que la opulencia del oro, el fausto de la ostentacion, el brillo de la gloria mundanal, el esplendor de una alta reputacion, la posesion en fin de esos bienes efimeros que deseados turban la paz, poseidos punzan el alma, perdidos amargan la existencia sin que jamás llenen el inmenso vacío del corazon? ¡Qué menguadas son vuestras ideas! ¡Qué mezquinas vuestras aspiraciones! ¡Qué pobres vuestras miras! ¡Y vuestra ambicion qué baja é innoble! Otras riquezas mas positivas, otros bienes mas verdaderos, otra gloria mas real y efectiva encuentro yo en el nombre de Jesus. Con él poseo esa gracia que haciendo sobreabundar en

mi la justicia que me eleva hácia el cielo, sirve de contrapeso al pecado que me inclina hácia la tierra. Con él obtengo esa proteccion que no se compra con serviles adulaciones ni con bajas complacencias, en virtud de la cual me hallo libre del terror que me infundia la cólera de un Dios irritado. Con él adquiero las virtudes que me ennoblecen, la inocencia que me justifica, la pureza de corazon, el imperio sobre las pasiones, y la herencia de la inmortalidad. Cuando abrumado con el peso de mis remordimientos no oso levantar los ojos á aquella patria bienaventurada de que me arrojaran mis crímenes, si acaso oigo pronunciar el nombre de Jesus, en el instante siento correr por mis venas el dulce bálsamo de la esperanza. Paréceme escuchar la voz del Salvador que me dice: «Lanza el temor: héme aquí dispuesto á perdonar tus extravíos y á sepultar para siempre en el olvido tus pasados escesos, toda vez que procures borrarlos con tu arrepentimiento. Yo soy el que vencí en la Cruz el imperio del pecado: yo la llave misteriosa que abre las puertas de la eterna dicha á los desterrados hijos del primer prevaricador; yo el Cordero sin tacha que sacrificándome por un mundo réprobo, le devolví el legado precioso que no supo conservar. Mis sufrimientos, mi muerte, mi sangre, todo te lo ofrezco como garantía de tu salvacion.» Abrid pues los ojos, pecadores, y reconoced en Jesus vuestro verdadero protector, vuestro seguro asilo, la fuente de vuestra dicha, y la prenda de una misericordia que todos obtienen, invocando ese nombre augusto con cordial confianza.

Tambien es un nombre de consuelo que nadie pronuncia sin esperar el alivio de sus desgracias. ¿Qué es la vida del hombre en la tierra? ¿Cuál es la suerte que cabe por lo general á todos los mortales en este valle de miserias? Tinieblas que le ofuscan, preocupaciones que le dominan, ilusiones que le engañan, errores que le fascinan, disgustos que le entristecen, cuidados que le consumen, celos que le desvelan, temores que le desgarran, rivales que le acechan, enemigos que le persiguen, amigos que le venden, adversidades que le abaten, reveses que le agobian, pobreza que le aflige, en una palabra, nacer en el dolor, vivir en la inquietud, morir receloso por lo pasado é incierto por el porvenir: tal es la condicion

del hombre por su naturaleza. Pero en Jesus y por Jesus todo cambia, todo se modifica, todo se perfecciona. Sobre las ruinas del hombre mortal, elevase el hombre inmortal. Dios reina en el hombre, y el hombre reina sobre sí mismo. Apoyado en Jesus, esa vida que se desliza tan rápida en medio de crueles desgracias y de inevitables infortunios, no es mas que el boceto, la preparacion, el tránsito á otra mejor cuya duracion no se mide por los años, ni se computa por el tiempo. El sepulcro no es para el discípulo sino lo que fué para el maestro, el pasaje á una inmortalidad dichosa. Jesus vela de continuo sobre los suyos que habitan esta tierra de destierro, los protege desde el cielo, los sostiene en los peligros, los fortalece en su debilidad, los alienta en su desesperacion, y los muestra en lontananza el término de sus fatigas.

Ved por qué el nombre de Jesus es el gran testimonio que toda alma cristiana dá incesantemente en sus lances mas apurados y en sus horas de mayor angustia, de la seguridad que le inspira la bondad de ese divino consolador de todos los males que afligen la existencia del mortal en la tierra. En el nombre de Jesus se reunen todos los desgraciados á la hora de la plegaria en torno del altar á pedir al cielo el remedio de sus necesidades y el alivio de sus dolencias. En el nombre de Jesus invoca de puerta en puerta el pordiosero el pedazo de pan que moja con su llanto. En el nombre de Jesus levanta al cielo sus manos la virtuosa madre para implorar en favor del tierno fruto de su amor una salud que ella prefiere á su propia vida. En el nombre de Jesus demanda á Dios justicia el infortunado que víctima de una calumnia atroz ó de una vil venganza, se vé reducido á la mas angustiada situacion sin tener quien le escuche y proteja. A Jesus invoca el cautivo agobiado bajo el yugo de la tirania, lejos del suelo que le vió nacer; á Jesus clama el encarcelado desde la oscuridad de su calabozo privado de los mas caros objetos de su corazon; á Jesus llama el náufrago luchando con la agonía de la muerte y consagrando sus postrimeros recuerdos á unos seres queridos que no debe tornar á ver en el mundo. Jesus, esclama tal vez sin advertirlo y por un sentimiento que brota espontáneamente del corazon humano, el afligido en sus mas tristes momentos, el enfer-

mo en su lecho de dolor, el indigente en su mas cruel necesidad, el huérfano en su mayor aislamiento, el padre de familia en sus mas sensibles apuros. No hay lengua que en momentos de subitáneo terror ó de imprevista calamidad no exhale este grito: ¡Jesus! Ningun otro suspiro es tan comun, tan obvio, tan natural, porque no hay palabra que encuentre mayores simpatías en el corazon, que mas consuelo derrame en el alma, que mas aliento infunda, que mas positivas ventajas proporcione.

Si posible nos fuese reunir en un solo haz las desgracias que han sido remediadas, los infortunios que han visto su término, las dolencias que se han aliviado, los peligros que se han ahuyentado, los males en fin de todo género que han hallado eficaz remedio mediante la invocacion del nombre de Jesus, asombraríamos ver cuántos prodigios ha obrado en todos tiempos en el órden material y moral. ¡Qué de personas le son deudas de la vida que disfrutaron! ¡Qué de criminales consiguieron por él el entrar de nuevo en el camino de la virtud! ¡Qué de génius aviesos é incorregibles se convirtieron á las sendas del deber! Aquí es un desventurado que no pudiendo soportar sin el apoyo de una religion que le era indiferente el peso de una existencia enojosa, al ir á poner término á sus dias con el puñal suicida, invocó tal vez maquinalmente el nombre de Jesus; y este eco, inspirándole ideas mas cristianas, desarmó su brazo y le impidió cometer un crimen horrendo. Allí es un libertino que engolfado en sus infames placeres insultaba descaradamente la virtud, despreciaba con cinismo todo deber, hollaba sin pudor cuanto hay de mas sagrado y respetable: pero el nombre de Jesus oido en un momento feliz iluminó su inteligencia con un rayo de luz celestial, creó en su alma sentimientos que hasta entonces no experimentara, y le dispuso á emprender una vida mas morigerada y conforme con los principios evangélicos. Mas allá.... Pero ¿á qué intentar lo que es imposible conseguir? ¿Quién podria enumerar las maravillas obradas en virtud de ese nombre consolador? Donde quiera abundan los testimonios mas brillantes de esta verdad: en todas partes existen monumentos inequívocos de su eficacia para ahuyentar todas las desgracias, remediar todos los conflictos y remover todos los obstáculos

que se oponen á nuestra dicha. En el abatimiento nos eleva, en la tristeza nos calma; en el temor nos alienta, en los trances peligrosos nos dá fortaleza y valor; con él nuestras dudas se esclarecen, nuestras vacilaciones cesan, desaparece nuestra indecision, y nuestros turbados sentidos encuentran la luz en medio de las tinieblas que los rodean. ¡Con cuánta razon esclámaba San Agustin: «Triste es, oh Jesus la vida, cuando se considera la innumerable multitud de miserias de que está sembrada: pero vuestro nombre es un contrapeso eficaz y poderoso que las hace soportables: él endulza todas sus amarguras, suaviza toda su dureza, neutraliza su crueldad, y hace olvidar cuanto en el siglo hay de ingrato y repugnante:» *Amarum est sæculum; sed dulce est nomen tuum* (1).

Nombre de dulzura que donde quiera derrama la mas bella paz: Tercer carácter del nombre de Jesus. Bajo sus auspicios entramos en la carrera de la vida, y con él termina nuestra peregrinacion sobre la tierra. Él nos saluda en la infancia apenas abrimos los ojos á la luz de este mundo, y él nos acompaña hasta las lindes de la eternidad. Él es el primer suspiro que oímos, el primer eco que se mezcla á nuestras lágrimas en el maternal regazo, y el último grito que en nuestros oidos resuena y pronuncian nuestros moribundos lábios en el borde del sepulcro. Durante el curso de nuestra vida, «él es,» dice San Bernardo, semejante al nombre del esposo de los cánticos, un aceite que derramado en el corazon hace fluir en él la union mas suave y deliciosa. La lengua encuentra en él la miel mas exquisita; el oido la melodía mas armoniosa; el alma amante la alegría mas inocente y pura. Es luz, alimento y medicina. ¿Quién no se siente fortalecido al recordarle? ¿Quién al pronunciarle no experimenta el mas indefinible éxtasis? ¿Qué otra cosa hay que como él repare las quiebras del pecado, fomenta las buenas costumbres, cree afecciones honestas, y produzca virtudes heróicas? Inspido es todo alimento para mi alma sino está condimentado con esta sal. Si escribo, nada me agrada como no lea allí Jesus; si disputo, nada encuentro que me convenza como no me suene el nombre de Jesus.

(1) S. August. in Psalm. 54.

»Si estoy triste, nada devuelve á mi pecho el gozo sino el nombre
»de Jesus. En los días tenebrosos, en los momentos de amargura,
»en las grandes aflicciones; ¿en dónde colocará el hombre sus es-
»peranzas? ¿A dónde irá á buscar la paz que huyó de su alma?
»¡Oh! En esos instantes críticos, páse del corazon á vuestros labios
»el nombre de Jesus, y vereis suceder días de bonanza y de calma
»á los días mas inquietos y turbulentos (1).»

No es menos dulce y encantador el nombre de Jesus para el hom-
bre llegado al término de su peregrinacion. Allí cuando luchando en
una cruel agonía entre el tiempo y la eternidad, eclipsados ya
sus ojos, muda su lengua, yertos sus miembros, y esperando el
golpe que vá á cortar el hilo imperceptible de que está pendiente
su vida, el ministro de paz repite sin cesar á sus oidos: Jesus te
acompañe, Jesus te reciba en su seno, Jesus te salve, Jesus sea tu
recompensa; no hay duda que esta invocacion poderosa para ahu-
yentar las malas sugerencias, eficazísima para desarmar el poder de
los espíritus malignos, hará renacer en el alma del cristiano la
confianza, el aliento y el deseo de unirse á aquel que debe formar
su eterna felicidad. En vano el infierno intentará arrebatár aquella
víctima que libertó Jesus ó hizo suya con su sangre. En vano traba-
jará por sembrar en el corazon del moribundo la desesperacion ó la
desconfianza. En el nombre de Jesus triunfará de todos los ardidés
del demonio, y desconcertará sus planes. En el nombre de Jesus des-
preciará sus ilusiones y amenazas; en el nombre de Jesus esperará
tranquilo el momento decisivo de su suerte; en el nombre de Jesus
saldrá de este mundo para trasladarse á los amorosos brazos de su
Salvador, y recibir la recompensa de su virtud.

(1) S. Bern. Serm. 45 super cantica. Un piadoso y sábio escritor rea-
sume este bello pasaje de San Bernardo en los siguientes dísticos:

«O Jesu! O natum nostra ad solatia Nomen!»

«Tu mel in ore sapis, Carmen in aure sonas.»

«Tu menti lux es, tu cordi sancta voluptas,»

«Toti animæ Nectar, Ambrosius que cibus.»

«Si tantas habet illecebras vel Nominis umbra,»

«Res ipsa in celo gandia quanta dabit!»

Concluyamos, M. A. O., con una reflexion importantísima. No basta pronunciar ese nombre de misericordia que todos repiten con confianza; no basta invocar ese nombre de consuelo que nadie invocó sin experimentar el alivio de sus desgracias; no basta en fin recurrir á ese nombre de dulzura que do quiera derrama la mas bella paz. ¡ Ah! ¿ De qué nos serviría su simple invocacion, si no naciese de un sentimiento de respeto, de ternura y de amor? ¿ Qué podría aprovecharnos si con un alma sensual, viciosa y culpable nos hiciésemos indignos de experimentar sus maravillosos efectos? No es posible, decia San Agustin, probar las dulzuras del nombre de Jesus sin haber sentido antes su amor. Dadme corazones abrasados de ese divino incendio; dadme almas amantes, y comprenderán lo que digo: *Da amanti, et sentiet quod dico*. ¿ Y en dónde podremos hallarlas? ¡ Oh! El mundo está lleno de corazones fuertemente apasionados por los objetos del tiempo, enamorados de las criaturas, esclavos de un amor profano que les invilece y degrada; y pocos, rarísimos son los que saben apreciar los tesoros de gracia y de salvacion que encierra el nombre de Jesus: *Da amanti, et sentiet quod dico*. Por eso se invoca con indiferencia, se pronuncia sin fé, se repite por costumbre, y de ahí el ningun fruto que produce en la árida tierra de unas almas sofocadas por los abrojos de las pasiones, y estériles para obrar el bien. Pues tiemblen todos los que así obran: tengan presente que despues de un largo abuso de ese nombre santo y adorable durante la vida, tal vez recurran á él en vano en el lecho del dolor, cuando en medio de su agonía confien á su proteccion el resto de sus esperanzas.

No, Jesus amabilísimo, no permitais que jamás invoquemos en vano ese nombre de misericordia, de consuelo y de dulzura. Ni una sola vez le pronuncien nuestros lábios sino para reverenciarle y adorarle. Que el amor anime nuestra lengua, y sea esta la espresion sincera de nuestros interiores sentimientos; puesto que ese nombre augusto es el compendio de nuestra dicha presente y de la ventura que esperamos. En él tenemos la vida de quien jamás triunfó la muerte, el camino que nos conduce al cielo, el manjar que nos alimenta, el descanso que repara nuestras fuerzas, la recompensa de

nuestros sacrificios, y la gloria que nos corona después del combate. Sea pues ese mismo nombre nuestro continuo suspiro, nuestra palabra incesante, nuestra delicia positiva, nuestro exclusivo gozo en el tiempo, á fin de que sea un dia tambien nuestra eterna bienandanza en la mansión de la inmortalidad.

DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

JESUCRISTO EN SU TRANSFIGURACION OSTENTA SU GLORIA Á LOS OJOS DE LOS DISCÍPULOS, PARA MANIFESTAR EN ELLOS Á TODO EL MUNDO SU DIVINIDAD Y SU MAGISTERIO UNIVERSAL.

Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus et ante eos... Et ecce vox de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui: ipsum audite.

Tomó Jesus consigo á Pedro, á Santiago y á Juan su hermano, y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia... Y hé aqui que desde una nube se oyó una voz que decia: Este es mi Hijo querido en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle á él solo.

MATTH. XVII. 4, 5.

EN todos los misterios de la vida de Jesucristo nótase con admiración una circunstancia que los dá un extraordinario realce, y es que todos ellos han sido predichos de antemano y figurados con mas ó menos claridad en los tipos de la antigua ley. Cuando el legislador de los hebreos apareció en la cumbre del Sinai rodeado de una luz sobrenatural, radiante de magestad y de gloria delante del pueblo que él conducía á través del desierto al país prometido á sus padres, no era sino un bosquejo anticipado de la gloria y magestad con que en otro monte debía dejarse ver embellecido el nuevo caudillo del pueblo santo, Jesucristo, á quien estaba reservada la gran mision de conducir á la humanidad por entre los desiertos de la vida

presente á la posesion eterna de la inmortalidad. Y si allí Dios quiso dar al ministerio de aquel hombre un esplendor, una importancia y una sancion bastantes á hacerle respetar como enviado del cielo á regir los destinos del antiguo Israel; aquí tambien plugo al cielo manifestar en toda su magnificencia la divinidad del Unigénito del Padre, á fin de que las humillaciones que debia experimentar su humanidad sacratisima, en nada hiciesen desmerecer la grandeza de aquel que desde la eternidad era el destinado á fijar el porvenir del mundo obrando en él la revolucion mas maravillosa.

Tales fueron los altísimos designios que en la mente de Dios presidieron á la Transfiguracion de Jesucristo, y los fines que en este misterio se propuso con relacion á la humanidad. La gloria del Hijo de Dios habíase visto eclipsada en el establo de Belén, y envuelta entre las aparentes sombras del pecado en su cruenta Circuncision. Si tal vez en su manifestacion á los reyes de Oriente dejárase vislumbrar un momentáneo rayo de la claridad divina á través del trasparente velo que encubria el santuario vivo del Eterno, no tardó en anublarse en su precipitada fuga al pais de Egipto, temeroso de caer en las manos de un tirano sombrío que amenazaba sus preciosos dias. Además, ya entrado en su vida pública, si bien los prodigios que do quiera multiplicaba su poderosa diestra mostraban su procedencia celestial y su divino origen, acercábase empero el tiempo de la prueba, próximos estaban los dias del combate, iba á verse envuelto en una humillacion profunda, rodeado de un abatimiento casi infinito, hollado y denostado como el mas vil de los nacidos, sentenciado á morir como un solemne criminal, y clavado en el leño de los malhechores. Convenia pues prevenir el efecto que estos acontecimientos pudieran hacer en unas almas débiles y sujetas á mil errores lastimosos, afianzar la fé vacilante de aquellos hombres llamados á ser los testigos de sus ignominias bien así como á propagar un dia en el mundo la gloria de su nombre. Y ved porque asociándose tres de sus mas queridos apóstoles, les conduce á la cumbre del Thabor, y transfigurándose en su presencia, les dá á gustar por breves momentos las delicias inefables de su divina esencia, y les trasporta en espiritu á la region de su inmensidad. ¡Qué espectáculo

tan deslumbrador! ¡Qué escena tan indefinible! Las sombras de la humanidad desaparecen. La magestad del Dios de las virtudes desplega toda su brillantez. La ley antigua y la nueva reúnen allí en la persona de Moisés y Elías para sancionar el acto y rendir homenaje al Mesias prometido: y desde una luminosa nube déjase oír distintamente de todos la voz del cielo, que designa á Jesus como el Hijo querido del Padre Eterno y objeto de sus mayores complacencias: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui, ipsum audite.*

Ved aquí M. A. O. descubierta la sábia economía del gran misterio que hoy celebramos. «Jesucristo en su transfiguracion ostenta su gloria á los ojos de los discípulos, para manifestar en ellos á todo el mundo que es verdadero Hijo de Dios, á pesar de las apariencias que le muestran como hijo del hombre, y maestro y legislador único de la humanidad.» A esto está reducido todo el plan de mi discurso. Ayudadme á implorar los auxilios celestiales por la intercesion de la Virgen immaculada á quien el ángel Gabriel saludó con aquellas sublimes palabras:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

«El Señor es conocido en Judea: grande es en Israel su nombre. Fijó su habitacion en la paz y su morada en Sion. Lanzando sus luminosos rayos desde los montes eternos, quedaron conturbados todos los de corazon insensato. Desde el cielo hizo oír su voz; tembló la tierra y quedó llena de asombro (1).» «¿Quién hay en los cielos que pueda igualarse á Dios? ¿Quién entre los hijos de Dios es semejante á él? El Aquilon y el mar tú los criaste: El Thabor y el Hermon saltaron de gozo en tu presencia. Tú digiste: hé aquí á quien elegí para ensalzar su poder en todo el orbe. Él me llamará Padre,

(1) Psalm. LXXV. 1, et seq.

y yo le constituiré mi primogénito y el mas escelso entre los reyes de la tierra. Eternamente le conservaré mi misericordia, y en él perpetuaré mi alianza (1).» Con estas palabras celebraba un dia el rey profeta la magnificencia del Mesias prometido, su divina filiacion, y las grandezas del nuevo pueblo que habia de redimir haciéndole su herencia privilegiada. No parece sino que al pronunciarlas tenia fija su vista en la maravillosa escena que hoy nos recuerda la Iglesia, y asistia á la gloria del Tabor al propio tiempo que vaticinaba las consecuencias de esa transfiguracion prodigiosa. ¿Cuál es en efecto el primer motivo que se propone Jesucristo transfigurándose en presencia de sus apóstoles, sino manifestar la verdad de su divina procedencia, para prevenir los sofismas del error y confundir anticipadamente esas inteligencias protervas, esos corazones incrédulos, que fijándose únicamente en los abatimientos y debilidades del hombre, pretenderian oscurecer y amenguar la magestad y la soberanía del Dios? Observad, dice el padre San Juan Crisóstomo, cuán sábiamente combina el Salvador los sucesos para conseguir los resultados á que su mision se encamina. Todavía resonaban en los oidos de los apóstoles las fatídicas palabras con que acababa de anunciarles sus próximos padecimientos. Habiales hablado de desprecios horribles, de tormentos dolorosos, de crueles martirios, de azotes y de muerte vergonzosa. Habian visto ya en lontananza el Calvario y las agonias que en la Cruz debia experimentar su Maestro. Ellos mismos no tenian otro porvenir en el tiempo que amargas privaciones, persecuciones atroces, calumnias terribles y suplicios sangrientos. ¿Qué podian pensar de quien solo les prometia en cambio de sus sacrificios, esperanzas lejanas que solo debian realizarse en una eternidad incierta? ¿Qué ideas podian formar de quien bien presto iba á sufrir bajo la accion de la humana perfidia los castigos que la justicia decreta al hombre criminal? ¿Seria Hijo de Dios el que de esta suerte debia ser tratado en el mundo? ¿Procederia del cielo el que así debia ser objeto de cuanto hay mas envilecedor en la tierra? Estos pensamientos era muy natural que surgieran en el

(1) Psalm. LXXXVIII. 7, et seq.

corazon de los apóstoles, y por consiguiente que su fé se amortiguase, que sus creencias se debilitasen, que sus convicciones cediesen ante la fuerza de semejante raciocinio, y que su heroismo se convirtiese en debilidad. Era pues necesario evitar tamañas consecuencias, oponer un correctivo eficaz al error, anticiparse á las dudas que podian fundarse en tales precedentes, y prevenir el escándalo de la cruz. A este fin, dice el Padre San Leon, despliega Jesucristo en el Thabor todo el aparato de su gloria en presencia de los que escogiera para dar testimonio de su divinidad. Muéstrales su cuerpo trasparente como una nube luminosa; en su rostro brilla una claridad deslumbradora que ofusca los rayos del sol, sus vestidos disputan á la nieve en pura blancura; todo en él revela al Unigénito de Dios engendrado antes de la aurora, á aquel que digera un dia: «Antes de mí nadie existió, y nada hay que pueda asemejarme.» Ciertamente que nada de esto necesitaba el Salvador para sí propio, puesto que ningun menoscabo podia sufrir su grandeza y magestad esencial á pesar de todas las esterioridades y apariencias que la hacian invisible á los ojos de los mortales. Pero necesitábalo la humana debilidad tan propensa de suyo á dejarse engañar por las ilusiones de los sentidos; necesitábalo la fé tierna aun de aquellos discípulos que asociara á su augusta mision en la tierra; y por eso en los designios misericordiosos de su corazon paternal dispone que por breves momentos gocen de su divina esencia, y experimenten el éxtasis indefinible que causa su fruicion para que despues no se avergonzasen de ver á su maestro reducido á la humillacion mas profunda, habiéndole contemplado ya en toda la plenitud de su gloria (1).

Mas no se limitaba solo á lo presente la sabia Providencia del cielo, prosigue el mismo Santo Doctor. El Hombre-Dios tenia puestas sus miras en aquella Iglesia que venia á fundar en aquel cuerpo místico cuya cabeza era, en aquel pueblo de adquisicion que debia surgir

(1) In qua transfiguratione, illud quidem principaliter agebatur, ut de cordibus discipulorum crucis scandalum tolleretur: nec conturbaret eorum fidem voluntariae humilitas passionis, quibus revelata esset abscondita excellentia dignitatis. (S. Leo P. Serm. de Transfig.)

del Calvario para ser el depositario de las altísimas verdades que revelára al mundo. ¿Cómo hubiera podido resistir el catolicismo á los embates del error que bajo diversas formas se levantaria osado contra la divinidad de Jesucristo, si no hubiese tenido pruebas auténticas, testimonios irrecusables que oponer á los sofismas de la incredulidad? ¿Qué hubiera podido responder á los que fundándose en los abatimientos de que fué víctima voluntaria el Redentor del mundo, se hubiesen obstinado en no reconocer en él mas que un puro hombre? Admirad pues con qué maravillosa prevision se transfigura en presencia de sus apóstoles, para que pasando de estos á las generaciones venideras el depósito de la revelacion hecha por él en la cumbre del Thabor, siempre y donde quiera existiese ese monumento bastante á hacer enmudecer la impiedad orgullosa; y los fieles pudiesen alimentar la esperanza de ser un dia asociados como miembros del Salvador á la misma gloria que habian visto resplandecer en su cabeza (1).

Otra circunstancia no menos digna de observacion concurre á dar un testimonio irrefragable de la grandeza y divinidad del Salvador en su gloriosa transfiguracion. La ley y los profetas aparecen sobre la montaña en la persona del antiguo gefe del pueblo escogido y del vidente del Carmelo, como para corroborar con su presencia la nueva religion que iba á reemplazar á los ritos y ceremonias mosáicos. ¿Qué firmeza, qué estabilidad no adquiria aquel culto sancionado allí por ambos testamentos que se unian de consuno para ratificar y confirmar la doctrina evangélica que iba á predicarse en todo el orbe? ¿Cómo era posible dudar de la veracidad de unas enseñanzas cuya concordancia con las antiguas prescripciones se manifestaba de un modo tan prodigioso en el Thabor? ¿Cómo no reconocer por único Maestro y legislador de la humanidad á aquel á quien tan honroso homenaje tributaban las páginas de la primitiva y nueva alianza, mos-

(1) Sed non minore providentia spes sanctæ Ecclesiæ fundabatur, ut totum Christi corpus agnosceret, quali esset commutatione donandum: ac ejus sibi honoris consortium membra promitterent qui in capite præfussisset. (Id. ib.)

trando en Jesucristo glorificado el mismo Mesías cuyo advenimiento fuera el objeto de todas las predicciones, de todos los símbolos, de todos los tipos, y de los suspiros y esperanzas del mundo á través de cuarenta siglos (1)?

Y como si esto no bastase, el cielo mismo se complace en proclamar sensiblemente la gloria de Jesucristo. Del centro de una luminosa nube arranca un grito que dice: «Este es mi hijo querido en quien tengo todas mis delicias: á él únicamente debeis escuchar.» ¡Qué testimonio tan sublime de la divinidad del Salvador! El Eterno en persona es quien hace oír su voz en aquella montaña prodigiosa. El Padre celestial es quien descubre al mundo la invisible magestad de su Unigénito. Cuando allá en el Sinaí se dejó ver Moisés transfigurado á la vista del pueblo acampado en la llanura, el Señor, temeroso de que los israelitas propensos á la supersticion no le creyesen un Dios y le ofreciesen un culto indebido, declara inmediatamente que él únicamente es el Soberano de cielos y tierra, el Sér por esencia, á quien todo el mundo debe adorar con exclusion de toda otra divinidad profana. El mismo Moisés aparece con las tablas de la ley en la mano, para manifestar que á pesar de la gloria de que le habian visto rodeado, solo era el ministro, y no el autor de aquella ley, pues á él únicamente le fuera dada la mision de proclamarla gravada sobre la piedra, como delegado de Dios que tenia el poder esclusivo de gravarla en los humanos corazon. No sucede así en el Thabor. Allí Jesucristo se muestra como legislador universal, como autor y consumidor de la nueva alianza, como la ley misma encarnada, viviente y eterna. Y por eso el Padre impone á todos los

(1) *Confirmandis vero Apostolis, et ad omnem scientiam provehendis, alia quoque in illo miraculo accessit instructio. Moyses enim et Elias, Lex scilicet et Prophetæ, apparuerunt cum Domino loquentes.... Quid hoc stabilius, quid firmitus verbo in cujus prædicatione veteris et novi Testamenti concinit tuba, et cum Evangelica doctrina antiquarum protestationum instrumenta concurrunt? Adstipulantur enim sibi invicem utriusque fæderis paginæ: et quem sub velamine mysteriorum præcedentia signa promisserant, manifestum atque perspicuum præsentis gloriæ splendor ostendit. (Id. Ib.)*

hombres, á todos los pueblos, y á las naciones todas, la indispensable obligacion de escuchar sus oráculos y de someterse á sus enseñanzas. Que fué decir: «Ese á quien ahora veis revestido de vuestra carne, no es menos aquel Verbo que fué engendrado por mí por un acto de mi entendimiento en el seno de la eternidad. En él tengo todos mis encantos y delicias, porque él me ama y yo le amo, y ambos nos identificamos por el amor, bien así como por la naturaleza. Bien presto se mostrará á vuestros ojos en la forma que le anunciaron los profetas, como un varon de dolores, llagado de piés á cabeza, cual vil gusano de la tierra y como un sér herido y humillado por Dios á causa de los pecados del mundo: porque su misericordiosa bondad le obligó á hacerse responsable de todos los crímenes del mundo y hostia propiciatoria para aplacar mi justicia. Mas entonces cuando le veais perseguido como usurpador, vendido como reo de estado, juzgado como sacrilego, azotado como siervo, escupido como un villano, sentenciado y muerto como un foragido, tened presente que en todo ello no hará sino cumplir la difícil mision que aceptó con relacion á la humanidad; que no por sí, sino por la salvacion del linage humano, sufre tantos tormentos y dolores, y se resigna á un abatimiento tan profundo, y que no porque se muestre bajo las apariencias del hombre de pecado, deja de residir en él corporalmente la plenitud de la divinidad: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui*. Por lo demás, la doctrina que él ha enseñado es la única verdadera, los dogmas que ha revelado son los únicos llamados á regenerar el universo, los principios que ha proclamado son los que esclusivamente debe aceptar todo el que aspire á asegurar sus eternos destinos. Sus preceptos afectan á todos los hombres; sus enseñanzas comprenden á todas las edades, á todos los géneos, á todos los tiempos, porque son invariables y no admiten tergiversacion de ninguna clase; su Evangelio es la ley universal de todas las naciones, y á su observancia se halla ligado el porvenir de las sociedades. Todo lo que no se ajuste á sus prescripciones es erróneo, lo que no esté en armonía con sus documentos es falso, lo que disienta de sus revelaciones es inadmisibile. No hay mas que una fé, una verdad, una doctrina, y ésta es la consignada en ese código

divino del cual no es posible separarse un ápice sin incurrir en la reprobacion del cielo: *Ipsum audite.*

De este modo quedó demostrada en el Thabor la divinidad de Jesucristo por los lábios del mismo Padre celestial, y sancionado su magisterio contra la orgullosa arrogancia del error que en los siglos posteriores intentaria oponer sus argucias y sofismas á los dogmas invariables del catolicismo. ¿Quién se atreveria á negar á la Iglesia fundada por el Salvador y depositaria de sus verdades, el derecho indisputable de enseñar la religion, la moral, y el Evangelio que le fueron confiados para difundir su brillante luz en todas las inteligencias y en todos los corazones? ¿Quién seria bastante osado para enseñar otra doctrina diferente de la de Jesucristo declarado solemnemente por su eterno Padre maestro único, legislador universal, doctor infalible en su gloriosa transfiguracion? ¿No fueron allí juzgadas todas las cuestiones que la razon humana podria entablar en lo sucesivo con relacion al dogma, y declarados nulos y de ningun valor los derechos que un dia invocaria para someter al juicio privado lo que solo era de competencia esclusiva de aquel cuerpo enseñante que reemplazó en la tierra al Hijo de Dios? Cuando, pues, esas escuelas que bajo distintas denominaciones ha creado la incredulidad ó el racionalismo, pretenden sustituir sus principios disolventes á los principios salvadores de la Iglesia católica, no hacen otra cosa que arrebatár al Unigénito del Padre el título que este le confirió solemnemente en el Thabor, negar uno de sus mas preciosos privilegios, y poner en tela de juicio aquel incontestable derecho que á él solo compete, de imponer sus leyes, sus enseñanzas y su doctrina á todo el universo: *Ipsum audite.*

Lejos de nosotros, M. A. O., semejante aberracion. Convencidos de que el Salvador es el verdadero Hijo del Altísimo, y que sus dogmas, sus verdades, su Evangelio es lo que la Iglesia católica nos muestra y manda creer, como emanado del cielo, en virtud de la potestad omnimoda de enseñanza que la fué trasmitida en herencia por los apóstoles, sucesores inmediatos del Hombre-Dios, hagámonos un deber de no escuchar otra voz, ni aceptar otro magisterio, ni admitir otros principios, fuera de aquellos que nos son revelados

por el órgano infalible de la eterna verdad en la tierra. Tal es la conclusion que el príncipe de los apóstoles deducia del misterio que hoy celebramos, cuando escribía estas notables palabras: «No creais que hemos fundado nuestra doctrina respecto de la grandeza y majestad de nuestro Señor Jesucristo en fabulosas ficciones ó en mentiras ingeniosas. Os hablamos con el carácter de testigos oculares; pues cuando el cielo dió desde la nube aquel brillante testimonio á la divinidad del Unigénito, haciendo oír la voz del Padre que le designaba como su Hijo muy amado y objeto de todas sus delicias, allí estábamos tambien sobre la cima del monte Thabor; nuestros oídos escucharon el eco celestial, nuestros ojos vieron la gloria del Salvador. Y por lo tanto tened entendido que nada hay que pueda oscurecer la brillantez de esas verdades que nos fueron dadas como una antorcha divina que nos ilumina, en tanto que amanece el día de la vision beatifica; y que ninguna profecía, ninguna verdad revelada puede estar sujeta á humanas interpretaciones, puesto que deriva su origen de Dios (1).»

Jamás olvidemos estos altísimos documentos de vida eterna. Reconozcamos y confesemos con el profeta que en el Unigénito del Padre reside la fuente de la sabiduría, y de él arranca esa luz sobrenatural que ilustra los entendimientos y enardece los corazones fieles á sus divinas enseñanzas. Comprendamos los amorosos designios que envuelve la Transfiguracion de Jesucristo, en cuyo misterio no solamente plúgole darnos una idea anticipada de la prodigiosa transformacion que debiamos experimentar un día como miembros de su cuerpo glorificado, si que tambien quiso mostrarnos su majestad invisible á fin de que nunca dudásemos de su origen celestial y de los derechos que como Hijo de Dios venia á ejercer sobre la humanidad. Elévense nuestras ideas con la esperanza de contemplar despues de la vida presente á cara descubierta la gloria de Jesucristo, que ahora solo se nos permite traslucir en una oscura imágen, como dice el Apóstol (2). Aspiramos á poseer sin nubes ni celajes la

(1) II. Petri. I. 16 et seq.

(2) II. Corin. III. 48.

majestad inmensa del Unigénito, y á disfrutar de los efectos de esa adopción maravillosa con que nos enriqueció, haciéndonos hermanos suyos é hijos de su mismo Padre celestial. Entonces nos embriagaremos en aquel torrente de delicias que Dios tiene reservadas para sus escogidos. Entonces mucho mejor que el jefe del Apostolado sobre la cumbre del Thabor, podremos esclamar: «¡Señor! ¡Cuán bueno es permanecer aquí!» é inundados de un gozo perdurable, nada habrá capaz de separarnos del único objeto de nuestra dicha por los siglos de los siglos.

DISCURSO II

PARA EL DIA DE LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

JESUCRISTO EN SU TRANSFIGURACION DESCUBRE MOMENTÁNEAMENTE SU GLORIA Á LOS OJOS DE LOS APÓSTOLES, PARA MÁNIFESTAR QUE ELLA ES LA ÚNICA POSITIVA Á QUE EL CRISTIANO DEBE ASPIRAR, Y CUÁN ERRADAMENTE SE BUSCA EN LOS BIENES TRANSITORIOS DE LA TIERRA.

Assumpsit Jesus Detrum et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos.

Tomó Jesus consigo á Pedro y á Santiago y á Juan su hermano, y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia.

MATTH. XVII. 1, 2.

¡Qué rasgos tan sublimes de bondad nos ofrece Jesucristo en el gran misterio que hoy celebramos! ;Cómo se acomoda á nuestra debilidad y se identifica con nuestros instintos y nuestras aspiraciones para hacernos comprender nuestros positivos intereses! ;Cuán sábiamente nos presenta en accion las verdades mas altas é importantes á que está vinculado nuestro porvenir! ;Por qué os parece M. A. O., que el Hombre-Dios desplega sobre el Thabor ese aparato de grandeza y de gloria que pone de manifiesto su divinidad á los ojos de los tres discípulos predilectos? ;Es que tenia acaso necesidad por sí propio de esa transformacion prodigiosa, él que á pesar de estar revestido de nuestra naturaleza y de nuestra carne, recibia sin cesar los homenajes y las adoraciones del cielo, y era el embeleso de los

ángeles y la delicia de su eterno Padre? ¿Podía experimentar menoscabo alguno en su gloria esencial, quien en cuanto Dios era inseparable del que le engendró *ab-æterno* y en todo consubstancial á él, aun cuando por un acto de amor sin límites, se hubiese resignado á mostrarse en el mundo como uno de nosotros, rodeado de nuestras propias miserias y sujeto á nuestras mismas privaciones?

Nada de esto puede ni debe pensarse de Jesucristo: y por lo tanto, para explicarse el misterio de su Transfiguracion, preciso es fijarse en los altísimos fines que presidieron á su venida á la tierra. El apóstol San Pablo escribiendo á los fieles de Philipos, decia: «Estoy muy lejos de creer que he tocado al fin de mi carrera. Mi única mira la tengo puesta en las cosas venideras, á fin de conseguir el objeto á que estamos llamados por Jesucristo. Pues nosotros vivimos ya en la tierra cual si fuésemos ciudadanos del cielo; siempre esperando á nuestro Salvador Jesus que ha de transformar nuestro vil cuerpo en la misma claridad que rodea su cuerpo glorificado (1).»

De esta sublime doctrina del Apóstol, deduzco yo el secreto del inefable misterio de la Transfiguracion del Hombre-Dios. No satisfecho con haber restituido al hombre en la Encarnacion á su primitiva dignidad, y devuéltole los derechos de que el pecado le despojára, se propone reformar completamente su naturaleza conforme al tipo inmortal de su propia imágen; quiere glorificar su cuerpo bien así como su alma, comunicándole una claridad idéntica, un brillo igual al que resplandece en su humanidad sacratísima; resérvale en el cielo una grandeza, una magestad, una bienandanza en todo semejantes á las que le han conquistado sus humillaciones y sufrimientos en la tierra. Y ved por qué para mostrarles en un solo punto de vista, por una parte la eterna felicidad de aquella mansion de perdurable ventura, y por otra la nada y la insubsistencia de los aparentes bienes del tiempo, sube con sus Apóstoles á la montaña, descúbreles momentáneamente su gloria, háceles desear su posesion, embriaga sus almas de delicias celestiales; mas cuando ellos neciamente preocupados de aquel pasajero vislumbre de grandeza, sueñan un porvenir risueño y se

(1) Ad Philip. III. 43 et seq.

proponen fijar allí su morada, súbitamente cambia la escena, la ilusión desaparece, la celeste claridad se nubla, todo torna á su primitivo ser, y al despertar de aquel instantáneo letargo, ya no ven delante de sí mas que una escarpada roca, un cielo sombrío, y un hombre que les habla de combates y padecimientos, de sacrificios y de sangre. Enfrente del Thabor se les presenta el Calvario; á poco trecho de la montaña luminosa, aperciben el descarnado monte de las calaveras; y Jesus que acababa de manifestarse á sus ojos como un Dios radiante de magestad, les dice con acento melancólico: «¡Allí harán padecer y morir al Hijo del Hombre (1)!»

Tenemos pues, en el misterio de la Transfiguracion de nuestro divino Salvador Jesus, una imágen exacta, una idea perfectísima de lo que es la gloria y la bienandanza del mundo, instantánea, fugaz, transitoria, aparente, de donde se infiere que solo en la eternidad puede aspirar el hombre á una dicha sólida y á un verdadero bienestar. Tal es la sublime enseñanza que se desprende de la escena del Thabor, y á la que voy á concretar todo mi discurso, que girará sobre la siguiente proposicion: «Jesucristo en su Transfiguracion descubre momentáneamente su gloria á los ojos de los Apóstoles, para mostrarles que ella es la única positiva á que el cristiano debe aspirar, y cuán erradamente se busca en la posesion de los bienes transitorios de la tierra.»

Para el buen desempeño de esta doctrina tan importante, imploremos las luces celestiales por la intercesion de la madre de Dios, saludándola con el mayor afecto y reverencia, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Injusto seria censurar en el hombre una aspiracion que nace con él, con el crece y se desarrolla, y siempre y do quiera le sigue desde

(1) Matth. XVII. 12.

la cuna al sepulcro. Conquistar gloria y prez, ser dichoso á despecho de todo cuanto se opone á ese incesante anhelo, hé aquí un sentimiento tan general, tan instintivo á todo ser racional, que ninguno hay por pobre y menguada que sea su inteligencia, en quien no se halle presidiendo á todas sus ideas, motivando todas sus acciones y constituyendo el término de todos sus sacrificios. Esta es una de esas verdades prácticas ó de esperiencia que no necesitan demostrarse. Dios mismo ha gravado en el hombre ese sello, ha creado en él esa ambicion, ha despertado en él ese deseo, le ha destinado á ser feliz. Y decir que le ha comunicado aspiraciones que no puede realizar, deseos que nunca podrá ver satisfechos, y una sed ardiente que jamás le será dado apagar, equivaldria á calificar al Criador de cruel, inhumano é injusto. Mas no, M. A. O., no es Dios quien ha hecho al hombre incapaz de llenar sus destinos y de realizar sus esperanzas: el hombre es quien trocando estas y prostituyendo aquellos, se inhabilita en cierto modo para conseguir un objeto á que camina por vías tortuosas y por estraviados senderos. Se ha imaginado una gloria que no es la que corresponde á su elevada dignidad; ha soñado un bienestar quimérico muy distinto del que de hecho está llamado á constituir su bienandanza; se ha empeñado en encontrar en los objetos del tiempo lo que es patrimonio esclusivo de la eternidad; y de ahí sus errores, de ahí sus ilusiones, de ahí sus amargos desengaños y sus inevitables desgracias.

Tiempo hacia que bajo mas de un concepto habia demostrado Jesucristo en sus predicaciones el origen de ese error tan trascendental, y procurado desengañar de él á sus discípulos, sin que por eso hubiese conseguido todavia arrancar totalmente de sus corazones débiles aun y sobradamente carnales ciertas ideas de gloria mundana, y de preferencia personal. Pocos dias pasáran desde que hablándoles de esto mismo, les habia declarado terminantemente que para participar de su gloria y disfrutar su bienaventuranza, era preciso probar antes las ignominias de su cruz y las amarguras de su pasion (1); al modo que él mismo para recoger la herencia dichosa que su Padre

(1) Luc. IX. 28.

le tenía reservada en el cielo, debía pasar primero por una larga série de padecimientos y humillaciones (1). Y añadió: «Os aseguro que algunos de vosotros no morirán sin haber visto antes un ligero vislumbre de mi reino (2).» Y en efecto, ocho dias despues, toma consigo á sus tres predilectos apóstoles Pedro, Santiago y Juan, y llevándolos á un elevado monte, se transfiguró en su presencia. ¡Qué gloria! ¡Qué magestad! ¡Qué grandeza despliega allí Jesucristo! Su semblante deslumbra á los mismos rayos del sol, sus vestidos oscurecen la blancura de la nieve; los relámpagos del antiguo Sinái no son mas que un bosquejo imperfectísimo de la claridad celestial que inunda aquella estancia; Moisés y Elias aparecen conversando con Jesus; la voz del Padre le proclama hijo querido y objeto de sus delicias. La tierra se ha convertido en cielo, ó mas bien el cielo ha descendido á la tierra con toda la pompa y magnificencia con que le pintaron los profetas. ¿Qué extraño era que los apóstoles espectadores de tanta grandeza aspirasen á disfrutar de aquel espectáculo y á anegarse en aquel inmenso océano de celestiales delicias que tenían delante? ¿Qué extraño que Pedro tomando por todos la palabra, estasiado á vista de tan maravillosa felicidad esclamase: Señor, bueno es estarnos aquí; si os place fabriquemos tres tabernáculos, uno para tí, otro para Moisés y otro para Elias? ¡Ah! El panorama que en la cumbre del Thabor se le presentaba era para él un bien bastante á hacerle olvidar todos los demas bienes de la tierra. Por eso no piensa ya ni en su barca, ni en sus redes, ni en su casa, ni en cuanto constituía el fondo de su dicha doméstica; hasta de su familia y de los mas caros objetos de su cariño se desentiende, y solo sueña en perpetuar su estancia en aquel sitio donde se le acababa de mostrar un ligero vislumbre de la gloria del cielo.

¡Ilusion engañosa! esclama á este propósito el padre San Agustin. Ved ahí la imágen de lo que diariamente pasa en el mundo. No bien se transfigura á nuestra vista desplegando el aparato de sus bellezas y transitorios bienes, cuando deslumbrados por ese brillo de un mo-

(1) Luc. IX. 22.

(2) Ib. 27.

mento nos juzgamos en el colmo de nuestra ventura, y con un ardor indecible ambicionamos su posesion, sin tener en cuenta que todo ello no es más que un fuego fátuo que pasa por delante de nuestros ojos para sumirnos un instante despues en la mas completa oscuridad, un ideal mentiroso de felicidad que fascina nuestros sentidos dejando en nuestro corazón un vacío inmenso que nada es capaz de llenar. *Quasi felicitas est sæculi* (1). ¿Y qué hay de real y positivo en todos esos objetos que el mundo ofrece al hombre como elementos de la dicha á que aspira? ¿No están todos ellos erizados de espinas, mezclados de disgustos de todo género, sobre ser su existencia tan efimera que no bien han comenzado á gustarse cuando ya desaparecen de nuestras manos ó nos causan tedio y repugnancia? Tal es sin duda alguna la condicion esencial de esos presuntos bienes que tan locamente enamoran al hombre en la tierra. Su deseo irrita, su consecucion cuesta sacrificios inmensos, su goce engendra en el alma un hastío insoportable, y las delicias de su posesion jamás indemnizan suficientemente los sinsabores que proporcionó su hallazgo. Sabio y admirable designio de la divina Providencia que ha querido mezclar tantos elementos de desventura á esos mismos goces con que el siglo brinda á sus adoradores, á fin de que el hombre se desimpresione de sus errores, y conozca que nada en la tierra está en proporcion con los elevados destinos de un ser llamado á poseer una gloria idéntica con su Criador, y á transfigurarse con Jesucristo en la eternidad, abandonando cuanto en su organizacion hay de terrestre, corruptible y perecedero, y revistiéndose de la incorruptibilidad y santidad del Salvador!

En el mismo misterio de este dia tenemos una leccion práctica de esta verdad importantisima. Al contemplar al Dios-Hombre sobre la montaña santa del Thabor en el estado en que poco há le considerábamos, ¿quién no hubiese creido que aquel dia de su trasformacion era indudablemente el mas bello y sereno de toda su vida? Todos los siglos parecen renacer allí para honrar y rendir homenaje al Hijo del Escelso. Ambos testamentos surgen repentinamente en la per-

(1) S. August. Enar C. 2 in Psalm. 48 J. C.

sona del legislador del antiguo pueblo, y del profeta del Carmelo, para sancionar la divinidad del suspirado por las naciones. El cielo mismo se complace en testificar de una manera perceptible que aquel que tienen delante es el Mesías vaticinado á través de cuatro mil años, el objeto único de las complacencias del Omnipotente. Y sin embargo, examinad de cerca lo que allí pasa, escuchad los coloquios que se cruzan entre aquellos tres personajes que forman tan envidiable grupo. Sin duda imaginareis que la conversacion gira sobre motivos de placer y de triunfo, ó sobre acontecimientos brillantes proporcionados á tan fausto dia. Nada mas natural consideradas las cosas segun los humanos cálculos. Mas ¡ay! ¡cuán errados son estos! No es sino de combates, de padecimientos, de martirios, de sangre, de lo que en el Tabor se habla. Los tormentos del Calvario vienen á buscar á Jesus en medio de su gloria; la Cruz le sorprende en el seno mismo de sus goces; las humillaciones y los desprecios de su pasion, los suplicios y las agonías que le esperaban en Jerusalem, ocupan su espíritu en el instante en que una voz celestial le declara Unigénito de Dios. Así lo manifiesta terminantemente el Sagrado Texto: *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem* (1). ¡Qué contraste tan singular! ¡Qué antítesis tan incomprendible! ¿Y creeria el hombre poder gozar dias serenos y sin nubes en este suelo desventurado? ¿Se lisonjearia de hallar dicha estable, goces positivos, bienandanza completa, aquí donde nada existe que no sea ilusion, vanidad, sueño sin realidad ni firmeza? Ah, no y mil veces no. Donde quiera que os encontréis vereis constantemente ese mismo tinte de insubsistencia y error, y en los objetos que mas os deslumbran no tardareis en reconocer ese sello de amargura y de dolor que caracteriza todos los bienes del tiempo. Subid hasta el trono de Salomon, y contemplad el aparato de magnificencia que allí se despliega á vuestra vista. Ningun monarca tuvo una corte tan brillante, ni llegó á reunir en su palacio tantos y tan variados elementos de felicidad. Y con todo, ese hombre es desgraciado. ¿Lo creereis? Pues es indudable, y á tal exceso llega su despecho, que

(1) Luc. IX. 34.

hasta el vivir le causa tedio, porque nada registran sus ojos capaz de satisfacer sus aspiraciones, en todo vé un continuo motivo de tormento: *Tædet me vitæ meæ* (1). Descended despues hasta el mular del desventurado Job, y le oireis hablar un lenguaje idéntico, y espresar los mismos sentimientos gritando en medio de sus acerbos dolores y de su indefinible miseria: «Cansada está mi alma de esta vida:» *Tædet animam meam vitæ meæ* (2). Ahora bien, ¿cómo esplicar este fenómeno? ¿Cómo justificar este lenguaje en dos tipos tan distintos? ¿Cómo concebir unos mismos sentimientos de pesar y de disgusto en dos personajes constituidos en situacion tan diversa? Que este último se queje y desee abandonar cuanto antes una existencia que le es gravosa, concibese sin dificultad, porque es un hombre agobiado bajo el peso de la mayor desgracia. Pero que aquel mire como enojosa una vida rodeada de todas las delicias capaces de lisonjear la mas esquisita sensualidad, ¿no es un problema de difícil solucion? Lo será sin duda para quien solo vé las cosas en la superficie, mas no para el que las considera en su esencia. Consultad á los dichosos del mundo; interrogad á los que visten púrpura y ciñen diadema, y sabreis que si algo hay de real y positivo en todo ese fastuoso brillo que tanto deslumbra á los ojos del vulgo, es únicamente los cuidados que vienen á emponzoñar sus placeres, los vaivenes á que está sujeta su fortuna, los reveses de que continuamente se vé amenazado su porvenir, las revoluciones que minan soradamente sus tronos, y los interiores disgustos que convierten en lecho de espinas las mullidas almohadas en que descansan sus coronadas testas. ¡Tanta verdad es que la felicidad no está vinculada á ninguno de los objetos de que el hombre se muestra tan sediento en este mundo, pues que en todos ellos nada hay sólido y permanente, nada que pueda ofrecer estabilidad y fijeza!

Ejemplo admirable el que nos proporciona Jesucristo en el misterio de su transfiguracion Ved cómo se ilusionan los apóstoles á vista de la gloria de su divino Maestro. Ved cómo forman proyectos

(1) Eccl. II. 47.

(2) Job. X. 4.

y aéreos castillos sobre aquel monte transformado en un paraíso de delicias. Ved cómo solo se ocupan en arreglar los medios de disfrutar de aquella dicha que ellos creen invariable y perpétua. Ya tienen en su mente el plan de las nuevas viviendas que piensan construir; ya cuentan con la compañía de Moisés y Elías para quienes disponen cómodas tiendas proporcionadas á su alto rango; ya se consideran felices y al abrigo de toda eventualidad, y acariciados por aquella halagüeña idea reposan tranquilos en un dulce sueño, según el relato evangélico (1). Cuando hé aquí que de repente una nueva luz rodea aquella estancia, heridos por sus rayos despiertan estupefactos, vuelven á caer deslumbrados por aquella claridad, y cuando repuestos de su estupor abren los ojos, ya había desaparecido aquella vision tan bella; ni Moisés, ni Elías se encuentran en el Thabor; solo está allí Jesus, no ya radiante de gloria y cercado de una magestad imponente, sino tal cual al subir á la montaña le vieran pocos momentos antes, mandándoles guarden silencio sobre lo que acaban de presenciar, y mostrándoles el camino de Jerusalem en donde iba á consumir su último sacrificio.

Atreveos, pues, M. A. O. en vista de esto á sostener todavia que en los objetos exteriores que os rodean hay alguna cosa que pueda satisfacer vuestras esperanzas ó llenar vuestras aspiraciones. Esclamad si os place con San Pedro: ¡Cuán bueno es vivir aquí! No tardareis mucho en sufrir el mismo desengaño y experimentar el efecto de vuestras ilusiones. Porque entre todas las desgracias, no hay otra mayor y de mas trascendentales consecuencias, dice San Agustin, que el pensar que una vida tan miserable y sembrada de tantos reveses y amarguras pueda proporcionar ventura estable y positiva al que solo Dios para quien fué criado es capaz de hacer feliz llenando la inmensidad de su corazón: *Ipsa est major infelicitas quæ se amare cogit*. Si pues deseais la verdadera bienandanza, continúa el citado Doctor, buscadla donde únicamente puede hallarse: no en la tierra cuyos bienes por do quiera que se consideren solo ofrecen

(1) Luc. IX. 32.

(2) Matth. XVII. 8, 9.

(1) Eocl. II. 17.
(2) Job. X. 1.

vanidad, ilusion, inestabilidad, gusanos roedores que atormentan el corazon humano en medio de sus quiméricos goces, sino en el cielo donde la plenitud, la tranquilidad y la perpetuidad son las esenciales condiciones del alma transfigurada con Jesucristo. Allí Dios es todo en todos y para todos los que gozan de su presencia. Allí nada puede faltar al que en el principio y fuente de todas las cosas posee cuanto es capaz de ambicionar, puesto que Dios es un bien original, supremo, universal, que se acomoda á todos los sentidos, llena todas las potencias, inunda todo el sér humano, y le sácia sin hartura. Todas las armonías que pueden embelesar sus oidos, todas las bellezas que puedan encantar su vista, todas las preciosidades que pueden despertar su ambicion encuéntranse reunidas y sin mezcla alguna de defecto en el que es la luz de la luz, la hermosura de las hermosuras, la bondad de la bondad, el poder del poder, es decir, la perfeccion, el colmo, la plenitud, la esencia de todos esos bienes que en la tierra solo ofrecen la apariencia, la esterioridad, la imágen del sér que equivale á la nada (1). Allí no se experimenta ni el disgusto de la posesion, ni el tormento del deseo, porque poseyendo siempre el alma, siempre desea poseer; como que tiene presente aquel puro manantial de aguas vivas que nunca sácian al que de ellas se abreva, al propio tiempo que satisfacen de una manera inefable, segun la espresion del mismo Salvador (2). ¡Oh bienes celestiales, exclamaba el sábio Obispo de Hipona, cuya plenitud escluye toda vanidad, cuya dulzura escluye toda dificultad, cuya duracion eterna está libre de toda eventualidad! ¿Cuándo os veré? ¿Dónde os encontraré? Nada hay en la tierra mas que objetos superficiales, bellas quimeras, ideales sin realidad. No son ellos los que busca mi alma; no son ellos los que ambiciona mi corazon; no son ellos los que pueden llenar el inmenso abismo de mis deseos, tan inmensurables como Dios que me los ha dado. ¡Ah! Únicamente allí donde está ese tesoro, puede hallar hartura mi espíritu. Solo en los tabernáculos eternos encontrará reposo y bienestar interminable: *Oh bona*

(1) S. Aug. in psalm. XXXVI.

(2) Joan. IV. 14.

Domini dulcia, immortalia, interminabilia! Credo videre bona Domini in terra viventium (1).

Sean estas mismas, M. A. O., las aspiraciones de nuestro corazón. Reconozcamos en la Transfiguración de Jesucristo en el monte Thabor, un ligero bosquejo que plugo darnos de la gloria real y positiva que debe ser el único objeto de nuestras ansias, y cuya posesión solo podemos conseguir cuando transformados en la claridad del Salvador subamos á disfrutar la recompensa de nuestros sacrificios. Entonces y no en la tierra podremos decir con el príncipe de los apóstoles: «¡Señor, cuán bueno es morar aquí!» Entonces se mostrará á nuestros ojos la majestad esencial del Hijo del Altísimo, y de ella seremos rodeados, y con ella seremos embriagados de una felicidad que el mundo es incapaz de ofrecer, menos aun de dar á sus ciegos y crédulos sectarios. Entonces veremos aquel semblante esplendoroso que ilumina la celestial Sion como un sol radiante, y causa el embeleso de todos sus bienaventurados moradores. Entonces dichosos con la misma dicha de Dios, tranquilos con su misma tranquilidad, gozosos con su misma alegría, ricos con sus mismos tesoros, formaremos aquel pueblo celebrado por los profetas, á quien no afectará la inconstancia de la fortuna, ni conmoverá la violencia de las pasiones, ni la tristeza amargará su existencia, ni el llanto horadará sus mejillas: puesto que poseeremos aquel bien que siempre es nuevo á pesar de su eterna duración, aquella belleza que siempre renace á despecho de los siglos, aquella paz que nunca se vé turbada por ningún suceso desagradable, aquella ventura que constituye el fondo de nuestra perdurable inmortalidad.

(1) S. Aug. in. psalm. XII. c. 26.

DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO A LOS CIELOS.

EL DESEO QUE JESUCRISTO MANIFIESTA DE ASOCIARNOS Á SU ETERNA FELICIDAD, EXIJE DE NOSOTROS UN FERVOR IDÉNTICO EN ASPIRAR Á ELLA; LOS SACRIFICIOS QUE SE IMPONE POR FACILITARNOS LA ENTRADA EN EL CIELO, DEMANDA DE NOSOTROS SACRIFICIOS PROPORCIONADOS PARA MERECER TAN ALTA RECOMPENSA.

Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.

Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.

JOANN. XX. 17.

¡VICTORIA! ¡Victoria! El dominador de la muerte ha destruido su imperio; el aguerrido capitán de las cohortes celestiales ha reducido á innoble servidumbre las potestades del averno; y cargado con los preciosos despojos cogidos al enemigo vá á hacer su entrada triunfal en el reino de la inmortalidad. Los príncipes de Edom, y los fuertes de Moab yacen por tierra inermes; y el Señor de las batallas vá á ser proclamado rey de la gloria. Abrid príncipes vuestras puertas y desplómense las puertas eternas. El Dios fuerte, poderoso é invencible se acerca, porque ha llegado la hora de tomar posesion del centro con que ha de regir á los pueblos y dominar á las naciones (1).

(1) Psalm. XXIII. per tot.

Con este poético lenguaje hablaba el rey profeta muchos siglos antes de que se verificase la Ascension gloriosa de Jesucristo á los cielos. Misterio inefable que envuelve para el mundo las mas dulces esperanzas; triunfo magnífico al que está vinculado el triunfo de toda la humanidad. Porque, ¿qué otra cosa hace el Salvador al subir al reino de su Padre despues de haber cumplido la gran mision que le confiara, sino ir á preparar á los que deja en la tierra el lugar que deben ocupar un dia á su lado como miembros de su cuerpo místico? ¿Con qué otro objeto vá á ceñir los laureles de la inmortalidad en la mansion de la eterna bienandanza, sino para disponer las coronas con que tras de él deben ser recompensados los que con él participaron de las amarguras y los peligros del combate? Oidlo de boca de ese mismo aguerrido vencedor. No temas, dice, pequeña grey; cesa de llorar por la ausencia de tu pastor. Si en triste soledad quedas por algun tiempo en ese valle de quebranto, no por eso juzgues que te he abandonado. Desde la alta cumbre del cielo vela por tí el que durante su mansion en la tierra ni un solo momento dejó de tener sus ojos fijos sobre su caro rebaño. Allí como aquí serás siempre el objeto constante de mis cuidados y de mi amor; sobre que poco tardareis, ovejas mías, en reuniros á mí en el reino de mi gloria, pues voy á facilitaros el camino, á marcaros la huella que habeis de seguir. Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios: *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.*

Estas sublimes palabras encierran todo el fondo del gran misterio que hoy celebramos; misterio de confianza para las almas tímidas y cobardes que marchan con paso tardo y perezoso por las ásperas sendas de la virtud; misterio de consuelo para los corazones agobiados bajo el peso de la adversidad; misterio de confianza para los espíritus meticulosos que temen no arribar al puerto de la salvacion, cercados como se hallan de escollos peligrosos y de abismos profundos; misterio en fin de seguridad y de triunfo para todos cuantos en esta vida pelean por llegar á conseguir la incorruptible diadema que ha de coronar todos los trabajos. La Ascension de Jesucristo á los cielos consituye la garantía mas preciosa de nuestra inmortalidad,

la mas segura prenda de nuestra eterna ventura, el preludio anticipado de nuestra recompensa, la certidumbre de nuestro glorioso porvenir. Si él tuvo un precursor que preparase sus caminos cuando se propuso venir al mundo á padecer por redimirnos; él mismo, dice San Pablo, se ha hecho nuestro guia y nuestro precursor para encaminarnos hácia la patria bienaventurada, cuando despues de haber logrado nuestro rescate vá á entrar en el goce de las perdurables delicias que compró á precio de su sangre (1). Si aquel anunció su advenimiento como eco de sus piedades y misericordias, él mismo se adelanta á anunciar nuestra próxima llegada como mensajero de nuestra victoria.

¿Cuál es pues el deber que por nuestra parte contraemos en vista de tanta bondad y de una dignacion tan inapreciable? Oidlo, mis amados oyentes. Un deber de gratitud y de correspondencia. «El deseo que Jesucristo manifiesta de asociarnos á su eterna felicidad, exige de nosotros un fervor idéntico en aspirar á conseguirla. Los sacrificios de Jesucristo por facilitarnos la entrada en su reino, demandan de nosotros sacrificios proporcionados á fin de merecer esta recompensa. Hed ahí un objeto digno de vuestra edificacion y de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Por efecto de una contradiccion inherente á la misma condicion del hombre, adviértese en él una apatía lastimosa que contrasta prodigiosamente con sus propios sentimientos respecto al misterio que hoy forma el objeto de nuestra veneracion. Admirador entusiasta del triunfo de Jesucristo en su Ascension gloriosa á los cielos, se le vé no obstante arrastrarse entre el polvo en virtud de unos afectos y de unas aspiraciones puramente terrenales: su corazon desmiente

(1) Ad Hæbr., II. 20.

prácticamente las ideas grandiosas que concibe su espíritu; y en tanto que no cesa de aclamar con los labios al Salvador victorioso de la muerte y del infierno, una secreta desconfianza engendra en su alma pensamientos poco dignos del Dios á quien honra, y nada conformes con sus propios intereses. ¿Será posible, se dice á sí mismo, que Jesus triunfante del mundo, se ocupe de los hombres como éstos se ocupan de él? ¿Nos dará una parte tan activa en su felicidad como nosotros nos tomamos en celebrar sus grandezas? ¿Seremos tan caros á su corazon como adorable nos parece á nosotros? Miserables sospechas propias de almas bajas, de corazones sin fé, de espíritus sin convicciones, altamente injuriosas á la cualidad de jefe y caudillo de todos los predestinados que el Redentor sostiene de la manera mas digna en su entrada triunfal en el cielo, á donde sube, dice el Apóstol, para hacernos tomar asiento á su lado en medio de los coros angélicos (1).

Y de hecho, ¿quiénes son esos dichosos cautivos que segun el texto sagrado asocia Jesucristo al honor de su triunfo (2)? ¿Quiénes esos espectadores afortunados de su Ascension gloriosa á quienes dá prendas tan preciosas y tan bellas seguridades para el porvenir (3)? ¿No son las primicias de la Iglesia militante, los miembros de esa sociedad maravillosa de la cual se ha constituido cabeza invisible y jefe soberano? Y siendo nosotros como ellos herederos de las mismas promesas, puesto que estamos unidos á Jesucristo con lazos idénticos que los primeros discipulos, ¿qué derecho tendríamos á dudar de la predileccion con que ese divino Salvador nos considera, en nada diferente de la que entonces manifestó hácia los fieles de la Iglesia primitiva? ¡Ah! Demos lugar en nuestras almas á otros sentimientos mas nobles y dignos; consideremos el interés y la sollicitud con que Jesucristo se apresura á reunir sus miembros místicos, cautivos los unos en el limbo, dispersos los otros por la tierra, y de ahí podremos deducir el ardor con que ese divino caudillo desea co-

(1) Ad Ephés. II. 6.

(2) Ib. IV. 8.

(3) Ib.

municarnos su gloria. Nada hay comparable á la adhesion que ese Salvador glorificado manifiesta hácia los que se propusiera uncir, digámoslo así, á su carro victorioso. Él no duda sacrificar en su obsequio esa inclinacion natural que toda alma siente por su cuerpo, y esa propension innata con que todo cuerpo propende al reposo. No bien sus moribundos lábios han pronunciado aquel último adios al mundo, diciendo: «Todo se ha consumado,» cuando el alma libre ya de sus penalidades abandona su cuerpo unido como ella á la divinidad, y vuela á llevar el consuelo y la alegría á los justos que ausentes de él padecian tormentos indecibles. Dueña de sí misma aquella alma santa, no piensa en retardar el momento de su separacion, ni en precipitar el de su reunion á aquella otra parte de su sacratísima humanidad. Todas sus ideas las absorven aquellos que su amor le hace sumamente caros: á ellos consagra esclusivamente todos sus pensamientos; por ellos se interesa con preferencia á sí mismo; y su solicitud impaciente, su cuidado principal, consiste en agrupar á su alrededor los que por tantos siglos han suspirado por la venida del Mesias libertador. No le urge el desplegar su infinito poder arrancando á su cuerpo de los brazos de la muerte; pero ni un instante puede diferir el quebrantar las duras cadenas que pesan sobre sus fieles servidores. Y en tanto que confia á los ángeles el cuidado de publicar su resurreccion, él mismo en persona se encarga de la dulce mision de llevar á los desterrados la nueva de su regreso á la patria, y decir á los cautivos que era llegada la hora de su libertad. Así se cumplieron los vaticinios que mucho antes hiciera por sus profetas, diciendo: «Yo penetraré en las regiones mas sombrías y tenebrosas de la tierra; visitaré en persona los muertos que posan en el sepulcro, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor (1).»

Con razon, pues, entonaba el Salmista himnos de prez y de alabanza, y convidaba al universo á celebrar las misericordias del Señor y las maravillas de su amor para con los hijos de los hombres, puesto que habia preferido el consuelo de las almas hambrientas de su gloria á la glorificacion de su propia humanidad, y apresurádose

(1) Ecci. XXIV. 45.

á abrir las puertas del limbo á los que gemian en un largo y penoso cautiverio, cuando todavía su cuerpo adorable yacía aberrojado bajo el ominoso yugo de la muerte (1). Golpe rudísimo cuanto imprevisto debió ser para el infierno ver presentarse á sus puertas Jesús glorificado en el momento mismo en que acababa de dejar su cuerpo estendido sobre una cruz en el Calvario. Sorpresa terrible oír aquel que poco antes clamara con voz dolorida: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?» gritar con acento imperioso: «¡Reconoce, oh muerte, á tu vencedor, devuélveme cruel los despojos que me arrebataste; dame lo que de derecho me pertenece (2)!» Poco me importa que mi cuerpo natural permanezca todavía víctima de tu acción ominosa; bien presto le verás despedazar los hierros que le aprisionan. Entretanto héme aquí á recoger mi cuerpo místico, y á arrancar de tu poder esos miembros que me son tan caros, los cuales no deben tolerar ni un instante mas tu innoble servidumbre.

Imagínese, si es posible concebirlo, el gozo que debieron experimentar aquellas almas justas cuando al cabo de tantos siglos de la mas viva espectación se hallaron repentinamente en el lleno de sus dilatados deseos. ¡Pero cuál no sería su reconocimiento al ver después en el sepulcro aquel sagrado depósito envuelto todavía entre las sombras de la muerte, cuando ellas gozaban ya de los resplandores de la luz! Cuántas veces se dirían á sí mismas lo que los judíos dijeron un día á propósito de la resurrección de Lázaro: «Ved hasta qué punto rayaba su amor!» *Ecce quomodo amabat* (3). Nada, en efecto, parecía mas conforme con el orden natural de las cosas, que Jesucristo, antes de hacer á los hombres participantes de su gloria, hubiese esperado á que esta fuese completa, resucitando victorioso, subiendo al cielo, y llamándonos desde allí á tomar asiento en su reino. Sin embargo, su amor le precipita en cierto modo, y trastornando la marcha natural de los acontecimientos, consagra desde

(1) Psalm. CVI. 8 et seq.

(2) Osee. XIII. 14.

(3) Joan. XI. 36.

luego á los que ama sus primeros instantes ; preséntase á ellos sin tardanza ; apresúrase á cumplirles las promesas que les tenia hechas, antes de cumplir los deberes que consigo mismo ha contraído; figúrasele tardo el tiempo para descender á las regiones del destierro á anunciar la fausta nueva de la deseada libertad; lleva sucesivamente el paraíso al limbo, y el limbo al paraíso; y no queriendo entrar en la morada del eterno descanso sin los que debían ser compañeros inseparables de su triunfo, hácese su introductor en el cielo el que había sido su redentor en la tierra. ¿Pudo jamás imaginarse un caudillo mas celoso, un gefe mas desinteresado, un monarca mas generoso, un triunfador mas heróico, un Salvador en fin mas deseoso de compartir con sus miembros místicos los ricos despojos de su victoria? ¡Oh Jesus amante! Ahora comprendo perfectamente con cuánta razon gritaba un dia Isaias, previendo estos sentimientos de vuestro corazon: Apresúrate á consumir tu conquista, corre á recoger los laureles de tu victoria, abalázate á los trofeos de tu triunfo: *Accelera spolia detrahere: festina prædari*. Esos trofeos preciosos, esos nobles despojos de vuestra redencion no son los de vuestra humanidad sacratisima que dejais indiferente posar en la oscuridad de la tumba, sino las almas de vuestros fieles servidores cuya conquista mirais como el primer objeto de vuestro interés.

Tal es, M. A. O., el deseo que Jesucristo manifiesta de asociarnos á su felicidad. Puesto que si tanta fué su solicitud respecto de los justos de la antigua ley, ¿cuál será su ardor generoso respecto de los que hemos tenido la dicha de pertenecer á la nueva ley del Evangelio? ¿Dudaremos ya un momento de que el que vino á redimirnos con su sangre nada ansia tanto como comunicarnos sus merecimientos en el cielo? ¿Podremos abrigar la menor idea de desconfianza creyendo que el interés que el Salvador se toma por ponernos en posesion de nuestra eterna dicha sea menor del que mostró por conquistárnosla á tan caro precio? No: que no hay para Jesus gloria mas positiva, ni gozo mas puro que el comunicarnos su propia bienandanza; ni con otro objeto sufrió y trabajó tanto antes de verificar su Ascension á la patria de la inmortalidad, sino por dejarnos espedito el camino y allanarnos las dificultades que entorpecian la

realización de nuestras esperanzas. Si nosotros no sentimos un fervor idéntico, unos deseos tan vivos y eficaces de conseguir el cielo como desplegó Jesucristo por llevarnos á él, culpa es de nuestra ceguera, de nuestra indiferencia, de nuestra impasibilidad punible. Adheridos nuestros corazones á una tierra de tránsito donde solo somos peregrinos, locamente apasionados por una vida prestada y de corta duración, rara vez nos elevamos á contemplar las inefabes delicias de aquella mansion feliz que estamos llamados á habitar como ciudadanos de los santos, domésticos de Dios y familiares del rey de la gloria; preferimos el destierro á la patria, la esclavitud á la libertad, la sombra del ser á la realidad de la existencia. ¡Hed ahí nuestro error, hed ahí nuestra desgracia! A nosotros, pues, cumple modificar nuestras ideas, rectificar nuestros sentimientos, ennoblecer nuestras aspiraciones. Y al efecto, ya que hemos visto el modelo del fervor con que debemos ansiar nuestra perdurable felicidad, en el deseo y solicitud que Jesucristo manifestó en asociarnos á su propia gloria, réstanos ver en los sacrificios que hizo por facilitarnos su posesion, los que de nosotros exige tan alta recompensa.

SEGUNDA REFLEXION.

No pretendo, M. A. O., hablaros aquí de los costosos sacrificios que tan generosamente multiplicó el divino Redentor durante el curso de su vida hasta el momento de su muerte, por adquirirmos el derecho de entrar en aquel reino de que un decreto celestial nos habia desterrado para siempre. Sabido es que no hubo un solo instante desde el pesebre hasta el Calvario, que no fuese para Jesus de oblaçion y de martirio. Ahí están sus sudores, sus fatigas, sus persecuciones, sus abatimientos, su sangre, que hablan cuan alto pudiera la mas rica elocuencia en favor del que todo lo renunció, todo lo toleró, á todo se resignó en el mundo por reconquistar al linage desheredado la herencia perdida en el paraíso. Nada de esto pienso

recordaros para demostrar lo que me he propuesto. Bástanme los sacrificios hechos por el Salvador glorificado ya, ó sea desde el momento de su resurreccion prodigiosa hasta el en que cual conquistador ilustre hendió el espacio y penetró en la region de los bienaventurados. Y de hecho, ved ese rey de las eternidades salir vencedor del sepulcro, enriquecido con los dotes de agilidad, impasibilidad y sutileza que le impelian, digámoslo así, hácia el centro de su perdurable descanso. ¿Cómo es, empero, que se detiene en la tierra el que ya pertenece esclusivamente al cielo? ¿Por qué no se apresura á lanzarse á las alturas á disfrutar del fruto de sus trabajos? ¿Qué puede retener en este suelo que solo ha brotado espinas y abrojos, llanto y miseria, desolacion y amargura, á quien sus merecimientos llaman al seno de la quietud y del regocijo, centro natural de sus deseos y aspiraciones? ¿No ha llenado ya la gran mision que en el tiempo le fué confiada? Si alguna cosa queda por cumplir es únicamente el vaticinio relativo á su triunfal entrada en la gloria. Estos son los pensamientos del hombre: pero los pensamientos de Dios son muy diversos. Jesucristo no debia subir al cielo por sí solo, ni para sí exclusivamente habia conquistado aquel imperio universal. Si llevaba consigo una parte de sus despojos, dejaba en la tierra otros que no le eran menos caros. Si marchaban en su compañía numerosas cohortes de almas queridas á quienes ya alcanzára el precio de su rescate, otras innumerables debian permanecer aun esperando el dia del triunfo. El mundo quedaba lleno de miembros misticos de su cuerpo glorificado, que reproduciéndose sin cesar estaban llamados á constituir su reino espiritual hasta la consumacion de los siglos. Era pues preciso proveer de remedio á los débiles, enjugar el llanto de los huérfanos, fortalecer á los que vacilaban, y proporcionar á todos abundantes consuelos y esperanzas. Y á este fin el Salvador sacrifica su descanso, su felicidad, su gloria, y tiene que violentar, permítaseme esta espresion, sus aspiraciones incesantes, sus impulsos y tendencias que le elevan hácia su centro por el único interés de facilitar á los suyos que quedan en el mundo la consecucion de la dicha que les ha comprado, ya que no le es dado llevar consigo á los que todavia deben gemir y suspirar ausentes de la Sion celestial.

Observad en efecto, ¡qué de apariciones y visitas! ¡Qué de cambios y variaciones! ¡Cuánta inquietud y agitación! ¡Qué multiplicidad de formas y de figuras adopta en los cuarenta días que transcurren desde su resurrección á su Ascension á los cielos! Se le vé unas veces al borde de su sepulcro, otras á las orillas del mar, aquí en ademán de caminante, allí en traje de jardinero, tan pronto conversando con los discípulos que se dirigen á Emans, poco despues comiendo con ellos y sirviéndoles á la mesa, y siempre y en todas partes sacrificando la condicion gloriosa de su cuerpo á las necesidades y exigencias de aquellos á quienes desea hacer participantes de sus bondades. Si el alma de Samuel evocada por orden de Saul, ó mas bien enviada por Dios á la tierra, se quejaba altamente de la violencia que se le hacia estorbando su reposo; ¿cuánto mas derecho hubiera tenido Jesucristo, cautivo de su amor en medio de su misma gloria, para decir á Magdalena, á Pedro, á Tomás y los demas discípulos: ¿por qué vuestra poca fé me detiene todavía en este lugar de destierro? *Quare inquietastis me* (1)? Mas bien lejos de quejarse de esta violencia amorosa, comienza por anunciarles la paz: *Pax vobis*. Parece que se complace en ver surgir en sus espíritus nuevas dudas para tener ocasion de proporcionarles nuevas seguridades. No las satisface todas á la vez, sino lentamente, á fin de prolongar todavía mas su estancia en medio de los que ama. Cien veces se despide de ellos, y otras tantas torna á buscarlos; y ya se queja de que nada tengan que pedirle, ya les anuncia el próximo advenimiento del Espíritu consolador, ora les sorprende en lo mas recóndito del cenáculo y les muestra sus luminosas cicatrices para curar su incredulidad, ora vuelve á dejarse ver en el lago de Galilea para exigirles testimonios de su afeccion; nunca le falta materia para discurrir con ellos, siempre le parece demasiado pronto para dejar su compañía. ¡Oh! ¿Quién no vé en estas amorosas inquietudes del divino Salvador el cumplimiento literal de aquel oráculo de los santos libros: « Mis delicias son morar con los hijos de los hombres (2) »

(1) I. Reg. XXVIII. 48.

(2) Proverb. VIII. 34.

La Ascension de Jesucristo á los cielos es una nueva y concluyentísima prueba de esta verdad. Aunque á su carro victorioso sigan en pos otros diez mil cargados cada uno de un millon de almas triunfantes, segun la alegoría de los profetas (1), el amor de este conquistador glorioso no se halla aun satisfecho con ese séquito brillante. Quisiera poder asociar á su comitiva cuantos deja en el mundo: y ya que no le es dable arrebatarnos consigo al cielo para ponerles en posesion de su gloria, les dá al menos la investidura, derramando sobre ellos su bendicion paternal; protesta que solo el interés de su bien le obliga á separarse de ellos por algun tiempo (2); pero asegurándoles que no tardará en tornar á dejarse ver para llevarlos consigo (3); que su amor no le hará inactivo, ni la distancia será bastante á hacerle olvidar de los que ha dejado en la tierra, en donde morará invisible en su compañía para que no vivan en una triste horfandad, ínterin les prepara el lugar que han de ocupar en su reino (4).

Con estos sentimientos sube al cielo nuestro divino Salvador. ¿Y dudais acaso que los conserve siempre gravados en el fondo de su corazon? ¡Ah! No hagamos á Jesus tamaña injuria. En su pecho arde incesantemente aquel sagrado fuego que vino á encender en la tierra. Ni en lo mas leve ha podido variar su deseo eficaz, su inquieta solicitud, su aspiracion continua de asociarnos á su felicidad. No en vano multiplicó sus cuidados durante el tiempo que permaneció en la tierra despues de su resurreccion gloriosa; no en vano nos legó prendas tan inestimables de su paternal ternura; no en vano dilató tomar posesion de los laureles de su triunfo por asegurarnos la herencia que nos habia conquistado. ¿Pudo hacer mas para facilitarnos la entrada en el cielo? ¿Economizó ninguna especie de sacrificios que pudieran asegurar nuestro dichoso porvenir? A nosotros toca examinar cómo hemos correspondido á tanta abnegacion: qué sacrificios hemos hecho para merecer tan gran ventura. Mas ¡ay! La

(1) Psalm. LXVII. 48.

(2) Joan. XVI. 7.

(3) Ib. XIV. 3.

(4) Ib. 18.

(1) Psalm. LXVII. 48.
(2) Joan. XVI. 7.
(3) Ib. XIV. 3.
(4) Ib. 18.

vergüenza sonroja nuestra frente al considerar que nada hemos hecho, nada hacemos que sea digno de tan alta recompensa. El cielo con todos sus encantos no puede hacer á Jesucristo olvidar nuestra ausencia; y la tierra á pesar de sus amarguras y tristes desengaños no basta á hacernos suspirar por la presencia de nuestro amante caudillo. ¡Contradiccion monstruosa! ¿No es él nuestra cabeza y nosotros sus miembros? ¿Cómo pues pueden estos dejar de suspirar por unirse á aquella, dice el P. San Leon? Y sin embargo ello es así. ¿Manifestamos de nuestra parte aquella santa impaciencia que siempre mostró el Dios-Hombre por asociarnos á su gloria? ¿Deseamos vivir unidos á él con tanta insistencia como él desea vivir con nosotros? ¿Nos parecen tan largos los dias de nuestra vida en medio del continuo peligro de perder su amistad, como cortos le parecian á Jesus los suyos para proporcionarnos los medios de poseerle sin temor? Al tocar al término de su estancia en este mundo, véasele contar los momentos que le restaban deseando prolongarlos cuanto le era posible en obsequio de los hombres; y nosotros vemos deslizarse los años sin consagrar siquiera un suspiro á aquella patria inmortal donde reside nuestro tesoro y nuestro único bien. No es así como obraron esas almas justas que hoy vemos glorificadas con él en la Sion feliz. ¡Qué de votos no formaron en pos de él los justos del antiguo Testamento! Sus lenguas no encuentran términos suficientes para expresar la viveza de sus ansias. Una sed ardiente devora sus corazones (1); quisieran poder robar á la paloma sus alas para hendir los vientos y abrazarse con el objeto de su amor (2); llaman en su auxilio al cielo, á la tierra, á los montes, á los valles, y piden á toda la naturaleza que les descubra la faz del Dios Salvador (3). ¡Y qué gemidos tan lastimeros, qué suspiros tan amargos no lanzan los discipulos al ver á su divino Maestro penetrar el viento y desaparecer de su vista como un meteoro fugitivo? Ahogada su voz por los sollozos, los ojos son los únicos que hablan: fija su vista en la nube que les arrebatá

(1) Psalm. XLI. 3.

(2) Psalm. LIV. 7.

(3) Isaiaë. XLV. 8.

su vida y su bien, siguenle aun despues que ha desaparecido con su corazon y con su espíritu. Menester es que los ángeles vengan á despertarles de aquel indefinible éxtasis, y les obliguen á llevar á otra parte su pena y su dolor.

Imitemos pues á esos hombres de deseos. No mas adhesion á los bienes perecederos de la tierra. Busquemos el verdadero encanto y la positiva felicidad en el cielo á donde nos precedió Jesucristo nuestro caudillo para prepararnos el lugar que debemos ocupar un dia, si fieles á nuestra vocacion unimos á los deseos eficaces de conseguir nuestra dicha los sacrificios correspondientes para merecerla, bien así como nuestro Salvador no se contentó con desear fuésemos consocios de su gloria, sino que se sacrificó cuanto pudo para conquistarnos el derecho á ella. Fijos nuestros ojos como los de los varones santos de Galilea en nuestro precursor Jesus que subió á su Padre y á nuestro Padre, á su Dios y á nuestro Dios, á él esclusivamente dirijanse de hoy mas nuestras aspiraciones. Y si alguno nos preguntáre qué es lo que esperamos, qué es lo que buscamos en aquella mansion eternal, respondamos con el ángel de las Escuelas: «Solo á mi Dios y Salvador, única recompensa que ansio. Sobradamente avaro é ingrato es el corazon que no se satisface con tan rico tesoro.» De este modo correspondiendo dignamente á los altos fines que se propuso en el misterio de su Ascension gloriosa á los cielos, subiremos con él ahora con el espíritu y el corazon, interin llega el dia que nuestras almas se unan realmente á él para no volverse á separar jamás por los siglos de los siglos.

DISCURSO II

PARA EL DIA DE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS CIELOS.

JESUCRISTO EN SU ASCENSION NOS FRANQUEA EL CAMINO DE LA GLORIA,
ADQUIRIÉNDONOS UN DERECHO INDISPUTABLE Á SU POSESION, Y
REVELÁNDONOS LOS MEDIOS DE CONSEGUIRLA.

*Fortissimum solatium habemus, qui confugimus ad tenendam propositam
spem: quam sicut anchoram habemus animæ tutam ac firmam, et incedentem
usque ad interiora velaminis, ubi præcursor pro nobis introivit Jesus.*

Tenemos un poderosísimo consuelo los que aspiramos á alcanzar los bienes que nos propone la esperanza, la cual es para nuestra alma una âncora firme y segura; pues en virtud de ella, entraremos un dia en el eterno santuario del cielo, á donde Jesus subió primero como nuestro precursor.

AD HÆBR. VI. 48, 49, 20.

DE muy antiguo venia dominando en el mundo la idea de que un Dios Salvador debia ser el que rehabilitando al hombre en sus primitivos destinos, le franquearia el camino de la eterna felicidad que perdiera desorientado en los escabrosos senderos de la culpa, y le conduciria por sí mismo hasta las puertas de los celestiales alcázares, de donde el rayo del omnipotente le lanzó indignado en el dia de su furor. Los intrépidos y herbicos caudillos que de tiempo en tiempo suscitó el Señor en medio del pueblo depositario de sus promesas, para que le guiasen á través de los desiertos á la tierra bendecida centro de sus esperanzas y suspiros, no hicieron mas que bosquejar al verdadero jefe del pueblo cristiano, que en su dia, echando por tierra las altas murallas que le separaban de la pátria celestial, le haria entrar en ella victorioso precediéndole en su ilustre triunfo. ¿Y

qué otra cosa significaba aquella columna de fuego, que á través de la obscuridad marcaba á los hijos de Israel libertados por Moisés del ominoso yugo de los tiranos de Egipto, el derrotero que debían seguir para llegar al término de su peregrinacion, sino aquel que siendo la antorcha luminosa destinada á alumbrar al mundo, designaria á los mortales la senda del cielo por donde deberian marchar una vez rescatados del cautiverio del pecado y de la servidumbre del infierno?

El profeta rey comprendió á fondo este misterio, y vió anticipadamente el triunfo de la humanidad en Jesucristo y por Jesucristo libertador de la raza de Adán, cuando en un indefinible arrobamiento exclamó: «El Señor es la parte que me ha tocado en herencia, y la porcion destinada para mí: él y no otro será quien me restituya el legado que me cupo en suerte. Delicioso es el sitio que está reservado á mi alma. Por eso mi corazón salta de gozo, y mi lengua prorrumpe en cánticos de alabanza: porque también mi carne participará del eterno reposo de los justos, y no permitirá Dios que experimente el horror de la corrupcion. Tú, tú mismo me mostrarás las sendas de la vida; me colmarás de gozo con la vision de tu divino rostro, y á tu diestra me embriagaré de perdurables delicias (1).»

Difícilmente pudiera hallarse un rasgo mas vivo y animado de la creencia que el misterio de este dia nos patentiza y confirma de una manera sublime. Siquiera sea cierto que siempre y donde quiera Jesucristo fué durante su vida mortal en la tierra nuestro camino, nuestra verdad, y nuestra vida, puesto que con sus ejemplos nos mostró el rumbo de la salvacion, con su doctrina nos afianzó en la fé de nuestros positivos destinos, y con los prodigios de su amor y de su bondad nos arrancó del poder de la muerte, no lo es menos, dice San Ambrosio, que en su Ascension gloriosa á los cielos, fué donde nos descubrió é hizo patente aquella senda hasta entonces desconocida para la humanidad, por lo que en la sucesivo debia marchar con seguro y firme paso á la eterna bienandanza (2). Y hé aquí los re-

(1) Psalm. XII. per tot.

(2) Hodie Christus ab inferis surgens ad superos, viam quam nos prius habebamus innotam, fecit nobis notam. S. Ambros. de Ascens.

sultados del gran misterio de este día, que el apóstol San Pablo nos recuerda cuando nos dice en el pasaje que me sirvió de texto: «Tenemos un poderosísimo consuelo los que aspiramos á conseguir los bienes que nos propone la esperanza, la cual es para nuestra alma una áncora firme y segura; pues en virtud de ella, entraremos un día en el eterno santuario del cielo, á donde Jesus subió primero como nuestro precursor: *Fortissimum solatium habemus qui confugimus ad tenendam propositam spem: quam sicut anchoram habemus animæ tutam ac firmam, et incedentem usque ad interiora velaminis, ubi præcursor pro nobis introivit Jesus.*»

Veamos pues, cómo Jesucristo nos ha franqueado en su Ascension el camino de la gloria: «primeramente, adquiriéndonos un derecho indisputable á su posesion; en segundo lugar, revelándonos el medio de conseguirla.» Dos breves consideraciones que dividirán el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

Que el Verbo eterno haciéndose hombre representó en su persona la humanidad entera, es una verdad de tan alta importancia y de consecuencias tan inmensas, que conviene no perderla nunca de vista, por cuanto ella es la base sobre que descansa toda la economía de la redencion, la piedra angular del místico edificio de la religion católica, y el alma, digámoslo así, de todos los misterios propuestos á nuestra fè. Así lo enseñan unánimemente con San Pablo todos los grandes génius del cristianismo, y de esta doctrina deduce el Padre San Leon, que justamente por haber reunido Jesucristo en sí mismo la naturaleza de todos los hombres, es por lo que ha podido y puede defender la causa universal de la humanidad y verificar su salvacion (1). Despréndese igualmente de este principio otra conse-

(1) S. Leo. Serm. II. de Ascens.

cuencia no menos consoladora, á saber: que estando los hombres representados en Jesucristo como cabeza y jefe que es de todos ellos, resulta que todos sus misterios nos pertenecen directamente, nos son personales, refiérense á nosotros no menos que á él; tanto que, como ha dicho San Agustin, si su resurreccion gloriosa fué el fundamento de nuestra esperanza, su triunfante Ascension al cielo no es otra cosa mas que nuestro propio triunfo, nuestra Ascension anticipada, la sancion y confirmacion de nuestra futura bienandanza (1).

Esto que á primera vista pudiera parecer una exageracion piadosa, no es sino un hecho fundado en los principios de la mas pura teologia y de la misma razon ilustrada. ¿Tenia acaso necesidad el Salvador de subir al cielo en su cualidad de Dios? Ninguna: puesto que como tal jamás se separó ni un instante de aquella mansion feliz en donde siempre existió á la diestra de su Eterno Padre, aun en aquel tiempo en que nacido del seno de una madre terrena, vivió y conversó visiblemente en el mundo. Solo pues en su cualidad de hombre tuvo necesidad de volver al cielo: y esto no por sí, sino por la humanidad á quien representaba: por cuanto siendo el Hombre tipo, el Hombre modelo, el Hombre perfecto, el Hombre por excelencia hacíase preciso que tomase posesion de la herencia que nos habia adquirido, subiendo á la gloria como delegado y plenipotenciario de los que habia rescatado con su sangre. De este modo, dice el citado Padre San Juan Crisóstomo, Jesucristo en su Ascension gloriosa introdujo consigo en aquella mansion felicísima las primicias de nuestra humanidad, colocándola en el mismo lugar que él á la diestra de su Eterno Padre, sublimándola sobre los coros angélicos, elevándola á la misma altura de los arcángeles, y asociándola á su misma gloria en el trono de su magestad, bien así como la habia unido á su propia naturaleza para restablecerla en su dignidad primitiva (2).

(1) Resurrectio Domini spes nostra est; Ascensio Domini glorificatio nostra est. (S. Aug. Serm. II de Ascens. 175 de temp.)

(2) Christus ascendens in cœlum, nostræ naturæ primitias obtulit Patri, et oblatum donum miratus est Pater, quod et tanta dignitas offerēbat, et quod offerebatur nulla macula foedabatur. Nam et suis manibus

¡Qué motivo tan poderoso de júbilo! ¡Qué fuente tan inagotable de consuelos! Las esperanzas del mundo hállanse ligadas á ese misterio de inefable bondad. Jamás el humano linage tuvo un pretesto mas plausible para enorgullecerse de su positiva grandeza. Miembros los hombres de aquella sagrada cabeza con quien están perfectamente unidos, unas mismas son sus glorias, idénticos sus derechos, iguales sus triunfos, y sus destinos inseparables. ¿Quién de hoy mas pudiera dudar del indisputable derecho que adquirió á la posesion del cielo, habiendo tomado asiento alli en la persona de su divino representante, desde el dia en que Jesucristo subió á él victorioso del infierno, llevando consigo los trofeos de nuestra pasada esclavitud? ¿Quién pudiera abrigar el menor recelo ó la mas leve desconfianza habiéndole precedido y dejándole espedito el camino aquel que personificando en sí á toda la humana naturaleza, entró á nombre de ella en el pleno goce de todos los privilegios, inmunidades y prerogativas que la pertenecian ya á título de conquista, una vez aberrojado en la cruz el poder tirano que la usurpára sus derechos? ¡Oh! no, dice San Leon: «ninguna razon pudiera justificar ya nuestras dudas; puesto que no solamente fuimos reconocidos por legítimos herederos del reino de Jesucristo en el dia en que este tornó á él glorificado, no solamente se sancionaron nuestros indisputables títulos á su posesion, sino que de hecho entramos á poseerle junto con nuestro Salvador, recibiendo en virtud de su divina gracia mayores bienes que habíamos perdido por efecto de la envidia de nuestro comun enemigo: pues si este con sus infernales ardidés logró arrojarnos de la primitiva mansion de nuestra felicidad, aquel por un inefable cargo de su amor, incorporándonos á sí propio, nos colocó á la diestra de su Padre para que con él viviésemos por toda la eternidad (1).»

suscepit oblatum, et suæ sedis fecit esse participem, et quod plus est, ad partem suæ dexteræ collocavit... Non enim ad omnem gloriam cælos transisse suffecerat, sed cælos transivit, supra Cherubim ascendit, ultra Seraphim elevatur, nec ante stetit, nisi sedem Dominicam meruisset, etc. (S. J. Chrys. Ser. de Ascens. T. 3.)

(1) Hodie non solum paradisi possessores firmati sumus, sed etiam

En nada pues perjudica nuestra creencia en este punto aquel pasaje de los divinos libros en que Jesucristo dice: «Nadie sube al cielo, sino aquel que descendió del cielo, esto es, el Hijo del hombre que está en el cielo (1).» Estas palabras que á primera vista parecen desconcertar nuestras ideas y turbar nuestra fé, no hacen por el contrario sino confirmarnos más en la doctrina que venimos deduciendo del misterio de la Ascension del Señor. ¿No es cierto, como poco antes digimos fundados en las palabras del Apóstol, que el Salvador es la cabeza de la Iglesia, y que nosotros somos sus miembros? ¿No es evidente que la humanidad entera asociada en la Encarnacion á Jesucristo, no forma con él sino un solo cuerpo compacto y perfecto cuyas partes inseparables, reciben por todos los vasos y conductos de comunicacion el espíritu y la vitalidad proporcionalmente á su capacidad respectiva (2)? Pues ved, dice San Agustin, la solucion de ese gran problema. Al pronunciar el Salvador aquellas palabras habla en cualidad de jefe y cabeza de todos los predestinados, bajo cuyo concepto jamás se separó de nosotros: puesto que aun cuando él esté en el cielo y nosotros en la tierra, siempre que por la fé, por la esperanza y por la caridad pertenezcamos á ese cuerpo místico, ni un solo instante nos hallamos desunidos de nuestra cabeza. Nuestra humanidad pues restaurada en Cristo, nuestra naturaleza incorporada á Cristo, nuestra dignidad restablecida por Cristo es la que con Cristo sube al cielo en el dia de su Ascension; y por consiguiente, con el Hijo del hombre, Cristo, debemos ser asociados un dia para gozar perpétuamente de su misma bienaventuranza, ya que asociados á su naturaleza en la tierra hemos participado de su divinidad, y recibido con ella todos sus derechos. Solo resta que con nuestra fé en sus misterios, con nuestra confianza en

coelorum in Christo superna penetravimus: ampliora adepti per ineffabilem Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam. Nam quos virulentus inimicus primi habitaculi felicitate dejecit, eos sibi concorporatos Dei Filius ad dexteram Patris collocavit. (S. Leo. Sermon. I de Ascens.)

(1) *Nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis qui est in cœlo. Joan. III. 13.*

(2) *Ad Ephes. IV. 16.*

sus promesas, con nuestra adhesión á sus preceptos, con la práctica de sus enseñanzas, y con una constante fidelidad en amarle sepamos hacernos dignos de sus merecimientos, y entonces no seremos en realidad nosotros, sino él, con quien nos hallaremos identificados, el que subirá al cielo, puesto que solo en él y por él entraremos á poseer el reino que nos franqueó con su muerte. Para eso descendió á la tierra como el buen pastor á recoger la oveja que se hallaba ausente de su aprisco. ¿Qué otra cosa figuraba esta, dice un santo doctor, sino la humanidad estraviada en los tortuosos senderos de la culpa original? ¿Por quién sino por ella abandonó á los ángeles y dejó la mansión de su eterna bienandanza, á fin de atraerla al celestial redil de donde el demonio la arrebatara seduciendo en el paraíso á su padre criminal? No le bastaba al Verbo llamarla con los amorosos silbidos de su gracia. Impotente por sí misma para levantarse de la profunda postración en que se hallaba, fué preciso que aquel Dios amoroso bajase á darla la mano; y en efecto, haciéndose hombre, la reunió á sí en su persona divina, lavó con su sangre las heridas que en ella abriera el lobo infernal, la fortaleció y consoló con su doctrina, la vivificó con su muerte; y por último, tomándola sobre sus espaldas redimida y justificada la llevó consigo al eterno aprisco para presentársela á su Padre como un homenaje de gloria. Tal es el pensamiento de San Epifanio, y de este modo explica aquel pasaje del Evangelio que dice: «Vino el Hijo del Hombre á buscar y salvar lo que había perecido (1).»

Admirad pues, M. A. O., cuánto es el amor de Jesucristo, cuán grande su bondad en este misterio de su Ascension. Criados para el cielo, perdimos los derechos que á él teníamos en virtud de una funesta transgresion, casi en el mismo instante en que acabábamos de recibirlos. Desterrados de aquella patria feliz, puesto que lo fué nuestro padre comun, andábamos errantes y perdidos sin esperanzas y sin porvenir. Los siglos pasaban y la humanidad precipitándose de abismo en abismo, alejándose cada vez mas de su centro, buscando

(1) Venit Filius hominis quærere et saluum facere quod pericrat.
(Luc. XIX. 10.)

en vano lo que no podía encontrar. Pero apiadado en fin el Verbo, dice San Leon, desciende á la tierra, llama á la humanidad, incorpora á si, convierte la debilidad en virtud, reviste lo corruptible de su propia incorruptibilidad, inmortaliza lo que de suyo era mortal, glorifica lo que yacia en el mas profundo abatimiento; y rehabilitada así la humana naturaleza la lleva consigo como trofeo de su victoria, y la asegura para siempre sus ulteriores destinos (1). Si pues la resurreccion del Salvador nos dió una prenda anticipada de nuestra resurreccion futura, su Ascension á los cielos confirmó y realizó todas sus promesas. Si allí adquirimos un título indisputable á disfrutar un día de la misma bienaventuranza de Jesucristo, aquí entramos en posesion de ella. Los antiguos patriarcas, los justos todos del antiguo Testamento, desde Adan hasta el último de ellos, resucitados con el Salvador y que con él subieron al cielo como primicias de su victoria, no hicieron mas que precedernos. Allí nos esperan, desde allí nos llaman, allí nos tienen reservado el sitio que debemos ocupar, y jamás nos seria licito dudar de ese dogma consolador, ya que si ellos fueron asociados á la gloria del Salvador por haber creído en el Mesías venidero, iguales y si cabe mayores títulos tenemos á esa recompensa los que firmemente profesamos la fé, la doctrina y el Evangelio del Hijo de Dios venido al mundo.

Pero de poco nos serviria haber adquirido ese derecho á la posesion del cielo, si ignorásemos los medios de conseguirla. Hed aquí el segundo beneficio que Jesucristo nos dispensa, la segunda enseñanza que nos dá en este misterio, y el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

La primera ventaja práctica que envuelve la Ascension de nuestro Salvador á los cielos, es habernos revelado una verdad de la

(1) *Post passionem vero, raptis mortis vinculis, quæ vim suam in eum qui peccati erat nescius, incedendo perdiderat, infirmitas in virtutem, mortalitas in immortalitatem, contumelia transivit in gloriam... donec triumphum victoriæ, quem reportarat a mortuis, inferret et cœlis.* (S. Leo. Serm. II de Ascens.)

mas alta importancia, el haber desenvuelto á nuestra vista un dogma que los errores y las pasiones humanas habian oscurecido de la manera mas lastimosa. Nada puede concebirse mas absurdo que la doctrina de la antigua filosofia con relacion al origen y al fin del hombre. «A despecho, dice un sábio orador, de la creencia universal de la humanidad, íntimamente persuadida de que el ser racional habia sido criado directamente por Dios, de quien recibiera la doble vida física é intelectual fundada en la union del alma y del cuerpo; á despecho de la creencia de todo el linage humano que hacia derivar de Dios todas las leyes conservadoras de su ser, y todos los misterios relativos á su condicion y á sus futuros destinos; á despecho en fin de esa misma creencia que designaba al hombre despues de su muerte una felicidad eterna ó una eterna desgracia, los filósofos de la antigüedad empeñábanse en no ver en el ser humano mas que una produccion fortuita, un animal sin destino y sin porvenir. Negaban la inmortalidad de su alma, y aun los que se la concedian no era sino bajo el concepto de una permanencia mas ó menos larga en el cuerpo. En una palabra, ni la mas ligera idea tenian de una recompensa perdurable ó de un eterno castigo; y por consiguiente el hombre solo estaba destinado á vegetar algunos dias en la tierra, para desaparecer despues en la oscuridad de un sepulcro. Tales eran los sentimientos que acerca de este punto venian dominando en el mundo, siquiera las tradiciones primitivas conservadas en un rincon del globo hallasen todavía eco en la conciencia de la humanidad. ¡Pero cuán poco hubiera tardado esta en olvidarlas completamente sin el auxilio de la revelacion divina! Mas vino Jesucristo, y en el misterio de su Ascension acabó de confirmar las enseñanzas que acerca de esta materia habia dado á los hombres, y destruyó todas las doctrinas contrarias al fin del hombre inventadas por una razon extraviada y enferma. «Yo estaba con mi Padre, dice, y vine al mundo: ahora dejo el mundo y vuelvo á mi Padre (1).» ¡Qué palabras tan elocuentes! ¡Qué espresiones tan sublimes! ¡Qué doctrina tan consola-

(1) A Deo exivi, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. (Joan. XVI. 28.)

dora! Ella encierra toda la historia de Jesucristo y la nuestra. El origen de la humanidad, sus destinos, su porvenir, sus esperanzas, todo se halla reasumido en ese bello pasaje. Él nos revela que así como el Verbo existía en Dios y con Dios, y descendió á la tierra á hacerse hombre, también nuestra alma que se hallaba en Dios, pues que la crió de la nada, descendió al seno de nuestras madres para unirse á un cuerpo mortal; que á la manera que Jesucristo nació y vivió visiblemente como hombre en el mundo, así nuestro espíritu vive y se hace visible mediante el cuerpo; y por consiguiente, que no de otra suerte que Jesucristo murió, resucitó y subió al cielo en cuerpo y alma, nosotros debemos morir, resucitar y subir un día en él y con él á aquella mansion de eterna bienandanza. ¡Oh revelacion admirable! De hoy mas, nos dice el Apóstol, dejamos de ser extranjeros y advenedizos, y somos conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, puesto que estamos edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y unidos á Jesucristo piedra angular de la nueva Jerusalem (1). De hoy mas somos los únicos seres del tiempo presente que pertenecemos al siglo venidero, los hombres del porvenir, los hombres de la eternidad, los candidatos del cielo, llamados á participar de una vida sin término y de una gloria perdurable. Esto nos demuestra ese misterio de la glorificacion de nuestro Salvador Jesus, y por lo tanto, preciso es, dice San Leon, que en nuestra alma se avigore ese sentimiento que causa toda nuestra dicha, teniendo siempre fijos nuestros deseos allí donde no es dado á nuestros ojos corpóreos penetrar, habiendo Dios dispuesto con su sábia economía este acontecimiento maravilloso para que nuestra fe no se entibie, ni fluctúe nuestra esperanza, ni se resfríe nuestra caridad (2).

(1) Ad. Ephes. II. 19, 20.

(2) *Magnarum hic vigor est mentium, et valde fidelium lumen est animarum, incunctanter credere quæ corporeo non videntur intuitu, et ibi figere desiderium, quo nequeas inferre conspectum... Quo ordine operum divinarum nos fundati, nos ædificati sumus: ut mirabilior fieret gratia Dei, cum remotis a conspectu hominum, quæ merito reverentiam sui sentiebantur indicere, fides non deficeret, spes non fluctuaret, charitas non teperet.* (Loc. cit.)

¿Y cómo podremos merecer esa magnífica recompensa? He aquí el punto mas importante de mi discurso, y el gran fruto que debemos sacar de la contemplacion del misterio de este dia. Yo deduzco, M. A. O., una enseñanza provechosísima de la circunstancia del lugar mismo en que Jesucristo verificó su Ascension gloriosa. No sin un motivo especial nos refieren los Evangelistas que el Salvador se elevó á los cielos desde el monte de las Olivas, donde se hallaba el huerto de Gethsemaní. ¿Y qué significa el haber elegido para realizar su triunfo aquel lugar en donde algunos dias antes se habia prosternado humildemente contra la tierra? ¿Qué quiere decir el rodearse de millares de ángeles, allí donde algun tiempo antes viérase cercado de inhumanos verdugos? ¿Qué nos revela el desplegar toda la grandeza y magestad de un rey, allí donde no há mucho fuera aprisionado como un esclavo? ¿Qué demuestra el hacer gala de todo su poder como Dios, allí donde habia agonizado como el mas débil de los hombres? ¿Qué manifiesta en fin el consumir su victoria allí donde habia comenzado su pasion? ¡Ah! San Pablo se ha encargado de descorrer el velo de este misterio. «Sabed, dice, que todo esto nos dá á entender de una manera clara y evidente que no es posible participar de la gloria de Jesucristo, sin participar antes de sus oprobios; que para gustar de sus consuelos es forzoso haber gustado de sus amarguras; y que seria una contradiccion monstruosa aspirar á subir con el Salvador al cielo, sin haber padecido como él las adversidades y mortificaciones que nos proporciona la tierra (1).» No sin gran pena y repugnancia os recuerdo, A. M., esta doctrina tan dura y opuesta á vuestra delicadeza. Pero si os enseñase otra diferente, no haria sino constituirme eco de esos funestos sistemas que ruinas tantas han hacinado en la sociedad. ¿Y de qué me serviria prostituir mi mision y enseñaros que sin arriesgar vuestro eterno porvenir podriais entregaros impunemente á todos los goces é ilusiones del tiempo, y aspirar á poseer el cielo sin abandonar las delicias de la tierra? ¡Ah! No permita el Señor que por declararme protector de vuestras pasiones, me haga el enemigo y verdugo de vuestras almas, escandalizándolas lejos de edificarlas, perdiéndolas en vez de salvarlas.

(1) II. Corint. I. 7, *non enim habemus dominium tempore nostro sed christi*

¡Y qué! Sobre todos los sofismas de la razón, sobre todos los errores del entendimiento, sobre todas las pasiones del corazón, ¿no está la eterna verdad de Jesucristo que nos asegura que el reino de los cielos padece violencia, y que solo se arrebatan los que á sí propios se hacen una guerra incesante (1)? Pero no por eso os acobardeis, almas débiles, corazones tímidos. En la misma Ascension de nuestro Salvador teneis una prueba concluyente de lo que podeis y debeis esperar de su gracia y de su bondad para luchar heroicamente en este mundo. ¿No veis cómo al despedirse de su Madre santísima, de sus apóstoles, de sus discípulos y de todos cuantos se hallaban presentes á aquel acto, derrama sobre ellos una bendicion paternal? ¿No veis cómo renueva y repite sin cesar esa misma bendicion á medida que se vá elevando en los aires, y no cesa de hacerlo hasta que se oculta completamente á sus ojos (2)? Pues bien, esa bendicion ha recaido sobre toda la Iglesia militante figurada en aquellos santos personajes, ha quedado vinculada á toda la humanidad, para que fortalecida con ella pueda marchar intrépida por la senda del Calvario, seguir la huella que Jesucristo la trazó con sus padecimientos, y conseguir un día su misma recompensa.

Admirad en efecto esa Iglesia militante caminando hácia el cielo en pos de Jesucristo, caudillo de los predestinados que lleva en la mano la Cruz con que conquistó el mundo, y en su humanidad santísima las gloriosas cicatrices del combate. Tras sus huellas marcha la santísima Virgen con la cruz de sus dolores no menos pesada que la de sus méritos y privilegios. Siguenla los apóstoles con la cruz de su apostolado, los mártires con la de sus tormentos, los doctores con la de sus estudios, los confesores con la de sus fatigas, los penitentes con la de sus austeridades, las vírgenes con la de su castidad. No hay un solo justo ora del antiguo ora del nuevo Testamento, que no lleve la cruz de su heroismo secreto. Todos cuantos siguen á Jesucristo hácia el cielo, muestran ya la penalidad del deber en su semblante, ya los estigmas de la mortificacion en su cuerpos estos el sentimiento de la abnegacion en su alma, aquellos

(1) Matth. XI. 12.

(2) Luc. XXIV. 50, 51.

las lágrimas del arrepentimiento en sus mejillas. Mas al propio tiempo, ¡qué paz tan profunda! ¡Qué gozo tan puro! ¡Qué entusiasmo tan indefinible! ¡Ah! Es que la fé de Jesucristo los anima, su esperanza los sostiene, su gracia los alienta, sus ejemplos les dan fuerza y vigor, su uncion los consuela, su bendicion los cubre, los defiende, los acompaña y los corona.

Con esa bendicion, con esa esperanza, con esa fé, aumentada prodigiosamente en la Ascension del Salvador, dice el precitado San Leon, los primitivos fieles no temieron las cárceles, ni los destierros, ni la ferocidad de las fieras, ni los suplicios de la mas esquisita crueldad. Con ella no solo los hombres provecos, sino aun los niños y las tiernas doncellas, lucharon generosamente hasta derramar toda su sángre. Con ella los apóstoles que á despecho de las enseñanzas y milagros de su Maestro estremeçianse á vista de sus tormentos, y no sin grandes vacilaciones creyeron en la verdad de su resurreccion, al verle subir glorioso á los cielos se trasformaron en nuevos hombres y sintieron convertirse en gozo lo que antes les infundía el mas profundo terror: porque fija su mente en la contemplacion de la divinidad de Jesucristo, colocada á la diestra del Padre juntamente con su humanidad, estaban seguros de que ni descendiendo á la tierra habíase separado del cielo, ni tornando al cielo habia abandonado á los que dejára en la tierra, habiéndose por el contrario acercado tanto mas al hombre con su divinidad, cuanto mas su humanidad parecia haberse alejado de él (1).

(1) Hanc fidem Ascensione Domini auctam, non vincula, non carceres, non exilia, non fames, non ignis, non laniatus ferarum, nec exquisita persequentium crudelitatibus supplicia terruerunt. Pro hac fide per universum mundum, non solum viri, sed etiam fœminæ, sed etiam teneræ Virgines usque ad effusionem sui sanguinis decertarunt. Unde et ipsi beati Apostoli, qui tot miraculis confirmati, tot sermonibus eruditi, atrocitatem tamen Dominicæ passionis expaverant, et veritatem Resurrectionis non sine hæsitacione susceperant, tantum de Ascensione Domini profecerunt, ut quidquid illis prius intulerat metum verteretur in gaudium... Tunc igitur filius hominis, Dei Filius excellentius sacratiusque innotuit... et ineffabili modo cœpit esse divinitate præsentior, qui factus est humanitate longuiquior. (Ib.)

Aspiremos pues, M. A. O., á merecer esa dicha inmortal, ese porvenir eterno, esa gloria perdurable, cuyo derecho nos adquirió Jesucristo, y cuyo camino nos trazó en su Ascension á los cielos, dándonos su posesion y enseñándonos el medio de adquirirla. «No se conturbe nuestro corazon, dice San Agustin, porque le sea necesario luchar y vencer en este mundo para arrebatár aquella corona, aquellos laureles, aquel reino á donde nos precedió nuestro precursor por la senda de los oprobios y de la Cruz. Subamos espiritualmente á él, interin llega el suspirado dia de subir tambien con el cuerpo. Pero no olvidemos que ni la soberbia, ni la avaricia, ni la voluptuosidad, ni ningun vicio puede subir con Jesus nuestro médico celestial. Rompamos pues las ligaduras que nos tienen aprisionados al mundo y á sus pasiones, para poder cantar un dia con el Salmista: Oh Señor, vos habeis quebrantado mis hierros, y héme aquí que vengo á ofrecer una hostia de alabanza (1).» De este modo lograremos ser en el tiempo miembros dignos de nuestra divina cabeza, soldados aguerridos de la militante Jerusalem la Iglesia católica, y despues moradores de la triunfante Sion de la gloria por eternidades de eternidades.

(1) Non turbemur in terra. Ibi sit mens, et hic erit requies. Ascendamus cum Christo interim corde: cum dies ejus promissus advenerit, sequemur et corpore. Scire tamen debemus, quia cum Christo non ascendit superbia, non avaritia, non luxuria: nullum vitium nostrum ascendit cum medico nostro... Et ideo cum Dei adjutorio, secundum quod ait Psalmista, dirumpamus vincula eorum, ut securi possimus dicere Domino: Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis. (S. Aug. Serm. de Asc. 173 de Tempore.)

DISCURSO I

PARA EL DIA DE PENTECOSTÉS, Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

EL DIA DE PENTECOSTÉS, ES EL ANIVERSARIO DEL TRIUNFO DE JESUCRISTO, RECONOCIDO EN EL MUNDO COMO JUSTO, DIOS, SALVADOR Y MAESTRO DE LA HUMANIDAD.

Cum venerit Paraclitus quem ego mittam vobis a Patre, Spiritum veritatis, qui a Patre procedit, ille testimonium perhibebit de me.

Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí.

JOAN. XV. 26.

HÉ aquí el gran día que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en él. Estas palabras del rey profeta, tienen una aplicacion oportunísima en este día de Pentecostés; día feliz bajo todos conceptos, día de gloria para Jesucristo, día de triunfo para la Iglesia, día de renovacion para todo el universo. Cumpliéronse en él todas las promesas del Hijo de Dios; realizóse el fin de su augusta mision en la tierra; recibieron una sancion solemne todos los dogmas del nuevo culto; el Evangelio fué proclamado; y el reino de la verdad quedó definitivamente establecido sobre las ruinas del error y de la mentira.

Disponiase el Salvador á tornar al cielo. Sus discípulos carnales aun y materializados, interrogábanle si seria pronto restablecido en su antiguo esplendor el reino de Judá; y aquel divino maestro, despues de darles en rostro con su ceguedad, les promete que en breve

les llenaria de la virtud de lo alto, y derramaria sobre sus inteligencias nuevos tesoros de sabiduria que les facilitasen la comprension de cuanto les tenia enseñado. «Yo rogaré al Padre, les dice, y os dará un Conocedor para que esté con vosotros eternamente; á saber, el Espíritu de verdad á quien el mundo no vé, pero vosotros le conoceréis porque morará en vosotros (1). Él os enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas (2). Y cuando viniere el Espíritu de verdad que procede del Padre y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí, y vosotros tambien le dareis puesto que desde el principio estais en mi compañía (3).»

En efecto, las magníficas predicciones del Hombre-Dios se verifican al pié de la letra: su bondad se manifiesta visible á todo el mundo; su misericordia se ostenta con prodigios inauditos, su poder resplandece en fenómenos nunca vistos. El Espíritu Santo descende de las celestiales alturas, y llena toda la tierra con los tesoros de su gracia y de su amor. Dije mal, el amor personificado, el amor esencial, el amor en su mas sublime idea, el amor del Padre y del Hijo, tercera persona de la Trinidad Beatísima, es el que es enviado á la tierra como el don mas precioso y la prenda mas estimable que podia esperar. ¿Y cuáles son los resultados de ese don altísimo? ¡Ah! Jesucristo se hallaba como sepultado en el seno de los oprobios, y en este dia es dado á conocer con los mas brillantes rasgos de grandeza y magestad. Los Apóstoles andaban dispersos y errantes llenos de temor y cobardia, y de repente se convierten en héroes magnánimos. Los pueblos yacian envueltos en las tinieblas del error, é iluminados por una luz divina abren los ojos á la verdad. Ved ahí M. A. O. el gran triunfo del Salvador en la tierra, al par que la mas augusta victoria de la religion cristiana. Triunfo sin igual, victoria sin semejante. Los Césares, los Alejandros, los conquistadores de mayor nombradía, jamás consiguieron una ovacion tan brillante y magnífica. Sus laureles marchitados frecuentemente con la sangre de los

(2) Joan. XIV. 16, 17.

(2) Ib. 26.

(3) Ib. XV. 26, 27.

pueblos que subyugaron, no ofrecen á la vista sino trofeos de la tiranía mas despótica: la orgullosa soberbia de los vencedores, y las lágrimas de los vencidos. ¡Cuán diferentes empero son los objetos que el Espíritu Santo nos presenta en este dia! ¡Qué espectáculo tan bello! ¡Qué cuadro tan encantador! Jesucristo proclamado públicamente Justo, Dios, Salvador, y maestro del Universo, los Apóstoles convertidos en conquistadores de toda la tierra; las naciones libertadas de la servidumbre moral: tal es el triple triunfo que nos recuerda la presente festividad. Limitémonos por hoy á considerar el que Jesucristo reportó en su divina persona, dejando para otra ocasion el que consiguió en sus heraldos y en los pueblos sometidos á su evangelio. Hed aquí trazado el asunto de mi discurso.

Pero ante todo, oh Espíritu divino, venid á mi mente, é ilustradla con los rayos de vuestra sabiduría; penetrad en mi corazon, é inflamadle con el fuego de vuestra caridad; posad en mi lengua, y comunicadla vuestra divina elocuencia, para que pueda hablar dignamente de vuestras grandezas. A este fin interesaré en mi favor á la que fué vuestro santuario y templo augusto, saludándola llena de gracia, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Es una verdad innegable, un hecho confirmado por mas de diez y ocho siglos, que la venida del Espíritu Santo fué para Jesucristo la proclamacion de su gloria, la sancion de su divinidad y el triunfo mas brillante de todos sus atributos. El oráculo que venia anunciando este triunfo fué cumplido en toda su estension. Hasta entonces nada habia podido vindicar suficientemente sus pasadas ignominias. Su misma resurreccion que hubiera debido cubrirle de gloria, por un efecto de los impenetrables designios del cielo permaneciera oculta en el mas profundo silencio, sin que ninguna lengua se atreviese á publicar tan grande maravilla. Pero llega el instante anun-

ciado por los profetas, amanece el día de Pentecostés en que el Espíritu Santo desciende á la tierra enviado por Dios en nombre de su Unigénito; y ¡qué transformacion tan prodigiosa se opera en las ideas! ¡Qué revolucion tan feliz se verifica en los sentimientos! ¡Qué modificacion tan sorprendente experimentan las creencias! ¡Qué reparacion tan solemne recibe Jesucristo de sus pasados ultrajes! Do quiera el Espíritu de verdad proclama la santidad de su persona, la divinidad de su origen, la magestad de su sacrificio, y la sublimidad de su Evangelio. Aquí le presenta como el justo por excelencia, allí como Hijo verdadero del Altísimo; ora como el Salvador del linaje humano, ora como el doctor universal de las naciones. ¡Sorprendenté espectáculo! No bien el Espíritu Santo se deja ver sobre los apóstoles en la forma de lenguas de fuego, cuando la noticia del prodigio estendiéndose con la rapidez del rayo, reúne á todos los habitantes de Jerusalem en torno del cenáculo y en la plaza pública. Allí se apiña una multitud prodigiosa de extranjeros que habian concurrido á la solemnidad. Todos llenos de asombro y de estupor preguntáanse mutuamente qué es lo que ocurre, y quieren ser testigos oculares de aquel fenómeno que pone en movimiento la población. ¿Y qué es lo que oyen de los lábios de aquellos hombres inspirados? ¿Qué es lo que el Espíritu divino les dice por sus lábios? Díceles que Jesus de Nazareth fué un varon lleno de las mas sublimes virtudes, cuyos pasos quedaron señalados por los mas brillantes beneficios (1); y sin temor de que se les desmienta, apelan los Apóstoles al testimonio mismo de los que lo han visto, y evocan las pruebas de hecho de sus propios enemigos. ¿Y es posible que así se atrevan á justificar á la faz de todo el mundo á un hombre que acaba de ser condenado al último suplicio por la pública autoridad? ¿No es esto insultar á la Sinagoga é imputarla la mas irritante injusticia? Nada importa. Ella oirá á su despecho verdades todavía mas amargas y sensibles. Ella se verá reconvenida de haber tratado del modo mas indigno al modelo de virtud, á la fuente de toda justicia, á la santidad por excelencia. Ella se verá acusada de haber negado pérfi-

(1) Act. X. 38.

mente al enviado de Dios, y condenado á morir como criminal al mas inocente de todos los nacidos. ¿ Con qué derecho, gritan en tono imperioso, te has atrevido, oh nacion insensata, á ejercer tan inaudita crueldad con el Mesias? ¿Cómo osaste posponerle á un malhechor insigne á despecho de los esfuerzos que por libertarle de tu rabiosa venganza hizo tu mismo presidente Pilatos (1)? Igual lenguaje se hace oír en la asamblea de los pontífices y magistrados. Se les echa en rostro su inexcusable inhumanidad, se les prodigan los dictados de traidores y homicidas, se les recuerdan los crímenes cometidos por sus padres á quienes han escedido en barbarie, puesto que si aquellos derramaron la sangre de los profetas que anunciaron la venida del Justo, estos marchando por sus mismas huellas pusieron el colmo á su maldad haciéndole morir ignominiosamente cuando le tuvieron en su seno. De esta suerte el Salvador del mundo abrumado poco há bajo el peso de las mas atroces imposturas, encuéntrase por la virtud del Espíritu Santo plena y auténticamente justificado á los ojos de todo Jerusalem.

No brilla menos que su santidad en aquel dia su divino origen. ¿ A quién sino á Dios solo pertenece enviar el Espíritu Santo á la tierra y comunicar á toda carne sus dones celestiales? ¿Quién sino Dios solo puede hacerse obedecer de la naturaleza é intimar sus leyes á todo cuanto en el mundo respira? Pues bajo estos dos caracteres tan propios y exclusivos de la divinidad se dá á conocer á Jesucristo en el dia de Pentecostés. Declárase terminantemente que él es quien ha hecho descender el Espíritu Santo para obrar los prodigios que tienen á la vista (2); que él es el autor de la vida y el árbitro universal de los humanos destinos, cuya autoridad no reconoce limites (3). Y uniéndose á las razones los hechos mas brillantes se vé curar súbitamente los enfermos, salir los espíritus malignos de los cuerpos de los enérgumenos, lanzarse los muertos fuera del sepulcro, correr los desgraciados que jamás pudieran hacer uso de sus

(1) Act. III. 14.

(2) Ib. II. 33.

(3) Act. III. 15.

miembros, y recibir la salud los aquejados de diferentes dolencias con solo tocarles la sombra de los discípulos del Crucificado. ¿Qué es esto? Semejantes prodigios no pueden menos de llamar la atención universal. Una muchedumbre inmensa de espectadores contempla estática y con ávidos ojos á aquellos hombres singulares por quienes se verifican tales fenómenos. Mas estos no tardan en desengañar de su error á los que les juzgan autores de tamañas maravillas, declarando altamente que todo ello es obra de aquel Jesus cuyo nombre basta á trastornar todas las leyes del mundo físico y moral, y cuya virtud y poder son irresistibles (1). Hasta el bautismo que es una consagracion del hombre á Dios, se atribuye á Jesucristo en cuyo nombre se confiere, y por quien son regenerados los judios que se arrepien de su crimen (2). ¿Podia evidenciarse de un modo mas claro la divinidad del Mesias?

Pues no solamente es reconocido como verdadero Dios, sino que desde aquel dia recibe, digámoslo así, la investidura de Salvador á quien todos los hombres deben recurrir para obtener la vida eterna. No puede imaginarse un lenguaje mas espresivo que el que en este punto usan los apóstoles iluminados por el Espiritu Santo. Sus palabras son saetas encendidas que penetran hasta la médula de los huesos; su energía revela la mas profunda conviccion; su tono firme y resuelto lleva el estremecimiento hasta los corazones mas obstinados. Arrepentios, dicen, y haced penitencia, oh habitantes de Jerusalem; apresuraos á creer en el Hijo de Dios cuyas magnificencias proclamamos, pues él solo es quien puede borrar vuestras iniquidades, perdonar vuestros crímenes, y apaciguar la cólera celestial que amenaza vuestras cabezas. Sabed que ese Justo á quien sacrificásteis tan cruel é impiamente ha venido á ser la piedra angular del edificio de vuestra salvacion. En vano la reprobásteis en vuestro ciego furor; si no os apoyais en ella vuestra ruina es segura y vuestra perdicion inevitable. ¿En quién fundaríais vuestras esperanzas fuera de él? ¿Quién sino él podria detener el brazo de la di-

(1) Act. IV. 40.

(2) Ib. II. 38.

vina venganza? Nadie absolutamente: porque en virtud de un especial privilegio que á él solo pertenece, él es el único mediador entre el hombre y Dios; su nombre es el único debajo del cielo que puede justificar al impío; y de su invocacion depende esclusivamente la dicha de todos los mortales (1). Así habla por boca de aquellos hombres fervorosos el Espíritu de verdad; y para completar el magnifico cuadro que han trazado de las grandezas del Salvador inefable de la humanidad, añádese que él es el verdadero Pontífice de los bienes venideros que ha ofrecido el mas aceptable de todos los sacrificios, no derramando la sangre de los toros y becerros, sino su propia sangre de infinito valor, con la que, bien diferente de los sacerdotes de la antigua ley que necesitaban inmolar por sí y por el pueblo víctimas impotentes para expiar sus delitos, logró pacificar el cielo con la tierra, unir lo visible con lo invisible, franquear á los hombres el santuario de la misericordia, cancelar el funesto decreto de reprobacion lanzado contra la raza de Adan, y abrirles las puertas de la inmortalidad.

Por último, la cualidad de Doctor y maestro universal del mundo, proclamada públicamente por el Espíritu Santo, corona el triunfo de Jesucristo en el dia de Pentecostés. Malamente intenta la ciega Sinagoga hacer valer sus antiguas tradiciones, y evocar sofisticos argumentos para negar á Jesus de Nazareth este derecho que forma el rasgo característico de su gran mision en la tierra. Victoriosamente quedan pulverizados todos sus racionios, con la auténtica demostracion que el Espíritu de verdad hace por boca de los apóstoles de que aquel á quien el pueblo judío ha desechado como un impostor sacrílego, es el verdadero profeta anunciado por Moisés, de quien vienen hablando los libros todos del antiguo testamento, á quien Isaias designó muchos siglos antes bajo este dictado, cuyos oráculos autorizó el cielo en la cumbre del Thabor señalándole como el Hijo querido de Dios, depositario de sus verdades, y cuya doctrina se hace preciso escuchar y practicar sopena de incurrir en una eterna reprobacion (2) ; Y qué fuerza no dan á estas teorías los he-

(1) Act. IV. 12.

(2) II. 3, et seq.

chos que inmediatamente se siguen! ¡Qué sancion tan solemne no reciben estas enseñanzas con la práctica adoptada en virtud de ellas! Ved como desde luego queda abolida la circuncision legal, y reemplazada con el bautismo; ved como las observancias de la antigua ley ceden el lugar á las máximas evangélicas; ved como los preceptos mosaicos dejan de tener fuerza obligatoria y son sustituidos por los del nuevo legislador. Si surge entre los primitivos fieles una cuestion acalorada sobre la conveniencia ó inconveniencia de conservar y respetar ciertos usos consagrados por muchos siglos: ¿á quién se apela para dirimir la contienda? ¿Qué testimonio es el que se oye para pronunciar un fallo definitivo? ¿Qué autoridad se evoca para dar por terminado aquel asunto? La autoridad de Jesucristo, su ley, su regla es la única que se consulta, la única que se obedece, la única que triunfa. Desde entonces el maestro de la mas sublime filosofia vé á sus discípulos adoptar una nueva enseña, un nuevo distintivo, un nuevo dictado, y denominarse cristianos para no confundirse con los que desechan su doctrina ó se oponen á su Evangelio.

De este modo, M. A. O., aquel hombre adorable perseguido en todas direcciones durante su vida mortal, arrastrado como un criminal á los tribunales injustos de jueces corrompidos y enconosos, desgarrado cruelmente con el azote del esclavo, crucificado entre dos malvados como el mas insigne criminal, se encuentra en el gran dia de Pentecostés ensalzado y glorificado ante los pontífices y magistrados, ante los fariseos y los doctores, ante la Sinagoga y el pueblo entero de Jerusalem, como el Justo por excelencia á quien se debe honrar, como el Dios verdadero á quien es preciso adorar, como el único Salvador, de quien hay que esperar todo bien, y como el Doctor y Maestro universal cuya doctrina está llamada á regenerar al universo. Triunfo admirable de Jesucristo, en el que se vé verificado al pié de la letra el oráculo que poco antes pronunciára diciendo: «Cuando viniere el Espíritu consolador, Espíritu de verdad que procede del Padre y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí.» ¡Y qué testimonio mas auténtico pudiera dar de su inocencia que hacerla reconocer por sus mas mor-

tales enemigos, por los mismos que mas habian influido en su condenacion y en su muerte como criminal! ¡Qué prueba mas evidente de su divinidad que obligar á prosternarse ante el mismo instrumento de su suplicio á los que inhumanamente le crucificaron! ¡Qué rasgo mas elocuente de su dignidad de Salvador, que desplegar repentinamente en los corazones mas obstinados sentimientos del mas profundo arrepentimiento, y llevar á los piés de sus enviados compungidos y tristes á los que poco antes le blasfemaban como un hombre pecador! ¡Qué demostracion mas irrecusable de su divino magisterio que forzar á someterse á su doctrina y á abrazar su Evangelio á cuantos hasta entonces se habian burlado de sus divinas enseñanzas! Jamás el Hijo de Dios recibió una ovacion tan universal; nunca se vió rodeado de tanta magestad, y de tanta gloria como en el dia de Pentecostés. Allí todas las naciones reunidas presencian el triunfo de Jesus proclamado por el Espíritu Santo en la persona de los pescadores del mar de Galilea. Allí las diversas provincias del imperio romano, dominador á la sazón del orbe, representadas en sus delegados, concurren á solemnizar la victoria del Dios del Calvario, que muy en breve estenderá sus conquistas hasta los mas remotos confines del globo. Allí las naciones mas separadas por sus costumbres, leyes é idiomas, Parthos, Medos, Elamitas, los habitantes de Mesopotamia, del Ponto y de la Libia, el muelle Asiático, el Arabe indomable, el Egipto orgulloso, el Frigio indolente, tanto Judíos como Prosélitos, los de Cyrene como los de Grecia, todos oyen celebrar en sus propias lenguas las maravillas de Jesucristo (1). Así es, Señor, como observais respecto de vuestro Hijo, objeto de vuestras tiernas delicias, las leyes de la mas rigurosa equidad. Y ya que él solo se propuso complaceros en todo, y á trueque de tributaros un honor y una alabanza perpétua se sacrificó sin la menor reserva, vos proclamais su gloria, coronais su frente augusta de eternos resplandores, haceis caer á sus piés á sus perseguidores confundidos y anonadados, y que todo el mundo reconozca su soberanía, y adore su divinidad.

(1) Act. II, 9, 40, 41.

Tales son los efectos de la venida del Espíritu Santo con relacion á Jesucristo. He ahí el gran triunfo que este reportó en el día de Pentecostés. A los que ciegos ó incrédulos pretendán todavía negar ese augusto misterio que hoy celebramos; á los que en su lastimosa obstinacion nos preguntaren dónde están las pruebas de ese acontecimiento sorprendente, sin ir á buscar otros mil testimonios de esta creencia de nuestra fé, les diremos señalando á nuestro divino Salvador: Ahí las teneis. Tomad en vuestras manos ese libro viviente, ojeadle con atencion, devoradle con avidéz, y nada mas necesitareis para esclarecer vuestras dudas, y convenceros de la veracidad de cuanto la Iglesia nos enseña acerca de este punto. Sobre que ningun motivo plausible podeis alegar para poner en tela de juicio un hecho histórico confirmado por una constante tradicion, un hecho el mas público, el mas notorio, el mas solemne y universal que registran los fastos de la antigüedad sagrada; sobre que ningun dato, ninguna prueba admisible podeis oponer á un acontecimiento de que fueron testigos casi todos los pueblos del mundo entonces conocido, á menos de chocar hasta con el mismo buen sentido; decidme: ¿quién sino el Espíritu Santo pudo obrar una revolucion tan inesperada en las ideas y en los sentimientos de aquella nacion deicida? ¿Quién sino el Espíritu Santo fué capaz de cambiar repentinamente los corazones de los que acababan de crucificar á Jesucristo, para que reconociesen y confesasen su inocencia y santidad? ¿Quién sino el Espíritu Santo tuvo poder suficiente para obligar á caer rendidos al pié del Calvario á los que todavía tenian teñidas sus manos en la humeante sangre del Hijo de María, adorándole como Hijo de Dios y Dios verdadero? ¿Quién sino el Espíritu Santo logró que en el mismo sitio en que acababa de sufrir el Hombre-Dios el suplicio de los facinerosos, se le predicase Salvador único de toda la humanidad? ¿Quién por último sino el Espíritu Santo pudo hacer que el llamado impostor, energúmeno, maldito, embaucador por aquella raza de vívoras que jamás le perdonó el haberla dado en rostro con su incredulidad, fuese poco despues admirado como maestro de toda verdad, como doctor de la positiva sabiduria, y como único legislador del mundo? Si en estos rasgos no conoceis la accion de ese Espíritu de fuerza y de po-

der que distribuye sus dones como le place, y hace cuanto le agrada como dueño de todos los corazones y árbitro de los destinos humanos; si en ese triunfo de Jesucristo no veis las consecuencias de aquel Espíritu que procediendo del Padre y del Hijo es consubstancial con ambos, y enviado por este á la tierra se hizo sensible á los apóstoles bajo la forma de lenguas de fuego en el día de Pentecostés, para que proclamasen en todo el orbe las grandezas del Dios del Calvario, decid entonces que la ceguera más espantosa ha vendado vuestros ojos, que sois hombres de dura cerviz y de corazón incircunciso, que os habeis empeñado en resistir al Espíritu de verdad sosteniendo contra ella una lucha obstinada y sistemática. Negad pues si os place este dogma consolador de nuestra fé; rechazad ese hecho al que están vinculados los destinos del mundo moral; arrancad de la historia esa bella página en donde están escritos los triunfos del cristianismo y su influencia en el porvenir de las sociedades; borrad esa prueba visible de la asistencia divina prometida á la Iglesia católica hasta la consumacion de los siglos. ¿Qué importa? No por eso lograreis desmentir lo que está fuera de toda discusion; lo único que conseguireis será haceros indignos de participar de los dones de ese divino Espíritu y de los frutos de su venida al mundo. Por lo que hace á nosotros, firmemente convencidos de que el Espíritu Santo fué quien en cumplimiento de los sagrados oráculos dió en la tierra ese testimonio brillantísimo de la santidad, de la divinidad, del sacrificio y del magisterio de Jesucristo, procuraremos propagar donde quiera ese mismo testimonio con nuestras palabras y con nuestras obras, con nuestra fé y con nuestras virtudes, con nuestra fidelidad y nuestra constancia en adorarle, servirle y amarle como á nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro Maestro.

Plegue á vos que así lo hagamos, oh Espíritu Paráclito. Venid á nosotros, morad en nuestras almas, ilustrad nuestras inteligencias, y abrasad nuestros corazones en el fuego de vuestro amor.

Veni Sancte Spiritus, et emitte cælitus lucis tue radium.

Venid á enriquecernos con vuestros celestiales dones, á derramar en nosotros los tesoros de vuestra gracia, y á hacernos apreciar la

posesion de vuestras luces, vos que sois padre del indigente, socorro del necesitado, y guia del ciego que camina en las tinieblas.

Veni pater pauperum, veni dator munerum, veni lumen cordium.

Venid : de vos espera el consuelo el alligido mortal, en vos busca asilo el peregrino en la tierra, y con vos confia hallar remedio el que gime bajo el peso de la adversidad.

Consolator optime, dulcis hospes animæ, dulce refrigerium.

Cuando nuestra alma se siente abrumada por la fatiga, vuestra inspiracion calma su cansancio; cuando el fuego de las pasiones la enardece, vuestro soplo templá los ardores de la concupiscencia; cuando nuestros ojos vierten amargo llanto, vuestra presencia derrama en el corazon el dulce bálsamo de la paz.

In labore requies, in æstu temperies, in fletu solatium.

Nada hay sin vos que pueda satisfacer al hombre en esta tierra de quebranto : sin vuestra antorcha no haria sino tropezar y precipitarse de abismo en abismo.

Sine tuo lumine, nihil est in homine, nihil est innocuum.

Lavad pues lo que en nosotros hay de manchado; fecundizad con vuestra gracia la esterilidad de nuestras almas; curad con vuestra uncion las heridas que en ellas abrió la culpa, mostrándonos el camino del bien para que jamás nos estraviemos de él.

Lava quod est sordidam, riga quod est aridum, sana quod est saucium.

Haced que despues de celebrar dignamente en el tiempo vuestras grandezas y los triunfos de vuestra gracia, logremos un dia la recompensa de nuestras virtudes, el galardón de nuestra constancia, y el perdurable gozo á que aspiramos en la mansion de la inmortalidad.

Da virtutis meritum, da salutis exitum, da perenne gaudium.

Amen.

DISCURSO II

PARA EL DIA DE PENTECOSTÉS, Ó VENIDA DEL ESPÍRITU
SANTO.

EL DIA DE PENTECOSTÉS ES EL ANIVERSARIO DEL TRIUNFO DEL CRISTIA-
NISMO EN LA PERSONA DE LOS APÓSTOLES TRANSFORMADOS EN HÉROES
DE LA RELIGION, Y EN LA RELIGION MISMA MARAVILLOSAMENTE
PROPAGADA EN TODA LA TIERRA.

Emittes Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terræ.

Enviareis, Señor, vuestro Espíritu, un nuevo mundo será criado, y se renovará la faz de la tierra.

PSALM. CIII. 30.

TODAS las festividades cristianas son unas fuentes perennes de gozo y felicidad. A todas se hallan ligados preciosos recuerdos y gratos acontecimientos. De todas ellas brota la fé mas viva, la esperanza mas firme, el amor mas ardiente y depurado: porque donde quiera hallamos documentos sublimes, enseñanzas importantísimas y lecciones prácticas de virtud. Pero estos sentimientos que son comunes á todas y cada una de las solemnidades consagradas por la Iglesia Católica, se experimentan mas particularmente en la que hoy forma el objeto de nuestro culto. Pentecostés es el dia de las gracias mas abundantes, de los mas preciosos dones, de las mas ricas esperanzas. Pentecostés es el aniversario del establecimiento definitivo del cristianismo, de la propagacion del Evangelio, de la fundacion del imperio imperecedero de la Cruz, del triunfo de la verdad sobre el error, de la regeneracion del Universo operada por el Espíritu

Santo. En ese día tuvieron cumplido efecto las predicciones que anunciáran el asombroso acontecimiento que debía fijar el porvenir del mundo moral. En él fué una verdad lo que seis siglos antes dijera el Señor por el profeta Joel: «Yo enviaré mi Espíritu divino «sobre toda clase de hombres, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y aún sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu, «y obraré prodigios en el cielo y en la tierra. Entonces cualquiera «que invocáre el nombre del Señor, será salvo, porque en el monte «de Sion y de Jerusalem, hallarán la salvacion los restos de Judá «que serán llamados (1). Y conoceréis que vuestro Dios es quien «ha obrado tales maravillas, y jamás será confundido mi nuevo «pueblo (2). En él por último, se realizó visiblemente el vaticinio de «David: Enviareis, Señor, vuestro Espíritu, en cuya virtud surgirá «un nuevo mundo, y se renovará el aspecto de la tierra (3).»

* Esta renovacion, este cambio feliz es el que hoy llama especialmente mi atencion en la presente festividad. Nada es mas grato, nada mas capaz de entusiasmar un corazon cristiano que el recordar ese suceso que realizó las esperanzas del mundo, dió un nuevo giro á las ideas, modificó los sentimientos de la humanidad, creó aspiraciones de un órden superior, y abrió un porvenir brillante á los que hasta entonces no veian tras de sí sino desgracias, y delante de sí humillacion y ruinas. Veamos cómo se verificó esta transformacion portentosa, segun el relato del evangelista San Lucas. Jesucristo habia subido al cielo, dejando en la tierra á los que habian compartido las fatigas de su Apostolado. Reunidos estos en un mismo sitio, esperaban el cumplimiento de las promesas que al despedirse les hiciera su divino Maestro. Llega el día de Pentecostés en que los judios celebraban el aniversario de la promulgacion de la ley Mosáica, hecha en el Sinai cincuenta dias despues de la salida del pueblo hebreo del cautiverio de Egipto. Repentinamente se levanta un torbellino impetuoso, y oýese un ruido extraordinario en derredor del

(1) Joel. II. 28 et seq.

(2) Ib. 26.

(3) Psalm. CIII. 30.

Cenáculo. En esto se vén aparecer unas como lenguas de fuego, que repartiéndose, se posan sobre cada uno de ellos; y llenos todos del Espíritu Santo, comienzan á hablar distintos idiomas, ó sea un idioma universal é inteligible á todos los que de diversos puntos acuden á la nueva del prodigio. Y tanta es la admiracion que causa aquella súbita mudanza, que asombrados cuantos presentes se hallan, no cesan de esclamar: ¿Cómo esos hombres pueden saber lo que dicen, si nada han estudiado en su vida (1)?

Hé aquí justamente el fenómeno que vamos á estudiar, y en el que consiste el gran triunfo reportado por el cristianismo en el día de Pentecostés. Triunfo, que si en Jesucristo se manifiesta tan brillante como en otra ocasion dejamos demostrado, «no se muestra menos digno del Espíritu Santo su divino autor en la persona de los Apóstoles transformados en héroes de la religion, y en la religion misma propagándose en toda la tierra, y sometiendo todos los pueblos al imperio del Evangelio.» He manifestado el plan de mi discurso. Solo nos resta invocar las luces de ese Espíritu de ciencia y de verdad, para que se digne comunicarme un destello de su sabiduría, á fin de poder desenvolver con fruto el asunto que me he propuesto. Interpongamos al efecto la poderosísima mediacion de la Virgen purísima, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

No menos admirable se muestra la profunda sabiduría de Dios en los vastos designios que concibe para su propia gloria, que en los medios que elige para llevarlos á cabo en bien de la humanidad. Proponiéndose llamar á sí todos los pueblos, y reunirlos en torno de su Cruz á pesar de la diversidad de idiomas, de religion y de intereses que los separan, echa mano de ministros capaces de dar cima

(1) Act. II. 1 et seq.

á la grande obra que concibiera. Pero al mismo tiempo para que jamás el miserable mortal, henchido de un ridiculo orgullo, se atribuya á sí propio el éxito de sus trabajos, como fruto de su habilidad ó de su génio, con igual facilidad que sabe sacar de las piedras hijos de Abraham, segun el lenguaje bíblico, estraee de la bez del pueblo aquellos hombres llamados á las árduas funciones del apostolado, y forma de unos seres groseros é ignorantes los primeros conquistadores evangélicos. Esta transformacion es la que constituye el primer triunfo de la religion cristiana en el dia de Pentecostés. Ella es obra esclusiva del Espíritu Santo, cuya accion poderosa sobre los apóstoles verificó aquel gran prodigio que presenció Jerusalem con universal asombro, cuando vió á unos sencillos pescadores de las riberas de Galiléa hacerse los heraldos del nuevo culto, marchar á la conquista moral del mundo, y llevar donde quiera el estandarte del Crucificado.

¿Y á qué otro principio pudiera atribuirse esa repentina modificacion de los discipulos de Jesus de Nazareth? Ellos eran unos hombres desprovistos de toda clase de conocimientos científicos, y se les vé en un momento dotados de una sabiduría extraordinaria; eran imperfectos y poco cimentados en la doctrina del Salvador, y se les vé súbitamente enriquecidos con las mas heróicas virtudes; distinguíanse por una timidez y cobardía harto manifiestas, y de un instante á otro se les vé desarrollar un valor y una magnanimidad admirables. Si la filosofia racionalista de nuestro siglo encuentra el medio de descifrar este gran problema, ó dar solucion á este fenómeno, nunca mejor ocasion hallará de lucir las galas de su ingenio. Ella que hasta la existencia histórica de Jesucristo se atrevió á poner en tela de juicio, ella para quien los hechos prodigiosos de ese Hombre-Dios no han sido mas que invenciones hábilmente dispuestas para alucinar al vulgo ignorante, ¿no nos explicaría cómo ese mismo vulgo ha podido dejarse sorprender y engañar por otros hombres del pueblo no mas sábios y sí tan ignorantes como él, y llevar á cabo esa ficcion á través de siglos de persecucion y de tirania, á despecho de las cultas escuelas de Alejandria y Atenas, y luchando con la civilizacion de Grecia y de Roma? Pero muchas veces se ha

hecho ya esta misma pregunta, en cien ocasiones se ha entablado esta misma cuestion, y todavia se espera la respuesta. Nadie la ha dado todavia, ni la dará jamás, porque es imposible á menos de recurrir al gran prodigio de Pentecostés. Allí está la solucion, allí la explicacion de ese problema que envuelve el pasado, el presente y el porvenir del mundo católico. Fuera de allí todo es oscuridad, error, sofisma; porque solo el Espiritu Santo derramando sus dones sobre los apóstoles, pudo ahuyentar su ignorancia, rectificar sus imperfecciones, y vencer su cobardia, ilustrando sus inteligencias, santificando sus corazones, y fortaleciendo sus almas para hacerles dignos de la gran mision á que eran destinados.

Y en cuanto á lo primero, bien notorio es el estado de ignorancia y estupidez en que se hallaban los apóstoles cuando fueron llamados por el Salvador á tomar parte en su obra. Colocados por su posicion de pescadores en la infima grada de la escala social, privados de toda educacion, y acostumbrados desde la infancia á trabajos duros y penosos para proveer á sus necesidades, sabrian cuando mas manejar un timon, dirigir una barca, y tender una red. De resto, estraños á todo lo que fuese pensar ó discurrir, tan lejos estaban de poseer ni aun aquellos talentos naturales que á veces se dejan vislumbrar á través de una inteligencia tosca y no trabajada por el estudio, que aun despues de oír á su divino Maestro en varias ocasiones, á pesar de vivir tres años en su compañía, á despecho de sus reiteradas enseñanzas, poco ó nada comprendian de lo que les hablaba, no solo cuando lo hacia parabólicamente, pero ni aun cuando sirviéndose de los mas tribiales ejemplos les desenvolvía su divina doctrina. Pues bien: esos mismos hombres son los que en el dia de Pentecostés tan luego como el Espiritu Santo descende sobre ellos, ven caer de su inteligencia el espeso velo que la cubria, sus tinieblas se disipan, sus dudas se esclarecen, y se encuentran llenos de una sabiduria que para ellos mismos es un fenómeno inexplicable. ¿No les veis hablar en un solo idioma á todos los hombres, y hacerse entender de todas las naciones? ¿No veis con qué facilidad explican cuanto hay de mas profundo y dificil en las divinas Escrituras, cuyos caractéres eran poco antes incapaces de leer? ¿No os

sorprende el tono de autoridad con que instruyen á los mismos doctores, el silencio que imponen á la Sinagoga, y el asombro general con que el pueblo en masa admira á unos pobres pescadores profundizar los oráculos proféticos, y desentrañar los altísimos secretos de la divinidad? Asombro tan prodigioso, que á pesar del furor de que están animados los judíos, nadie hay que ose levantar la voz ni oponer la menor objecion á la sabiduría de sus adversarios. Y esto, oh gran Dios, ¿qué prueba sino que habeis querido cumplir á la letra los vaticinios de vuestros profetas, sirviéndoos de unos hombres comparables al niño que lactan los pechos maternales, para publicar vuestras grandezas y confundir con su elocuencia patética y victoriosa á los impíos blasfemadores de vuestra augusta majestad (1)?

Y si no basta esta prueba para persuadir la accion poderosa del Espíritu Santo sobre los apóstoles, vea la incredulidad sistemática cómo esplica la segunda transformacion de esos hombres poco há imperfectos, y en la actualidad enriquecidos con las mas preciosas virtudes. La naturaleza no crea de un golpe, sino que paulatinamente va desarrollando los séres que están bajo su dominio hasta llevarlos á su perfeccion respectiva: y tanto mas lenta es su accion, cuanto mas duraderas deben ser sus creaciones. Por eso la planta destinada á vivir pocos dias se forma con mas prontitud y en menos tiempo que el roble cuya vida es de muchos años. Ahora bien, á nuestro propósito, ¿cómo se comprende que los apóstoles en quienes antes se notaban unos sentimientos interesados, unas miras mezquinas, unas ideas de predominio que contrastaban notablemente con su ignorancia, unos afectos que revelaban lo grosero de su educacion, unos instintos y unas aspiraciones en nada conformes con la doctrina que incessantemente oian de los lábios de su divino Maestro, se cambiasen repentinamente en unos hombres dotados del mas heroico desprendimiento, del mas delicado desinterés, de una humildad escesiva, de una caridad sin ejemplo, y de todas las prendas que forman las almas grandes y los corazones generosos? ¿Cómo concebir que los que aun despues de haber visto á Jesucristo mandar á los elementos,

(1) Psalm. VIII. 3.

multiplicar el pan para alimentar las turbas hambrientas, curar los enfermos, resucitar los muertos y obrar á cada paso los mas asombrosos prodigios, todavia dudaron y no poco de la realidad de su resurreccion, y solo se convencieron de ella cuando hubieron visto por sus propios ojos, palpado con sus manos, é introducido sus dedos en las llagas del Salvador, pudiesen desarrollar instantáneamente una fé tan viva, tan eficaz, tan superior á todas las pruebas y á todos los contratiempos humanos? Y ello es así, que tan luego como en el dia de Pentecostés sienten la accion del divino Espiritu en sus almas, desengañados de todos los falsos bienes que tan poderoso aliciente ejercieran sobre ellos, los desprecian altamente; desasidos del amor de la vida á que tan adheridos se mostraban, solo suspiran por una muerte gloriosa que les haga dignos de unirse á Jesucristo; y olvidados de si propios y sin contar para nada su propia comodidad, su reposo y su bienestar, conságranse con ardor á trabajar en la conversion de sus prójimos, tolerando al débil, simpatizando con el tímido, consolando al triste, socorriendo al indigente, al propio tiempo que se muestran duros é incapaces de plegar sus frentes ante la pertinacia de los corazones rebeldes y obstinados que se empeñan en resistir al Espiritu Santo que en ellos y por ellos habla. ¡Oh! Si tanta virtud, si perfeccion tan admirable, si tan prodigioso heroismo puede ser obra del hombre, producto del fanatismo, ó efecto de las circunstancias, dígalo el buen sentido, dígalo la razon ilustrada, dígalo quien quiera que sin pasion ni preocupaciones de ninguna especie haya meditado este cambio fenomenal de los pescadores galileos. Si otro principio que no sea el Espiritu de santidad procedente del Padre y del Hijo es capaz de crear tamañas maravillas, dígasenos cuál es, y le buscaremos ávidos, y le admiraremos entusiasmados, y le rendiremos nuestros homenajes. Pero tan imposible es explicar este milagro de la gracia sin recurrir á la omnipotente virtud del cielo, como hallar el motivo de ese valor invencible y de esa intrepidez varonil que triunfando instantáneamente de la cobardía de los apóstoles, les hace volar á la conquista intelectual del mundo, desafiando todos los peligros y haciendo frente á las mas violentas persecuciones.

— Nada mas débil, nada mas tímido y cobarde puede imaginarse que esos pobres pescadores. No bien han visto á su Maestro en manos de sus enemigos, cuando errantes y fugitivos como ovejas sin pastor, no saben donde ocultarse por miedo de ser habidos como cómplices del presunto reo. Do quiera se les figura ver la sombra de los judíos que los persigue, y sentir sus pasos tras de sí. Ningun asilo les parece seguro; y temblando siempre al menor ruido que oyen, no encuentran sosiego ni tranquilidad. Aun despues de la resurreccion del Salvador cuya vista debia haberles inspirado bastante seguridad, despues de su Ascension gloriosa al cielo, cuyas promesas tenian frescas y recientes, el miedo no les abandona; y encerrados todos en el Cenáculo, procuran cuanto pueden burlar la vigilancia de los judíos y evitar ser vistos por nadie. ¡Tan profundo es el terror de que se hallan poseidos sus corazones con la reminiscencia de las pasadas escenas del Pretorio y del Calvario! Mas llega el instante destinado á la realizacion de los altos designios del cielo. Suena en el reloj de la Providencia la hora del combate; el clarin de la religion llama á aquellos hombres á la conquista del mundo, y á tomar parte en la sangrienta lucha que va á trabarse entre la verdad y el error. Jerusalem oye á la hora de tercia un súbito estampido semejante al trueno; el Cenáculo se ve repentinamente iluminado con una inusitada claridad; descende sobre las cabezas de los apóstoles el Espíritu de fortaleza; y ved que los que un momento antes se estremecian al mas leve movimiento, como la hoja de un árbol seco, se lanzan impetuosamente fuera de aquel recinto, salen por las calles y plazas públicas de aquella ciudad deicida dando á todos en rostro con el gran crimen que acaban de cometer en la persona de su adorable Maestro; y aquí reprenden al orgulloso fariseo, allí interpelan al arrogante doctor, mas allá desafian al impotente Synedrío, y donde quiera se muestran campeones agnerridos del Dios del Calvario, celosos defensores de la inocencia oprimida, predicadores elocuentes de la divinidad ultrajada, héroes magnánimos de la Cruz, incapaces de palidecer ante los tormentos ni de acobardarse ante el aspecto estremecedor de una muerte que miran como su mayor gloria y su mas alta recompensa. En vano es que les

intimen la prohibicion mas severa de no hablar de Jesus ni pronunciar siquiera su nombre. «Hablares sin cesar, y do quiera haremos resonar ese nombre augusto, contestan: pues el Señor nos lo manda, y antes es obedecer á Dios que á los hombres.» Poco es que se les encarcele y azote, y que en vista de su resistencia se les condene con la pena capital. Podeis hacer lo que os plazca, dicen, pues ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni los hierros, ni la infamia, ni la pérdida de la vida nos afecta en lo mas leve, toda vez que nada de eso basta á separarnos de la caridad de Jesucristo. ¡Qué heroismo! ¡Qué magnanimidad! Parthos, Medos, Elamitas, Sirios, Arabes, Griegos y Romanos, naciones todas del mundo que en el dia de Pentecostés presenciásteis este triunfo de la religion cristiana; decid si jamás vísteis cosa mas sorprendente y digna de asombro que esos hombres á quienes poco antes os hubiéseis ruborizado de asociaros por su ignorancia, por su estupidez, por su vergonzosa debilidad y cobardía. Decid si no quedásteis pásmadas al ver transformados en generosos atletas y en heraldos briosos del Evangelio á unos pescadores idiotas y tímidos que no sabian mas que huir al menor peligro, como el ave á la sombra del cazador. Decidnos qué pensásteis al verlos despues, no satisfechos con limitar sus victorias al estrecho círculo de la Judea, dividirse entre sí el universo, marchar á la conquista de las naciones con las solas armas de la Cruz, invadir los reinos, penetrar en los palacios de los Césares, escalar el Capitolio, dar vuelta á toda la tierra sojuzgándola al imperio de Jesus y confirmando con su sangre el testimonio de su divina doctrina.

Y vednos engolfados ya, M. A. O., en el gran océano de los triunfos de la religion propagada maravillosamente en todo el globo, último efecto de la venida del Espíritu Santo en el dia de Pentecostés. Que una religion predicada con la espada en la mano, sostenida por la fuerza de conquistadores aguerridos, y promulgada al estampido del cañon se haga obedecer y abrazar por unos pueblos inermes ó inferiores en elementos de defensa; que una religion cuyos dogmas halagan las pasiones, y lisonjean todos los instintos de una naturaleza propensa de suyo á la sensualidad y á la molicie, ha-

ga rápidos progresos en poco tiempo, nada tiene de extraordinario y admirable. El terror es harto poderoso para imponer á la inteligencia los mas groseros absurdos, y pocos corazones saben resistir á los atractivos de la voluptuosidad. Empero que un culto nuevo, enemigo de la carne y de los sentidos, predicado por hombres sin autoridad y sin prestigio, inculcado con las solas armas de la persuacion, de la dulzura y del ejemplo, se propague súbitamente en todo el mundo, domine las inteligencias mas orgullosas y los corazones mas obstinados, imponga sus principios al sábio materialista, haga aceptar sus dogmas al filósofo estóico, obligue á curbar la frente ante sus misterios al hijo feroz del desierto, y logre ver rendidos ante sus altares al griego civilizado, al culto romano, al galo salvaje, al indomable ibero, y á cuanto de mas adicto á sus seculares preocupaciones cuenta el universo entre los pueblos mas distantes en hábitos, en costumbres, en idiomas, en religion, en creencias, ¿no es el fenómeno mas prodigioso que jamás se propuso á la ciencia del hombre? ¿No es el rasgo mas brillante de la divinidad de esa misma religion y de su inefable fundador? ¿No es la pueba mas convincente de la accion omnipotente é irresistible del Espíritu Santo que habla y obraba en los pacíficos conquistadores evangélicos? ¿No es el testimonio mas claro y evidente de un principio superior á todos los humanos cálculos? ¿No es en fin la demostracion mas auténtica de lo que un dia digera Jesucristo á los que destinaba á ser sus heraldos y los propagadores de su doctrina: Cuando os halláreis en presencia de los monarcas y de los magnates, no penseis de antemano lo que hayais de hablar, pues en aquella hora se os comunicará una elocuencia divina, un lenguaje persuasivo que nada será bastante á resistir, por cuanto el Espíritu de vuestro Padre será quien mueva vuestra lengua y hable en vosotros y por vosotros (1)? Hé aquí la gran solucion de ese fenómeno. Búsquese, sino, fuera del acontecimiento del dia de Pentecostés, y dígase cómo se verificó esa modificacion universal de ideas, de instintos, de creencias, de costumbres en toda la tierra; cómo en sola la ciudad de Jerusalem

(1) Matth. X. 19, 20.

se convirtieron en un solo dia tres mil personas, seguidas poco despues de otras cinco mil que abrazaron el Evangelio, entre las que se contaban ancianos, doctores, fariseos, y sugetos los mas notables tanto por su posicion quanto por su conocida aversion al Nazareno; cómo en pocos años se establecieron en Judea, Grecia y Asia muchas y florecientes iglesias destinadas al culto cristiano; cómo en fin á través de lagos de sangre y siglos de la mas horrenda tirania, llegó la Cruz á dominar en todas partes y á tener donde quiera templos, apóstoles, sacerdotes y apologistas que se reproducian de entre las cenizas mismas de los mártires sacrificados ante sus aras.

¡Oh! A vista de estos recuerdos el alma se eleva, el espíritu se engrandece, conmuevese el corazon y se encuentra penetrado de los mas dulces sentimientos y de las impresiones mas tiernas. Regocijémonos, sí, M. A. O., y no cesemos de celebrar el triunfo admirable de nuestra religion no menos portentoso en los héroes que Dios eligió para ser sus fundadores, como en el hecho mismo de su propagacion por toda la tierra. Todo ese bello aparato de magnificencia que ofrece á nuestra fé la unidad católica arranca del suceso del dia de Pentecostés. Este dia fué, hablando con toda propiedad, el del nacimiento de la Iglesia, porque entonces recibieron su complemento y su sancion todas las promesas del Salvador por la plenitud de los dones del Espíritu Santo. Desde entonces el Evangelio empezó á manifestarse en toda su fuerza victoriosa y en todo su divino esplendor. Desde entonces la verdad católica se estendió como un torrente por toda la superficie del globo. Desde entonces comenzaron á elevarse esas iglesias que fueron la cuna de nuestros padres en la fé. Bendigamos ese dia tan fausto y venturoso en que comenzó nuestro renacimiento espiritual, fruto maravilloso de los dones del Espíritu Santo que con su gracia nos santifica, consuela y engrandece. Todas las bellezas, todas las prerogativas, todas las virtudes que nos entusiasman en esas almas privilegiadas que forman la aureola de nuestra religion, no son sino otros tantos rayos del Espíritu divino que habita en ellas. Aspiremos pues todos á participar de sus inefables dones, imitando la fidelidad de los apóstoles y su constancia en esperar las promesas del cielo. Como ellos tenemos tambien una

gran mision que cumplir, un apostolado que demande de nosotros igual energia, el mismo fervor, idéntico heroismo; pues somos llamados á realizar nuestra propia salvacion y las de nuestros hermanos, y á dar donde quiera testimonio de la santidad y divinidad del Evangelio que nos honramos de profesar. Roguemos al Espíritu Santo que venga á obrar en nuestros corazones el mismo prodigio que en el de aquellos hombres portentosos, iluminando nuestras inteligencias, santificando nuestras almas, y comunicándonos un valor heroico para vencer cuanto en nosotros se opone al cumplimiento de nuestra vocacion. Guardémonos de contristar á ese divino Espíritu abusando de sus gracias y malogrando sus preciosos carismas. Él es una fuente viva, dice San Agustin: pues abrevémonos de sus puras aguas. Es un fuego luminoso, dice San Juan: caminemos, pues, tras de sus resplandores. Es el único guia que puede mostrarnos el camino de la vida eterna: no nos separemos de él ni un instante.

Venid, pues, oh Espíritu de *sabiduria*, y alumbrad las tinieblas de nuestra ignorancia. Venid, Espíritu de *entendimiento*, y enseñadnos á discernir el bien del mal y la verdad del error. Venid, Espíritu de *fortaleza*, y hacednos superiores á todos los peligros que amenazan nuestra salvacion. Venid, Espíritu de *ciencia*, y descubridnos los profundos misterios á que está vinculado nuestro porvenir. Venid, Espíritu de *piEDAD*, é inspiradnos los mas tiernos sentimientos hácia nuestro Salvador adorable. Venid, Espíritu de *consejo*, y dirigidnos al camino de nuestros eternos destinos con la sábia economía de vuestras instrucciones. Venid, Espíritu de *temor de Dios*, é infundidnosle á fin de que como hijos sumisos y amantes, temamos desagradarle mas que todos los males de este siglo. Venid, en fin, Espíritu de santificacion y de vida, y tomad posesion de nuestras almas. Manantial de todos los bienes, justificad al pecador; Padre universal, protejed al huérfano; Médico adorable, curad al enfermo; amable Consolador, enjugad el llanto del desgraciado; Objeto único de nuestras esperanzas, dadnos la prenda eterna de vuestras bondades, haciendo que los desterrados merezcamos entrar un dia en la patria celestial porque suspiramos, y ser en ella dichosos por toda la eternidad.

DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

CUÁN ADMIRABLE SE MUESTRA EL DOGMA DE LA TRINIDAD BEATÍSIMA
EN LAS BELLAS ANALOGÍAS QUE OFRECE CON EL SER HUMANO, Y CUÁN
CREIBLE SE OSTENTA EN SU MISMA INCOMPENSIBILIDAD.

Tres sunt qui testimonium dant in cælo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt.

Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa.

I. JOAN. v. 7.

Si hay un misterio ante el cual la razon humana deba abnegarse completamente en obsequio de la fé; si hay un dogma que el hombre no deba tocar sino penetrado de los mas profundos sentimientos de respeto y admiracion, es sin duda, M. A. O., el que en este dia nos propone la Iglesia Católica. ¡Qué abismos tan insondables presenta á nuestra inteligencia la infinita sabiduría de Dios en el misterio de la Beatísima Trinidad! ¡Qué arcanos tan impenetrables registra nuestro menguado saber en el dogma de un Dios único en tres distintas personas! Nunca como en este caso podemos y debemos esclamar con el Apóstol, abismados en presencia de tanta magestad, de tanta grandeza y de tanta gloria: «¡Oh altura, oh inmensidad de las riquezas de la divina ciencia! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos (1)!»

(1) Ad Rom. XI 23.

Sombras misteriosas, sinuosidades interminables, arcanos que confunden todas las ideas del génio, teorías que desconciertan todos los cálculos de la mas útil metafísica, laberintos en que se encuentra desorientado el entendimiento mas claro y perspicaz; hed ahí lo que por do quiera nos ofrece la creencia de un Dios Padre, de un Dios Hijo, de un Dios Espíritu Santo, en quien á pesar de la distincion personal, existe la unidad esencial; por cuanto siendo el Padre una persona distinta del Hijo, el Hijo una persona distinta del Padre, y el Espíritu Santo una persona distinta del Padre y del Hijo, no obstante el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, identificándose en una misma sustancia ó naturaleza, no constituyen sino una sola divinidad. Así que, si bien el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, ni el Padre es un Dios distinto del Hijo y del Espíritu Santo, ni el Hijo es un Dios distinto del Padre y del Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo es un Dios distinto del Padre y del Hijo, sino que la persona del Padre distinta de la del Hijo, la persona del Hijo distinta de la del Padre y de la del Espíritu Santo, y la persona del Espíritu Santo distinta de la del Padre y de la del Hijo, vienen á reasumirse en un solo Dios, único en esencia y trino en personas: porque todas tres son coeternas, coexistentes, coiguales segun los términos de la teología católica.

Quién osó nunca entrar en las potencias del Señor, preguntaré con el Salmista (1)? ¿Quién se atrevió jamás á escudriñar los ocultos y adorables repliegues de la magestad divina en ese misterio de nuestra religion, sin sentirse oprimido bajo el inmenso peso de tanta gloria (2)? ¿Quién se lisonjeó de poder penetrar las grandezas del sér infinito, del sér esencial, del sér increado, sin experimentar la confusion consiguiente al atrevimiento del humano orgullo que intenta desacordado arrebatarse sus secretos y disputar su sabiduría in-comunicable al que se complace en probar nuestra fidelidad y humillar nuestra pequeñez, proponiendo á nuestra fé lo que es imposible llegue á explicar nuestra prestada ciencia? Quédesese en buen

(1) Psalm. LXX. 46.

(2) Proverb. XXV. 27.

hora tamaña audacia para esa arrogante filosofía que, mal avenida con el sacrificio que del hombre exigen las altísimas verdades del catolicismo, ha querido hacer trizas el gran libro de la revelacion, para subordinar á sus menguados cálculos y á sus insensatas teorías lo que está fuera del alcance de todo raciocinio. Ella que no vaciló en hollar con su inmunda planta todas las verdades tradicionales que venian respetando los siglos, para levantar sobre sus ruinas el templo del error; ella que á los augustos misterios que venian formando el consuelo y la esperanza del mundo sustituyó abstracciones y sistemas absurdos, que chocando con el buen sentido, solo tienden á escarnecer y deshorrar la dignidad humana; ella sola pudiera acometer la arriesgada empresa de desmentir como una ilusion la creencia universal del dogma de un Dios trino y uno, tan íntimamente gravado en el sentimiento y en la conciencia de todos los pueblos desde la mas remota antigüedad, y relegar entre el número de los mitos alegóricos un misterio que, vislumbrado por entre ciertos velos desde el dia de la creacion del hombre, fué adquiriendo mayor consistencia con revelaciones sucesivas, y perpetuándose en los paises mas cultos como en los menos civilizados á través de sus emigraciones.

En cuanto á nosotros, hijos sumisos de la religion católica, lejos de pretender explicar un arcano que ni los mismos ángeles ni las mas sublimes inteligencias celestes son capaces de comprender, habiéndosele reservado esclusivamente á sí la infinita ciencia del Altísimo, como se espresa San Ireneo (1); sin atrevernos á investigar esa maravilla innarrable en virtud de la cual el Padre engendra eternamente al Hijo con su divino entendimiento, y el Padre y el Hijo amándose sin cesar producen al Espíritu Santo; bastándonos saber y creer que así es, y limitándonos á adorar ese Trio inefable con el sentimiento de la mas profunda veneracion, como dice San Gregorio Nacianceno (2), vamos no obstante á desenvolver en cuanto nos sea posible, precedidos por la luminosa antorcha de la revela-

(1) S. Iren. de Trin. c. 48.

(2) S. Greg. Naz. Orat. I. de Filio.

cion divina, ese dogma de nuestra fé, manifestando que en nada afecta su incomprendibilidad á la credibilidad que de nosotros exige: puesto que «si por una parte se muestra admirable en las bellas analogías que presenta con el sér humano en quien plugo á la eterna Sabiduría imprimir una imágen sensible que nos ayudase á concebir una pequeña parte de ese gran misterio, por otra no se muestra menos creíble en la misma incomprendibilidad que le rodea.» En una palabra. Admirables analogías del misterio de la Trinidad Beatísima: creíble incomprendibilidad del dogma de la Trinidad Beatísima; hed ahí los dos puntos que van á dividir mi discurso.

¡Oh Dios trino y uno! No seré yo quien en este momento intente lanzar una mirada temeraria sobre vuestra terrible magestad. No será mi razon enferma y débil la que ose penetrar en ese santuario de vuestra gloria, á donde no puede acercarse mortal alguno sin quedar deslumbrado con su inmensa claridad. Solo guiado por esa lámpara maravillosa que os dignásteis dejarnos en este valle de oscuridad y de tinieblas, me atreveré á fijar mi vista en ese abismo de incomprendible grandeza, no para escudriñarla arrogante, sí para adorarla humilde, y rendiros un homenaje de reconocimiento, de fé y de amor. Dispensadme pues benigno un rayo de vuestra luz, para que no se estravie mi inteligencia, ni mi lengua se deslice en ese laberinto impenetrable; gracia que espero conseguir por los merecimientos de aquella casta esposa que fué vuestro sagrario y templo augusto, á quien saludamos reverentes diciendo:

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

Nada hay en todo el sistema de la creacion que no nos anuncie mas ó menos claramente el gran misterio de la Beatísima Trinidad. Que-riendo el supremo Hacedor imprimir en todas sus obras un rasgo que las caracterizase como su propiedad esclusiva, plúgole marcarlas á

todas con el sello indeleble de su propio sér, á la manera que los grandes personajes de la tierra se complacen en poner á todos los objetos de su pertenencia el escudo de sus armas ó los blasones heráldicos de su familia. No obstante, aunque es cierto que toda criatura, existiendo desde luego en su propio sér, representa al Dios Padre que existe en sí mismo como principio universal de todo; estando dotada de una forma que la determina en su propia especie, representa al Dios Hijo que es el pensamiento de Dios, en quien se contienen todas las especies de séres; y teniendo un fin fuera de sí al que ordena sus operaciones, representa al Dios Espíritu Santo que es el órden y el término de la augusta Trinidad; es preciso empero notar, dice el Doctor angélico, la gran diferencia que existe entre las criaturas irracionales y el sér racional, y es, que en aquellas solo se encuentra la imágen de Dios como un leve vestigio, como la huella de sus piés, en vez de que en la criatura intelectual se vé esa imágen divina, ese sello inefable como una perfecta semejanza (1).

Admirad en primer lugar las bellas armonías que el hombre presenta con ese altísimo misterio de nuestra fé. En él se distinguen desde luego tres cosas diversas; la inteligencia, el pensamiento, y el amor, sin que todas juntas constituyan mas que un solo sér, una sola alma, una existencia idéntica; á la manera que Dios es Padre, es Hijo, es Espíritu Santo, y sin embargo, esas tres personas realmente distintas entre sí, no son mas que una misma esencia, una sola substancia, una naturaleza idéntica, un Dios único. Este símil pertenece á San Agustin (2).

Mas para comprender mejor esta y las demas analogías con que plugo al Criador supremo representar en el sér humano el misterio de la Trinidad Beatísima, fuerza nos es ante todo dilucidar un punto importantísimo de la teología católica, sobre el que gira toda la eco-

(1) In creaturis irrationabilibus invenitur representatio Trinitatis per modum vestigii, in rationabilibus autem per modum imaginis. (S. Thom. 1. p. q. 43. a. 7.)

(2) Mens, et amor, et notitia ejus, tria quædam sunt, et hæc tria unum sunt. (S. Aug. de Trinit. IX. 4.)

nomía de nuestras creencias respecto de este dogma. A despecho de ese sistema cruel de las causas ocasionales, en el que lo absurdo resalta no menos que lo injurioso á la dignidad y libertad del hombre; á despecho, repito, de esa creacion funesta de la escuela de Malebranche que niega á las criaturas toda accion propia, cual si Dios fuese quien con ocasion de ellas obrase, y no ellas mismas por un movimiento espontáneo y libre, es una verdad innegable que habiéndolas criado el Señor semejantes á sí, no solo en el modo de ser, si que tambien en el modo de obrar, tienen actos que les son propios, no menos que aquel que en ellas quiso imprimir el sello indeleble de su esencia y de sus infinitas perfecciones.

Ahora bien; cuantos modos de obrar reconoce en Dios la teología católica, otros tantos reconoce tambien en el hombre que es su imágen visible. De dos especies son las operaciones divinas: una es la operacion *esterior* y *transeunte* con la cual crió y conserva todas las cosas; otra es la accion *interna*, con la cual se conoce y se ama, llamada tambien *permanente*, por cuanto permanece ó queda en la misma naturaleza divina que la produce. En virtud pues de esta doble accion que como dijimos es comun al hombre por concesion de su Criador, unas veces se pone en relacion con los objetos esteriores que le rodean, y este modo de obrar es transeunte; otras relacionándose, digámoslo así, consigo mismo, se conoce y se ama, y entonces su accion es permanente, porque no sale fuera del alma que la produce. Y ved el resultado de esta operacion interna, segun la doctrina del Angel de la Escuela. Como quiera, dice, que todo aquello que piensa y comprende produce alguna cosa, á saber, su propia concepcion, resultado de la fuerza intelectual y de la conciencia, síguese que cuando la humana inteligencia tornando sobre si misma se vé, se contempla en sus finitas perfecciones, se conoce y se comprende, produce lo que realmente se llama el pensamiento, la razon, el verbo del hombre, el hijo del entendimiento del hombre. Además, la inteligencia humana produciendo su verbo, su pensamiento, su palabra interior, se ama á sí misma, complácese en sí misma, y de este amor y de esta complacencia resulta en el hombre la voluntad. Imágen oscura pero no menos perceptible de lo que

de una manera mas inefable, perfecta y noble sucede respecto de Dios. La inteligencia infinita contemplándose y considerándose á sí misma en sus infinitas perfecciones, se conoce y comprende, y mediante este conocimiento y esta comprension engendra su Verbo, su palabra eterna, el Hijo de Dios. Despues complaciéndose y amándose en él, de ésa inteligencia y ése Verbo produce un tercer término denominado Espiritu Santo, sin que estas tres personas de la Trinidad augusta sean mas que un solo Dios, bien así como en el sér racional su inteligencia, su pensamiento y su amor no son mas que una sola alma.

Otras analogías hay entre Dios y el sér inteligente que conviene desenvolver para admirar la propiedad de las denominaciones atribuidas á cada una de las personas de ese Trio inefable. Nótese en primer lugar, que siendo en el hombre el pensamiento cierta cosa viva é intencional, participa de la misma naturaleza de la inteligencia que le produce: y por lo tanto hay en la inteligencia humana que piensa una verdadera *generacion*, pues que ésta no es otra cosa que el nacimiento de un sér viviente, semejante en la misma naturaleza al que le engendra, como se espresa Santo Tomás. Con mayor razon el Verbo eterno *engendrado* por la inteligencia divina, siendo un sér viviente y de una naturaleza idéntica á la inteligencia infinita que le engendra, es verdaderamente *Hijo* de Dios. Además, asi como en el hombre la voluntad produce el amor de la inteligencia y del pensamiento, mediante una inclinacion hácia un objeto exterior, del mismo modo el tercer término procedente del Padre y del Hijo por via de inspiracion, no se denomina Hijo, sino *Espiritu Santo*, verificándose así que el Padre es *ingénito*, el Hijo *engendrado*, y el Espiritu Santo *espirado*. Y de ahí resulta la razon de esos nombres magníficos con que distinguimos las tres adorables personas de la Trinidad Beatísima, llamando á la primera Padre porque engendra verdaderamente á su Hijo; á la segunda Hijo, porque el Verbo eterno es verdaderamente engendrado por su Padre; á la tercera Espiritu Santo, porque procede por via de inspiracion del Padre y del Hijo.

Nótese en segundo lugar, que nuestra inteligencia siendo simple

é indivisible, cuando se comunica al pensamiento ó al amor, comunicase y se reproduce toda entera sin division alguna; de suerte que nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestro amor, es toda nuestra alma, y sin embargo no tenemos tres almas, sino una sola alma racional. Pues del mismo modo la naturaleza infinita y perfecta que es única, simple é indivisible, comunicándose al Verbo por la persona del Padre, comunicase á él toda entera; y del Verbo y del Padre se comunica toda entera al Espíritu Santo; resultando que el Padre es todo Dios, el Hijo es todo Dios, el Espíritu Santo es todo Dios, y no obstante no son tres Dioses, sino un solo y mismo Dios.

Cierto que en el sér racional, en medio de esas armonías misteriosas que reproducen sin cesar el dogma de la Trinidad Beatísima, resaltan unas diferencias harto notables para que podamos dejarlas pasar desapercibidas. Como quiera que Dios criándonos á su semejanza no ha hecho sino imprimir en nosotros su imágen artificial, segun el lenguaje del Doctor angélico, en la que ha gravado los rasgos de su divina belleza, á la manera que un rey hace reproducir su busto en las monedas, pero sin comunicarnos su propia naturaleza, y haciéndola reflejar únicamente en todas las inteligencias, no de otra suerte que un objeto se refleja todo entero en todos los trozos de un espejo quebrado, dedúcese que solo en Dios existe en toda su perfeccion esa triplicidad en el modo de ser. Así que, en el hombre el conocer y el amar no son mas que facultades limitadas; en vez de que en Dios son perfecciones infinitas. En la naturaleza humana el entender es asimismo una facultad; pero en la naturaleza divina como infinitamente perfecta y perfectamente infinita, es una substancia. Por consiguiente, produciéndose el Verbo como una naturaleza subsistente, es realmente una persona, por cuanto la naturaleza individual, subsistente del sér racional se llama persona, y otro tanto sucede respecto del Espíritu Santo. De este modo esas operaciones que en el hombre no son mas que meras facultades, son en Dios personas augustas é inefables.

Por último, en el sér racional el conocer y el querer son funciones pasajeras, puesto que aun cuando tenga siempre la facultad ó la potencia de comprender y de querer, no siempre comprende y

quiere en la actualidad: distinguiéndose en él la potencia del acto en cuanto de aquella pasa á este. No así en Dios, en quien solo hay un acto puro, un Dios siempre subsistente; y por consecuencia esa generacion del Verbo, esa produccion del Espíritu Santo, no es una funcion pasajera ó fugaz, sino permanente, substancial y eterna. Y ved cómo en la Trinidad augusta no hay prioridad ni posterioridad, mayoría ó minoría, sino que tan perfecta es una persona como otra, y todas tres son coeternas y en todo iguales.

¡ Oh! ¡ Cuán admirables son estas analogías que registramos en nuestro sér! ¡ Cuán bello es contemplar en el hombre inteligente, esa Trinidad augusta cuyos rasgos magníficos plúgola trazar en él como un sello indeleble y honroso! Pero al propio tiempo, ¡ cuán cierto es que sin la fé no es posible comprender á Dios ni á su imágen en el sér que le representa, y que sin el auxilio de esa luminosa antorcha del catolicismo tan desconocido es el hombre como el que le crió á su semejanza, ni se encuentra otra cosa sino ignorancia mas ó menos profunda de la Trinidad divina y de la Trinidad humana! Grande sin igual es nuestra gloria en vernos hechos unos espejos en donde reflejan de una manera tan maravillosa las perfecciones divinas, tanto que, como dice un sábio, somos unos dioses abreviados ó en miniatura que reasumimos aunque de un modo oscuro todas las grandezas de la divinidad. Y ved ahí lo que aun respecto de nuestro mismo Criador nos hace tan dignos de respeto y reverencia, en lenguaje de los sagrados libros (1). Despojad sino al hombre de esos titulos de semejanza, borrad esos rasgos que imprimen en él el sello de la Trinidad Beatísima, y nada quedará mas que un tosco boceto en el cual no se conocerá ni el original que representa, ni la mano del artista que le trazára, sino un objeto de desprecio universal. ¡ Cuánto no debemos pues bendecir y dar gracias á la Trinidad beatísima de haber usado con nosotros tan gran misericordia y tan inefable bondad, criándonos como sus espejos en quienes se digna reflejar perpétuamente su imágen adorable?

Mas ya es tiempo que despues de haber contemplado y admirado

(1) Sap. XII. 48.

las bellas analogías que en el sér humano se encuentran con este augusto misterio de nuestra fé, pasemos á demostrar cuán creíble se manifiesta en su misma incomprendibilidad. Hé aquí el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

La lógica de la incredulidad siempre fué la misma. En todas partes se encuentra ese tipo de contradiccion que caracteriza á todas las escuelas que se han púesto en abierta y sistemática lucha con la verdad católica. Impotentes para esplicar y comprender lo que pasa en el hombre, exigen no obstante que la razon por sí sola esplice y comprenda lo que pasa en Dios. ¡Bello modo de discurrir! ¿Cómo concebir, dicen, que en una materia simplicísima é indivisible, pueda haber tres personas distintas, sin que la unidad de la naturaleza confunda las personas, ni la distincion de las personas divida la naturaleza? ¿Cómo imaginar en esta Trinidad un Dios Padre que engendra sin prioridad de tiempo, un Dios Hijo que es engendrado sin relacion alguna de dependencia, un Dios Espiritu Santo que es producido del Padre y del Hijo sin inferioridad de condicion? ¿Cómo comprender que un solo Hijo agote una fecundidad infinita, y un solo Espiritu Santo absorva un infinito amor, que la generacion del Verbo se consume y se renueva incesantemente; que todas las personas divinas tengan cada cual su cualidad propia sin que ninguna de ellas sea mas ó menos perfecta, y siendo todas tres eternas, todas tres omnipotentes, todas tres increadas é inmensas, no haya mas que un solo eterno, un solo omnipotente, un solo increado, un solo inmenso, un solo y único Dios? Ciertamente que este misterio es de todo punto incomprendible, y que en su presencia toda razon es débil, toda inteligencia obtusa, toda luz oscura, todo esfuerzo impotente, toda tentativa vana, é ineficaz todo atrevimiento. Las mas altas capacidades, los génios mas ilustrados, encuéntranse al querer sondearle tan embarazados como el niño que acaba de nacer. Los mismos profetas á quienes Dios se lo reveló, lo han presentado siem-

pre como un enigma indescifrable, como un problema sin solución, como un abismo sin fondo. Océano sin rívera, extensión sin límites, camino sin término, misterio de los misterios en donde propiamente aparece el Señor como un Dios oculto á las profanas miradas del hombre.

Pero prescindiendo de que también en el sér racional se encuentran arcanos que nunca logrará comprender ni explicar la razón humana por sí sola, sin que por eso haya persona dotada de buen sentido que se atreva á negar la existencia de los hechos cuyo origen desconoce; prescindiendo de que la filosofía racionalista todavía no ha llegado á descifrar cómo la inteligencia se reproduce toda entera en el pensamiento, y éste y aquella se reproducen enteras en el amor, sin que por eso se la haya ocurrido dudar que ello sea así, sometiendo su razón ante esa incomprendibilidad misteriosa del hombre; ¿no es cierto también que esas mismas profundidades insondables del misterio de la Trinidad Beatísima concurren poderosamente á hacerle infinitamente creíble, demostrando de una manera clara y terminante que no ha podido ser una creación humana sino una revelación divina, que no ha surgido de la tierra, sino que ha descendido del cielo? En buen hora que los antiguos filósofos pudieran conocer algunos de los atributos esenciales que nosotros reconocemos en las personas de la augusta Trinidad: pero nunca, dice Santo Tomás, llegaron á comprender sus propiedades esenciales que constituyen el fondo de este dogma, á saber: la Paternidad, la Filiación y la Espiración. ¿Qué otra cosa han hecho todas las religiones de invención humana sino rechazar los misterios que humillan y confunden la razón, no menos que las leyes y las verdades que pugnan con las pasiones del corazón humano? Solo Dios ha podido revelar ó imponer al hombre verdades incomprensibles y leyes severas. Y por lo tanto la misma incomprensibilidad de este misterio prueba que no ha podido ser inventado por el hombre, y de aquí que siendo revelado por Dios es verdadero, es innegable, y debe creerse sin vacilar como todo cuanto la infinita bondad del Señor se ha dignado manifestar á la tierra.

De resto, la misma razón ilustrada concibe que Dios debe ser in-

finito, y como tal inaccesible á nuestra limitada inteligencia. Si ésta pudiese conocerle en su modo de existir, ó sea en el misterio de su augusta Trinidad, ¿no habria por el contrario un motivo poderoso para sospechar de él, siendo evidente que un Dios que puede ser comprendido con el simple raciocinio, puede tambien ser inventado y creado por el hombre? ¿Quién no vé que en este caso en fuerza de ser demasiado humano cesaria de ser divino, en fuerza de ser demasiado creíble acabaria por ser completamente increíble, y tanto se llegaria á alambicar con el raciocinio, que llegaria á no ser admitido por la misma razon? Esto, señores, que pudiera parecer una abstraccion metafísica ó una ingeniosa hipérbole, no es sino una verdad importantísima. La dignidad, la grandeza, la nobleza de la razon humana, en la que refleja la razon divina, no la permiten plegarse sino ante una grandeza infinita, ante un sér superior á ella. Y por lo tanto está en nuestra propia conveniencia, en nuestra grandeza, en nuestra gloria y en nuestra dignidad de seres racionales, el no inclinar nuestras frentes ni doblar nuestras rodillas sino delante de ese Dios incomprendible, que por serlo exige imperiosamente nuestra fé, nuestra admiracion, nuestras adoraciones, el tributo de nuestra inteligencia y de nuestro amor.

¿Y quiénes son los que han osado atacar este dogma de nuestra religion? Registrad los anales de la heregía y de la incredulidad, y encontrareis hombres de mediana capacidad, talentos superficiales, espíritus versátiles, inteligencias volubles, corazones corrompidos; pero con dificultad hallareis un solo hombre á quien puedan decretarse los honores del génio. No así empero en el bando contrario. En derredor del estandarte glorioso de la fé católica, vereis apiñarse cuanto de mas grande y admirable tanto en saber como en virtud ha producido el mundo á través de diez y ocho siglos. Allí los génios mas eminentes, las mas altas capacidades figuran como creyentes sinceros y fervorosos apologistas del dogma de la Santísima Trinidad. Los Tertulianos, los Orígenes, los Ciprianos, los Lactancios, los Atanasios, los Ireneos, los Cirilos, los Basilio, los Crisóstomos, los Hilarios, los Ambrosios, los Gerónimos, los Agustinos, los Leones, los Bernardos, los Tomases de Aquino, los Albertos Magnos;

y en tiempos mas modernos Belarmino , Suarez , Leibnitz , Descartes , Newton , Bossuet , Fenelon , Pascal , toda esa falange de eruditos ingénios , de sábios de primer orden , de inteligencias privilegiadas , de fenómenos extraordinarios en toda clase de literatura , han creído y confesado humildemente este misterio , y á su voz responde el eco de tres á cuatrocientos millones de cristianos de todos los paises que conservan la creencia de un Dios trino y uno á despecho de todos los sofismas del error.

Solo pues ese Dios ha podido someter á su dogma tan incomprensible las razones mas elevadas , las mas ilustradas inteligencias del mundo á través de mas de mil ochocientos años ; solo él ha sido capaz de propagarle por toda la tierra y gravarle tan profundamente en el entendimiento y en el corazon de los verdaderos creyentes. De donde resulta demostrado lo que nos propusimos manifestar , á saber : que la misma incomprensibilidad del dogma de la Trinidad Beatísima concurre poderosamente á hacerle sobremanera creible.

Permanezcamos firmemente adheridos , M. A. O. , á esa fé por la cual fuimos reengendrados á la gracia en el bautismo , y en la que el cristiano es confirmado , el pecador absuelto , el justo alimentado en la Eucaristía , el enfermo ungido , el sacerdote consagrado , y sancionados los lazos del matrimonio. Esa fé en la augusta Trinidad es la que inspira el valor á los mártires , el celo á los apóstoles , la pureza á las vírgenes , la sabiduría á los doctores , el espíritu de santidad á los confesores , y el arrepentimiento á los penitentes. Ella convierte al herege , ilumina al infiel , justifica al impío , sostiene al débil , consuela al afligido , dirige al creyente por el camino de la salvacion , recompensa al predestinado , y corona al elegido en la eternidad. ¡ Oh ! ¡ Cuán consolador será para nosotros si permanecemos constantes en esa creencia , oír en nuestra hora suprema la voz amiga de la religion que nos despedirá de este mundo en el nombre del Padre que nos crió , en el nombre del Hijo que nos redimió , en el nombre del Espíritu Santo que nos santificó ! ¡ Cuán dulce será para nuestra alma el acento de la Iglesia madre amorosísima , que elevando sus votos al cielo para desarmar la divina justicia , esclamará : « Derramad Señor vuestras piedades sobre este sér débil y miserable

que si tuvo la desgracia de incurrir en los defectos inherentes á la naturaleza, jamás empero, ni una sola vez negó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!

Entre tanto que llega ese momento en que pasemos á ver y contemplar cara á cara esa esencia única, esa trina personalidad que ahora solo nos es dado admirar como en un espejo segun el similitud del Apóstol, permitidnos Señor que entonemos un himno de alabanza, de gloria y de gratitud á la Beatisima Trinidad cuyo misterio hoy celebramos: *Tibi laus, tibi gloria, tibi gratiarum actio in sæcula sempiterna, oh Beata Trinitas*. Justisimo y digno es, oh Padre increado, Señor omnipotente y eterno, que con la mayor efusion de nuestros corazones te tributemos ese homenaje, puesto que con tu Hijo unigénito y con el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor en trinidad de personas y en unidad de substancia, *Qui cum Unigenito Filio tuo et Spiritu Sancto, unus es Deus, unus es Dominus, non in unius singularitate personæ, sed in unius trinitate substantiæ*. Idéntica magestad, la misma grandeza, é iguales perfecciones reconocemos en vos que siendo ingénito engendrais al Verbo, sin ser antes que él; en el Verbo que siendo engendrado, no es posterior á vos; y en el Espíritu Santo que, procediendo del amor recíproco de ambos, es coeterno y en todo igual al uno y al otro; puesto que ningun título de superioridad, inferioridad ó dependencia existe en el Padre respecto del Hijo, ni en el Hijo respecto del Padre, ni en el Espíritu Santo respecto del Padre y del Hijo, siendo idéntica é indivisible en todas tres personas la naturaleza divina, que se comunica toda entera por el Padre al Hijo en la generacion, por el Padre y el Hijo al Espíritu Santo por la espiracion, sin que el Padre se empobrezca, ni el Hijo se enriquezca, ni el Espíritu Santo reciba aumento alguno de gloria que no le sea propia y sustancial; siendo verdadero Dios el Padre, verdadero Dios el Hijo y verdadero Dios el Espíritu Santo. *Quod enim de tua gloria revelante te credimus, hoc de Filio tuo, hoc de Spiritu Sancto, sine differentia discretionis sentimus*. Así que al confesar vuestra eterna y verdadera divinidad, reconocemos y adoramos en las personas la propiedad, en la esencia la unidad, y en la magestad una

igualdad perfecta: de suerte que ni el Padre por ser principio generante del Verbo es mayor ni existió antes que el Verbo, ni el Verbo por ser engendrado es menor ni existió despues del Padre, ni el Espíritu Santo, por ser procedente del Padre y del Verbo, tiene principio, siendo todos tres coeternos y coexistentes. *Ut in confessione veræ sempiternæ que Deitatis, et in personis proprietates, et in esentia unitas, et in majestate adoretur æqualitas.* Y uniendo nuestros acentos á los de los ángeles, arcángeles, querubines y serafines, no cesaremos de esclamar: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

DISCURSO II

PARA EL DIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

EL DOGMA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, OBJETO DIGNÍSIMO DE NUESTRA CREENCIA, POR ESTAR FUNDADO EN LOS MAS RESPETABLES MONUMENTOS DE LA REVELACION: Y NO MENOS DIGNO DE NUESTRA GRATITUD, POR CUANTO LA RAZON MISMA, BIEN ASÍ COMO LA FÉ, HALLAN EN ÉL LAS MAS POSITIVAS VENTAJAS, COMO QUE Á ÉL ESTÁN LIGADAS LAS MAS SUBLIMES VERDADES QUE CONSTITUYEN LOS DESTINOS DE LA HUMANIDAD.

Euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.

Id é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

MATTH. XXVIII. 10.

LA primera verdad de cuantas hasta ahora han sido objeto del entendimiento humano, la mas alta é importante de todas en el orden temporal, no menos que en el orden eterno, es el conocimiento de Dios. De ella como de su fuente derivan todas las demas y á ella se refieren como á su término: porque sin la existencia del Sér supremo nada se explica en el mundo moral, para nada hay solucion en el indescifrable laberinto de dudas y perplejidades que rodean como una espesa nube la inteligencia del hombre; y por el contrario, con esa verdad primordial todas las dificultades se resuelven, todos los problemas se descifran, todos los fenómenos hallan explicacion, por cuanto nada hay que no esté subordinado á ese principio y con él se relacione de la manera mas íntima. Sin ese dogma derrumbaríase por su propio peso todo el sistema de la creacion; el hombre no se-

ria un sér inteligente y racional llamado á unos destinos inmortales; el bello órden de las causas y de los efectos convertiríase en un absurdo fatalismo; la Providencia seria una ilusion lastimosa; el mundo no seria mas que una combinacion fortuita de elementos heterogéneos sin armonía, ni subordinacion, ni fin conocido... Y entonces ¡qué série de aberraciones y de monstruosidades no surgiria necesariamente! ¡Qué desconcierto, qué confusion, qué caos no se veria en todas las cosas! De ahí los errores inconcebibles que han manchado los anales de los pueblos. De ahí esa multitud de creencias incoherentes y de vergonzosos delirios que ha abortado donde quiera la razon humana privada de la luz de la revelacion divina. De ahí esos mil y mil sistemas filosóficos á cual mas repugnantes y anómalos inventados por el paganismo, que hacen saltar el rubor á la frente del hombre ilustrado por la fé. De ahí, en fin, la degradacion profunda de la especie humana sumida en algun tiempo en el abismo de la ignorancia mas crasa y de la mas inconcebible estupidez.

Sin embargo, y dicho sea en honor de la humanidad, en medio de tanta miseria, el hombre que tiene el suficiente valor para escabar, digámoslo así, los monumentos antiguos, descartándolos de las vanas elucubraciones con que los mezclaron las pasiones y la ignorancia, llega por fin á un término en que su alma descansa del hondo disgusto que le inspirára el error, viendo proclamada la unidad de Dios á través de ese politeismo insensato que llegó á invadir un dia casi todo el universo; y lo que aun es mas consolador, la trinidad de las personas en una esencia divina vislúmbrase á veces, siquiera de una manera confusa y alegórica, en las tradiciones de los pueblos primitivos. Los monumentos de la literatura oriental ofrecen pruebas harto concluyentes que hacen presentir la creencia de la naturaleza divina, y si á esto se añade la importancia vinculada al número de tres en épocas muy antiguas, no es posible dejar de experimentar cierto sentimiento de sorpresa mezclada de admiracion, sobre todo al encontrar esas mismas ideas en las mas opuestas estremidades del globo. Los judíos, sin tener un conocimiento claro del misterio de la Trinidad augusta, leian no obstante con profunda veneracion las primeras páginas de sus libros sagrados, en donde se dejaban entre-

ver las verdaderas nociones del dogma que mas tarde ha revelado al mundo. Además, los comentarios rabínicos, algunos textos de los Salmos, y un pasaje todo divino del libro de la Sabiduría, demuestran que el misterio de la unidad de Dios en trinidad de personas no les era totalmente extraño y desconocido.

Pero aparte de esas nociones del pueblo escogido, y de algunos reflejos de la primitiva tradicion que se encuentran esparcidos entre mil errores en los demas pueblos, ¡qué de extravagancias no prohibió la razon humana durante tantos siglos! Aquí la adoracion de los astros, allí la divinacion de la materia, ora la ciega fatalidad, ora el culto de los seres inanimados; las piedras, las plantas, los animales, todo, en una palabra, es Dios á escepcion del Dios verdadero. Preciso era, pues, que el cielo revelase á la tierra su verdadero principio, que el hombre conociese su origen y sus destinos, que la divinidad fuese reconocida no solamente en su augusta esencia sino tambien en su modo de existir: y ved aquí lo que el Señor se dignó manifestar al mundo en la revelacion del misterio de la Santísima Trinidad cuya festividad celebra hoy la Iglesia católica. Misterio profundísimo en que descansa todo el sistema de la fé y toda la economia de la religion de Jesucristo. Misterio fundamental de donde se derivan todos los demás que constituyen ese bello orden de verdades sobrenaturales, que elevan al hombre hasta su primer principio y le conducen á su último fin. Misterio impenetrable á la razon humana, pero que á pesar de su profunda oscuridad se presenta tanto mas creible y digno de veneracion cuanto que sin él quedaria desde luego rota esa cadena de sublimes y altísimas revelaciones que eslabonan la humanidad con su Criador, realizando en la tierra las esperanzas que un día deben recibir su complemento y sancion en el cielo. Por eso se vé figurar ese dogma en la cuna misma del mundo, aunque rodeado de sombras misteriosas que le hacen inaccesible á la comprension de unas inteligencias oscurecidas por el pecado de origen. Por eso al inaugurarse en el universo el nuevo culto del Evangelio, se manda predicar éste en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (1). Por eso desde que el cristianismo se pro-

(1) Matth. XXVIII. 15.

mulga á las naciones, el primer templo que se construye, el primer altar que se consagra, el primer sacrificio que se ofrece, el primer párvulo que recibe las aguas regeneradoras del bautismo lleva impreso el sello de la Beatísima Trinidad. Así que, la Iglesia desde su nacimiento no ha sido otra cosa que un monumento levantado á la gloria de ese inefable misterio, que es el origen, el fin y el resumen de todas las solemnidades cristianas, como que todas ellas se refieren á honrar y venerar un Dios único en esencia y trino en personas. ¡Ved cuántos y cuán poderosos motivos nos obligan á creer firmemente en ese dogma augusto! Voy, pues, á presentárosle bajo dos distintos aspectos, á saber, el de su credibilidad y el de su utilidad: ó sea en lo que es en sí, y en lo que es con relacion al hombre. «Lo primero nos demostrará que es un misterio fundado en los mas respetables monumentos de la revelacion divina, y por lo tanto digno de ser aceptado con la mas profunda veneracion. Lo segundo nos hará ver cuán interesada está la razon y la fé en adoptar una creencia á que están ligadas íntimamente las mas importantes verdades que constituyen los destinos de la humanidad.» Tengo propuesto. etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Antes de entrar á examinar los fundamentos respetabilisimos en que descansa el dogma de la Beatísima Trinidad, lo primero es esponer la doctrina que acerca de él nos propone la fé. Héla aquí, tomada del antiguo simbolo denominado de San Atanasio, aceptado y sancionado por la Iglesia católica. «Consiste pues nuestra creencia en reconocer y confesar un solo Dios en Trinidad de personas, y la Trinidad de las personas en una misma sustancia, sin que en esta haya division ni en aquellas confusion. Por manera que una es la persona del Padre, otra la persona del Hijo, y otra la persona del Espíritu Santo: y sin embargo, una misma es en cada una de ellas la divinidad, idéntica la gloria, y coeterna la majestad. Cual es el Pa-

dre tal es el Hijo, y tal tambien el Espíritu Santo. Increado, inmenso, eterno el Padre; increado, inmenso, eterno el Hijo; increado, inmenso, eterno el Espíritu Santo; y no obstante, no hay tres increados, ni tres inmensos, ni tres eternos, sino un solo increado, inmenso y eterno. Del mismo modo, omnipotente, Dios y Señor es el Padre; omnipotente, Dios y Señor es el Hijo; omnipotente, Dios y Señor es el Espíritu Santo; sin que por eso haya mas que un solo Omnipotente, un solo Dios y un solo Señor. El Padre por nadie ha sido hecho, ni criado, ni engendrado; el Hijo no ha sido hecho, ni criado, y sí engendrado por el Padre; el Espíritu Santo no ha sido hecho, ni criado, ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo. Hay pues un solo Padre, no tres Padres; un solo Hijo, no tres Hijos; un solo Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos. Y en esta Trinidad no existe prioridad ni posterioridad, mayor ni menor, sino que todas tres personas son coeternas y coiguales. Por manera que, segun los principios de la fé, se hace forzoso venerar en este augusto misterio la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, ó lo que es lo mismo, tres distintas personas en una sola naturaleza, y una sola naturaleza en tres personas distintas.» Hasta aquí la esposicion del dogma católico.

A vista de este abismo inconmensurable de la infinita grandeza de Dios, retrocede espantada la razon humana, impotente por sí sola para sondearle: pero en vez de recurrir á la luminosa antorcha de la divina revelacion, única que puede guiarla á través de ese inmenso océano, lejos de reconocer con San Pablo que en la misma incomprendibilidad de ese misterio se ocultan las mas preciosas riquezas de la divina sabiduria, reconcéntrase por el contrario dentro de su propio círculo, y no hallando medio de esplicar lo que de suyo es inesplicable, concluye por negar como absurdo lo que ignora, mas bien que plegarse ante los infalibles oráculos de la fé. ¡Monstruosa aberracion! ¿De cuándo acá pudo admitir la sana lógica tan extraño modo de discurrir? ¿De qué principio se deduce que un misterio sea increíble por el mero hecho de exceder la comprension humana? Si hay misterios en el órden de la gracia, ¿no existen tambien en el órden de la naturaleza? Pues el mismo derecho tiene la

Iglesia para no satisfacer á los que osados la preguntan por qué en sus divinas enseñanzas propone á la fé del cristiano esos misterios incomprensibles, que la ciencia para no decir por qué la incomprensibilidad se encuentra á la entrada de todos los conocimientos humanos. Todo lo que el hombre puede exigir es que se le demuestre racionalmente la divinidad de la religion de Jesucristo y la infalibilidad de su Iglesia: pero una vez demostrado esto, no hay título ni razon alguna para desechar sus dogmas. Veamos pues los textos en que la doctrina católica apoya sus decisiones respecto al misterio de la Trinidad Beatísima.

En la primera página del Antiguo Testamento encontramos ya una prueba de este misterio. Allí se lee que «en el principio crió Dios el cielo y la tierra (1);» y un poco mas abajo, hablando de la creacion del hombre, se representa á ese mismo Dios hablando de este modo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza (2).» ¿En qué consiste esta diversidad de lenguaje? ¿Por qué en el primer caso se habla en singular, y en el segundo en plural, sino para manifestar la unidad de Dios y la pluralidad de las personas? No es con los ángeles, escribe el Doctor angélico, con quienes departe el supremo Criador, cuando dice: «Hagamos al hombre.» Son las tres personas de la Trinidad augusta que hablan entre sí, bosquejando de este modo desde el Génesis mismo del mundo ese dogma que debía grabarse en lo sucesivo de la manera mas espresa en el entendimiento humano. Cierto que el conocimiento de este misterio se estendió muy poco entre los judíos. El Señor en su infinita sabiduría, teniendo en cuenta la propension de aquel pueblo á la idolatría, se acomodaba á su temperamento, y media, digámoslo así, la estension de las verdades que le revelaba. Y por eso, solo entre sombras y figuras alegóricas plúgole mostrarle la pluralidad de las personas en su única é indivisible sustancia, á fin de evitar que pudiera padecer menoscabo la creencia de la unidad de Dios.

Llega empero un dia en que debía desenvolverse completamente la divina revelacion, cuya gloria estaba reservada al Salvador de la

(1) Genes. 1. 4.

(2) Ib. 26.

humanidad; y entonces ese dogma augusto recibe una vivísima luz con las enseñanzas del Dios-Hombre. ¡Qué textos tan precisos, qué autoridades tan irrefragables vienen á sancionar esta creencia fundamental de la doctrina católica! «Mi Padre y yo, dice Jesucristo, somos uno (1).» «Todo lo que mi Padre posee me pertenece á mí (2).» «Yo soy antes que Abraham existiese (3).» «Cuando viniere el Espíritu consolador que yo os enviaré de parte de mi Padre, Espíritu de verdad que del Padre procede, él dará testimonio de mí (4).» «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo (5).» «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa (6).» Estos pasajes y otros muchos que omitimos, contienen evidentemente la distincion de las personas y la unidad divina. Tal ha sido siempre la doctrina de los santos Padres, intérpretes y doctores de la Iglesia. Desde el segundo siglo hé aquí cómo se espresaba Athenágoras á propósito de este misterio: «Concebimos, decia á los emperadores Marco Aurelio y Vero, que «Dios tenga un Hijo: pero lo que creemos acerca de ese Hijo y de «ese Padre, en nada se parece ni á las ideas comunes que tenemos «sobre la generacion, ni á las ficciones de los poetas que representan «á sus dioses con los vicios y defectos propios de los demas hombres. «El Hijo de Dios es el Verbo del Padre, es decir, su idea, su virtud, «porque todo ha sido hecho por él, y el Padre y el Hijo son uno. El «Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo, por la union y la «virtud del Espíritu Santo. Y si quereis penetrar con la profundidad «de vuestro ingenio lo que significa la palabra Hijo, os lo diré en «breves términos. Es una produccion del Padre, no en el sentido de «que haya sido hecho por él, puesto que desde la eternidad existia «ya ese Verbo que es la razon eterna, sino que ha sido engendrado

(1) Joan. X. 30.

(2) Matth. XI. 27.

(3) Joan. VIII. 58.

(4) Ib. XV. 26.

(5) Matth. XXVIII. 19.

(6) I. Joan. V. 7.

«por él para ser la causa eficiente de todas las cosas. También decimos que el Espíritu que obra en las profecías es una emanación de «Dios, por cuanto procede del Padre y del Hijo á la manera que un «rayo de luz emana del sol (1).»

A estas doctrinas claras y precisas han añadido los escritores católicos admirables semejanzas para ayudar la debilidad de nuestra fé. Representánnos los unos como una imágen de este misterio la esencia del alma racional, en la cual se encuentran la voluntad, el entendimiento y la memoria, tres operaciones distintas de una misma sustancia. «Yo soy, yo conozco, yo quiero, dice el P. San Agustín, y sin embargo yo soy esa misma cosa que conoce, quiere y existe (2).» Otros encuentran la Trinidad en los rayos, la luz, y el calor del sol, que siendo uno solo produce estos tres distintos efectos. Quiénes se detienen llenos de admiración delante de las lenguas, en las cuales solo hay tres palabras esenciales de donde se deriva todo el sistema filológico. Quiénes interrogan las bases de las sociedades y van á buscar una alegoría de este dogma en la unidad, en la familia y en el estado. Sin embargo, en donde existe á mi modo de ver un carácter de asimilación mas perfecto, es en la generación de la palabra. Cuando un hombre se halla vivamente herido por una de esas ideas que conmueven y arrastran el alma hácia lo grande y bello, opérase en él un fenómeno extraordinario y digno de la atención de los sábios. De ese pensamiento que no es mas que la palabra interior hija de su inteligencia, nace el amor hácia la idea que expresa. Si ese mismo hombre llega á comunicar á otros aquella palabra, reproducese un fenómeno idéntico en todos cuantos la escuchan. Ella fecunda súbitamente todas las inteligencias, todas bajo su impulso producen la misma idea, y sienten surgir el amor. Ved ahí la Trinidad en la unidad, á saber: la inteligencia que engendra el pensamiento, el pensamiento engendrado por ella, y el amor que procede de la inteligencia y del pensamiento. Así Dios Padre engendra su Hijo, y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. La

(1) Athenag. cit. in tract. Fest. movil.

(2) S. August. Confes. L. 15. c. 3.

diferencia está en que lo que para el hombre solo existe en un espacio de tiempo rápido y casi imperceptible, existe eternamente respecto de Dios, y por consiguiente entre la generacion del pensamiento humano y la generacion del Verbo, media la distancia inconmensurable que separa la nada del sér, lo finito de lo infinito; pero siempre á pesar de esto se comprende en esa débil semejanza con cuánta razon se ha dicho que el hombre lleva impresa en su alma la imágen de su Criador.

Mas dejando aparte todas esas alegorías mas ó menos exactas, y sin pretender llegar por ellas á comprender ese sér invariable, superior á todo cuanto nuestros sentidos registran en este vasto universo, y en el cual la unidad no escluye la pluralidad, bien así como la pluralidad no se opone á la unidad, oigamos el lenguaje siempre sublime del Aguila de Meaux, esplicando á los fieles este altísimo dogma de nuestra religion. «Siendo Dios, dice, necesariamente eterno, no estaba ocioso antes de la creacion: obraba incesantemente, porque un espíritu no puede cesar de obrar. Ocupado siempre de sí mismo, y contemplando sus divinas perfecciones, esta contemplacion producía un conocimiento perfecto; y de esa contemplacion eterna y perpétua que producía un conocimiento perfecto, resultaba un infinito amor.»

«Llámase Dios Padre la primera persona que conoce. Llámase Dios Hijo el conocimiento perfecto, la imágen sustancial que produce en sí mismo el que se contempla: y hé ahí la segunda persona. Llámase Espíritu Santo el amor infinito y consustancial que procede de la contemplacion y del conocimiento, y esta es la tercera persona.»

«Lo que conoce es bien distinto de lo que es conocido; y por consiguiente el efecto que resulta no es tampoco la misma cosa. Así esas tres personas no son una misma, sino diversas entre sí, y sin embargo son iguales, por cuanto todo lo que hay en Dios es eterno, perfecto y divino. Cada una de ellas es realmente Dios, pero sin que por eso pueda decirse que hay tres Dioses, sino uno solo, puesto que uno es el que se contempla y se ama.»

Detengamos aquí nuestros pensamientos, y no intentemos sondear

lo que siempre fué y será para la humana inteligencia un mar inmenso, un abismo sin fondo, un laberinto impenetrable, un arcano propio á ejercitar nuestra fé, y á escitar en nuestras almas los sentimientos de la mas profunda veneracion. Y pues el Señor se ha dignado descorrernos una punta del velo que oculta las magnificencias de su naturaleza y de su modo de ser, hagamos enmudecer los sofismas de nuestro orgullo y de nuestras pasiones, reconociendo y confesando el dogma de un Dios Padre, de un Dios Hijo, y de un Dios Espiritu Santo, en unidad de naturaleza y Trinidad de personas: en la cual el Padre está todo en el Hijo y en el Espiritu Santo, el Hijo todo en el Padre y en el Espiritu Santo, y el Espiritu Santo todo en el Padre y en el Hijo, sin que el uno preceda al otro en eternidad, ni le esceda en grandeza, ni le supere en poder; puesto que ni el Padre es anterior ni mayor en cuanto á la unidad de la naturaleza divina que el Hijo, ni el Hijo ni el Espiritu Santo son menores ni posteriores en inmensidad y eternidad al Padre, existiendo en todas tres personas una igualdad rigurosa, una misma magestad, y una co-eternidad idéntica. Esta viene siendo, dice San Fulgencio, la fé de los Patriarcas y Profetas antes de la Encarnacion del Verbo; esta la doctrina revelada á los apóstoles por el mismo Jesucristo, y la que ellos instruidos por el magisterio sublime del Espiritu de verdad predicaron en toda la tierra, y nos legaron en sus preciosos escritos para enseñanza de la posteridad (1). Ella ha sido constantemente defendida por la Iglesia con sus concilios, con sus enseñanzas, y con los anatemas lanzados contra los que orgullosamente osaron impugnarla. Las plegarias, las ceremonias, los ejercicios del culto católico verificanse siempre bajo los auspicios y la invocacion de la Beatísima Trinidad; lo cual demuestra cuán creible y digno de veneracion es este misterio en medio de la oscuridad impenetrable que le rodea. Considerémosle ahora brevemente bajo el punto de vista de su utilidad, y veamos cómo la razon misma no se halla menos interesada que la fé en aceptar una creencia á la que están íntimamente ligadas las mas importantes verdades que constituyen los destinos de la humanidad.

(1) S. Fulgent. de fide ad Petrum. Inter. oper. August. T. 3.

SEGUNDA REFLEXION.

Para convencerse de la utilidad que, aun racionalmente considerado, reporta al hombre el dogma de un Dios trino y uno, bastaria lanzar una rápida ojeada por la historia de la humanidad, y observar lo que era en punto á sus creencias antes que le fuese revelado por el Verbo ese augusto misterio. ¡Qué de sistemas monstruosos no engendró la humana inteligencia respecto al universo y á las leyes porque está regido! Ignorando á un Dios Padre, los mas ilustrados filósofos ignoraban por consiguiente ese principio eterno preexistente á todos los tiempos; y de aquí el mundo era para ellos un problema sin solucion, y por eso muchos le atribuian la eternidad que solo á su Criador pertenece. Ignorando á un Dios Hijo, el Verbo que es la sabiduria del Padre, y Dios no menos que él, érales imposible explicar esa disposicion bien ordenada de los séres; y de aquí la armonía admirable de la creacion era para ellos un efecto de la casualidad, y no la obra de una inteligencia suprema. Ignorando en fin á un Dios Espiritu Santo, espíritu de vida, de luz, y de amor, que es el amor del Padre y del Hijo procedente desde la eternidad del uno y del otro, ¿cómo habian de conocer el principio de esa vida que se difunde por do quiera en el gran sistema de la creacion? De ahí el enseñar algunos que ese gran todo que compone el universo, no era mas que la divinidad misma; de ahí los honores del culto tributados á todas las criaturas, aun las mas despreciables y repugnantes; de ahí el haber rebajado primeramente al hombre hasta la condicion del bruto, para elevarle despues hasta los altares y hacer de él un Dios. De suerte que la ignorancia del misterio de la Santísima Trinidad, llevaba consigo la ignorancia del poder eterno á quien pertenece esclusivamente la facultad de crear; de la inteligencia suprema que vé, dispone y dirige los destinos del mundo; y del amor infinito que vivifica toda la naturaleza, é inspira donde quiera sus inefables dones; porque Dios en su simple unidad es como ya hemos visto, poder, inteligencia y amor.

Todos esos absurdos sistemas cayeron derruidos con la revelacion del dogma de la Trinidad Beatísima. El Dios del cielo y de la tierra nos fué mostrado tal cual realmente es. ¿Qué importa que no podamos abrazar sus infinitas perfecciones, toda vez que por la fé nos son conocidas de una manera indudable? ¡Oh! ¡Qué tesoro de conocimientos sublimes adquiere el hombre mediante ese divino misterio! En un Dios Padre principio eterno de cuanto existe, encuentra el origen de todas las criaturas que pueblan la tierra, el mar, los aires, desde el imperceptible grano de arena hasta el magestuoso planeta que brilla en el firmamento, desde la humilde yerba que pisan sus plantas hasta el gigantesco cedro cuya copa no alcanza á descubrir con la vista. Tampoco es un misterio para él el orden del universo, sabiendo que todo lo ha hecho Dios con el Verbo y por el Verbo, pues él es, como dice David, quien dió consistencia á los cielos, y señaló á cada criatura su rango, su destino, y su porvenir (1). Así se explica la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es esa sabiduría increada que segun el lenguaje biblico asiste á los eternos consejos del Altísimo. Del mismo modo se explica esa Providencia que conserva y cuida de todos los séres desde la alta cumbre de los cielos, como se espresa el proféta rey (2). El hombre no es el hijo de la fatalidad ni un simple juguete del hado. Un Espiritu de amor vela sobre él; ese Espiritu que al decir del Génesis era llevado sobre las aguas desde el principio de la creacion (3), y que ha llenado toda la tierra con sus influencias, en sentir de Salomon (4). Ved pues cómo de Dios venimos, en Dios existimos, y por Dios nos movemos, esclama San Pablo (5). Ved cómo ese Dios lo revela todo, lo explica todo, y á todo ofrece una solucion satisfactoria en el misterio de su Trinidad incomprensible, y de su inefable unidad. Lejos, bien lejos de humillar la razon humana, ese dogma la ha iluminado, la ha guiado, y la ha conducido á otros conocimientos que jamás hubiera

(1) Psalm. XXXII. 6.

(2) Ib. 44.

(3) Genes. I. 2.

(4) Sap. I. 7.

(5) Act. XVII. 28.

podido adquirir con sus solas fuerzas. Dios le es mejor conocido: ella se conoce mejor á sí misma. Malamente pues se dice que esta creencia hiere los derechos de la inteligencia, cuando por el contrario no hace sino ensanchar mas su horizonte, fortificarla y desarrollarla de una manera prodigiosa.

Y si tales ventajas proporciona relativamente á la razon humana, ¿cuáles no serán considerado en sus relaciones con la fé divina? ¡Ah! Él es el dogma fundamental, la columna que sostiene todo el edificio de la religion católica. Dios, dice San Pablo, amó tanto al mundo, que le dió su Hijo único. Este Hijo encarnó en el seno purísimo de una Virgen, el Verbo se hizo carne y redimió con su sangre á toda la humanidad. Ahora bien, esos dos misterios de la Encarnacion y de la Redencion hállanse tan íntimamente enlazados al de la Santísima Trinidad, que sin éste no pueden aplicarse aquellos. Si no hay en Dios tres personas distintas, es evidente que su Hijo no pudo encarnar; que Jesucristo no es un Dios hecho Hombre, sino meramente un simple mortal sujeto á todas las miserias del pecado, y por lo tanto impotente para redimir á la humanidad. De aquí ni habria una víctima santa que se ofreciese en rescate por los pecados del mundo, ni un Salvador misericordioso capaz de dar una satisfaccion condigna por nuestras deudas; por cuanto si Cristo no es Dios, sus méritos carecen de un valor infinito, y en su consecuencia la Encarnacion y la Redencion son unas ilusiones sin realidad, unas utopias sin resultado. Por la misma razon ese Espíritu que vivifica y santifica las almas no tendria existencia propia, ó lo que es igual seria una ficcion humana. No seria su maravillosa operacion la que habria formado la humanidad del Salvador en las castas entrañas de María, y de consiguiente seria un error adorarle como Espíritu de inteligencia, de fortaleza y de piedad, é invocarle como Espíritu de gracia y de virtud.

En resumen, sin el dogma de la Santísima Trinidad todo el culto católico se destruye. No siendo Jesucristo una persona divina, la adoracion que le tributa el cristianismo no seria mas que una idolatría, las prácticas piadosas de la Iglesia groseras supersticiones, y los Sacramentos conferidos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu

Santo, unas mentiras perniciosas. ¿Y qué serian todas las festividades de la Iglesia cuyo objeto esencial se refiere á adorar un Dios en tres personas, y á recordar al hombre la idea de un Padre Creador, de un Hijo Redentor, de un Espíritu santificador? Necesariamente habrian de desaparecer, y hasta seria preciso rasgar el Evangelio, abjurar las creencias católicas, y renegar de Jesucristo; pues á todas esas horribles consecuencias conduce la negacion del inefable misterio de la Santísima Trinidad. Ved pues cómo si utilísimo es á la razon, no es menos necesario á la fé.

¿Comprendeis ahora, M. A. O., por qué este dogma ha sido el principal objeto á que han dirigido sus tiros todos los enemigos del cristianismo? Contra él se ensañó en primer lugar el paganismo, y cuando por una parte poblaba el cielo y la tierra de innumerables divinidades, negaba por otra la existencia de un Dios en tres personas. Contra él se levantó audaz la heregía para echar por tierra la Encarnacion del Hijo de Dios y la satisfaccion de su sacrificio por los pecados del mundo. De aquí les fué preciso á sus adeptos negar el pecado original, la necesidad de la Redencion y de la gracia santificante para rehabilitarse en la justicia, y su cristianismo quedó reducido á un puro Deismo desde el momento en que aspiraron á una religion sin misterios. ¡Insensatos! ¡Como si pudiese haber un dogma que no tenga algo de misterioso! ¡Como si la razon humana, incapaz de esplicarse á sí misma, pudiese explicar lo que es Dios! ¡Como si el hombre, demasiado ignorante para comprender los arcanos de la naturaleza que le rodean en la tierra, pudiese tocar con su dedo la altura de los cielos! No digais ya para qué sirve el misterio de la Trinidad Beatísima. Cesad de preguntar qué ventajas proporciona la revelacion de un dogma que la inteligencia humana no alcanza á comprender. Ya lo habeis visto. Él sirve para darnos de Dios y de sus infinitas perfecciones una idea mucho mas estensa que la que con nuestra simple razon hubiera podido proporcionarnos; para conservar el cristianismo tal cual Jesucristo y sus apóstoles le predicaron, y para prevenir los errores que de su ignorancia brotaron en el mundo. Sirve para sujetar nuestra razon, homenaje el mas grato que el hombre puede tributar á su soberano Señor, y

para inspirarnos sentimientos de gratitud, confianza y amor hácia un Dios cuya ciencia y cuyos atributos se refieren á nuestra salvacion. Sirve en fin para demostrarnos que nuestra religion no es el producto del hombre, puesto que la idea que ella nos dá del Sér Supremo no ha podido brotar naturalmente ni ser inventada por un simple mortal.

Humillémonos pues con respeto y amor ante los impenetrables arcanos de ese altísimo misterio. Dia llegará en que aparecerá á nuestra comprension menos obscuro; cuando nuestra alma asociada á los coros angélicos tenga la dicha de contemplar cara á cara la adorable Trinidad, segun la espresion del Apóstol. Los Serafines prosternados al pié de su trono no cesan de repetir: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Respondamos desde el fondo de nuestro destierro á ese himno de alabanza, diciendo: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espiritu Santo. Gloria al Padre, que criándonos para ser el ornamento de su magestad, se propuso ser él mismo un dia el origen y el complemento de nuestra dicha. Gloria al Hijo que no vaciló en adoptar la forma de esclavo por ensalzar y redimir á la humanidad libertándola de la servidumbre de la culpa. Gloria al Espiritu Santo, Espiritu de luz, de gracia y de amor, que nos ilustra, enriquece y santifica. Dios tres veces Santo, tres veces poderoso, incomprendible Trinidad, Unidad inefable, Trinidad siempre una, deidad siempre idéntica; yo os saludo, os bendigo y adoro. ¡Plegue al cielo que merezca adoraros y ensalzaros por eternidades de eternidades en la mansion de la inmortalidad.

DISCURSO I

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI.

CUÁN JUSTO ES EL REGOCIJO DE LA IGLESIA EN LA PRESENTE SOLEM-
NIDAD, EN LA QUE CELEBRA EL TRIUNFO PÚBLICO DE JESUCRISTO EN EL
ADORABILÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA, RASGO EL MAS INEFABLE
DE SU SABIDURÍA, DE SU OMNIPOTENCIA Y DE SU AMOR.

*Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Is-
rael.*

Regocíjate y entona himnos de alabanza, casa de Sion; pues el Dios
Santo de Israel se muestra grande en medio de ti.

ISALE XII. 6.

Con razon podia gloriarse en otro tiempo el pueblo escogido de ser
la nacion mas privilegiada de toda la tierra, no solamente por lo
que en su favor hiciera el Señor distinguiéndole entre los demas con
una predileccion marcada, sacándole de la innoble servidumbre de
Egipto, y conduciéndole á través de mil prodigios y maravillas de
su poderosa diestra á la tierra de promision, si que también por ser
el depositario de las mas inestimables riquezas de la munificencia
divina. Cuando todos los demas pueblos yacian sumergidos en la
eterna noche del error, y caminaban por entre las espesas tinieblas
del politeismo, él solo poseia la rica herencia de las verdades reve-
ladas á sus antepasados, y allegaba cada dia nuevos tesoros de bon-
dad y misericordia con las continuas revelaciones que recibia del
cielo; solo él conservaba la fé de un Dios único criador del universo,
y llevaba á través de sus emigraciones las esperanzas vinculadas á

la raza de Abraam; él solo en fin levantaba altares y ofrecia sacrificios al gran Jehová, y en la magnificencia del culto tributado á su nombre hallaba al par que un motivo de consuelo indefinible, el objeto de una gloria que en vano intentarían disputarle los mas opulentos imperios. Bajo este concepto bien podia enorgullecerse de ser el pueblo querido, el Ephraim mimado de Dios, y esclamar por boca del mas ilustrado de sus profetas en un raptó de indefinible éxtasis: «Regocíjate y entona himnos de alabanza, oh casa de Sion; pues el Dios Santo de Israel se ostenta grande en medio de tí:» *Exulta et lauda habitatio Sion: quia magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Pero ¡ay! Los tiempos han cambiado; el mundo ha experimentado una transformacion sorprendente; y ya no es el pueblo Israelítico quien tiene derecho á gloriarse de sus grandes privilegios, de sus inestimables riquezas, y de esa predileccion que un dia formaba su esclusivo patrimonio. Sus promesas han pasado á otra nacion, sus títulos de gloria han sido transmitidos á otro pueblo, otra estirpe ha recogido su herencia: y mientras él ha visto caducar sus antiguos ritos, desaparecer sus ofrendas, hundirse sus altares, arruinarse su templo, ser reducida á escombros la ciudad santa y la Sion inclita; y en tanto que errante y disperso por toda la redondez del globo, solo conserva de su pasado poderío un recuerdo punzador y un amargo despecho, bastantes á acibarar los dias de su prestada existencia sobre la tierra, el pueblo cristiano poseedor de las realidades que aquel solo poseyó en figura, rico con los dogmas que aquel vislumbró por entre misteriosas sombras, depositario de unas verdades que á aquel solo le fué dado traslucir á través de las profecías, es el único que puede y debe gloriarse de ser el gran legado que el Eterno dió á su Hijo; y nadie como él tiene derecho á esclamar: Salta de júbilo, oh nueva Sion, casa de Dios, morada del Altísimo, mansion del Omnipotente, tabernáculo de la magestad encarnada; entona cánticos de prez y de victoria, alaba y ensalza al que tanto se dignó distinguírte entre cuantas naciones poblaron el orbe; pues grande, magnífico y sin par se muestra en medio de tí el Dios Santo de Israel: *Exulta et lauda habitatio Sion: quia magnus in medio tui Sanctus Israel.*

¿Y en dónde, M. A. O., desarrolla el Señor mayor magestad, magnificencias tan extraordinarias, riquezas mas positivas que en ese misterio adorable que hoy honramos con un culto especial? ¿Cuándo se ostentó el Dios de las eternidades mas digno de los homenajes del cielo y de la tierra que en este día en que hasta la naturaleza misma parece desplegar todas sus galas y bellezas, la vejetacion toda su lozanía, el aire su perfumado ambiente, el sol sus ardientes y luminosos rayos, la estacion su dulce y benigna influencia, como para contribuir á su manera á obsequiar al autor de todo cuanto existe, en ese sacramento de amor cuyo triunfo proclama la religion en la presente festividad? ¡Ah! En vano se pretenderá imaginar una escena mas brillante que la que hoy ofrece el mundo católico á los ojos de la fé. Donde quiera resuenan idénticos acentos de alabanza, en todas partes se oyen unisonos conciertos, y se entonan himnos, y se queman inciensos, y se pasea victorioso á Jesucristo realmente presente en el inefable misterio de su cuerpo y de su sangre, en donde á su caridad infinita, á su bondad inmensa y á su inesplicable amor plugo fijar su estancia hasta la consumacion de los siglos. ¡Qué motivos tan poderosos de regocijo para el catolicismo! ¡Qué fuente tan inagotable de entusiasmo! ¡Qué manantial tan fecundo de consuelos! *Exulta et lauda habitatio Sion, etc.* No me propongo, M. A. O., evocar aquí los privilegios del pueblo creyente, ni realizar los títulos que sobre el antiguo pueblo de Israel le dan un derecho á considerarse el mas grande y feliz de toda la tierra con la posesion de ese Dios á quien tiene la dicha inapreciable de adorar en sus templos tal cual en el cielo existe en la plenitud de su gloria. Me limitaré únicamente á justificar la alegría y el entusiasmo de la Iglesia nuestra madre en la anual festividad que hoy solemniza, demostrando «que no hay para ella un objeto mas digno de sus obsequios, por ser el triunfo público de la divinidad de su augusto fundador, manifestada en sus mas inefables atributos, la sabiduría, la omnipotencia y el amor.»

Arranque de ese divino tabernáculo, oh Jesus sapientísimo, poderosísimo, y amorosísimo, un rayo de vuestra luz increada que illustre mi inteligencia, ábrase mi corazon y purifique mi lengua, para

hablar dignamente de vuestras grandezas en ese sacramento adorable. Atended, ya que mis plegarias no os sean gratas, á los merecimientos de la que llevó el título honroso de madre vuestra, á quien como á nuestra medianera nos dirigimos saludándola con las palabras del ángel :

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Si bien es cierto que todas las solemnidades del catolicismo están consagradas á la gloria de Dios á quien en último término se refiere su culto, no lo es menos que la que hoy con tanta pompa y magestad se celebra en todos los puntos del orbe cristiano, es por excelencia la festividad del Señor, y con este nombre viene distinguiéndose de las demas á través de los tiempos. ¿Y en qué se funda esa denominacion especial? ¡Ah! El motivo que la determina no puede ser mas justo ni mas digno. Su institucion tiene por objeto tributar al Hijo de Dios un culto particular en ese adorable misterio que encierra las maravillas de su sabiduría, los prodigios de su poder, y los carismas incomprensibles de su amor. Jesucristo es esclusivamente el objeto y la materia á la vez de estos obsequios que hoy ofrece la religion; él forma el mas magnífico ornamento de ese triunfo público que en la sagrada Eucaristía recibe su magestad, como Señor, Pontífice y Dios del universo; puesto que ese misterio inefable es el compendio, el resumen de cuanto mas grande pudo inventar la inteligencia divina, de cuanto mas admirable pudo realizar la omnipotencia sin límites, de cuanto mas rico y beneficioso pudo dar un corazón abrasado de una caridad inmensa. No es pues una figura sino una realidad la que hoy celebramos, no es un recuerdo sino un hecho de la mayor trascendencia el que tenemos á la vista. Es Jesucristo mismo, su divinidad, su humanidad, su alma, su cuerpo, su sangre, todo verdaderamente presente en ese augusto misterio bajo las especies sacramentales. Es el que engendrado eternamente

en el seno de un Padre increado, se dignó nacer en tiempo en las castas entrañas de una mujer sin mancha, vivir y conversar con los hombres, padecer y morir por ellos, y quedarse en su compañía mientras duren los siglos, fijando su estancia en los altares de un pueblo que eligió para ser el heredero de sus promesas, y el perpétuo depositario de sus tesoros. Es... ¡Gran Dios! ¿Intentaré yo explicar con mi torpe lengua los fenómenos incomprensibles de vuestra sabiduría? ¿Osaré yo penetrar con mi débil razon en ese insondable abismo de vuestro poder? ¿Pretenderé yo con mi lenguaje tosco y humano descifrar los insolubles problemas de vuestro divino amor? Lejos de mí semejante temeridad; ni podría conseguirlo aunque lo intentase, ni es tampoco este el asunto que me he propuesto desenvolver. No, no se trata hoy de probar un dogma que forma una de las mayores glorias de la Iglesia católica; no es el caso de demostrar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. ¿Quién pudiera abrigar sobre esto la menor duda á vista de esa ovacion universal que hoy recibe de todos los pueblos, de todas las naciones, de todos los idiomas, de todas las clases y gerarquías sociales? ¿Quién no adoraría pecho por tierra á ese Dios oculto en el Sacramento de nuestros altares, cuando justamente recibe en este dia las adoraciones y homenajes de cuanto en el mundo hay de mas grande y respetable; cuando deponiendo hoy el orgullo humano todos sus títulos de nobleza y de gloria ante las aras de Jesus sacramentado, vienen á confundirse con la plebe los mas altos personajes, las capacidades mas eminentes, la aristocracia mas pagada de sus blasones, y no se desdennan de tomar una parte activa en el triunfo público del Hijo de María invisible á los ojos humanos, y solo visible á las miradas de la fé bajo ese emblema misterioso de la mas profunda humillacion?

Y ved justamente lo que mas realza la magnificencia de este culto universal que en la presente festividad recibe Jesucristo. Concíbese que ese Hombre-Dios arrastrase en pos de sí las turbas hebreas cuando viajando por diversos puntos de la Judea, desarrollaba donde quiera un poder divino obrando prodigios que escitaban admiracion y pasmo. Esplicase fácilmente que al saber que pasaba por al-

gun sitio se despoblasen las ciudades por salirle al encuentro, cuando delante de él marchaba, digámoslo así, la omnipotencia curando á los enfermos, abriendo los sepulcros, enfrenando la pujanza del infierno y derramando toda clase de beneficios en cuantos tenían la dicha de aproximarse á él. Nada de extraño tiene que en medio de su exterior humilde y sin pompa recibiese los testimonios mas brillantes de veneracion y respeto, llegando el caso de proclamarle rey de Israel y enviado de Dios en presencia del mismo alcázar del soberano que á la sazón regia los destinos del pueblo judío. Quien con sola una palabra se hacía obedecer de toda la naturaleza, encerraba en su mano los elementos, contenía el ímpetu de las olas, dominaba los aires, se sobreponía á la muerte, multiplicaba los víveres, y saciaba con unos pocos panes millares de hombres hambrientos, no podía menos de ser un personaje venido del cielo, un Dios disfrazado con las apariencias humanas. Pero aquí en este tabernáculo, ¿qué hay que pueda revelarlas las grandezas de ese sér infinito, la magestad del rey de los cielos, la soberanía del monarca de todos los siglos? En vano buscan mis ojos algún rasgo que pueda caracterizar al digno objeto de mis adoraciones. Nada veo mas que un poco de pan colocado en un viril... ¡Oh fé! préstame tus auxilios. Nunca como en este momento necesita mi alma de toda la influencia de esa virtud divina, para no vacilar ante un misterio que confunde todos mis cálculos y desconcierta todas mis ideas. ¿Es ese el árbitro supremo de los humanos destinos? ¿Reside ahí el que un día hacia retemblar el Sináí con estremecedores truenos, y lanzaba deslumbrantes rayos para mostrar su gloria y el irresistible poder de su diestra? ¿Está en esa cándida hostia el Dios del tiempo y de la eternidad, el que tiene por sólio las nubes, la tierra por peana de sus piés, y las naciones todas del orbe por límites de su imperio? ¡Oh! Admirad, M. A. O., la omnipotencia de la oscuridad. Jesucristo que gradualmente venia acereándose al hombre de muchos y maravillosos modos desde el día primero de la creacion, consume sus deseos y põne término á sus amorosas ánsias en un misterio que contrastando admirablemente con todo cuanto los humanos sentidos acostumbran á ver y palpar, es sin embargo mucho mas grande y

demonstrativo que todos los demas misterios bajo los cuales nos ha sido revelada su real presencia. Los profetas habian visto de lejos al divino Emmanuel cuyo nombre se interpreta «Dios con nosotros;» los patriarcas le habian anunciado bajo diversos tipos y figuras; el paganismo habiale traslucido á través de sus absurdas teogonías. Por espacio de cuarenta siglos todas las ideas parecen reasumirse en la espectralacion de ese Dios-Hombre. El idólatra que levanta sus idolos, el artista que obedeciendo á su génio trabaja el mármol y el bronce para producir con su martillo y su cincel las deidades que ha concebido su imaginacion; las ceremonias y ritos del senado y de los pueblos de la antigüedad convocados para colocar sus efigies en ricos panteones, todo esto, dice un sábio, no era sino el grito de la humanidad que evocaba la divinidad. Deseosa de su presencia, y no sabiendo como acercarla á sí, empeñábase en hallarla en todos los objetos, prefiriendo tenerla en una piedra ó en un vil metal mejor que carecer de todo medio de satisfacer esa necesidad ardiente. Llega empero un tiempo en que la realidad iba á reemplazar á la figura, la verdad á los tipos, el Dios del cielo á las falsas divinidades del olimpo. Prepara primero sus caminos manifestándose de diversas maneras á nuestros padres y escitando cada vez mas los deseos de su venida; despues envia sus heraldos para que anuncien su próxima llegada al hombre que toca ya al término de su degradacion; luego destaca un precursor que la designe con los rasgos característicos de su mision; mas tarde se deja ver y tocar hasta por las personas menos dignas, á fin de que no quede la menor duda de su real presencia; y conversa con el pecador, y se sienta á la mesa del publicano, y se deja servir y obsequiar de la infame cortesana, y no rehuye la comunicacion con toda clase de personas. Por último, despues de haber vivido públicamente por espacio de tres años satisfaciendo la curiosidad universal y demostrando á todos los sentidos su presencia visible, tangible, perceptible, muere en una cruz para consumir este gran testimonio que habia dado de su existencia en la tierra. El hombre habrá visto, oido y tocado á su Dios. ¿Qué pues restaba á éste sino volver al cielo de donde su amor le hiciera descender para llenar los deseos y satisfacer las ne-

cesidades del mundo? ¡Oh! si, bien puede hacerlo, puesto que antes de terminar su sacrificio ha verificado el prodigio mayor que habia en su infinita sabiduría, en su inmenso poder, y en su caridad sin límites para perpetuar por siglos y siglos su presencia real entre los hijos de los hombres. ¿Y cómo? Ved ahí la solución del gran problema. Fijad la vista en ese sagrario: ahí teneis el tabernáculo en que el Hijo de Dios ha querido morar con el hombre: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus* (1). En ese sacramento en que ha ocultado todos los atributos de su divinidad y aun de su humanidad, es justamente en donde plugo á su sabiduría, á su omnipotencia y á su amor mostrarse verdadero Dios, verdadero hombre, rey eterno, soberano y mortal del universo. No es ya el poder directo de la palabra, ni el poder de la vision el que demuestra la presencia del increado, del inmenso, del infinito, del supremo artífice y legislador en medio de la humanidad: el poder de la humillacion, del abatimiento, de la debilidad, del anonadamiento mas profundo es el que á través de mas de diez y ocho siglos viene confundiendo y convenciendo á todas las generaciones incrédulas de que Emmanuel vive con nosotros, de que Jesucristo reside en la tierra con idéntica magestad que en la alta cumbre de los cielos, que él es nuestro Dios y nosotros somos su pueblo.

¡Oh pueblo dichoso! ¿Qué tienes ya que envidiar á ninguna nacion del mundo antiguo? ¿Hubo alguna que tuviese tan próximos sus dioses como tienes tú al tuyo? No: esa gloria que para su pueblo evocaba un dia el caudillo de los hebreos ha sido trasladada á ti exclusivamente. Tú solo eres el poseedor de tan inestimable tesoro. En tí ha fijado su residencia el que únicamente en símbolos misteriosos dignárase habitar en los tabernáculos de Israel. Allí podia aparecer grande y majestuoso por el aparato deslumbrador del oro, por la riqueza de los objetos destinados á su culto, por la magnificencia de los holocaustos, por el fausto y ostentacion de los ministros que servian al altar, y por la profusion de dones que cubrian el propiciatorio. Pero en último resultado, ¿qué otra cosa mas que sombras

(1) Apoc. XXI.

y geroglíficos, emblemas y figuras de la divinidad era lo que aquel pueblo poseía? No así el pueblo cristiano: él es la Jerusalén verdadera descendida del cielo, y preparada como una esposa para recibir y conservar en su recinto al divino esposo. Él le tiene incesantemente en sus templos, le adora en sus altares, le venera en sus sagrarios, y le tributa sus homenajes bajo esos cándidos accidentes; porque sabe y está cierto de que á pesar de esas exterioridades que desmienten sus sentidos, en ese pan misterioso reside la divinidad corporalmente, para desafiar á todos los siglos que la han impugnado, para anatematizar á todas las pasiones que la han negado, para humillar á todos los géneos que han intentado amancillarla con sus impuras plumas, para reprobár á todas las inteligencias incrédulas que la han blasfemado, para insultar á todos los poderes que se han alzado contra ella.

Hé aquí M. A. O. uno de los grandes motivos que han presidido á la institucion de esta augusta solemnidad. La heregía en tiempos pasados levantándose cual otro Adonias en medio del mundo, dijo: «Yo reinaré;» y aspirando á fijar su sόlio sobre el sόlio del Omnipotente, insultó la creencia tradicional del catolicismo, y quiso echar por tierra su antigua fé, para fundar sobre sus ruinas el imperio del error. Numerosas falanjes de espíritus aviesos y de géneos corrompidos engrosaron las filas del usurpador, y los Zuinglios, los Carlos-tadios, los Buceros, los Ecolumpadias, dignos sucesores de su gefe Calvino, sembraron en el mundo las doctrinas mas repugnantes respecto al dogma de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, y vomitaron contra él el mas impuro veneno. No tardó empero en acudir la Iglesia á la defensa de su divino Rey, y reuniendo sus concilios, y formando en bello grupo á sus doctores, y evocando los sentimientos religiosos de todo el pueblo fiel, uno fué el eco que por do quiera se oyó, una misma la voz que resonó en todo el orbe cristiano: grito de reprobacion, voz de anatema que confundió é impuso silencio á la impiedad, obligándola á ocultar la vergüenza de su derrota en los tenebrosos centros de donde surgiera. «¡No hay mas que un rey! exclamó el catolicismo. ¡No hay mas que un soberano! ¡Jesucristo vence, Jesucristo reina, Jesucristo triunfa! re-

pitieron millones de voces. Él está con nosotros realmente presente en la Eucaristía, y ¡ay del que osare negar ese altísimo dogma de nuestra religión!

Entonces fué cuando se pensó en establecer una fiesta especial en honor de Jesús Sacramentado, que fuese como un monumento imprecadero de la fé universal del mundo católico, en oposicion á las blasfemias y ultrajes de la heregía audaz. Entonces fué cuando secundando los reyes, los príncipes, los sábios, los pensamientos del inmortal Pontífice Urbano IV, quedó sancionado el triunfo público de Jesús en el adorable sacramento de nuestros altares que anualmente celebra la Iglesia en este día. Triunfo que basta por sí solo á dar el mas solemne mentís á cuantos en los pasados y presentes siglos se han atrevido á impugnar este misterio consolador de nuestra religión; triunfo que coloca tanto mas alto el trono del monarca invisible de cielos y tierra, cuanto mas alto levanta el grito la impiedad blasfema para arrebatarle su gloria. ¿Qué cosa hay mas capaz de entusiasmar el alma que esa magnífica procesion que todos los años há lugar en nuestras ciudades, en nuestros pueblos, en nuestras mas insignificantes aldeas? Jamás el antiguo mundo presenció un espectáculo mas majestuoso al par que tierno. Yo recuerdo aquella solemne traslacion del arca santa que tuvo lugar en los días de David, monumento acaso el mas grande de la opulencia humana, puesto que concurrió á tan augusta ceremonia cuanto de mas brillante y esquisito pudo inventar la munificencia del rey mas poderoso de Israel. Pero nada encuentro allí que pueda compararse, mucho menos competir con este solemne testimonio de la fé católica que anualmente se renueva en honra de Jesucristo Sacramentado. Cuando yo contemplo esa prodigiosa multitud de personas de toda clase y gerarquía que marchando simétricamente con antorchas encendidas forman un majestuoso cortejo á nuestro Dios y Señor oculto en la Eucaristía; cuando escucho la inocente algazara de los niños que corriendo en todas direcciones anuncian la venida del rey de la gloria con ese grito tradicional de ¡*Alleluya!* ¡*Alleluya!* equivalente al de «gloria y prez al Cordero dominador del orbe;» cuando veo ese entusiasmo general con que hasta el mas pobre artesano engalana el

exterior de su vivienda con lo más precioso que posee para solemnizar la marcha triunfal del Salvador, y caer de todas partes vistosos ramilletes de flores que tapizan el limpio pavés; cuando observo esa cohorte brillante de sacerdotes y levitas que entonan graves y armoniosos cánticos al que era, al que es, y al que será por todos los siglos; cuando veo, por último, que al acercarse la sagrada Custodia todo el mundo se postra humilde, el guerrero inclina su rodilla y rinde sus armas, el monarca descubierto y sin los signos de su majestad sigue con un cirio en la mano los pasos del rey celestial abreviado en fuerza de su caridad infinita al estrecho círculo de una hostia; cuando todo esto se presenta á mi vista, confieso M. A. O., que mi corazón no puede soportar la afluencia de afectos en que se halla anegado; mi alma experimenta un éxtasis indefinible, mis potencias todas participan de esa conmoción involuntaria, hasta mis sentidos sienten una impresión inexplicable. Entonces mi fé se enardece, mis creencias se avigoran, y no pudiendo dominar el júbilo que me inunda, me veo obligado á esclamar con el Salmista: «Verdaderamente no hay pueblo alguno en la tierra en que el Señor haya obrado tales maravillas:» *Non fecit taliter omní nationi* (1). En ninguna parte se muestra Dios tan grande, tan magnífico, tan digno de las adoraciones del hombre, como en ese Sacramento inefable en que plugo á su sabiduría, á su omnipotencia y á su amor quedarse con nosotros real y verdaderamente como una prenda anticipada de aquella preciosa herencia que nos reserva para el porvenir. Sea pues general el júbilo, nadie haya que no participe de la alegría que inspira al cristianismo este día del mayor triunfo del Hombre-Dios sobre la tierra. Que solo el error tiemble; que la herejía sola quede anonadada y confundida; que los enemigos pertinaces de este dogma de nuestra fé sean los únicos que sientan el peso de su abatimiento y de su despecho, al ver proclamada la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía por la voz unánime de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las gerarquías y de todas las clases sociales, y prosternados á sus piés los que visten púrpura,

(1) Psalm. CXCVII.

los que ciñen diadema, los que jamás inclinaron delante de ningún mortal por grande que fuese sus nobles frentes, los que nunca acostumbraron á descubrir sus cabezas ni aun en presencia de los que un día les condujeron á la victoria: *Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Entre tanto nosotros, M. A. O., recojamos este precioso legado de la fé de nuestros padres para trasmitirse intacto á las generaciones venideras. No en vano la Iglesia nos convoca todos los años á esta solemnidad, y nos muestra lo que á través de siglos y siglos viene practicando en honor del supremo Monarca del universo, á fin de que esto nos sirva de estímulo para añadir nuevos trofeos á los que sobre su carro victorioso viene hacinando el fervor y la caridad de los verdaderos creyentes. Esa creencia robusta que no contenta con levantar en un principio suntuosos templos á la majestad del Dios oculto, le colocó despues bajo las preciosas columnatas que inmortalizaron el génio arquitectónico, cinceló mas tarde el oro y la plata para adornar los tabernáculos, y llegó por último á agotar en su obsequio todos los recursos del arte y del humano saber; esa creencia, repito, es la que elevándole hoy á la faz del sol sobre un trono formado por el amor, convoca todos los poderes, todas las grandezas, todos los ejércitos, todas las magistraturas para adornar su marcha triunfal y tributarle los honores debidos al que solo es grande, poderoso, fuerte por excelencia. Practiquémoslo así todos, M. A. O., pues á todos nos afecta igualmente ese deber de adorar y glorificar á Jesucristo anonadado en la Sagrada Eucaristía, insultando al insulto que osa escarnecer nuestra piedad, menospreciando el desprecio que califica de ilusion nuestra fé, burlándonos del cinismo que no se ruboriza de burlarse de nuestras creencias, y diciendo con frente erguida á todos cuantos se atreven á blasfemar este dogma de nuestra religion: «Callad impíos: deteneos sacrílegos. Respetad las convicciones de vuestros hermanos, ya que no tengais suficiente valor para imitarlas. Enmudeced ante el testimonio público de todos los siglos y de todas las naciones, ó temblad que la venganza celestial no os haga sentir el peso de esa misma majestad que insultais. De este modo cumpliendo un deber sagrado que nos impone nuestro

doble carácter de hijos de la Iglesia católica y de españoles amantados en los sublimes principios de esa religion cuya influencia está ligada á todas nuestras glorias nacionales, dejaremos á los que en pos de nosotros vinieren ejemplos dignos que imitar. Y ya que la historia les trasmita nuestras discordias, nuestras luchas, nuestras divisiones y nuestro egoismo, que sepan al menos que en medio de tantos elementos de disolucion y de anarquía, nuestra fé nunca vaciló, nuestras creencias jamás se amenguaron, nuestros sentimientos religiosos siempre fueron idénticos, invariables, altamente católicos. Plegue al cielo que así sea, á fin de que participando en la tierra de las bendiciones de Jesus Sacramentado y de los inestimables efectos de su amor, disfrutemos un dia en la gloria del premio reservado á los predestinados, y entonemos perpétuos himnos de alabanza y gloria al Cordero divino por los siglos de los siglos.

DISCURSO II

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO CORPUS CHRISTI.

JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA RECIBE HOY TODA LA GLORIA Á QUE LE DAN UN DERECHO INCONTESTABLE SUS TRIUNFOS SOBRE EL ERROR:

JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA DESARROLLA LOS PRODIGIOS DE SU OMNIPOTENCIA, HACIÉNDOSE ADORAR DE TODOS LOS PUEBLOS CON UN CULTO PÚBLICO Y UNIVERSAL Á DESPECHO DE LOS ESFUERZOS DEL ERROR.

Cantate Domino omnis terra; narrate in gentibus gloriam ejus, in cunctis populis mirabilia ejus. Quia magnus Dominus et laudabilis nimis.

Cante himnos al Señor toda la tierra; publicad su gloria entre las naciones, haced saber sus maravillas á todos los pueblos. Porque grande es el Señor, y digno de infinita alabanza.

I. PARAL. XVI. 23, 24, 25.

¡Qué bello se ostenta este dia á la fé del cristianismo! ¡Qué espectáculo tan tierno al par que sublime ofrece la religion á sus fieles hijos! Todas las galas de la naturaleza, todas las riquezas del arte, todas las producciones de una vejetacion lozana y vigorosa, todas las creaciones del ingenio concurren á dar un extraordinario realce á esta solemnidad anual. Todo paga hoy tributo y vasallaje al Dios de las eternidades: nada hay que se dispense de traer al pié del altar de Jesucristo el testimonio de su gratitud, de su veneracion y de su amor. Do quiera reina la animacion y la alegría, no hay semblante que no respire júbilo y entusiasmo. El anciano abandona su inaccion habitual para dirigirse al templo á ofrecer sus respetos al

autor de su prolongada existencia; el jóven se desentiende de sus diarias tareas para ir á presentar su ofrenda al protector de su juventud; la esposa dá tregua á sus domésticas ocupaciones para asociarse á la inmensa turba de espectadores que esperan en las calles y plazas al vencedor de la muerte y del infierno; la tierna doncella se atavia con sus mejores galas para honrar á su manera el tránsito del rey de los cielos; hasta el bullicioso infante retozando en el maternal regazo y señalando con su dedo los diversos objetos que escitan su atencion, parece manifestar la parte que sin saberlo toma en el general regocijo. ¡Ah! No es extraño: hoy es el dia del Señor, por excelencia, es su festividad especial, es el aniversario del mayor de sus triunfos, y el sentimiento católico no puede mostrarse indiferente á tan fausto acontecimiento. Por eso una sola idea predomina sobre todas, las absorve todas, las identifica todas, la idea de la fé en un Dios presente en la Eucaristía por amor del hombre, ante quien todas las inteligencias se someten, todos los corazones se rinden, todas las gerarquías se humillan, todas las grandezas se abaten, todos los tronos desaparecen: porque en presencia de Jesus Sacramentado, nada hay que no sea pequeño, mezquino, pobre, insignificante, débil, despreciable; y solo en él se encuentra la verdadera grandeza, la soberanía esencial, el poder irresistible, la magestad eterna, la gloria subsistente, la divinidad siempre una é indivisible.

Ved pues, M. A. O., si estuve oportuno al fijar por texto de mi discurso aquellas sublimes palabras del rey David: «Cantad himnos al Señor, oh criaturas todas de la tierra; publicad su gloria entre las naciones: referid sus maravillas á todos los pueblos; porque grande es el Señor, y digno de toda alabanza:» *Cantate Domine omnis terra; narrate in gentibus gloriam ejus, in cunctis populis mirabilia ejus. Quia magnus Dominus et laudabilis nimis.* Y si tan dignamente justificaba estas expansiones de gozo y de entusiasmo el solemne acontecimiento á que se referian, pues eran motivadas por la traslacion del arca Santa del Testamento al Tabernáculo de Sion, después de la completa derrota de las huestes filisteas por los hijos de Israel: ¿con cuánto mas poderoso motivo pueden repetir esos mismos acentos de alabanza y prez los verdaderos hijos del cristiano

Israel, en vista del magnífico triunfo de que hoy es objeto el Dios á quien quella arca figuraba, el autor y consumidor del nuevo Testamento, victorioso no ya de un puñado de guerreros armados contra él, ni de una nacion procaz y fementida émulo constante de sus glorias, sino de todos los pueblos, naciones, tribus y razas del mundo que ha sabido sojuzgar al imperio de la fé, obligándoles á rendirle vasallaje en el Sacramento de su mayor humillacion y de su mas profundo anonadamiento? Tales son las ideas que debe despertar en nuestras almas la presente festividad. «Jesucristo en la Eucaristía recibe hoy toda la gloria á que le dan un derecho incontestable sus triunfos sobre el error.» *Narrate in gentibus gloriam ejus.* «Jesucristo en la Eucaristía desarrolla los prodigios de su omnipotencia, haciéndose adorar de todos los pueblos con un culto público y universal á despecho de los esfuerzos del error.» *In cunctis populis mirabilia ejus.* Hed ahí en dos palabras reasumido el origen de esta solemnidad anual, y el gran pensamiento que presidió á su institucion, cual es engrandecer y alabar á Jesus Sacramentado, en indemnizacion de los ultrajes que le ha inferido la impiedad, y en justa compensacion de los agravios que recibe de la ingratitud de los mismos cristianos: *Quia magnus Dominum et laudabilis nimis.*

Plegue al cielo dispensarme las luces necesarias para desenvolver dignamente tan interesante asunto; á cuyo efecto, á nadie mejor podemos dirigir nuestras plegarias que á aquella Virgen purísima, á quien un mensagero celestial anunció su alta dignidad de madre de Dios, saludándola con estas sublimes palabras:

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Jamás el espíritu del error hubiera podido llevar á mas alto punto su audacia, que á negar á Jesucristo la gloria de su real presencia en el augusto Sacramento de la Eucaristía. No satisfecho con disputarle su divinidad en el misterio de su Encarnacion; cual si fuese poco

poner en duda su verdadera humanidad creyéndole un sér fantástico é ideal; mal contento con haber anulado los méritos de la redencion, y el valor del sacrificio ofrecido por el Dios-Hombre en la Cruz, va á buscarle, digámoslo así, en el misterio de su mas tierno amor para insultarle y ultrajarle de una manera mas sensible; y aguzando su lengua de aspid, vomita las mas inauditas blasfemias, y proclama altamente que Dios no reside en el Sacramento de nuestros altares, que la adoracion de ese pan misterioso es una repugnante idolatría, que la Iglesia al proponer ese dogma no hace sino perpetuar una lastimosa ilusion, y que la fé del catolicismo es una preocupacion funesta y sin fundamento. No reproduciré aquí, M. A. O., la historia de las aberraciones que en este punto abortó en los pasados siglos el humano orgullo; no desenvolveré el negro cuadro de los ultrajes que Jesucristo recibió en el Sacramento de su amor, por los discípulos de aquella secta nefanda que empavesó el pendon de guerra contra esa creencia que venia sosteniéndose en pacífica posesion á través de las edades desde los tiempos apostólicos; no mancharé mi lengua con los impuros bostezos que lanzó el dragon infernal por boca de sus agentes los adeptos de Calvino, corifeo de esta escuela, para impugnar esa verdad íntimamente identificada con el sentimiento de todos los pueblos, encarnada, digámoslo así, en las ideas y en la conciencia de todos los siglos desde la fundacion del cristianismo. Bástenos saber que jamás la humana inteligencia se mostró tan ingeniosa, ni la impiedad mas fecunda para inventar monstruosidades y absurdos con que herir el corazon de Jesucristo en ese misterio en que plugo á su amor quedarse con la humanidad para tener con ella sus mas puras delicias.

¡Oh Jesus adorable! ¿Es posible que así permitais os insulte y escarnezca el hijo del polvo, justamente cuando muestras mas positivas le estais dando de vuestra bondad y munificencia? Despues de las humillaciones y abatimientos que por el hombre tolerásteis en vuestra pasion; despues que por redimirle quisisteis sufrir cuanto de vil é ignominioso puede imaginarse hasta morir en un suplicio; despues que por responder á un sentimiento de vuestro corazon generoso, pusisteis á prueba vuestro infinito poder, y mediante un pro-

digio que escede á todos los prodigios le dejásteis en prenda anticipada de vuestra gloria ese mismo cuerpo que por él fué martirizado, esa misma sangre que por su mano fué vertida gota á gota en la Cruz; despues que por no dejarse huérfano, pobre y hambriento en la tierra le enriquecísteis con el mayor tesoro que podia darle vuestra inagotable liberalidad, resignándoos á permanecer con él hasta la consumacion de los siglos como su manjar, su bebida, su alimento, su viático continuo durante su peregrinacion hasta la eternidad; ¿podiais esperar que ese mismo hombre se alzase atrevido contra vos, os echase en cara vuestra misma prodigalidad, os hiciese un crimen de haber sido con él tan generoso, menospreciase vuestras riquezas, hollase vuestros tesoros, renunciase á vuestra munificencia, y llegase al extremo de negar el don para no creerse obligado á manifestaros su gratitud?

Pues hé ahí justamente el gran prodigio de maldad que el error opuso al mayor milagro de la bondad divina; tal es el fenómeno inexplicable de ingratitud y alevosia con que respondió al fenómeno incomprendible de largueza y liberalidad de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía. Incapaz de apreciar los quilates de caridad que encerraba ese misterio, y mas incapaz todavia de experimentar los sentimientos que la fé crea en los corazones humildes, dejöse fascinar por los sofismas del orgullo; é inspirado por Lucifer, quiso usurpar á Dios su soberanía; aspiró á levantar un trono á la mentira frente á frente del trono que á la verdad elevára la religion; propúsose echar por tierra las tradiciones seculares que venia respetando el universo acerca del dogma de la real presencia de Jesus en este misterio; socabó los cimientos del robusto edificio de la unidad católica; y fiel imitador del ángel apóstata dijo: Yo subiré al cielo; sobre los astros del firmamento colocaré mi asiento; seré semejante al Altísimo, y no habrá pueblo, ni nacion, ni raza que no esté sujeta á mi imperio: porque mis doctrinas están llamadas á reemplazar á las antiguas preocupaciones de la ignorancia. De hoy mas pueden darse por caducadas las enseñanzas de esa Iglesia que hasta ahora ha venido monopolizando el dominio de la inteligencia; en adelante no adorará el mundo seducido un pedazo de pan, no se quemarán

inciensos á una hostia que nada contiene mas que un mito ó un recuerdo de lo pasado.

Así habló por boca de sus agentes el génio del mal. Pero ¡cuán poco tardaron en desvanecerse sus sueños, y en desaparecer sus esperanzas! No bien hubo comenzado á saborear los frutos de su primer triunfo viendo allegársele algunos espiritus corrompidos que se prestaron á tomar parte en la lucha provocada contra el Dios de las virtudes, cuando vió anublarse repentinamente ante sus ojos aquel risueño porvenir que en momentos de efervescencia creyó asegurado para siempre. Cumplióse entonces á la letra lo que un dia dijera el profeta: «A manera de un fugitivo ensueño reduciréis, Señor, á la nada las ilusiones engañosas de la impiedad (1).» Y de hecho, el error pudo muy bien lisonjearse de haber dado un gran paso en la senda de sus infames proyectos, teniendo por un momento suspensa la atencion del orbe cristiano al grito insultante que lanzó contra la fé católica; pudo rasgar la Biblia, mutilar el Evangelio, despedazar el único monumento en que está basado el principio de toda autoridad legítima; pudo lastimar las creencias de algunas almas débiles, y herir de vértigo algunas inteligencias mal seguras y vacilantes. Mas hé aquí que de repente óyese por do quier una voz vigorosa que resuena en toda la cristiandad; la voz del catolicismo que por el órgano infalible de su representante en la tierra hace un llamamiento universal á la conciencia y al sentimiento de todos los pueblos, y reuniendo en su derredor cuanto hay de mas sábio é ilustrado en los cuatro puntos cardinales del globo, pronuncia un terrible anatema contra el heresiarca que se ha atrevido á empañar la gloria de Jesucristo en la Eucaristia. A este desafío sublime salido de los lábios del pontífice supremo gefe de la unidad católica, responden entusiasmadas mil lenguas que repiten el mismo grito. Su eco se prolonga de uno á otro confin del mundo cristiano, vibra fuertemente en todos los pechos, se reproduce en todas las almas, y produciendo un efecto mágico que solo puede esplicarse por el concurso de ese poder invisible que domina todo cuanto existe,

(1) Ps. LXXII, 20.

renuévase en la tierra aquella escena sublime que en el cielo presenció el Apóstol de Pathmos; todas las naciones, todos los pueblos, todas las tribus caen prosternadas al pié del Cordero de Dios inmolado en la Eucaristía víctima de su amor; y por do quiera no se oye sino aquel cántico entusiasmador de los ángeles y de los ancianos del Apocalipsis: «Honor, bendicion, divinidad, poder, sabiduría, fortaleza, virtud al que es, al que era, y al que ha de ser. Digno eres, Señor, de recibir loor y magnificencia y prez, porque con tu sangre nos rescataste y nos hiciste tu pueblo venturoso. A tí, pues, que estás sentado en el trono honra eterna y perpétua alabanza por siglos y siglos (1).»

Tal es la gloria que á Jesucristo proporcionó un dia el brillante triunfo que el dogma de su real presencia reportó contra el error. Entonces se verificó lo que de su vision maravillosa nos refiere el discípulo amado. El Cordero dominador del orbe se mostró sobre la montaña santa de Sion, figura de la Iglesia católica, rodeado de millares de personas que llevaban impreso en sus frentes el nombre de él y de su Padre, en las cuales están representados los pueblos creyentes, trofeos preciosos del vencedor del dragon infernal (2). Entonces pudo oirse la voz del ángel que gritaba: «Adorad al Dios que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas; porque cayó ya la BESTIA que intentó embriagar con el vino de su prostitucion á todas las naciones, y ella misma beberá eternamente del vino de la ira del Omnipotente preparado en el cáliz de su venganza, y será atormentada con fuego y azufre en presencia de los ángeles y del Cordero; y el humo de sus tormentos estará subiendo por los siglos de los siglos (3). Entonces, en fin, la Iglesia secundada maravillosamente en sus piadosas miras, instituyó esta solemne festividad al Santísimo Cuerpo de Jesucristo, como un monumento perenne de la fé, y de las adoraciones que de derecho deben tributarse al que tan prodigiosamente triunfó del áspid tortuoso de la herejía, que

(1) Apoc. V. per tot.

(2) Ib. XIV. 4.

(3) Ib. 8 et seq.

intentára arrebatarle los honores de la divinidad: *Cantate Domino omnis terra; narrate in gentibus gloriam ejus*. Admirémos ahora los prodigios de la omnipotencia divina, manifestados en ese culto público y universal que en el augusto Sacramento viene recibiendo Jesucristo de todos los pueblos católicos, á despecho de los esfuerzos del error: *In cunctis populis mirabilia ejus*. Esto nos mostrará el gran pensamiento que presidió á la institucion de la presente solemnidad.

SEGUNDA REFLEXION.

No bastaba, M. A. O., que Jesucristo hubiese triunfado tan admirablemente del error que aspiró á destronarle de su s6lio; poco era que el sentimiento cat6lico hubiese predominado sobre las err6neas ideas de unos espíritus aviesos y corrompidos, empeñados en derrocar por sus bases el indestructible edificio de la fé en el adorable misterio de la Eucaristia. Hacíase preciso que la reparacion de tamaño ultraje fuese tan cumplida como lo exigia la grandeza y magestad de un Dios, y que así como los pueblos todos del orbe habian participado de los efectos de aquella revolucion funesta que en las ideas cristianas se propuso operar la impiedad, todos ellos contribuyesen á hacer público y solemne el triunfo del vencedor. ¿Y quién sino aquel que desarrollando toda su omnipotencia obró el inaudito prodigio de quedarse entre los hijos de los hombres hasta la consumacion de los tiempos en este augusto Sacramento, hubiera podido reunir las adoraciones de todos los pueblos y hacerse tributar un culto universal y espontáneo hasta en los climas mas apartados, hasta en los paises mismos en donde la herejia consiguiera hacer prosélitos y parapetarse á la sombra de la corrupcion y de la inmoralidad? ¡Oh! Si hay un acontecimiento en que brille clara como la luz del sol la accion de ese poder divino que domina las inteligencias y dispone á su arbitrio de los corazones cuando place á sus altos é incomprensibles designios, es indudablemente esa identidad de sentimientos, esa unanimidad de ideas, ese comun entu-

siasmo con que fué aceptado el culto público y solemne de la sagrada Eucaristía iniciado por el sumo pontífice Urbano IV en 1264, y sancionado por todos sus sucesores, especialmente por Juan XXII, de perpétua y honrosa memoria. Si el primero al instituir la fiesta del *Corpas Cristi*, fijándola en el primer jueves despues de la octava de Pentecostés, vió agruparse en torno del estandarte de la religion á todo el mundo católico que recibió aquella nueva con las demostraciones del mas puro júbilo, el segundo al establecer en 1316 que todos los años en semejante dia se llevase en triunfo por las calles el adorable Sacramento, vió asimismo acogido este pensamiento feliz con un ardor y una piedad que lejos de disminuir con el transcurso de los tiempos, parecen recibir un nuevo incremento á medida que se suceden los siglos. Unos á otros vienen trasmitiéndose ese legado precioso, y cada dia es mayor el público regocijo que inspira esa ceremonia sublime, que en vano ha intentado abolir la impiedad como una práctica supersticiosa. Despechada al ver renovarse anualmente esa auténtica manifestacion del triunfo de la Eucaristía sobre sus malaventurados adversarios, y no pudiendo sufrir la confusion y la ignominia de su propia derrota, mil veces ha reclamado contra esa procesion solemnísimá en que vienen á tomar parte todas las clases y gerarquías sociales, y no poco ha trabajado por presentarla como producto del fanatismo ciego de la Iglesia católica y de una ignorancia despreciable. ¿Y qué es lo que ha conseguido con sus calumnias envenenadas esa secta infanda, émula eterna de la verdad y enemiga irreconciliable de la Esposa del Cordero? Que ésta, cada vez mas firme en sus creencias, mas invariable en su fé, mas invulnerable en sus dogmas y mas ferviente en su piedad, despliegue de dia en dia mayor aparato y magnificencia para indemnizar á Jesucristo de las ofensas que le hace la herejía maldiciente, y reparar los ultrajes que en el seno del cristianismo recibe por desgracia ese Dios de bondad y de amor. Así, rivalizando recíprocamente el error en negar á Jesus sacramentado sus adoraciones é inciensos, y el catolicismo en multiplicar los testimonios de su gratitud y constante fidelidad, resulta que cuanto mas aquel trabaja por desacreditar el culto de la Eucaristía, mas se desvela éste por presentarle con toda la mages-

tad y pompa que tan grandioso objeto exige. Y notad la diferencia de los resultados que ofrecen ambos campos beligerantes. Mientras en el uno es de cada vez mas ostensible el desaliento y la desercion, en el otro es mas prodigiosa la animacion y el entusiasmo; cuando allí la desesperacion llega á su colmo por ver disminuirse las filas de la herejía que incesantemente sufre numerosas bajas y cuenta menos adeptos, aquí se ven engrosar las falanges de Sabahoth y formarse nuevos escuadrones con los prosélitos allegados del bando enemigo; y en tanto que hoy dia apenas cuenta algunos sectarios decididos la escuela de Calvino en ese mismo suelo en que él inoculó sus errores, la Iglesia católica tiene la gloria de ver triunfar allí públicamente el dogma de la real presencia, como triunfaba antiguamente el arca santa en medio de los filisteos.

¿Quién habrá pues que no reconozca la omnipotencia divina en este prodigioso triunfo? ¿Quién no admirará el poder de la fé en esa escena encantadora que anualmente se renueva á nuestra vista en todos los pueblos del mundo católico? ¿Quién al ver los pontífices despojarse de su tiara, los reyes deponer sus coronas, los principes mostrarse como los servidores y criados del Monarca de cielos y tierra, los potentados abandonar sus palacios para venir á rendirle homenaje, los guerreros rendir sus armas en su presencia y escoltarle en su tránsito como al Señor de las batallas, y toda la humanidad postrarse humilde ante la sagrada custodia depositaria del Cuerpo santísimo del Salvador, no esclamará entusiasmado: «Hé ahí el Señor de los señores y el dominador de los que dominan. Verdaderamente sois vos un Dios escondido el gran Dios de Israel que habita con nosotros?» ¡Oh! Tiemble la herejía, huya el error avergonzado; estremézcase el infierno. El Leon de la tribu de Judá ha vencido. El Cordero de Dios que borra los pecados del mundo es el único que merece ser adorado en toda la tierra. Paso al Dios de las virtudes que en este dia ha destruido el poder de Edom, y humillado la pujanza de Moab. Si hay alguno que no hinque la rodilla delante de esa arca de la nueva alianza, descienda el fuego celeste y abraza al audaz profanador del mas augusto misterio. Si hay algun Oza temerario que intente tocar con su mano impura ese sagrado tabernáculo, sígale

inmediatamente la maldicion divina y sea víctima de su propia impiedad. Que no haya inteligencia alguna que no se le someta, ni ningun corazon que no se le rinda, ni ninguna lengua que no celebre sus victorias, pues que él solo es grande y digno por todos conceptos de una alabanza universal: *Quia magnus Dominus et laudabilis nimis.*

Entremos pues todos en los sentimientos de nuestra madre la Iglesia: y pues ella al celebrar los prodigios de la divina Omnipotencia en el triunfo de la Eucaristia, se ha propuesto dar al propio tiempo á Jesucristo una conveniente indemnizacion no solamente de los ultrajes que le infiere la herejía, si que tambien de las ofensas de que es víctima por parte de los malos cristianos, respondamos á su invitacion maternal en la cual se halla interesado el honor de nuestra fé, y nuestra propia utilidad. Amor, reverencia y adoracion profunda, hé allí lo que de nosotros exige ese Sacramento en que se dignó morar con los hombres el Dios de misericordia, de justicia y de magestad. Si es precioso en la familia el legado de un padre ó de una madre, si se veneran con una especie de culto los muros en que habitaron, los sitios que hollaron sus piés, y el dia de su natalicio es inviolable, santo y solemne entre unos hijos fieles y agradecidos, ¿cuánto mas justo será que nosotros, hijos de un Padre el mas amante y tierno que por nuestro amor se quedó sacramentado para consolar nuestra hórfañdad y acompañarnos en nuestra peregrinacion, recojamos esa divina herencia, y celebremos con todo el entusiasmo que inspira una fé viva y sincera este dia que nos recuerda el de nuestra mayor felicidad? ¡Oh! mostremos, M. A. O., que si por nuestra desgracia hemos podido incurrir en defectos propios de una naturaleza débil y corrompida, jamás empero hemos desmentido nuestras creencias; que si alguna vez hemos sido tibios ó indiferentes hácia Jesucristo sacramentado, nunca queremos ser desconocidos é ingratos. Bien presto vereis salir de su tabernáculo á ese amante Cordero sacrificado por nuestra salud desde el origen del mundo. Como en otro tiempo visitaba las ciudades y aldeas de la Judea consolando los pobres, curando á los enfermos, y distribuyendo á todos las riquezas de su bondad y misericordia, así hoy atrave-

sará las plazas y las calles, pasará por delante de vuestras casas derramando toda suerte de bendiciones, sembrando donde quiera los dones de su gracia, y dejando en pos de sí abundantes consuelos y ricas esperanzas. El tañido de las campanas, el zumbido del cañon, los armoniosos ecos de mil instrumentos guerreros os anunciarán el pasaje del legítimo Príncipe de los siglos venideros, del Rey de las eternidades, del verdadero Hijo del Dios de Jacob que mucho mejor que el antiguo Joseph proveyó al mundo de un pan celestial que satisface el hambre y dá la vida eterna: por lo que la Iglesia, á imitacion de lo que el rey de Egipto hizo con su representante, le eleva hoy sobre un trono, y conduciéndole en triunfo por todo el orbe católico, manda á todos los fieles hincen su rodilla delante de él, y le tributen el homenaje de sus adoraciones. Entonces, pues, corred á saludar al enviado en nombre del Señor; entonad un sublime Hossanna al monarca de Israel, sembrad el suelo de flores y de verdes ramos, como los hijos de los hebreos al ver entrar al Salvador por las puertas de Jerusalem, henchid los aires con vítores y aclamaciones al tres veces Santo, levantad altares de trecho en trecho para que se detenga á bendeciros, como se detuvo un dia junto al pozo de Jacob á recibir los obsequios de la mujer de Samaría, y no dudeis que como á ella os dará en cambio de vuestra fé esas aguas vivas que apagan la sed mas ardiente y corren hasta la vida eterna. Por último, recordad que Jesucristo pasa hoy por vuestras casas no solamente para recibir en su tránsito las ovaciones de la gratitud y de la piedad, sino al propio tiempo para recordaros que si le habeis olvidado, su piedad os espera, su misericordia os llama, su amor os busca donde quiera. ¡Ah! No seamos indiferentes á tanta bondad. Despertemos de nuestra indiferencia, sacudamos nuestra apatía, y á imitacion de la Esposa de los Cánticos, corramos en pos del oloroso perfume de sus virtudes; atravesemos las calles y encrucijadas en busca del amante de nuestras almas: no cesemos de buscarle hasta haberle hallado; y cuando lo hubiéremos conseguido, abracémonos á él apretadamente con los lazos de la caridad divina, y no le abandonemos jamás. Llevémosle á nuestro hogar, mediante una adhesion constante á sus creencias, conservé-

mosle cuidadosamente con nuestra fidelidad en observar sus preceptos, identifiquémonos con él en virtud de la frecuente recepción de su Cuerpo sacratísimo, corona la mas bella que podemos ofrecer á ese divino Esposo; y de esta suerte, despues de acompañarnos en nuestro destierro, y vivir íntimamente unido á nuestras almas por la gracia en el tiempo, veremos llegar el dia en que nos asociará á su gloria en la interminable eternidad.

DISCURSO I

PARA EL DIA DEL SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS REPRESENTA EL TIPO DEL AMOR MAS PURO Y SUBLIME QUE PODIA CABER EN UN HOMBRE-DIOS.

Factus est in corde meo quasi ignis exstans, clausus que in ossibus meis; et defeci ferre non sustinens.

He sentido dentro de mi corazon como un fuego abrasador que penetra hasta mis huesos; y he desfallecido no teniendo fuerzas para aguantarle.

JEREM. XX. 9.

ASUNTOS hay en la religion católica, que apenas se atreve uno á tocarlos, temeroso de quedar confundido y anonadado ante su incommensurable profundidad. A manera de un viajero que abrasado por la ardiente sed en lo mas rigoroso del estío se para delante de un inmenso lago que se presenta á su vista, y midiendo con sus ojos aquel abismo, teme acercarse á él receloso de deslizarse en la orilla, y encontrar su sepulcro en las mismas aguas en que busca la satisfaccion de una apremiante necesidad de la cual depende su vida, no de otro modo tiembla mi alma al querer abordar ese abismo sin fondo del Corazon Sacratísimo de Jesus, cuya grandeza, cuya magestad y cuya gloria ninguna inteligencia humana llegó jamás á comprender. Ese Corazon adorable que la Iglesia solemniza en este dia como unido inseparablemente á la persona del Verbo, y por consiguiente divino, es el símbolo perfectísimo de su amor, la espresion autén-

ca de su infinita caridad, el centro de los afectos más puros, de las ideas más sublimes, de los sentimientos más generosos, de la ternura más insinuante, de la más dulce bondad. En él se halla la síntesis de todo lo más elevado y grande que existe en el orden de la naturaleza y de la gracia. Es un tesoro en que plugo al Eterno ha-
cinar todas las magnificencias de la redención mediante la cual se propuso restaurar lo terrestre y lo celestial (1); un venero inagotable de riquezas que quiso mostrar á los siglos venideros, como testimonio de una munificencia sin límites (2), de que debían participar todos los que habían sido llamados á recoger la herencia de su sangre (3). Es una fuente perenne de concordia y de paz, puesto que destruyendo con el sacrificio de la cruz el muro de enemistad que separaba entre sí á los antiguos pueblos, nos reconcilió á todos consigo mismo, nos hizo un solo pueblo de elección, nos identificó con su humanidad santísima, y nos estrechó con los indisolubles lazos de su fé y de su amor (4).

¡Oh amor incomprensible! ¡Oh amor inmenso del Corazón de Jesús! ¿Quién osará acercarse á ese manantial de dulzura y misericordia? En vano, decía San Bernardo, he pretendido frecuentemente apagar en él la sed que devoraba mi alma. Cien veces he llegado mis labios á sus cristalinos raudales, otras tantas he vuelto á arro-
jarme á sus aguas por ver si calmaba esa ánsia indefinible que en mi corazón sentia reproducirse sin cesar, y siempre me he separado de allí más sediento que cuando me acerqué, más deseoso de tornar á beber. Pues aunque es cierto que quien una vez ha llegado á gustar de ese esquisito licor, de tal suerte queda embriagado que ya no le es posible desear, buscar, apetecer ni amar cosa alguna fuera de aquel que se dió al mundo en arras de su inextinguible caridad; sin embargo, por efecto de una propiedad fenomenal y esclusiva de ese mismo amor, nunca es posible hallar satisfacción cumplida, siempre se experimenta un nuevo anhelo, un nuevo ardor, y una nueva sed

(1) Ad Ephes. I. 7, 10.

(2) Ib. II. 7.

(3) Ib. I. 14.

(4) Ad Ephes. II. 14 et seq.

tan dulce para el que la siente como indefinible para el que no la ha conocido (1).

Tal es, M. A. O., la condicion esencial de ese abismo de magnificencias que encierra el amantísimo Corazon de Jesus. Ningun génio pudo jamás gloriarse de haber sondeado su profundidad inmensa; ninguna inteligencia, siquiera fuese la mas ilustrada, logró nunca llegar al fondo. Cuanto mas se vá descubriendo á favor de la divina revelacion en ese océano de maravillas y prodigios, tanto mas se conoce lo que falta por descubrir: y al tocar el resultado de una investigacion, convéncese el hombre de que no ha hecho mas que engolfarse en un nuevo laberinto cuya salida le será acaso imposible. ¡Oh! Aquí es donde los ingénios que aman lo bello, lo sublime y lo heroico, pudieran gustar de los encantos que ofrece al alma el asunto mas digno que jamás se propuso á los esfuerzos de la ciencia. Aquí marchando de conocimiento en conocimiento, de luz en luz, posándose dulcemente á contemplar un rasgo de belleza, para correr despues en pos de otros muchos objetos nuevos que se presentan á su vista, sentirian engrandecerse sus espíritus, ennoblecerse sus ideas, elevarse sus sentimientos, y extasiarse sus almas en la contemplacion de los inefables designios de una sabiduría infinita que no obra en el tiempo sino con relacion á la eternidad, de un poder sin limites que todo lo subordina á unos destinos inmortales, de un amor inagotable que en todo tiene por objeto la dicha y la bienandanza de la humanidad.

Sin que creais, M. A. O., que pretendo acometer una empresa ante la cual han retrocedido los talentos mas sublimes y privilegiados, y únicamente por satisfacer de algun modo vuestra piedad, voy á acercarme á ese foco de amor que arde en el Sacratísimo Corazon de Jesus, y cuyas llamas, segun la alegoría de un profeta, penetrando hasta lo mas íntimo de sus huesos, le hacen desfallecer en

(1) De dilectione Dei, quo plus bibo, plus sitio: et ea saturari non possum, nec ego nec aliquis diligens Christum. Quanto plus ipsa bibitur, plus sitim inaeuit: ipsam quam inhabitat mentem sic inebriat, ut nihil jam quærat, vel diligit, nec diligere possit, præter eum qui sic mundum dilexit, ut Filium suum unigenitum daret. (S. Bern. XIII. in coena Domini.)

fuerza de su actividad irresistible. *Factus est in corde meo quasi ignis exarsuans, clausus que in ossibus meis; et defeci ferre non sustinens.* Procuraré descubrir una sola punta del velo que oculta á nuestros ojos ese incomprendible santuario de la divinidad; y haciendo una ligera reseña de lo que obró ese Redentor adorable durante su vida mortal, reconoceremos en su Corazon amantísimo todos los rasgos que caracterizan á un Dios que consagra todas sus ideas, sacrifica todos sus afectos, y dedica toda su vida de pensamiento y de accion en obsequio del hombre á quien mira como el único objeto de su mision augusta en la tierra. En una palabra: «mostraros en el Corazon de Jesus el tipo del amor mas sublime y puro que podia haber de un Hombre-Dios en sus relaciones con la humanidad,» será todo el asunto de mi discurso y de vuestra atencion: pues no creo conducente entrar en abstracciones metafísicas que sin ninguna gloria para mí, y con poco provecho para vosotros pudieran prestarme materia abundante en este momento.

¡Corazon deífico! Una sola chispa de ese fuego que os abrasa y consume, os ruego os digneis arrojar sobre mi corazon helado por las impresiones de una tierra que nos impide elevarnos á las regiones de lo inmenso é infinito. Un solo destello de ese amor que en vos rebosa, deseo venga á vivificar mi alma y á ilustrar mi inteligencia para tratar dignamente de los prodigios de vuestra caridad sin límites. Si por mí no merezco tan alto don, merécele y mucho esa Virgen inmaculada, cuyo Corazon maternal tan identificado está con el de su divino Hijo. Sirva ella de fianza y prenda de mi plegaria, ante vuestro trono. Todo lo espero apoyado en su mediacion, y para mas interesar su ternura, saludémosla llenos de reverencia y entusiasmo:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Trazados estaban de antemano por una pluma divinamente inspirada los rasgos característicos de ese Corazon amante que el mundo

venia saludando á través de los siglos como el único en quien debía hallar el remedio de sus males y el consuelo de sus aflicciones. Isaías, mas bién que profeta, historiador elocuente del futuro Reparador, muestra á las generaciones por venir el verdadero retrato de Jesucristo, desarrollando en un vasto cuadro con las mas bellas tintas, la fisonomía, digámoslo así, de su corazón con todas las propiedades que han de distinguirlo de los demas. Una dulzura encantadora, una ternura insinuante, una calma profunda, una paz inalterable, una tolerancia sin límites, tales son los caracteres inequívocos del que viene á traer á las naciones la justicia y á dar su ley á los pueblos. Lejos de él la acritud de la indignación, ni los clamores de la animosidad. Jamás se verá la austera melancolía en su semblante, ni se revelará en su aspecto la turbulencia de las humanas pasiones. No se complacerá en quebrar la caña cascada, ni en apagar el pávilo que aun humea, porque todo en él será amor y mansedumbre cuando se presente á establecer su reino en la tierra (1). Inocente como un tierno corderillo se dejará conducir al sacrificio sin haber exhalado la menor queja (2); y cuando la ingratitud le hiera en una mejilla, él sin indignarse mostrará la otra al que le hirió (3).

De este modo delinearon los profetas el bosquejo anticipado de aquel amor dulce, paciente, resignado y pacífico que debía caracterizar el Corazón del Salvador del mundo. Veamos si el original corresponde fielmente al retrato. Abrid los sagrados libros, ojead el Evangelio, y desde luego os sorprenderá la perfecta identidad que entre ambos se encuentra. No bien Jesús se presenta en el mundo, cuando ya se halla rodeado de antipatías inmotivadas, de ódios inmerecidos, de persecuciones violentas, de sangrientas calumnias, de horribles venganzas. Su patria es para él peor que un destierro. En sus parientes no vé mas que despego y envidia, en sus amigos frialdad é indiferencia, en sus discípulos volubilidad é inconstancia,

(1) Isaías XLII. 4 et seq.

(2) Ib. LIII. 7.

(3) Jerem. III. 30.

en sus paisanos desabrimiento é ingratitud, en todo su pueblo incredulidad y desconfianza. Sin embargo, tranquilo siempre su Corazon, é invariable á pesar de tantos motivos de justo sentimiento, parece ignorar lo que pasa en su derredor, no hace caso de las pasiones bulliciosas que en torno de él se agitan, se desentiende de los proyectos que se urden contra su persona, y atento únicamente á amar y hacer todo el bien posible, deja á la calumnia que se cebe en su vida immaculada, prefiriendo sucumbir bajo su peso mas bien que hacer ruborizar al calumniador. ¿No se le vió en mil ocasiones oponiendo al ciego furor de los judios insensatos, que no perdonaban ocasion de hacerle una oposicion sistemática, una dulzura de carácter que mas de una vez les obligó á retirarse avergonzados de su propia injusticia? ¿No se le oyó reprender á sus discípulos y enfrenar sus arrebatos de cólera, cuando le proponian que hiciese llover torrentes de fuego sobre una ciudad infiel que se negó á darle hospitalidad? ¿Y quién no admiró el heroismo de su caridad tolerante y compasiva en mandar al jefe del apostolado envainar la espada de que intentara hacer uso para defenderle, cuando una horda de foragidos se apoderaba de su sagrada persona para conducirle á la muerte? Si alguna vez se mostró severo é indignado contra la hipocresía farisáica, ó contra la venalidad sacrílega de la Sinagoga, tras de un exterior justamente celoso de la honra y de la magestad de su Padre ultrajada, ocultábase un Corazon hondamente afligido por la ceguedad de aquellos desgraciados que desconociéndole le insultaban; y su propio lenguaje aparentemente rígido y austero no era sino el idioma de un amor insinuante y compasivo, que no podia ver con indiferencia correr hácia el abismo de la perdicion á los que su Corazon amantísimo deseaba á todo trance salvar (1). Por lo demas, observadle conducido de tribunal en tribunal, arrastrado de suplicio en suplicio, cargado de prisiones, saturado de oprobios, harto de denuestos y sangrientos sarcasmos, y donde quiera hallareis su Corazon en el mismo estado de calma y serenidad. Sabe sufrir, sabe sentir, sabe callar, sabe perdonar; lo único que ignora es irritarse

(1) Marc. III. 5.

contra sus perseguidores ni menos tomar de ellos venganza. Cuando sus verdugos se hayan cansado de atormentarle, todavía su Corazon hallará un fondo inagotable de bondad que ofrecerles. Aquellos no tendrán fuerzas para seguir martirizando su humanidad santísima; y á éste le sobraré heroismo para continuar prodigándoles los tesoros de su misericordia. A la última palabra de sacrilego insulto que le dirigen en la cruz, responde su Corazon con una palabra de perdon y de amor, y el postrimer suspiro de la victima se confunde con aquella tierna plegaria que dirige al cielo implorando clemencia en favor de sus sacrificadores, y escusando con la ignorancia el exceso de su perfidia: *¡Pater dimitte illis (1)!*

¿Quién no reconocerá el Corazon de un Dios-Hombre en ese primer rasgo de un amor dulce, paciente y resignado que no se desmiente en las circunstancias mas graves ni en los mas sensibles ultrajes? ¡Oh! Solo el Corazon de Jesus podía amar de un modo tan insólito y extraordinario, bien así como á él solo pertenece amar universalmente en todos tiempos á todos los hombres, sin distincion de clases, sin preferencia de categorías, sin aceptacion de personas, porque en ese Corazon divino no caben esas antipatías y simpatías que en el hombre revelan la pequeñez de su alma y lo limitado y mezquino de sus sentimientos. Es todo para todos con una rigurosa igualdad: y si alguna predileccion puede haber, está únicamente reservada para el que mejor sabe identificarse con él por medio del amor. Volved á dar una rápida ojeada por las páginas del Evangelio. ¡Qué rasgos tan admirables nos ofrecen de ese carácter de universalidad que brilla en los sentimientos amorosos del Corazon de Jesus! Aquí le veo prestándose sin violencia á las invitaciones del fariseo arrogante; allí aceptando gustoso la mesa del humilde publicano; mas allá resignándose á las exigencias de una mujer Samaritana, á quien escucha paciente por desengañarla de sus preocupaciones; despues recibiendo los obsequios que le tributa el arrepentimiento de otra belleza estraviada; y siempre y donde quiera sacrificando su reposo, su sueño y todos los momentos de su vida á un pueblo

(1) Luc. XXIII. 34.

que ama entrañablemente á pesar de su ingratitud. Si una turba importuna de niños le obstruye el paso, lejos de rechazarlos los llama, los estrecha contra su seno, y les colma de caricias y bendiciones. Si sus discípulos harto ignorantes y groseros le incomodan con cuestiones inútiles ó frívolas pretensiones, jamás por eso les muestra el menor disgusto; vive en medio de ellos como un amigo, como un hermano, como un hombre del pueblo, atento únicamente á llenar con las ingeniosas previsiones de su amor la distancia que el brillo de sus milagros y de su reputacion pone entre él y el menor de los hijos de Jacob.

¡Y qué tierno y expansivo no se muestra con la desgracia el Corazon de Jesus! A este nuevo rasgo yo no puedo menos de reconocer en su amor el sello de la divinidad. Basta ser infortunado para encontrar en aquel Corazon amante un lugar preferente y distinguido. El menesteroso, el afligido, el enfermo, la viuda desamparada, el huérfano desvalido le pertenecen con un título especial. En su Corazon caben todos los dolores, hallan asilo todas las miserias, encuentran eco todas las lágrimas, y tienen puerta franca todas las necesidades. «Venid á mí, esclama, todos los que os hallais trabajados por la adversidad ó sucumbís bajo el peso del infortunio, que yo os aliviaré:» *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (1). Si el hambre os aflige, si la desnudez os entristece, si la pobreza os agobia, si las dolencias os afectan, acercaos á mí, pues en mi Corazon poseo un remedio eficaz para todos esos males que tan insoportable os hacen la existencia; mi amor os facilitará el pan que os alimente, el vestido que os cubra, la medicina que os cure, el bálsamo que cicatrice vuestras heridas: *Venite ad me*. Contra la calumnia virulenta tendreis en mi un defensor, contra la envidia envenenada tendreis en mi Corazon un seguro asilo, contra el ódio y la rivalidad injusta tendreis en mi amor un escudo impenetrable. *Venite ad me*. ¿Qué podeis temer estando en medio de vosotros Jesus? ¿Qué puede afligiros viviendo en vuestro seno el que ha sido enviado del cielo para calmar todos los infortu-

(1) Matth. XI. 28.

nios de la tierra? Por grandes que sean vuestros males nunca podrán llenar la inmensidad de mi Corazon: *Venite ad me*. Así habla Jesus; el eco de su voz resuena en todas las ciudades y aldeas de la Judea; de do quiera acuden á él todos los que sufren, todos los que lloran, todos los que padecen víctimas de la desgracia. Ora es un príncipe que demanda para su hijo la salud, ora es una viuda desolada que lamenta la pérdida del fruto de su amor, ya una mujer Cananea que implora socorro para una hija poseida del espíritu maligno, ya un paralítico que pide á gritos le ayuden á entrar en la piscina de Siloe. No-dá en fin un paso sin tropezar con algun objeto de compasion y de lástima, y por todas partes va dejando las huellas de su ternura y benéfico amor. Nadie se separa de él desconsolado, nadie deja de experimentar los efectos de su inagotable caridad. Una sola lágrima basta á veces para conseguir de él lo que se desea; la lengua no tiene necesidad de espresar el dolor para obtener desde luego el remedio. Es que Jesus participa de todos los reverses que afectan á la humanidad, es que su Corazon se identifica con todos los sentimientos del corazon ulcerado por la desgracia, es que su amor hace suyos todos los males que pesan sobre el triste mortal. Hasta para el criminal que le ultraja y vende traidoramente tiene Jesus ternura compasiva y escensiva condescendencia. Hasta para aquella ciudad deicida que le prepara una muerte afrentosa y cruel tiene lágrimas paternas y sinceros deseos de su ventura. ¡Ah! Él vé en Jerusalem el lugar destinado á sus humillaciones y á su suplicio, y nada de esto conmueve su alma, porque voluntariamente se ha ofrecido á ser la víctima espiatoria del mundo, y ha aceptado de antemano todo cuanto para la realizacion de los divinos designios exige la justicia de su Padre. Pero al considerar que aquella ingrata ciudad debe ser talada por una nacion enemiga y reducida á escombros y cenizas, su Corazon se entristece hasta verter amargo llanto (1). Llanto precioso, digno de un Hombre-Dios que sabe amar con un amor tan sublime en los sentimientos que le inspiran como inmenso en los objetos que abraza.

(1) Luc. XIX, 41.

En efecto, M. A. O., un Hombre que es á la vez Dios y como tal ama, no se limita á dispensar los beneficios de su corazon en el tiempo, sino que trabaja por hacer á los hombres dichosos en la eternidad. Hasta aquí solo hemos visto un ligero bosquejo de esa caridad ardentísima de nuestro Salvador; réstanos verla desarrollar toda su inmensidad en un prodigio que tanto por lo que en sí es, como por la circunstancia especialísima en que se verificó, lleva impreso el sello de las maravillas de la omnipotencia y de las riquezas del amor del Hijo del Altísimo. Aproximábase la hora en que el poder de las tinieblas debia desplegar todo su furor contra el Santo de los Santos. Sus enemigos conjurados en la oscuridad de la noche acechan sus pasos, deseosos de deshacerse de él, y de borrar si posible fuese su nombre en la historia de las generaciones venideras. Todo está dispuesto para consumir la mas horrible trama que jamás concibió la humana perfidia; los momentos corren veloces, y dentro de un breve espacio ya el Hijo del hombre se hallará en manos de los pecadores. Pero ¡oh vanos designios de la humana maldad! ¡Oh esfuerzos impotentes del ódio judáico! Jesus no consiente en verse separado de los que en el mundo ama; su corazon antes de resignarse á ser víctima de todos los tormentos y amarguras que ha de apurar en cumplimiento de los decretos celestiales, idea un medio de burlar, digámoslo así, todos los proyectos de la iniquidad, y de engañar á los que en su ciego encono aspiran á hacerle desaparecer para siempre de la memoria de un mundo á quien no ha hecho sino beneficios. ¡Ah! No lo conseguirás, Sinagoga vengativa. Jesus ha encontrado el secreto de vivir perpétuamente con los hombres á despecho de la muerte que le preparas. Ya se ha dado en la institucion de la Sagrada Eucaristía una nueva existencia que jamás podrá serle arrebatada. Serás dueño de su vida material, harás correr su sangre en una Cruz, le verás agonizar y morir bajo el peso de tus insultos y blasfemias; y sin embargo, despues de succumbir á los golpes de tu venganza, vivirá todavia no solo en la cumbre del empíreo, en donde reinará como monarca supremo de los siglos, sino tambien en la tierra, en donde oculto en un misterio de amor, continuará las altas funciones de Mediador entre Dios y los

hombres. ¡Oh triunfo admirable del Corazon de Jesus! En vano la humana malicia, instrumento ciego de los decretos eternos, se apresurará á sepultar juntamente con el Salvador las hostias, las oblacones y los sacrificios de la antigua ley. ¡Y qué! ¿Faltarán por eso al nuevo pueblo cristiano sacerdotes, ofrendas y víctimas que presentar ante las sagradas aras? No: ese mismo sacrificio que Jesus va á consumir en el Calvario, su amor le eternizará de una manera inefable en el mundo. Él no morirá sino para renacer todos los dias y á todas horas en un altar perpétuo y universal que se levantará en todos los confines del globo, en el fondo mismo de los mares, y en lo mas recóndito de los desiertos. Do quiera se ofrecerá al Eterno una víctima santa, adorable, pura y de infinito valor por los pecados del universo. Esa víctima es Jesus incruentamente inmolado en la Eucaristía; la tierra entera es su altar; el amor es la espada que la sacrifica, el fuego que la consume, el sacerdote que la ofrece. ¡Ved ahí hasta dónde pudo rayar la caridad del Corazon de Jesucristo! Con razon dijo el Apóstol que el Padre le habia enviado al mundo para legar á todos los siglos las inestimables riquezas de su gracia, y los tesoros inagotables de su liberalidad, y para mostrar á los pueblos todos la latitud, la profundidad, y la inmensidad de un amor sin semejante que jamás sabrá apreciar dignamente.

Y si desde el cenáculo en donde el Salvador realiza ese inefable misterio, le contemplamos marchando al Calvario para consumir la grande obra de la reparacion del mundo, ¿qué ideas formaremos de su Corazon amantísimo? Mas ¡ay! No seré yo quien pretenda reproducir una escena cuya sublimidad no llegaria á espesar la lengua de un profeta, de un apóstol, ora fuese Isaías, ora Pablo, el génio mas ilustrado del cristianismo. Transportaos vosotros, M. A. O., al Gólgota, subid hasta la cumbre de la santa montaña, medid la distancia que ha recorrido Jesus desde la gruta de Belen hasta la cima del Calvario; recordad las pruebas de amor que su Corazon ha dado durante una existencia consagrada á los mas penosos sacrificios, la indigencia y las humillaciones de su vida privada, los trabajos y correrías de su vida pública, su celo desinteresado, sus beneficios sin guarismo, su beneficencia inagotable; oidle luego suspirar ar-

dientemente por la hora de la reconciliacion, anhelar á abrazarse con aquella cruz en que va á terminar su carrera, ignorado, oscuro, maldecido del mundo, anatematizado por el cielo, desamparado de su Padre, y acompañado únicamente por su amor, que le sigue donde quiera hasta en sus postrimeros instantes, y no le dejará hasta haber prodigado la última gota de sangre que le queda en las venas; contemplad todo esto en silencio, y despues dejad á vuestro corazon que hable y decida si, el Corazon que así ama no es el Corazon de un Dios abrasado por un fuego consumidor que le devora y le hace desfallecer, segun la alegoria de los libros proféticos: *Factus est in corde meo quasi ignis exæstiuans, clausus que in ossibus meis, et defeci ferre non sustinens.*

Ved pues, M. A. O., cuánto debe la humanidad á ese Corazon divino; comprended la estension de su bondad, y la profundidad de su amor, y deducid cuál debe ser nuestra correspondencia á tantos y tan heróicos sacrificios. ¿Qué no deberemos esperar de un Corazon tan dulce, tan benéfico, tan generoso, que sin reservarse nada para sí sino las aflicciones, las amarguras y los padecimientos, todo lo inmoló en bien del hombre? ¿Qué no deberemos hacer en obsequio de un Corazon que agotó en nuestro obsequio todo su poder, toda su sabiduría, todo su amor por quedarse entre nosotros para ser el compañero de nuestro destierro, el consuelo de nuestra existencia, el bálsamo de nuestros dolores, el asilo de nuestras desgracias, nuestra defensa en los peligros, nuestro escudo en las adversidades, nuestra esperanza en los trances desesperados, nuestro refugio en las tempestuosas tormentas de las pasiones? ¿Cómo no deberemos amar á un Corazon que por salvarnos se hizo víctima voluntaria de todo cuanto por nuestra ingratitude merecíamos, y no dudó apurar la copa repugnante del martirio mas cruel, á trueque de hacernos participantes de su misma felicidad? Mas ¡ay! ¡Cuán pocas son las almas que comprenden el lenguaje del amor de ese Corazon deífico! ¡Qué rara vez se encuentran corazones que sepan interpretar dignamente los sentimientos de Jesus! Solos los que como un Bernardo han penetrado en ese santuario de luz y de amor, pueden gustar los carismas que encierra, los dones que atesora, las

gracias en que abunda. Ese génio sublime habia llegado á poseer el gusto de la positiva belleza, de la grandeza ideal, y de lo esencialmente heróico, cuando en presencia de ese Corazon divino no sabiendo contener las impresiones de un amor entusiasta, exclamaba: «¡Oh, cuán bueno es y cuán delicioso habitar en ese Corazon amante! Si su sola vista llena el alma de regocijo y derrama los mas abundantes consuelos, ¿quién podrá espresar lo que envuelve su posesion? Nada será capaz de arrancarme de él, una vez que he tenido la dicha de hallarle. Mis pensamientos, mis deseos, mis afectos, mis cuidados, mis aspiraciones, mi vida toda está absorvida en él. En ese templo, en esa arca del Testamento, en ese Sancta Sanctorum moraré día y noche, al lado de mi rey, de mi hermano y de mi amigo Jesus, belleza sin igual, riqueza sin semejante, tesoro sin fondo, amor indeficiente. Para eso fué llagado tu pecho, oh Salvador dulcísimo, para eso fué traspasado con una lanza tu costado, para eso nos fué abierto tu Corazon, á fin de que pudiésemos entrar en él y fijar allí nuestra mansion perpétua, libres de las turbulentas pasiones que agitan nuestra existencia. ¿Quién no amaría un Corazon tan cruelmente vulnerado por nuestro amor? ¿Quién se extasiaría á vista de un Corazon tan dulce y simpático? ¿Quién no se abrazaría con un Corazon tan puro y casto (1)?»

¡Pluguiese al cielo, M. A. O., que estos sentimientos del Doctor meliflúo, encontráran eco en todos los corazones cristianos! ¿Y por qué no ha de ser así? ¿Puede imaginarse un objeto mas digno de entusiasmo y de amor que ese Corazon santísimo que por do quiera no respira sino dulzura, suavidad, encanto indefinible? ¿No es él el manantial perenne de todas las gracias? ¿No es él la fuente inagotable de todos los dones? ¿No es él el origen fecundo de la misericordia, de la piedad, de la compasion, y de todas esas virtudes que tan dulcemente cautivan al hombre? ¿No es él el centro de las verdaderas delicias, de los puros goces, de la paz, de la concordia y de la union inalterable que forman la dicha del justo sobre la tierra? ¿No se ha constituido nuestro asilo, nuestra defensa, nuestro protec-

(1) S. Bernard. Serm. III de Pass. Dom.

tor en todos los trances que amargan nuestra existencia? ¿No nos convida á todas horas, y nos llama incesantemente, y nos urge con anhelo, y nos apremia solícito á que nos refugiemos en él si deseamos hallar sosiego y bienandanza en esta region de alarma y de continua lucha? Pues corramos sin vacilar á ese Corazon divino; apresurémonos á fijar en él nuestra morada mediante un amor puro, sincero, eficaz, práctico y constante, fundado en el cumplimiento de los deberes que nos impone su santísima ley. Temamos mas que la muerte el separarnos ni un leve momento de ese refugio que la divina misericordia nos preparó tan generosamente para que no fuésemos sorprendidos por las asechanzas del enemigo de nuestra salvacion. Estrechémonos apretadamente con nuestro dulcísimo Salvador, como el tierno infante abraza el seno de la madre que le amamanta con el dulce licor de sus pechos. Arrojémonos á esa fuente de gracia y de misericordia, bebamos con avidéz sus puras aguas, embriaguémonos de amor como la esposa de los cánticos hasta desfallecer; en tanto que llega el día deseado en que trasladados al seno de la inmortalidad, nos saciemos de aquellas inefables delicias que manan del trono del Cordero, y forman la bienandanza de los que en su derredor entonan himnos de gloria y bendicion por los siglos de los siglos.

DISCURSO II

PARA EL DIA DEL SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS.

LAS MARAVILLAS DE LA REDENCION EN DIOS Y EN LA HUMANIDAD,
REPRESENTADAS EN EL CORAZON SACRATÍSIMO DE JESUS.

Secundum revelationem notum mihi factum est sacramentum... quod aliis generationibus non est agnitum... gentes esse cohæredes, et concorporales, et participes promissionis ejus in Christo Jesu... Mihi data est gratia hæc: In gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi.

Me ha sido manifestado por medio de la revelacion divina un misterio que no ha sido conocido en las pasadas edades; á saber, que todas las naciones han sido hechas coherederas, concorpóreas y participes de unas mismas promesas con Jesucristo Señor nuestro. Y á mí se me ha dado la mision de anunciar á todos los pueblos las inestimables riquezas que se encierran en Jesucristo.

AD EPHES. III. 3, 5, 6.

Lo que en otro tiempo escribia el apóstol San Pablo á los fieles de Epheso, hablando de la vocacion de la gentilidad al cristianismo, puede aplicarse con mucha oportunidad al objeto que hoy nos reúne en este santo templo. Un anuncio feliz, decia, una gran nueva tengo que comunicaros. «Me ha sido revelado un misterio de la mas alta importancia que hasta ahora habia sido desconocido por los hombres mas sábios en los siglos anteriores; y es, que todas las naciones mediante la Redencion verificada por el Hombre-Dios en el Calvario, han sido llamadas á una misma herencia, han sido incorporadas con Cristo, y han entrado en posesion de sus divinas promesas. Y á mí, el mínimo entre los apóstoles, se me ha confiado la mision de anunciar á todos los pueblos de la tierra las inestimables riquezas

que fluyen de Jêsucristo, para ilustrar á lôs hombres acerca de ese arcano que tanto tiempo habia estado oculto en los secretos de la infinita sabiduria, y que sea conocido en el mundo por medio de la Iglesia:» *Secundum revelationem notum mihi factum est sacramentum... quod aliis generationibus non est agnitum... gentes esse cohæredes, et concorporales, et comparticipes promisionis ejus in Christo Jesu... Mihi data est gratia hæc: In gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes quæ sit dispensatio sacramenti absconditi a sæculis in Deo, ut innotescat per Ecclesiam.*

Hed aquí justamente la mision que yo vengo á cumplir hoy respecto de vosotros. Llamado á desenvolver ante vuestros ojos el gran cuadro de las bellezas que encierra el Corazon sacratisimo de Jesus, y á descubriros ese abismo insondable de riquezas que atesora, nada nuevo en verdad podré decir que mil veces no hayais oido. No será, si se quiere, para vosotros un misterio oculto el que vengo á anunciaros, puesto que ya por la doctrina católica os hallais instruidos en los secretos del amor de ese Dios-Hombre, y no ignorais que mediante su sacrificio todos somos coherederos y comparticipes de los merecimientos del Salvador con quien fuimos incorporados de una manera maravillosa é inefable. Pero siempre será una verdad que el humano entendimiento jamás llegará á comprender esos fenómenos de caridad infinita, esos milagros de inmensa bondad, esos portentos de misericordia sin limites que se verifican sin cesar en el seno de aquel Corazon deífico; y que por lo tanto, cuanto mas se profundiza en ese abismo, mayores riquezas se encuentran; porque es un manantial perenne, un venero inagotable de celestiales carismas.

Malamente ha pretendido la ciencia carnal del siglo censurar un culto tan simpático y conforme con los sentimientos de la cristiana piedad, como justo en los motivos en que se funda y en el objeto á que se dirige. Honrar, ensalzar, adorar el Corazon de un Dios-Hombre que por el mundo se hizo víctima de todos los dolores, de todos los padecimientos y de la muerte mas cruel: ¿no es honrar, ensalzar y adorar la divina persona del Verbo hipostáticamente unida á

la santísima humanidad de Jesucristo, y de la cual es inseparable ese Corazon que forma una parte integrante y esencialísima de ella? Ya el Damasceno en ocasion análoga habia rechazado los sofismas del error y prevenido esa caperosa distincion con que se intentaba destruir los fundamentos del culto católico, con unas palabras que no dejan lugar á la menor duda. «Nosotros, decia, adoramos la carne de Cristo porque es la carne de Dios, y cuando adoramos la carne de Dios adoramos al Verbo encarnado (1).» «¿Y qué otra cosa es, escribe el Doctor angélico, adorar la carne de Cristo, sino adorar al Verbo de Dios encarnado, á la manera que venerar la púrpura de un rey equivale á venerar al mismo rey vestido con ella (2)?» Si pues la Iglesia iluminada por el Espiritu Santo, ha querido proponer á la adoracion y al culto de los fieles ese Corazon santísimo para satisfacer las necesidades de una piedad siempre viva y creciente en el seno del catolicismo, lo ha hecho fundada en los mas sanos principios de la teología católica, y dirigida por los motivos mas elevados y conformes al fin que preside á todas sus disposiciones. Corroborar cada vez mas el sentimiento de la fé, avivar de dia en dia el fuego de la caridad que Jesucristo vino á arrojar en el mundo, fomentar con un celo heróico las virtudes cristianas, mantener siempre puras las creencias á la sombra de una piedad tierna é ilustrada, conservar la unidad religiosa á favor de un culto sublime que tan elocuentemente habla al alma y á los sentidos: hed ahí lo que se ha propuesto la Iglesia al sancionar la adoracion especial del sagrado Corazon de Jesus. En él nos ofrece á la vez una realidad y un simbolo: la realidad es el mismo Corazon físico, sensible ó carneo del Salvador, el cual por su union inseparable con la divina persona del Verbo debe ser adorado con ella con idéntico culto de latria; el simbolo es la voluntad, el amor y demas afectos de su alma santísima, de que es origen y centro ese mismo Corazon deífico. ¡Qué objetos tan dignos de nues-

(1) Adoramus carnem Dei, id est Incarnatum Verbum. (S. Joan. Dam. L. 4. C. 3.)

(2) Adorare carnem Christi non est aliud quam adorare Verbum Dei Incarnatum; sicut adorare vestem regis, nihil est aliud quam adorare regem vestitum. (S. Thom. 3. p. q. 22. ad 2.)

tra veneracion! ¿Cómo no honrar y adorar una carne que tanto sufrió por el hombre? ¿Cómo no entusiasmarse al recuerdo de un amor que tantos prodigios hizo en favor del hombre? ¡Ah! no es posible separar ni un solo instante ambas cosas. El Corazon de Jesucristo se identifica con su amor, el amor se identifica con su Corazon. Sin el uno no se concibe el otro, porque nunca el Salvador cesó de amar á la humanidad. Si pues adoramos su Corazon físico y sensible, que nos recuerda lo que nos amó, preciso es adoremos tambien ese Corazon simbólico ó místico que no es otra cosa mas que su divino amor.

Y ved, M. A. O, las inestimables riquezas de Cristo que fundado en las palabras del Apóstol os anunciaba poco há, como un arcano siempre incomprendible, como un tesoro siempre inagotable, puesto que segun la bella espresion de San Bernardo, cuanto mas en esa fuente se bebe, mas sed se experimenta: y nunca el alma se encuentra satisfecha por mas que ahonde en ese insondable abismo de la caridad infinita del Salvador. En una palabra: «las maravillas de la redencion en Dios y en la humanidad, representadas en el Corazon de Jesucristo» hed ahí el gran misterio de la divina sabiduría que hoy somos llamados á investigar precedidos por la luminosa antorcha de la revelacion: *Secundum revelationem notum mihi factum est sacramentum, quod aliis generationibus non est agnitum, etc. Mihi data est gratia hæc: In gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi.* Tengo propuesto. Imploramos las divinas luces interponiendo la mediacion de ese Corazon maternal y dulcísimo de la Virgen, saludándola reverentes, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

¡Las maravillas de la Redencion en un Dios y el hombre!...
¡Qué proposicion tan atrevida! Cuando me decidí á formularla, indudablemente no calculé C. O., la altura, la profundidad, la lon-

gitud de ese abismo. Sin embargo, osado debió ser también San Pablo, cuando no dudó proponernos la caridad de Jesucristo manifestada en ese misterio, como un objeto que el hombre ayudado por la revelación podía subordinar al dominio de su inteligencia. «Ruego íntimamente á Dios, decía, que según las riquezas de su gloria os conceda el ser fortalecidos por el Espíritu Santo, y que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que podáis comprender aquel amor de Jesús que sobrepuja á todo conocimiento y seáis colmados de sus inestimables dones. (1).» Confiado únicamente en la asistencia de ese Espíritu de sabiduría de donde procede todo conocimiento, me atreveré á abordar ese arcano cuyos prodigios descubrió á mi mente el Corazón sacratísimo de Jesús. Y en efecto, la primera idea, la primera impresión que surge en mi alma al contemplar ese Corazón deífico, es la de un Dios que por un exceso de amor inconcebible, une á su naturaleza divina la humana naturaleza mediante la Encarnación, la incorpora consigo mismo, la estrecha íntimamente, identificase con ella, y hecho verdadero hombre ofrécese á ser víctima inocente por los crímenes de un mundo desheredado y envilecido. No me es posible fijar mi consideración en ese Corazón sagrado, sin que al momento me vea acometido por el recuerdo de los más sublimes y heroicos sacrificios de aquel Verbo que se constituyó fiador de todo el linaje de Adán ante su Padre celestial, y se dió en prenda de su rescate, inmolando gustoso como Dios su gloria, su honor, su felicidad, su reposo, y como hombre no economizó trabajos, fatigas, sudores, tormentos, hasta verter la última gota de su sangre en un infame patíbulo. De suerte que el Corazón de Jesucristo puede decirse que es la historia viviente de sus prodigios, el libro abierto á todos para que puedan leer en él los misterios de su caridad, la página palpitante que muestra á todo el mundo lo que ese divino Redentor amó á la humanidad. De él puede decirse con el real profeta, que de su Corazón brotan sublimes pensamientos, palabras elocuentes que narran sus propias grandezas y los portentos de su magnificencia (2) ¿Y quién no lee en el Corazón

(1) Ad Ephes. III. 16 et seq.

(2) Psalm. XLIV. 1.

de Jesucristo los rasgos más brillantes de aquella bondad sin límites que le obligó á anonadarse hasta un extremo increíble por realzar la humana naturaleza envilecida por la culpa de origen? ¡Ah! En presencia de ese Corazón divino el alma se halla trasportada á las regiones celestiales; allí vé al Verbo increado salir del seno glorioso del Padre por quien es engendrado eternamente, descender á la tierra cubierto de la humana mortalidad, y recorrer á pasos de gigante según la espresion del Salmista (1), una larga carrera de abatimientos, penalidades, humillaciones y dolores con que consuma la obra inefable de la redencion del universo. Si le contemplo en un establo convertido en un niño débil, lloroso y sujeto á todas las miserias de la condicion humana, en sus lágrimas, en sus suspiros, en su desnudez, en sus privaciones y en su suma pobreza me revela uno de los más brillantes rasgos de su Corazón humilde y á la vez compasivo. Ha visto al hombre desgraciado gemir sin esperanza; ha visto á una posteridad desheredada de sus derechos revolcarse en el lodo de su degradacion y de su miseria, impotente para levantarse de su abatimiento é incapaz de rehabilitarse por sí propia; ha visto en fin un mundo maldecido y reprobado á causa de su orgullo, de su sensualidad y de sus desórdenes; y no pudiendo tolerar su Corazón abandonar á los que fueron criados para su gloria en un estado tan triste y lastimoso, se ha comprometido á reparar en su propia persona las quiebras que la humana naturaleza ha sufrido victima de la culpa; se ha propuesto salvar á todos los descendientes del hombre criminal corrigiendo sus errores, rectificando sus extravias ideas, y satisfaciendo por ellos á la suprema justicia. Y vedle reducido voluntariamente al estado de la infancia, anatematizando por una parte la ambicion, la soberbia, la molicie, la corrupcion y todos los vicios que causáran la ruina del hombre, y por otra canonizando y enseñando prácticamente la humildad, la mortificacion, la pobreza, la modestia y demas virtudes que deben rehabilitarle en el porvenir. ¡Qué de encantos, qué de bellezas encierra este primer rasgo del amor del Verbo humanado! ¡Qué cuadro tan sublime nos

(1) Psalm, XVIII. 6.

presenta en el establo de Belen ese divino Reparador ! ¡ Qué lenguaje tan elocuente y persuasivo nos habla desde el pesebre el Corazon de ese Jesus niño ! ¡ Cómo cautiva los corazones sensibles esa escena enternecedora ! Imposible es no quedar herido con las saetas de amor que desde allí lanza á los mortales. « ¡ Ved, parece decirles en su mudo idioma, ved si pudo amar mas el Corazon de un Dios ! Nacer como hombre , sufrir las privaciones propias del hombre , inaugurar mi carrera con el llanto como la inauguran los demas hombres... ¡ Ah ! Esto era poco para quien tanto amaba como yo. Por eso quise experimentar miserias que no son comunes en los demas hijos de Adan. Estos por pobres que sean, rara vez carecen de un hogar donde la que les lleva en su seno pueda verificar su alumbramiento con menos molestia ; mi madre empero no teniendo quien la prestase un asilo hospitalario , hubo de refugiarse á este desmantelado albergue de los irracionales : y yo su hijo no tengo otro lecho donde reclinar mis débiles miembros mas que unos granzones de paja. ¡ Hé aquí el régio tálamo que al rey de los reyes preparó su amor infinito hácia el hombre ! »

Desde entonces el Corazon sacratisimo de Jesucristo es un altar donde sacrifica todos sus pensamientos , todas sus afecciones , todos sus sentimientos con relacion al gran misterio que se propone cumplir. Es una víctima que crece para el dia de la inmolucion , y cada paso que dá, es una ofrenda voluntaria que hace al cielo de sus merecimientos, para allegarlos al gran tesoro que ha de constituir el rescate de un mundo esclavo y pecador. « Hedme aquí, dice á su Padre celestial ; preparado está mi Corazon, Señor , preparado está para hacer en todo vuestra soberana voluntad (1). De mí se ha escrito en la primera página del gran volúmen de los humanos destinos, que yo he de ser quien reemplace á los antiguos holocaustos del pueblo de Israel, y que mi sangre debe correr sobre una nueva ara para satisfacer vuestra justicia ofendida y aplacar vuestra terrible cólera. Caiga, pues, sobre mí el cuchillo ; no perdoneis á vuestro Unigénito, objeto un dia de vuestras delicias, hoy convertido en

(1) Paratum cor meum Deus, paratum cor meum. (Psalm. CVII. 1.)

objeto de maldicion y de anatema. A vuestra disposicion teneis este cuerpo que me dísteis para realizar en él la redencion del linaje humano. Herid sin piedad, y perezca en buen hora el justo, toda vez que el delincuente se salve (1). En armonía con estos sentimientos del Corazon amante de Jesus están todas las acciones ulteriores de su vida: y consiguiente á esta sublime oblacion, no pasa un instante que no le consagre al gran designio de redimir al mundo. Nunca tuvo una aplicacion mas oportuna la bella frase de San Bernardo cuando dijo que el Salvador se habia dado todo sin la menor reserva para satisfacer á las necesidades de la humanidad. Sus obras, sus palabras, sus milagros, sus enseñanzas, todo pertenece esclusivamente á ella. Si á los ocho días de nacer ofrece sus delicadas carnes al cortante cuchillo de la Circuncision, es para mostrar en las primicias de aquella sangre inocente que vierte, el deseo vivisimo que tiene su Corazon de prodigarla toda hasta la última gota en bien de los que vino á libertar del ómimo yugo de la culpa. Si en los brazos de su madre huye á ocultarse en tierra estraña de las asechanzas de la tiranía, es para manifestar que su Corazon está pronto á tolerar desde la infancia toda suerte de amarguras y adversidades, para comprar con ellas la felicidad de una raza malayenturada. Si despues, llegada la época de su vida pública, enseña, predica, y desarrolla donde quiera los tesoros de su caridad, de su gracia y de su poder, obrando inauditos prodigios, y en medio de todo esto devora la calumnia, sufre el desprecio, tolera la persecucion, sucumbe á la envidia, y es el blanco de una contradiccion sistemática por parte de un pueblo que le ha jurado mortal encono, en todo ello su Corazon santísimo no tiene otra mira que demostrar el gran fondo de amor que le abrasa, cuyos incendios desea comunicar á toda la tierra. Si por último cumplido el plazo prefijado por la Providencia, se acerca el momento de realizar la reparacion anunciada tantos siglos antes, él mismo se ofrece á sus enemigos como una víctima humilde y pacífica, dispuesta á sufrir cuanto hay de mas sensible y cruel para dar cima á aquel bautismo de sangre por que

(1) Ad Hæbr. X. 5 et seq.

con tan vivas ansias ha suspirado su Corazon (1). Desde aquel momento, dice el sábio Bossuet, Jesucristo considerándose en el lugar de todos los hombres culpables, suspende voluntariamente la accion de su omnipotencia, y se entrega completamente á disposicion de los que el cielo ha designado por ministros de la divina justicia. Aquí acerca su mejilla al traidor discipulo que con un ósculo pérfido le vende á los conjurados: allí alarga sus manos á los cordeles con que intentan aprisionarle; le escupen y abofetean, y permanece inalterable: le azotan y hieren, y continúa inmóvil; á las acusaciones presentadas contra su inocencia responde con la mas heróica resignacion: á las burlas y amenazas de los pontífices no opone mas que un sublime silencio; cuando insultan su régia dignidad, se humilla y anonada: cuando le tratan como demente y fátuo, no tiene ni una sola palabra para vindicarse. ¡Ah! Su Corazon henchido de amor apuraba gota á gota el cáliz amargo de la pasion, ofreciendo sus ultrajes, sus abatimientos y sus dolores al Padre, en satisfaccion de una deuda que habia contraido el mundo de quien se hiciera fiador. Era aquel dia, segun el lenguaje bíblico, el de su mayor gozo, el de su mas completo júbilo, porque entonces se desposaba con la humanidad (2), estrechándola con los indisolubles vínculos de una caridad altamente misericordiosa, con que desde la eternidad venia amándola (3). Por eso se le vé marchar hácia el Calvario cargado con la Cruz, rebosando alegria interior, porque nada desea tanto como morir para consumir la redencion del mundo. Por eso parece no sentir el agudo dolor de una crucifixion cruelisima, aun cuando en realidad su tormento no tiene semejante. Por eso... Mas ¡ay! ¿A qué intentar pintaros con mi débil voz el bello cuadro que el Corazon de Jesucristo presenta en la cumbre del Gólgota? Hay objetos que se sienten pero no se esplican: y tal es el que en este momento se ofrece á nuestras reflexiones. Venid, corazones sensibles, acercaos almas tiernas á ese trono en que el divino Salomon

(1) Baptismo habeo baptizare: ¡et quo modo coaretor inque dam per-
ficiatur! (Luc. XII. 50.)

(2) Cant. III. 11.

(3) Osee. XI. 4.

se ostenta coronado con la diadema de espinas que le entretejió la ingrata Sinagoga, estendidos sus brazos en un leño infame, horadados sus piés y manos, rasgados todos sus miembros, fluyendo de todo su cuerpo raudales de sangre, hecho un varon de dolores, el oprobio de los hombres, y lo mas vil de la plebe. Preguntad si os place quién le ha obligado á subir á ese altar ensangrentado; y su Corazon os responderá que el amor ha sido el único poder capaz de hacerle aceptar tan duros sacrificios. Si, católicos, el amor mas fuerte que la muerte misma ha inmolado en esa Cruz al Santo de los Santos. El mundo era criminal; el Verbo compasivo tomó á su cargo la reparacion de todos los delitos que aquel cometiera; y ved en dos palabras reasumida toda la historia de la redencion. ¡Oh hijo único de Dios vivo, árbitro supremo de todo cuanto respira! ¿Es posible que tanto hayais amado al hombre ingrato? ¡Él era el culpable y vos sois la víctima; él ofendió á la magestad divina, y vos os colocais en su lugar para indemnizarla de sus ofensas; él merecia morir, y vos espirais en un patíbulo!

Pero antes de consumir este gran prodigio, durante las tres horas que permanece sobre aquel altar sangriento, ¿de quién se ocupa? ¿á quién dirige sus pensamientos? ¿A quién consagra los afectos de su Corazon? ¡Oh! En tanto que toda la naturaleza se muestra afectada de los tormentos que sufre su autor: él es el único que prescindiendo de sus propios dolores reconcentra todas sus ideas en la humanidad, porque la salvacion de ésta es el grande objeto digno de sus atenciones. Desde allí lanza sus miradas hácia todas las partes del universo, y le dirige palabras de reconciliacion y de paz. Desde allí manda al cielo que franquee sus puertas al hombre proscripto, ordena al abismo que arroje de su seno las víctimas que ha arrebatado, y lega á la tierra la herencia preciosísima de sus infinitos merecimientos. Mientras la crueldad judáica no perdona ninguno de sus miembros, la caridad inmensa de su Corazon amante no olvida á ninguno de los mortales; en proporcion que un pueblo en fiebre aumenta su furor para atormentarle, él á su vez redobra sus esfuerzos para obtener en favor de los que ama las bondades de su Padre; insultan su divinidad, y él hace hablar sus suspiros y su

sangre para que disculpen al fementido que le escarnece; arrojan sobre él imprecaciones horribles, y él responde con bendiciones y ruegos; le dan á beber hiel y agenos, y él derrama la dulzura de sus gracias; arráncale en fin la vida, y él se la entrega toda entera á la humanidad en prenda de su futura dicha.

Ved ahí, M. A. O., reasumidas las magnificencias del Corazon de Jesus en el inefable misterio de nuestra redencion. Ahí teneis descubierta la sábia economía de la salvacion del linaje humano, verificada en fuerza del amor de ese Corazon deífico. Resuelto está el gran problema desconocido en los pasados siglos, de que hablaba San Pablo en las palabras de mi texto, y descifrado el misterio de la caridad de un Hombre-Dios, en cuya virtud las naciones todas del mundo han sido hechas coherederas, concorpóreas, y comparticipes de unas mismas promesas en Jesucristo Señor nuestro. En fuerza de la reparacion completísima dada por él en el Calvario, ha quedado rasgado el decreto de muerte lanzado contra todos los hijos de un padre culpable; los poderes infernales que venian ejerciendo sobre el mundo una despótica tiranía, yacen reducidos á la mas vergonzosa impotencia; y toda la humanidad ha sido uncida al carro victorioso del Salvador. Hijos queridos los que antes eran viles esclavos, ciudadanos de la patria celestial los que antes vivian en un perpétuo destierro, poseedores de unos derechos indisputables á la inmortalidad los que antes eran tributarios de la muerte, objetos de honor y de gloria los que antes eran vasos de ira y de anatema, al Corazon amantísimo de Jesus son deudores los hombres de ese cúmulo de inapreciables riquezas que les proporcionó la redencion verificada por él en la Cruz. ¡Oh! ¡Con cuánta propiedad puede decirse que de ese inagotable tesoro de su Corazon fluyen todos los bienes que enriquecen á la humanidad desde el dia en que el Cordero sin mancha se sacrificó víctima de su amor sobre la cresta del Gólgota (4)! De él brotan sin cesar las virtudes que adornan al justo, las lágrimas que justifican al penitente, el celo que abrasa al apóstol, el heroismo que inmortaliza al mártir, la ciencia que ilustra al doctor, la pureza que bri-

(4) De bono thesauro Cordis sui profert bonum. (Luc. VI. 45.)

lla en el semblante de la Virgen. De él estrahe la Iglesia las gracias que derrama con profusion en las almas de los fieles, las indulgencias que reparte con mano pródiga en favor de los vivos y de los difuntos, y todo ese cúmulo de merecimientos que, como depositaria de su divino gefe y caudillo, distribuye constantemente en uso de su supremo poder.

¡Oh Corazon adorable! ¡Oh tesoro escondido y á la vez patente á todos los que en tí buscan las positivas riquezas de la redencion! ¿Por qué viviré yo separado de tí un solo instante? Nada hay en el mundo mas bello, mas grande, mas digno de ser amado, que ese santuario augusto, do encuentra siempre solaz el fatigado mortal, consuelo el desventurado, fortaleza el débil, alegria el afligido, piedad el delincuente, misericordia el pecador, y paz el atribulado. Cierto que ese Corazon brota sangre, y esa sangre, simbolo de sacrificio y de inmolation, aleja de él al cristiano muelle é indolente que teme la Cruz y repugna el dolor. ¿Y es esto motivo suficiente para huir de Jesus? ¿Podiera jamás hallar justificacion nuestra cobardía? ¡Cómo! Treinta y tres años de continuo padecer no han bastado á satisfacer el amor insaciable de ese Corazon divino, sino que todavía se resigna á ser el blanco de innumerables ultrajes, y de ofensas crucelísimas, por parte del hereje que le persigue, del incrédulo que le niega, del pecador que le insulta, del sacrilego que le huella procaz; ¡y nosotros, en vista de tan sublime y generoso sacrificio, quisiéramos todavía esquivar toda mortificacion y evitar todo sufrimiento! ¿Así degeneramos de nuestro origen, hijos malaventurados de un Padre cuya vida fué un continuo martirio, y cuya muerte asombró al mundo por su inaudita crueldad? No, cristianos débiles, ese Corazon heróico que tanto sufrió por vuestro amor, os grita con fuerte acento: «Venid á mí todos los que os sentís abrumados bajo el peso de la adversidad: *Venite ad me omnes qui laboratis*. Venid los que temblais á vista de la Cruz y de la sangre, y huís despavoridos á la sombra del padecer. Yo os fortaleceré para que no vacileis, os sostendré para que no caigais, os ayudaré para que no sucumbais: *Ego reficiam vos* (1). Marchad tras de mí que fui el primero en pi-

(1) | Matth. XI. 28. *venite ad me omnes qui laboratis et ego reficiam vos* (2)

sar la escabrosa senda del Calvario, seguid mis ensangrentadas huellas, subid conmigo al monte de la mirra, tomad de mis manos la repugnante copa que yo apuré hasta sus últimas heces. Aprended de mí no solamente á ser mansos y humildes de corazon, sí que tambien á padecer y sufrir con resignacion y heroismo. Y tened presente, que si en la tierra hay algun dia sereno, tranquilo y feliz, no es para el que se entrega á los escesos del placer y á los encantos de la vida presente, sino para el que sabe amar y sufrir dignamente por mí: *Tollite jugum meum super vos, et discite a me... et invenietis requiem animabus vestris* (1).

¡Dichosas las almas que comprendiendo este sublime lenguaje, han sabido utilizar las inestimables riquezas de la redencion que fluyen del Corazon amantísimo de Jesus! Ellas, viendo que ese Corazon generoso se sacrifica incesantemente por la humanidad, dispuesto á todas horas á derramar los tesoros de su misericordia y de su amor sobre cuantos corren á abrevarse en las fuentes perennes del Salvador, han hallado el secreto de consagrarle todos los momentos de su vida, formando asociaciones piadosas que se ocupan á todas horas en honrarle y adorarle. Unámonos á ellas, rodeemos ese Rey de reyes sentado sobre el trono de su misericordia. Hablemos á su Corazon el lenguaje sublime del amor, tanto mas espresivo cuanto mas silencioso; y él á su vez, conduciéndonos á la soledad misteriosa de sus tabernáculos, hará vibrar en nuestras almas su voz dulce y encantadora (2).

¡Salve, oh Corazon Santísimo, santuario augusto de la divinidad, tabernáculo del Señor de las virtudes, centro de la gloria del Padre, en donde convergen todos los rayos del eterno sol de justicia, y de donde parten los encendidos dardos del amor mas casto y puro que vinisteis á propagar en el mundo! ¡Salve, Corazon adorable, fuente perenne de caridad donde se abrevan las almas sedientas de perfeccion! ¡Salve, Corazon inefable, venero riquísimo de gracias abierto á cuantos desean participar de vuestros tesoros! ¡Salve, Co-

(1) Matth. XI. 29.

(2) Ducam cam in solitudinem et loquar ad cor ejus. (Oseæ. II. 14.)

razon prodigioso que, segun el lenguaje profético, vivís entre las llamas sin consumiros, porque el fuego sagrado del amor es vuestro elemento (1)!

¡O fons amoris incllyte!
¡O vena aquarum limpida!
¡O flamma adurens criminal!
¡O Cordis ardens Charitas!

Reinad en nuestras almas, oh Corazon divino, inflamándolas en ese mismo fuego que os devora. Nada apetecemos ni deseamos en esta vida mas que la participacion de vuestro amor, con lo cual seremos tan ricos que no tendremos que ambicionar cosa alguna del mundo. Reconocemos que la única dicha, la verdadera bienandanza, la felicidad subsistente, el sumo bien, está cifrado en amaros con todo nuestro corazon, Vuestro es, pues, ahí le teneis; os lo entregamos todo entero y sin la menor reserva. De resto prestándonos vos un asilo misericordioso en el vuestro, nada habrá que pueda turbar nuestro sosiego, nada capaz de alarmar nuestra existencia, nada bastante á alterar nuestra paz. Disfrutaremos aquí abundantemente de los dones de vuestra gracia, para ir despues á recibir el premio de nuestro amor con el completo goce de las celestiales delicias de la gloria.

In corde Jesu, jugiter
Reconde nos, ut uberi
Dono fruamur gratiae
Caelique tandem praemiis.

(1) Et erit lumen Israel in igne, et Sanctus ejus in flamma. (Isaie. X. 19.)

DISCURSO

DE DESAGRAVIOS A JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

JESUCRISTO EN EL ADORABLE MISTERIO DE LA EUCARISTÍA RECIBE UNA
GLORIA Y UN HONOR PROPORCIONADOS Á LAS IGNOMINIAS Y Á LOS
ABATIMIENTOS QUE SUFRIÓ EN SU PASION Y MUERTE.

Eum qui modico quam angelis minoratus est, videmus Jesum propter passionem mortis gloria et honore coronatum; ut gratia Dei pro omnibus gustaret mortem.

Vemos á Jesus, que en cierto modo fué hecho inferior á los ángeles, coronado de gloria y de honor á causa de su pasion y de su muerte, habiendo querido Dios que muriese por todos los hombres.

AD HEBR. II. 9.

A vista de esta piadosa asamblea que corre presurosa á apiñarse en torno de los santos altares; al oír los acentos de triunfo y de victoria que hoy resuenan bajo las sagradas bóvedas; al contemplar la pompa y magnificencia con que está adornado el santuario en esta augusta solemnidad, pregúntase cualquiera entusiasmado si la Iglesia, que poco há solo lanzaba gemidos de dolor, ha vuelto á los felices días de sus pacíficos triunfos. Y en efecto; ¿por qué esa inmensa multitud de personas de todos estados, sexos y condiciones, viene hoy á hincar la rodilla ante el nombre adorable de nuestro Señor Jesucristo, como para reconocer esa corona de gloria y de honor con que ciñe sus divinas sienes en recompensa de su pasion y muerte? ¿Qué significan éstos homenajes que muchos le tributan, tal vez involuntariamente?

No busquemos, empero, otra causa mas que esos solemnes misterios de nuestra religion, que llevan siempre en sí mismos una virtud secreta y bastante poderosa para despertar hasta en los corazones adormecidos en el sueño de la indiferencia, los sentimientos de la antigua fé. Sí, A. O. M., fuerza es confesarlo y dar gloria al Señor. La fé es ese gran principio que, viviendo todavía en muchas almas casi sin apercibirse de ello, las arrastra en ciertos dias, en ciertas horas marcadas por la Providencia, hasta el pié de los altares, y evocando sus mas antiguas convicciones, y resucitando sus mas caros recuerdos, las vuelve á preguntar si creen todavía en ese Señor que habiéndose visto un dia rebajado á una condicion inferior á la de los mismos ángeles, como dice el Apóstol, se mira hoy coronado de gloria y honor á causa de sus padecimientos y de su muerte: *Eum qui modico quam angelis minoratus est, videmus Jesum propter passionem mortis gloria et honore coronatum.*

Hay pues un doble sentimiento en la solemnidad que hoy nos reúne en este augusto templo. Este dia es un dia de prez y de victoria, en el cual venimos á celebrar la gloria sin par y el honor inefable que Jesucristo supo conquistarse mediante la efusion de su sangre preciosa. Pero como quiera que esta gloria y este honor de Jesucristo en la divina Eucaristía, nos recuerdan su inmolacion, sus padecimientos y su muerte, preciso nos es unir estas dos ideas, aproximar estas dos cosas, y considerar la una como causa y motivo de la otra. De este modo entraremos en el espíritu de San Pablo, cuyas palabras citamos por texto de nuestro discurso. Estas horas de solemne adoracion lo son al propio tiempo de expiacion y reparacion. Cúmplenos, pues, considerar por una parte en la Eucaristía «el recuerdo sublime de los padecimientos y de la muerte de Jesucristo, y por otra la gloria y el honor unidos inseparablemente al sacrificio del Hombre-Dios.» Ved aquí todo el asunto de mi discurso, en el que espero satisfacer la fé y la piedad de vuestros corazones.

¡Oh María, Virgen inmaculada! Vos á quien debemos la humanidad del Salvador que apareció en la tierra, obtenednos la fé mas viva y el mas tierno fervor, para celebrar el triunfo de vuestro Hijo que es nuestra gloria y nuestro honor. A este fin interponemos vues-

tros merecimientos ante el trono del Cordero sin mancilla, y os saludamos con las sublimes palabras del ángel

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

Es un hecho innegable que en ese Dios oculto que adoramos en la sagrada Eucaristía, encontramos la espresion auténtica de su sacrificio, de sus padecimientos, de su agonía y de su muerte. Ese misterio nos recuerda con un lenguaje mudo, pero elocuente, aquella Cruz que fué para nosotros un venero inagotable de gracias, y el instrumento de la expiacion y de la reparacion divinas. Nadie ignora, en efecto, que Jesucristo instituyó este Sacramento de su amor, en el momento de ir á consumir su sacrificio, cuando se disponia á subir al monte de las olivas, antes que en aquel huerto memorable experimentase aquella agonía indecible que le hizo regar el suelo con un sudor copiosísimo de sangre. Entonces fué cuando legó á su Iglesia la verdad de su real presencia en medio de nosotros, que debia durar hasta la consumacion de los siglos. Desde entonces hubo siempre sobre los altares del culto católico un verdadero sacrificio ofrecido á la magestad del Altísimo por su Hijo inmolado, una reproduccion real y perpétua del sacrificio del Calvario. Puesto que es un dogma de fé, definido por la Iglesia reunida en Trento, y enseñado por todos los órganos de la verdad católica, que el sacrificio de nuestros altares que se celebra en la Misa, es una misma y única inmolacion con la muerte de Jesucristo en la Cruz. Ese sacrificio ofrecido una vez en el Calvario, reproducese todos los dias sobre nuestros altares, y es en un todo idéntico, con la única diferencia que en el Calvario la inmolacion fué cruenta, y aquí en el altar es incruenta. De resto el mismo pontífice Jesus, la misma víctima, su cuerpo, su sangre, su alma, su corazon, su divinidad, todo está aquí como en aquel monte santo. En virtud de las palabras del Sacerdote revestido de una autoridad divina, se deja ver sobre el altar sacrificado por los peca-

dos del mundo. Y ved cómo la Eucaristía nos recuerda todos los días la pasión, la muerte, el sacrificio del Salvador. Bajo este concepto no tengo necesidad de hacer grandes esfuerzos de imaginación para demostraros que en presencia de ese Sacramento reparador existente en nuestros tabernáculos, se renueva constantemente y todos los días la mas triste y lamentable circunstancia de la pasión de nuestro Señor Jesucristo. ¿No es cierto que cuando se entregaba en manos de sus verdugos para ser nuestra víctima y el Cordero de la expiación, fué objeto de la contradicción mas amarga, puesto que todas las pasiones parecieron sublevarse contra él, y todos los ataques se dirigieron contra su divinidad, su santidad y su virtud? Pues bien, mis amados oyentes, mirad á Jesucristo oculto en ese tabernáculo, bajo las apariencias sacramentales. Considerad su vida. Él es el que nació en Bethleem; él es el que durante treinta años veló, trabajó y vivió en la oscuridad en Nazareth; él es el que por espacio de tres años atravesó las ciudades, los pueblos y las aldeas de la Judea evangelizando al pueblo de Israel; él es el que formó esa legión de Apóstoles que envió despues á la conquista del universo; él es el que recorrió los tribunales de Jerusalem, y oyó pronunciar contra su persona la mas inicua sentencia; él es el que cargado con el madero santo de la Cruz trepó hasta la cima del Calvario, y expiró en ella rogando por sus verdugos; él es en fin el mismo Hijo de Dios, el Hijo de Maria realmente presente en ese altar.

Desde luego supongo que existe en el fondo de vuestras almas esa fè viva é invencible que cree y confiesa la realidad y la verdad de este augusto misterio. Ni un solo instante quiero dudar que todos estais íntimamente convencidos de que la divinidad y la humanidad de Jesucristo están presentes en las sagradas aras... Mas ¡ay! ¿Abunda acaso todo el mundo en esta misma creencia? ¿No habeis oido resonar frecuentemente en vuestros oidos cierta voz irreligiosa é irreflexiva que se atreve á poner en ridículo el homenaje tributado á ese adorable Sacramento, cual si la santa piedad con que los fieles le adoran y se acercan al divino convite, fuese únicamente propia de un sexo débil, ó buena cuando mas para la infancia que todavía no ha sido iniciada en las luces de la razon? ¿No es por otra parte evi-

dente que en muchas sociedades separadas del centro de la unidad, se blasfema todavía de lo que se ignora, y se hacen desesperados esfuerzos por destruir esa fé que nos legaron los siglos, y nos está garantizada por la palabra misma de Dios y por la infalible autoridad de su Iglesia? ; Ah ! Harto cierto es, por desgracia, que Jesucristo continúa siendo hoy día un objeto de contradicción en su verdad, en su existencia, en su realidad, en su presencia, como en los días de su vida mortal, cumpliéndose así el solemne vaticinio del anciano Simeon; cierto que á despecho de los ardientes deseos de su corazón, es todavía la ruina y la muerte de muchos, y también la vida y la resurrección de un gran número de los que quieren creer en él y aceptar sus divinos misterios. Esta misma contradicción, fué á no dudarlo uno de los mas amargos caractéres de la Pasión del Salvador. En medio de sus sufrimientos, y cuando se preparaba para la hora de su agonía, buscó á sus discípulos y á sus amigos: y sus amigos y discípulos habianle abandonado. Se vió reducido al mas completo aislamiento, al abandono mas cruel: y esto le obligó á lanzar aquella palabra gemebunda que hizo remontar en cierta manera hasta el cielo la causa de su soledad: « Padre mio, Padre mio, ¿ por qué me habeis desamparado? » *¿ Ut quid dereliquisti me?* ; Y no somos nosotros testigos todos los días de ese mismo abandono, de ese amargo aislamiento? Jesucristo, constantemente presente en nuestros tabernáculos como una víctima expiatoria, pasa los días y las noches en ese misterioso retiro, siempre vivo para interceder por nosotros, esperando allí que sus amigos, sus adoradores en espíritu y en verdad vengan á consolarle en su soledad y á ofrecerle los homenajes del corazón. ; Y qué es lo que sucede? ; Ah ! Si hoy os veo apiñaros presurosos en torno del altar é inundar este templo magnífico, ; cuántas veces empero á diversas horas del día he entrado en él y le he hallado desierto, sin que hubiese siquiera una sola persona que orase ante la divina víctima ofrecida por nuestros pecados! ; Y cuántas veces, saliendo de los muros de esta vasta población, recorriendo los pueblos y las aldeas, y entrando en esos templos en donde de continuo se invita á los fieles á adorar á Jesucristo sacramentado, antes y después de las labores diarias, apenas

he encontrado alguna que otra mujer, encorbada bajo el peso de los años, que adora al Salvador postrada ante su tabernáculo! Allí es donde se vé la soledad, el abandono, la pobreza y el aislamiento mas completos. Frecuentemente se busca en vano en los sagrados altares la decencia conveniente, ni los ornamentos mas preciosos para el culto, quizás ni una luz, ni una lámpara que indique la presencia del Señor en aquel lugar; ¡cuando por el contrario en las doradas viviendas del poderoso mortal todo respira un lujo insolente y una voluptuosidad desenfadada! ¿Creeis pues, M. A. O., que esta circunstancia de las postreras horas del Salvador, no sea muy sensible y penosa para su divino corazon? ¿Y no es justisimo que cuando Jesucristo, oculto en la divina Eucaristía, reclama de nosotros una reparacion de esa vergonzosa indiferencia, busquemos al menos en nuestra fé plegarias, gemidos y arrepentimiento que ofrecerle, como un homenaje que partiendo del fondo de nuestro corazon, penetre hasta el suyo tan ulcerado y condolido?

Mas no es solo ese abandono de nuestros altares lo que tenemos que lamentar. Por desgracia es mas frecuente de lo que acaso se cree el desprecio que algunos hacen de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. No os ofendais de mis palabras, dignaos escuchar la esplicacion de mi pensamiento. ¿No es cierto que Jesucristo está siempre presente en nuestros tabernáculos, sin abandonarnos un solo instante, ofreciendo á su eterno Padre sus expiaciones, sus mas ardientes votos, y sus méritos infinitos en favor nuestro? ¿Nada, pues, parecia mas natural que el mirar su presencia y su vida en esta tierra de quebranto como el tesoro mas precioso, y como la idea dominante que debiera ocupar todos los instantes de nuestra existencia. Y sin embargo, ¡oh mengua de nuestra fé y de nuestra civilizacion! vemos al hombre abrasado por una torpe codicia atravesar los mares, desafiar los peligros, insultar á la muerte y emprender los trabajos mas penosos y los mas áduos proyectos por ir en busca de unos miserables pedazos de metal arrancados de las entrañas de la tierra, sin respirar ni admitir descanso hasta haber conseguido ese objeto de sus ardientes deseos. Y cuando el Salvador está ahí en ese augusto tabernáculo como una fuente perenne de vida, y como el principio de

todo bien, dispuesto á dispensar con largueza todos los tesoros de su corazon inagotable, no es él el que reina, no es él á quien buscamos, no es él á quien amamos y preferimos á todas las cosas. Obedecemos ciegamente á todo lo que brilla á nuestra vista en este suelo miserable; corremos desacertados tras todo lo que puede prometer alguna satisfaccion á nuestros sentidos; nos sometemos gustosos á la ley de la ambicion y del placer; nos precipitamos sin reparar en todos esos caminos que se abren ante nuestros piés, á fin de adquirir no sé qué goces que puedan transformar las horas pasajeras de la vida, bien lejos de pensar en la hora de la muerte que suena de continuo en nuestros oídos, y nos llama al tribunal supremo ante el cual debemos comparecer en breve; ¡y entre tanto, el Dios de la Eucaristía está muy distante de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, y de nuestro corazon! Cristianos: ¿Es ese por ventura vuestro Dios? ¿Es él á quien dirigís vuestro culto? ¿Es él quien se eleva en vuestro corazon como sobre un trono para dictar desde allí sus leyes é imponer sus divinos preceptos? ¡Ah! Yo veo por el contrario levantarse en él un ídolo; veo la criatura ocupando el lugar del Criador; veo no sé qué pensamientos, no sé qué sed ardiente que os devora y os precipita ciegos hácia otros bienes y hácia otros Dios. ¡Y en qué se diferencia tan estraña conducta del desprecio altamente injurioso que experimentó Jesucristo en su Pasion, cuando puesto en paralelo con un malvado, un ladron, un asesino, los judíos escitados por el ódio y ébrios de furor y de impiedad, gritaron: «¡Quita de ahí á ese y dá libertad á Barrabás!» *Non hunc, sed Barrabam* (1). ¡No queremos que Jesus reine sobre nosotros! Si vuestros lábios no han pronunciado esa terrible palabra, si como el pueblo judío no evocais sobre vuestras cabezas la maldicion y la sangre de Jesucristo, ¿no es cierto que dejándoos arrastrar del torrente de vuestras pasiones, abandonais á ese Dios que os espera y muere por vosotros, prefiriendo á él los bienes de un día, los intereses terrenales, y unos placeres insubsistentes y crueles que no dejan en el corazon mas que afliccion y muerte? Ved pues cómo en la Sagrada Eucaristía se renueva continuamente la pasion del Salvador.

(1) Joan. XVIII. 40.

Pero ¡qué digo! ¿No encontramos en el mismo corazón del hombre una renovación harto triste y real de la crucifixión de Jesucristo? ¿Qué hace el pecador extraviado, toda vez que transportado por una especie de embriaguez suelta la rienda á sus desordenadas inclinaciones? No es mi intención acusarle en este momento, y más bien quiero compadecerle. ¡Ah! Él debía estar sumiso y obediente al Señor; la ley y la voluntad divinas debían ser la única regla de sus acciones; y sin embargo, ingrato y fementido las quebranta, las huella con sus pies, las mira con la mayor indiferencia, y en cuanto de sí pende, desprecia á ese adorable Redentor que murió por él sobre el Calvario, y rechaza esa reparación divina que el Hombre-Dios conquistó con sus padecimientos y su sangre. Es decir, que el hombre que así olvida la magestad, la justicia, la bondad de Dios y la eficacia de la redención operada por la sangre de Jesucristo para la santificación de las almas y la salvación de los pecadores, el hombre que de este modo se desentiende de la ley divina, y renuncia á buscar su patria y su vida inmortal y eterna, destruye, en cuanto depende de su querer y de su libertad, la obra de Dios, Dios mismo, y toda la economía de la redención. Y en este concepto, ¿no es verdad que, según la expresión de San Pablo, volvemos á sacrificar de nuevo á Jesucristo? Ciertamente que él murió y fué crucificado por los pecados del mundo, y que cargó voluntariamente sobre sí, y tomó por su cuenta todos los crímenes y las iniquidades de la humanidad: pero á condición de que mediante una constante fidelidad vendríamos á asociarnos á sus trabajos y expiaciones. Mas, ¿lo hemos hecho así por ventura? No, M. A. O., nosotros por el contrario no hacemos más que levantar todo cuanto él ha querido destruir, y destruir lo que él ha querido restablecer. En el fondo de nuestros corazones formamos un trono y un altar sobre el que colocamos esas pasiones vergonzosas que el cristianismo vino á abolir con la eficacia de la sangre del Calvario, renovando de este modo la crucifixión del Hombre-Dios. Y esas almas donde no anida ya la fe, esas almas en donde no vive ya el culto fiel del Salvador que espiró en el Gólgota, ¿conservan acaso algún resto de vida? ¿No os representan más bien cuanto hay de más triste en la muerte, y de más repug-

nante en el sepulcro? Allí la gracia no existe, ni embellece á la criatura formada á la imágen de Dios; en su lugar solo se ven las asquerosas horrruras del pecado; y el alma aletargada en ese sueño funesto, muere y yace como sepultada, hasta el momento en que la terrible trompeta del último dia venga á despertarla y á resucitarla para padecer y expiar eternamente.

Si pues la palabra de San Pablo se verifica todos los dias en el culto debido á la adorable Eucaristía; si en presencia de esos santos altares se vé reproducida la pasion del Salvador, siendo en ese agosto Sacramento el blanco de las mas amargas contradicciones; si se niega su real presencia, se ataca su divinidad, se le deja en el mas completo abandono y una cruel soledad; si es objeto de un desprecio insultante, y se prefieren á él todos esos bienes terrenales que solo conducen á la perdicion y á la muerte; si la infidelidad y la ceguedad de los pecadores renueva frecuentemente las angustias, la crucifixion y todos los padecimientos del Hombre-Dios, concebid con cuánta razon la Iglesia inspirada por el Espíritu Santo, y sus venerables pastores os llaman sucesivamente y es en ciertas épocas marcadas, á ofrecer en nuestros templos un culto reparador y expiatorio á Jesucristo en la adorable Eucaristía.

No quiero empero, A. M., dejaros bajo estas impresiones tan tristes en un dia en que por do quiera nos rodean los brillantes resplandores de la divinidad. Y ya que hemos visto en ese agosto sacramento el recuerdo del sacrificio, de los padecimientos y de la muerte de nuestro Salvador, justo es que le consideremos embellecido con esa corona de triunfo y de gloria con que se ostenta tambien en la sagrada Eucaristía, que es el asunto de mi:

SEGUNDA REFLEXION.

Siendo como es cierto, segun nos enseña la fé, que el sacrificio de nuestros altares reproduce real y sustancialmente el sacrificio del Calvario; que Jesucristo es la misma y única víctima que aquí como

allí se ofrece á Dios por los pecados del mundo; y que es idéntica la sangre del Cordero que aunque bajo una forma distinta, corre todavía sobre el ara sagrada; ¿quién no vé esa gloria, ese honor, esa dignidad propia del soberano y divino pontífice Jesucristo que se muestra á nuestros ojos en la divina Eucaristía? Ahí, en ese sacrificio laudatorio y expiatorio á la vez, se dá á Dios un honor digno de su magestad y santidad infinitas. Todos los honores y las alabanzas todas de los ángeles y bienaventurados no podrian llenar la distancia ni colmar la medida de lo que se debe al Señor en este punto. Los homenajes de la criatura, por perfecta y sublime que sea, serán siempre muy inferiores á la magestad infinita de Dios. Pero en el sacrificio de nuestros altares, al propio tiempo que se borran todas las iniquidades del mundo, se establece un verdadero contrapeso en el seno del universo para reparar todas las ofensas hechas al Altísimo. Sí, M. A. O., el pontífice supremo Jesus, la víctima adorable del Calvario ha llenado cumplidamente su sublime mision. ¡Gloria eterna y honor sin fin á esa víctima pura é inocente! ¡Ved á ese rey pontífice Salvador de los hombres, en el seno de la creacion, reuniendo en su persona los homenajes de todos los seres criados, y reasumiendo todas las adoraciones dignas de la divinidad. ¡Ah! Indudablemente que él se basta á sí mismo en su infinita perfeccion; él se ama, él se contempla, y en esto consiste su gloria esencial y su bienaventuranza, sin que en manera alguna necesite de los homenajes que se le rinden en este mundo visible. Pero quiso y decretó que en la tierra se le diese una gloria digna de su grandeza, que la deuda fuese pagada superabundantemente para expiar todas las ofensas y todos los ultrajes de los hombres, y entonces se realizó la Encarnacion de la que la Eucaristía no es mas que una estension continua y admirable. Desde entonces la víctima y el pontífice estuvieron siempre presentes sobre nuestros altares: Dios halló y colocó en el mundo un adorador digno de él... ¡Y cuánta es la dignidad y la elevacion que el cristiano participa de este gran prodigio! En virtud de nuestra asociacion íntima con la sangre y el cuerpo del Salvador, y mediante la participacion fiel de sus divinos misterios, nosotros vivimos de su misma vida, participamos de su dignidad,

nuestras plegarias se identifican con las suyas, y sus homenajes son los nuestros. Él es la cabeza, nosotros somos los miembros; y en esa divina Eucaristía se reasumen toda la gloria y todos los honores que se le deben como á Dios. No os maravillen, pues, esa pompa, esa magnificencia, esos acentos sublimes consagrados á la Eucaristía, y que resuenan donde quiera como un eco religioso de mundo en mundo, y de siglo en siglo. Allí está el centro de la gloria, el foco del honor, el altar de la adoracion, el trono en donde la magestad divina recibe verdaderos homenajes. Todo se concentra y reasume en ese misterio y en ese sacrificio de nuestros altares. Sí, allí á pesar de esos velos, de esas oscuridades, de esas sombras sacramentales que ocultan la grandeza de Dios, se deja ver á los ojos de la fé toda su magnificencia; allí está la reparacion de todo cuanto se opone á su voluntad; allí el verdadero culto digno de la divinidad; allí en fin, el manantial inagotable de vida y de felicidad para todos los mortales.

Pero no es solamente esa dignidad del sacrificio, ese foco comun de todos los bienes de la religion, lo que debemos considerar en el adorable sacramento. En él se ofrece Jesucristo á todos los hombres como el pan de cada dia, como su alimento y su vida. Prodigio sorprendente é incomprendible á la debilidad de nuestra inteligencia, pero accesible á los sentimientos de quien sabe creer y amar. Allí ha querido darse Jesucristo todo entero, incorporarse con nosotros, que su sangre circulase por nuestras venas, y su vida fuese nuestra propia vida. ¿Y no es esto una nueva gloria y el honor mas admirable de la divina Eucaristía? Contemplad sino ese niño cuya edad es todavía tan tierna: sobre su frente brilla con todo su resplandor la candidez de la inocencia y de la virtud; su mirada inspira respeto; y al acercarse á él se percibe que el Espíritu Santo reside en ese corazon que todavía no ha empañado el soplo emponzoñado del mundo. Entre tanto se aproxima el dia en que debe subir las gradas del santuario. ¡Con qué cuidado se le prepara! ¡Con cuánta solitud le representa una madre piadosa el gran beneficio de la primera comunión! ¡Con qué ánsia aspira aquella alma inocente á esa inefable felicidad! ¡Cómo cuenta los instantes que le separan de la

hora que debe unirle á su Dios! Esto, H. M., no es una invencion, no es la obra de los hombres, es si la personificacion del poder de la gloria y del honor divinos. Acercaos sino al banquete sagrado adonde por la vez primera se sienta ese tierno infante en la época mas preciosa de su vida. Allí le vereis inundada su alma de delicias, llevar al seno de una familia querida su gozo y su felicidad. ¡Y cuántas veces un niño que acababa de participar por primera vez de ese manjar divino, ha hecho renacer en el corazón de sus padres los sentimientos de la fé apagados y casi muertos por efecto de una criminal indiferencia!

Además, A. M., si queremos unir los dos extremos de la vida, cuando el hombre está próximo á terminar su carrera; cuando cansado y fatigado de buscar unos bienes que sin cesar se le escapan de entre las manos, se prepara para comparecer delante de su Dios, ¿no es tambien una gloria, un beneficio, un honor de la divina Eucaristia el ir á consolar al moribundo y á llevarle la paz del cielo? ¡Ah! Sin duda que la esperanza del pan Eucarístico es en los postreros momentos de la vida el que reanima al dolorido mortal, y le ofrece un cielo bonancible y sereno despues de las horribles tormentas que ha atravesado en el curso de su existencia...!

¿Y qué prodigios no obra ese pan celestial en el alma de quien le recibe dignamente? ¡Cuántos hombres contándonos su historia nos referirian los portentos inefables, los milagros de resurreccion verificados en virtud de ese manjar de vida eterna! Considerad un pecador que olvidado por largo tiempo de su Dios se ha extraviado en las vías de la iniquidad. La palabra evangélica en un dia marcado por la Providencia logra penetrar en su alma; una lágrima, subiendo de su corazón á sus pupilas, desciende surcando sus mejillas, y abre camino al arrepentimiento. Entonces el pecador, adormecido hasta aquel momento, despierta y ve amanecer para él un nuevo dia, aparécese un sol que nunca ha visto, y su corazón se halla inundado de unas delicias desconocidas y de un consuelo indefinible. Prepárase para el dia solemne en que debe sentarse á la sagrada mesa, deponiendo antes en el tribunal de la reconciliacion el enorme peso de sus faltas, y libre de él se lanza al altar como un hijo de los

cielos. Su frente, sus miradas, sus lábios, todo respira paz y alegría. ¡Ah! Placeres mundanales, bienes efímeros de la tierra, vosotros no podeis entrar en comparacion con un solo momento pasado cerca de nuestros tabernáculos. Allí se verifica el mayor de los milagros; allí se ve el triunfo y la gloria de Dios en esa gracia invisible que resucita un alma, la arranca del poder de la muerte, para hacer reinar en ella en adelante el amor del bien, de la virtud, de la pureza y de la justicia, y encender las llamas de la caridad divina y del celo que la hará abrazar los mas penosos deberes y tolerar las pruebas mas amargas. Sí, A. M.; en ese abatimiento aparente del Sacramento de nuestros altares, en ese anonadamiento de la Eucaristía que recuerda tan bien el anonadamiento del Calvario, reside esa fuerza, ese poder, ese principio regenerador de la vida, capaz de transformar en un instante á un hombre, y hacer un santo del pecador que pasó largos años en los mas lamentables extravíos.

Por último, A. O. M., hay en la Eucaristía un honor y una gloria inefables que consisten en ofrecer un remedio eficaz á todos los males, y un consuelo abundante á todos los pesares de la vida. ¡Ah! ¿Por qué en vez de replegarnos penosamente dentro de nosotros mismos, atormentándonos con reflexiones amargas é impotentes, no venimos á buscar y adorar á Jesucristo en su templo? ¿Por qué como otra Magdalena no corremos á verter á sus piés nuestras lágrimas, y á depositar en su amoroso corazon nuestros padecimientos, nuestros dolores y nuestras necesidades? ¿Por qué ese Dios de la Eucaristía no será el centro de nuestros pensamientos, de nuestras afecciones y de nuestros deseos? Todas las afecciones de la tierra nos faltarán y nos engañarán un dia. Con demasiada frecuencia hemos marchado de desengaño en desengaño; y si Dios nos priva de esos débiles apoyos buscados con tanta avidéz, no es sino para enseñarnos que él solo debe ser nuestro auxilio, nuestra esperanza, nuestra guia y nuestro amigo. Jesucristo naciendo se nos dió por compañero de nuestra existencia; en este sagrado banquete siempre dispuesto para el que quiere acercarse á él, es nuestro alimento, nuestro pan, nuestro sosten y nuestra vida: al par que muriendo,

es tambien nuestro auxilio, nuestro premio, nuestro rescate, y reinando en los cielos es nuestra recompensa, nuestra gloria y nuestra corona, como canta hoy alborozada la Iglesia (1).

¡Haga el cielo revivir la fé en nuestros corazones! ¡Que la piedad se despierte en nuestras almas! ¡Plegue al Señor que estos homenajes de adoracion tributados á Jesucristo sacramentado, opongán como una valla invencible á esos clamores que suben de la tierra, y pueden quizás conjurar contra nosotros la divina justicia! Que esa sangre que habla mucho mejor que la de Abel, no haga descender sobre nosotros sino gracias y bendiciones, que nos proporcionen paz y orden en el tiempo, y gloria y bienandanza en la eternidad.

- (1) Se nascens dedit socium,
Convalescens in edulium,
Se moriens in pretium,
Se regnans dat in præmium.

(Eccles. in Fest. Corp. Chisti: Hym. ad laud.)

DISCURSO

DE CUARENTA HORAS, Ó ADORACION A JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

CUÁN JUSTO ES EL TRIBUTO DE ADORACION QUE OFRECEMOS A JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCHARISTÍA, COMO FUNDADO EN EL INNEGABLE DOGMA DE SU REAL PRESENCIA, Y EN LOS MOTIVOS DE GRATITUD QUE INSPIRA SU INCOMPRESIBLE AMOR HÁCIA LA HUMANIDAD.

¡Vere Dominus est in loco isto!

¡Verdaderamente reside el Señor en este sitio!

GENES. XXVIII. 16.

Dignus est Agnus... accipere divinitatem, et honorem, et gloriam.

Digno es el Cordero de recibir la divinidad, el honor y la gloria.

APOC. v. 12.

FATIGADO Jacob en su viaje hácia Haran, recuéstase á descansar sobre una piedra á la orilla del camino. Un dulce y plácido sueño se apodera de sus sentidos, parecele ver una escala cuya estremidad tocaba al cielo, por la cual subian y bajaban multitud de ángeles; y el Señor que en ella estaba, le dice: Yo soy el Señor Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac. El suelo en que duermes te daré á tí y á tu descendencia; y será tu posteridad tan numerosa como los granos del polvo que huellas; te estenderás al Occidente y al Oriente, al Septentrion y al Mediodía, y serán benditas en tí y en el que de tí surgirá todas las tribus de la tierra. Despertando entonces Jacob de su sueño, esclama: ¡Verdaderamente reside el Señor en este sitio! Y levantándose, coje la piedra que le sirvió de

cabecera, y la erige como un monumento de su vision, cambiando el nombre de Luza con que venia denominándose aquella ciudad en el de Bethel que significa casa de Dios (1).

Con harto mayor motivo que aquel santo patriarca podemos esclamar en presencia de ese sagrado tabernáculo que encierra todas las magnificencias de la bondad, de la omnipotencia, de la sabiduria y del amor de un Dios sacramentado: ¡ Verdaderamente reside el Señor en este sitio! *Vere Dominus est in loco isto*. Y en efecto, si bien la divinidad absorve y penetra el inmenso espacio que habitamos, y se encuentra donde quiera, ora subamos al cielo, ora descendamos al fondo del abismo, ya atravesemos los mares, ya intentemos hendir los vientos á manera de águilas, sin que en ninguna parte sea posible sustraerse á sus miradas, como dice el rey profeta (2); si es indudable que en Dios vivimos, existimos y nos movemos puesto que nos rodea como un vasto océano de donde no nos es dado salir, segun el lenguaje del Apóstol (3); no es menos cierto que en ninguna parte se manifiesta su presencia de una manera mas maravillosa que en ese augusto Sacramento en donde bajo las débiles apariencias de pan reside realmente Jesucristo como en el cielo á la diestra de su Padre, glorioso y transfigurado, Dios y Hombre verdadero, aun cuando su divinidad, su humanidad y todos sus atributos, perfecciones y propiedades se ocultan á nuestra vista, y solo podemos penetrar en ese abismo de omnipotencia, de sabiduria y de caridad, á través de la luz brillante de una fé, que no por ser tan oscura deja de ser certisima é infalible. Sí, M. A. O.: á despecho de esas esterioridades que confunden y desconciertan nuestras ideas, la fé se abre paso por entre ellas, llega hasta el Santuario de la magestad invisible del Altísimo, vislumbra su oculta grandeza: y la razon orgullosa, prosternándose ante ese altar y haciendo el sacrificio de todas sus dudas y perplegidades, se vé obligada á tributar un homenaje de adoracion al rey de los cielos, al Dios de las eternidades: *Vere Dominus est in loco isto*.

(1) Genes. XXVIII. 10 et seq.

(2) Psalm. CXXXVIII. 8, 9, 10.

(3) Act. XVII. 28.

Esa fé, esa creencia robusta que viene desafiando los embates de los siglos y sobreviviendo á todos los errores y á todas las pasiones humanas, es la que ha creado este culto puro y sublime que Jesucristo recibe en el augusto misterio de la Eucaristia; ella ha inspirado esas manifestaciones públicas de entusiasmo que el catolicismo no cesa de hacer al que en ese Sacramento de amor dignárase residir perpétuamente con los hijos de los hombres; ella ha producido esas numerosas cohortes de fieles adoradores que apiñándose en torno del Cordero divino, como los antiguos valientes de Israel en derredor del lecho de Salomon, dispuestos á velar en su defensa, á guardar su tabernáculo, y á ofrecerle incesantemente sus votos é inciensos, reproducen la escena que vió San Juan en el cielo, y repiten el eco de los ángeles, de los ancianos y de los misteriosos animales que cantaban aquel himno triunfal: «Digno es el Cordero de Dios de recibir la divinidad, el honor y la gloria:» *Dignus est Agnus accipere divinitatem, et honorem, et gloriam.*

Tal es el objeto que presidió á la fundacion de este instituto sublime; hé aquí el fin de esa adoracion perpétua que con el título de las CUARENTA HORAS, se dá á Jesucristo Sacramentado en todo el orbe católico, cuyo origen no me detendré á recordaros puesto que os es bien conocido. Tampoco me propondría justificarla, si desgraciadamente no se resintiese nuestro siglo de esos mismos errores que motivaron su institucion. Pero por desventura nuestra abundan génius aviesos, inteligencias corrompidas, hombres de perdicion, que tendrían un placer insensato en ver desaparecer esos monumentos de nuestra antigua fé, que en medio de nuestros infortunios nos proporcionan un indefinible consuelo y sostienen nuestras mas dulces esperanzas. Y ved por qué voy á consagrar el presente discurso á probar «cuán justo es este tributo de adoracion que ofrecemos á Jesucristo en el Sacramento de nuestros altares, como fundado en el innegable dogma de su real presencia, y en los motivos de gratitud que en nuestros corazones despierta su inefable amor hácia la humanidad:» *Vere Dominus est in loco isto... Dignus est Agnus accipere divinitatem, et honorem, et gloriam.* Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

¡Cuán grande es la desgracia de la incredulidad! Todo calla, todo enmudece, todo es frialdad ó indiferencia para un corazon en quien no arde la misteriosa antorcha de la fé. Nada dicen al alma helada del que ha renunciado á ese principio, ni la autoridad suprema del que es esencialmente infalible, ni el grito constante de una tradicion secular, ni el asentimiento uniforme de todos los pueblos del orbe, ni cuanto de mas grandioso y sublime viene creando el génio inspirado por ese sentimiento fecundo. El culto católico tan magestuoso y elocuente no tiene para él encantos; las graves solemnidades de la Iglesia tan propias para escitar el público entusiasmo, carecen para él de atractivo; el aparato deslumbrador de nuestros templos, lejos de conmooverle, le irritan considerándolo como una fastuosa prodigalidad; y ese fervor religioso que arrastra á los fieles creyentes á la presencia de su Dios y Señor en el adorable Sacramento de nuestros altares, en vez de comunicarle alguna chispa del divino incendio que haga reanimar sus espíritus amortiguados, no hace sino escitar su sarcástica sonrisa como una lastimosa preocupacion. Es que su corazon no vive mas que del sensualismo animal, cuyas únicas impresiones siente: por lo demas está realmente muerto en su inteligencia, muerto en su razon, muerto en su alma, como aquel personaje de que hablaba el ángel de Pathmos (1).

El hombre de fé por el contrario, justamente entusiasmado en presencia de ese culto, de esas solemnidades, de ese fervor tradicional del catolicismo hácia Jesús Sacramentado, abraza con ardor y practica con ternura esa adoracion constante que tan bellos atractivos tiene para su corazon, puesto que en ninguna parte encuentra motivos tan poderosos y razones mas valederas que justifiquen sus homenajes, como en ese augusto misterio en donde admira á un Dios inmolado, anonadado, víctima perpétua de su caridad infinita, de

(1) Nomen habes quod vivas, et mortuus es. (Apoc. III. 4.)

su bondad inmensa, de su condescendencia inefable para con la humanidad. Cierta que nada vé en ese Sacramento que revele á sus ojos la magestad, la grandeza, la sabiduria, la omnipotencia del Dios á quien no obstante adora como inmensamente grande, soberano, sábio y omnipotente: pero, ¿qué importa? Su fé le garantiza de una manera indudable todas estas cosas, y halla justificadas sus adoraciones en la palabra misma de Jesucristo de quien ha recibido la revelacion de este dogma, y en la tradicion constante que viene dándole la mas sublime sancion á través de las edades. Dos pruebas demostrativas de nuestra creencia, y que hacen soberanamente racional y respetable nuestro culto.

La palabra de Jesucristo: primer fundamento de la fé católica en el dogma de la real presencia. Un acontecimiento maravilloso precede á la institucion de este misterio y le predice de una manera indudable. «Cerca de cinco mil personas siguen al Salvador en el desierto. Movido á compasion al ver aquellas turbas hambrientas, las manda sentar sobre la yerba. Hallábase allí un muchacho que tenia cinco panes de cebada y dos peces. Jesus toma en su mano los panes, y dando gracias á su Eterno Padre los manda distribuir entre los que estaban sentados, haciendo otro tanto con los peces. La multitud queda saciada, y sobran todavía doce canastos de pan. En vista de este milagro quieren proclamarle rey, y el Salvador se vé obligado á ocultarse atravesando el lago de Genesareth. Es inútil: do quiera se vé perseguido de aquellas masas entusiasmadas. Entonces cambiando de tono y de lenguaje, les dice: Cierta que vosotros no me buscaís por oír mi doctrina, sino porque os he dado de comer. Trabajad para proporcionaros no tanto el manjar que se consume cuanto el que dura hasta la vida eterna. La multitud irritada al oír estas palabras, le responde: ¿Pues qué has hecho con nosotros de extraordinario? ¿No comieron tambien nuestros padres el maná que caía del cielo en el desierto durante cuarenta años? No, les dice: Moisés no os dió á comer el pan del cielo: pues solo mi Padre es quien puede darle. ¿Por qué, pues, reponen, no nos das á nosotros ese pan celestial? A lo cual les dice Jesus: Yo soy el pan de vida que descendí del cielo; el que viene á mí no tendrá hambre jamás.

¿Cómo! empiezan á decirse unos á otros los judios : ¿pues no es ese el hijo de Joseph, cuyo padre y cuya madre conocemos? ¿Por qué viene diciéndonos que ha bajado del cielo? Y continuaban murmurando contra él... Entonces Jesus se dirije á ellos y les dice: En verdad os aseguro que yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y no obstante murieron; mas el que come del pan que yo doy, no muere nunca. El pan que yo daré es mi carne destinada á salvar al mundo. Redoblan al oír esto los murmullos de los judios que no cesan de gritar: ¿Quién es ese que pretende darnos á comer su propia carne? ¡Y ese grito viene repitiéndose á través de los siglos hasta nuestros mismos dias por todos los incrédulos que niegan el dogma de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristia! Sin embargo, el Salvador sin inquietarse por semejantes contradicciones, dice á los judios: Os aseguro que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, obtendrá la vida eterna. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí habita y yo en él (1).»

Tales son las palabras con que el Salvador predijo el gran misterio que hoy nos reúne en torno de sus altares, é inspira estas horas solemnes de adoracion perpétua á Jesus sacramentado. Ahora bien, M. A. O., ¿cuál era en aquellos momentos el gran pensamiento del Dios-Hombre? ¿Proponíase acaso establecer una figura y no una realidad? ¿Dijo por ventura: cuando comais este pan lo hareis como un recuerdo ó un símbolo de mi persona? No, sino que clara y terminantemente dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, come y bebe la vida eterna, puesto que él está en mí, y yo en él.» Hed ahí la profecía del dogma de la real presencia. Llega empero el momento de la ejecucion: y los hechos vienen á confirmar del modo mas positivo lo que respecto de este misterio habia predicho. La víspera de su sacrificio reúne en torno suyo á los apóstoles para celebrar con ellos la cena legal. Concluida ésta, recójese

(1) Joan. VI, per tot.

profundamente, haciendo presentir á los circunstantes que en aquellos momentos solemnes iba á verificarse algun grave acontecimiento. En efecto: «No quiero, les dice con sentido afecto, que quedeis huérfanos en la tierra. Hasta la consumacion de los siglos permaneceré con vosotros...» Y diciendo, toma en sus manos un poco de pan, lo bendice, y lo distribuye entre sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo... En seguida toma un poco de vino, lo bendice, y se lo dá á los discípulos, diciéndoles: «Esta es mi sangre, tomad y bebed (1).» Y los apóstoles comen y beben, seguros de comer y beber la carne y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Despues de estas palabras tan esplicitas del Salvador, y en vista de esta accion tan clara y terminante, ¿será posible dudar un momento de su real presencia en el augusto Sacramento de nuestros altares? ¿Habrá quien se atreva á negar que Jesucristo vive perpétuamente en ese misterio, y que su carne verdadera, su sangre positiva, y no una imágen ó una figura es la que se nos dá en ese manjar divino? ¡Oh! Para negarlo, seria preciso antes destruir la existencia histórica de ese Dios-Hombre, declarar fabulosos sus hechos, negar su divinidad y desmentir sus palabras.

Pero el testimonio de la tradicion católica añade á esa primera prueba de nuestro aserto una nueva é irrecusable demostracion. Desde la cuna del cristianismo se ha observado un lenguaje constante é idéntico en este punto. San Pablo declaraba en términos espresos á los fieles de Corinto: «que el que come y bebe indignamente la carne y la sangre de Jesucristo, come y bebe su propio juicio y su reprobacion eterna (2).» Todos los Padres de la Iglesia, los génios mas eminentes de todos los siglos y de todos los paises han continuado la enseñanza de los apóstoles, y legádonos las mas brillantes páginas en defensa de ese dogma consolador de nuestra fé. No intentaré reproducir los bellos pasajes en que abundan las voluminosas obras de esos grandes hombres, honra y prez de la literatura católica, pues no es este el objeto que me he propuesto, y sí únicamente

(1) Matth. XXVI. 26 et seq.

(2) Ad Corint. XI. 29.

escitar en vuestros corazones los sentimientos de una fé viva y de una adoracion profunda hácia Jesus Sacramentado. Basta á vuestra piedad saber que ni un solo dia se ha visto rota esa cadena misteriosa de testimonios que á través de mas de mil ochocientos años vienen probando cuán racional es nuestra creencia, cuán justo y fundado el culto que en la Sagrada Eucaristia tributamos á nuestro divino Salvador. ¿Qué importa que en ocasiones el génio del error haya intentado levantar su asquerosa frente, para manchar con sus impuras blasfemias la fé secular de la verdadera esposa del Cordero? ¿Qué importa que la bestia infernal haya querido arrebatár al Dios del cielo los incienso y las adoraciones de la tierra, oponiendo altar contra altar, y haciendo un llamamiento impío á las pasiones y á los vicios mas repugnantes? ¿Qué importa que en nuestros mismos dias haya inteligencias depravadas que interpretando á su manera el Evangelio, quieran introducir innovaciones perniciosas en el seno del catolicismo, con el conocido fin de destruir, ó al menos de amenguar la fé de los cristianos respecto á la real presencia de Jesucristo en nuestros sagrados tabernáculos? ¿Habrán de merecer mas crédito unos hombres cuyos presuntos dogmas datan de fecha muy reciente, que esos génios inmortales que habiendo vivido en los tiempos apostólicos estaban en el caso de conocer mucho mejor el espíritu, la voluntad, el pensamiento del divino Salvador? ¿Querrian disputar la gloria de la verdadera doctrina, á esos admirables ingenios que á su raro saber unian el mérito de una santidad prodigiosa, los que para aspirar hoy al triunfo de sus erróneas enseñanzas no pueden presentar mas títulos que los de una aversion sistemática á toda verdad revelada, junto con unas costumbres viciosas y relajadas?

Y cuando esa tradicion constante se vé espesada de una manera ostensible al par que brillante en medio del mundo, ¿quién pudiera dudar racionalmente del dogma de la real presencia? ¡Ah! Observad, católicos, los prodigios que ha sabido crear esa fé uniforme y robusta á través de las edades. Recorred la historia, consultad las artes, preguntad á los monumentos del génio. No es ya únicamente una letra muerta la que nos predica la presencia de Jesucristo en

ese misterio augusto; no son solos los libros en los que se puede estudiar las magnificencias de esa religion de amor que tantas bellezas y encantos ofrece á nuestra meditacion. Existen en la tierra testimonios que hieren los sentidos, pruebas visibles y palpables, demostraciones auténticas que han insultado á la accion devastadora del tiempo, que han triunfado de todas las revoluciones, y que están llamadas á perpetuar en las edades venideras esa creencia invulnerable, ese sentimiento universal, esa fé que nos trasmitieron nuestros antepasados, y que nosotros legarémos á nuestros sucesores á despecho del infierno. ¡ Ved esas gigantescas catedrales que embellecen el mundo católico! ¡Contemplad esas soberbias basílicas levantadas por el génio de los grandes artistas para eterna gloria del Dios del Calvario! ¡ Mirad esos templos que donde quiera inspiran admiracion y asombro, páginas palpitantes, monumentos vivos del antiguo fervor en que rivalizaban los pueblos cristianos! Y despues de haber satisfecho vuestro justo entusiasmo, decidme: ¿quién ha creado tamañas maravillas? ¿Quién ha inspirado al génio en la ejecucion de obras tan colosales? ¿Quién produjo las inmortales creaciones de Miguel-Angelo y otros sublimes artistas? ¿Quién elevó la cúpula del Vaticano? ¿Quién?... Pero en vano buscariais el origen de semejantes prodigios fuera de la fé en el augusto misterio de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Ella sola ha podido elevar tanto las ideas del hombre, y dar unos resultados tan sorprendentes que llegarían á ser increíbles sino los tuviésemos á la vista. Y sino, notad el contraste que ofrece la ausencia de ese principio en los templos protestantes. La Iglesia reformada posee en la actualidad algunas de nuestras soberbias basílicas que han destinado á su culto. Nada han perdido éstas á la verdad de su belleza y magnificencia exterior ó arquitectónica. Los mismos son que eran antes esos edificios consagrados un día á los misterios del catolicismo. Y sin embargo, ¡entrad en ellos, y vereis qué monotomía, qué frialdad, qué vacío tan indefinible se nota allí! Nada dicen al alma, ni un solo sentimiento sublime hacen vibrar en el corazon; todo es silencio sepulcral, y una melancolía que daña y lastima el espíritu: tanto, que los mismos protestantes persuadidos sin duda de este hecho palpable, jamás tienen

sus templos abiertos un día entero, cerrándolos tan luego como finalizan sus oficios. No así empero en nuestras Iglesias. Abiertas siempre á la piedad de los fieles, jamás se entra ellas sin experimentar afectos que elevan, ideas que engrandecen, recuerdos que consuelan, y esperanzas que regocijan. Se siente que hay allí un ser viviente que anima aquel recinto; y aun en las altas horas de la noche al pasar por esos templos solitarios que se encuentran en nuestras ciudades ó aldeas, el viajero que á través de los góticos vidrios apercibe la lámpara misteriosa que arde delante del Sagrario, no puede menos de decir en su interior: «¡Verdaderamente reside el Señor en este sitio! *Vere Dominus est in loco isto*. Y tal vez inspirado por un movimiento irresistible de esa fé poderosa que sabe obrar prodigios en los corazones mas apáticos é indiferentes, tributa un homenaje de adoracion al Dios del amor oculto en la Eucaristía, repitiendo aquellas palabras del Apocalipsi: Digno es el Cordero de recibir la divinidad, el honor y la gloria: *Dignus est Agnus accipere divinitatem, et honorem, et gloriam*.

Nada mas se necesitaría, M. A. O., que estos dos testimonios de nuestra fé, á saber, la palabra de Jesucristo y la tradicion constante de todos los siglos para justificar esa adoracion perpétua que la piadosa asociacion de las CUARENTA HORAS viene tributando al Señor en el augusto Sacramento de la Eucaristía. Mas si á lo dicho se añaden los motivos de gratitud que en los corazones católicos despierta el inefable amor que continuamente muestra Jesucristo á la humanidad en residir con ella hasta la consumacion de los siglos, ¿quién habrá que no tenga por el mas alto honor una ocupacion que le asemeja á los ángeles, y no desee morar siempre al lado de ese Rey magnífico é infinitamente generoso, que no cesa de derramar los tesoros de su gracia sobre cuantos á él se acercan con fé, esperanza y amor? Nunca como en nuestros días han llegado á preponderar esas doctrinas de la deificacion general. Se pretende á todo trance que todos seamos dioses, ó al menos porciones, digámoslo así, de la divinidad. Pues bien, esa teoría que el génio humano ha desfigurado y corrompido con sus doctrinas disolventes, tiene su realidad en el augusto Sacramento de nuestros altares. Allí es donde

Jesucristo, viviendo con el hombre y dándose al hombre en manjar y en bebida, se identifica con él, se incorpora con él, le hace una misma cosa con él, puesto que se une, no en parte, sino completamente á él, mediante la participacion de su cuerpo y de su sangre en ese festin maravilloso, compendio de todos los prodigios de un Dios infinitamente sábio y poderoso sin límites. Allí es donde la humanidad, estrechándose con el lazo mas indisoluble á la divinidad, puede decir con el Apóstol: «No soy yo quien vivo, sino Jesucristo es quien vive en mí:» *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus* (1).

Y en vista de esto, M. A. O., ¿habrá entre vosotros uno solo que no rivalice en fervor y en entusiasmo por rodear el trono de ese divino Salomon, velando en torno suyo dia y noche, dispuesto á defender su soberana magestad contra la audacia del error que intenta arrancarle su cetro, y tributándole los mas sinceros homenajes de adoracion en desagravio de tan sensibles ofensas como recibe en el Sacramento de la Eucaristía? ¡Oh! ¡Qué espectáculo tan encantador ofrece á mi vista esa cohorte de fieles de toda edad, condicion y sexo, que veo apiñarse en derredor de Jesus sacramentado para hacerle la guardia, y orar en su presencia, repitiendo á todas horas el himno de triunfo que resuena eternamente en las celestes mansiones! ¡Cómo se extasia mi espiritu al contemplar esa falange de cristianos, en la que al lado del rey, del potentado, del sábio, del anciano, del sacerdote, figura la tierna esposa, la casta virgen, el niño; y confundido el pobre con el rico, el rústico con el cortesano, el pordiosero con el que viste púrpura, todos á la vez se declaran fieles servidores, campeones generosos del monarca invisible de los siglos, jurando mejor que los setenta robustos de Israel no tomar reposo ni separarse un momento de la presencia de su soberano, para proclamar donde quiera su gloria, adorar su divinidad y no permitir que sea amancillado su honor! Recibid, M. A. O., el parabien que os doy por vuestra fé y vuestra piedad. Ecos de aquel grito lanzado un dia por el nuevo Sadoc, colocado en la cumbre del Vati-

(1) Ad Galat. II. 20.

cano para ser el vigía y custodio de la casa del verdadero Israel, vuestros tiernos acentos vibran en mi pecho de una manera inesplicable, produciendo en ella el amor divino. Yo á mi vez no puedo menos de tomar parte en vuestro justo entusiasmo, y esclamar: Viva eternamente el Rey de las eternidades! Donde quiera que esteis, mi Dios y Señor, allí estará vuestro siervo. ¡Gloria, bendicion y alabanza perpétua á tí, que solo eres digno de recibir las adoraciones y homenajes de todo el universo! Levántense en buen hora las huestes del error; conjúrense contra Jesus sacramentado las falanjes de la heregía; vitoreen al usurpador Adonías, y trabajen cuanto les sea dado por entronizarle sobre el sòlio del legítimo monarca... ¡Y qué! ¿Triunfarán por eso del dogma de la real presencia? ¿Destronarán á Jesucristo con sus impuras blasfemias? ¿Le arrebatarán una corona que vienen entretegiéndole la fé y la piedad de mas de diez y ocho siglos? Ensayen si gustan sus impíos proyectos, y no tardarán en experimentar los resultados de su temeridad. Acérquese algun Oza osado á tocar irreverente al Arca Santa, y bien presto verá levantarse por do quiera un grito de reprobacion que le confundirá en el abismo, y brazos á millares prontos á tomar la defensa de su Dios, y á morir antes que consentir el menor ultraje á su magestad soberana.

Tal es, M. A. O., el objeto de esta institucion; hed ahí la digna ocupacion de los que se alistán bajo los estandartes de esta asociacion piadosa. ¡Qué mision tan honrosa venis cumpliendo! ¡Qué ejercicio tan sublime practicais! Ved si deben estar limpios de toda mancha unos corazones consagrados á repetir incesantemente en la tierra el cántico celestial de los adoradores del Cordero! ¡Ved si deben ser puras unas manos llamadas á sostener esos luminosos cirios, simbolos de los resplandores de la divinidad que habita corporalmente en esos sagrados tabernáculos! No desmintais pues, M. A. O., con obras indignas de vuestra vocacion, ese testimonio ostensible de vuestra fé que venis dando al catolicismo. Emulad la santidad de los ángeles, ya que aquí sois sus representantes en el loable ejercicio de adorar al Señor y repetir sus alabanzas. Aspirad al amor de Magdalena, puesto que como ella teneis la inesfable dicha de permanecer á

los piés de vuestro divino Salvador, escuchando sus oráculos y participando de sus dones. Que los impíos mofadores de nuestros dogmas, los que se burlan cínicamente de nuestros misterios, hallen en vosotros un motivo de saludable rubor, viendo vuestra ferviente y sincera piedad y admirando vuestra vida conforme en un todo con vuestras creencias. Que los espíritus incrédulos que veces tantas nos han apostrofado diciéndonos: ¿qué se ha hecho de aquella ciudad de estremada belleza (4)?, insultando el culto católico fundados en las faltas de algunos malos cristianos, no tengan jamás pretesto alguno para repetir sus insultos, y queden anonadados en presencia de vuestro fervor. Que la herejía tiemble, que el error huya de nuestros altares, y que no se encuentre en torno de ellos sino adoradores fieles de Jesus sacramentado en espíritu y en verdad. Venid, católicos y adoremos todos al Señor, y lloremos los extravíos de los que le ofenden y ultrajan: *Venite, adoremus, et ploremus*. Ore el sacerdote, ore el anciano, ore la virtuosa madre de familias, ore la casta doncella, ore el niño, oren todas las edades y condiciones sociales: pues hoy mas que nunca tenemos necesidad de dirigir al Señor nuestros ruegos y pedirle detenga el brazo de su venganza que tan visiblemente se deja sentir sobre nosotros. Adoren todos los pueblos, naciones y tribus de la tierra al Dios del cielo oculto por su amor en ese augusto sacramento. Formen nuestros acentos reunidos un armonioso concierto, que subiendo al trono de la magestad divina, haga descender sobre nuestras cabezas una lluvia abundante de gracias, que nos dispongan á merecer un día la corona inmortal, reservada á los dignos adoradores del Cordero en la Sion celestial de la gloria.

(4) Thren. II. 45.

DISCURSO

PARA EL DIA DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

A LA CRUZ SE HALLA VINCULADO EL PORVENIR DE TODOS LOS PUEBLOS;
DESGRACIADO PARA LOS QUE DE ELLA SE ESCANDALIZAN; FELIZ PARA
LOS QUE EN ELLA CIFRAN SU GLORIA.

*Verbum Crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem qui salvi
fiunt Dei virtus est.*

La predicacion de la Cruz es una necesidad para los que se pierden;
pero para los que se salvan es la virtud de Dios.

I. CORINT. I. 48.

EN medio del flujo y reflujo de las pasiones humanas que agitan nuestra sociedad actual; á través de ese continuo vaiven de opiniones encontradas, de sistemas anómalos, y de ideas incoherentes que luchan entre sí; por entre la exacerbacion de los partidos y las contiendas de los pueblos fraccionados que se disputan el dominio del mundo moral; en el seno del desconcierto mas espantoso, de la perturbacion mas universal, de la confusion, del caos en que se encuentran sumidas las inteligencias; cuando todas á la vez aspiran á regenerar la humanidad á su manera, no solo en el orden político, sí que tambien en el orden religioso y moral; en un siglo en fin altamente discutidor que todo quiere subordinarlo al alambique de la razon humana, y para quien no hay dogmas, ni tradiciones, ni creencias de que no se juzgue árbitro competente é irrecusable, mision dificilísima y enojosa tarea es venir á hablar de las magnifi-

cencias de la Cruz de Jesucristo. ¡Oh! Izar el estandarte de la redencion, símbolo de abnegacion, de humildad y de sacrificio á vista de una generacion muelle, voluptuosa, idólatra del placer, y que á todo trance pide goces y delicias como su única bienandanza; enarbolar el leño de la expiacion humeante con la sangre de un Hombre-Dios á presencia de unos pueblos indiferentes, materializados, soberbios y arrogantes, que como los antiguos judíos se escandalizan de ese signo misterioso y califican de locura las humillaciones de la víctima del Calvario; levantar esa enseña de la reparacion del universo, objeto un dia de maldicion y de anatema, como el árbol misterioso de la vida de donde pende la dicha y el porvenir de la humanidad, en una época en que todo tiende á la destruccion de lo pasado para sustituirlo con innovaciones erróneas, vaciadas en el molde de una filosofia insensata que ha comenzado por desentenderse de toda revelacion divina; ¿no deberá parecer á algunos el colmo de la demencia, ó si se quiere, un insulto, un desafío lanzado á ese mismo siglo, á esa misma sociedad, á esa misma generacion que tiempo há rompió los lazos que la unian con la verdad católica, despedazó los títulos de su origen, se emancipó del cetro tutelar de la fé de sus antepasados, menospreció sus tradiciones, se burló de la sencillez de sus creencias, y proclamó por único principio y base de todos sus dogmas, una razon enfermiza y estraviada?

Será lo que quiera, y nuestro siglo en su cínico y presuntuoso saber podrá calificar como mejor le plazca este hecho; pero ello es así, pese á su funesta ciencia, y á su decantada ilustracion. La Cruz vence, la Cruz triunfa, la Cruz reina y está llamada á perpetuar su imperio sobre las ruinas de sus enemigos. Perecerán los reinos, desaparecerán las dinastías, los tronos serán reducidos á cenizas, los siglos unos tras otros entrarán en el inconmensurable abismo de la eternidad, lo que hoy existe mañana pasará á ser un mero recuerdo en la historia, el universo dejará de existir, volviendo al caos de donde le extrajera la mano del omnipotente: y sobre tantos escombros hacinados se dejará ver la Cruz dominando en el espacio; porque á ella ha sido dado reconciliar en Cristo todas las cosas, restablecer la paz entre el cielo y la tierra, unir lo visible con lo invi-

sible, y salvar á la humanidad (1). Así es que si la predicacion de la Cruz pudo ser un dia motivo de befa para un pueblo incrédulo y sensual, y objeto de sarcástica sonrisa para las naciones envueltas en los errores del paganismo, tiempo há que en virtud de la asombrosa y feliz modificacion que el mundo sufrió en ella y por ella, viene siendo el trofeo glorioso de la mas insigne victoria, el núcleo de la verdadera libertad, el centro de la positiva sabiduría, el elemento de un poder invencible (2); puesto que en ese leño augusto clavó Jesucristo el decreto de muerte lanzado contra la humana raza, desarmó á los principados y á las potestades infernales (3), libertó al mundo de la maldicion que sobre él pesaba devolviéndole las bendiciones vinculadas á la descendencia de Abraham (4), y á manera de árbol de la vida, plantado en medio del universo en oposicion á aquel otro árbol mortifero que descollaba en el seno del paraiso primitivo, estiende por do quiera su bello ramaje á cuya sombra encuentra la humanidad la salud, el descanso, la paz, la gloria, y el remedio de todos sus males. Y por decirlo todo en una espresion elocuente de San Pablo: Esa Cruz que es una necedad para los que por su obstinacion perecen, para los que se salvan es la virtud de Dios: *Verbum Crucis pereuntibus quidem stultitia est: iis autem qui salvi fiunt Dei virtus est.*

— Estas ideas que me inspira la presente solemnidad que hoy celebramos con el título de la Invencion de la Santa Cruz, no pueden estar mas en armonía con el objeto que la Iglesia se propuso al establecerla. No es un mero recuerdo de aquel suceso que nos refieren los anales del siglo IV, lo que en este dia nos ofrece la religion. Cierto que á consecuencia del hallazgo prodigioso de la verdadera Cruz en que fué clavado el Redentor del mundo, verificado merced á las investigaciones de la piadosa Santa Elena madre del emperador Constantino, despues de la victoria conseguida por éste contra las huestes de Maxencio, fué instituida esta fiesta para dar culto á

(1) Ad Colos. I. 49 et seq.

(2) I. Corint. I. 23, 24.

(3) Ad Colos. II. 15.

(4) Ad Galat. III. 13, 14.

aquel precioso instrumento de la libertad del linaje humano. Pero mas bien que perpetuar la memoria de ese hecho, digno en todos conceptos de eternizarse en las páginas del cristianismo, tuvo por objeto mostrar á los siglos venideros las maravillas y grandezas positivas de ese augusto trofeo, que reasume en sí los pensamientos mas grandiosos, las mas sublimes ideas, recuerdos de un órden superior, en una palabra, la historia del amor infinito de un Dios-Hombre y de la rehabilitacion del universo, fruto de la sangre vertida por él en el Calvario. Si pues la piedad de una reina consiguió extraer de la oscuridad en que yacia á través de ciento ochenta años aquel tesoro de inestimable valor, trasladándole desde el sitio en que la perfidia judáica le ocultára, y sobre el cual venian descollando las estátuas del incestuoso Júpiter y de la prostituida Venus, segun una tradicion autorizada, á un magnífico templo levantado á espensas de su régia munificencia, la Iglesia recibiendo de sus manos esa Cruz, la elevó á la vista del mundo para que todas las naciones de la tierra se prostrasen delante de ella, y la adorasen como un monumento de salvacion á que estaban vinculados sus futuros destinos. Y ved cómo esta idea se armoniza con las citadas palabras del Apóstol que me sirvieron de texto y van á reasumir el asunto de mi discurso. «En la Cruz se halla representado el porvenir de todos los pueblos: desgraciado para los que de ella se escandalizan; feliz para los que en ella cifran su gloria; por cuanto el rechazar su imperio es colocarse fuera de las condiciones de la vida social, así como seguir sus enseñanzas es marchar por las sendas del positivo progreso y de la verdadera bienandanza: *Verbum Crucis pereuntibus quidem stultitia est: iis autem qui salvi sunt virtus Dei est.* Tengo propuesto. Imploramos los divinos auxilios por la mediacion de la que tanta parte tomó en las amarguras y en las glorias de esa Cruz adorable, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Que en la Cruz esté representado el porvenir del mundo; que ella sea el signo de salvacion ó de reprobacion para los pueblos; que á ella esté vinculada la felicidad ó la desventura de las sociedades; es una verdad innegable fundaba en las pruebas mas convincentes y en los hechos históricos de mas de diez y ocho siglos. Como quiera que ella es el símbolo de la redencion del linaje humano, el instrumento en que un Dios-Hombre realizó la obra magnífica de la reparacion de toda la humanidad, el lazo en que anudó la tierra con el cielo, lo humano con lo divino, lo visible con lo invisible, el tiempo con la eternidad, resulta que ella forma tambien la línea divisoria entre los individuos y los pueblos que vienen adhiriéndose al bando de la victima del Calvario, y los que se han afiliado bajo las banderas del príncipe de las tinieblas, á quien derrotó en ese leño misterioso, pero que no por eso ha perdido la esperanza de reconquistar su antiguo poderío. La Cruz pues simboliza el Evangelio, es la enseña de la religion católica, el estandarte de la verdad, la bandera de la revelacion divina, la prenda de la predestinacion. En ella está como personificada la doctrina de Jesucristo, sus enseñanzas, sus dogmas, sus preceptos, su ley, sus milagros y todo cuanto hizo para redimir al hombre y regenerar el universo. De consiguiente, en la adhesion á ese símbolo misterioso consiste la dicha de la humanidad, así como en su repulsion está su desgracia. Adoptar lo que la Cruz designa, es entrar en las verdaderas condiciones de la vida social; renunciar á lo que la Cruz espresa, es colocarse en las vias de la perdicion y de la muerte.

Dos brillantes alegorías habian anunciado al mundo la realidad de este misterio, muchos siglos antes que se verificase. Ambas se leen en la profecía de Ezequiel. Aparécense al profeta seis varones respetables, entre los cuales figuraba un personaje vestido de blanco lino, al cual habló el Señor y le dijo: «Pasa por medio de la ciudad de Jerusalem, y señala con la letra THAU las frentes de todos los que

gimen por las abominaciones que se cometen en medio de ella.» Y volviéndose en seguida á los otros seis que le acompañaban, díceles: «Marchad en pos de él y herid de muerte y esterminad sin compasion al anciano, al jóven, á la doncella, al niño y á la mujer, sin perdonar á nadie en quien no veais impreso el signo del THAU (1).» En otra ocasion habló el Señor á su siervo y le dijo: «Toma un trozo de leño y escribe sobre él: A Judá y á los hijos de Joseph sus compañeros: coje despues otro trozo y escribe sobre él: A Joseph, leño de Ephraim y de toda la familia de Israel. Une despues ambos trozos formando de ellos uno solo; y cuando los hijos de tu pueblo te pregunten qué quiere significar eso, les contestarás: Hé aquí lo que dice el Señor: Yo tomaré el leño de Joseph que está en la mano de Ephraim y las tribus de Israel que le están unidas, y las juntaré con el leño de Judá, formando de ellas un solo madero. Porque desde entonces formaré de todos los hijos de Israel una sola nacion, y habrá solamente un rey, un cetro, un pueblo, y no volverán á estar divididos en lo venidero. Mi servidor David estará en medio de ellos como su único pastor y caudillo. Y haré con ellos una alianza de paz sempiterna, les daré firme estabilidad en la tierra prometida, colocaré en medio de ellos mi santuario, tendré junto á ellos mi tabernáculo, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo, y todas las naciones conocerán al santificador de Israel (2).»

No puede estar mas espreso el vaticinio de la Cruz y de sus consecuencias en el porvenir del mundo moral. Todos los génios del cristianismo convienen en reconocer ese símbolo augusto de la redencion en el THAU libertador de los hebreos, y en el leño alegórico destinado á espresar la futura reunion de todos los pueblos de la tierra bajo el imperio universal del Dios del Calvario. El mismo Salvador poco antes de realizar el gran sacrificio de la expiacion, habia dicho: «Tan luego como yo sea levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas (3).» Y en efecto, sube al monte de la mirra, estiende sus

(1) Ezech. IX. 2 et seq.

(2) Ezech. XXXVII. per tot.

(3) Joan. XII. 32.

brazos en aquel madero ignominioso á que estaba adherida una antigua maldicion, borra con su sangre el decreto fatal que condenaba á toda la humanidad á ser victima de una perpétua esclavitud, restaura con su muerte las quiebras que el pecado causára en el universo, consuma todo cuanto de él estaba escrito; y al espirar deja en herencia á las generaciones venideras la libertad, la dicha, la paz, la reconciliacion, la inmortalidad, el cielo. De ellas depende recoger este precioso legado ó renunciar á él fementidas: apiñarse en torno del lecho del divino Testador para oir sus últimos documentos de vida, ó huir de allí para tomar parte en los clubs tenebrosos de sus pérfidos enemigos; alistarse bajo el estandarte del Crucificado, ó afiliarse en el bando del error.

Estos dos partidos, si así me es lícito espresarme, son los que desde la sangrienta escena del Calvario vienen luchando en el mundo y haciéndose una guerra sin tregua. El uno á cuyo frente descuella la Cruz, representa la verdadera civilizacion y el positivo progreso de la humanidad, fundados en las enseñanzas del Evangelio, fuente perenne de toda luz, de toda ciencia, de todo conocimiento, de toda verdad, de toda ilustracion, de todo adelanto en el órden religioso-social. El otro capitaneado por Luzbel, personificado en el orgullo de la humana razon, simboliza el imperio de las pasiones, el reinado del libertinaje, la civilizacion de la carne, el progreso del vicio, la ilustracion de la impiedad, la regeneracion de la humanidad fundada en los goces materiales, el porvenir de los pueblos cifrado en la mayor suma de placeres sensibles. Por eso los que combaten en el primero llevan sobre sus frentes impreso el signo del THAU, es decir, que tienen por enseña el símbolo civilizador de la Cruz como el distintivo de su mayor gloria, al paso que los que militan en el segundo, están marcados con aquel horroroso estigma que en la frente de la bestia infernal vió el apóstol de Pathmos, cuyo nombre era BLASFEMIA (1). Porque para estos la predicacion de la Cruz es una locura de que se burlan atrevidos, en vez de que para aquellos es el resúmen de la sabiduría y del poder de Dios, como dice el Apóstol;

(1) Apoc. XIII. 4,

y por consecuencia, lo que respecto de los discípulos del Crucificado es un elemento de vida y de salvacion, es para los que impugnan su Evangelio y hacen frente á su doctrina un signo de ruina y de muerte.

Que estos dos bandos existen, es tan indudable como antigua su procedencia. Del Calvario mismo arrancaron esas escuelas tan opuestas: la una para llevar donde quiera los frutos preciosos de la civilizacion evangélica, la otra para derramar en todas partes el veneno del error. Ambas á la vez comenzaron su obra: las dos emprendieron en un mismo dia su diversa mision. San Pablo que con gozo inesplicable celebraba las glorias de ese símbolo Salvador en torno del cual veia apiñarse los pueblos de la tierra, lloraba tambien amargamente la ceguedad de los enemigos de la Cruz que no reconociendo mas Dios que su egoismo, su orgullo y su sensualidad, se precipitaban en los caminos de la perdicion: *Multi ambulat quos sæpe dicebam vobis, nunc autem et flens dico, inimicos Crucis Christi, quorum Deus venter est, quorum finis interitus* (1). ¿Y qué otra cosa nos presenta la historia del catolicismo en los diez y ocho siglos que cuenta de existencia, sino la no interrumpida lucha de esos dos poderes que vienen disputándose el dominio del mundo moral? ¿Qué otra cosa vemos sino la Cruz por una parte predicando la abnegacion, el sacrificio, la inmolacion de la inteligencia y del corazon ante las aras de la fé: y por otra la filosofia su antagonista proclamando la soberania de la razon, el culto de las pasiones, el desenfreno del libertinaje, la emancipacion de toda dependencia en el orden religioso, origen de la anarquia en el orden social; la una aspirando á conquistar el universo con los atractivos de la virtud, la otra trabajando por arrebatarla sus laureles con la seduccion del vicio: aquella atravesando los mares é invadiendo regiones desconocidas para engruesar las filas de Jesucristo, llevando á unos seres degradados junto con las esperanzas de una vida inmortal, la dicha y la felicidad de la vida presente: ésta desplegando un proselitismo inconcebible para arrastrar á la apostasia las naciones civilizadas por

(1) Ad Philip. III. 18.

el Evangelio ; la primera obrando prodigios de caridad , de celo y de heroísmo por realizar la union universal de todas las tribus y razas en derredor del estandarte de la redencion figurado en el antiguo leño de Judá y de Ephraim ; la segunda poniendo en juego todos los resortes del sofisma y del error para separar y desmembrar el rebaño del eterno Pastor , promoviendo el cisma , fomentando las escisiones y rompiendo todos los vínculos de la unidad católica?

Antagonismo ostensible que explica perfectamente la causa verdadera de ese combate que el mundo viene presenciando á través de mas de mil ochocientos años , bien así como deja entrever su desenlace. No es la Cruz en su acepcion material la que forma el objeto de ese ódio implacable que la han jurado sus enemigos. Si ella se limitase á coronar los altos capiteles de nuestros templos , y á dominar en los monumentos del arte y del ingenio , poco ó nada les importaria el triunfo de ese simbolo civilizador. Ellos que hoy la persiguen y combaten con tanto encarnizamiento , serian los primeros en reconocer y aceptar el imperio de ese leño misterioso que ha sobrevivido á los imperios y está llamado á permanecer en pié sobre las ruinas del universo. Lo que les hiere , lo que les irrita , lo que no pueden tolerar es que al mismo tiempo que la Cruz de Jesucristo , domina donde quiera y exige las adoraciones de la humanidad , impone deberes austeros , dicta leyes penosas y obligaciones repugnantes á una naturaleza viciada y sensual , exige sacrificios dolorosos , condena el placer desordenado , anatematiza los goces carnales , contraria la independendencia arbitraria de la razon individual , ataca de frente la soñada soberanía de la inteligencia , enfrena los arranques impetuosos de una ciencia que aspira á sobreponerse á la fé , y fija sus limites al génio para que á titulo de progreso y de civilizacion no se lance en el terreno vedado del dogma , y quiera usurpar á la verdad sus imprescriptibles derechos , evocando derechos ilusorios en favor del error. Hed ahí lo que motiva esa incesante repulsion que la Cruz experimenta por parte de los que , si bien la aceptarían como simbolo de salvacion y de ventura en la esfera de los principios teóricos , como suelen decir , nunca empero se someterán á su imperio en la esfera práctica de sus doctrinas , que consi-

deran como opuestas á ese progreso material, á esa ilustracion corrompida, á esa civilizacion del oro y del bienestar temporal á que se encaminan todos sus absurdos sistemas. La historia de todos los siglos, y muy particularmente la contemporánea, nos ha mostrado palpablemente esta triste verdad. Cuando la demagogia desenfrenada del pasado siglo declaraba guerra de muerte á esa Cruz adorable, y la arrancaba de los templos, y destruia los edificios en que campeaba, y la arrojaba á las llamas, y conducia al cadalso á los que acaso hallaba adornados con ella, bastando llevarla consigo como título suficiente para motivar un fallo de deportacion ó de muerte: cuando en los altares en que antes descollaba ese signo augusto, se vió elevarse la prostitucion personificada, con todos los demas excesos de impiedad y vandalismo que nos han legado las repugnantes páginas de ese pueblo frenético en su loca embriaguez; ¿pensais por ventura que sus tiros iban dirigidos á la Cruz material del Salvador como objeto de su furor? No: en la Cruz estaba simbolizada la fé, y aquel pueblo creia que le bastaba la razon; la Cruz representaba la idea de todo deber, y él solo reconocia y pedia derechos; la Cruz era la enseña de la libertad evangélica basada en el sacrificio del corazon, y él ambicionaba la libertad filosófica fundada en la licencia de las pasiones; la Cruz indicaba el desenvolvimiento de la inteligencia subordinada á los eternos principios de la revelacion divina, y él se habia propuesto desarrollar los diversos elementos del saber, abriendo ancho campo á todos los sistemas filosóficos independientes de toda verdad revelada; la Cruz, en una palabra, espresaba el triunfo de Dios en el hombre y sobre el hombre, y él aspiraba á hacer triunfar al hombre sin Dios y sobre Dios. ¡Lucha insensata! ¡Combate sacrilego! ¡Insulto infernal! ¿Cuál de estos dos poderes debia quedar victorioso? ¿Cuál de esos dos principios estaba llamado á ser dueño del campo? ¡Ah! Claro es que la Cruz debia salir victoriosa de los modernos enemigos del Hombre-Dios, como lo fuera de los antiguos, y lo será de cuantos en la sucesion de las edades se atrevan á hacer armas contra él. ¿No se les vió poco despues, pasados los dias de febril exaltacion, volver á entronizar aquella Cruz objeto poco antes de su demagógico furor, vitorearla con entusiasmo

y postrarse á sus piés? ¿No se les vio invocar aquellas mismas doctrinas que se propusieran abolir para siempre, y adherirse á las máximas del catolicismo como á la única áncora salvadora que les quedaba en medio del universal naufragio que amenazaba á las sociedades? ¿Cómo explicar tan sorprendente fenómeno? ¿Cómo concebir tan subitánea modificacion en las ideas de un pueblo que no hacia mucho se lisonjaba de haber encontrado el secreto de la felicidad y del bienestar que anhelaba en su emancipacion completa de los principios tutelares del Evangelio?

¡Ah! La Providencia se propusiera legar á las generaciones venideras un monumento imperecedero del poder de la Cruz, al mismo tiempo que una leccion severa, una enseñanza práctica de lo que es la vida de los individuos y de las naciones que de ella se escandalizan ó la hacen una guerra insensata. Quiso mostrar á la humanidad la línea divisoria que separa el camino de la verdadera civilizacion evangélica del de la civilizacion meramente filosófica. Quiso manifestar que así como las doctrinas de la Cruz envuelven todos los elementos de progreso bien entendido, de sólida ilustracion, de positiva libertad y de bienandanza inalterable, por el contrario fuera de ellas no hay mas que sistemas erróneos, utopias engañosas, ciencia superficial, cálculos egoistas, principios subversivos, desórden, perturbacion, anarquía, muerte. Porque la Cruz es el camino del deber, la senda de la virtud, el derrotero que conduce á la verdad, la antorcha de la inteligencia, el faro del hombre en las diferentes fases de la vida social; en la Cruz aprende la abnegacion con que debe someterse á los dogmas inconcusos de la religion, la obediencia que de él exigen los que en representacion de Dios rigen en la tierra los humanos destinos, la fraternidad que estrecha los vínculos sociales entre los diversos miembros de la gran familia, y todas esas virtudes que embellecen la existencia, armonizando los deberes con los derechos, equilibrando los poderes para que no haya entre ellos repulsion ó lucha, fomentando los elementos de reciproco bienestar sin perjudicar intereses inviolables, y dirigiéndolo todo á un fin idéntico, cual es que todos participen en su respectiva escala de los beneficios de una paz sólida y de una dicha proporcionada á sus

necesidades. Tales son las bellas consecuencias de la doctrina de la Cruz aun considerada únicamente en sus relaciones con la vida del tiempo. Y bajo este concepto dije que ella representa el porvenir feliz de todos los pueblos que en ella cifran su gloria, al propio tiempo que los desgraciados destinos de los que aspiran á vivir fuera de sus principios salvadores: por cuanto rechazar su imperio es colocarse fuera de las condiciones de la vida social, así como regirse por sus enseñanzas es marchar por las sendas de la verdadera felicidad.

De resto, M. A. O., peregrinos en esta tierra de miseria donde todo es agitacion, turbulencia, temores, sobresaltos, combates y pasiones; aspirantes á aquella patria feliz dõ reina la calma perdurable, la eterna paz, la tranquilidad duradera, la dicha sólida y sin mezcla del menor disgusto, allí es donde debemos esperar ver con todos sus encantos las magnificencias de la Cruz. Cuando, segun el lenguaje original de San Pablo, este cuerpo terrestre que ahora nos hace gemir y padecer bajo la accion de las impresiones seductoras y peligrosas de los sentidos, se vea transformado por Jesucristo en su propia gloria, podremos apreciar la diferencia que existe entre los que solo conocen la Cruz para blasfemarla ó escarnecerla, y los que la conocen y estudian para adorarla y modelar por ella sus acciones. Entre tanto, consolémonos con la dulce perspectiva del porvenir, y fijando nuestra consideracion en la antítesis que ofrecen esas dos ciudades de que habla tan elocuentemente el padre San Agustin, la ciudad de Satanás, la Babilonia réproba y criminal de los mundanos que huyendo de la Cruz buscan en los goces terrenales la bienandanza de un dia, y la ciudad de Dios, la Jerusalem militante que marchando en pos de la Cruz se encamina por entre la escabrosidad del Calvario á la inmortal Sion do reina el Cordero sin tacha, optemos por la una ó por la otra; elijamos entre ambas la que mejor nos plazca. Sí, M. A. O.: á tiempo estais todavía de afiliaros en la bandera de Jesucristo, ó bajo los estandartes del mundo: de aceptar la Cruz ó de desecharla. Pero antes, pensadlo bien, y calculad las consecuencias. Si os decidís á adoptar este último partido, hallareis sí algunos goces pasajeros, algunos placeres momen-

táneos, esa alegría característica del mundo que dura un día para perderse después en un abismo de sinsabores y disgustos; hallareis esa libertad que os fascina porque á su sombra os creéis autorizados para obrar impunemente el mal, esa independencia que os deslumbra porque con ella podeis satisfacer vuestras mas innobles pasiones, ese oro que se presta á todos los caprichos de vuestra ambicion, y todos esos bienes efimeros que os enloquecen y alucinan un instante para perderos eternamente. Mas en cambio, encontrareis do quiera la Cruz como adversario, como fiscal, como juez severo de vuestras acciones que os acusará y condenará sin piedad. Y en el día de la gran revelacion de los humanos secretos, la Cruz os maldecirá, la Cruz os escarnecerá, la Cruz pedirá venganza contra vosotros, la Cruz será vuestra ignominia, la Cruz formará vuestro mayor tormento, ya que aquí hiscisteis de ella el blanco de vuestras burlas y el centro de vuestros tiros: *Pereuntibus quidem stultitia est*. No así empero si os decidis á abrazaros con ella y á militar bajo esa gloriosa enseña. Ella os ofrecerá en esta vida esperanzas inmortales, consuelos inefables, goces anticipados que jamás hallareis en el logro de todas vuestras aspiraciones terrenas, una dicha que no pudiérais conseguir en la satisfaccion de todos vuestros deseos. Y llegado el momento de comparecer ante vuestro juez soberano, vereis brillar en sus manos la Cruz como el símbolo de vuestra redencion, como la prenda de vuestro rescate, como el trofeo de vuestro triunfo. La Cruz será vuestra alegría, la Cruz vuestro éstasis, la Cruz vuestra bienandanza suprema, la Cruz vuestra diadema, la Cruz la insignia de vuestro reinado, la Cruz el premio de vuestra constancia, la Cruz el término de vuestras fatigas, la Cruz el principio de vuestra inmortalidad: *Iis autem qui salvi fiunt, Dei virtus est*.

¡Oh Cruz benditísima! ¡Oh Cruz adorable! ¡Oh Cruz dignísima de mi Salvador situada en medio de este mundo para ser el faro de los que navegan en el proceloso mar de la vida presente! ¡Oh Cruz esperanza única del desgraciado mortal que peregrino en la tierra solo aspira á ser conciudadano de los santos y doméstico de Dios! ¡O Cruz, ave spes unica! En tu presencia nos postramos rendidos suplicándote aumentes en los corazones piadosos las gracias que de

tí brotan en abundancia, y alcances á los criminales la indulgencia y el perdon de sus extravíos: *Piis adaugé gratiam, reisque de le crimina*. De hoy mas en tí estará cifrada toda nuestra gloria, en tí aspiraremos á vivir crucificados, tú serás el único objeto de nuestros deseos, el único bien que ambicionará nuestro corazon, la única dicha que buscará nuestra alma. Sé pues tú nuestro apoyo para que no vacilemos, nuestro guia para que no nos estraviemos, nuestro sosten para que no caigamos, nuestra luz para que caminando derechos por la áspera senda del Calvario, en pos de la ensangrentada huella del Redentor que pendiente de tí salvó al mundo, encontremos la dicha que él nos compró á precio de su vida, y merezcamos reinar con él por los siglos de los siglos.

cierra para siempre sus puertas eternas; llanto, miseria, desesperacion... hed ahí vuestra herencia, la herencia que os ha legado vuestro padre criminal.

¿Mas qué digo? ¿No habrá quien tienda á la humanidad una mano auxiliadora? ¿No habrá quien pueda arrancarla de ese abismo en donde se agita inútilmente? ¿Nadie podrá hacerla salvar lo infinito que la separa del bien supremo y devolverla al seno de Dios? No, M. A. O.: ningun sér finito puede colocarse como árbitro entre el cielo y la tierra, y satisfacer la divina justicia hollada por la culpa. ¡Desgracia irreparable! ¿Con que es preciso que la humanidad perezca? ¿Con que la hechura de Dios ha de ser destruida?... Mas oíd el gran prodigio de la bondad del Señor. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Todo fué hecho por él, y en él estaba la vida y la luz (1).» Ese Verbo Dios, esplendor de la gloria del Padre é imágen de su substancia, habitaba en el seno de su felicidad, contemplándose y adorándose en sus perfecciones infinitas; cuando de repente la voz de la justicia irritada y los suspiros del hombre caído llegan hasta él... En el momento se levanta, se postra delante de su Padre, y le dice: Héme aquí: *Ecce venio*. El hombre se ha rebelado, y vuestra justicia reclama una víctima. Aquí la teneis: yo me revestiré de las miserias de la humanidad; yo cargaré sobre mí todo el peso de sus crímenes, y los expiaré con mis dolores y con mi sangre: *Ecce venio*. Entonces se celebra un consejo inefable en el seno de la adorable Trinidad. El Verbo se ofrece, el Padre acepta el sacrificio, y el Espiritu Santo obrará el misterio rodeándole de su sombra. Los coros angélicos lanzan un grito de admiracion, y en las profundidades de la eternidad déjase oír una voz que entona: «Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» La esperanza vuelve á descender á la tierra de donde habia sido desterrada; Adán encorbado bajo el peso de su culpa y de su degradacion, levanta de nuevo su frente, y saluda en lontananza al libertador prometido: «Un Dios se hará carne y habitará entre los hombres,» hed

(1) Joan. I. 4 et seq.

ahí decidida la rehabilitación universal de la raza humana. Esta tierra maldecida, volverá á ser una mansión digna del Eterno, porque de ella subirán hácia al cielo una alabanza y una expiación infinitas. Un Dios-Hombre uniéndose á la humanidad, y elevándola hasta la divinidad, se interpondrá entre la omnipotencia irritada, y el murmullo del hombre caído, apaciguando la una y reconciliando al otro. Ved ya satisfecha la justicia: veamos ahora cómo se satisface el amor. Si maravilloso se ostenta Jesús en aquella, no se muestra menos maravilloso en este.

Pasados cuatro mil años de esperanzas, llegan por fin los tiempos señalados por los profetas. ¿Dónde vá á nacer aquel á quien no pueden contener los cielos? ¿Cómo verificará su entrada en el mundo ese rey Salvador? ¿Qué pompa será digna de su magestad? Descended, monarcas, de vuestros tronos, y arrojad vuestras coronas á sus piés... ¿Mas qué es lo que leo en el Evangelio? Escuchad: «Llegados los días en que María debía parir, dió á luz su hijo primogénito, y le recostó en un establo, porque no había sitio para ellos en la morada de los hombres!... ¿Comprendeis ahora, A. O., el plan de la Redención? La justicia es quien le ordena, pero el amor es quien le ejecuta: y aquí el pensamiento queda confundido ante las maravillas del amor. Enmudece razón humana: hé ahí lo infinito: al hombre solo le toca adorar en silencio con la frente pegada al polvo este misterio de los misterios.

Decidida en efecto la Redención, y escogida la Encarnación como medio de realizarla, un mero acto del Verbo-Dios hubiera bastado para satisfacer la divina justicia; una sola lágrima, una sola plegaria hubiera sido suficiente para purificar el mundo, y para escitar nuestra gratitud y nuestras adoraciones durante la eternidad. Pero quiso él revelarnos su misericordia en toda su inmensidad, quiso unir la tierra al cielo con los lazos de un incomprensible amor, y ved por qué prefirió nacer sobre la paja de un pesebre, y pasar treinta años de su vida trabajando con sus manos en el dolor y en la oscuridad, dedicándose despues durante otros tres años á instruir, ilustrar y consolar á la humanidad. ¿Pero era esto bastante para manifestarnos su amor? No. «Dios amó de tal modo al mundo, dice

el evangelista, que nos dió á su Hijo unigénito (1).» ¡Qué palabra tan sublime! ¡Qué espresion tan profunda y misteriosa! Nos dió á su Hijo, ¿y para qué? Para vivir, para sufrir, y para morir con nosotros y por nosotros; en una palabra, para rescatarnos con su vida, con su sangre y con su muerte. ¡De esta suerte amó Dios al mundo, para que el mundo supiese desde entonces comprender lo que era el verdadero amor!

Hasta el día en que Jesucristo elevado sobre la Cruz, estandarte sublime de la caridad, se mostró á los ojos del mundo, el mundo no sabia amar: porque replegándose miserablemente en sí mismo víctima de un egoismo glacial, no sabia inmolarse, no sabia sacrificarse por nada ni por nadie.... ¡Amar es gozar...! Tal ha sido siempre el grito del hombre degradado, y no otras son las ideas de un siglo que ha cerrado su corazon á la caridad de Dios. ¡Amar es gozar...! ¡Miserables! Enmudeced y no blasfemeis. Amar es sufrir, amar es llorar, amar es sacrificarse, amar es curbar las espaldas bajo el peso sangriento del deber, amar es ceñir la frente con una corona de espinas, amar es verter el sudor, sacrificar el descanso, los placeres y los bienes de la vida en beneficio de sus hermanos; amar es todavía algo mas... Venid conmigo, adelantaos algunos pasos, mirad al Hombre-Dios clavado en una Cruz, derramando hilo á hilo su sangre por todos los miembros de su santísimo cuerpo, abierto con una lanza su divino costado, y enviando al cielo junto con su postrimer suspiro un grito supremo de caridad. ¡Hed ahí el amor, el amor infinito, el amor inefable, el amor maravilloso del Verbo manifestado en la Redencion del linaje humano...! *¡Sic Deus dilexit mundum!*

La justicia, como hemos dicho, exigia una satisfaccion, y el amor para darla escogió el padecimiento y la muerte. Ved pues el Verbo tres veces santo, la Santidad infinita, la Bondad por esencia, agobiado bajo el peso de las iniquidades de todo el mundo. Para llegar al lugar del sacrificio ha tenido que atravesar un largo camino de tormentos y de oprobios, el sangriento sudor del huerto de

(1) *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.*
(Joan. III. 46.)

Gethsemani, el beso de Judas, la fuga de sus discípulos, las blasfemias derisorias del gran sacerdote, la bofetada de Malco, la flagelación cruel, la inicua sentencia de Pilatos, el doloroso itinerario por las calles de Jerusalen... No basta esto empero para satisfacer su amor ardiente hácia la humanidad. Pendiente ya de la Cruz, los torrentes de la afliccion se desencadenan contra él; el cielo condensa sobre su cabeza todas sus venganzas; la cólera del Padre descarga sobre él todos sus rayos. En vano la humanidad horrorizada imploraria la piedad del cielo para que aparte el cáliz amargo de sus labios... No, víctima infortunada, no há lugar el consuelo, preciso es apures la copa hasta las heces. Cúrbate bajo el peso de los crímenes del mundo. El cielo no respira para tí sino maldicion y anatema. Nosotros merecimos el padecimiento y la muerte: pues padece y muere por nosotros, que tal es tu destino. Y el Hombre-Dios, muere víctima de su amor, despreciado de los hombres, abandonado de su eterno Padre, maldecido por el cielo... ; Qué digo! No, mis amados oyentes, no: si como víctima de la justicia, puesto que voluntariamente se ofreció en expiacion por los crímenes de la humanidad, espira en el desconsuelo y en el oprobio, como víctima del amor su muerte es la mas gloriosa y admirable, pues es la muerte de un Dios que salva al mundo, que purifica al mundo, y abre al mundo por medio de la Cruz una nueva era de ventura y salvacion para los hombres y los pueblos, para los individuos y las sociedades. El triunfo del amor de Jesus continuará siendo un objeto de admiracion á la par que un venero inagotable de felicidad para cuantos creyendo en él procuren apropiarse los infinitos merecimientos de su redencion augusta. Él será de hoy mas la alegria del justo, la esperanza del culpable, el consuelo del afligido, el apoyo del débil, la paz del atribulado, en una palabra, el mediador eterno entre la tierra y el cielo que no cesará de interponer sus ruegos y su sangre en favor de la humanidad, para franquearla los inagotables tesoros de su misericordia.

Acudan pues todos los mortales á admirar las obras prodigiosas del amor de un Dios-Hombre, manifestado en ese gran misterio que hoy nos recuerda la veneranda imágen de Jesucristo, objeto de los

presentes cultos. Y vosotros en especial, habitantes de este pueblo, poseedores de ese sagrado depósito que la piedad de vuestros mayores os legó en herencia, para que de él como de un tesoro sin fondo pudiérais extraer continuamente las riquezas de la gracia y de la bondad divina que reclaman vuestras necesidades, venid y probad cuán bueno es y cuán amante ese Jesus á quien justamente honrais y venerais de tiempo inmemorial acogiéndoos á su proteccion como á un asilo seguro, como á un baluarte inespugnable en los dias aciagos de la adversidad: *Venite, et videte opera Domini, que posuit prodigia super terram.*

Acercaos justos á ese sagrado simulacro cuya cabeza coronada de espinas, sus ojos apagados por la muerte, su boca entreabierto como para enviaros el último suspiro de su caridad, sus piés y manos clavados, y todo él livido, ensangrentado y herido, os está mostrando el exceso de su amor. Adorad al que con sus tormentos y muerte os compró para sí, y os hizo su posesion y el trofeo de su victoria, y aprended á sacrificaros por vuestros hermanos, á ejemplo de quien tan generosamente se inmoló por vosotros: *Venite, et videte opera Domini, etc.*

Aproximaos, pecadores, ved á vuestra víctima, reparad en la obra de vuestros delitos, contad las llagas que en su humanidad santísima abrieron vuestros desórdenes. Leed en ese libro viviente la gran página de lo que os amó, reconoced lo que hizo y sufrió por redimiros. ¡Ah! No os arredreis, no temais, no huyais de quien os busca como el buen pastor á sus descarriadas ovejuelas. Él es quien en sus últimos momentos os llamaba con anhelo indefinible; él quien os consagraba sus postreros recuerdos; él quien por vosotros rogaba tan fervientemente á su Padre celestial; él en fin quien de esas mismas heridas que vuestros excesos abrieron, de esa misma sangre que vuestras pasiones derramaron, ha hecho el asilo en donde debeis hallar amparo y proteccion contra la divina justicia, y la escala para que podais subir al cielo mediante el arrepentimiento y el dolor: *Venite, et videte opera Domini, etc.*

Venid, almas agobiadas por el sufrimiento, desgraciados que gemis bajo el peso del infortunio, pobres, débiles, huérfanos y cuantos

en este mundo experimentais los réveses de una suerte implacable. Derramad vuestro llanto en presencia del que se ha constituido alivio universal de todos los dolores y eficaz remedio de todos los males. Cesad de dirigir vuestras plegarias á un mundo que no os escucha y mira insensible vuestras desgracias, y rogad únicamente á quien como vosotros quiso probar todas las amarguras de la humanidad, para saber compadecerlas y proporcionarlas un poderoso lenitivo. Amándole como él os amó, vuestras cruces serán menos pesadas, vuestros dolores perderán su accion punzadora, y vuestros sufrimientos os parecerán suaves comparados con los que por salvaros toleró en el Calvario: *Venite, et videte opera Domini, etc.*

Y si por desgracia, se hallan en mi auditorio algunos corazones incrédulos, que duden de la divinidad de aquel Jesus á quien representa esa imágen veneranda, vengan tambien á admirar y reconocer en las maravillas de su amor y de su poder, que la vida y la muerte de esa víctima, son la vida y la muerte de un Dios. ¿Qué se ha hecho de aquel pueblo culpable que se obstinó en desconocerle y negarle, llegando en su frenético delirio á pedir que recayese sobre él y su raza la sangre inocente del Justo? ¿No ha visto sellada con esa misma sangre la sentencia de su eterna reprobacion? ¿No le contemplais prófugo y errante pasear por todo el mundo ese anatema divino que sobre él pesa hace mas de diez y ocho siglos? ¿No advertís cómo todos los pueblos y todas las razas le miran con desden, sin querer asociarse ni compartir con él sus destinos? ¡Oh! Marcha, pueblo insensato, tu porvenir está decretado. Cual otro Cain no cesarás de andar vagabundo en la tierra; donde quiera al leer en tu frente el dictado de deicida, retrocederán los siglos llenos de espanto, y te dejarán libre paso hasta que llegue el día en que abriéndose tus ojos á la luz de la divina revelacion, vengas á postrarte al pié de esa Cruz que tambien te ofrece á tí la esperanza y el perdon: *Venite, et videte opera Domini, etc.*

Por último: ¿queréis persuadiros todos de las maravillas de Jesucristo en la redencion del mundo? Observad sus consecuencias, admirar sus efectos. La civilizacion cristiana reemplaza en el Calvario á todas las civilizaciones antiguas; la Cruz se convierte en trofeo

augusto, en torno del cual se apiñan todos los pueblos del universo; los reyes, los príncipes, los sábios, los poderosos no menos que el pobre y el ignorante, todos á una voz saludan ese eterno monumento de positiva dicha, de verdadera libertad. El progreso bien entendido de la humanidad, el desenvolvimiento de todos los elementos de sociabilidad, el porvenir de las naciones, todo está vinculado al triunfo de la justicia y del amor del Verbo, consumado en la cima del Gólgotha. Pero dejemos á una sábia pluma de nuestro siglo, pintar el bello cuadro de las magnificencias de Jesus crucificado. «Hombre mortal y muerto, dice, ha sabido conquistarse una adoracion permanente y de que no hay ejemplo en la tierra. ¿Qué emperador ha conservado sus templos y estátuas? ¿Qué se ha hecho de toda aquella poblacion de dioses creados por la lisonja? Ni siquiera existe ya su polvo; y el recuerdo que les sobrevive, no es mas que una ocasion para el pensamiento de admirar la estravagancia de los hombres, y la justicia de Dios. Jesucristo solo ha quedado en pié sobre sus altares, no en un rincon del mundo, sino en toda la tierra, y en las naciones mas famosas por su cultura. Los mas grandes monumentos del arte abrigan sus santas imágenes: las ceremonias mas magnificas reunen los pueblos á la sombra de su nombre; la poesia, la música, la escultura, la pintura, se estreman hablando de él y formándole un incienso de la adoracion que los siglos le han consagrado... ¿Y en qué trono es adorado? ¿En una Cruz!... Ciertamente no pocas manos han intentado derribarle de sus altares: pero su impotencia solo ha servido para confirmar su gloria. A cada ultraje ha parecido mas grande; el génio le ha protegido contra el génio, la ciencia contra la ciencia, el imperio contra el imperio. Se ha hecho armas de todas las armas que contra él se han levantado: y cuando se le creia por tierra, el mundo le ha visto en pié, tranquilo, sereno, triunfador, adorado.

Tan magnificas son, oh pueblo piadoso, las ideas que despierta en mi mente esa sagrada efigie que venerais en este dia, y á la que tributais vuestros reverentes cultos. Hé ahí lo que incesantemente está recordando la imagen del Santísimo Cristo MARAVILLOSO. ¡Ojalá nunca lo olvidéis! ¡Plegue al cielo que esos recuerdos se graben in-

deleblemente en tu corazón! Antes, pues, de abandonar este sitio, prostérnate en presencia de ese precioso simulacro. Celebra con himnos de júbilo el triunfo de su amor maravilloso, y esclama con todo el entusiasmo de que eres capaz; ¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impéra á despecho del mundo y del infierno; Cristo es nuestra gloria, nuestra esperanza y nuestra felicidad! Y en tus reveses, en tus amarguras, en tus necesidades, cuando el cielo enojado te amenace con alguno de esos azotes con que suele castigar á los pueblos, acude confiadamente á Jesus en su portentosa elicie. Él que tantas veces te ha libertado de los mayores peligros, él que tan misericordioso y benigno se mostró con tus padres, él que á través de siglos y siglos viene siendo el objeto del amor y del culto de tus antepasados, y de quien tan innumerables beneficios habeis recibido, él será siempre vuestro protector, vuestra égida, vuestro apoyo en esta vida, y perseverando en su amor, no lo dudeis, colmará en la otra vuestra dicha, ceñiendo vuestras sienes con la diadema inmarcesible de la inmortalidad.

DISCURSO

SOBRE LAS SAGRADAS LLAGAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

LAS SAGRADAS LLAGAS DE NUESTRO DIVINO SALVADOR NOS OFRECEN EL
TESTIMONIO MAS PALPITANTE DE SU INMENZA CARIDAD, Y LA MAS
SEGURA PRENDA DE SU EFICAZ PROTECCION.

*¿Quæ sunt plagæ iste in medio manuum tuarum?... His plagatus sum in
domo eorum qui diligebant me.*

¿Qué llagas son esas que veo en tus manos? En la casa de aquellos que
me amaban me las hicieron.

ZACHAR. XIII. 6.

Ecce in manibus meis descripsi te; muri tui coram oculis meis semper.

Mira como te llevo gravado en mis manos, para tener siempre delante
de mis ojos un antemural que te sirva de asilo.

ISAIE. XLIX. 16.

«**O**id islas, atended pueblos distantes. El Señor me ha llamado desde el seno maternal y ha pronunciado mi nombre cuando todavía no existía en la tierra. Y díjome: Tú eres mi siervo, en tí seré glorificado. Poco es que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob y convertir los despreciados restos de Israel. Yo te he destinado para ser la luz de las naciones y el Salvador enviado por mí hasta los últimos confines del mundo. En el tiempo de mi beneplácito otorgué tu petición y en el día de la salvación te constituí reconciliador de mi pueblo á fin de que restaurases la tierra y entrases en posesión de las heredades devastadas: para que dijeseš á los encarcelados: salid fuera; y á los que yacen en tinieblas: venid á ver la luz. ¡Oh

cielos! entonad himnos; y tú, oh tierra, regocíjate; resonad montes en alabanzas: porque el Señor ha consolado á su pueblo, y se apiadará del pobre desvalido. ¿Puede la tierna madre olvidarse de su niño y dejar de compadecer al hijo de sus entrañas? Pues mucho menos aun me olvidaré yo de tí. Mira como te llevo gravado en mis manos para tener siempre delante de mis ojos un antemural que te sirva de asilo:» *Ecce in manibus meis descripsi te: muri tui coram oculis meis semper.*

Tan bello era el cuadro que el profeta Isaias trazaba del futuro Redentor de la humanidad, ochocientos años antes que este apareciese en el mundo. Con tan vivos coloridos y rasgos tan brillantes trazaba el carácter de piedad, clemencia, dulzura y amor con que debía distinguirse un día ese Dios-Hombre llamado á reconciliar la tierra con el cielo, á hacer una nueva alianza con el linage proscrito de Adán, á légar al hombre una herencia eterna y asegurarle sus destinos y porvenir. Dijérase que, mas bien historiador que profeta de Jesucristo, se propusiera consignar de un modo explícito las maravillas de la Redencion, y los copiosísimos frutos de vida y de salvacion que debian brotar de aquel árbol misterioso en que se consumó la grande obra del amor del Verbo encarnado. ¿Quién no se vé desde luego arrastrado á contemplar esas llagas preciosísimas, que como monumentos perpétuos de su caridad inmensa, quiso conservar Jesus en su humanidad sacratísima para que fuesen el asilo mas seguro del desventurado mortal, al oír aquellas sentidas palabras que el hijo de Amós pone en boca del futuro libertador de Israel: «Mira como te llevo gravado en mis manos: ánte mis ojos tendré siempre presente ese antemural inespugnable donde vendrás á guarecerte?»

Estas espresiones coinciden perfectamente con aquellas otras no menos misteriosas y significativas del profeta Zacarias: «Habrà, dice, en aquel día una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalem, en la cual quedarán lavadas las manchas del pecador... Y dirán al Señor: ¿Qué llagas son esas que tienes en tus manos? Estas, contestará, me las han abierto en la casa de aquellos que me amaban:» *¿Quæ sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum?... His plagatus sum in domo eorum, qui diligebant me.*

Hed ahí, C. O., la mas bella alegoría de lo que hoy vengo á mostraros en toda su realidad. Volved vuestros ojos hácia esa imágen del divino Redentor; contemplad esas llagas que mas bien que el hierro judáico abrió en su sacratísimo cuerpo la penetrante saeta del amor de un Dios-Hombre eternamente enamorado de la humanidad desgraciada. Mirad esas fuentes perennes que vierten sin cesar abundantes raudales de misericordia para el pecador, de gracia para el justo, de consuelo para el desvalido, de fortaleza para el débil, de salvacion y ventura para todos cuantos en ellas buscan asilo en sus peligros, proteccion en sus momentos de apuro, defensa contra los enemigos de su dicha, valor para hacer frente á las pasiones, y un escudo impenetrable para rechazar los envenenados tiros del vicio.

En efecto, M. A. O., constituido Jesucristo mediador eterno entre Dios y los hombres, como dice San Pablo, y concedor de las miserias de los que vino á redimir á precio de su sangre preciosa, plúgole continuar en el cielo esa misma mision de amor y misericordia; y al tomar posesion de la gloria que le conquistó su muerte, se propuso estar siempre delante de su Padre mostrándole los nobles trofeos de su victoria, á fin de merecernos en vista de sus gloriosas cicatrices, auxilios proporcionados á nuestras necesidades, y remedios suficientes para curar nuestros males: *Introivit in cælum, ut appareat vultui Dei pro nobis* (1). Y ved ya descubierto mi pensamiento en el presente discurso, reducido á mostraros en las sacratísimas llagas de nuestro Salvador Jesus «el testimonio mas palpitante de su inmensa caridad, y la mas segura prenda de proteccion en que debemos fundar toda nuestra confianza.» *His plagatus sum in domo eorum, qui diligebant me... Ecce in manibus meis descripsite: muri tui coram oculis meis semper.* Invoquemos los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

(1) Ad Hæbr. IX. 24.

REFLEXION UNICA.

Poco era, escribe el padre San Ambrosio, que Jesucristo nuestro Redentor hubiese franqueado con su muerte las puertas de la patria á los que desterrados de ella gemíamos en un perpétuo ostracismo; poco era que como nuestro precursor nos hubiese precedido en la posesion de aquella herencia que nos compró á precio de su sangre, para prepararnos los tronos que estábamos llamados á ocupar un dia á su lado como compañeros y comparticipes de sus victorias, si en medio de nuestra profunda miseria y del natural temor que debía inspirarnos el convencimiento de nuestra indignidad, no nos hubiese legado un monumento seguro de esperanza, un testimonio irrecusable que afianzase nuestro porvenir, una prenda que nos sirviese de caucion segura para no desalentarnos en el escabroso camino de la salvacion. A todo esto, pues, proveyó abundantemente nuestro amantísimo Salvador. No satisfecho con haber recibido en su sagrada humanidad aquellas llagas preciosas, que como otras tantas lenguas elocuentes nos predicasen constantemente el exceso de aquella caridad infinita que le obligó á aceptar en nuestro obsequio tantos dolores y tormentos tan escesivos, quiso, dice el citado Doctor, que aun despues de su resurreccion quedasen impresas en su cuerpo glorificado, á fin de poder mostrar á su Eterno Padre estos titulos sublimes de nuestra libertad, siempre y donde quiera que, bien su divina justicia nos amenazase con sus rayos esterminadores, ó bien nuestros escesos agotasen los manantiales de su clemencia y nos atrajesen su cólera celestial (1). ¡Rasgo sublime de su inestinguible amor! esclama San Cipriano. No, no son simples recuerdos de sus combates ni meros testimonios de las victorias reportadas sobre el infierno y el pecado esas llagas preciosas que el Salvador ostenta en la mansion de su gloria. No es únicamente para confundir é insultar

(1) *Vulnera suscepta pro nobis, cœlo inferre maluit, abolere noluit, ut Deo Patri nostræ pretia libertatis ostenderet.* (S. Ambros.)

á sus enemigos ni para hacer gala de su irresistible poderio el conservar en su humanidad esas cicatrices que recibió en la dura pelea que hubo de sostener en el mundo á fin de conquistar un reino inmortal. Ellas son las actas vivientes, las escrituras auténticas de aquella alianza solemne que hizo con Dios en favor de la humanidad pecadora. Con la sangre de sus venas están escritas esas páginas de nuestro rescate y de nuestra adopción, y el amor ha consignado allí su firma con caracteres indelebles. En ellas lee incesantemente el Padre las virtudes, los merecimientos y las satisfacciones de su Hijo muy amado, y en vista de una fianza tan sublime y valedera, no duda decretar el perdón del culpable y sancionar la felicidad de todos los hombres redimidos en el Calvario. En ella encuentra como en un tesoro inagotable la solución abundantísima de todas las deudas contraídas por el linaje de Adán, y en su consecuencia deposita allí el inmenso caudal de sus divinas recompensas. De ellas, en fin, extrae todo cuanto exige su justicia, supliéndolo con lo que nos tiene prometido su misericordia (1).

Y de hecho, M. A. O., si las manos del Salvador cautivas y traspasadas con agudísimos clavos en la Cruz, tuvieron suficiente poder para rasgar el decreto de muerte lanzado contra la humanidad delincuente, clavándole en aquel leño infame, según la frase del Apóstol (2). ¿Serían menos poderosas ahora que en el cielo se muestran libres y triunfantes? Si sus piés elevados sobre el altar del sacrificio, obraron el gran prodigio de atraer á él todas las cosas según el vaticinio del mismo Jesucristo (3), purificando la tierra con el cielo, introduciendo la concordia entre la muerte y la vida, y sustituyendo á las iniquidades humanas los favores divinos; ¿habrán perdido por ventura ese atractivo pacificador ahora que pisan un trono de magestad y de gloria? Si á la vista del corazón espirante de Jesús espiraron en el corazón del Eterno juez la cólera y la ven-

(1) *Reservatæ in Corpore Christi plagæ, salutis humanæ pretium exigunt, et obedientiæ donarium requirunt.* (S. Ciprian.)

(2) *Delens quod adversum nos erat chirographum, et affigens illud Cruci.* (Ad Colos. II. 14.)

(3) *Si exaltatus fuero, omnia traham ad me ipsum.* (Joan XII. 32.)

ganza, para dar lugar á la dulzura y á la clemencia; ¿rehusaría ahora concedernos una acogida favorable, teniendo presente ese mismo corazón abierto al impulso de una lanza para que en él hallasen asilo seguro todas las humanas miserias? ¿Habría cesado Jesús de ser el Salvador del hombre por el mero hecho de haber conquistado una gloria inamisible? ¿Sería la preeminencia de su nuevo estado un título bastante para debilitar su antiguo crédito? Sus llagas mas preciosas ahora que nunca, ¿habrán perdido quizás aquella muda elocuencia con que un día abogaban en favor del mundo? ¡Ah! Semejante modo de discurrir no solo sería extraño, sino que envolvería un fondo de desconfianza tan injuriosa á Dios como funesta al hombre, y no menos ofensiva á la piedad y misericordia de quien no dudó resignarse á toda suerte de humillaciones y tormentos por salvar á la humanidad, que de tristes resultados para los que incesantemente necesitan recurrir al que se constituyó su fiador, y abogado insansable de su causa ante el trono de la divina justicia. No, amados míos, escribía el discípulo predilecto de Jesús á los primeros fieles: no deis entrada en vuestros corazones á la menor desconfianza. Os conjuro y ruego con toda la efusión de mi alma que os guardéis de incurrir en la menor ofensa contra un Dios que tanto hizo y toleró por nosotros. No abuseis de esas prendas inestimables de su infinita caridad que os ha legado, para consumir vuestra ruina en vez de servirlos de ellas para obrar vuestra salvación. Jamás os prevaleáis de la mediación del justo por excelencia para reposar tranquilos en la culpa, en una insensata seguridad de que no os alcanzará la mano vengadora del Eterno. ¡Ah! ¡Desgraciados si así lo hiciéseris! *Filioli mei, hæc scribo vobis ut non peccetis* (1). Sin embargo, si os sentís criminales, si os reconocéis reos de alguna culpa, y acreedores á los castigos del cielo, no por eso os acobardeis, no os arrojéis en el abismo de la desesperación. Levantaos animosos, procurad romper las cadenas del pecado que os esclavizan, arrepentíos de vuestros excesos, y corred á Jesucristo, en quien hallareis un mediador omnipotente: *Sed si quis peccaverit, advocatum habemus*

(1) I. Joan. II. 4.

apud Patrem, Jesum (1): él os ofrece sus llagas victoriosas como otros tantos lugares de refugio, en donde estareis á cubierto de los rayos que amenazan vuestras cabezas. Antes de llegar á vosotros tendrian que penetrar en ese sagrado asilo, y no es posible que su accion pueda llegar allí sin estrellarse contra un antemural tan inespugnable: *Ecce in manibus meis descripsi te: muri tui coram oculis meis semper.*

¡Oh Salvador divino! ¡Qué dulce confianza me inspiran esas sagradas llagas que os plugo conservar en vuestra humanidad glorificada! Sin ellas todo el brillante aparato de vuestro triunfo, hubiera podido deslumbrarme con su magnificencia, pero mi corazón no hubiera experimentado el menor consuelo; las promesas de vida que me vinculó vuestra bondad, jamás hubieran bastado para acallar ese grito de muerte que mis pecados hacen resonar incesantemente en el fondo de mi alma. Yo hubiera seguido vuestro carro triunfal á la manera de esos desgraciados cautivos que los humanos conquistadores arrastraban un día en pos de sí como trofeos de sus victorias, inciertos de la suerte que les esperaba, y temblando ante la idea de la esclavitud ó de la muerte. Mas no, conquistador adorable; vuestro triunfo no me inspira esas ideas fatídicas, ni esos tristes presentimientos. Vuestras preciosas llagas, prendas de una caridad inmensa, títulos de una mediación poderosísima, símbolos de paz, monumentos de salvación, y signos de libertad, me anuncian todo cuanto de vuestra clemencia debo esperar, y me dicen que nada debo temer sino de mi propia ingratitud. En presencia pues de esos testimonios palpitantes de vuestra misericordia, mis recelos se calman, ahuyéntanse mis temores, renace mi esperanza, y veo asegurado mi porvenir en esas llagas que os abriera el amor mas generoso, desinteresado y noble.

¿Y qué pudiéramos recelar de parte de un Hombre-Dios llagado á causa de nuestras iniquidades, y que no vaciló en entregar su cuerpo para ser triturado, segun la frase de un profeta, á fin de comprarnos la paz, y sanar nuestras crueles y envenenadas heridas

(1) I. Joan. II. 4.

con las que él recibió en su santísima humanidad (1)? ¿Acaso caducaron en el Calvario los títulos de nuestra adopción? ¿No fué allí por el contrario donde ésta recibió su mas solemne sanción y una fuerza irrevocable? ¿No salimos todos de aquellas gloriosas cicatrices con que ahora se engalana en el cielo? ¿Somos en la actualidad menos que entonces los verdaderos hijos de su dolor? Nada de eso, M. A. O.; ese título que adquirimos en la cumbre del Gólgota, jamás nos será arrebatado, ni habrá quien pueda disputarnos los derechos que á él están vinculados. Ahora bien, escuchad cómo se espresa por boca de uno de sus profetas: «¿Olvidó nunca la casta esposa en la alegría de su feliz alumbramiento, al que con pena y trabajo dió á luz de sus mismas entrañas? ¿*Numquid oblivisci potest mulier infantem suum* (2)? Pues aunque esto, que parece imposible por lo que repugna á los sentimientos de la maternidad, pudiera suceder, yo por mi parte jamás olvidaré á los hijos de mi dolor. Y en prueba de ello, ved estas manos llagadas en que he escrito vuestros nombres con mi misma sangre; ellas os garantizan para siempre mi amor, ellas os aseguran infaliblemente mi protección; ellas os prometen toda mi ternura, y os dicen cuánto está dispuesto á hacer en vuestro obsequio mi corazón: *Etsi illa oblita fuerit, ego non obliviscar tui: ecce in manibus meis descripsi te* (3).

¿Qué fondo de confianza no encuentra el alma en esas espresiones tan tiernas y afectuosas! No puede darse remedio mas eficaz, dice San Agustín, para sanar de toda especie de dolencias espirituales, siquiera sean las mas inveteradas, ni para vencer toda clase de vicios, ni para triunfar de las mas fuertes pasiones, que el recuerdo de esas llagas preciosísimas en que Jesucristo ha depositado todos los tesoros de su bondad inmensa para con el hombre. De esos puros manantiales de vida y de salvación han estraido las preciosas aguas de la gracia millares de pecadores, que despues de haber vivido en

(1) Ipse vulneratus est propter iniquitates nostras; attritus propter scelera nostra, disciplina pacis nostræ super eum, et livore ejus sanati sumus. *Isaiæ. LIII. 5.*

(2) *Isaiæ. XLIX. 15.*

(3) *Ib. 16.*

el mas profundo olvido de sí mismos y del Dios que les criara, recibieron á los piés de Jesucristo santas inspiraciones, auxilios oportunos, y valor suficiente para quebrantar las ignominiosas cadenas de la culpa que los tenian aberrojados. De mí sé decir, escribia el santo Doctor, que en cualquier peligro en que me hallé, en toda ocasion en que corrió riesgo mi virtud, donde quiera que me vi asaltado por el enemigo de mi dicha, siempre encontré un seguro asilo en las llagas de mi Salvador. En ellas descanso sin el menor temor, en ellas duermo tranquilo. Si me persiguen torpes pensamientos ó imágenes lascivas, corro á guarecerme en esas llagas, y al momento siento nacer en mi mente ideas castas y afectos puros. Si los movimientos sensuales de una carne rebelde me atormentan, á las llagas de mi Jesus acudo, y allí cesa el combate y sucede la tranquilidad. Con ellas y por ellas rechazo todas las emboscadas del vicio, y siempre salgo victorioso (1).»
¡Ved pues, M. A. O., con cuánto fundamento dijo el P. San Leon que la gracia de Jesucristo que se nos dá en virtud de sus padecimientos y de su muerte, nos proporcionó bienes mas positivos, ventajas mucho mayores y riquezas mas inestimables que las que en fuerza del pecado de origen nos arrebató la envidia de Lucifer (2). ¡Ved si el Apóstol tuvo razon en decir que los merecimientos del Salvador nos han acarreado un tesoro tan inagotable de dones celestiales, que nada mas necesitamos para conseguir cuanto podemos desear (3).

Nada hay en efecto, M. A. O., capaz de desalentar al hombre, teniendo presentes esos testimonios del amor y de la proteccion de su Redentor adorable. ¿Teme el culpable que el diluvio de sus pasados extravíos conjure sobre su cabeza un diluvio de cólera que le sumerja en el fondo del abismo? Pues levante sus ojos hácia Jesus, y en sus sagradas llagas verá el iris bonancible símbolo de la alianza de paz que el Eterno ha hecho entre el cielo y la tierra. ¡Recela que

(1) S. August. in Manual.

(2) Ampliora adepti sumus per Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam. (S. Leo. Serm. I. de Ascens.)

(3) In omnibus divites facti estis, ita ut nihil vobis desit in ulla gratia. (I. Cor. I. 5, 7.)

el abuso que hizo de los dónes del Señor, pueda agotar los manantiales de su gracia y hacerle indigno de experimentar sus bondades? Dirija su vista hácia Jesucristo, y se llenará de confianza al contemplar abiertas siempre para todos los mortales esas fuentes perennes de misericordia, de las cuales mucho mejor que de las que brotaban del paraíso, derivan sin cesar las saludables influencias que fertilizan la tierra de los justos y aumentan la cosecha de los escogidos. En todos los peligros, en todas las eventualidades de la vida, do quiera que amenace una desgracia, en los días mas tristes y amargos, dice San Pedro Damiano, corra el hombre á esconderse en las llagas de su Redentor como en las concavidades de una piedra; pues en ellas ha constituido el fundamento de nuestra esperanza (1). Si los hermanos de Joseph, en medio de la turbacion y de la alarma que les causaba el recuerdo de la perfidia con que le vendieron, y del encarnizamiento con que no cesaron de perseguirle hasta vengarse de su inocente candor, hubiesen podido prever los resultados felices que debian acarrearles las llagas que abrieran en aquel corazón virtuoso y compasivo; si hubiesen llegado á comprender que los mismos atentados cometidos contra su hermano, lejos de crear en su noble alma sentimientos de ódio ó de venganza, debian ser por el contrario nuevos motivos de ternura y amor fraternal y títulos de una protección mas eficaz y cariñosa; si hubiesen podido oír anticipadamente aquellas palabras consoladoras que despues les dirigió: «No temais que vaya á recordar ahora que sois los que un día me vendisteis traidoramente á los negociantes de Ismael: *Nolite pavere quod vendidistis* (2); pues ha sido un designio amoroso de la Providencia el que yo haya venido aquí para ser vuestro salvador en los días del infortunio:» *Pro salute enim vestra misit me Deus ante vos* (3); si hubiesen podido penetrar, repito, el secreto de estas felices disposiciones, ¡cuánta confianza no les hubiera inspirado este rasgo de generosidad en medio del convencimiento profundo de su enorme crimen! Pues bien,

(1) Foramina petrae sunt vulnere Redemptoris: in his enim nostram spem constituit. (S. Petr. Dam. Ep. 44.)

(2) Genes. XLV. 5.

(3) Ib.

M. A. O., nosotros nos hallamos en el caso de apreciar mejor que aquellos hijos de Jacob, los sentimientos amorosos y compasivos de ese Dios-Hombre que se ha constituido nuestro hermano y nuestro verdadero Salvador. Nada tenemos que recelar de un corazón que desea hacernos felices, que ansía nuestra dicha tanto como su propia gloria, y que cifra su mayor gozo en hacernos participantes de sus bondades. ¿Qué importa que le veamos llagado por nuestros crímenes? ¿Qué importa que sus sangrientas cicatrices nos recuerden la obra de nuestra perfidia y de nuestra ingratitud, toda vez que él conserva esas mismas llagas como unos monumentos preciosos de nuestro rescate, y como unas prendas que nos garantizan nuestro porvenir? *Nolite pavere; pro salute vestra misit me Dominus ante vos.*

Tales son las disposiciones de Jesucristo respecto de nosotros; el lenguaje mudo pero elocuente de sus santísimas llagas, es el idioma del amor mas tierno, de la mas entrañable dulzura, de una caridad inmensa. Ellas nos recuerdan nuestros delitos únicamente para que nos arrepintamos de ellos, no para que nos arrojemos en el abismo de la desesperacion; nos ponen delante nuestra ingratitud, pero no para hacernos desconfiar de su piedad, sino para patentizarnos mas los quilates de su misericordia; nos hablan de nuestros pasados excesos, mas únicamente para que conociendo su enormidad por lo que le costó el redimirnos, comprendamos cuánto le debemos y lo que de nosotros tiene derecho á esperar. De resto nada hay en esas llagas que no deba infundirnos aliento y hacernos concebir las mas gratas ideas. Ellas son nuestro refugio, nuestro asilo, y el antemural inespugnable que nos sirve de defensa contra los asaltos de los enemigos; el testimonio mas palpitante de su inmensa caridad, y la mas segura prenda de proteccion, que es lo que me propuse probar en este discurso: *His plagatus sum in domo eorum qui diligebant me... Ecce in manibus meis descripsi te; muri tui coram oculis meis semper.*

Nuestra verdadera desgracia seria, M. A. O., el no saber aprovecharnos en tiempo oportuno de las ofertas que nos hace y de las seguridades que nos promete ese Salvador amorosísimo. ¡Oh! Tema-

mos, dice el P. San Agustín, que por efecto de nuestra obstinación esas ofertas de su bondad se conviertan quizás en severas reprobaciones de su justicia. Temamos que en el gran día del juicio ese Rey de la gloria nos muestre sus gloriosas cicatrices, y nos apostrofe diciendo: «Ved estas llagas que vuestras maldades abrieron en mi sagrada humanidad; reconoced este costado que yo permití fuese abierto por una lanza cruel para proporcionaros en él un asilo seguro contra los enemigos de vuestra salvación. Mil veces os le ofrecí y rehusásteis admitirle; os llamé y no me escuchásteis, os importuné y no quisisteis entrar en él. ¡Desgraciados! Ya no es tiempo de con-temporizar, sino de vengar; pasó la época de la clemencia, y llegó la hora del castigo. Resignaos pues á sufrir las consecuencias de vuestra pertinacia: y ya que no hicisteis de mis llagas el motivo de una saludable esperanza, sean ellas para vosotros el objeto de un pesar eterno: *¿Vidētis vulnera quod inflixistis? ¿Agnoscit is latus quod per vos et propter vos apertum est? Nec tamen intrare voluistis.*

Jamás, Jesús adorable, merezcamos semejante reconvención. No permitais que nos hagamos acreedores á un apóstrofe tan amargo. Dispuestos estamos á emprender desde hoy el camino de la virtud que desacordados abandonamos en los días de delirio, y á aprovecharnos de las inmensas ventajas que nos ofreceis. Salud, Redentor amantísimo, que con caridad tan inmensa nos preparásteis en vuestras sacratísimas llagas una ciudad de refugio en donde ponernos á cubierto de los tiros que nos asesta el infierno. Guarecidos en ellas nada temeremos de nuestras propias pasiones que incesantemente nos hacen la guerra, ni de ese Leviatán furioso que do quiera nos acecha para hacernos sus víctimas. Vencido por vos en la Cruz, impotentes serán sus esfuerzos para perdernos, toda vez que nos encuentre defendidos por ese antemural impenetrable. Al efecto, de hoy mas constituiremos nuestra mansión en las concavidades de esa piedra misteriosa; vuestras llagas serán el asunto de nuestra meditación continua; á ellas recurriremos en todas nuestras necesidades; en ellas buscaremos remedio en todos nuestros peligros; ellas nos inspirarán pensamientos virtuosos, deseos castos, afectos puros,

aspiraciones dignas de nuestro carácter y de nuestros destinos ; y de este modo seguros podremos vivir de obtener en esta vida vuestras piedades, y de gozar en la otra de vuestra gloria y de vuestra inmortalidad.

DISCURSO

DE ROGATIVA A JESUCRISTO, EN LAS CALAMIDADES PÚBLICAS.

CON CUÁNTA CONFIANZA DEBE RECURRIR EL CRISTIANO Á JESUCRISTO EN LAS CALAMIDADES PÚBLICAS, SEGURO DE CONSEGUIR LAS PIEDADES DEL CIELO, TODA VEZ QUE SUS PLEGARIAS VAYAN ANIMADAS DE UN SINCERO ARREPENTIMIENTO Y DE UN EFICAZ PROPÓSITO DE NO VOLVER Á PROVOCAR LA DIVINA VENGANZA.

Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum; et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.

Tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo; y él mismo es la víctima propiciatoria que se ofrece por nuestros pecados.

I. JOAN. II. 1, 2.

PUEBLO católico: ¿Qué objeto te arrastra hoy al pié de los altares? ¿Qué significa esa actitud humilde y compungida con que te presentas en este augusto templo? ¿Qué acontecimiento funesto hace derramar de tus ojos el llanto, y arranca de tu pecho hondos suspiros? La palidez de los semblantes, el silencio sepulcral que do quiera reina, los lúgubres acentos que resuenan bajo estas sagradas bóvedas, todo indica que estamos amenazados de una gran desgracia, ó que sentimos ya el peso de algun suceso lamentable. Mas ¡ay! ¿A qué preguntar la causa de esta solemne rogativa cuando todos estamos experimentando los efectos de la cólera celestial? ¿A qué investigar los motivos de estas públicas preces que venimos á ofrecer al Señor para aplacar su justicia, cuando son tan palpables y manifies-

tos los males que nos aflijen? Nuestros mismos corazones nos están diciendo que hemos merecido esta calamidad con que Dios ha querido castigar nuestras infidelidades ó probar nuestra fé; y ese mismo sentimiento que nos impele á buscar el remedio en la bondad misericordiosa del que se constituyó abogado y mediador de la humanidad, ofreciéndola en prenda su propia vida y su sangre de infinito precio, es el testimonio mas auténtico que pudiéramos dar de que solo en el seno de una religion que haciendo la dicha del hombre en la eternidad, está llamada á ser su mas positiva esperanza en el tiempo, podemos hallar el consuelo que vanamente pediríamos á todos los objetos de la tierra. Conviccion sublime, que no necesito justificar, y que solo me cumple fomentar en este dia para enardecer vuestra fé é inspiraros la mas ilimitada confianza en las piedades de nuestro Salvador.

¿Y á quién mejor pudiéramos recurrir en estos dias de afliccion que pesan sobre nosotros, que á ese Jesus amante y misericordioso que vino al mundo á consolar todas las miserias, á curar todos los males, á suavizar todas las amarguras, á remediar todas las desgracias, á enjugar todas las lágrimas de la humanidad? El que con caridad tan inmensa no dudó ofrecerse á la muerte mas dolorosa y cruel, despues de haber sufrido cuanto de humillante y sensible podia haber en el mundo, por rescatar al linaje pecador de la servidumbre del infierno; el que con un heroismo divino apuró hasta la última gota del repugnante cáliz que le presentó el Padre, á fin de que el hombre pudiese reconquistar sus perdidos derechos y entrar en el goce de la herencia celestial; el que se resignó á vivir como esclavo, á padecer como malhechor, á morir como un objeto de maldiccion abandonado en sus postrimeros instantes hasta del mismo que le engendró eternamente en el seno de su inmensidad, porque el desheredado hijo de un padre pecador consiguiese el perdon y conquistase un reino inmortal; ¿pudiera olvidarse de nuestras miserias, abandonarnos á los efectos de esa calamidad que nos aflije, y desentenderse de nuestros ruegos en los momentos de nuestra mayor necesidad?

No, M. A. O.: nuestra fé rechaza un pensamiento tan infundado

como injurioso á la bondad de nuestro misericordiosísimo Salvador. Ningun objeto hay mas digno de nuestra confianza que ese Dios-Hombre en quien el Eterno depositó todos los tesoros de la ternura mas paternal, del amor mas compasivo, de la mas dulce clemencia, al par que le dió un poder sin limites, puesto que suya es la tierra y todo cuanto en ella se contiene, suyo el cielo y todo cuanto le embellece, suyo el imperio universal del mundo que conquistó en la Cruz. Ved pues si apoyados en esos dos fundamentos, podemos acercarnos confiadamente al trono de ese rey que ha hecho del madero adorable en que consumó la obra de la reparacion, el trofeo mas augusto de sus triunfos, y el manantial inagotable de todas las riquezas de su gracia. Ved si deberemos dudar de conseguir la misericordia que venimos á implorar en estos momentos de angustia, toda vez que sabemos merecerla con nuestro arrepentimiento y nuestras lágrimas (1). Hed ahí, M. A. O., todo el fondo de mis ideas en el presente discurso. «Recurrir con confianza á la piedad de Jesucristo en la calamidad presente: este es nuestro primero deber fundado en la conviccion de que solo él puede librnarnos de ella, haciendo lucir sobre nuestro horizonte dias serenos y bonancibles. Recurrir con fervor y dispuestos á desarmar con nuestra vida ulterior el brazo de su divina justicia: este es nuestro segundo deber apoyado en el principio infalible de que solo evitando las causas que ocasionaron la venganza del cielo, podemos merecer las misericordias del divino mediador:» *Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum; et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.*

Invoquemos ante todo los auxilios divinos por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen, saludándola reverentes:

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Tan sólida es la esperanza del cristiano en las piedades de Jesucristo como justos los motivos en que la funda. Aun mucho antes de

(1) Ad Hæbr. IV. 16.

que ese divino mediador apareciese en la tierra, él era el objeto esclusivo de las esperanzas de toda la humanidad desgraciada. Cuatro mil años de lágrimas y suspiros prepararon al mundo á recibir el Mesías prometido, llamado á curar las hondas llagas que el pecado de origen abriera en el corazon del hombre. Toda la antigua ley, dice San Agustin, hallábase impregnada de Cristo. A él se referian todos los vaticinios desde la cuna de la creacion; él estaba representado en todas las alegorías; simbolizábanle todos los sacrificios; y tan encarnado se hallaba en las generaciones que venian sucediéndose ese sentimiento íntimo de que un Dios-Hombre debía ser el libertador de la raza maldecida, que donde quiera no se oian sino idénticos suspiros, unas mismas plegarias, un grito unánime y universal que llamaba á grandes voces al Justo por escelencia, al divino Emmanuel, al Reparador del universo. Llega por fin el dia señalado en los designios de la Providencia, los vaticinios se cumplen; el Verbo se hace carne en el seno de María; su sacrificio comienza en Belen y termina en el Calvario. El Cristo espira en una Cruz, esclamando: «¡Todo se ha consumado!» El infierno queda vencido, la muerte cautiva y el linaje proscripto entona un himno de libertad. Desde entonces la victima del Gólgotha viene siendo el apoyo, la esperanza y el triunfo de toda la humanidad. En Jesus y por Jesus se verifica la salvacion del justo, la justificacion del culpable, y no hay otro nombre fuera de él debajo del cielo en que el mundo pueda conseguir su felicidad. El porvenir de todos los hombres, de todos los pueblos y de todos los siglos hállase vinculado á ese Salvador adorable que se ha constituido abogado universal é intercesor perpétuo para con su Padre en favor de aquellos por quienes se hizo hostia propiciatoria de sus delitos: *Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum, et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.*

¡Qué idea tan dulce! ¡Qué pensamiento tan consolador! ¿Puede haber un motivo mas sólido de confianza que el tener por defensor ante la divina justicia á aquel mismo Jesucristo que habiendo tomado por su cuenta el dar á la divinidad ultrajada la condigna satisfaccion que el mundo por sí solo era impotente para dar, se mostró

tan pródigo de las riquezss de su amor, que no dudó sacrificar toda su sangre de valor infinito, de la que sola una gota hubiera bastado para redimir mil mundos posibles? Con razon desafiaba San Pablo á todo el poder de la tierra y del abismo, parapetado tras de ese baluarte inespugnable de la misericordia de un Dios-Hombre. «¿Quién osará levantarse contra nosotros, decia, teniendo por protector á Jesucristo? ¿Qué podremos temer estando escudados por ese Salvador que humilló á todas las potestades y principados y derrocó el imperio del infierno estendiendo sus brazos en la Cruz? ¿Podrá negarnos cosa alguna quien por salvarnos entregó á la muerte á su propio Hijo? ¿Y habrá quien se atreva á acusar y condenar á los escogidos de Dios despues que Jesucristo no solamente murió por ellos, sino que sentado á la diestra de su Eterno Padre, su mision continua, su ocupacion incesante es interceder y rogar por la humanidad desgraciada (1)?

Si alguna cosa pudiera hacernos temer, M. A. O., seria sin duda alguna el recuerdo de nuestros pecados con que veces tantas hemos provocado la cólera celestial. Y de hecho una lijera mirada retrospectiva hácia nuestra vida pasada bastará para convencernos de que si no hemos sido abrumados bajo el peso de la vengadora diestra del Omnipotente, solo lo debemos á una misericordia sin límites, que no ha cesado de contener el brazo justiciero de un Dios á quien nuestras culpas han armado de sus terribles rayos. ¿Hemos sido por ventura menos acreedores á los castigos que un dia experimentaron aquellas ciudades nefandas cuya destruccion ha pasado á los siglos como un monumento histórico de la severidad divina? Nuestra corrupcion, nuestra inmoralidad, nuestro libertinaje, nuestros escándalos, ¿no han alzado millares de veces su muda pero elocuente voz pidiendo al cielo una expiacion tan horrenda como la que sufrió el mundo en los dias del diluvio? ¿Por qué, pues, no hemos sido víctimas de la venganza del Señor como lo fué la raza maldecida de Cain, puesto que ni nuestros vicios han sido menos graves, ni nuestra lubricidad menos repugnante, ni menor nuestra ingratitud á los

(1) Ad Rom. VIII. 54.

divinos beneficios y el abuso de sus dones, sino que hemos escedido en refinamiento de maldad á todas las generaciones pasadas? ¡Oh! No nos hagamos ilusiones lastimosas. Reconozcamos que si Dios hubiese obrado con nosotros en todo el rigor de su justicia, hubiéramos sido mas desgraciados que Sodoma y Gomorra, y tiempo hace que hubiéramos desaparecido del mapa de los pueblos para no figurar sino en el catálogo de las víctimas del infierno. ¿Y por qué no se ha verificado esto? ¿Por qué el Señor se ha contentado con enviarnos ciertas calamidades transitorias, como la que en la actualidad sufrimos, para avisarnos como padre amoroso, que desea la correccion de sus hijos, y no quiere su muerte y su esterminio? ¿Por qué en vez de derramar sobre un pueblo ingrato y renitente la copa entera de su ira, se ha limitado á verter algunas pequeñas gotas, para que en vista de sus terribles estragos procurásemos evitar las ulteriores consecuencias del azote que nos amagaba? ¡Ah! Es que tenemos en el cielo un abogado que segun el lenguaje del Apóstol, vive siempre en la presencia de Dios para mediar é interceder en favor de los hombres delincuentes, cuando la eternal justicia se prepara á descargar sobre ellos sus rudos golpes. No atribuyais á otra causa la suspension del castigo que hemos merecido. Solo Jesueristo es quien ha podido contener el brazo del Omnipotente. Cuando nuestros pecados subiendo como un vapor infecto hasta su sólio, le pedian á gritos desarrollase los tesoros de su ira, y vengase su magestad ultrajada, el Salvador oponiendo la voz de sus tormentos y de su sangre, ofrecia al Padre sus merecimientos infinitos, y le decia: «Mirad Señor la faz de vuestro Unigénito: *Respice in faciem Christi tui* (1). Tened presente que por el hombre toleré cuanto de mas doloroso y humillante habia en el mundo: no olvidéis que por salvarle abandoné el trono de mi gloria, y descendí á la tierra para morir como un foragido, y despues de haber sudado y trabajado, y sido el objeto de los mas sensibles desprecios y de las persecuciones mas crueles, acabé mis dias en el leño de la maldicion, saturado de angustias, cubierto de baldon, harto de oprobios, desamparado y

(1) Psalm. LXXXIII. 40.

abhorrecido hasta del mismo cielo. Si esto no os basta evocaré vuestro amor que me jurásteis eternamente; apelaré á las promesas que me hicisteis; haré valer los derechos que adquirí con mi muerte; os recordaré que todos los pueblos entraron en mi herencia, que todos los hombres me pertenecen á título de conquista; y que cuando en el madero de la Cruz estendi mis brazos paternos fué para demostrar que todo el universo quedaba sometido á mi imperio, que á todos los siglos abarcaba mi dominio, que ni un solo mortal debía ser excluido de los frutos de mi redencion:» *Respice in faciem Christi tui.*

Hed ahí, católicos, á lo que somos deudores de no haber experimentado la divina venganza en todo el lleno de su rigor. Esa mediación poderosísima de Jesus, ese grito incesante de su clemencia es lo que ha realizado el enlace de la verdad y de la misericordia, y formalizado el pacto de alianza entre la paz y la justicia, segun el lenguaje profético (1). Así es como ha triunfado y triunfa continuamente Jesucristo de la cólera celestial, ejerciendo en favor del hombre su sublime misión de mediador. En él tenemos, dice San Pablo, aquel Pontífice santo, justo é incontaminado, que habiendo experimentado todas las miserias humanas, á escepcion del pecado, sabe compadecerse de nuestras desgracias, y nos proporciona acceso favorable al trono de la gracia para que podamos conseguir sus efectos en tiempo oportuno (2). ¿Qué recelas, pues, oh pecador? esclama Santo Tomás de Villanueva: ¿Temes por ventura que te condene desapiadado quien por salvarte se resignó á morir en una Cruz? ¿O te arrojará indignado de su presencia cuando humillado y arrepentido apeles á su piedad, el que cuando huías de él ingrato y desacordado, descendió del cielo para buscarte y correr en pos de tí (3)? Imagina si puedes, dice San Anselmo, un sér mas clemente y compasivo, que aquel Dios que viendo al hombre en la mas absoluta impo-

(1) Psalm. LXXXIV. 11.

(2) Ad Hæbr. IV. 15, 16.

(3) ¿Quid times, peccator? ¿Quomodo damnabit pœnitentem, qui moritur ne damneris? ¿Quomodo abjiciet redeuntem, qui de cœlo venit, quærens te? (Ap. Liguor. oper. spirit. part. II. C. 14.)

tencia de dar al cielo una satisfaccion condigna por sus propios delitos, le dice. «Hé aquí mi Unigénito; tómale en prenda de tu rescate; ofrécete como hostia propiciatoria para aplacarme;» y el Hijo á su vez: «Aquí me tienes: tómate á mí y redímete de tu cautiverio (1).» ¡Oh! no es posible hallar motivos mas eficaces y positivos de confianza, dice San Buenaventura: Esperar debo que quien tanto hizo y padeció por mi eterna salud, nada podrá rehusarme de cuanto me sea necesario para conseguirla (2). Nuestra verdadera vida se halla vinculada á la muerte de Jesucristo, como asegura San Ambrosio (3); y en vano buscaria el hombre otro medio mas poderoso para hacer frente á todas sus desgracias, en sentir de San Agustín (4).

¿Qué hacemos pues, M. A. O., en vista de la presente calamidad que pesa sobre nosotros? ¿Qué nos detiene? Convencidos como debemos estar de que nuestras iniquidades son la verdadera causa de los males que experimentamos, y de que solo Jesus es quien puede librarnos de ellos, haciendo lucir dias serenos y bonancibles tras de estos dias luctuosos y tristes que nos angustian, ¿á quién mejor deberemos recurrir implorando sus piedades, y pidiendo sus misericordias? No importa, católicos, que nuestros escesos nos hagan indignos de ellas; no importa que repetidas veces hayamos abusado de su clemencia; no importa que grite contra nosotros nuestra pasada ingratitud. En Jesucristo tenemos un abogado compasivo que no se cansa de esperarnos; en su muerte tenemos una ofrenda de inmenso precio que presenta al cielo por nuestras deudas; en sus merecimientos poseemos un tesoro inagotable con que comprar el per-

(1) Quid misericordiosius intelligi valet, quam quod peccatori unde se redimeret non habenti, Deus Pater dicat: accipe Unigenitum meum, et da pro te; et Filius dicat: tolle me, et redime te? (S. Anselm. loc. cit.)

(2) Fiducialiter agam, immoviliter sperans, nihil ad salutem necessarium ab eo negandum, qui tantum pro mea salute fecit et pertulit. (San Bonav. 16.)

(3) Mors Christi vita nostra est. (S. Ambros. Serm. 56 de Cruce.)

(4) Sanandæ nostræ miseræ convenientior modus alius non est. (San Aug. Lib. 13 de Tr.)

don de nuestras culpas; en su Cruz hallaremos cuanto necesitemos para conjurar el azote que tenemos encima, y para triunfar de todos nuestros infortunios. Pero esto solo podremos conseguirlo recurriendo á Jesucristo con sincero arrepentimiento, y dispuestos á evitar en lo sucesivo las causas que han contribuido á armar el brazo de su justicia: Hé aquí nuestro segundo deber en la presente calamidad, y el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Es indudable, A. O. M., que la oracion pública es una arma poderosísima para obtener del cielo el remedio de las calamidades que afectan á los pueblos. Ella es, en sentir de San Agustin, la llave misteriosa que franquea los tesoros de la piedad divina. Desde tiempos muy remotos ella ha sido el medio á que los hombres han apelado para contener la accion de la divina venganza; y las páginas de la historia nos demuestran cuán bellos resultados ha dado siempre en favor de la humanidad desgraciada ó culpable. Pero no es menos cierto que no basta ofrecer al Señor plegarias y suspiros cuando nos vemos amenazados de sus castigos, si no reunen las condiciones que exige su eficacia; pues de poco serviria que nuestros lábios pidiesen á Dios misericordia, si con nuestros corazones estuviésemos provocando su ira. Esto seria honrarle con la lengua é insultarle con las obras; y sabido es que tamaño ultraje lleva consigo el desprecio y la maldicion divina, como en repetidas ocasiones nos lo han manifestado los sagrados libros.

Existe en la historia antigua un monumento imperecedero de la inutilidad de las preces públicas, cuando no van acompañadas de un sincero arrepentimiento que envuelva la voluntad decidida de evitar las causas que motivaron los castigos del cielo. No bien el pueblo de Israel véase amagado de cualquiera desgracia, al momento acudia presuroso al templo del Señor, como á un asilo en donde encontraba proteccion y defensa segura contra toda suerte de adversidades. Pero apenas habia pasado el peligro, cuando tornando á sus antiguos

vicios provocaba de nuevo la cólera de Jehová. Una y otra vez, y en innumerables ocasiones experimentar^a el efecto de la divina clemencia: y esto mismo servia para envalentonarle y hacerle continuar tranquilo en sus excesos, parapetado á la sombra de aquel templo que le servia de baluarte inespugnable. Llega empero un dia en que cansado Dios de tolerar tanta maldad y un abuso tan insolente, habla de este modo á los hijos de aquel pueblo fementido: «Oid lo que os dice el Señor de los ejércitos: En vano poneis vuestra confianza en mi santuario, gritando en vuestros males: ¡El templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor! Cierto que si enderezais al bien vuestras acciones y vuestros deseos, haciendo justicia al oprimido, protegiendo al huérfano, socorriendo á la viuda, y no esplotando la sangre del pobre, os tengo prometido habitar con vosotros en este lugar para protegeros contra vuestros enemigos. Empero vosotros fiados en vanas palabras, hurtais, matais, cometeis adulterios, jurais en falso, adorais á Baal, y despues de todo esto os presentais á invocar mi nombre en este templo creyendoos á cubierto de toda adversidad. ¡Desgraciados! ¿Es por ventura mi templo una guarida de ladrones? ¿Pensais que no veo las abominaciones que cometeis? Pues bien; lo mismo que hice antes con Silo á causa de la malicia de mi pueblo, ejecutaré tambien con esta casa en que vosotros fundais vuestra confianza, por no haberme escuchado en tiempo hábil cuando os he llamado. Os arrojaré de mi presencia como arrojé á vuestros hermanos y á toda la raza de Ephraim. Multiplicad cuanto os plazca los holocaustos y las víctimas. De nada te servirá, oh gente procaz que no escuchaste la voz de tu Dios y has dejado morir en tu corazon la fé. Tú has contaminado mi templo sacrificando á los idolos en las alturas de Topheth situado en el valle de los hijos de Ennon. Por lo tanto, llegado es el tiempo en que no se llamará mas Topheth, ni valle del hijo de Ennon, sino el valle de la mortandad. Y los cadáveres de este pueblo serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra, y toda la tierra quedará convertida en ruinas (1).»

(1) Jerem. VII. per tot.

Ejemplo funestísimo que nos demuestra cuán vana é insensata es la confianza de los pecadores obstinados, que piensan encontrar remedio á las desgracias con que el cielo les allige en las públicas preces, cuando lejos de nacer estas de un corazón verdaderamente arrepentido y dispuesto á abjurar sus antiguos excesos, los reiteran osadamente, sirviéndose de la misma bondad de Dios para amurallarse contra su justicia y hacer frente á su omnipotencia. ¡Atrevimiento horrible! ¡Insulto intolerable! ¿Cómo esperar que Jesucristo abogue en favor de unos ingratos que emplean para ofender á la divinidad las mismas armas que aquel usa para aplacar su justa cólera? ¿Cómo creer que el eterno Mediador interponga sus ruegos, sus suspiros y su sangre, para alcanzar gracia á los que la menosprecian con inconcebible avilantez? No: para estos no sería Jesús un abogado compasivo, sino un fiscal inexorable; su muerte lejos de arrancar á la omnipotente diestra sus rayos vengadores, la daría mayor brio contra los que atrevidos insultan su magestad; y su sangre en vez de demandar clemencia y perdón, pediría á gritos severidad y justicia. ¿No oró el impío Antioco en el lecho de su dolor, sin que sus plegarias ni su llanto lograsen la clemencia del cielo? ¿No oró el fariseo arrogante, sin conseguir otra cosa que el anatema y la maldición divinas? Tan cierto es que no todos los que gritan Señor, Señor, participan de sus bondades; y que si el alma del que ora no se halla herida de un dolor penetrante de sus culpas y dispuesta á cumplir la voluntad de Dios, aunque sus ojos viertan raudales de lágrimas, en ellas mismas quedará anegada la oración del impío. Solemnemente ha protestado Dios por sus profetas una y mil veces que le fastidia el olor de los incienso que ante sus aras quema el hipócrita; que fatiga sus oídos el murmullo de los labios del vengativo y rencoroso; que le son abominables las ofrendas del impuro, y que le causan náuseas las solemnidades y ceremonias del malvado. ¿Y querríamos acaso que Jesucristo aceptase nuestros suspiros, escuchase nuestros acentos, y despachase favorablemente nuestras preces en la presente rogativa, viendo nuestros corazones rebosando injusticia, henchidas de orgullo nuestras almas, nuestras manos cargadas con los despojos del huérfano y de la viuda, nuestros ojos brotando lubricidad y co-

dicia, y respirando por do quiera nuestra vida corrupcion, blasfemia, impiedad, libertinaje, escándalo y toda suerte de vicios? ¿No sería insultar su santidad creerle cómplice de nuestros delitos? ¿No sería injuriar su magestad pensar que pudiese autorizar nuestras pasiones? ¿No sería negar su justicia y destruir todos los atributos de su divinidad, persuadirse que fuera capaz de contemporizar con nuestros desórdenes y desentenderse de sus inalienables derechos? ¡Oh! No hagamos tamaña injuria á ese Redentor adorable cuyo trono es trono de rectitud, y su cetro una vara de justicia, segun el lenguaje profético. No pensemos de este modo de ese Pontífice santo, puro, intachable y mas escelso que los mismos cielos, en frase del Apóstol. Solo orando como la antigua profetisa de Silo delante del tabernáculo, partido el corazon de dolor, y llena el alma de una amargura saludable de haber ofendido al Señor (1); únicamente dirigiendo al cielo nuestras plegarias con la humildad del publicano confesándonos indignos de aparecer en su presencia (2); y uniendo á nuestra compuncion y á nuestro llanto una voluntad decidida y sincera de vivir en adelante como cumple á nuestro carácter de cristianos, es como podremos doblegar la inflexible justicia de un Dios irritado. ¿Qué hacemos, pues? ¿Por qué no hemos de detestar desde este momento unos crímenes que nos han acarreado tantas desventuras? ¿Por qué no hemos de destruir en nuestros corazones esos ídolos que nuestras pasiones nos hicieron levantar contra el único que es acreedor á nuestras adoraciones é inciensos? ¿Por qué no hemos de aborrecer lo que indebidamente amamos, y amar lo que locamente hemos aborrecido? Mirad que en ello nos vá nuestra desgracia ó nuestra felicidad, de ello depende nuestra vida ó nuestra muerte. Cuestion gravísima es la que hoy se nos presenta. En nuestras manos está elegir nuestra salvacion ó nuestra ruina; tener á Jesucristo por abogado y protector compasivo, ó experimentar su rigor como Juez. Harto venimos probando hace tiempo cuán amargo es el cáliz de su furor; demasiado hemos visto cuánta desdicha es haber

(1) I. Reg. X.

(2) Luc. XVIII. 47.

abandonado á nuestro Dios y Señor. Baste ya de crímenes, baste de ofensas á un Padre tan bueno y amante. Él no cesa de llamar á nuestros corazones, continuamente está tocando á las puertas de nuestra alma para que le abramos (1). Nuestra dicha es la que ansía, no su propio interés; nuestra salvacion desea, no su propia gloria; nuestro arrepentimiento busca, porque su única aspiracion es hacernos partícipes de su bienandanza suprema. ¿Puede concebirse un amor mas generoso y desinteresado? Pero tambien quiere que á nuestra vez le busquemos solícitos, que le llamemos compungidos, y que le roguemos fervorosos, como condicion precisa para derramar con mano pródiga sus inagotables misericordias (2).

Corramos pues con confianza al trono de la gracia, acudamos á Jesus autor y consumidor de nuestra fé, y humillados en su presencia, pidámosle sea nuestro abogado y defensor para con su eterno Padre, á fin de hacer caer de sus manos el azote vengador. Ruegue el grande y el pequeño, el poderoso y el mendigo, el sábio y el idiota, el anciano y el jóven, la madre y el esposo, puesto que todos los sexos, condiciones y edades han delinquido, y á todos ha alcanzado alguna gota del cáliz envenenado de la cólera celestial. Levante sus inocentes manos al cielo el cándido parvulito; quizá consigan sus preces candorosas atraer sobre una tierra herida de la maldicion divina las suaves influencias de la misericordia, y apaciguar la ira de un Dios que sabe sacar de la boca de los niños sus mayores alabanzas, cuando se propone abatir el orgullo y la arrogancia de sus fieros enemigos (3). Unamos todos nuestros acentos para que subiendo al cielo á manera de una nube de oloroso incienso, penetre hasta el sόlio de la magestad divina, y haga descender la lluvia benéfica de sus piedades sobre nuestras almas esterilizadas por el rayo devastador. Derramemos al pié de los altares llanto amargo, y con alma arrepentida, y con eficaz propósito de no tornar al funesto camino del crimen, gritemos como los israelitas en Masphat: «Pecado he-

(1) Ecce sto ad ostium et pulso. (Apoc. III. 20.)

(2) Petite, et accipietis; querite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis. (Matth. VII. 7.)

(3) Psalm. VIII. 3.

mos, Señor; hemos desconocido vuestros beneficios y hecho armas contra vuestra misma bondad. Por eso sentimos sobre nuestras cabezas el peso de vuestra indignacion; empero bueno sois, Dios nuestro, paciente, veraz y misericordioso; no sea pues eterno vuestro enojo.» Reconozcamos, como los hermanos del antiguo Joseph, que la calamidad que nos aflige es obra de nuestras propias maldades, y que justamente somos sus víctimas, puesto que hemos sido ingratos y desleales para con nuestro mejor hermano Jesucristo, á quien hemos vendido pérfidamente por satisfacer unas pasiones vergonzosas, y entregarnos libremente á unos vicios que, sobre degradarnos, nos han acarreado desgracias sin cuento: *Merito hæc patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum* (1). Con estas disposiciones, no dudemos que nuestro adorable Redentor, interponiéndose como iris bonancible entre la tierra culpable y el cielo irritado, contendrá el brazo de la divina Justicia, la desarmará de su espada esterminadora, hará lucir días serenos y apacibles tras tantos días nublados y borrascosos; y despues de concedernos ahora en prenda de sus promesas la clemencia que imploramos, nos dará despues en recompensa de nuestra fidelidad en servirle la corona de la inmortalidad.

(1) Genes. XLII. 21.

DISCURSO

DE ROGATIVA Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, EN TIEMPO DE EPIDEMIA.

RECONOCER QUE EL AZOTE QUE NOS AFLIJE ES UN JUSTO CASTIGO DE NUESTROS PECADOS, OBRANDO CONFORME Á ESTE CONVENCIMIENTO, Y RECURRIR CONFIADOS Á LAS PIEDADES DE JESUCRISTO NUESTRO DIVINO MEDIADOR, SON LAS DOS ESENCIALES CONDICIONES PARA OBTENER UN ÉXITO FAVORABLE EN LA PRESENTE CALAMIDAD.

Commendat charitatem suam Deus in nobis; quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est; multo magis nunc justificati in sanguine ipsius, salvi erimus ab ira per ipsum.

Lo que mas hace brillar la caridad de Dios hácia nosotros es, que si cuando aun éramos pecadores, Jesucristo no dudó morir por nosotros. con mucha mas razon justificados ya con su sangre preciosa nos salvaremos por él de la ira divina.

AD ROM. v. 8, 9.

TERRIBLES SON, M. A. O., los dias que venimos atravesando; dura es la prueba porque nos hace pasar el cielo. La justicia divina se deja sentir sobre nuestras cabezas de una manera ostensible, y ya no podemos dudar que nos hallamos colocados bajo la accion de la venganza eterna. Lo que veces tantas predijera el Señor á su obstinado pueblo, las reiteradas amenazas con que vanamente intentára apartarle de los torcidos caminos del vicio, hé aquí lo que entre nosotros se vé realizado tan palpablemente, que seria una pertinacia insensata empeñarse en buscar fuera de nosotros mismos la causa de ese espantoso azote, que introduciéndose en nuestros hogares,

diezma nuestras familias y siembra por do quiera el luto, la consternacion y la muerte. ¿Qué otra cosa vemos en nuestro derredor, sino trofeos de esa parca fatal que ostenta victoriosa el poder irresistible de su fiera guadaña? ¿Qué otra cosa se presenta á nuestra vista, á cualquiera parte que nos dirijamos, sino victimas de ese agente invisible de la cólera celestial, contra quien han demostrado su impotencia todas las combinaciones del génio, y se han estrellado los innumerables recursos de la humana ciencia? Madres que lloran inconsolables la temprana pérdida del fruto de su casto amor; hijos desventurados que han quedado reducidos á la mas angustiosa horfandad; jóvenes esposas que han visto descender á la tumba en breves instantes á los que, compartiendo con ellas el lecho nupcial, soñaban proyectos lisonjeros y formaban bellos planes de recíproca ventura; doncellas virtuosas que gimen en un cruel abandono despues de haber recogido los postrimeros suspiros de aquellos seres amados á cuya sombra crecian, prometiéndose dias de gloria y un brillante porvenir; personas, en fin, de todos estados, sexos y condiciones, que hoy lamentan la ausencia del padre, del hermano, del deudo, del amigo, para ir tal vez mañana ó dentro de breves horas á acompañarlos en el eterno silencio del sepulcro; tal es, M. A. O., el horroroso espectáculo que donde quiera vemos. Nuestro sueño es intranquilo, nuestra vida azarosa, nuestra existencia incierta y rodeada de un pánico invencible; no hay para nosotros paz ni calma: en todas partes nos persigue la sombra de ese huesped impertuno, no hay asilo donde podamos librarnos de ese fatídico mensajero. Si huimos de las poblaciones, en medio de los campos nos asalta ese poder que detiene nuestros pasos abriéndonos la hoya allí donde esperábamos encontrar la salvacion; si nos parapetamos dentro de nuestros muros, adoptando todas las precauciones que exige en semejantes casos la prevision humana, él sabe burlar nuestros planes, se abre paso por entre las barreras de piedra y granito, y viene á buscar nos á donde pensamos estar mas seguros de su accion mortifera. ¿Quién eres pues? ¿De dónde vienes? ¿Quién te envia, oh azote cruel? Pero, ¿á qué preguntarlo, M. A. O., cuando tan visiblemente está sobre nosotros la mano de aquel Dios que venga las ini-

quidades de los padres en los hijos hasta la mas remota generacion? Hedle cual se presenta armado del alfanje esterminador ese Sér terrible en su majestad, y prodigioso en su justicia, de quien un dia dijera el Profeta: «¿A dónde iré que pueda evitar encontrarme con tu airado rostro? ¿En dónde me guareceré para huir de tu furor? Si subo al cielo, allí te encuentro; si me escondo en lo mas profundo del abismo, allí te veo presente; si volando á manera de águila traspongo los mares, allí me alcanza tu diestra omnipotente (1).»

No hay pues, católicos, medio alguno en lo humano de hacer frente á ese poder divino cuya inmensidad todo lo abarca, á do quiera se estiende, en todas partes se encuentra, á despecho de nuestros menguados cálculos, y de nuestra mas esquisita prevision. No hay prudencia, no hay sabiduría, no hay consejo contra Dios (2). En la calamidad que actualmente nos aflije, el único recurso que nos queda es la misericordia de Jesucristo, que ha sido constituido mediador poderosísimo entre el hombre y Dios, lazo de reconciliacion y de paz entre la tierra y el cielo (3), iris consolador para anunciar al mundo la bonanza y la calma despues de los tormentosos dias de la cólera celestial. ¿Y á quién, dice el Apóstol, pudiéramos recurrir con mayores probabilidades de éxito en nuestras desgracias, con mas seguridad de ser esenchados, que á aquel Salvador amantísimo, cuya caridad llegó al estremo de aceptar la muerte por un mundo impio, cuando apenas se hubiera hallado quien quisiese morir por un justo (4)? Y si esto hizo cuando los hombres eran todavia objetos de maldicion y de anatema, ¿con cuánta mas razon nos salvará de la ira divina despues de habernos reconciliado y justificado con su sangre preciosa en el madero santo de la Cruz? *Commendat charitatem suam Deus in nobis; quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est; multo magis nunc justificati in sanguine ipsius, salvi erimus ab ira per ipsum* (5).

(1) Ps. CXXXVIII. 8.

(2) Prov. XXI.

(3) Ad Colos. i. 20.

(4) Ad Rom. V. 6, 7.

(5) Ib. 8, 9.

Tal es el poderoso fundamento de nuestra esperanza en estos dias terribles de luto y de desolacion. Pero, ¿cómo podremos obtener la clemencia de Jesucristo en favor nuestro? ¿Cómo desarmar la diestra vengadora de la divina justicia? ¿Cómo aplacar su cólera, que hemos provocado sobre nuestras cabezas? ¿Cómo contener su brazo airado para que cese ya de derramar el cáliz de su furor? Dos condiciones voy á proponeros por creerlas esencialísimas y sumamente eficaces. Primera: reconocer y confesar arrepentidos, que el azote que nos aflige es un justo castigo de nuestros pecados, y obrar conforme á este convencimiento; segunda: recurrir confiados á las piedadés de nuestro divino mediador Jesus con propósito firme de enmendar nuestra vida; porque solo subiendo al origen de nuestros males y procurando evitar las causas que los motivaron, podemos lisonjearnos de experimentar la eficaz mediacion de Jesucristo y los efectos de su misericordia.» Hed ya descubierto el plan de mi discurso. Etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

El impío dijo en su corazon: No hay Dios. De este falso principio surgió en su alma la corrupcion, hizose abominable delante del Señor; corrió desenfrenado en pos de sus pasiones; su garganta á manera de sepulcro descubierto, no exhaló sino infeccion; su lengua escupió el veneno del áspid; llenóse su boca de maldicion y de amargura; sus piés se lanzaron á todo género de iniquidades; sus manos se tiñeron en la sangre del inocente.... Echó el Señor una mirada desde el cielo, y ni siquiera halló quien obrase el bien (1). Entonces su justicia apareció como las elevadas montañas, y sus juicios profundos como el abismo desplegaronse sobre los hijos de los hom-

(1) Psalm. XIII. 4 et seq.

bres (1), y cayeron por tierra los impíos blasfemadores y fueron confundidos para no levantarse jamás (2).

Así se espresaba en sus tiempos el rey profeta para pintar el grado de corrupcion á que habia llegado la humanidad por efecto del olvido de su Dios, y la severidad de la justicia celestial á que se habia hecho acreedora. Pero entre los castigos con que frecuentemente venia amenazando Jehová á aquel pueblo rebelde á quien sus multiplicados beneficios no consiguieran hacer entrar en la senda del deber, ninguno hay tan repetido en los sagrados libros como el azote devastador de la epidemia. Donde quiera vemos figurar ese formidable mensajero del Omnipotente anunciando á la tierra las venganzas del que habita en el cielo. Si el orgullo de un monarca procaz desafía el poder del Dios de Israel, y se obstina en oponerse á que el pueblo escogido salga libre de la tierra de su cautiverio, allí está Dios mandando á su siervo Moisés que estienda la vara prodigiosa con cuyo contacto se desarrolla instantáneamente una peste mortífera que siembra el pais de cadáveres (3). Si ese mismo pueblo una vez rescatado de la servidumbre, insulta á su libertador traspasando sus leyes y quebrantando sus preceptos, al instante la voz del Señor se deja oír en medio de él, anunciando la peste como único medio de hacerle curbar ante el yugo de la obediencia (4). Si surge en el desierto una sedicion popular que amenaza la vida de los caudillos Israelitas Josué y Caleb, porque se oponen á las blasfemias y murmuraciones de algunos descontentos, en el momento promete Dios herir con una enfermedad contagiosa á los amotinados para enfrenar su osadía, y reducirles al orden (5). Aquí el rey Sedecías consulta á los profetas acerca de la futura suerte de Jerusalem en la guerra que va á sostener con el rey de Babilonia, y la única respuesta que obtiene es: «Yo mismo pelearé contra vosotros porque habeis olvidado mi pacto; con grande enojo é indignacion estenderé sobre

(1) Psalm. XXXV. 7.

(2) Ibid. 13.

(3) Exod. IX. 3 et seq.

(4) Levit. XXVI. 25.

(5) Numer. XIV. 10, 11, 12.

vuestras cabezas mi robusto brazo, y hombres y bestias morirán de horrible pestilencia (1).» Allí la idolatría levanta erguida su frente con visible desprecio de Dios, y luego por el órgano de Ezequiel se oye la maldición divina que amenaza castigar con la epidemia á los que han ofrecido sacrificios profanos, sin que puedan huir del azote aunque corran á refugiarse en suelo extranjero. «Tras vosotros iré yo, dice el Señor; do quiera que os ocultéis, mi brazo esterminador os alcanzará; en vosotros desahogaré mi cólera, y conoceréis que sé cumplir lo que prometo, cuando en vuestras casas, en vuestros altares, en vuestros campos, y en todas partes no tropeceis mas que con las víctimas de mi venganza (2).» Donde quiera, en fin, vemos consignado en las sagradas páginas ese castigo terrible, en pena de los delitos de los hombres. ¿Y sería posible que nosotros no reconociésemos en nuestros escesos el origen verdadero de esa calamidad que tiempo há venimos experimentando? ¿No bastará para persuadirnos de que no son unas causas puramente naturales las que ejerzen sobre nosotros tan funesta influencia, sino un poder invisible á que esas mismas causas están subordinadas, el ver la inutilidad é impotencia de todos los medios ensayados hasta ahora sin éxito, y que hasta los mismos hombres que por sus conocimientos especiales en la materia son los mas competentes para emitir sus juicios, confiesan paladinamente que todos los cálculos del humano saber fallan ante esa enfermedad de una índole anómala cuyo diagnóstico nadie ha podido penetrar?

No, M. A. O.: no perdamos un tiempo precioso en buscar fuera de nosotros mismos el principio del cruel azote que tantas víctimas sacrifica en la Península. Consultemos á nuestro propio corazon, y él mas imparcial que nuestra razon estraviada, nos dirá que no son las influencias atmosféricas las que han desarrollado en nuestro suelo ese gérmen epidémico que márchita los laureles de la juventud con la misma facilidad que hace descender al polvo las canas del anciano; que se ceba en la doncella radiante de vida y de esperanza, con el mis-

(1). Jerem. XXI 5, 6.

(2) Ezech. VI. per tot.

mo encarnizamiento que en la decrepita mujer encorbada con el peso de los años; que no respeta mas al rico que al pobre; al que goza de las comodidades de una posicion ventajosa, que al que carece de lo preciso para subsistir; que ejerce indistintamente su accion irresistible sobre todas las clases, condiciones y edades, convirtiendo nuestras poblaciones en vastos cementerios y paseando por todas partes en triunfo el carro de la muerte. Subamós con nuestra consideracion á otra esfera mas elevada, dejemos á un lado las preocupaciones que nos ciegan, seamos sinceros por un momento, siquiera en obsequio de nuestros intereses; abramos nuestros ojos á la luminosa antorcha de la fé, y veremos mas claro que la luz del medio dia la causa de nuestras desgracias. Allá en el fondo de nuestras almas escucharemos una voz amiga que nos dirá la verdad; la voz de la religion que desea corregirnos para hacernos felices; la voz de la conciencia que aspira á desimpresionarnos de nuestros errores para que no perezamos en nuestra obstinacion; la voz de Dios que ganoso de nuestra eterna felicidad, nos llama á la senda del deber alligiéndonos con ese azote terrible, ya que abusando de su paciencia en los dias de la prosperidad, nos alejamos de él y abandonamos su ley santa. Esa voz es la que en otro tiempo dirigiéndose por medio de uno de los profetas al pueblo de Israel, gritaba: «Mira que vengo contra tí con la espada desenvainada para matar indistintamente al justo y al impio. Desde el Septentrion al Mediodía todos experimentarán las consecuencias de mi venganza, porque la han provocado con sus maldades. Y cuando te preguntáren qué espada es esa, dirás: Es la espada aguzada en el hogar de la cólera de Jehová, para sacrificar las víctimas de su justicia y abatir el cetro de tus hijos; la espada de la gran mortandad que hará quedar atónitos á todos. En todas direcciones llevará el estrago, multiplicará el terror, y sembrará la muerte hasta que quede saciada mi indignacion... Vosotros impíos hicisteis alarde de vuestra perfidia, me insultásteis con vuestras prevaricaciones, y pecásteis públicamente contra mí. Pues bien, mi dia ha llegado: arrojad vuestras coronas, quitaos las diademas, disponeos á experimentar todo el lleno de mi justicia, que va á derramarse sobre una tierra ingrata como un fuego devastador; porque en ella

los príncipes no se han ocupado mas que en derramar sangre inocente; en ella se ultrajó al padre y á la madre, se afligió al huérfano y á la viuda, se profanó mi santuario, se calumnió al prójimo, se persiguió al hombre de bien, se violó el tálamo nupcial, el hermano mancilló el lecho de su hermana, el hijo no respetó á la mujer de su propio padre, y cometiéronse crímenes y abominaciones que no tienen nombre. Por lo tanto, á la manera que se funde la plata en el horno, así seréis vosotros derretidos con el fuego de mi furor, hasta tanto que reconociendo vuestras iniquidades, me obligueis á envainar mi ensangrentada espada confesando que yo soy el Señor (1).»

Esa misma voz es, M. A. O., la que mil veces hemos oído en el fondo de nuestros corazones sin hacer caso de ella; en nuestra cínica indiferencia creímos que serian meras amenazas que nunca llegarían á convertirse en hechos; presuntuosamente confiados en la divina bondad, abusamos de ella para continuar insultando la eterna Justicia. Quizá dijimos con sobrada osadía lo que los impíos de que habla un profeta: «Hemos hecho alianza con la muerte, y no llegará á nuestros hogares. ¿Qué tenemos pues que temer?» Mas hé aquí que el día de la venganza llegó; la muerte entró triunfante en nuestros muros, invadió nuestras casas, desenvainó su alfange, y las víctimas de su furor yacen por do quiera esparcidas, y en todas partes no se oyen mas que los lamentos, las lágrimas, y los amargos ayes de los que han sobrevivido á tan terribles golpes. Ahora bien; obstinaos si os place en no reconocer en la presente calamidad un principio superior á todas las causas conocidas; decid que es el aire impregnado de corrompidos miasmas el que tanto luto y tanta desolacion derrama en nuestro suelo; grite en buen hora el saber materialista y carnal que en todo esto no hay un agente invisible que predomina sobre los elementos, y tiene á sus órdenes toda la naturaleza, para hacerse obedecer de ella cuando se propone confundir la ciencia orgullosa del hombre y castigar sus esesos. ¿De qué han servido hasta ahora todas las elucubraciones del génio? ¿Qué

(1) Ezech. XXI et XXII, per tot.

resultados beneficiosos han dado los estudios hechos sobre este punto? ¿Han disminuido acaso los efectos de ese mal terrible con las elocuentes memorias presentadas por las sociedades literarias del reino? ¿Se ha encontrado el medio de hacer frente á ese huésped importuno que se presenta cuando quiere, y desaparece cuando le place despues de dejar tras sí las ensangrentadas huellas de su dominacion? No: y antes por el contrario de cada dia es mayor la confusion, mas palpable la impotencia, mas visible el desconcierto de las ideas; y mientras crece la duda, se aumenta la vacilacion, y se trabaja en vano por atinar el origen de semejante enfermedad, sin lo cual es de todo imposible encontrar los medios de curacion, ella prosigue su marcha fatal, invulnerable como los gigantes de la fábula, sacrificando nuevas víctimas, despoblando las ciudades, multiplicando los estragos... ¿Por qué? Porque es el mensajero de un Dios enviado á purificar la tierra con la sangre, la espada del Omnipotente afilada en la piedra de su justicia para vengar los ultrajes de la impiedad, el cáliz del Eterno, que destilando el fuego de su cólera ya al Austro, ya al Santuario, segun la frase de Ezequiel, todo lo abrasa, todo lo consume, todo lo devora, y no se cansará de ejercer su accion homicida, hasta tanto que los hombres no se hayan cansado de ofender la magestad divina.

Hed aquí, M. A. O., la primera condicion, el primer medio de evitar ese cruel azóte; reconocer y confesar que le hemos merecido en castigo de nuestros pecados, y obrar conforme á este convencimiento. No es ya ocasion de entretenerse en vanas teorías, ni de perder el tiempo en insensatos cálculos. Dejad á la ciencia que se obstine en arrancar á la naturaleza un secreto que el poder infinito del Altísimo la ha prohibido descubrir á los mortales: dejad á la incredulidad que desenvuelva sus absurdos sistemas para persuadir á los hombres que es una ilusion creer que estamos bajo el dominio de un agente invisible de la cólera divina; dejad al racionalismo que acuse de fanática la piedad de los verdaderos creyentes que buscan en el cielo el remedio que no es dado encontrar en la tierra. Por eso esperimentó Jerusalem dias tan terribles y amargos; por eso vió Israel multiplicarse sobre él los estragos y las públicas calamidades

por haber dado oídos á los falsos profetas que le predicaban mentiras para apartarle del camino del bien. Piérdanse en buen hora los que han renunciado á las dulces esperanzas de la religion, los que adoran por único Dios á sus pasiones, los que no aspiran á otro porvenir mas que á la nada. En cuanto á los que todavía conservamos intacta la fé, á pesar de nuestras humanas debilidades, busquemos únicamente en Dios el remedio de la presente calamidad, implorando su misericordia, y recurriendo á las piedades del divino mediador Jesucristo, que forma el objeto de nuestra mas sólida confianza. Tal es nuestro segundo deber y el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Con razon es llamado Jesucristo en el lenguaje biblico, el Cordero de Dios sacrificado desde el origen del mundo (1); pues desde entonces él fué quien á través de los símbolos y figuras del antiguo testamento, venia constituyendo el fundamento mas sólido de las esperanzas de toda la humanidad, y el remedio de todos los males que la aquejaban. Si los mortales huellan la justicia y conjuran con sus iniquidades las venganzas de Jehová hasta el punto de provocar el esterminio de toda la raza culpable, una arca misteriosa, simbolo de la Cruz reparadora del Calvario, salva del naufragio á la familia del justo Noé. Si la mortandad convierte el campamento de los hebreos en un vasto cementerio en castigo de sus delitos é infidelidades, álzase en la estremidad de un leño una serpiente misteriosa, figura del futuro Redentor crucificado, y en el momento cesan los estragos, é Israel queda libre de aquella calamidad devastadora. Otras innumerables alegorías pudiera recordaros que espresaban anticipadamente la eficacia y el poder del Reparador prometido al mundo; pero ninguna encuentro tan análoga al asunto que hoy nos ocupa, como la que se lee en el libro del Exodo: «Habló el Señor á Moisés

(1) Apoc. XIII. 8.

y le dijo: Reune á todos los hijos de Israel é íntimales esta órden: El dia diez de cada mes tome cada cual un cordero por cada familia y por cada casa. El cordero ha de ser sin defecto ni tacha y de un año de edad. Reservaréislo hasta el dia catorce de este mes, en el cual le inmolará por la tarde toda la multitud de los hijos de Israel. Y tomarán de su sangre, y rociarán con ella los dos postes y el dintel de las casas en que lo comerán. Porque en aquella noche pasará por la tierra de Egipto, y herirá de muerte á todo primogénito, sin perdonar á hombre ni á bestia. La sangre os servirá como señal en las casas donde estuviéreis, pues viéndola pasará de largo sin que os toque la plaga esterminadora. Y en efecto, aquella misma noche el Señor hirió mortalmente á todos los primogénitos de aquel país, desde el hijo del rey Faraon sucesor del trono, hasta el hijo de la esclava, sin que del alfange celestial se libertasen mas que aquellos cuyas casas fueran señaladas con la sangre del cordero (1).»

Ciego es menester ser para no ver en este pasaje de la Escritura la profecía mas brillante de la virtud y eficacia de la sangre de aquel Cordero sin mancilla que en la plenitud de los tiempos debia ser inmolado por la salvacion del universo, y del cual decia San Pablo: «Si la sangre de los cabritos y de otros animales bastaba en la antigua ley para purificar á los inmundos segun la carne, ¿cuánto mas eficaz será para limpiar nuestras conciencias aquella sangre que Jesucristo derramó, cuando como Pontífice eterno segun el órden de Melquisedec, entró en un nuevo tabernáculo para obrar la redencion de la humanidad (2)? Por eso, continúa, es Jesus mediador del nuevo testamento, á fin de que en virtud de su muerte que expió las prevaricaciones cometidas en la época del testamento primitivo, entren en posesion de la herencia celestial los que han sido llamados á la adopcion divina (3). Y ved lo que mas hace brillar la caridad de Dios hácia nosotros; pues si siendo hijos de anatema no dudó Jesucristo morir por nuestro rescate: ¿con cuánta mas razon deberemos

(1) Exod. XII. per tot.

(2) Ad Hæbr. IX. 12, 13.

(3) Ib. 15.

esperar librarnos de los efectos de la divina venganza, una vez reconciliados con su preciosa sangre (1).

Hed ahí, C. O., el fundamento mas sólido de nuestra esperanza en la presente calamidad que nos aflige. En vano buscaríamos fuera de Jesucristo el remedio de nuestros males, el consuelo de nuestra aflicción, el antidoto eficaz contra esa epidemia devastadora que tan cruelmente se ceba en nuestro suelo, y el medio de conjurar de nuestros hogares el alfange esterminador del Dios de las venganzas. ¿No son nuestros pecados los que han puesto en sus manos ese cáliz de su furor que destila el dolor y esparce por do quiera el luto y la muerte? ¿No son nuestros excesos los que le han obligado á enviar el génio de su cólera para que esparciendo en medio de nosotros el terror y la devastación, conozcamos en vista de los prodigios de su justicia al que no quisimos conocer, adorar y servir, á pesar de las maravillas de su misericordia? Sí, A. O. M.; el Señor lanzó una mirada sobre el suelo español, y no halló mas que crímenes, corrupción, libertinaje é impiedad. Vió hombres ambiciosos que no teniendo mas Dios, mas religion, ni mas conciencia que su deseo inmoderado de elevarse sobre las ruinas de sus semejantes, insultaban el poder y se burlaban de la magestad del Criador supremo, como si nada tuviesen que esperar de su providencia ni temer de su justicia. Vió reyes que olvidados de que eran hombres, abusaban de su dignidad cual si fuesen dioses para entregarse impunemente á todos los excesos de sus desenfrenados caprichos, á costa de la miseria de los pueblos por cuyo bienestar debieran desvelarse. Vió políticos sin fé, guerreros sin creencias, magistrados venales, jueces injustos, que ocupados únicamente de medrar en su carrera por medios ilegales y reprobados, no encontraban el menor obstáculo en postergar todas las leyes divinas y humanas, en hollar todos los derechos, aun los mas sagrados, en despreciar á las mas respetables prescripciones de la religion y de la moral, y en ponerse en abierta lucha con los mas inconcusos principios del catolicismo. Vió jóvenes que embriagados con los incienso de un mundo corrompido, negaban cínicamente

(1) Ad Rom. V. 8.

mente los dogmas revelados por hacer gala de un saber materialista y ateo; doncellas sin recato que sacrificaban los mas graves deberes del pudor al placer de agradar con los prestados encantos del lujo y de la moda; ancianos lúbricos que con mengua de sus canas daban el funesto ejemplo de la mas repugnante disolucion; esposos infieles que con incalculable perjuicio de su familia se faltaban recíprocamente á los inviolables derechos del lazo nupcial; padres indolentes que descuidando la educacion de sus hijos, les dejaban seguir en la peligrosa senda del vicio autorizando sus excesos con un silencio criminal; madres abandonadas que viendo á sus hijas en el borde del precipicio, disimulaban sus defectos llevadas de un cariño mal entendido, ó adulaban sus pasiones sin cuidarse de que un dia debían ser víctimas de su falsa tolerancia. Vió en fin inmoralidad, perversion é injusticia en todas las clases y condiciones sociales; y no pudiendo sufrir ya tanto insulto, propúsose hacer un ejemplar castigo, y dijo como en otro tiempo á la criminal Sidon: «Héme aquí contra tí, nacion provocadora. Yo te enviaré la peste, é inundaré de cadáveres tus calles; do quiera se verán morir hombres al golpe de mi alfanje para que así ceses de ser la piedra de escándalo en mi pueblo, y conozcas que yo soy tu Dios (1).» Y diciendo, envió al ángel de la devastacion para que hiriese sin piedad á los que insultaban su soberanía.

Ahora bien, M. A. O., ¿qué otro recurso nos queda en la presente crisis sino la realidad de lo que figuraba el mandato de Moisés al pueblo hebreo? Hed ahí, dice San Juan Crisóstomo, el tipo admirable de lo que debemos ejecutar para aplacar la ira divina y ahuyentar de nosotros el azote esterminador. Aquel ordenó á su pueblo que tomase la sangre del Cordero, y tiñese con ella las puertas de sus casas para que les sirviese de escudo contra la cólera de Dios. Y no porque la sangre de un animal, continua el citado doctor, tuviese virtud suficiente para libertar á los hombres del castigo celestial, sino porque ella demostraba en figura la virtud infinita de la sangre del Cordero sin tacha, que en su dia debia ser inmolada por la

(1) Ezech. XXVIII. 22, 23, 24.

salvacion de todo el linaje humano (1). Pues sacrifiquemos nosotros á nuestra vez ese divino cordero sobre las aras de la expiacion, tomemos su sangre purificándonos con ella en el saludable baño de la penitencia, tiñamos con ella nuestros hogares llevando á ellos la compuncion, el arrepentimiento, las lágrimas y un propósito irrevocable de no volver á ofender al Señor. Y entonces, ¿cómo no se aplacará el Omnipotente á vista de esa señal que le recuerda los padecimientos, las humillaciones, la muerte y los infinitos merecimientos de aquel Hijo amado que él mismo dió al mundo en un exceso de su amor sin limites, para que no pereciesen los que creyeren en él sino que consiguiesen la vida eterna (2)? Si el Angel, ejecutor de la venganza divina, pasó de largo y no se atrevió á entrar en las casas de los israelitas, que habian sido señaladas con la sangre de un animal que prefiguraba al futuro Redentor de la raza culpable, ¿creéis por ventura, repone el Crisóstomo, que no se detendrá con mucha mas razon ante la sangre del verdadero mediador, al verla no ya en los postes de las casas, sino en los corazones de los fieles que con ella se habrán lavado de sus antiguos delitos? Bastó la figura para desarmar el brazo de la cólera divina, ¿y no bastaria la realidad para conseguir los efectos de su clemencia (3)? ¡Oh! No olvidemos que esa sangre es el precio de nuestro rescate; que con ella, y no con un oro vil y corruptible fuimos comprados, como dice el Apóstol, por aquel Cordero de Dios que borra los pe-

(1) Exemplum mirabile, ut discas in veritate virtutem. Ira divinæ indignationis sperabatur, et domos singulas circumibat mortifer. ¿Quid igitur Moyses? Occidite inquit agnum anniculum, et sanguine ejus linite januas. ¿Quid ais, Moyses? ¿Sanguis ovis rationabilem hominem liberare consuevit? Non eo quod sanguis est; sed quia Dominici sanguinis per eum demonstratur exemplum. (S. Joan. Chrys. Hom. ad Neophytos.)

(2) Joan. III. 16.

(3) Et tunc angelus ille vastator cum linitos postes atque aditus pervideret, substraxit gressus, et non est ausus intrare. Nunc ego si viderit inimicus, non postibus impositum sanguinem typhi, sed fidelium ore lucentem sanguinem veritatis Christi templi portibus dedicatum, multo magis se subtrahet. Si enim Angelus cessit exemplo, ¿quanto magis terribitur inimicus si ipsam perspexerit veritatem? (S. Joan. Chrys. loc cit.)

cados del mundo (1). Tengamos presente que en esa sangre de inmenso precio tenemos vinculados los méritos de la redencion segun las riquezas inestimables de su inagotable caridad (2). Y que si cuando no merecíamos por nuestras abominaciones mas que ódio y aversion no vaciló un momento en verterla toda por libertarnos de la esclavitud en que gemíamos, mayor motivo tenemos de esperar que la ira del Eterno se aplacará en presencia de esa fianza tan preciosa y valedera, cuando con ella nos hubiéremos purificado de aquellas culpas que nos hacian indignos de sus piedades (3).

Ni un momento, pues, dilatemos la ejecucion de este poderosísimo medio. Corramos presurosos al templo santo en donde están abiertas á todas horas las fuentes del Salvador. Lloremos con la mayor amargura de nuestra alma nuestros crímenes, que son los que han armado la omnipotente diestra del azote devastador que nos aflige. *Ploremus coram Domino qui fecit nos*. Llore el anciano, llore el jóven, llore la esposa, llore la tierna vírgen, llore el balbuciente infante, lloren sobre todo los pastores del nuevo Israel, los sacerdotes del Señor, y postrados* entre el vestíbulo y el altar, no cesen de clamar: Pordonad, Dios misericordioso, perdonad á vuestro pueblo: *Parce Domine, parce populo tuo*. Harto hemos experimentado los efectos de vuestra ira; bastante hemos apurado la copa envenenada de vuestro furor; abrevados están nuestros corazones de la hiel amarguísima de vuestra venganza. Basta, Señor, basta; compadeceos de nuestra miseria, tened lástima de nuestra desgracia. Cierto que nuestros pecados son los que nos han acarreado ese terrible castigo; cierto que le hemos merecido con nuestra impiedad, con nuestra irreligion, con nuestros escándalos, con nuestros horrendos crímenes que han llenado la medida de vuestra paciencia, y obligádoos á abrir el infinito tesoro de vuestras iras, para arrojarlas sobre una generacion incrédula, cínica, inmoral y atrevida que os ha desafiado impunemente. Pero no olvideis que somos vuestro pueblo, y obejas de vuestro aprisco; no olvideis que con vuestra sangre nos

(1) I. Petri. I. 18, 19.

(2) Ad Colos. I. 14.

(3) Ad Rom. V. 8, 9.

redimisteis, y que no quereis que perezca ninguno de los que os fueron confiados por vuestro Padre. Y vos Padre celestial, aplacaos á vista de esa sangre preciosísima que os presentamos en prenda de nuestra reconciliacion. Lavados en ella de nuestros antiguos crímenes, y dispuestos á no reiterarlos en lo sucesivo, tenemos un derecho á esperar que en vista de sus merecimientos cesará ya vuestro brazo de descargar sobre nuestras cabezas los rudos golpes de vuestra justicia. Mandad Señor al génio de la devastacion que pase de largo y no toque á nuestros hogares; ordenadle que huya de nuestro suelo y cese de sacrificar víctimas sobre las aras de vuestra venganza; tiempo es de que envaine ya su espada el ángel del estermio. Cese la muerte de multiplicar sus estragos; cesen las madres de llorar la pérdida de sus hijos, los hijos de gemir en la horfandad, los hermanos de lamentar la ausencia de los que nacieron de un mismo seno, y todos de experimentar las horribles consecuencias de esa epidemia que tantas ruinas ha hacinado en nuestro suelo. Así lo esperamos, Jesus amantísimo, fundados en vuestra infinita misericordia, etc. (1).

(1) El orador podrá hacer las aplicaciones que juzgue convenientes segun las especiales circunstancias de la poblacion en que predica, y servirse de los afectos mas oportunos para escitar la compuncion de los fieles y avivar su fervor religioso.

DISCURSO (1)

DE ACCION DE GRACIAS Á JESUCRISTO DESPUES DE UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

NADA MAS JUSTO QUE DAR UN TESTIMONIO DE PÚBLICA GRATITUD Á JESUCRISTO RECONOCIENDO SU PROTECCION EN LAS PÚBLICAS CALAMIDADES,
Y VIVIR SIEMPRE AGRADECIDOS Á TAN INESTIMABLE BENEFICIO.

Misericordiae Domini quia non sumus consumpti; quia non defecerunt miserationes ejus... Bonus est Dominus sperantibus in eum, animae quærenti illum.

Efecto es de la misericordia del Señor el que no hayamos sido consumidos : porque jamás han faltado sus piedades. ¡Cuán bueno es el Señor para los que esperan en él, para las almas que le buscan!

THREN. III. 22, 25.

¡Qué espectáculo tan bello y encantador ofrece hoy á mis ojos este pueblo religioso, reunido bajo las sagradas bóvedas del Santuario para cumplir un gran deber que ha contraído con su Dios! No os preguntaré el objeto que os trae al pié de los altares, no trataré de inquirir el origen de esa satisfaccion que tan marcadamente se pinta en vuestros semblantes, á pesar de la honda huella que en ellos dejaron las pasadas calamidades. Sé que venis á dar gracias á Jesucristo porque mirándoos con ojos compasivos, se dignó por fin levantar su mano vengadora y envainar la espada de su justicia; á ofrecerle

(1) Este discurso puede aplicarse indistintamente á cualquiera imagen ó título de Jesucristo.

un sacrificio de alabanza, porque apiadado de vuestros pasados infortunios, enjugó vuestro llanto, calmó vuestra ansiedad, ahuyentó vuestros temores, y consoló vuestros pesares; á confesar, en suma, á la faz del cielo y de la tierra, que su misericordia es grande en todas las generaciones para los que le temen (1), que sus piedades esceden á todas las demas obras de su omnipotente diestra (2), que á ellas únicamente sois deudores de no haber quedado consumidos bajo la irresistible accion de su furor, y que su corazon siempre dulce y clemente para los que le buscan y esperan en él, es quien ha hecho lucir sobre vuestro horizonte dias serenos y bonancibles despues de la desecha borrasca que amenazaba habernos anegado á todos en las olas de la indignacion divina: *Misericordiae Domini quia non sumus consumpti: quia non defecerunt miseraciones ejus. Bonus est Dominus sperantibus in eum, animæ quærenti illum.*

Nada mas justo, M. A. O., nada mas conforme con el espíritu de nuestra religion, y con los sentimientos de gratitud que ella inspira á los verdaderos creyentes. Si cuando pesaba sobre vosotros el azote calamitoso que tantas ruinas y estragos tan horribles ha dejado en pos de sí, corrísteis presurosos á este mismo templo á implorar la mediacion de ese Redentor adorable para con el Eterno, á gemir y llorar al pié de sus altares para inclinarle á que intercediese por vosotros y os alcanzase el perdon de vuestras culpas haciéndoos experimentar los efectos de su clemencia, consiguiendo era que una vez obtenida esta, y habiendo pasado el peligro, viniérais á demostrar vuestro reconocimiento y á hacer ostensible vuestra gratitud al autor de tan insigne beneficio. Cesen pues ya los lamentos, ahuyéntese el pesar, reemplace el gozo al pasado llanto, y cantad á Jesucristo himnos de prez y de victoria, porque él fué quien ejerciendo en vuestro obsequio las funciones de abogado y defensor ante el trono de la justicia, que os condenaba á ser víctimas de vuestros propios escesos, supo triunfar de ella sin amenguar sus inviolables derechos, y hacer

(1) Luc. I. 50.

(2) Psalm. CXLIV. 9.

que quedáseis relevados del castigo merecido, haciendo valer los méritos infinitos de su sangre preciosa. Ella, cuando del fondo de la tierra subía al cielo un agudo grito de venganza pidiendo vuestro esterminio y vuestra ruina, habló con voz mas elocuente que la del antiguo Abel para neutralizar los efectos de la indignacion eterna, y fué bastante poderosa para hacer caer de sus manos el alfanje homicida. Sobre las innumerables ocasiones en que á través de los siglos venis experimentando la beneficosa influencia de esa proteccion que Jesucristo dispensó á vuestros abuelos mediante la invocacion y culto de esa sagrada imágen objeto de vuestra religiosa piedad, ha querido probaros una vez mas que no ha olvidado las promesas hechas en las pasadas edades, y que siempre está dispuesto á renovar los rasgos de su amorosa clemencia para con los que le buscan con fé, llaman á las puertas de su corazon con humilde confianza, y con perseverante fervor imploran sus misericordias: *Quia non defecerunt miserationes ejus. Bonus est Dominus sperantibus in eum, animæ querenti illum.*

En este convencimiento hijo de vuestra fé, se funda el acto que hoy venis á ejecutar; él os inspira esta solemne festividad de accion de gracias que con tanto júbilo de nuestras almas estamos celebrando con el plausible motivo de habernos librado del azote cruel que ha pesado sobre nuestro pueblo. Por demas estaria reproducir las poderosas razones que á ello nos obligan siendo tan visibles y palpables, y por lo tanto solo me limitaré en este breve rato á demostrar «cuán justamente ofreceis hoy á Jesucristo este testimonio público de vuestra gratitud, reconociendo que á él solo sois deudores de haber visto cesar la calamidad que os afligia, y cuán grave es la obligacion que contraeis de vivir en lo sucesivo agradecidos á tan inestimable beneficio.» Imploramos ante todo los divinos auxilios por la intercesion poderosísima de nuestra augusta medianera y madre amantísima, saludándola con la mayor ternura y efusion de nuestras almas:

Ave María.

REFLEXION UNICA.

La gratitud, M. A. O., es el sentimiento mas noble y sublime, el mas conforme con las aspiraciones de un corazon bueno y sensible; y tan encarnado se halla en él el reconocimiento del beneficio recibido, que si en ocasiones la negra ingratitud se sobrepone al deber, rebaja, humilla, envilece, desnaturaliza al hombre y le hace sumamente odioso: porque no es dable concebir semejante aberracion en un alma, sin considerarla despojada de los bellos rasgos que en ella imprimiera la mano creadora. Recibir el dón y olvidar al favorecedor, aceptar el servicio y desentenderse de la mano de donde viene, es la suma, el complemento, el sello mas auténtico de la humana perfidia. No puede subir mas de punto la pequeñez, ni rayar mas alto la miseria, ni ir mas allá el envilecimiento del hombre. La ingratitud le caracteriza de un ser sin afectos, sin sentimientos ni corazon; conviértele en un mónstruo fenomenal y de rara especie, pues que hasta en los irracionales vemos brillar ese instinto que le arrastra á agradecer el bien que reciben. Y si tan repugnante se ostenta este vicio entre los hombres en sus recíprocas relaciones, ¿qué diríamos del miserable mortal que se muestra desagradecido á los beneficios que le dispensa la mano generosa de su Dios y Señor? ¿Qué deberíamos pensar del que habiendo recibido un favor insigne del cielo, lejos de manifestar su eterno reconocimiento, hiciese armas contra quien se le dispensó, sirviéndose de su misma generosidad para insultarle y escarnecerle?

Mas no quiero, A. O., contristaros con la perspectiva de un cuadro tan horrible, en un dia en que todo anuncia regocijo y alegría: mucho menos, cuando prácticamente estais dando un testimonio solemne de que vuestros pechos abrigan sentimientos de la mas noble y cordial gratitud hácia ese divino mediador, á quien os reconocéis deudores del mas bello rasgo de su infinita piedad. ¡Y cuán justo, cuán loable, cuán conforme á los principios católicos es este acto de accion de gracias! Nada hay mas recomendado en los sagra-

dos libros que este deber del hombre para con su Dios. Oid como se espresaba en tiempos muy antiguos el Señor con los hijos de Israel, de quien se constituyera protector insigne en todas las calamidades que experimentaba. Acababa de arrancarles con los prodigios de su omnipotente diestra de la ignominiosa esclavitud que durante muchos años habían sufrido bajo el pesado yugo de los Faraones; habiales salvado de las innumerables plagas con que la protervia de un rey incrédulo le obligara á esterminar el suelo Egipcio; la sangre del Cordero pascual sirviéales de señal misteriosa para no caer bajo la afilada cuchilla del ángel esterminador, que se ensangrentó en todos los primogénitos de aquel pais; sanos y salvos en fin les habia sacado de una tierra en que habian experimentado todos los horrores del poder mas tirano y despótico. A fin, pues, de que jamás olvidasen un favor tan señalado, y tuviesen presente que á él solo eran deudores de su libertad, de su vida y de todos los demas bienes que en lo sucesivo estaban llamados á disfrutar, hablales en estos términos por el órgano de Moisés: «Este dia será para vosotros memorable, y le celebrareis como fiesta solemne al Señor con perpétuo culto de generacion en generacion. Acordaos que en él salisteis de Egipto y de la casa de vuestra esclavitud, y que el Señor es quien os sacó de ella con su mano omnipotente. Cuando el Señor os haya introducido en la tierra del Chananéo, del Hethéo, del Amorrhéo, del Hevéo y Jebuséo, que prometió con juramento á vuestros padres, tierra que mana leche y miel, celebrareis este rito sagrado. Vuestros hijos os preguntarán la causa de esta solemnidad, y entonces vosotros les referireis el suceso para que le graven en su memoria, les contareis cuanto hizo el Señor en vuestro favor; y lo tendreis impreso en vuestras manos como una señal indeleble, y como un recuerdo eterno ante vuestros ojos, á fin de que su ley permanezca constantemente en vuestros lábios y en vuestros corazones (1).»

Estas palabras con que el caudillo del pueblo escogido le demostraba la obligacion de vivir siempre agradecido al insigne favor que acababa de recibir, os las repite á vosotros, M. A. O., con su

(1) Exord. XII. et XIII. per tot.

mudo pero elocuente lenguaje esa sacrosanta imágen de Jesucristo, cuya proteccion invocásteis en los dias de tribulacion que acabais de atravesar, y cuyo benéfico auxilio tan visiblemente habeis experimentado. ¡Qué recuerdos tan dulces os inspira! ¡Qué ideas tan consoladoras hace brotar de vuestra mente! Parece me oír su voz que dirigiéndose á todos los concurrentes á esta solemne festividad, les dice: «Yo soy el que cuando nada veiais en vuestro derredor sino infortunios, adversidades, víctimas de la cólera celestial, y llanto y amargura, y confusion y desconcierto, apiadado de vuestros clamores me presenté á mi Padre, y haciéndole escuchar en favor vuestro mis plegarias, é interponiendo los méritos de mi muerte y de mi sangre, logré aplacar su justa ira y desarmar su brazo, dispuesto á descargar sobre vuestras cabezas golpes mas rudos y terribles. Yo, cuando el horizonte preñado de negras nubes amenazaba una nueva tormenta, que hubiera concluido por anegaros en un diluvio semejante al de los dias de Noé en castigo de vuestras iniquidades, tomé en mis manos el verde ramo de oliva simbolo de la paz para anunciar á la tierra que habia calmado la venganza divina, puesto que en vista de mis sufrimientos, que ofrecí ante el altar de la expiacion como prenda de alianza con los hijos de los hombres, pude realizar la reconciliacion de la verdad con la misericordia, y unir en maravilloso lazo la justicia eterna que exigia el castigo del culpable y la clemencia que demandaba el perdon. ¿Qué hubiera sido pues de vosotros, á no haber tenido un intercesor tan poderoso? ¿Cuál seria al presente vuestra situacion si un Dios-Hombre no se hubiese encargado de defender vuestra causa? ¿Qué porvenir os esperaria si un Salvador infinitamente bueno y misericordioso no hubiese abogado tan eficazmente por vosotros? ¡Ah! Los dias funestos de Sodoma y Gomorra hubiéranse acaso reproducido en este suelo, y hoy tal vez no existirian mas que sus ruinas para ser un monumento eterno de la indignacion celestial en las generaciones venideras. Pero yo que venia amándote desde la eternidad, oh pueblo mio, con una caridad perpétua (1), yo que apiadado de tu miseria me propuse

(1) Jerem. XXXI. 3.

atraerte á mi con los dulces lazos del amor (1), yo que ya anticipadamente habia llorado tus desdichas en el tipo de aquella Jerusalem ingrata que me preparó un suplicio cruel en cambio de mis beneficios, yo que por tí tanto habia sufrido, pues que en mis momentos de mayor angustia siempre te tuve presente, y por tí, no menos que por los demas pueblos, ofrecí al Eterno el sacrificio del Calvario, tampoco te olvidé en el momento de tu infortunio, y quise obrar en tu favor este nuevo prodigio de misericordia, librándote del azote que te afligia: para que añadiendo ese nuevo eslabon á la larga cadena de beneficios que vienes experimentando á través de los siglos, labrases una diadema de gratitud que ofrecerme, y pudieses narrar á tus hijos las maravillas de mi proteccion y los bellos rasgos de mi amor.»

Y en efecto, pueblo religioso. ¡Cuántos y cuán poderosos motivos te obligan á vivir agradecido á ese Redentor divino cuya imagen veneras como un legado precioso que te dejó la piedad de tus mayores! Desentraña la historia de las pasadas edades, investiga los monumentos tradicionales que yacen en tus empolvados archivos, compulsa las relaciones antiguas, interroga á los ancianos, y te dirán los innumerables beneficios que en todas ocasiones ha derramado Jesucristo sobre este suelo privilegiado: *Cogita generationes singulas, interroga patrem tuum, et annuntiabit tibi; majores tuos, et dicent tibi* (2). Donde quiera verás confirmado con portentos de su misericordia el interés decidido con que te miró en todos tiempos, como una porcion de su rica herencia que se propuso conservar á todo trance, sirviéndote de escudo en tus peligros, de antemural en las luchas intestinas que te afligieron, de defensa en las horribles tempestades que el cielo condensó sobre tí para castigar tu ingratitud: *Pars Domini populus ejus, funiculus hereditatis ejus* (3). Cuando la espada del ángel exterminador vibraba sobre las cabezas de tus antepasados, en los dias aciagos en que el ábrego abrasador

(1) Osee. IX. 4.

(2) Deuteron. XXXII. 7.

(3) Ib. 9.

consumia sus mieses anunciando una esterilidad semejante á la de los días de Eliseo, ó el voraz insecto cebándose en sus campos amenazaba reproducir las antiguas maldiciones del Señor contra los transgresores de su ley, Jesucristo le protegió y custodió amorosamente como á la pupila de su ojo en todos los contratiempos, fecundando con el benéfico rocío de sus gracias la tierra ingrata de unos corazones esterilizados por los vicios: *In terra deserta et vastæ colitudinis circumduxit eum et custodivit quasi pupillam oculi sui* (1). Y cuando el contagio propagándose como un voraz incendio en todas las condiciones y edades, arrojando en la misma huesa al anciano decrepito y al párvulo de un día, al potentado orgulloso, y al infeliz perdiosero; cuando por todas partes no se oían mas que los lamentos del moribundo, y las lágrimas del huérfano, los ayes lastimeros de las víctimas, y los dolorosos gritos de sus deudos y amigos; ¿quién sino ese mismo Jesus estendiendo su mano protectora sobre este pueblo infortunado, á la manera que el águila estiende sobre sus polluelos las alas para libertarlos del fiero gabilan, hizo cesar la mortandad y calmar el terror que se apoderára de todos sus habitantes? *Sicut aquila expandit alas suas, assumpsit eum et portavit in humeris ejus* (2). Por último, en todos sus conflictos y calamidades, ¿á quién recurrió á buscar asilo, y en dónde encontró el consuelo y la calma, sino á la sombra de ese precioso simulacro, que á manera de frondoso terebinto le cobijó bajo sus ramas y le prestó solaz contra los ardores de la tribulacion?

Inútil empero seria evocar reminiscencias pasadas, ni consultar á los siglos que nos precedieron, ni interrogar á las frias cenizas de nuestros abuelos para persuadirnos de una verdad que nos demuestran hechos tan recientes y palpables. Ni uno solo de vosotros ignora que á Jesucristo cuya mediacion invocásteis en los momentos de la desgracia que poco há os afligia, debeis el insigne favor que hoy motiva estos solemnes cultos; que á su misericordia inagotable, de que tan relevantes testimonios viene dando tras siglos y siglos, sois deu-

(1) Deuterón. XXVII. 10.

(2) Ib. 11.

dores de haber sobrevivido á tan cruel azote y de no haber sido victimas de la divina Justicia. Ninguna necesidad pues tengo de encarcerar una obligacion que vosotros mismos os habeis anticipado á cumplir con tan fervoroso entusiasmo. Vuestra religiosa piedad ha prevenido mis ideas, y aun ha aventajado mis esperanzas. Reunidos en este augusto santuario á ofrecer á Jesucristo en su veneranda efigie un holocausto de alabanza y de accion de gracias, solo me cumple tomar la parte que me corresponde por mi mision, y como el antiguo caudillo del pueblo libre, al tocar la playa que le ponía en salvo de las huestes perseguidoras de Faraon, entonar aquel himno que hizo resonar el desierto con sus melodiosos ecos: «Cantemos alabanzas al Señor porque ha hecho brillar su gloria y grandeza; el Señor es nuestra fortaleza y el objeto de nuestro entusiasmo, porque ha sido nuestro Salvador, bien asi como lo fué de nuestros padres:» *Cantemus Domino: gloriose enim magnificatus est. Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem. Deus patris mei, et exultabo eum.* Contestad vosotros, M. A. O., á este cántico, repitiendo con David:

«Loado sea el Señor, porque es bueno y porque es eterna su misericordia.»

«Loado sea el Dios de los Dioses y el Señor de los Señores, porque es eterna su misericordia.»

«Loado sea el que obra tan grandes maravillas, porque es eterna su misericordia.»

«Loado sea el que se acordó de nosotros en nuestro abatimiento y nos libertó del poder de nuestros enemigos, porque es eterna su misericordia.»

«Loado y bendecido sea el Dios del cielo y Señor de los que dominan, porque nos ha hecho experimentar los efectos de su infinita misericordia (1).»

Cumplido ya este grato deber, aun os queda otro no menos sagrado. Poco seria que hubiéseis venido al templo del Señor á presentarle este solemne testimonio de vuestro reconocimiento, si al salir

(1) Psalm. CXXXV per tot.

de él lanzáseis al olvido los beneficios que habeis recibido de vuestro insigne protector, y con el tiempo llegaréis á perder la memoria de unas bondades que, como decia Moisés á su pueblo, deben quedar impresas en vuestras manos como una señal indeleble, y como un recuerdo perpétuo ante vuestros ojos, para que leyendo de continuo la historia de los triunfos que adquiristeis por la poderosa mediacion de Jesucristo, tengais un constante estímulo que os inspire el cumplimiento de sus leyes y preceptos: *Erit quasi signum in manu tua, et quasi monumentum ante oculos tuos, ut lex Domini semper sit in ore tuo* (1). Escritos con caracteres eternos en vuestros agradecidos corazones esos testimonios de la piedad divina, deben formar una página de oro que los trasmita de edad en edad, para que vuestros sucesores sepan apreciar el inmenso tesoro que poseen en esa efigie veneranda, por cuya invocacion no han cesado de llover sobre vosotros los preciosos raudales de la misericordia. Al pasar por este santuario augusto, entrad en él á recordar los prodigios que el Señor ha obrado con vosotros, y ni un solo día dejeis de manifestarle vuestra gratitud. Cuando en vuestros hogares os veais rodeados de vuestros hijos, referidles las gracias y los extraordinarios favores que habeis recibido de su mano benéfica. Decidles que Jesus invocado en su sagrada imágen con ferviente fé y sólida confianza, fué quien enjugó vuestro llanto en los días de vuestro mayor desconsuelo; contadles que él fué quien reanimó vuestras almas abatidas en los momentos aciagos en que todo en torno vuestro era confusion, esterminio y muerte; no os canséis de repetirles que en él encontrásteis consuelo en la alieccion, alivio en la necesidad, proteccion en los peligros, escudo en las adversidades, y una áncora salvadora en el naufragio de la cólera celestial. Que sepan en fin todos cuantos visitaren este pueblo, que toda vuestra confianza la teneis cifrada en el poder y la piedad de ese Jesus, que en el transcurso de los siglos ni un solo día ha dejado de hacer ostensible sobre vosotros su admirable proteccion, ahuyentando el contagio, remediando los efectos de la esterilidad, encadenando la muerte, y dominando toda clase de calamidades.

(1) Exod. XIII. 9.

Poco deben importaros los envenenados tiros de una impiedad sistemática, que tal vez se atreverá á burlarse de vuestra fé, y á mirar como un fanatismo despreciable ese fervor religioso que alimenta en vuestras almas el convencimiento de que todo lo debeis á Jesucristo. Dejad al racionalismo insensato que con una verbosidad altanera que caracteriza á los discipulos de esa escuela, calumnie vuestras creencias tradicionales, cual si fuesen productos de una educación descuidada, ó de preocupaciones lastimosas que traen su origen de la ignorancia de los pasados siglos. Cuando hechos tan ilustres vienen á autorizar vuestra fé, cuando monumentos de la mayor valia apoyan vuestras creencias, cuando pruebas tan incontestables justifican esa piedad heredada de vuestros mayores, bien podeis despreciar altamente esa presuntuosa ciencia del siglo que se traduce por la negacion de toda verdad revelada; ese saber hueco y estéril que no dá otros resultados mas que dudas, perplejidades, ateismo é incredulidad; esa despreocupación engendrada por el cinismo del libertinaje, que solo aspira á sepultar las esperanzas del hombre en el abismo de la nada, para poder vivir sin freno y libre de todo deber; esa ilustracion en fin cuyos absurdos sistemas y cuyas teorías de muerte no han producido mas que inmoralidad y escándalo, como que tienen por único fin proclamar el imperio de las pasiones y de los errores sobre las ruinas de la virtud y de la verdad.

Dejad, pues, que un siglo carnal y materialista piense como mejor le plazca respecto de unas creencias que forman nuestra dicha, nuestro consuelo, nuestra confianza, y el apoyo de nuestro porvenir. Firmes y constantes en esa fé, que hasta ahora nos ha servido de égida en nuestros dias peligrosos, de escudo en los momentos mas desgraciados, de proteccion y defensa contra todas las calamidades públicas y privadas, conservémosla intacta á despecho de la impiedad que ha encarnado por desventura en la presente generacion, y procuremos avigorarla de dia en dia inoculándosela á nuestros sucesores y con ella los sentimientos de gratitud que nos inspira. No nos separemos de este templo augusto sin repetir un himno de alabanza al Señor, por las bondades que con nosotros ha obrado en todas épocas y especialmente en la crisis que acabamos de atravesar. Nunca

llegará nuestro agradecimiento á lo infinito de su misericordia. Si de ángeles fuesen nuestras lenguas, si pudiésemos reunir en nuestros pechos los afectos de todos los coros seráficos, si la voz unánime de todas las criaturas estuviese representada en nuestros lábios, todavía serian mezquinas nuestras acciones de gracias comparadas con lo que á Jesus debemos.

Postraos pues, M. A. O., ante el trono del Señor, y procurad suplir con vuestros afectos lo que no puede merecer vuestra indignidad. Jóvenes, ancianos, madres de familia, tiernas doncellas, inocentes niños, rodead ese altar, y con lágrimas de gozo, ya que hasta ahora tantas os hizo verter la amargura de vuestros corazones atribulados, dad gracias á Dios porque os ha mirado con ojos de padre compasivo, ahuyentando de vuestros hogares el azote devastador. Sacerdotes del Altísimo, tomad en vuestras manos el incienso oloroso, haced subir hasta el cielo el fragante timiama de vuestras plegarias, y bendecid eternamente al protector de este pueblo, al que con su omnipotente diestra obligó al génio de la desolacion á salir fuera de nuestros muros. Tierra, cielos, mares, collados, valles, rios, montañas y todas las obras del Criador, venid á tomar parte en este solemne testimonio de nuestra gratitud. Descended del Empíreo, espíritus celestes que haceis la corte al Rey de las eternidades, formad coro con nosotros en derredor de este augusto tabernáculo. Resuenen bajo estas bóvedas los instrumentos músicos; que el tañido elocuente del metal lleve á los pueblos circunvecinos la nueva de nuestra dicha y el eco de nuestro agradecimiento, mientras todos á una voz entonamos ese himno de gloria, bendicion y alabanza: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur, etc.*

APÉNDICE.

PLANES DE DISCURSOS

sobre los principales Misterios y Festividades
del Señor.

ADVERTENCIA.

Cumpliendo lo que tenemos ofrecido á nuestros lectores, y deseosos de proporcionarles materiales abundantes para poder llenar los graves deberes de la predicacion evangélica, hemos creido hacerles un servicio, poniendo á continuacion algunos planes de discursos sobre los principales Misterios y Festividades del Señor, con los cuales, y en vista de los discursos duplicados que anteceden, fácil les será formar otros nuevos y adiestrarse en la composicion.

PLAN DE UN DISCURSO

PARA EL DIA DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.

Con tal esceso amó Dios al mundo, que le dió su mismo Hijo unigénito.

JOAN. III. 16.

El apóstol San Pablo llama á este misterio un sacramento grande de la piedad divina, manifestado en la carne (1). Tan escesivo es el amor que Dios muestra en él al mundo, que el discípulo amado, el apóstol predilecto de Jesus, el que mereció reposar sobre su seno y bebió en él las riquezas de una sabiduría inefable, no pudiendo comprender ni menos explicar ese rasgo brillantísimo de la bondad divina, enmudece lleno de asombro y solo escribe estas breves pero elocuentísimas palabras: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret*. Cierto, dice San Juan Crisóstomo, que estas expresiones descubren toda la inmensidad y escelencia del amor de un Dios para con la humanidad: *Vox: sic Deus dilexit mundum, immensam amoris significat excellentiam* (2). Y en efecto, como quiera que este amor se considere, ora se atienda á la dignidad del que ama, ó á la indignidad del objeto amado, ora se mire el valor del dón ó el modo con que se dá, de todos modos aparece infinitamente grande y magnífico el amor de un Dios:

1.º Porque pone su corazon en un hombre miserable, pecador é ingrato.

(1) I. Tim. III.

(2) S. Chrys. hom. 29 in Joan.

2.º Porque á este hombre tan miserable, pecador é ingrato, le dá nada menos que su propio Hijo objeto de sus mayores delicias, sacrificándole en obsequio suyo en la vida, en la muerte, y despues de la muerte.

PUNTO PRIMERO.

1. Nada hay ni puede concebirse tan miserable de suyo como el hombre: «¿Quid est homo quia magnificas eum, aut quid apponís » erga eum cor tuum?» (Job. VII. 7.) «Brevi vivens tempore repletur multis miseriis. Quasi flos eggreditur et conteritur, et fugit velut umbra, et nunquam in eodem statu permanet.» (Ib. XIV. 4.)

Segun Aristóteles, el hombre es: «Imbecillitatis exemplum, temporis spoliúm, fortunæ ludus, mutationis imago, invidiæ et calamitatis trutina, etc. (1).»

San Juan Crisóstomo, esplicando las palabras del Salmo VIII, se espresa en estos términos: «¿Quid est homo, quod memor est ejus?» «Nihil est, vile quid est: cum enim respicis ad providentiam, qua Deus hominem dignatus est, et ad opera quæ propter hominum salutem gessit, valde obstupefactus admiratur omnia quæ propter ipsum facta sunt (2).»

Y de hecho, no puede concebirse cómo siendo Dios sumamente grande, haya amado tanto á un hombre tan sumamente pequeño, que siendo sumamente poderoso, haya distinguido tanto á la sumia impotencia; y que reuniendo en sí una santidad infinita, haya podido mostrarse tan prendado del que representa el abismo de todos los males.

2. ¿Y qué decir si sobre la miseria que caracteriza al sér humano, se le considera degradado y envilecido por el pecado? No seria de admirar que Dios hubiese amado á unos séres justos, buenos y virtuosos: pero amar á unos séres injustos, perversos y viciosos,

(1) Arist. apud. Stobæum.

(2) S. Chrys. in Cat. græc.

objetos de la animadversion divina, y vasos de ira destinados al fuego eterno... ¡Ah! Esto es lo que hace resplandecer la infinita caridad del Señor, como dice el Apóstol: «hè ahí el rasgo mas admirable de su amor en la Encarnacion del Verbo: *Propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos Deus... convivificavit nos in Christo.* (Ad Ephes. II. 4, 5.) *Commendat Deus charitatem suam in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, etc.* (Ad Rom. V. 8 et seq.)

¿Qué cosa mas estraña puede haber, dice San Bernardo, que ver á un Dios poner su corazon en el hombre perjuro, adúltero, homicida, la hez y el desprecio del mundo, y darle en fianza de su felicidad á su propio hijo (1)?

3. Pero todavía sube mas de punto esta caridad de Dios, teniendo en cuenta la ingratitud del hombre, como advierte el Crisóstomo: «*Qui enim immortalis est, ex terra et cinere factus, et male de se merentes, et ingratos, et innumeris peccatis obnoxios dilexit* (2).»

¡Qué exceso de amor! Cuando éramos sus mortales enemigos porque llevábamos en nuestra alma el sello de la pérfida ingratitud de nuestro comun padre, cuando olvidados de los beneficios de su bondad hacíamos de ellos armas para ofenderle y ultrajarle, entonces es cuando nos ofrece la paz, nos dá la reconciliacion, ennoblece nuestra naturaleza humana comunicándola su naturaleza divina, nos enriquece con todos los carismas de su gracia, nos honra y engrandece hasta asimilarnos á él. ¿Y cómo? 1.º, dándonos su Unigénito, objeto de sus mayores delicias, y 2.º, sacrificándolo todo en nuestro obsequio.

PUNTO SEGUNDO.

1. Innumerables dones habia hecho Dios á la humanidad para manifestarla su eterno é infinito amor; pero en ninguna ocasion res-

(1) S. Bern. Serm. I. de Virg. Deip.

(2) Hom. 26 in Joan.

plandeció este tanto ni se mostró tan inmenso como en el misterio de la Encarnacion, en el cual parece quedó todo agotado: «Dicere audeo, escribe San Agustin, quod Deus, cum sit potentissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit (1).» Entre todos los modos que tiene la divinidad de comunicarse *ad extra*, el máximo, el mas prodigioso y admirable es el de la Encarnacion del Verbo: «¿Quæ major Dei communicatio cum creatura, dice San Dionisio, quam ea, qua Verbum caro factum excogitari potest (2)? Y no duda añadir que en este misterio se escedió á sí mismo, y dió á su amor un carácter tal, que parece efecto de un enagenamiento inefable: «Audemus illud pro veritate dicere, quod ipse omnium causa, propter amatoriae suæ bonitatis excellentiam, extra se factus sit (3).»

San Ambrosio considera al Verbo en su Encarnacion, como una fuente de infinita caridad que brotó del seno del Padre para esconderse en el seno de una Virgen, y salir de allí despues á inundar y fertilizar la tierra con sus beneficiosas influencias: «Quando fons ille in sinu Patris absconditus, exivit de virginali terra Sanctæ Mariæ, irrigata fuit terra universa gratiarum abundantia, et de esterili fructuosa reddita est (4).»

San Gregorio, siguiendo la misma alegoría, dice: «Fons quippe occultus est Unigenitus Patris invisibilis Deus. Fons vero patens est idem Deus incarnatus, qui fons patens recte domus David dicitur, quia ex David genere noster ad nos Redentor advenit (5).»

¿Quién es esa verdadera fuente, esclama San Agustin, sino Jesucristo, de quien se ha escrito que en él reside la fuente de la vida eterna? Y luego concluye: «¡Bonus fons, qui nos de hujus vitæ refrigeravit incendiis, et inundatione sua ariditatem nostri pectoris superavit (6)!»

(1) S. Aug. Tr. 84 in Joan.

(2) De div. nom.

(3) Ib.

(4) S. Ambros. de Inc.

(5) S. Greg. Hom. 44. in Evang.

(6) Serm. 92 de Temp.

El evangelista San Juan demuestra la plenitud de ese manantial inagotable de amor, cuando dice: «Que el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros, lleno de gracia y de verdad (1).»

Extasiado el Abad Guerrico al contemplar tanta caridad de parte de un Dios, esclama: «¡O Deum si fas est dicere prodigum sui! ¡O effluens liberalitas Dei! ¡O inefficiens largitas bonitatis divinæ!... Dedit Filium in pretium redemptionis, dedit Spiritum in privilegium adoptionis... ¿An non prodigum, qui non solum sua, sed et seipsum impendit, ut hominem recuperaret, non tan sibi quam homini ipsi? ¿An non prodigum, qui proprio Filió suo non pepercit, ut ita loquar, sed nova et mira largitate super omnem carnem effudit illum (2)?»

2. Mas no nos dió el Señor únicamente á su Unigénito en la Encarnacion, sino que le sacrificó todo en provecho del hombre. Por eso en la Escritura se dice con mucha frecuencia *nuestro*, para significar que el Verbo divino encarnó para salvar al linaje humano, como se consigna en el simbolo de Nicéa: *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cælis.*

Mucho fué que Jesucristo naciese del hombre por amor del hombre, y conversase con él en la tierra: pero lo que escede á toda comprension, dice el Angélico, es «quod totum se in humanam naturam contulit (3).» ¡Oh inefable rasgo de caridad! Yo admiro, escribe Tertuliano, á todo un Dios ocupado en la creacion del hombre empleando en esta obra su sabiduria, su poder, su providencia y todos sus atributos. Pero mas admirable se me presenta en la reformacion de ese mismo sér, en la que desarrolla todas las riquezas de su munificencia. «Tibi ergo Rex, tibi Sacerdos, tibi Pastor, tibi Agnus, tibi totum factus est qui fecerat totum,» dice el Crisólogo (4). Y no es de estrañar que adoptase tantas formas por amor de la humanidad, puesto que como escribe Gilberto: «Amori nihil satis est, nulla satis sunt amoris officia (5).»

(1) Joan. I.

(2) Serm. I de Pent.

(3) Ep. ad Urb. IV.

(4) Serm. 23.

(5) Serm. 49. in Cant.

De todo lo dicho debemos deducir por conclusion, no solamente la obligacion de vivir reconocidos á tanto amor, sí que tambien la firme esperanza que debe inspirarnos de recibir todos los bienes que son consiguientes al dón precioso que se nos comunicó en este misterio. «*Qui enim proprio filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit?* (Ad Rom. VIII. 32.) No olvidemos por último lo que nos dice á este propósito San Agustin: «*Deus homo factus est, ut uterque sensus hominis in ipso reficeretur: oculus cordis in ejus divinitate, oculus corporis in ejus humanitate, ut sive ingrediens sive egrediens, pasqua inveniret (1).*» Porque la Encarnacion del Verbo es el principio de nuestra reparacion y el término de nuestra eterna felicidad.

(1) S. Aug. in Enchir. 26.

- (1) Joan. I.
- (2) Serm. I de Pent.
- (3) Reg. ad Heb. IV.
- (4) Serm. 23.
- (5) Serm. III in Cant.

PLAN DE UN DISCURSO

PARA EL DIA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

Invenietis infantem pannis involutum, et positum in presepio.

Hallareis un niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre.

LUC. II. 12.

¿QUIÉN es ese Dios que tanto se humilla en su nacimiento? ¿Quién es ese que tan pobre se muestra en un establo? ¿No es el de quien se ha escrito que lleva impreso en sus vestiduras el título de Rey de reyes y Señor de los que dominan? ¿Cómo pues oculta su régia dignidad, su infinita grandeza, y su suprema soberanía bajo esas esteriores que le invilecen y degradan? ¡Mas qué digo! No: la humildad y la pobreza jamás pudieron estar mas en su lugar que en este misterio de la caridad incomprensible de un Dios-Hombre. Ellas realizan los altísimos fines que su sabiduría increada se propuso con respecto á la humanidad: pues como dice San Agustin: «Ille æqualis Patri in forma Dei, in forma servi factus est nobis similis, ut reformaret nos ad similitudinem Dei (1).» La natividad pues de Jesucristo en carne envuelve el renacimiento espiritual del hombre. Ahora bien, habiendo caído éste por efecto de su arrogancia, fué preciso que Dios se humillase para levantarlo de su postracion; y habiéndose perdido por cifrar su felicidad en la posesion de

(1) S. Ambrosio in Ps. 118. (2) S. Augustino de Civitate Dei lib. 1.º

los bienes del tiempo, se hizo forzoso que Dios le enseñase á buscar su bienestar en las verdaderas riquezas de la eternidad. Por eso :

1.º Nació humilde, para condenar prácticamente la humana soberbia y sanar el corazón del hombre herido por ella.

2.º Nació pobre, para recomendar la pobreza y anatematizar la humana codicia.

PUNTO PRIMERO.

1. Por la soberbia cayó el hombre de la altura en que le colocara la mano del Criador ; con la soberbia triunfó Lucifer del mundo, y le acarreó esa serie de desventuras que venia lamentando á través de los siglos. Honda era la llaga que habia abierto en el corazón de la humanidad. ¿Quién podia curarla? Solo un Dios humillándose y anonadándose hasta tomar la forma de siervo ; como dice San Pablo, naciendo como todos los hijos de Adán pecador, y sujetándose como ellos á todas las miserias inherentes á su naturaleza. El Verbo, pues, toma á su cargo rehabilitar al hombre mediante la humildad del pesebre, ya que por su loco orgullo habia perdido sus primitivos derechos. ¿Y qué hace? «*Tanquam suæ contumeliæ propulsator*, escribe San Ambrosio, *velut adversus superbiam suscepti singulare certamen, quasi dicat: Meus iste adversarius est, qui me lacescit: mihi debetur ista congressio* (1).»

Y en efecto, desde que nace en el establo de Belén comienza la lucha con Lucifer y desde los primeros momentos del combate le desarma con su humildad: «*Superbia captivatoris, Redemptoris humilitate destruit* (2).» Ved pues cuánto no odiaría el Señor la soberbia, dice San Agustín, cuando para triunfar de ella tanto se anonadó el que en el cielo gozaba de una gloria infinita en todo

(1) S. Ambr. in Ps. 418.

(2) S. Aug. L. 4. de pecc. orig. (1)

igual á la de su Padre: «Superbiam sic odit Deus, ut contra hanc unam se humiliaverit Altissimus (1).»

2. Tertuliano pinta elocuentemente las causas que indujeron al Verbo á adoptar un estado tan humilde, y á elegir por cuna un pesebre, como el mas propio para condenar el fastuoso orgullo del hombre, origen de todas sus desgracias. Dice así: «Si potestatis jus quoque nullum ne in suos quidem exereuit, quibus sordido ministerio functus est, si regem denique fieri conscius sui regni refugit, plenissime dedit formam suis dirigendo omni fastigio et suggestu tan dignitatis quam potestatis. In potestate autem, dignitate, gloria et majestate venisset in mundum Christus Dominus, nisi gloriam sæculi alienam et sibi et suis judicasset. Igitur, quam noluit rejecit, quam rejecit damnavit, quam damnavit in pompa diaboli deputavit. Non enim damnasset, nisi non sua: alterius autem esse non possunt nisi diaboli, quæ Dei non sunt (2).»

3. Dedúcese de aquí cuán agena es del cristiano la soberbia, habiéndola condenado Jesucristo tan espresamente con su humilde nacimiento. ¿Puede un cristiano avergonzarse de esta virtud habiéndola practicado primero el que posee la grandeza por escelencia? Abátese el rey de la gloria, ¿y aspiraría á ensalzarse la tierra y el lodo? «¿Quid superbis, homo? dice el citado Doctor, Deus humilis propter te factus est; pudéret te fortasse imitari humilem hominem, saltem imitari humilem Deum. Nec te indignum existimes, quod Deus se indignum non judicavit (3).»

Los que se escandalizan del pesebre de Jesucristo imitan al impio Marcion que en su orgullosa arrogancia no podía sufrir la vista de los pañales, de la paja y de las lágrimas de un Dios como cosas indignas de su magestad. Punzábale Tertuliano con su acostumbrada elocuencia, y parodiando sus palabras, decia: «¿Quid indignius Deo? ¿Quid magis crubescendum, nasci an mori, carnem gestare an crucem? Sapientior eris, si nec ista credideris: sed non eris sa-

(1) Id. L. 8 de Trin.

(2) Lib. de Idol. 48.

(3) Lib. de Car. Christ. 5.

piens, nisi stultus in sæculo fueris (1).» Y volviéndose despues al cristiano estrechábale con el siguiente dilema: «Dime: ¿crees que Cristo nació en un establo, ó no? Si no lo crees, dejas de ser cristiano puesto que niegas lo que constituye el fundamento del cristianismo; y si lo crees, ¿por qué rechazas aquello en que está cifrada la esperanza del mundo y la mayor gloria de la fé (2)?»

El padre San Agustín arrobado en la contemplacion de este misterio, exclamaba: «Video te bone Jesu, oculis fidei, tanquam in concione generis humani clamantem, et dicentem: Venite ad me, et discite a me (3).» ¿Y qué es lo que nos enseña en ese pesebre? No á fabricar nuevos mundos, no á crear lo visible é invisible, no á obrar estupendas maravillas, no á evocar del sepulcro á los muertos, sino á ser mansos y humildes de corazon. «Hæccine (concluye), redacti sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ Dei, absconditi in te, ut hoc pro magno discamus, quoniam humilis es (4)!

Cesa pues de ensoberbecerte, polvo y ceniza, grita San Bernardo: Dios se humilla, ¿y tú te elevas? Dios se sujeta á los hombres, ¿y tú quieres sobreponerte á tu mismo autor? Y luego concluye: «Si hominis dedignaris imitari exemplum, non erit tibi indignum sequi auctorem tuum, qui est magnus, et dejicitur ut tuam condemnet superbiam; est dives, et pauper efficitur ut tuam confundat curiositatem et opulentiam (5).» En efecto no contento Jesucristo con nacer humilde para condenar prácticamente la soberbia, nace tambien pobre para recomendar la pobreza y anatematizar la humana codicia.

PUNTO SEGUNDO.

1. Nada hay que escíte en las almas reflexivas tanta admiracion y tan grande asombro, como ver reducido á la estrechez y privacio-

(1) Lib. de Car. Christ. 5.

(2) Ib.

(3) S. Aug. L. de virg. 35.

(4) Id. Serm. 40 de Verb. Dom.

(5) Serm. I. super Missus est.

nes del pesebre á un Dios que segun la naturaleza es infinitamente rico, inmensamente poderoso, y que todo lo rige y gobierna con su providencia admirable. El profeta rey reconocia la soberania suprema del Señor en ese carácter que á él solo conviene de bastarse á sí mismo y no necesitar de nada de cuanto el hombre ambiciona: «*Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges.*» (Psalmo XV.) En vista pues de esto, al contemplar al Salvador en la suma pobreza á que su amor le redujera en el establo de Belen, esclámaba: «¡O mira et inexquisita compago! ¡Nova et inaudita commixtio! Incorporeus carne vestitur; numeratur in sæculis qui est ante sæcula; qui immensus est loco bene capitur; divites constituens pauper efficitur: et Christus extrema egestate premitur (1).

2. Los hijos de los príncipes se distinguen de los demas en el oro, la púrpura y las riquezas que rodean su cuna; pero el Hijo de Dios, dice Tertuliano, de quien es el orbe y todo cuanto en él reina, quiso darse á conocer por la pobreza de los pañales en que fué envuelta su humanidad sacratisima. Oid cómo se espresa á este propósito San Máximo: «*Pannis induitur pro nobis, qui cum crearet omnia, terras luce perfudit, cœlum sideribus adornavit, et ignea solem claritate vestivit. Christus Dominus terram floribus exornavit, cœlum sideribus illustravit; et ut paupertatem comendaret, se vilissimis induit pannis (2).*» «¿Y qué otro objeto, dice Teodoreto, se propuso el Salvador con esto sino atraer á sí todas las clases y condiciones humanas, estrechando con lazo idéntico la opulencia y la pobreza, aquella para que aprendiese á no menospreciar al indigente, ésta para que no se querellase de su suerte desgraciada, y buscase en los bienes eternos su única y positiva dicha (3)?» Así lo comprendió tambien San Pablo cuando escribia: «*Scitis gratiam Domini nostri Jesu Christi, quoniam propter nos egenus factus est cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis.*» (II. Corint. VII.)

(1) Serm. 43 de Temp.

(2) Hom. de Nat.

(3) Theod. hom. de Nat.

3. ¿ Pero no hubiese hablado con mas propiedad San Pablo si hubiese dicho que Jesucristo vino á enriquecer al hombre con sus tesoros y no con su pobreza? Mas ¿cuánta es la distancia que media entre la sabiduría de Dios y la sabiduría humana! El Hijo de Dios elige la pobreza del establo para conferirnos las riquezas de su gloria; puesto que ella debe ser en la tierra nuestro patrimonio, para que podamos optar á aquella otra herencia en el cielo. Por eso, dice San Ambrosio, prefirió Jesucristo sufrir aquí todas las privaciones y miserias, á fin de podernos enriquecer allí de una manera mucho mas admirable: «*Ille in terris, dice, ut tu sis in cœlis; ille locum in diversorio non habebat, ut plures haberes in cœlestibus mansiones* (1).» Y San Agustin: «*Si ille paupertatem vitaret, nos paupertate non careremus: pauper autem ille factus est, cum dives esset, ut illius paupertate ditaremur* (2).» Por último, dirigiéndose indistintamente á los pobres y á los ricos, dice: «*Audite me, ó pauperes, ¿quid non habetis si Deum habetis? Audite me divites: ¿quid habetis, si Deum non habetis* (3)?»

4. Mas no solo se propuso el Salvador en su nacimiento recomendararnos la pobreza, sino que quiso anatematizar visiblemente la codicia y la ambicion desmedida del hombre. ¿Por qué eligió, dice San Bernardo, un establo por cuna sino para condenar la gloria del mundo y reprobador su loca vanidad (4)? «*Erubescat igitur terrena superbia, esclama el Damiano, et arrogantia redempti hominis, ubi coruscat humilitas Redemptoris* (5).» ¡Inconcebible estravagancia de los hijos del siglo! ¡Ambicion insensata la de los mundanos que nunca se ven satisfechos, y siempre ansian poseer mas de lo que tienen! «*Filius hominis non habet ubi caput collocet, ¿et tu ampla palatia et ingentes porticus metiris* (6)?»

5. ¿Quién mejor que Jesucristo hubiera podido nacer con toda la

(1) S. Ambros. loc. cit.

(2) S. Aug. Serm. 45 de Verb. Apost.

(3) Serm. 3 de S. Cypr.

(4) Serm. 3 de Nat.

(5) Serm. 6 de Nat.

(6) S. Aug. loc. cit.

pompa y magnificencia de un monarca? Y sin embargo, elige por sólo un pesebre, por palacio un establo, por lecho unas duras pajas, por córte unos animales estúpidos, por púrpura unos pobres lienzos. «Non ibi sella, dice admirado Santo Tomás de Villanueva, non lectus, non mensa, non ignis, non denique alia supellex, præter humilem præsepium pascendis animalibus aptum (1).» Hé aquí lo que hacia asombrar á San Cipriano sobre todas las demas maravillas de Dios. Ni la estabilidad de la tierra, ni la revolucion periódica de los astros, ni la variedad de las estaciones, ni ninguno de esos fenómenos que tan elocuentemente predicán las magnificencias del Criador, escitaban en su alma un sentimiento de admiracion tan profundo como el espectáculo del pesebre: «Miror Deum hominem, miror Deum in utero Virginis, miror omnipotentem in cunabulis. In cæteris quedam rationes satisfaciunt: hic solus me complectitur stupor (2).»

Meditemos pues ese misterio en que el Hijo de Dios quiso con el ejemplo de su humildad condenar nuestra soberbia, y hacernos apreciar en su pobreza las positivas riquezas de la eternidad. Y plegue al cielo que siguiendo las huellas que nos dejó trazadas, lleguemos un dia á poseer su misma gloria.

(1) Conc. 2. de Nat.

(2) S. Cypr. Serm. de Nat.

PLAN DE UN DISCURSO

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, etc.

Llegado el día octavo en que Jesús debía ser circuncidado, etc.

LUC. II. 21.

A Dios competen esencialmente la dominacion, la santidad y la inmortalidad: la dominacion, porque es el autor supremo de todas las criaturas, segun aquello de Tertuliano: «*Merito Dominus quia auctor; merito auctor, quia Deus* (1); la santidad, porque es esencial á su naturaleza divina; la inmortalidad, porque es eterno y carece de principio y de fin. De aquí por razon de su dominio supremo no puede reconocer sujecion alguna; en virtud de su santidad, es esencialmente impecable; y consiguientemente á su inmortalidad se halla exento del padecimiento y de la muerte.

¿Cómo es, pues, que en la Circuncision, se muestra Jesucristo, sujeto á la ley humana siendo Dios, aparece como pecador siendo infinitamente santo, y se resigna al dolor siendo inmortal é impassible? Solo su amor á la humanidad pudo rebajarle á tal extremo; solo su deseo de enseñarnos fué capaz de hacerle aceptar tanta humillacion.

Jesucristo pues se circunda:

1.º Para mostrarnos cuánto nos amó y cuán eficazmente deseó nuestra salvacion.

(1) Test. Lib. de Res. 3.

2.º Para recomendarnos con su ejemplo la obediencia á sus divinas leyes.

PUNTO PRIMERO.

1. Nada hay que revele tanto el amor de Jesucristo hácia la humanidad, dice San Ambrosio, como el impaciente deseo que muestra desde su infancia de humillarse y padecer por ella. Apenas nacido, empieza á manifestarse pródigo de aquella sangre divina que un dia debia verter toda en el Calvario: y á los ocho dias de haber venido al mundo, se somete al cortante cuchillo de la Circuncision. Allí se vé humillado hasta el exceso el que es mas grande que los cielos; considerado como culpable, el que es inocente y santo por esencia; y comienza la carrera de sus sufrimientos como hombre, el que como Dios no podia padecer. ¡Y todo esto por amor del hombre!

2. En ningún otro misterio queda tan oscurecida la magestad del Salvador. Nacé en un establo: pero instantáneamente aparecen coros angélicos que entonan himnos de alabanza y gloria al recién nacido infante, y los reyes de Oriente vienen á ofrecerle sus dones y homenajes, guiados por un astro misterioso. Pero en el templo, en el dia de su Circuncision, pregunta Tertuliano: «¿Quis eum in manus suscipit? ¿Quis in spiritu primus agnoscit? Vir justus et acutus: vel ne dignius mox Christus a femina prædicaretur vetere, vidua, et univira (1).» Muere en una Cruz y todos los elementos proclaman su divinidad; pero en su Circuncision, ni el sol se oscurece, ni la tierra tiembla convulsa, ni ninguna señal visible indica que aquel niño es el Unigénito de Dios lleno de gracia y de verdad. Hed aquí lo que hizo decir á San Bernardo: «In Incarnatione minoratus est ab angelis: in Circumcisione multo minus, quia non solum habet formam hominis, sed formam peccatoris (2).»

3. Proponiase Jesucristo tambien en sus amorosos designios varios fines no menos dignos de su infinita caridad. 1.º Demostrar la

(1) Tert. lib. de Mon. 8.

(2) S. Bern. de Cire.

realidad de aquella carne que habia tomado para redimir al linaje humano. 2.º Manifestar con este signo exterior de la Circuncision que era verdadero hijo de Abraham y de David. 3.º Quitar á los judios toda ocasion de escándalo. 4.º Abolir este duro precepto de la antigua ley reemplazándole con el bautismo. 5.º Patentizarnos la necesidad de la Circuncision espiritual del corazon. Pero dejando aparte todos los demas motivos que indujeron á Jesucristo á aceptar esta ley, solo haré mérito de lo que dice el P. San Agustin, á saber: que quiso el Salvador darnos á conocer con el prematuro sacrificio de su sangre vertida bajo el cuchillo de la Circuncision, cuán caras eran á su corazon nuestras almas, cuánto le costaba su rescate, y á qué precio tan escesivo nos compraba las eternas riquezas de su inmortalidad: «*Mercatus est a nobis, quod hic abundat: Invenit hic viles merces terrenas, et terrestribus attulit peregrinas et cœlestes* (1).» Y de aquí saca la siguiente consecuencia: «*Non perdamus pretium sanguinis Christi, nec maculemus stolam animæ per iniquitatem* (2).»

Y ved, observa San Ireneo, por qué no quiso nacer Jesucristo entre los Gentiles, y sí entre los Judios: para poder recibir la Circuncision á que estos estaban sujetos por una ley espresa: «*Ideo Christus nascitur in Judæa, et non in gentibus; quia gentilitas carebat Circuncisione, et ideo in Judæa ostentat gloriam in primordio nativitatis suæ in effusione sanguinis* (3).» ; Oh caridad inmensa del Salvador! Pareciale poco haberse hecho hombre, nacer en un establo, tolerar todos los rigores de una estacion incómoda, sufrir las mas extremas privaciones, si no ofrecia las primicias de aquella sangre inocente destinada á redimir al mundo. Y por eso quiso incoar en su Circuncision aquella grande obra cuya consumacion debia verificarse despues en el Gólgatha, etc. Veamos ahora cómo en el misterio de este dia nos recomianda con su ejemplo la obediencia á las divinas leyes.

(1) S. Aug. Serm. 9 de Nat.

(2) Id. Serm. 4 de Nat.

(3) S. Iren. L. 3. c. 7.

PUNTO SEGUNDO.

1. Ordenábase en la ley de Moisés la Circuncision de todos los hijos varones, y esto por varias causas, como observan los sagrados espositores:

1.^a Como un remedio necesario para salvarse: pues como dice San Agustín: «Circumcisio fuit illius temporis Sacramentum, quod significabat nostri temporis baptismum (1).»

2.^a Como una señal que distinguiese al pueblo de Dios de las naciones infieles: pues en sentir de Tertuliano, de acuerdo con los demás doctores de la Iglesia: «Abraham acceperat Circumcisionem, quæ esset in signum temporis illius (2).»

Bajo ninguno de estos conceptos estaba Jesucristo comprendido en la ley. En primer lugar la Circuncision se habia establecido para los párvulos que nacian por la via comun de la generacion: y Jesucristo no habia sido concebido por obra de varon, sino por la operacion del Espíritu divino en el seno virginal de María. En segundo lugar aquella ceremonia fué ordenada como un remedio del pecado de origen: y Jesucristo al nacer no habia contraido la menor mancha de culpa: «Soli enim Dei Filio servabatur sine delicto permanere,» escribe el mismo Tertuliano (3). Además ninguna necesidad tenia Jesucristo de semejante señal para distinguirse de los demás, hallándose consagrado con la uncion de la divinidad y sellado con el carácter sagrado del Verbo. Libre era pues de someterse ó no someterse á aquella ley humillante y dolorosa; de su voluntad únicamente pendia la eleccion. Y sin embargo, obedece un precepto que no le obligaba, que terminantemente le escluia. ¿Y por qué? Para manifestarnos que si él siendo Dios, impecable, santo, y de ninguna manera sujeto á la ley mosaica, se abnegaba hasta el extremo de

(1) S. Aug.

(2) Lib. adv. Marc. 2.

(3) Ib. 19.

aceptarla, siendo para él tan repugnante y envilecedora, con mayor razon debe el hombre someterse al yugo de los divinos preceptos que tan gravemente le ligan á su cumplimiento.

2. Los santos Padres hacen varias reflexiones sobre los motivos y fines de la obediencia de Jesucristo á la Circuncision legal.

Obedeció libre y espontáneamente, dice Tertuliano: «*Quia oblatio obsequii in voluntate est (1).*» Por eso los apóstoles, los mártires, los confesores, etc., á ejemplo de su divino Maestro, en los peligros, en las dificultades, y hasta en la muerte, inclinaron con prontitud sus cuellos ante el yugo de la obediencia.

Obedeció tambien para mostrar con su ejemplo que la obediencia, hija de la verdadera humildad, es el camino mas recto y seguro para llegar á la cúspide de la perfeccion cristiana: «*Considera, escribe Teofilacto, quod humiliare ac obedire, opus est ejus qui a Deo egressus et ad Deum vadit: superbire autem, et inobedientem esse, opus est ejus qui a dæmone venit et ad dæmones vadit (2).*»

Obedeció asimismo para hacernos ver prácticamente la honra y veneracion que debemos á los preceptos de nuestros mayores; pues si él siendo Hijo de Dios respetó la ley Mosáica, y no se desdenó de circuncidarse como lo hicieron los patriarcas y profetas, ¿cómo nos dispensaríamos nosotros de pagar ese justo tributo de obediencia y sumision, especialmente á los que fueron nuestros padres en la fé, y á los que están investidos de la mision de regirnos y gobernarnos? Y tanto mas debemos hacerlo, cuanto que en sentir de San Ireneo, esta es una de las señales características del cristianismo: «*Revereri præstantiores atque majores, christianum est (3).*»

Obedeció por último, dicen los PP., para sancionar con su obediencia á una ley de que estaba exento, la obras de supererogacion y los consejos evangélicos á que no todos se hallan obligados: pues como escribe San Bernardo: «*Consilium dat non præceptum, qui non dicit: Esto perfectus; sed, si vis perfectus esse; quia libertas*

(1) L. de Orat. 9.

(2) In C. 45. Joan.

(3) S. Iren.

voluntatis quæ cum bona est, supra legem est, non cogitur, sed suadetur, et ipsa sibi lex est (1).»

Reconozcamos pues en el presente misterio cuánto nos amó Jesucristo, pues desde su mas tierna infancia se manifestó tan deseoso de salvarnos, prodigando su sangre pura é inocente, y sujetándose al padecimiento y al dolor. Aprendamos á obedecer á Dios y á cumplir sus leyes en el ejemplo de un Salvador que lleva su abnegacion hasta el extremo de resignarse á cumplir una ley que, sobre exceptuarle en términos espresos, era para él sumamente humillante, y rebajaba su dignidad, su santidad y todos sus divinos atributos. Solo haciéndolo así podremos aspirar á la suprema bienandanza que tiene prometida á sus fieles imitadores, etc.

(1) Serm. 2 in Conv. S. Pauli.

PLAN DE UN DISCURSO

PARA EL DIA DE LA EPIFANÍA Ó ADORACION DE LOS
SANTOS REYES.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.

Hemos visto su estrella en Oriente, y venimos á adorarle.

MATTH. II. 2.

TRES clases de personas figuran en el misterio de este día, y todas ellas se hallan perfectamente caracterizadas en el presente Evangelio. Unos magos fervorosos que vienen á adorar á Jesucristo guiados por una estrella milagrosa; unos judíos indiferentes que rehusan someterse al nuevo Rey de los judíos; y un monarca impío que fingiendo querer adorar al recién nacido infante, solo busca el medio de satisfacer su orgulloso encono vengándose de él y haciéndole desaparecer de la tierra. En los primeros se hallan representados los cristianos que buscan al Señor de buena fé, y le encuentran; en los segundos están personificados los falsos justos que creen haber hallado á Dios, cuando cada vez se alejan mas de él; el último es el tipo de los impíos, que solo buscan á Dios para insultarle y escarnecerle. Prescindiendo por hoy de los demás, solo voy á presentaros los primeros como un modelo que debéis imitar:

1.º Modelo de fé en buscar á Jesucristo por los medios que únicamente puede ser hallado.

2.º Modelo de fervor en adorarle como lo exige su augusta magestad.

PUNTO PRIMERO.

En la fé de los reyes magos resplandecen todos los caractéres que exige Dios de los que en él buscan el verdadero camino de la verdad. Todos ellos están reducidos á la sinceridad segun el lenguaje de la Sabiduría: *In simplicitate cordis quærite illum* (1). Buscar á Dios sinceramente, es buscarle: 1.º, con prontitud y sin dilaciones; 2.º, generosamente y á pesar de todos los obstáculos que á ello se oponen; 3.º, constantemente y sin acobardarse en los peligros; 4.º, exactamente aprovechando todas las inspiraciones de la gracia. Hé aquí las disposiciones que yo admiro en la fé de los reyes magos.

1. Ellos buscan á Jesucristo con prontitud. No bien ven aparecer la estrella mensajera, cuando sin la menor dilacion se preparan á seguirla. Ningun intervalo media entre sentir la verdad y aceptarla, entre conocer el deber y cumplirle, entre discernir el bien y ejecutarle. En ellos la fé pasa en un momento á ser conviccion, el deseo se cambia en resolucion, el proyecto se reduce á la práctica. La gracia no halla en sus corazones la mas leve resistencia: llegar, llamar, y triunfar, es la obra de un mismo momento. *Vidimus stellam ejus, et venimus.*

¿Lo ejecutamos así nosotros? ¿Es nuestra fé tan pronta y eficaz? Tan luego como en nuestro corazon escuchamos la voz de la gracia que nos impele á buscar al Señor, ¿abandonamos todos los negocios del tiempo por acudir al llamamiento divino? ¿Qué série de graves reflexiones se desprende de este hecho! etc. Los magos obran con tanta prontitud, porque conocen que en un asunto de tamaña importancia, toda dilacion es arriesgada, todo retardo peligroso, y que hay pérdidas que son irreparables, porque no siempre se encuentra la ocasion oportuna de conseguir lo que se desea, sobre todo cuando no se han aprovechado los felices momentos de la gracia, segun

(1) Sap. I. 4.

(1) S. Leo. Sermon. I. de Epiph.

aquello de la Escritura: *Queretis me et non invenietis* (Joan. VII. 34). Y ¡ay de los que presuntuosamente confiados, difieren seguir las inspiraciones divinas!

2. Por eso los magos no solamente buscan á Jesucristo con prontitud y sin dilaciones de ninguna especie, sino que siguen generosamente el rumbo que les traza la estrella, sobreponiéndose á todos los obstáculos que pudieran entorpecer su marcha. La rectitud de sus corazones sabe triunfar de las repugnancias de la naturaleza y del temor de los hombres. Sin duda ellos caminan inciertos del éxito de sus investigaciones, confiados á la direccion de un astro fugitivo, y sin otros indicios que puedan descubrirles el camino. Y sin embargo, contando con la Providencia, marchan en pos de su conductor, en la firme fé de que quien les ha llamado no dejará de conducirlos á su término: «*Dedit aspicientibus intellectum qui præstitit signum; et qui fecit intelligi, fecit inquiri* (1).» En vano les opondria la prudencia del siglo que era una temeridad abandonar sus estados, sus familias y sus intereses por ir en busca de una aventura; que se esponian á ser el escarnio de sus convecinos y la befa de sus pueblos en caso de salir fallidas sus esperanzas; que tal vez podrian ser victimas de su fanatismo, cayendo en manos del impío Herodes, etc. A estas objeciones de la carnal prevision del mundo, no responderian mas que lo que siempre y donde quiera se les oyó decir: *Vidimus, et venimus*. Hemos visto el astro infalible de la verdad, y nunca temeremos ser engañados por él, etc.

3. A la prontitud y generosidad añaden los magos la mas heroica constancia. La estrella que les mostraba el camino, se les oculta cerca de Jerusalem. Hedles sin norte, sin luz, sin consuelo, sin esperanza. Mucho menos que esto hubiera bastado para desanimar á otras almas no tan constantes como las suyas. Pero esta nueva prueba no es para ellos sino un nuevo estímulo que les hace buscar á Jesucristo con mas ardor. Una vez decididos á llevar adelante sus proyectos, lejos de retroceder en el camino del bien, marchan adelante, penetran sin el menor recelo en aquella gran ciudad, resi-

(1) S. Leo. Serm. I. de Epiph.

dencia del pérfido Herodes, atraviesan sus calles, y llegan al mismo palacio del monarca, preguntando: «¿Dónde ha nacido el nuevo rey de los judíos?» Admira aquí el Crisólogo la fé de los magos, su resolución heroica, y su constancia superior á todo peligro; pues sus palabras, mas bien que una pregunta, son un insulto, un amargo apóstrofe lanzado á aquel pueblo ingrato que desconocia al Mesías que tenia en su seno: «Dicendo: Ubi est Rex judæorum?, non interrogant, sed insultant, quando scientes interrogant, nescientes non ignorant, sed negligentes arguunt, increpant desides, malos product, contumaces verberant (1).»

4. Por último, los magos buscan á Jesucristo por todos los medios que les inspira la gracia. Habiendo perdido la estrella, recurren á los oráculos, interrogan al pueblo depositario de ellos, consultan á sus ministros, á sus doctores, á sus sacerdotes, á todos cuantos pueden facilitarles alguna noticia del rey recién nacido objeto de sus deseos. ¿Y por qué tanta insistencia? ¿Por qué tantas consultas é investigaciones? Porque sabian, sin dudar, que habia venido al mundo; estaban seguros de la existencia de aquel á quien buscaban; y como todas sus aspiraciones se dirigian á hallarle, se creian en el caso de no omitir ningun medio que al logro de su objeto pudiera conducirles. «¿Quid ab hominibus quærunt, dice el citado Doctor, qui per Deum noverant quod quærebant? ¿Ut quis illis ad hoc humanæ demonstrationis officium, quibus ad hoc cæli sidera serviebant? ¿Quid illis lucerna templi, quibus cæli sidus mirabile serviebat? (2)» Pero habia en esto, continúa el mismo Santo Padre, un designio providencial, á fin de que los hombres oriundos de la gentilidad fuesen los que arguyesen á los depositarios de las tradiciones mesiánicas, para confundir y anatematizar su perfidia é incredulidad; pues aquella pregunta: «¿Dónde está el rey de los judíos?» equivale á decir: «Cur rex judæorum in præsepio jacet, et non decumbit in templo? ¿Cur non fulget in purpura, sed squallet in pannis? ¿Cur latet in specu, et manifestus in sanctuario non habetur?

(1) S. Petr. Chrys. Serm. 256.

(2) Ib.

(1) S. Petr. Chrys. Serm. 256.

Acceperunt jumenta in præsepio, quem in domo sua recipere vos sprevistis (1).»

Visto ya en los magos el modelo de una fé pronta, generosa, constante y esquisita en buscar á Jesucristo, veamos ahora en ellos un modelo de fervor en adorarle cual conviene á su divina magestad.

PUNTO SEGUNDO.

Llegados por fin los Santos Reyes al término de sus deseos, hallan con singular gozo al recién nacido Rey en el establo de Belen. Entran en aquel rústico albergue, y ofrecen al Señor sus homenajes y sus dones, en lo cual brilla: 1.º, una consideracion divina; 2.º, una adoracion pública; 3.º, una ofrenda proporcionada á las circunstancias del nuevo Monarca.

1. Ningun objeto humano ven en aquel establo que pueda atraer sus miradas. Un oscuro albergue, un niño débil, una madre pobre, ¡qué espectáculo para unos reyes opulentos de Oriente! Sin embargo, ellos ven que los cielos fijan sobre aquella morada el curso de una nueva estrella; que aquel niño, á pesar de su debilidad, tiene en alarma á toda Jerusalem y á su sombrío monarca; que sobre la frente de aquella madre brilla la flor de la modestia y del candor. Estas señales nada sospechosas los revelan la presencia de un Hombre-Dios, sus grandezas los arrebatan, sus humillaciones los confunden, sus maravillas los asombran, sus sufrimientos los enternecen. Comprenden en fin todo lo que él posee por esencia, y lo que ha aceptado por su libre eleccion, y en su consecuencia, le respetan como á su dueño, le aman como á su Salvador, le temen como á su juez. ¡Oh fervor digno de admiracion! ¡Cómo confunden los magos con su piedad la indiferencia é ingratitud de aquel pueblo llamado á ser el heredero de todas las promesas del cielo! «Plus cœleste, dice el mencionado San Pedro Crisólogo, de Magis, quam

(1) S. Petr. Chrys. Serm. 256.

(1) S. Petr. Chrys. Serm. 256.

(2) Id.

stella signum est, quod Judææ regem, quod legis auctorem Magus scit, nescit Judæus; Chaldaea defert, non defert Judæa; Hierosolima aversatur et refugit, Syria sequitur et adorat (1).»

2. El fervor de los Magos no se limita á sentimientos interiores, sino que se espresa en una adoracion pública y brillante. A pesar de su régia estirpe, y á despecho de toda su magnificencia oriental, se prosternan delante de aquel niño, adóranle pecho por tierra; *Procidentes adoraverunt eum.* (Matth. II. 2.); dando con esto un testimonio auténtico de la mas perfecta sumision á aquel invisible monarca, á quien reconocen dueño de su inteligencia y de su corazon. De este modo glorifican al Señor, á la par que edifican al mundo, y concurren á cumplir los designios de la Providencia, siendo los primeros á realizar los oráculos que anunciaron su supremo dominio y su imperio universal en toda la tierra. *Et adorabunt eum omnes reges terræ: omnes gentes servient ei.* (Ps. LXXI. 11.) Hé aquí lo que movió á San Agustin á escribir aquella notable sentencia: «Est quidem Coesar rex homo hominibus ad humana, sed alius est rex ad divina. Alius rex ad vitam temporalem, alius ad æternam. Alius rex æternus, Alius rex cœlestis. Rex terrenus sub lege cœlesti, rex cœlestis super omnia (2).» Y en otro lugar se dirige á los monarcas terrenos y les dice: «Constituto rege Christo, nolite tristes esse, reges terræ, quasi bonum vestrum vobis ablatum sit: sed intelligite potius et erudimini. Id enim vobis expedit, ut sub illo sitis a quo intellectus et eruditio vobis datur: et hoc vobis expedit, ut non témere dominemini, sed Domino omnium cum timore serviatis, etc. (3).»

3. Finalmente los Magos presentan una ofrenda proporcionada á las circunstancias y cualidades del nuevo monarca. Cuanto de mas rico y precioso posee el Oriente lo depositan á los piés del recién nacido: oro, incienso y mirra; en cuyos objetos se halla simbolizada la magestad, la divinidad y la humanidad de Jesucristo, segun el sentir de los sagrados espositores.

(1) S. Petr. Chrys. Serm. 256.

(2) S. Aug. in Ps. 55.

(3) Id. in Ps. II.

Digno era de recibir tales obsequios quien habia sido constituido rey inmortal de los siglos sobre el monte santo de Sion, quien á través de los tupidos velos de una carne débil, encerraba en su seno todos los tesoros de la divinidad, y quien sin dejar de ser Dios eterno y sin principio, engendrado antes de los tiempos, era á la vez verdadero hombre nacido temporalmente del seno de una mujer. Con razon escribe Tertuliano, hablando de estos preciosos y significativos dones: «Nam et thus illud, et myrram et aurum ideo infanti tunc Domino obtulerunt, quasi clausulam sacrificacionis, et gloriæ sæcularis, quam Christus erat adepturus (1).»

Aprendamos pues de los reyes magos á buscar á Jesucristo con una fé sincera y efectiva, adornada de las cualidades que en ellos hemos admirado. Aprendamos tambien á adorarle como se merece su grandeza y magestad. Sigamos fieles el astro de la verdad que nos ilumina á través de los ásperos y dificiles senderos de este mundo, si queremos hallar al Señor, y hallándole disfrutar un dia de su eterna felicidad.

(1) L. de Idol. 9.

(1) St. Pat. Chris. Serm. 200.

(2) St. Aug. in Ps. 88.

(3) Ib. in Ps. 11.

PLAN DE UN DISCURSO

PARA EL DIA DE LA ASCENSION DE JESUCRISTO
Á LOS CIELOS.

Ascendisti in altum, cepisti captivitatem, accepisti dona in hominibus.

Subiste á lo alto, llevaste contigo á los cautivos, y recibiste dones para los cautivos.

PSALM. LXVII. 49.

Las humillaciones del Hombre-Dios habian sido tan profundas, que de justicia exígian una reparacion conveniente, y una indemnizacion proporcionada. Habia sido tratado como gusano vil de la tierra, como lo mas despreciable de la humanidad, cumpliéndose así los vaticinios proféticos. El mundo le habia contemplado muriendo en una Cruz á guisa de criminal, y recibiendo en sus postreros instantes las maldiciones de una generacion incrédula y deicida. ¿Por qué pues no habia de ser testigo de sus grandezas, y espectador de sus triunfos? El mayor de todos ellos estaba reservado para el dia de su gloriosa Ascension á los cielos, á donde debia llevar aherrojada á su carro victorioso la cautividad misma, segun el lenguaje de los Salmos: *Ascendisti in altum cepisti captivitatem*. En este dia, dice Tertuliano, brilló toda la sábia economia de la Redencion: «*Hodier-na festivitas divinæ æconomiae pulchritudinem mirifice illustratur* (1).» Y San Bernardo llama á la presente festividad: «*Felix clausula totius itinerarii Filii Dei* (2).» ¿Por qué? Porque en el misterio de la Ascension de Jesucristo á los cielos se consumó:

- 1.º El triunfo de su magestad.
- 2.º La exaltacion de su humildad.

(1) Tert. L. 4 adv. Marc.

(2) S. Bern. de Epiph.

PUNTO PRIMERO.

1. La magestad de Dios habiase ocultado bajo las esterioridades del hombre. Mientras Jesucristo vivió y conversó en la tierra, nada en él revelaba aquel fondo de grandeza que le era comun con su Eterno Padre; y á pesar de sus portentosos hechos, no pocos le desconocieron y negaron. Llega empero el dia en que despues de haber consumado la grande obra de la reparacion, torna al seno de aquel por quien fué enviado al mundo; y entonces es cuando desarrolla toda aquella gloria y magnificencia que le merecieran sus padecimientos, y que recibió en su resurreccion, verificándose las palabras del Salmista: *Dominus regnavit, decorem indutus est.* (Psalm. XXXII. 4.) O como espone San Agustin: «Gloria, splendore, celsitudine, magnificentia, pompa, majestate (1).» En efecto, Jesucristo se reviste en su Ascension de todas las dotes de que voluntariamente se habia despojado en su Encarnacion. Allí apareció á los ojos de los hombres sin hermosura, sin gloria, sin esplendor, sin poder, sin magestad: aquí se deja ver como un Dios en quien resplandecen todos esos atributos en el mas alto grado; y su triunfo es el mas magnífico y grandioso que jamás presenciára el universo.

2. Puede concebirse alguna ligera idea de este triunfo de Jesucristo haciendo un paralelo entre él y el de los romanos emperadores. Cuando uno de estos entraba victorioso en aquella gran capital del mundo, era llevado en una carroza elevadísima: Jesucristo sube al Empireo sobre una luminosa nube que le sirve de carro triunfal. Tras la carroza de los emperadores victoriosos, formaban un brillante cortejo los ciudadanos que habian sido libertados del poder del enemigo: á Jesucristo siguen en pos las almas de los justos que habian permanecido detenidas en el Limbo durante muchos siglos, y no pocos cuerpos resucitados como trofeos de su resurreccion. Precedian el triunfo de los emperadores romanos los reyes que ha-

(1) S. Aug. in Ps. 32.

(1) Tert. l. 1. c. 1. de Res. Marc.
(2) S. Bern. de Epiph.

bian sojuzgado , y los soldados que habian sido vencidos en la pelea: Cristo victorioso del enemigo comun de la humanidad, á quien sojuzgára en la Cruz, lleva delante de sí la muerte aberrojada y cautiva: *Ante faciem ejus ibit mors*. Los ejércitos vencedores insultaban al paso á los cautivos: las cohortes victoriosas de Jesucristo esclamaban en el dia de su Ascension: «¿Ubi est mors victoria tua?» Al entrar los emperadores en la ciudad eterna , echábanse abajo las murallas , como si no fuesen bastante anchas las puertas para recibir al triunfador. En la entrada de Jesucristo en su reino, los ángeles levantan las puertas eternas, segun el lenguaje profético, para hacer paso al rey de la gloria: y como dice San Ambrosio: «Triumphatoris æterni manubias intuentes, quasi eum quem emiserant cœli portæ capere non possent, licet ejus nunquam capiant majestatem, majorem viam quærebant aliquam revertendi (1).» Los emperadores Romanos ostentaban su magnificencia distribuyendo á los ciudadanos ricos dones: Jesucristo entrando en el cielo colma de bienes y delicias á los habitantes de la Jerusalem triunfante: «Gloriam resurrectionis et immortalitatis Christus secum tulit, dice San Gerónimo, quo illius patriæ cives lætificaret et ditaret (2).» Una multitud inmensa de gentes acudian á celebrar el triunfo de aquellos victoriosos emperadores, cantando himnos y entonando alabanzas en torno suyo: Jesucristo sube al cielo en medio del júbilo universal y de las ovaciones de los ángeles que le rodean en número incalculable, segun la frase del profeta: *Currus Dei decem millibus multiplex millia lætantium* (Ps. LXVII.), ó como dice San Agustin, *Decies mille multiplex*; los cuales dispuestos en varios coros celebran las grandezas de aquel que va á llenar las ruinas de los malos espíritus. Los vencedores romanos honraban la ciudad con grandes privilegios, y la adornaban con monumentos preciosos: Jesucristo, escribe San Agustin: «Aquam consecrat cum baptizatur; terram sanctificat dum sepelitar; mortem suscitatur dum resurgit; cœlestia glorificat dum ascendit ad cœlum (3).»

(1) S. Ambros. de Asc.

(2) S. Hyer. in C. 7. Pro.

(3) In Ps. 37.

3. En la Ascension del Salvador, se manifiesta su divinidad en todo el lleno de su magnificencia. Entonces es cuando en el cielo resuena aquel cántico entusiasta del Apocalipsi: «Digno es el Cordero que fué sacrificado de recibir el honor, la gloria y la divinidad. (Apoc. V.) No porque Jesucristo no fuese Dios desde el instante en que la humanidad se unió al Verbo, sino porque entonces no era conocido como tal. Pero tanto en su resurreccion como en su Ascension, la divinidad se manifestó visiblemente. De la primera dice San Ambrosio: «Resurrexit homo, quoniam homo mortuus et resuscitatus homo, sed resucitans Deus; tunc secundum carnem homo, nunc per omnia Deus.» De la segunda se espresa San Agustin en los términos siguientes: «Hodierna festivitas nobis hominis et Dei sacramenta manifestavit, in una eademque persona, in eo qui elevat, divinam potentiam; in eo qui elevatur, humanam agnosce sententiam (1).»

Hemos considerado el triunfo de la magestad de Jesucristo en su Ascension, contemplemos ahora la exaltacion de su humildad.

PUNTO SEGUNDO.

La sublimidad de Jesucristo en su Ascension, correspondió perfectamente á su humildad en la Encarnacion. Bajó del cielo á la tierra, y ahora eleva la tierra al cielo; fué rebajado en condicion á los ángeles, y ahora es ensalzado sobre ellos; humillóse bajo el imperio de su Padre, y ahora es sublimado hasta su mismo sólio. Tres reflexiones dignas de vuestra atencion:

1. Frecuentemente se denomina la carne tierra, bien así como el espíritu es llamado cielo. El Hijo de Dios en su Encarnacion descendió á la tierra; «dum in utero Virginis caro figuratur, nascitur homo Deo mistus,» segun el lenguaje de Tertuliano (2). Así es, que como advierte oportunamente San Agustin, la Sagrada Escritura para manifestar mas visiblemente la humildad de Jesucristo, «carnem

(1) S. Aug. Serm. 475 de Temp.

(2) Apol. 24.

pro homine posuit (1).» Grande fué, pues, la humillacion á que se sujetó tomando nuestra carne, pero no fué menor la altura á que la sublimó llevándola consigo al cielo en su Ascension gloriosa. Hablando de esto el Padre San Gregorio, esclama: «Illa natura cui dictum est: terra est, et in terram ibis... et in cœlum ibis...» Y añade San Epifanio: «Hodie novum plane et peregrinum spectaculum mundo ostendit carnem nostram supra solium regium evectam (2).» ;Admirable prodigio! Propio es de la naturaleza del fuego el subir, bien así como lo es de la tierra el bajar hácia su centro. En la Ascension del Salvador, la tierra se elevó sobre los demás elementos, ya que en su Encarnacion el fuego habia descendido á la tierra, segun la observacion de un sábio: «Christus, dice San Agustin, terram levavit in cœlum; recepit se intra velamina divina cum carne majestas; sub pedibus Christi famulantia ætera jacuerunt (3).» Así se verificó lo que dice el Apóstol: *Qui descendit in inferiores partes terræ, ipse est et qui ascendit super omnes cœlos.* (Ad Eph. IV.)

2. El Hijo de Dios habia sido rebajado en condicion á los ángeles haciéndose hombre; pues aunque segun la divina naturaleza fuese infinitamente superior á ellos, no obstante segun la naturaleza humana hallábase en un grado inferior: «Etsi præeat majestate, tamen humilitate succumbit (4).» Mas ¡cuánto no fué ensalzado en su Ascension, colocándose sobre los coros de los querubines y serafines, y dejando bajo de sí los tronos, las potestades, las virtudes, las dominaciones, como escribe el Apóstol! (Ad Eph. I.) «Ipse et idem, dice San Agustin, cœlos ascendit, carnem quam de matre suscepit super astra transvexit, honorans omnem humanam naturam et multo magis maternam (5).» De donde se deduce que el triunfo de la humildad de Jesucristo consumado en este misterio, es no menos glorioso para la humanidad entera á quien hizo participante

(1) Ep. 20 ad Honor.

(2) Serm. de Asc.

(3) Serm. de Asc.

(4) S. Bern. Serm. 23 in Cant.

(5) S. Aug. Serm. de Asc.

de su exaltacion, que á sí propio que fué colocado sobre cuanto hay de grande y escelso en la tierra y en el cielo, á la diestra de su eterno Padre.

3. Bajo el imperio de éste habíase abatido y anonadado hasta el esceso, pues siendo igual á él en la naturaleza, tomó la forma de siervo naciendo á semejanza de los demás hombres, y como tal vivió entre ellos. Pero cuanto mas profunda fué su humillacion haciéndose carne, mas resplandeció su grandeza divina en el dia de su Ascension, remunerándole abundantemente el Padre, é indemnizándole de sus pasados abatimientos con usura. Malamente han pretendido deducir de aquí algunos espíritus erróneos la desigualdad entre las divinas personas. San Ambrosio les refuta victoriosamente con las siguientes palabras: «Attende oculos, intueri qui sedeat, cum quo sedeat, ubi sedeat. Sedet ergo ad dexteram Patris Filius: dic nunc qui de sæcularibus arbitraris cœstimanda divina; ¿num tibi videtur inferior qui ad dexteram sedet? ¿num injuria Patris qui ad sinistram sedet? Pater honorat, ¿et tu injuriam putas (1)?»

Ahora bien, cristianos, deducid de lo dicho la consoladora consecuencia que saca San Bernardo. No en vano Jesucristo quiso demostrar el triunfo de su magestad, y la sublimacion de su humildad en el presente misterio, sino que en ello se propuso legarnos un ejemplo y una esperanza: «Ab ipso demonstranda nobis ascensionis via, ne ductoris, imo seductoris iniqui, aut vestigium aut consilium sequeremur (2).» Hay una ascension funesta que produce el descenso, y tal es la de los soberbios, que como Lucifer pretenden escalar el cielo y asaltar el trono del Altísimo, de los cuales se ha escrito: *Ascendunt usque ad cœlos, et descendunt usque ad abyssos.* (Ps. CVI.) Por el contrario, hay un modo de descender, que produce la ascension, y este es el que con su ejemplo nos enseña el Salvador. ¿Quereis pues subir con él al cielo? Pues como él descendió hasta la tierra, esto es, humillaros como se humilló, y día vendrá en que vuestra humildad recibirá el premio y la recompensa con la corona de la inmortalidad.

(1) S. Ambr. L. 2 de Fid.

(2) S. Bern. Serm. de Asc.

PLAN DE UN DISCURSO

PARA EL DIA DE PENTECOSTÉS, Ó VENIDA DEL ESPÍRITU
SANTO.



Spiritus Domini replevit orbem terrarum.

El Espíritu del Señor llenó toda la tierra.

SAP. I. 7.

EL Hijo de Dios despues de haber declarado la perfecta igualdad que le unia con su Padre respecto á la esencia, y la diversidad de las personas, prometió á los apóstoles que les enviaría el Espíritu Paráclito ó consolador para que los enseñase toda verdad y diese testimonio de él. Con estas palabras demuestra Jesucristo que él juntamente con el Padre son principio productor del Espíritu Santo; puesto que mal podria ser enviado del Padre en nombre del Hijo si de ambos no procediese. Por eso el Padre no es enviado ni por el Hijo ni por el Espíritu Santo, porque no es producido por nadie; el Hijo solamente es enviado por el Padre, porque solamente es engendrado por él y no por el Espíritu Santo; y éste por el contrario es enviado por el Padre y el Hijo, porque procede de uno y otro.

No vamos á desenvolver aqui el misterio de esta procedencia, y si únicamente debemos considerar el gran beneficio que la tierra recibió en el dia de Pentecostés con el descendimiento de ese Espíritu de verdad, de sabiduría, de fortaleza, etc. Dos puntos dividirán el asunto de este discurso.

1.º La grandeza del dón que la humanidad recibe en este dia.

2.º La necesidad de aprovecharse de él para experimentar sus saludables efectos.

PUNTO PRIMERO.

La mision del Espíritu Santo participa de la eternidad y del tiempo: de la eternidad porque como hemos dicho procede eternamente del Padre y del Hijo; del tiempo porque sin experimentar variacion alguna, comienza á existir de un modo nuevo en las criaturas, ya invisiblemente infundiéndolas la gracia santificante, ya visiblemente manifestándose bajo algun signo sensible, análogo á los efectos que está destinado á producir en el alma del que le recibe. Por eso en el dia de Pentecostés descende sobre los apóstoles en forma de fuego, para denotar: 1.º la necesidad de la gracia que simboliza; 2.º su divinidad; 3.º su suavidad.

1. Es de fé que el Hijo de Dios subiendo al cielo envió el Espíritu divino á la tierra, cuya gracia es de necesidad tan absoluta, que sin su auxilio es imposible ni concebir el bien, ni quererle, ni ejecutarle. No sin una causa providencial dicen los espositores se dejó sentir en aquel dia de Pentecostés un ruido como de un viento impetuoso (Act. II.), para denotar no solamente que el Espíritu Santo es el Amor personal producido por cierto impulso de la voluntad del Padre y del Hijo, sino muy principalmente para significar que la gracia de ese divino Espíritu no es menos necesaria para la vida sobrenatural del alma, que lo es el viento ó el aire que respiramos para la vida fisica del cuerpo. Pues como dice San Cipriano: «Ab Spiritu Sancto procedit omnis inspiratio, suspiratio, et aspiratio, ad divina.» A la manera que el que navega en alta mar necesita de ese impulso que le ayude á salvar el inmenso espacio, así, escribe Tertuliano, nos es preciso el impulso del Espíritu Santo para atravesar sin riesgo el océano de la vida presente: «Inter hos scopulos et sinus, inter hæc vada et freta velificata Spiritu Dei fides navigat tuta (1).» Comentando San Ambrosio aquellas palabras de la Escritura: *Surgit Aquilo et venit Auster*, entiende este pasaje del advenimiento del

(1) Tert. lib. de Idol. 24.

Espíritu Santo que es un fuego divino cuyas propiedades son calentar é inflamar los corazones con la caridad que por él se nos dá, según el Apóstol: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* (Ad Rom. V.).

2. ; Y cuánta es la diversidad de sus dones! Con razon es llamado en la Escritura *unicus et multiplex*: único en la divinidad que le es comun con el Padre y el Hijo; múltiple en la reparticion de sus gracias. Siendo pues uno y siempre el mismo en si el Espíritu Santo, multiplíquese no obstante *ad extra* derramando en las almas ya la sabiduría, ya la inteligencia, ya la fortaleza, ya la ciencia, ya la piedad, ya el temor de Dios, y por eso toma todas esas denominaciones como observa el P. San Juan Crisóstomo, para denotar las muchas y distintas operaciones y los diversos efectos de la gracia. *Hæc omnia*, dice San Pablo, *operatur unus atque idem Spiritus*. (I. Cor. XII.) Y San Bernardo añade: «Vere multiplex Spiritus qui tam multipliciter filiis hominum inspiratur (1).»

Nadie hay, escribe San Agustin, que deje de oír su voz: «Sonat Psalmus, vox est Spiritus Sancti; sonat Evangelium, vox est Spiritus Sancti; sonat sermo divinus, vox est Spiritus Sancti; multis itaque modis vocem Spiritus Sancti audimus.» Háblanos unas veces por medio de la muerte de nuestros prójimos, otras por medio de las desgracias de que somos testigos; ya con las enfermedades que nos afligen, ya con los reveses que amargan nuestra existencia; aquí con los buenos ejemplos, allí con las lecturas piadosas; y donde quiera por todos los medios proporcionados á hacernos amar lo bueno y á huir de lo malo. «¿Quis percipere possit aut enarrare, dice San Próspero, per quos affectus visitatio Dei animum ducat humanum (2)?» Alios alloquitur ut filios; alios ut fratres, alios ut amicos compellit, instigat, et ad se atrahit; inhortatur mentem, ut a malis desistat; inhortatur animam, ut Deo se uniat; a terrenis transfert, ad cælestia vocat, etc. (3)»

- (1) Serm. 3. Pent.
- (2) S. Prosp. Collat.
- (3) S. J. Chrys.

- (1) Pict. in Luc.
- (2) De ag. Christ.
- (3) Orig. Hom. 22 in Joan.
- (4) L. de Bapt. 18.

3. La suavidad de su atraccion la describe San Ambrosio en estos términos: «Sine conatu: sunt enim donationes et gratia Dei (1).» Con estas palabras refutó el Santo Doctor el error de los Semipelagianos, los cuales si bien admitian la necesidad de una gracia interior, admitíanla como posterior al conato natural de la voluntad, en lo que constituian el principio de la salvacion. Ellas significan tambien que la gracia no infiere violencia alguna á la voluntad ni la impone ninguna necesidad; pues como dijo San Agustin: «Homo non esset optimus, si Dei præceptis necessitate, et non libertate serviret (2).» Por eso el Apóstol escribia á los Hebreos: *Contemplantes ne quis desit gratiæ Dei* (Ad Hebr. XII.). En cuyo pasage es de notar que no dice: «*ne cui desit gratia Dei*:» puesto que la gracia de Dios «*humanam trascendit necessitatem*» segun el lenguaje de Orígenes; sino que dice *ne quis desit gratiæ Dei*: por cuanto, añade el mismo: *Potestatis nostræ est divinæ inspirationi acquiescere* (3).» Tál es el dón que por medio del Espíritu Santo recibe el mundo en el dia de Pentecostés. Consideremos ahora la necesidad en que está el cristiano de aprovecharse de él para experimentar sus saludables efectos.

PUNTO SEGUNDO.

En sentir del sabio Tertuliano, la fiesta de Pentecostés se instituyó para celebrar los triunfos de la gracia del Espíritu Divino: «*Exinde Pentecostes ordinandis lavacris latissimum spatium est; quo et Domini resurrectio inter discipulos frequentata est, et gratia Spiritus Sancti dedicata* (4).» Para celebrar dignamente este dia, tres cosas son necesarias: 1.^a Conocer al Espíritu Santo; 2.^a recibirle; y 3.^a una vez recibido, conservarle cuidadosamente. Pero ¡cuán pocos son los que de este modo celebran la presente festividad!

(1) Præf. in Luc.

(2) De ag. Christ. 49.

(3) Orig. Hom. 22 in Joan.

(4) L. de Bapt. 49.

1. No todos conocen ese Espíritu de verdad que Jesucristo prometió enviar al mundo, por mas que sientan en sí mismos su existencia. Desconócenle en primer lugar los herejes que niegan ser él una de las tres divinas personas de la Trinidad beatísima, y por consiguiente combaten su divinidad y su majestad adorable. Desconócenle asimismo los griegos cismáticos que no quieren confesar su procedencia del Padre y del Hijo. De unos y otros puede decirse lo que de los judios decia en su tiempo Tertuliano escribiendo contra Marcion: «Abstulit Dominus a Judæa et a Hyerusalem inter cætera et prophetam et sapientem architectum, Spiritum scilicet Sanctum, qui ædificat Ecclesiam... Nunc exinde apud illos destitit gratia Dei; et mandatam est nubibus ne pluerent imbrem super vineam Sorech, id est cœlestibus beneficiis, ne provenirent domui Israelis (1).» ¿Y acaso le desconocen menos los cristianos que lejos de ser templos suyos, como dice el Apóstol, convierten sus miembros en otros tantos instrumentos de ruina y de reprobacion? Tengan pues presente los que rechazan las santas inspiraciones de la gracia, los que obran constantemente en oposicion con los interiores impulsos de su corazon, que no es á los hombres á quienes ofenden y engañan con su proceder indigno, sino que es al Espíritu Santo á quien resisten y mienten, segun la frase del príncipe de los Apóstoles: *Non es mentitus hominibus sed Deo* (Act. V.)

2. Mal pudieran recibir ese Espíritu divino los que no le conocen; y hé aqui el segundo punto de mi proposicion. En este caso se hallan los hombres entregados á los vicios, los que no observan los preceptos del Señor, los que á despecho de la voz interna de la gracia y del grito de su conciencia, dilatan el convertirse. Por demas es que el soberbio, el libidinoso, el avaro, etc. escuche sin cesar ese eco que le exhorta á no endurecerse y obstinarse en el pecado. Él se sobrepone á esa voz amiga, desentendiéndose de ese llamamiento; en lo cual por una parte resplandece el amor inefable del Espíritu Santo que no cesa de infundir al culpable las gracias necesarias para tornar al camino de la vida, y por otra la perversidad del corazon

(1) Lib. 3. adv. Marc. 23.

humano, que abusando de ellas en su propio daño, vive en una incesante lucha con ese principio vivificador. De estos puede muy bien decirse lo que de los obstinados judíos decía el primer mártir del cristianismo: *Dura cervice et incircumcisis cordibus, vos semper Spiritui Sancto resistitis* (Act. VI.)

San Agustín dice que el Espíritu Santo nos da su gracia como en arra de sí mismo: «*Spiritus Sanctus suam gratiam nobis tribuit sui ipsius arrham* (1).» Esta arra preciosa no la aceptan los mundanos de quienes ha dicho el mismo Jesucristo que no pueden recibir el Espíritu divino por cuanto no le conocen (Joan. XIV.); y no es de extrañar que así suceda, puesto que ese Espíritu representa la verdad, la caridad, la santidad, y en el mundo todo es error, discordia y perversidad. Tampoco pueden aceptarla los pecadores de quienes escribe el Santo Doctor que están llenos del espíritu inmundo, y vacíos del Espíritu Santo (2). Y por último los relapsos: «*in quibus Spiritus Sanctus non immoratur*» según Tertuliano (3), porque tan luego como le reciben, tornan á lanzarle de sí con sus reiterados crímenes.

3. Hemos dicho que la tercera condicion para experimentar los preciosos efectos de la gracia es conservar cuidadosamente el Espíritu Santo en nuestras almas. Ellas deben ser el sòlio de ese rey magnífico y sumamente generoso, el cual en tanto reside y reina en ellas, en cuanto permanecen en la justicia y la santidad. El P. San Gregorio Nacianceno escribe: «*Sessio hæc regis in Spiritu Sancto dignitatis excellentiam designat* (4).» Los Apóstoles comprendieron perfectamente esta verdad, puesto que una vez recibido el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, jamás le abandonaron, y siempre permaneció en sus almas fieles á sus divinas inspiraciones. Por eso despues de haberles dicho el Salvador que el mundo no podia recibirle porque no le conocia, añade: «*Vosotros empero le conoceréis, y en vosotros fijará su mansion y con vosotros estará* (Joan. XIV.).» Sobre

(1) L. de ver: et falt. pæn. c. 4.

(2) L. 5. Hær. c. 8.

(3) L. de Sped. 45.

(4) Tract. 34.

lo cual se espresa así San Agustín: «Erit in eis, ut maneat; non manebit, ut sit: prius est enim esse alicubi quam manere (1).» No lo hacen así los que despues de haber recibido el Espíritu Santo, y reconocido su imperio, arrojándole de su trono para colocar en él á sus pasiones, prefiriendo un tirano despótico á un monarca legítimo y bondadoso. Y si esto es horrible, ¡cuánto mas lo es considerando que el alma es el tálamo donde el divino esposo ha verificado esas bodas celestiales que forman la union mas indisoluble entre la humanidad y la divinidad, y que el mancillar ese tálamo augusto es cometer el mas punible adulterio, la mas grave infidelidad! Oid cómo se espresaba acerca de esto Tertuliano: «Proinde ad fidem pervenit (anima) reformata per secundam nativitatem ex aqua et suprema virtute, detracto corruptionis pristino aculeo, totam lucem suam conspicit. Exeipitur etiam á Spiritu Sancto, sicut in pristina nativitate a spiritu prophano. ¡O beatum connubium, si non admiserit adulterium (2)!»

Cuidemos, pues, dice San Agustín, de no mancillar ese tálamo con nuestras culpas, y de no ofender á ese divino esposo de nuestras almas dando entrada en ellas á unos vicios que las degradan y envilecen, al par que contristan al que aspira á ser el único dueño de todos nuestros afectos: «Hoc agite mortales, ne unquam polluat domicilium malignus spiritus (3).» Procuremos por el contrario, añade Tertuliano, trabajar por todos los medios posibles para que en nosotros persevere siempre ese Espíritu Santificador, que debe conducirnos un dia al eterno gozo del Señor: «Date operam ut vobiscum perseveret Spiritus Sanctus, et ita vos perducat ad Dominum (4).»

(1) Tract 74 in Joan.

(2) L. 2. de cult. foem. 4.

(3) L. 73. q. 42.

(4) Loc. cit.

PLAN DE UN DISCURSO

PARA EL DIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Tres sunt qui testimonium dant in cælo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt.

Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa.

I. JOAN. V. 7.

Los antiguos filósofos hablaban de cierta fuente en cuyas aguas apagábanse las antorchas encendidas, y por el contrario volvian á encenderse las que estaban apagadas. Esta alegoría me representa el misterio augusto de la Beatísima Trinidad, el cual es un abismo ó un mar inmenso de perfeccion en el que se estinguen todas las luces de la razon y de la ciencia humana, segun aquel dicho de San Gerónimo: «Trinitatis recta confessio est ignorantia scientiæ (1);» pero al propio tiempo vuelven á encenderse una vez sujetas al dominio de la fé. Y hé aquí la diferencia que existe entre los conocimientos naturales y los sobrenaturales: en los primeros es menester conocer antes las cosas para crearlas; en los segundos preciso es antes crearlas para conocerlas: *Intellige, ut credas verbum meum; crede, ut intelligas verbum Dei*. En el primer caso la ciencia precede á la fé; en el segundo la fé marcha delante de la razon: *Nisi credideritis non intelligetis*. (Isaïæ. LXXVIII.)

Es pues necesaria la fé, para que la razon pueda comprender el augustísimo misterio de la Santísima Trinidad. Ayudada y precedi-

(1) S. Hyer. in prog. 4, 48 in Isaiam.

da por aquella, puede muy bien ésta, sino penetrarle á fondo, al menos conocer lo bastante para no dudar: «Oportet, dice San Agustín, Trinitatem esse, qua nihil præstantius, et intelligentius, et beatius perfecta ratio potest invenire (1).» De este principio deduzco yo dos puntos que dividirán mi discurso:

1.º Nada hay mas conforme con la razon ilustrada por la fé, que el misterio de la Beatísima Trinidad.

2.º Nada hay mas digno de la razon ilustrada por la fé que la creencia del misterio de la Beatísima Trinidad.

PUNTO PRIMERO.

1. Todo cuanto el hombre piensa, decia Tertuliano, es un Verbo ó una palabra: «Quodcumque cogitaveris sermo est (2).» Y de hecho, nuestro entendimiento, con el acto de la inteleccion produce una palabra, ó sea el Verbo de su mente que es la imágen espresa de una potencia ó de un objeto. Hed ahí en la humana mente una figura de la generacion del Verbo eterno por el Padre. Este contemplándose á sí mismo en sus perfecciones infinitas produce su imágen, su Verbo, su palabra eterna en todo semejante á él. Hay sin embargo notables diferencias entre estas dos generaciones; puesto que en primer lugar, el entendimiento humano es antes que la palabra con prioridad de tiempo; pero el Eterno Padre no es antes que el Verbo divino, el cual es coeterno con su Padre, segun aquello del Salmista: *Filius meus es tu; ego hodie genui te.* (Psalm. II.) La palabra *hodie* denota la eternidad. Además, el entendimiento humano no produce siempre el verbo de su mente, aunque siempre esté en potencia de producirle; pero el Eterno Padre siempre está produciendo á su Verbo, y jamás puede cesar de esta produccion, puesto que le produce necesariamente: «Semper Filius erat in Dei nomine,» dice

(1) S. Aug. L. 83. Qu. 9, 16.

(2) Adv. Prax. 5.

Tertuliano (1). Asimismo el humano entendimiento produce muchas palabras ó verbos de su mente, por cuanto siendo finito y limitado, no puede abarcar con una sola nocion todos los objetos: mas la memoria fecunda é infinita del Padre comprende todos los objetos cognoscibles y engendra un Verbo único, infinito y coigual á sí. El Verbo ó la palabra producida por el entendimiento humano, no es una substancia, sino un accidente; por el contrario el Verbo divino no es un accidente, y sí una substancia: «Nec potuit carere substantia, quod de tanta substantia processit et tantas substantias fecit (2).» El verbo de la mente no permanece en el entendimiento humano, sino que se destruye, ya por lo finito de ambos, ya por la variacion del objeto; mas el Verbo divino siempre permanece y reside en su principio. El verbo de la mente distínguese esencialmente del entendimiento humano, porque el entendimiento es una potencia esencial del alma, en vez de que la palabra es un mero accidente; el Verbo divino al contrario no se distingue esencialmente, y sí solo personalmente de su principio generante: «Alium autem personæ, non substantiæ nomine, ad distinctionem, non ad divisionem (3).» El verbo de la mente no es persona, pues que no puede subsistir por sí propio; pero el Verbo divino es una persona distinta de la del Padre, y subsistente por sí misma: «Quæcumque substantia sermonis fuit, illam dico personam (4).» Ultimamente, el verbo humano no produce el amor substancial: pero el Verbo divino engendrado por el Padre, juntamente con él produce el Espíritu Santo.

2. En las inteligencias puramente espirituales hay dos especies de producciones: una del entendimiento fecundo con la que se produce la palabra; otra de la voluntad, de la que resulta el amor. Siendo Dios espíritu y la suprema inteligencia, existen en él esas dos especies de produccion sin el menor defecto, y con una total perfeccion. Solo el Padre es principio de la primera produccion; el Padre con el Hijo, es el principio de la segunda, puesto que engendrán-

(1) Adv. Prax. 24.

(2) Ib.

(3) Ib. 42.

(4) Ib.

dole *ab æterno*, le comunica la voluntad fecunda y productiva del amor personal, etc.

El Padre sin el Verbo no puede *expirar* ó producir el divino Espíritu, porque en la generacion comunica al Verbo la divina naturaleza y todas sus perfecciones esenciales. Ahora bien, entre estas perfecciones, existe la voluntad, la cual en el instante de la generacion del Verbo no produjo ni pudo producir el término de su *expiracion* sino en el instante posterior á la generacion del Hijo. Pues como discurre San Agustin: «Qui talem Filium genuit, gignendo dedit, ut etiam de ipso procederet Spiritus Sanctus (1).» Para mejor concebir esto, se deben suponer tres instantes de origen entre las divinas personas. En el primer instante, el Padre tiene de suyo una doble fecundidad, una del entendimiento, y otra de la voluntad. Una y otra están en potencia de producir un término; con la diferencia de que la fecundidad del entendimiento se halla en potencia *próxima* para engendrar al Verbo; pero la fecundidad de la voluntad, está solo en potencia *remota* para producir su término: por cuanto no puede tener una fecundidad próxima, á menos que subsista en dos personas mediante la subordinacion de la voluntad al entendimiento, y del amor espirado al Verbo engendrado. En el segundo instante el Padre engendra al Hijo que es el término de la segunda fecundidad, esto es la voluntad fecunda que todavía no ha producido su término, pero está en potencia próxima para producirle; lo cual declara el citado doctor, diciendo: «Genuit Filium, totum à toto, perfectum à perfecto, plenum à pleno (2);» no lleno de la fecundidad del entendimiento que quedó exhausta en la generacion del Verbo, sino lleno de la fecundidad de la voluntad, que todavía no ha producido su término. En el tercer instante, el Padre y el Hijo, con una misma virtud, que los teólogos llaman *expirativa*, producen el Espíritu Santo que es el término de la voluntad fecunda: «A quo habet Filius ut sit Deus, dice San Agustin, ab illo habet utique, ut etiam procedat Spiritus Sanctus.»

(1) S. Aug. L. 3. contr. Maxim. 44.

(2) Serm. 425 de Temp.

3. En efecto, el Espíritu Santo es el complemento de la divinidad, ó sea la tercera persona de ese trio augusto, que el mencionado doctor explica en los términos siguientes: «*Proprium est Patris, quod solus est Pater, et quod ab alio non est nisi à se. Proprium est Filii, quod a Patre genitus est, solus a solo, et cœternus et consubstantialis genitori. Proprium est Spiritus Sancti, quod nec ingenitus, nec genitus est, sed a Patre et Filio procedens. Nan si ingenitus diceretur sicut Pater, duo Patres: si genitus sicut Filius, duo filii existimari possent in Trinitate (1).*»

Repugna pues que en la Trinidad Beatísima haya mas ó menos personas que tres, á saber: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. No puede haber mas, porque siendo cada cual de ellas infinita, agota la fecundidad de su principio, pues si no bastase para completar ó llenar toda la produccion, habria que admitir necesariamente *processiones* y personas *ejusdem rationis* en número infinito: «*Inmoderata esset divina generatio, si genitus Filius nepotem gigneret Patri: quia ipse nepos nisi avo suo pronepotem gigneret, impotens diceretur; nec impleretur generationis series, si semper alter ex altero gigneretur; nec etiam ullus perficeret eam, si non sufficeret omnipotens unus (2).*» En cuanto al absurdo que se seguiria de admitir muchas procesiones, generaciones ó espiraciones en las divinas personas, se expresa así San Ambrosio: «*Credimus, et tenemus, et fideliter prædicamus, quod Pater genuerit Unigenitum Filium, unus unum, æternus coæternum, summe bonus æqualiter bonum (3).*» Tampoco puede haber en la Trinidad Beatísima menos de tres personas, á saber: una improducta, en la cual sería absurdo admitir *processus in infinitum*: dos producidas, porque tantas son las personas producidas cuantos son los principios producentes. Estas no son mas que dos, á saber: la memoria y la voluntad. La primera persona improducta es el Padre: «*Ingenitus Pater, quia a nullo est genitus (4).*» La segunda persona producida, es el Hijo, porque es engendrado

(1) S. Aug. de Trinit. 3.

(2) S. Aug. L. 3. contr. Maxim.

(3) L. 11 de Civit. 24.

(4) S. Aug. Ep. 178. contr. Pascent.

por el Padre : « *Suo jure Deus omnipotens , quia Sermo Dei omnipotentis* (1). » La tercera persona producida, es el Espíritu Santo , que procede del Padre y del Hijo , y es consubstancial y co-eterno con ambos ; y aunque se cuente el tercero, sin embargo, no es ni menor en grado ni posterior en orden ; puesto que entre las divinas personas , existe una igualdad perfecta, y no hay mayor ni menor, anterior ó posterior : « *Unus Pater, et Filius cum eo, quo pariter uterque naturaliter ornatus ex Spiritu Sancto* (2). »

Nada hay pues, como hemos visto, mas conforme con la razon ilustrada por la fé que el misterio de la Beatísima Trinidad. Nada tampoco mas digno de la razon ilustrada por la fé que la creencia de este dogma.

PUNTO SEGUNDO.

1. No es nuestro ánimo aglomerar aquí las muchas autoridades de ambos testamentos que demuestran el dogma de un Dios único en esencia, y trino en personas. Jesucristo dice espresamente : « *Ego et Pater unum sumus.* » Nótese, escribe Tertuliano, que no dice el Salvador *unus sumus* : sino *unum sumus* : « *Unum dicit neutrali Verbo, quod non pertinet ad singularitatem, sed ad unitatem; unum sumus dicens, ego et Pater, ostendit duos esse, quos æquat* (3). » Con estas palabras declara el sábio apologista la unidad en la Trinidad, por cuanto uno, tomado en sentido neutro, denota la unidad de la esencia. Así que el Hijo no puede decirse *aliud a Patre*, lo cual indicaria distincion en la esencia ; y si puede y debe decirse *alius a Patre*, por cuanto esto denota la distincion de la persona : « *Habeat necesse est Pater Filium, ut Pater sit, et Filius Patrem, ut Filius sit* (4). »

2. No menos espresa está la Trinidad que la unidad en las divi-

(1) Tert. adv. Prax. 7.

(2) Thesaur. 3. Res. in c. 4. Gen.

(3) Adv. Prax. 22.

(4) Ib. 40.

nas páginas: «Tres son los que dan testimonio en el cielo: El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa (I. Joan. V.). «Cuando venga el Espíritu consolador que procede del Padre, él dará testimonio de mí (Joan. XV.)» Inútil sería reproducir otros muchos textos no menos concluyentes con relacion á esta verdad. «Animadvertite, dice Tertuliano, Spiritum loquentem ex tertia persona de Patre et Filio. Dixit Dominus Domino meo: sede ad dexteram meam, etc..... Manifeste Trinitatis distinctio exprimitur: Est enim ipse qui pronuntiat Spiritus, et Pater de quo pronuntiat, et Filius ad quem pronuntiat. Constat autem non posse unum atque eundem videri, qui loquitur, et de quo loquitur, et ad quem loquitur (1).» Y San Pedro Crisólogo añade: «Sic et cætera quæ nunc ad Patrem de Filio vel ad Filium, nunc ad Filium de Patre vel ad Patrem, nunc ad Spiritum pronuntiantur, unamquamque personam in sua proprietate constituent... Et quia unum Deum in Trinitate credit humana fides, scit Patrem, scit Filium, scit Spiritum Sanctum. Deos nescit, Divinitas in persona trina est: sed una est in personis Divinitas; personis Trinitas distincta est: non est divisa substantia. Divinitas nec Trinitate dividitur, nec confunditur unitate, Deus unus est, sed in Trinitate; Deus solus est, sed nos solitarius (2).»

3. Refiere Aristeas que Salomon tenia un precioso anillo en el que estaban engastadas tres coronas con la siguiente inscripcion: «Victoria del amor.» En este geroglífico puede significarse el Misterio de la Trinidad beatísima en la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se hallan como engastados en un mismo anillo que es la divinidad, en la cual subsisten las tres divinas personas. La inscripcion antedicha puede denotar, ó bien que el amor personal es el complemento de la Trinidad augusta, ó bien que el amor divino difundiendo *ad extra*, triunfó de la nada produciendo todas las cosas, triunfó del pecado del hombre, por cuya salvacion el Padre dió á su Hijo unigénito, el Hijo derramó su sangre preciosa, y el Espíritu Santo difunde continuamente sus dones.

(1) Tert. ib.

(2) Serm. 60.

En el bautismo conferido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hallamos también demostrado el Misterio de la Santísima Trinidad; puesto que el Padre nos adopta por hijos, el Hijo nos hace sus hermanos, el Espíritu Santo nos constituye templos suyos; y toda la Trinidad con una misma potencia nos imprime un carácter sagrado y nos consagra á sí de un modo admirable. ¡Felices los que saben conservar la fé que prometieron en el bautismo! ¿Quereis pues, cristianos, experimentar el amor de la Trinidad beatísima? Pues procurad guardar solícitamente el tesoro de la gracia que recibisteis de la bondad del Padre, de la libertad del Hijo y del amor del Espíritu Santo; «scientes quod ablutionem delictorum fides impetrat, obsignata in Patre, et Filio, et Spiritu Sancto. Nam si in tribus testibus stabit omne verbum: ¿quanto magis dum habemus per benedictionem eosdem arbitros fidei, quos et sponsores salutis (1)?»

(1) Tert. L. de Baptism.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SESTO.

	Páginas.
I. <i>Discurso I para el día de la Encarnacion del Hijo de Dios.</i> Cómo se armonizan la razon y la fé para demostrar la posibilidad de este misterio, y cuán absurdas son las objeciones que contra él opone el moderno racionalismo.	5
II. <i>Discurso II para el día de la Encarnacion del Hijo de Dios.</i> En la Encarnacion del Verbo fue ennoblecida la humanidad y rehabilitada en su dignidad primitiva.	18
III. <i>Discurso I para el día de la Natividad de N. S. Jesucristo.</i> El nacimiento del Hijo de Dios, tal cual se verificó en la plenitud de los tiempos, es el único que convenia á su positiva grandeza, por cuanto hace resaltar los mas brillantes rasgos de su divinidad, oculta bajo las apariencias humanas.	32
IV. <i>Discurso II para el día de la Natividad de N. S. Jesucristo.</i> Jesucristo en el misterio del pesebre nos dá las mas sublimes enseñanzas de sabiduría y de bondad, con las que desconcierta la falsa ciencia del mundo y confunde la prudencia carnal del hombre.	45
V. <i>Discurso I para el día de la Circuncision del Hijo de Dios.</i> Conveniencia y necesidad de que Jesucristo se subordinase á la ley de la Circuncision, fundadas en su cualidad de Salvador del mundo.	59
VI. <i>Discurso II para el día de la Circuncision.</i> La cualidad de cristiano es para el hombre un título que le obliga á aceptar la Circuncision evangélica del espíritu y del corazon, á la manera que la cualidad de Salvador obligó á Jesucristo á resignarse á la Circuncision legal y exterior de la carne.	72

- VII. *Discurso I para el dia de la Epifanía ó adoracion de los Santos Reyes.* La concordancia de las predicciones que anunciaban á Jesucristo como Dios, como Hombre y como Rey universal de toda la tierra, con los sucesos verificados en su manifestacion á los Reyes Magos, prueba evidentemente la divinidad, grandeza y magestad de aquel á quien se referian y en quien se cumplieron tan brillantes vaticinios. 85
- VIII. *Discurso II para el dia de la Epifanía.* En el misterio de este dia se nos propone el modelo que debemos seguir para buscar la verdad, que es Jesucristo, y cómo debemos conservarla despues de haberla hallado. 98
- IX. *Discurso I para el dia del Dulce Nombre de Jesus.* Magnificencias del nombre de Jesus. El cielo le honra porque es un nombre de magestad; la tierra le venera, porque es un nombre de salvacion y de triunfo; el infierno le teme, porque es un nombre de irresistible poder. 111
- X. *Discurso II para el dia del Dulce Nombre de Jesus.* El nombre de Jesus es un nombre de misericordia que todos invocan con confianza; un nombre de consuelo que nadie pronuncia sin experimentar el alivio de sus desgracias; un nombre de dulzura que derrama donde quiera la mas bella paz. 123
- XI. *Discurso I para el dia de la Transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo.* Jesucristo en su Transfiguracion ostenta su gloria á los ojos de sus discipulos, para manifestar en ellos á todo el mundo su divinidad y su magisterio universal. 135
- XII. *Discurso II para el dia de la Transfiguracion.* Jesucristo en su Transfiguracion descubre momentáneamente su gloria á los ojos de los apóstoles, para manifestar que ella es la única positiva á que el cristiano debe aspirar, y cuán erradamente se busca en los bienes transitorios de la tierra. 146
- XIII. *Discurso I para el dia de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos.* El deseo que Jesucristo manifiesta de asociarnos á su eterna felicidad, exige de nosotros un fervor idéntico en aspirar á ella; los sacrificios que se impone por facilitarnos la entrada en el cielo, demanda de nosotros sacrificios proporcionados para merecer tan alta recompensa. 157

- XIV. *Discurso II para el dia de la Ascension.* Jesucristo en su Ascension nos franquea el camino de la gloria, adquiriéndonos un derecho indisputable á su posesion, y revelándonos los medios de conseguirla. 170
- XV. *Discurso I para el dia de Pentecostés, ó venida del Espíritu Santo.* El dia de Pentecostés es el aniversario del triunfo de Jesucristo, reconocido en el mundo como Justo, Dios, Salvador y Maestro de la humanidad. 184
- XVI. *Discurso II para el dia de Pentecostés.* El dia de Pentecostés es el aniversario del triunfo del Cristianismo, en la persona de los apóstoles transformados en héroes de la religion, y en la religion misma maravillosamente propagada en toda la tierra. 196
- XVII. *Discurso I para el dia de la Santísima Trinidad.* Cuán admirable se muestra el dogma de la Trinidad beatísima en las bellas analogías que ofrece con el sér humano, y cuán creible se ostenta en su misma incomprendibilidad. 208
- XVIII. *Discurso II para el dia de la Santísima Trinidad.* El dogma de la Santísima Trinidad, objeto dignísimo de nuestra creencia por estar fundado en los mas respetables monumentos de la revelacion; y no menos digno de nuestra gratitud, por cuanto la razon humana, bien así como la fé, hallan en él las mas positivas ventajas, como que á él están ligadas las mas sublimes verdades que constituyen los destinos de la humanidad. 223
- XIX. *Discurso I para el dia de la festividad del Santísimo Corpus Christi.* Cuán justo es el regocijo de la Iglesia en la presente solemnidad, en la que celebra el triunfo público de Jesucristo en el adorabilísimo Sacramento de la Eucaristía, rasgo el mas inefable de su sabiduría, de su omnipotencia y de su amor. 238
- XX. *Discurso II para el dia de la festividad del Santísimo Corpus Christi.* Jesucristo en la Eucaristía recibe hoy toda la gloria á que le dan un derecho incontestable sus triunfos sobre el error: Jesucristo en la Eucaristía desarrolla los prodigios de su omnipotencia, haciéndose adorar de todos los pueblos con un culto público y universal á despecho de los esfuerzos del error. 251

- XXI. *Discurso I para el dia del Sacratísimo Corazon de Jesus.* El Sagrado Corazon de Jesus representa el tipo del amor mas puro y sublime que podia haber en un Hombre-Dios. 264
- XXII. *Discurso II para el dia del Sacratísimo Corazon de Jesus.* Las maravillas de la redencion en Dios y en la humanidad, representadas en el Corazon Sacratísimo de Jesus. 278
- XXIII. *Discurso de desagravios á Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristia.* Jesucristo en el adorable misterio de la Eucaristia recibe una gloria y un honor, proporcionados á las ignominias y á los abatimientos que sufrió en su pasion y muerte. 292
- XXIV. *Discurso de Cuarenta Horas, ó adoracion á Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar.* Cuán justo es el tributo de adoracion que ofrecemos á Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, como fundado en el innegable dogma de su real presencia y en los motivos de gratitud que inspira su incomprendible amor hácia la humanidad. 306
- XXV. *Discurso para el dia de la Invencion de la Santa Cruz.* A la Cruz se halla vinculado el porvenir de todos los pueblos: desgraciado para los que de ella se escandalizan; feliz para los que en ella cifran su gloria. 319
- XXVI. *Discurso para el dia de la Exaltacion de la Santa Cruz.* En la Cruz está espresado el triunfo de Dios en la humanidad, y el triunfo de la humanidad en Dios. 333
- XXVII. *Discurso del Santísimo Cristo maravilloso.* Las maravillas de la justicia y del amor de un Dios, manifestadas en el inefable misterio de la Redencion. 347
- XXVIII. *Discurso sobre las sagradas llagas de Nuestro Señor Jesucristo.* Las sagradas llagas de nuestro divino Salvador nos ofrecen el testimonio mas palpitante de su inmensa caridad, y la mas segura prenda de su eficaz proteccion. 359
- XXIX. *Discurso de rogativa á Jesucristo en las calamidades públicas.* Con cuánta confianza debe recurrir el cristiano á Jesucristo en las calamidades públicas, seguro de conseguir las piedades del cielo, toda vez que sus plegarias vayan animadas de un sincero arrepentimiento y de un eficaz propósito de no volver á provocar la divina venganza. 372
- XXX. *Discurso de rogativa á Jesucristo en tiempo de epi-*

<i>demia. Reconocer que el azote que nos aflige es un justo castigo de nuestros pecados, obrando conforme á este convencimiento, y recurrir confiados á las piedades de Jesucristo nuestro divino mediador, son las dos esenciales condiciones para obtener un éxito favorable en la presente calamidad.</i>	386
XXXI. <i>Discurso de accion de gracias á Jesucristo despues de una calamidad pública. Nada mas justo que dar un testimonio de pública gratitud á Jesucristo, reconociendo su proteccion en las públicas calamidades, y vivir siempre agradecidos á tan inestimable beneficio.</i>	402
APENDICE. PLANES DE DISCURSOS SOBRE LOS PRINCIPALES MISTERIOS Y FESTIVIDADES DEL SEÑOR.	415
XXXII. <i>Plan de un discurso para el dia de la Encarnacion del Hijo de Dios.</i>	417
XXXIII. <i>Plan de un discurso para el dia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.</i>	423
XXXIV. <i>Plan de un discurso para el dia de la Circuncision de Nuestro Señor Jesucristo.</i>	430
XXXV. <i>Plan de un discurso para el dia de la Epifanía ó adoracion de los Santos Reyes.</i>	436
XXXVI. <i>Plan de un discurso para el dia de la Ascension de Jesucristo á los cielos.</i>	443
XXXVII. <i>Plan de un discurso para el dia de Pentecostés ó venida del Espíritu Santo.</i>	449
XXXVIII. <i>Plan de un discurso para el dia de la Santisima Trinidad.</i>	456

- demás. Proponer que el axote que nos sigue es un justo. 118
- castigo de nuestros pecados, el cual es conforme a este con- 119
- dicionalmente y recibir nosotros a las plegadas de Jesucristo como 120
- nuestro divino mediador, son las dos esenciales/condiciones. 121
- que obtiene un éxito favorable en la presente calamidad. 122
- XXXI. Discurso de acción de gracias de Jesucristo después de haber 123
- una calamidad pública. Nada más justo que dar un testimonio. 124
- monia de pública gratitud al Jesucristo y reconocerlo en 125
- protección en las públicas calamidades, y vivir siempre 126
- agradecidos a tan inestimable beneficio. 127
- APPENDICE. PÁRRAFO DE MASCUNOS SOBRE LAS PRINCIPALES 128
- MISTERIOS Y TRANSICIONES DEL SEÑOR. 129
- XXXII. Plan de un discurso para el día de la Encarnación de 130
- del Hijo de Dios. 131
- XXXIII. Plan de un discurso para el día de la Natividad de 132
- Jesús Señor Jesucristo. 133
- XXXIV. Plan de un discurso para el día de la Encarnación de 134
- de Jesús Señor Jesucristo. 135
- XXXV. Plan de un discurso para el día de la Epifanía. 136
- adoración de los Santos Reyes. 137
- XXXVI. Plan de un discurso para el día de la Ascension de 138
- Jesucristo a los cielos. 139
- XXXVII. Plan de un discurso para el día de Pentecostés. 140
- venida del Espíritu Santo. 141
- XXXVIII. Plan de un discurso para el día de la Santísima 142
- Trinidad. 143
- 144
- 145
- 146
- 147
- 148
- 149
- 150
- 151
- 152
- 153
- 154
- 155
- 156
- 157
- 158
- 159
- 160
- 161
- 162
- 163
- 164
- 165
- 166
- 167
- 168
- 169
- 170
- 171
- 172
- 173
- 174
- 175
- 176
- 177
- 178
- 179
- 180
- 181
- 182
- 183
- 184
- 185
- 186
- 187
- 188
- 189
- 190
- 191
- 192
- 193
- 194
- 195
- 196
- 197
- 198
- 199
- 200
- 201
- 202
- 203
- 204
- 205
- 206
- 207
- 208
- 209
- 210
- 211
- 212
- 213
- 214
- 215
- 216
- 217
- 218
- 219
- 220
- 221
- 222
- 223
- 224
- 225
- 226
- 227
- 228
- 229
- 230
- 231
- 232
- 233
- 234
- 235
- 236
- 237
- 238
- 239
- 240
- 241
- 242
- 243
- 244
- 245
- 246
- 247
- 248
- 249
- 250
- 251
- 252
- 253
- 254
- 255
- 256
- 257
- 258
- 259
- 260
- 261
- 262
- 263
- 264
- 265
- 266
- 267
- 268
- 269
- 270
- 271
- 272
- 273
- 274
- 275
- 276
- 277
- 278
- 279
- 280
- 281
- 282
- 283
- 284
- 285
- 286
- 287
- 288
- 289
- 290
- 291
- 292
- 293
- 294
- 295
- 296
- 297
- 298
- 299
- 300
- 301
- 302
- 303
- 304
- 305
- 306
- 307
- 308
- 309
- 310
- 311
- 312
- 313
- 314
- 315
- 316
- 317
- 318
- 319
- 320
- 321
- 322
- 323
- 324
- 325
- 326
- 327
- 328
- 329
- 330
- 331
- 332
- 333
- 334
- 335
- 336
- 337
- 338
- 339
- 340
- 341
- 342
- 343
- 344
- 345
- 346
- 347
- 348
- 349
- 350
- 351
- 352
- 353
- 354
- 355
- 356
- 357
- 358
- 359
- 360
- 361
- 362
- 363
- 364
- 365
- 366
- 367
- 368
- 369
- 370
- 371
- 372
- 373
- 374
- 375
- 376
- 377
- 378
- 379
- 380
- 381
- 382
- 383
- 384
- 385
- 386
- 387
- 388
- 389
- 390
- 391
- 392
- 393
- 394
- 395
- 396
- 397
- 398
- 399
- 400
- 401
- 402
- 403
- 404
- 405
- 406
- 407
- 408
- 409
- 410
- 411
- 412
- 413
- 414
- 415
- 416
- 417
- 418
- 419
- 420
- 421
- 422
- 423
- 424
- 425
- 426
- 427
- 428
- 429
- 430
- 431
- 432
- 433
- 434
- 435
- 436
- 437
- 438
- 439
- 440
- 441
- 442
- 443
- 444
- 445
- 446
- 447
- 448
- 449
- 450
- 451
- 452
- 453
- 454
- 455
- 456
- 457
- 458
- 459
- 460
- 461
- 462
- 463
- 464
- 465
- 466
- 467
- 468
- 469
- 470
- 471
- 472
- 473
- 474
- 475
- 476
- 477
- 478
- 479
- 480
- 481
- 482
- 483
- 484
- 485
- 486
- 487
- 488
- 489
- 490
- 491
- 492
- 493
- 494
- 495
- 496
- 497
- 498
- 499
- 500
- 501
- 502
- 503
- 504
- 505
- 506
- 507
- 508
- 509
- 510
- 511
- 512
- 513
- 514
- 515
- 516
- 517
- 518
- 519
- 520
- 521
- 522
- 523
- 524
- 525
- 526
- 527
- 528
- 529
- 530
- 531
- 532
- 533
- 534
- 535
- 536
- 537
- 538
- 539
- 540
- 541
- 542
- 543
- 544
- 545
- 546
- 547
- 548
- 549
- 550
- 551
- 552
- 553
- 554
- 555
- 556
- 557
- 558
- 559
- 560
- 561
- 562
- 563
- 564
- 565
- 566
- 567
- 568
- 569
- 570
- 571
- 572
- 573
- 574
- 575
- 576
- 577
- 578
- 579
- 580
- 581
- 582
- 583
- 584
- 585
- 586
- 587
- 588
- 589
- 590
- 591
- 592
- 593
- 594
- 595
- 596
- 597
- 598
- 599
- 600
- 601
- 602
- 603
- 604
- 605
- 606
- 607
- 608
- 609
- 610
- 611
- 612
- 613
- 614
- 615
- 616
- 617
- 618
- 619
- 620
- 621
- 622
- 623
- 624
- 625
- 626
- 627
- 628
- 629
- 630
- 631
- 632
- 633
- 634
- 635
- 636
- 637
- 638
- 639
- 640
- 641
- 642
- 643
- 644
- 645
- 646
- 647
- 648
- 649
- 650
- 651
- 652
- 653
- 654
- 655
- 656
- 657
- 658
- 659
- 660
- 661
- 662
- 663
- 664
- 665
- 666
- 667
- 668
- 669
- 670
- 671
- 672
- 673
- 674
- 675
- 676
- 677
- 678
- 679
- 680
- 681
- 682
- 683
- 684
- 685
- 686
- 687
- 688
- 689
- 690
- 691
- 692
- 693
- 694
- 695
- 696
- 697
- 698
- 699
- 700
- 701
- 702
- 703
- 704
- 705
- 706
- 707
- 708
- 709
- 710
- 711
- 712
- 713
- 714
- 715
- 716
- 717
- 718
- 719
- 720
- 721
- 722
- 723
- 724
- 725
- 726
- 727
- 728
- 729
- 730
- 731
- 732
- 733
- 734
- 735
- 736
- 737
- 738
- 739
- 740
- 741
- 742
- 743
- 744
- 745
- 746
- 747
- 748
- 749
- 750
- 751
- 752
- 753
- 754
- 755
- 756
- 757
- 758
- 759
- 760
- 761
- 762
- 763
- 764
- 765
- 766
- 767
- 768
- 769
- 770
- 771
- 772
- 773
- 774
- 775
- 776
- 777
- 778
- 779
- 780
- 781
- 782
- 783
- 784
- 785
- 786
- 787
- 788
- 789
- 790
- 791
- 792
- 793
- 794
- 795
- 796
- 797
- 798
- 799
- 800
- 801
- 802
- 803
- 804
- 805
- 806
- 807
- 808
- 809
- 810
- 811
- 812
- 813
- 814
- 815
- 816
- 817
- 818
- 819
- 820
- 821
- 822
- 823
- 824
- 825
- 826
- 827
- 828
- 829
- 830
- 831
- 832
- 833
- 834
- 835
- 836
- 837
- 838
- 839
- 840
- 841
- 842
- 843
- 844
- 845
- 846
- 847
- 848
- 849
- 850
- 851
- 852
- 853
- 854
- 855
- 856
- 857
- 858
- 859
- 860
- 861
- 862
- 863
- 864
- 865
- 866
- 867
- 868
- 869
- 870
- 871
- 872
- 873
- 874
- 875
- 876
- 877
- 878
- 879
- 880
- 881
- 882
- 883
- 884
- 885
- 886
- 887
- 888
- 889
- 890
- 891
- 892
- 893
- 894
- 895
- 896
- 897
- 898
- 899
- 900
- 901
- 902
- 903
- 904
- 905
- 906
- 907
- 908
- 909
- 910
- 911
- 912
- 913
- 914
- 915
- 916
- 917
- 918
- 919
- 920
- 921
- 922
- 923
- 924
- 925
- 926
- 927
- 928
- 929
- 930
- 931
- 932
- 933
- 934
- 935
- 936
- 937
- 938
- 939
- 940
- 941
- 942
- 943
- 944
- 945
- 946
- 947
- 948
- 949
- 950
- 951
- 952
- 953
- 954
- 955
- 956
- 957
- 958
- 959
- 960
- 961
- 962
- 963
- 964
- 965
- 966
- 967
- 968
- 969
- 970
- 971
- 972
- 973
- 974
- 975
- 976
- 977
- 978
- 979
- 980
- 981
- 982
- 983
- 984
- 985
- 986
- 987
- 988
- 989
- 990
- 991
- 992
- 993
- 994
- 995
- 996
- 997
- 998
- 999
- 1000

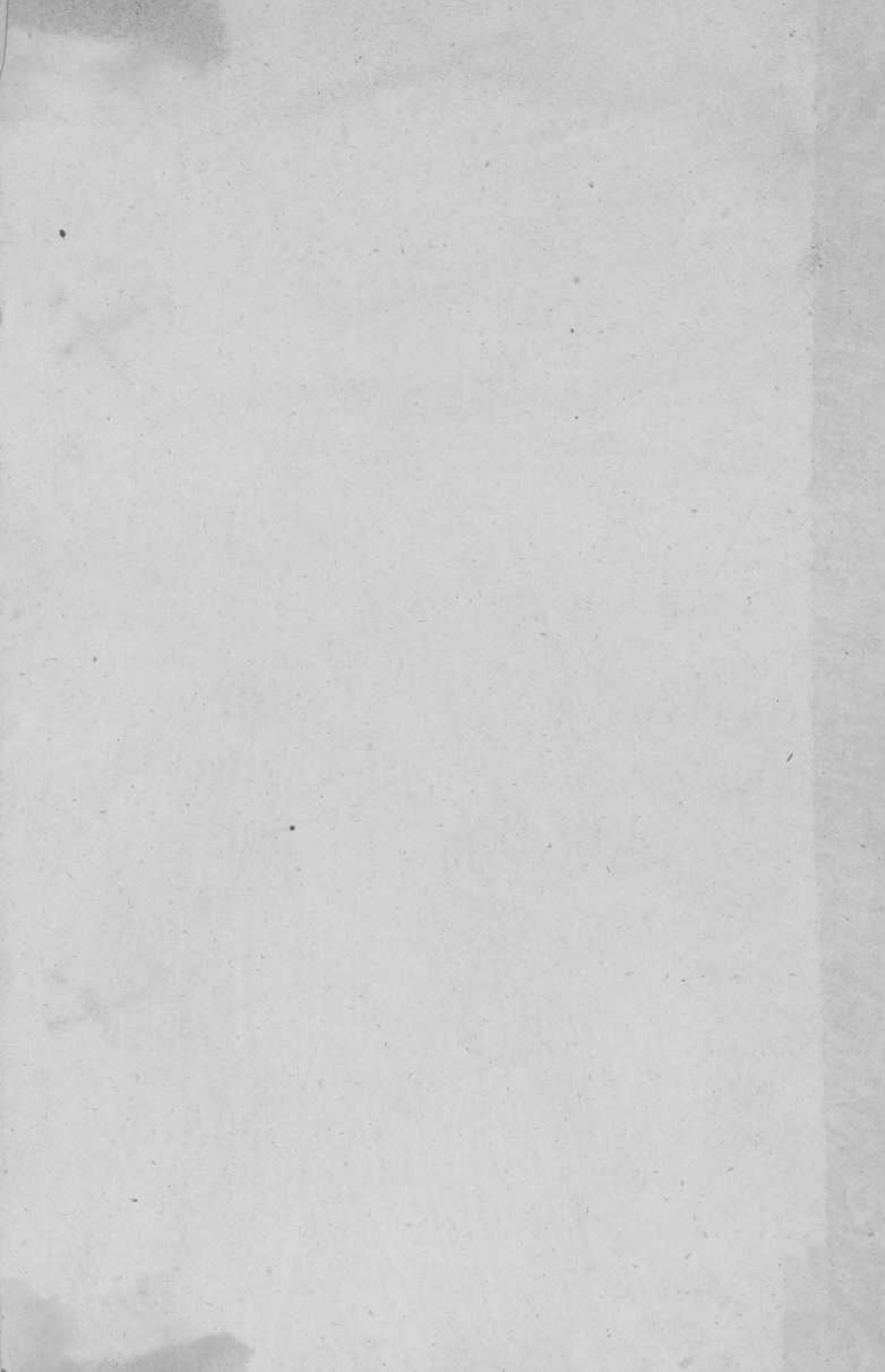
ERRATA.

En la página 281, línea antepenúltima, dice: ¡ Las maravillas de la Redencion en un Dios y el hombre !...

Léase: ¡ Las maravillas de la Redencion en Dios y en el hombre!...

ERRATA.

En la página 281, línea antepenúltima, dice: ¡Las maravillas
de la Redención en un Dios y el hombre!...
léase: ¡Las maravillas de la Redención en Dios y en el hombre!...





TRONCOSO

SERMONES

6

1157

